This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCION

DE ARTICULOS POLITICOS

PUBLICADOS

EN

LA POLITICA Y EL DEBATE

POR

D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

MADRID

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ
SAN MIGUEL, 23, BAJO
1872

Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCION

DE ARTICULOS POLITICOS

PUBLICADOS

EN

LA POLITICA Y EL DEBATE

POR

D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO

MADRID

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ
SAN MIGUEL, 23, BAJO
1872

Digitized by Google

Digitized by Google

Gen. Lib.
Hendricks
5-18-49
539271

DP
69
.L86

EXCMO. SR. D. ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

MI QUERIDO AMIGO: *Algunas respetables personas me han animado á coleccionar los artículos que componen este tomo, creyéndolos benévolamente merecedores de alcanzar, como libro, alguna más vida que la señalada á los efímeros trabajos del periodismo. Séame lícito consignarlo así préviamente, en descargo de mi complacencia editorial, y añadir que, dejando á la historia el cuidado de hacer justicia definitiva á las entidades políticas envueltas en mi crítica de un dia, presumo yo que acaso estos párrafos, como recuerdo de los sucesos que los inspiraron y de las corrientes de opinion de que fueron éco, puedan no ser del todo inútiles á los apreciadores imparciales de nuestra grande agitacion social. Mas por si me equivoco, déjeme usted, mi antiguo amigo y maestro, amparar bajo su ilustre nombre estas páginas que le dedico. Que de este modo tendrá mi obra ante el público y ante mi propia conciencia una verdadera, indisputable razon de ser: la de ofrecerse en cordial tributo á usted, de quien soy admirador afectísimo*

SALVADOR LOPEZ GUIJARRO.

Madrid Junio de 1872.

Digitized by Google

Digitized by Google

PARTE PRIMERA

CAMPAÑA

CONTRA LA INTERINIDAD REVOLUCIONARIA

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN

LA POLITICA

en los años de 1870 y 1871

Digitized by Google

Digitized by Google

UN GRAN ACTO.

(24 de Enero de 1870.)

Cuando llegue á manos de nuestros lectores este número de La Política, ya habrá la Asamblea soberana resuelto la grave cuestion en que la extrema izquierda ha intentado empeñarla. La inexperta musa del federalismo ibérico, el patético y elocuente Sr. Castelar habrá ya apoyado con todas las fuerzas de su acento suave y de su imaginacion fosfórica el proyecto de ley que aspira á escluir por siempre de los candidatos régios de España á todas las ramas de la familia borbónica. Ya su señoría frigia habrá arrullado de nuevo los oidos parlamentarios con la celestial música de sus premeditados cantos; habrá trazado una vez más, á grandes y encantadores rasgos, la historia de la humanidad en general y de los monarcas en particular; habrá agitado, como nueva Pitonisa, las temblantes manos, al son de su nerviosa facundia; habrá comentado libérrimamente épocas, sucesos, biografías, principios y príncipes; se habrá bebido, sin sentirlo, tres ó cuatro vasos de la tribunicia agua azucarada que tanto necesita su delicada laringe; habrá oficiado de nuevo ante el ara en que, como vestal política, guarda y mantiene el fuego de todas las ilimitaciones sociales; se habrá hecho aplaudir artísticamente por cuantos le escuchen; habrá dado ocasion al centésimo telégrama entusiasta de alguna colectividad alemana impronunciable, y, en suma, habrá hecho las delicias de sus estéticos oyentes, salvo, y es natural, aquellos que, acostumbrados á juzgar de los oradores trascendentales y de los hombres de Estado sérios por los Gladstons, los Thiers, los Rios Rosas, los Olózagas y los Cánovas, persistan en no ofrecer á sus gritos armoniosos otro tributo que el de un efímero enternecimiento sin consecuencias.

Digitized by Google

A la espansion de encargo del Sr. Castelar, y despues de oirle y de sentir, como todos, el deseo de arrojar flores á sus plantas, y despues de enjugar en sus ojos una furtiva lágrima de íntima delectacion, algun digno individuo del gobierno, obligado á tomar la cuestion en sério, se habrá levantado para rogar á la mayoría constituyente que no se deje dominar por los acordes del arpa federalista, y que, sin perjuicio de hacer justicia crítica á la eterna juventud de espíritu del inmancillado tribuno y de reconocer las desproporcionadas condiciones que le adornan para todo lo que sea lucha y batalla de imaginacion y garganta, acuerde sencillamente no tomar en consideracion el defendido proyecto. Y la mayoría, con la viril y patriótica conciencia de sus deberes, y recordando que no está en los bancos rojos únicamente para llorar con los Garcilasos políticos que abusen de las propensiones rítmicas de su órgano auditivo, y sintiendo que allí está para evitar al país el espectáculo infecundo de las grandes injusticias, y de las grandes inconveniencias, y de las grandes ridiculeces, hará un fácil esfuerzo sobre su sensibilidad poética, triunfará en el acto de la sirena alicantina de la palabra, y no tomará en consideracion el proyecto de ley, y no prejuzgará ciega y estérilmente la cuestion suprema de la política española, y esperará á resolverla cuando llegue oportuna y definitivamente su dia, en la forma y de la manera que el sentimiento nacional aconseje.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores las razones que nos han dictado esos dos vaticinios, esos dos presagios acerca del órden y resultado de la sesion pública que hoy deben celebrar las Córtes Constituyentes. El primero, el que se refiere al discurso del señor Castelar, está fundado en el conocimiento que creemos tener de su idiosincrasia político-recreativa. El Sr. Castelar, nos hemos dicho siempre que los actos de su vida pública nos han dado el derecho de juzgarle segun nuestro leal saber y entender, con otra naturaleza, con la ayuda de otros resortes físicos y morales, hubiera sido un verdadero hombre de gobierno, un verdadero modelo clásico de patriotismo, una verdadera figura europea, digna de la gran escena pública de las naciones que fueron maestras de la humanidad. Pero Dios reparte con su sábia y acatable voluntad los dones del cuerpo y del espíritu, y el Sr. Castelar no tiene la culpa de no poseer más que la parte de adorno de los gigantes de la inteligencia. Y nuestra amistad, ó, mejor di-

Digitized by Google

cho, nuestra debilidad por él, no nos impide, cuando se trata de aplicarle, con la imparcialidad que el severo patriotismo aconseja, el escalpelo humilde pero bien dirigido de nuestro criterio, reconocer la rara y deplorable mezcla de dotes y de faltas, de grandezas y pequeñeces que constituyen el doble conjunto interno y externo de su individualidad.

Cuando vemos, por ejemplo, su ancha frente, adornada ya con la precoz calvicie del estudio; sus inteligentes ojos, que parecen estar movidos constantemente por los hilos invisibles del pensamiento, y aquel espeso y retorcido bigote, dosel de sus elocuentes lábios, no podemos pensar sin dolor en la falta que hacen á su persona física algunos codos más de estatura, y lo bien que vendria al falsete de su voz el timbre masculino.

Cuando admiramos, por ejemplo, la inagotable mina de imágenes bellas y de pensamientos nuevos que guarda su cerebro, y el original carácter de sus frases y de sus escritos, que brillan siempre como sartas de preciosas piedras, no podemos menos de deplorar la eterna tendencia de su espíritu hácia lo superficial de las cosas, hácia el que llamaremos mariposeo intelectual y moral, víctima siempre del color y de la forma de sus creaciones.

Se trata solamente de describir, de exponer, de pintar: no busqueis mejor pincel que el del Sr. Castelar. Se trata de razonar, de convencer, de profúndizar, de resolver: el Sr. Castelar tira el laud y váse. Por eso le vemos cristiano de forma en la «Historia de la civilizacion en los cuatro primeros siglos del cristianismo,» católico de palabra en la «Descripcion de la catedral de Toledo,» libre pensador cuando emprende un pintoresco pugilato con el ultramontanismo del Sr. Manterola, más sublime que todos los esfuerzos del arte monárquico cuando nos pinta los reyes batalladores y unificadores de la Edad Media, más orleanista que nadie cuando nos recuerda y encarece la monarquía de las clases medias; y por eso, sin duda, le habrá visto hoy la Cámara ménos monárquico y ménos orleanista que sus correligionarios los Sres. Perez del Alamo y Joarizti, porque su partido le ha dicho sencillamente: píntenos Vd. las atrocidades históricas de los reyes en general y de los Orleanes en particular. ¿Pero quiere decir esto que el Sr. Castelar sea, en el fondo, lo que dice, ni que él mismo tenga gran facilidad de saber lo que es? ¡Ah! no. Se lo impide

Digitized by Google

el dualismo complicado, el épico cosmopolitismo de su sér moral. ¡Triste contingencia de la flaqueza humana!

Respecto al otro presagio, al que se refiere al acuerdo de la mayoría de la Asamblea en la cuestion que con inocente malignidad han promovido los federales, demasiado habrán comprendido nuestros lectores que, para hacerlo, nos hemos fundado en las noticias ya públicas de lo que pasó en la reunion privada que ayer celebró la mayoría. Todo el mundo sabe el buen sentido, la sensatéz patriótica que en ella dominó. Públicos son ya tambien los merecidos elogios que en ella se conquistaron muchos de nuestros hombres políticos, el general Prim, el Sr. Rios Rosas, el Sr. Rivero, el Sr. Madoz, el Sr. Topete y otros, por el espíritu de conciliadora prudencia que resaltó en sus manifestaciones. El resultado de ellas fué lo que debia ser: el acuerdo para hacer hoy inútil la tentativa del maquiavelismo federal, y para dejar que la grave cuestion monárquica se resuelva por sus naturales trámites en el seno y con la aquiescencia y los auxilios de la mayoría de los representantes del pueblo, á quien el país liberal y monárquico ve hoy identificada con sus esperanzas y convicciones.

Resulta, pues, para nosotros, de estos dos presagios, que no por su lógica facilidad dejan de ser gratos á nuestro patriotismo, que si á estas horas, como esperamos, las Córtes Constituyentes, rechazando el proyecto federalista, obtienen una nueva victoria sobre las tendencias de la anarquía y de la utopia, la revolucion, cuyos extravíos procuramos ser los primeros á señalar y deplorar por deber y por amor á nuestra propia obra, acaba de dar una gran muestra de su vitalidad que muchos creen estinguida, acaba de realizar un gran acto.

Digitized by Google

CORTES CONSTITUYENTES.

SESION DE AYER.

Extracto libre del discurso del Sr. Castelar.

(25 de Enero.)

Señores diputados: Vosotros, y con vosotros la opinion pública, me estais mimando tanto y tan de contínuo, que unas veces me figuro que inspiro á vuestro afecto algo del atractivo del vencedor, y que vais á aumentar el número de mis coronas de laurel con una nueva; y otras veces creo pura y simplemente que, haciéndome justicia, me teneis por un hombre de bien, sincero y patriota, aunque desgraciado. Pues bien; es necesario, absolutamente necesario, necesario absolutamente (perdonadme el abuso de este adverbio absolutista, porque es mi tranquilla) que hoy más que nunca me hagais el favor de tener de mí ese buen concepto, porque las tribunas están llenas, sobre todo la de señoras, y yo estoy en mi elemento, y yo os anuncio con la conciencia en la mano, y antes de amoldar á mi placer la historia, que voy á decir maravillas. *(Sensacion.)*

Absolutamente, señores diputados, absolutamente os digo que es absolutamente imposible encontrar en la historia una raza absolutamente de reyes más absolutamente abominable que la de los Borbones. Dice *La Epoca* que yo he fabricado una historia para mi uso particular. Estas son cosas absolutamente del Sr. Escobar. Pero, señores, ¿es ó no cierto, absolutamente cierto, que Enrique IV, el que nació en el castillo de Pau, fué absolutamente el primer Borbon? Pues yo os digo,

Digitized by Google

aun á riesgo de que no me aplaudais, que de aquel Borbon, que tanto bien hizo á la Francia feudal y destrozada por las guerras civiles, han descendido todos los demás Borbones. *(Agua, porteros.)*

Y si esto es así, señores diputados; si esto es así, absolutamente así, ¿cómo negar que la revolucion de setiembre adoptó el lema de «abajo los Borbones?...» ¡Ah, señores! con la mano puesta absolutamente sobre el corazon os digo que la revolucion de setiembre no se hizo, en rigor, por los partidos liberales de España. ¿Quereis saber quién la hizo, quién absolutamente la hizo? Pues yo os lo diré en un brillante párrafo que traigo preparado al efecto. La revolucion de setiembre la hizo el descubrimiento de América, y si no, preguntádselo á Colon; la hizo el descubrimiento de la imprenta, y si no, que lo diga Guttemberg; la hizo el espíritu de la sociedad moderna, y, como representantes de este espíritu, la hicieron, en una palabra, los Borbones, absolutamente los mismos Borbones. Porque, señores *(grande agitacion)*, los Borbones han sido la familia régia más revolucionaria que yo conozco. Figuraos que ellos secularizaron la Europa. *(Exaltándose.)* ¡Sí, absolutamente sí! Todo despotismo... teocrático envuelve una teocracia, y desde el edicto de Nantes hasta la expulsion de los jesuitas de España, es lo cierto, absolutamente lo cierto, que hay gran trecho. Luis XIV el etiquetero, y Cárlos III el cazador, no me dejarán mentir. Pues bien; ¡héroes y víctimas de Alcolea, vosotros que supísteis antes de morir que Felipe V fué un mal nieto, y Luis XV de Francia un concupiscente, y Cárlos IV de España un marido como hay muchos, y Fernando VII un chispero, no permitais, absolutamente no permitais que vuelvan al trono español!!!... *(Impresion general, la Cámara está á punto de estallar; silencio profundo, como desde el principio.)*

Señores, ¡un francés! ¡un francés! ¿Sabeis lo que es un francés? ¿Lo sabeis absolutamente? Pues si no lo sabeis recordad al duque de Montpensier. Yo me he preguntado muchas veces si un hombre que vive en España hace ya un cuarto de siglo, que ha tenido en ella sus hijos, su hogar, su familia, su honrada fortuna, no es tan español como yo. Pero ¡ah, señores! ¿no es el duque de Montpensier un Orleans, y los Orleanes no proceden de los Borbones? ¿Pues cómo negar que Montpensier es Borbon? ¿Cómo negar que la humanidad es consanguínea del desobediente Adan? Además, absolutamente además, el nieto de

Digitized by Google

Felipe Igualdad tiene algo de fratricida. Yo bien sé que Isabel II se echó ella misma de España, y que aquellos de su familia que se hicieron solidarios de sus faltas son dignos del parentesco; pero pensad, señores diputados, en la gran violacion del sentido moral que envuelve la conducta del duque de Montpensier para con la ex-reina. Él no permitió que sus hijos viviesen en aquella córte deletérea; él protestó, por cuantos medios pudo, de aquellos errores y de aquellas faltas que condensaron la nube revolucionaria en el horizonte; él se ha limitado á vivir en su retiro, con la honradez y el bien por única norma. Pero, señores, no olvidemos, absolutamente no olvidemos que el duque de Montpensier... y pido á la techumbre de esta Cámara que no se caiga, absolutamente que no se caiga... era... cuñado, es decir, hermano político de Isabel II!... *(Sobrecogimiento general.)*

Y ¿por qué lo fué, señores, por qué lo fué? ¡Ah! lo fué por efecto de aquellas bodas contra las cuales protestaron Pacheco, Pastor Diaz y Valdegamas, contra las cuales yo tambien, padres de la patria, protesto. Porque yo tambien me digo á las veces; si hubiéramos dado á Isabel un rey consorte en el duque de Montpensier; si España hubiera tenido en él su príncipe Alberto... ¿pero á qué hablar del pasado?... Los gigantes del Renacimiento dieron una nueva forma al arte; yo tambien se la daré á la última parte de mi discurso. Oidla, señores diputados, absolutamente oidla.

Yo, señores, no soy personalmente adversario del duque de Montpensier. Por el contrario; muchos de mis amigos personales, que son unionistas, me han oido declarar cien veces que yo los creia lógicos y justos al presentar al duque de Montpensier como candidato al trono de la revolucion. Yo he dicho aquí, absolutamente aquí, que ese seria el rey de las clases medias, es decir, nuestro rey, es decir, el rey de todas las fuerzas vivas é inteligentes del país, y que el pueblo, el proletariado, como le llama el Sr. Rivero, bien podia darse con un canto en los pechos al ver así constituida la nueva monarquía. Pero, señores, por lo mismo que esto es así, ¡por lo mismo que esa monarquía es la única salida del callejon revolucionario; yo, nada menos que yo, me opongo á ella, porque estoy convencido de que la república no quiere rey, y yo soy republicano, absolutamente republicano!... *(Aplausos en los bancos de la izquierda.)*

Votad, pues, aceptad, pues, señores diputados, nuestra proposi-

Digitized by Google

cion. Mayoría monárquica, vota contra la única monarquía hoy lógica en España. Mira que la república se va haciendo cada dia más difícil en este país, donde, segun el general Prim, hay solo una minoría republicana; mira que hay muchos que no creen en la posibilidad de una república que ha de ser principalmente obra de un servidor de ustedes y del Sr. Orense. ¡Españoles! suene la lira de Píndaro y Tirteo; estremézcase el Cabo de Hornos, y fundad, puesto que yo os lo pido, la gran república ibérica! Damas y señoras que me oís, perdonad las muchas faltas de mi oracion. Mis fauces se secan, mi espíritu vacila, el mundo tiembla, la bandera revolucionaria ondea en mis manos; esto es muy grande, esto es una especie de Apocalipsis ¡ah!... He dicho.

Digitized by Google

LOS HIDALGOS.

(28 de Febrero.)

La expiacion de la formalidad con que apreciábamos en nuestro último número las tendencias y los manejos de la prensa reaccionaria se ha hecho esperar bien poco. Ayer mismo nos vimos ya castigados por ese irreflexivo arranque de nuestra exuberante seriedad. El órgano más fogoso, batallador y genuino de la restauracion borbónica; el periódico inteligente y valeroso que sin andarse con rodeos alfonsistas, ni perder el tiempo en vanas promesas y concesiones, pide rotunda y concretamente la vuelta de doña Isabel de Borbon al trono de sus abuelos, ese apreciable diario, que para nosotros tiene, aparte de otros naturales respetos de gremio, el de todas las heroicidades más ó ménos púdicas; ese colega hace y dirige ayer su más duro cargo, su acusacion más original y tremenda á la revolucion y á todos nosotros los míseros liberales que la hicimos y la sostenemos.

Enjuguemos con la pobre cuartilla en que escribimos una lágrima prévia de natural resentimiento, porque el cargo es mucho más duro que nuestras entrañas revolucionarias, y pasemos á dar cuenta á nuestros lectores de la naturaleza y forma de esa acusacion inesperada. Figúrense nuestros ya prevenidos abonados que el estimable colega á quien nos referimos empieza por llamar ambiciosos vulgares á todos los revolucionarios del malhadado setiembre, sin duda porque, en efecto, ambicion vulgar fué la que sintió el precipitado vulgo español por deshacerse de aquella su última felicidad monárquica. En seguida la emprende con los partidos coaligados en el movimiento, calificándolos de grupos de pretendientes de destinos, sin duda porque acaso hubiera sido compatible la caida del trono con la continuacion del último personal moderado en los más altos puestos administrativos. Lue-

Digitized by Google

go recuerda que las ideas no estaban preparadas para una revolucion, que se hizo sin saber cómo, y de la que nadie hablaba; y sin duda este nadie debe referirse á los cortesanos de entonces. Y despues de lamentar amargamente que algunos objetos de uso doméstico de la monarquía hayan sido profanados con la presencia ó el contacto del pueblo, que los habia pagado con su sangre y su sudor, lanza, como si dijéramos, la bomba encendida al aire, asegurando, bajo la fé de su más formal palabra, que la revolucion ha herido de muerte... ¿A quién dirán nuestros lectores? ¿Al más ingrato de los absolutismos? Nada de eso. ¿A todos los Marforis del pasado y del porvenir? No, señor; no se trata de semejante cosa. ¿A la teocracia, al fanatismo, á la milagrera de Aranjuez, á los sombríos cómplices del hecho de la Rápita, á los fraguadores de las Córtes de real órden? Tampoco. Lo que, segun el terrible periódico isabelino, ha sido herido mortalmente por la revolucion es... ¡qué penoso trabajo nos cuesta el decirlo!... es la hidalguía española, ni más ni ménos.

¡La hidalguía española! ¿Conque decididamente ya no somos hidalgos, ya no hay hidalgos en esta noble tierra de España? ¿Conque es cosa probada y convenida que despues de la salida de San Sebastian de aquella monarquía por nadie arrojada materialmente de nuestro suelo, y que se fué *motu propio* por vanas aprensiones de conciencia, por el fantástico empeño de creer que la opinion unánime de un pueblo es látigo que azota y espolon que hace huir; es cosa, repetimos, fuera de toda duda que hace diez y siete meses no somos ya los compatriotas de D. Quijote, no somos ya aquel pueblo, víctima épica y generosa de su rey y de su dama, aquel pueblo de capa y espada, protagonista eterno de la eterna comedia de su galantería? ¡Qué va á decir la Europa, qué dirá el mundo cuando lo sepa! Pase en buen hora el hacer astillas un trono que ya no puede poner limpio todo el agua del Lozoya. Pase el asustar á un monarca lo bastante para que se retire hácia el estranjero depósito de sus millones. Pero arrojar de un país á una señora, á una dama, siquiera fuese reina, la reina-ideal de los últimos moderados... ¡españoles! ¿sabeis lo que habeis hecho? ¿Y la hidalguía, y vuestra hidalguía proverbial, ingénita, teatral, inextinguible? ¿Qué aspiras á ser ya en el mundo, España revolucionaria, España de la libertad de conciencia, de la libertad de enseñanza, del sufragio universal, de la prensa sin depósito, si ya no eres, si ya no

Digitized by Google

puedes ser, á menos que no des satisfaccion cumplida á doña Isabel de Borbon, la tierra clásica de aquella hidalguía que te hizo adoptar por espacio de muchos vergonzosos siglos como lema de tu bandera aquello de: *El rey nunca se equivoca!*... (que dijo un autor de zarzuela)?

Pero, señor, ¿en qué se fundará esencialmente el respetable colega que con esa fenomenal afirmacion nos moteja y hiere en lo más vivo? Esto nos hemos preguntado séria y atribuladamente apenas leimos el horripilante artículo; y, por un deber de conciencia, pusimos sin vacilar el pensamiento en tortura, para ver de hallar la razon verdadera de apreciacion tan trascendental. ¿Por qué no ha sido hidalga la revolucion?... ¿Será porque en ninguno de los documentos y actos oficiales de su advenimiento estampó ni pronunció una palabra ofensiva ó denigrante para la infausta familia ex-soberana? ¿Será por la apresurada complacencia con que se enviaron á París algunas docenas de baules, con la subasta de cuyo contenido hubiera bastado, de sobra, para pagar el milloncejo célebre del hospital del Buen Suceso? ¿Será porque todavía nadie se ha permitido auxiliar al Tesoro público en la reclamacion de los treinta y tantos millones que cierta desgraciada dama le es en deber? ¿Por qué dirá eso el diario isabelino?... ¡Como no sea porque los antiguos proveedores de la real casa, sastres, guanteros, confiteros y almacenistas han quitado de sus muestras y cristales el escudo régio!...

Y esta es la hora, sépanlo nuestros lectores, aunque sea en menoscabo de nuestra comprension, que no hemos podido averiguar el fundamento con que se asegura eso de que ya no hay hidalgos en España. Y como esto no puede quedar así, porque á nadie le cabe en el magin que pueda haber una España sin hidalguía, unos españoles sin ese perenne y fecundo sentimiento caballeresco que sirve de esplicacion al poema de su hermosa historia, proponemos nosotros, acongojados y desesperados por acusacion y revelacion tan tristes, que sin perder tiempo, y antes, si es posible, de que el telégrafo nos acabe de desacreditar en las cinco partes del mundo, se abra en Madrid y en todos los pueblos de España una cátedra *incerrable,* un curso perpétuo de hidalguía castellana, en que sean naturalmente directores y profesores algunos de los eminentes patricios vencidos en el poco hidalgo motincejo de 1854, ó en el no menos injustificado de 1868.

Digitized by Google

MEMENTO.

(1.° de Marzo.)

Atravesamos una de esas alegrías premeditadas de la humanidad, uno de esos contentamientos universales, prefijados por el almanaque, que hacen desesperar de la naturaleza del hombre á la mayor parte de los filósofos que han cumplido treinta años. Estamos en la plenitud del Carnaval, en completa saturnal moderna. La heredada costumbre pagana no ha querido dejar de imponérsenos ni aun en este año constituyente, en que de tanta seriedad y de tanta reflexion hemos menester los españoles. Por fortuna, el cristianismo ha puesto breve límite á esa locura forzosa de la sociedad, y mañana la Iglesia, con la ceniza de otras máscaras y de otras generaciones pulverizadas, hará huir de las frentes enardecidas los frívolos pensamientos del placer, y vendrá á recordarnos que la vida es el principio de la muerte.

Aprovechemos, pues, las pocas horas que nos quedan antes de oir resonar el tremendo *Memento,* para dar cuenta á nuestros lectores de lo que han sido las carnestolendas madrileñas; y confesemos que Madrid se ha escedido á sí mismo este año, y que, dada la situacion del país y la de la atmósfera, el Carnaval ha tenido animacion inesperada. Por calles y plazas han cruzado muchas y pintorescas mascaradas, al son de las sencillas orquestas populares en que la guitarra, ese símbolo español, ha jugado el principal papel de costumbre. El viejo Prado de San Fermin ha visto bajar á su enlodado seno todas las clases y todas las ardientes curiosidades de la capital española, desde la encopetada señora de carretela, hasta la humilde habitante de guardilla, que ha maltratado en la escursion sus únicas botitas; desde el acaudalado doncel de buen tono, ginete en poderoso bruto indígena ó exótico, hasta el capiraido estudiante de la clase media que ha cerrado por tres

Digitized by Google

dias sus libros de texto, sin perjuicio de aguardar confiado el porvenir para ser ministro ó general; desde el afortunado Creso moderno, que sueña con negocios y especulaciones universales, hasta el pobre sirviente que se contenta con cambiar de harapos en estos dias. Todos han concurrido á la obra general, todos han obedecido la ley del preceptuado regocijo, todos han olvidado sus ocupaciones habituales, dejado sus hogares y acudido á la gran cita. Todos se han exhibido más ó menos enmascarados, todos se han puesto perdidos de fango y todos se han vuelto á sus casas para entregar á las lavanderas los últimos testimonios de la diversion y de la lluvia.

Sea en buen hora, nos hemos dicho, contemplando el espectáculo de la animacion carnavalesca, nosotros que, no solo tenemos la antipática obligacion española de pensar, sino tambien el durísimo deber de decir lo que pensamos. Sea en buen hora: el fondo de esa animacion pública es una vitalidad social poderosa, que nos agrada, que nos alienta, que n s consuela. Esa actividad febril é inocente de un pueblo, que á través de todas sus necesidades, de todas sus desgracias, de todos sus graves peligros materiales y morales de actualidad, paga ruidoso tributo á la costumbre y baja á su paseo predilecto á echar, por decirlo así, su cana de febrero al aire, como si todo fuese inmejorablemente en el mejor de los mundos; esa actividad, ese vértigo, esa manifestacion de vida artificial, es prueba irrefutable de que en las entrañas de ese pueblo hay todavía gérmenes de una vida real, fecunda, inextinguible y salvadora.

Sea en buen hora. Mañana, cuando ese pueblo despierte, y, olvidando sus marchitos disfraces, se vista de nuevo el traje de sus imprescindibles quehaceres sociales y domésticos, la blusa del artesano, la toga del magistrado, el uniforme del soldado; ese pueblo que vive y que siente, que tiene muchas y generosas fibras en su corazon, muchos y generosos sentimientos en su alma española, oirá, sin duda, en su conciencia, un *Memento* sagrado, la voz de su porvenir, la voz de la patria, que le dirá:

Acuérdate, pueblo español, de que atraviesas una de las más graves crisis de tu historia; acuérdate de que estás en la aurora de tu más vasta revolucion social; acuérdate de que ya no eres el pária de Europa, el último refugio meridional del absolutismo y de la supersticion; acuérdate de que ya estás en posesion de tu conciencia, de tu libertad

Digitized by Google

omnímoda de accion, de todos los derechos y de todas las garantías civilizadoras que el progreso moderno pide y consagra. Acuérdate, pueblo español, de los muchos y graves deberes que pesan hoy sobre tu patriotismo, sobre tu cordura, sobre tu conducta. Acuérdate de que necesitas instruccion, hábitos de libertad y de tolerancia, buena y económica administracion, espíritu de trabajo que te redima de la miseria, órden público que te libre de la anarquía, y un rey, una monarquía, un poder supremo, una voluntad supremamente decidida á obedecer la tuya, á prestar oidos á tus nobles deseos, á moderar y armonizar el ejercicio de tus nuevas instituciones y á proteger en tu nombre la libertad contra todas las ignorancias, contra todas las tiranías, contra todos los egoismos. Acuérdate, en fin, pueblo español, hoy más que nunca, de lo que las páginas de la historia te enseñan. Las revoluciones que se desvirtúan y esterilizan; que, en vez de ser inmensos bienes y glorias regeneradoras, acaban solo como sacudimientos artificiales, transitorios y agravantes de un cuerpo enfermo, esas revoluciones lo que prueban en la esencia es que el pueblo que las inicia y que, desvirtuándolas, no sabe completarlas y utilizarlas, ese pueblo no es digno de otra cosa, y merece volver á los antros de su desventura, de su oscuridad y de su postracion tradicionales.

Digitized by Google

UN REY... PARTICULAR.

(16 de Marzo.)

Vamos á tener el valor de decirlo, ya que hemos sobrevivido al escucharlo: aun hay quien... pero rogamos al lector no saque de ello consecuencias pavorosas para la seriedad revolucionaria, porque, como al fin probaremos, no merece la pena... aún hay quien... pero ¡qué trabajo nos cuesta decirlo! ¡ya se ve; somos tan opuestos á repetir, voluntaria y premeditadamente, las tonterías agenas! Pero, en fin, ello es preciso, y allá va, tal y como ayer, ayer mismo, en las regiones políticas se aseguraba: aun hay quienes opinan que se puede hacer rey á cualquier siemple español, sin distincion de alcurnia, orígen y biografía; aun hay quienes, en vista de lo difícil que sigue siendo en España toda candidatura estranjera y toda restauracion borbónica, y no queriendo, por razones que se callan, aceptar el natural candidato régio de la revolucion, insiste en que se eche mano de cualquier caballero particular. No citaremos el nombre ó los nombres de los autores de semejante atrocidad política; no diremos el grupo ó fraccion de donde se asegura que ha salido; no abandonaremos despiadadamente á los silbidos contemporáneos y de la posteridad esos nombres respetables; pero séanos permitido discurrir breves momentos sobre la importancia cómica de la tésis, y escribir algunos de los comentarios que sobre ella nos inspira una hilaridad asfixiante.

Y, una vez dada la noticia, que hemos tenido, por decirlo así, atravesada en el magin veinticuatro horas mortales, apresurémonos á hacer en justicia la única salvedad formal que tiene el asunto, y es á saber: los partidarios del rey de orígen popular á quienes nos referimos no tratan para nada ni para nada hacen mencion del general Espartero. El casi octogenario patriarca de nuestro liberal ejército, úni-

Digitized by Google

ca figura, como repetidamente hemos confesado, que por ser la encarnacion de una gloria y de una causa nacional pudiera colocarse sériamente, y en principio, sobre el trono revolucionario, á no amenazarnos por su edad y su falta de sucesion con un remedio peor que la enfermedad; el Cincinato logroñés no figura en la lista de los señores cuya opinion nos tiene desde ayer nerviosamente impresionados. No hay, pues, que considerar la cuestion bajo el único punto de vista que pudiera hacerla racional y discutible; está toda ella, íntegra y perfectamente, en la esfera de una *sanchopanzada* lastimosa.

Pero, señor, nos hemos preguntado mil veces durante el largo insomnio que esa risible lucubracion nos ha producido: ¿tendrá la revolucion, tendrá el actual órden de cosas, además de sus enemigos declarados y conocidos, otros más temibles y pérfidos que, subterránea y mefistofélicamente, influyan sobre desprevenidas y dóciles conciencias setembristas hasta el punto de hacerles esgrimir contra su propia obra el ariete del ridículo? ¿Qué seria la monarquía española, tal como esos señores la conciben? ¿Qué seria en España un rey escogido entre los simples mortales, militares ó civiles, que nos codeamos diariamente en la ex-coronada villa?

El único de los prestigios históricos que la libertad moderna ha convenido en dejar á la monarquía de la igualdad social es la genealogía, es el abolengo, es la carta de naturaleza de las familias régias, por muchas razones, y entre otras, porque ese prestigio de la descendencia es lo único que el favor de una nacion y el propio mérito no pueden dar, y porque la libertad de nuestros dias, al admitir, sancionar y mantener en su seno la ficcion suprema de la monarquía, lo ha hecho por el temor filosófico de las ambiciones humanas. Que haya algo inmutable, algo inaccesible, algo indisputable en el seno de los instables poderes del mundo del progreso: que exista la monarquía hereditaria como meta de todas las improvisaciones del mérito y de la fortuna: que el derecho de sucesion en las estirpes régias sea rémora de todas las dictaduras y de todos los fanatismos de un dia. La tradicion, el pasado, las generaciones de muchos siglos nos ofrecen ese legado, quizá como el solo aprovechable en nuestra nueva manera de ser: aprovechémoslo. Esto se ha dicho la civilizacion moderna.

Pero algunos españoles lo entienden de otra manera, y dicen: basta de antiguallas; elijamos rey á cualquiera, entre otros motivos por el

Digitized by Google

de que acaso mañana podrá ser elegido cualquiera de nosotros, que somos tan buenos para reyes como el que más. No hay en España actualmente ningun guerrero que, surgiendo de las entrañas del pueblo, se haya ceñido, salvando á su patria de tremendos peligros, tales y tantos laureles que hagan bien el efecto de una corona. No importa. No hay en España actualmente ningun hombre civil que haya desplegado en favor de la regeneracion ó de la salvacion de su país las alas de una inteligencia colosal. No importa. No hay en España actualmente nadie parecido á un Bonaparte, á un Tell, á un Washington, á un Bernardotte, á un Cavour; nadie que ya sea una espada, un pensador, un hombre de Estado, un hijo de la patria préviamente destinados á dejar su nombre en nuestros anales como un solde g loria, como un símbolo de la bendicion y de la gratitud populares. No importa, no importa. En cambio hay muchos hombres de talento, muchos militares esperimentados, muchos capitanes y teniente-generales apreciables, muchos ex-ministros y ex-directores y ex-embajadores honorables, muchos oradores incomparables, muchos periodistas inagotables, muchos buenos sugetos, en fin; pues hagamos rey á cualquiera de ellos, porque ¡qué diablo! si aquí no puede fundar una dinastía nadie que tenga derecho á prescindir del prestigio y del derecho del orígen, en cambio estamos un centenar de políticos de oficio, más libres que el aire y más pártidarios de todo libre exámen que Lutero, y nosotros decimos que para ser rey basta y sobra con que á uno lo elijan.

Pues, francamente, por muy española, muy revolucionaria y muy democrática que sea esa lógica, nosotros nos tomamos la libertad de decir á sus autores que, antes de fundar esa monarquía y hacer ese monarca, cuenten con nuestro humilde apoyo para fundar la república y elegir su presidente, y así nos evitariamos la confusion irrisoria de método y de naturaleza en que aquella nos haria caer. Venga en buen hora la república de Prim, ó de Rivero, ó de Figueras, ó de Castelar, ó de Barcia, ó de Pierrad, ó de Suñer, antes que una monarquía de que se burlen la historia, el carácter, la virilidad, los sentimientos, hasta las supersticiones de la monárquica España.

Digitized by Google

¡QUÉ PAIS, QUÉ PAISAJE Y QUÉ PAISANAJE!

(30 de Marzo.)

En un periódico de Corfú (Corfú es una de las islas jónicas regaladas á la moderna liliputiense Grecia por su autora la Inglaterra: la noticia no es nueva; pero en los tiempos que corren acaso no sea de todo inútil. Corfú, decimos, es la más bella, la más productiva y la más visitada de las hijas del jónico mar azul. Está situada á la entrada del Adriático, como un puente de flores echado por la gratitud de Europa entre Grecia é Italia, las dos maestras de la humanidad. Tiene jardines como los de Granada, hoteles muy caros y muy buenos, telégrafo que la une al continente, banqueros y comerciantes á centenares, paseos y edificios donde todavía luce el espléndido sibaritismo de Albion, su ex-dominadora, libertad de cultos y profusion de templos que no impiden la supremacía del catolicismo entre sus habitantes, y mujeres, con perdon sea dicho, semi-italianas, semi-inglesas, semi-helénicas, que hasta para un español son presentables)... pues como deciamos, en un periódico de Corfú, porque tambien allí hay periódicos, y muy patriotas y muy liberales, hemos leido casualmente un estraño artículo en cuyas afirmaciones y en cuya intencion España juega un papel importante. Nada más lejos de nuestro ánimo que ver ocuparse en el estado de nuestra nacionalidad á los atribulados helenos, á quienes tan difícil está siendo labrarse una patria sobre las ruinas del santuario continental donde fueron sus inmortales ascendientes. Al ménos en España somos más modestos y más prácticos, y sabemos, gracias á nuestras crísis crónicas, ejercer la caridad bien ordenada. Han de permitirnos, pues, nuestros lectores que, repuestos ya de la viva sorpresa que nos ha enviado el articulista de Corcyra (Corfú se

Digitized by Google

llamaba así hace tres mil años), les ofrezcamos un extracto, hecho en conciencia, de ese extemporáneo escrito.

Parece ser que en él se responde á los severos juicios publicados por algunos periódicos ingleses sobre la situacion política del reino griego. «Hay en esos juicios mucho de justo, dice la isleña publicacion, y mucho de soberanamente injusto. El diario inglés cree que los griegos hemos convertido el desbarajuste social en una especie de padecimiento endémico destinado á perpetuarse entre nosotros; juzga estériles de todo punto los treinta y cinco años trascurridos desde el dia de nuestra reconquistada independencia, y en los que no hemos sabido crearnos órden público, seguridad personal, administracion, industria, costumbres de libertad culta; y enumerando los brigantes de nuestras montañas, á quienes llama *la flor* de nuestra poblacion, y pintando los yermos de nuestro territorio continental, y recordando la periodicidad infalible de nuestros motines y alborotos, exclama: Está visto, la Europa cristiana y poderosa no debe seguir brindando una proteccion que, además de cara, es inútil, á ese incorregible pueblo, ó lo que sea. De ninguna nacion, de ninguna sociedad puede decirse con mayor y más amarga razon como ha dicho un poeta español contemporáneo: ¡Qué país, qué paisaje y qué paisanaje!»

Y al llegar aquí pierde pié el colega confuseño, y herido, se conoce, en lo vivo por la chistosa exclamacion de Luis Eguílaz, añade: «En primer lugar diremos al dómine anglo-sajon que el texto, que la cita no es pertinente, porque ella nos suministra una comparacion sin cuyo auxilio acaso hubiéramos tenido que enmudecer, ó que inventar argucias para responderle; pero puesto que el redactor albionés pide á un satírico español el látigo con que pretende herir las espaldas de la pobre Grecia, nosotros le diremos, ya que de España se trata, que no tememos la comparacion con ese país.

»Es verdad, Grecia es una anarquía; pero en el fondo de esta anarquía hay un pueblo que renace, hay algo que es un principio de vida; mientras que la España actual tiene todos los síntomas de una anarquía en cuyo fondo late una desorganizacion, una descomposicion, una decadencia progresivas, algo deletéreo, algo mortífero.

»Es verdad, nosotros somos un pueblo de brigantes; pero ¿quién nos ha hecho así? La dominacion estranjera, contra la cual nos hemos rebelado eternamente; antes que ser esclavos voluntarios del sul-

Digitized by Google

tan y prosélitos forzados de Mahoma, hemos preferido escondernos durante tres siglos en el seno de nuestras montañas, altares de nuestra independencia, siquiera en ellas hayamos confundido sacrílegamente la cruz y el trabuco. ¿Con qué derecho, con qué grado de justicia se nos exije, pues, que en solos treinta años hayamos podido hacer de nuestro salvajismo, de nuestra casi extinguida raza, de nuestra horrible pobreza, una gran nacion civilizada? ¿Cómo se pretende que nuestro renacimiento no sea esta anarquía, esta confusion, esta conmocion constantes? A quien podria y deberia hacerse tal exigencia, en nombre de la cultura y del progreso modernos, es á un país grande por su poblacion y por su territorio, que en íntimo contacto con la Europa de la libertad y en posesion de sus nuevos sistemas de vida social, haya dormido, sin embargo, voluntaria y descuidadamente, el sueño del oscurantismo y del despotismo, no saliendo de él más que para agitarse en estériles contiendas civiles. España, la España citada y admirada por el publicista inglés, debe saber algo de esto, debe saber lo que es *el país* á quien aludió su festivo poeta.

»Como *paisaje*, es verdad tambien que nosotros somos casi un desierto; nuestra Atica es una especie de soledad africana; desde Atenas á Tebas no se encuentran ya los olivos y los rios que un tiempo poblaron ó protegieron nuestros viejos dioses. Los trigos de la Eubea y los racimos de la fértil Corinto, en el Peloponeso, son acaso lo único que habla entre nosotros de un suelo benéfico y cultivado. Pero ¿con qué dinero, con qué máquinas y con qué brazos podiamos haber enmendado la plana á nuestra ingrata naturaleza? ¿Ni cómo hubiéramos podido lograrlo en solo un cuarto de siglo? Pues en cambio, el dinero sedentario y egoista de los absolutistas y perezosos caballeros españoles, y los brazos de su proletariado semi-árabe, que vive á gusto con el gazpacho y la guitarra, bien hubieran podido hacer en lo que va de siglo una cosa muy distinta de lo que es hoy el *paisaje* manchego y castellano.

»Es verdad, en fin; nosotros somos un *paisanaje* entregado á todas las tristes espontaneidades de su barbarismo tradicional, una especie de fiera semi-humana que en el confin oriental de Europa hace todavía ruborizarse á la civilizacion. Pero, vaya por Dios, que algo bueno representamos, hacemos y tenemos. Representamos la gran idea de la moderna nacionalidad helénica, del cristiano imperio bizantino, y

Digitized by Google

acaso nos será permitido afirmar, bajo la fé de nuestra palabra, que el dia en que la Europa nos lo permita hacer, el dia en que la espirante y abyecta Turquía deje de vivir de la caridad política del *culto* Occidente, nuestros doce mil brigantes sabrán entrar solos en Constantinopla. Hacemos con nuestros diez mil barcos mercantes el comercio levantino en casi toda su estension; tenemos nuestra capital, con ferro-carril, gas, palacios y hoteles, nuestros puertos, nuestra universidad central, que monopoliza hoy la instruccion pública en Oriente, y nuestros museos nacionales, donde sabemos recoger y guardar, con religioso cuidado, los restos que de nuestras maravillas artísticas nos han dejado nuestros seculares enemigos. Tenemos, en fin, lo principal que puede tener un pobre pueblo de dos millones de almas, cuyo idioma, cuyas costumbres, cuyo modo de ser apenas conoce el mundo: la fé del porvenir, el deseo de identificarnos con la vida moderna en todas sus fases, la esperanza de civilizarnos, en una palabra, y el eterno propósito de guardar, ensanchar y defender la patria.

»Entretanto, los españoles, esos españoles que tienen poetas que suministran citas al diario inglés á que contestamos, siendo una raza inmensa, cuyo idioma hablan y cuyas costumbres se estienden, en Europa, América y Asia, quizá á más de 50 millones de almas; habiendo sacado del gran período de su dominacion en el mundo su patente de gran pueblo, sus ciudades atestadas de egregios monumentos imperecederos, sus anales cristianos, civilizadores y guerreros, más grandes y honrosos que los de todos los pueblos modernos juntos, han sido voluntariamente durante dos siglos buenos súbditos, buenos guerrilleros y buenos toreros, pero nada más; y hoy son una nacion de segundo órden, que, á pesar de haber ido hace diez años á Africa, tan gloriosamente como supo ir; á pesar de que el mundo le recuerda que fué la primera vencedora de Napoleon I, y á pesar de haber acabado de hacer trizas entre sus nobles manos el apolillado, sombrío y maléfico trono de los Borbones, nada intenta para reconquistar entre las grandes naciones el puesto que con tan poco trabajo alcanzaria, y se prepara acaso á volver á su culpable, histórico letargo, haciendo, por la desunion y las miserias individuales, infecunda una revolucion que el mundo entero saludó en su albor con verdadero y simpático asombro.

»Desengáñese, pues, el articulista del Támesis; ha obrado torpe-

Digitized by Google

mente al tratar de regañar á Grecia por conducto de un *preceptor* ibérico; el poeta español no pensó más que en su patria, ni autorizó á nadie para que á otra lo aplicara, cuando hizo exclamar al petulante personaje de su comedia: ¡qué país, qué paisaje y qué paisanaje!»

Tal es el extraño é intempestivo artículo del diario de Corfú que, solo por via de entretenimiento, hemos dado á conocer á nuestros lectores. Ganas se nos han pasado de contestarlo séria y extensamente; pero, en primer lugar, ¿leerán en Corfú los periódicos españoles, cuando ¡ay Dios! tanto trabajo nos cuesta ser leidos desde el Pirineo á Calpe? Y además, el mismo articulista helénico que para absolver á su país de faltas propias no halla otro medio que inventar ó recordar las agenas, ¿merece, en rigor, nuestro acaloramiento? Contentémonos, pues, con decirle récio, por si tal vez la casualidad hace que lo oiga: señor escribidor jónico: ¡es usted un impertinente!!!

Digitized by Google

LO POSITIVO.

(16 de Abril.)

«Todo nace inocente,» nos decia un pensador amigo nuestro en los primeros dias de la revolucion de setiembre, al aplaudir entusiasmado, como España y Europa lo hicieron tambien, la actitud generosa, noble y pacífica del pueblo que, huérfano repentinamente de sus instituciones seculares y con ellas por el momento de todo poder, de toda protectora fuerza moral, lo suplia y lo hacia todo, sin embargo, con la inspiracion de aquella generosidad y de aquella nobleza que le es ingénita.

«¡Cómo nos hemos civilizado á pesar de nuestras vergüenzas en los últimos doce años!» nos decia otro espíritu filosófico al ver que ni en Madrid ni en pueblo alguno de España se despedia á la ingrata hija de Fernando VII y á sus últimos secuaces con los terroríficos abusos que la historia exhibe como acompañantes inseparables de tales cataclismos; al ver que en vez del estrépito de la civil contienda, en vez de las represalias de la pasion, solo se oian en toda la Península los magnéticos acordes del resucitado himno de Riego.

Nosotros pensábamos tambien algo consolador, algo honroso para el modo de ser español, en presencia de aquell s hermos s y supremos dias que, por desgracia, parece que se nos van olv dando. Pero no pensábamos precisamente lo mismo que los dos filósofos amigos á quienes acabamos de recordar. No pensábamos que aquella especie de torneo generoso, aquel pugilato de nobleza, aquella subasta de perdon, de olvido y de inofensivo contento á que parecian entregadas las poblaciones españolas en la primera mitad de octubre de 1868, fuesen resultado natural y conmovedor de la eterna inocencia de todas las infancias físicas y morales. No pensábamos tampoco que aquel gran

Digitized by Google

espectáculo se debiese á la inconsciente influencia de la cultura que el espíritu de la época nos hubiese hecho adquirir á pesar nuestro en la última década. Pensábamos otra cosa; pensábamos que la causa de aquella actitud y de aquella conducta de nuestro pueblo se esplicaban más justa y naturalmente por las invariables cualidades de su carácter.

Por innegables que sean, en efecto, las propensiones de inculta indolencia y de paciencia rebajadora con que, despues de los grandes dias de nuestra historia, ha visto el mundo someterse el pueblo español á poderes y sistemas que lo han perdido transitoriamente para la civilizacion y para toda verdadera grandeza social, no son menos reales y constantes, por fortuna, las innatas cualidades de esta raza á quien Europa y el mundo y la humanidad deben tanto. Entre esas cualidades hay una á que ha dado nombre una palabra esencialmente española, «la hidalguía.» Con la hidalguía del pueblo español se ha contado, se cuenta, se podrá contar siempre; es su infalibilidad más preciosa, su condicion por escelencia. Y (sin necesidad de remontarnos á pasados siglos) el pueblo que, despues de la abyecta abdicacion de Bayona, recibia y llevaba á la familia de Cárlos IV al trono que habia sabido sacar para ella reconquistado de las manos del gran Napoleon; el pueblo que en 1854 escribia en sus barricadas el lema de «pena de muerte al ladron» y desistia de llegar en su justa cólera hasta el palacio de Isabel II, por no herir, para abrirse paso, el pecho del ilustre San Miguel; ese pueblo explica facilísima y lógicamente al que hace diez y ocho meses dejaba irse á vivir con sus millones al estranjero á sus opresores y denigradores: al pueblo de 1868.

Escribimos estas líneas al son de los repiques de gloria de los templos madrileños, oyendo tambien los solemnes écos del cañon con que la España oficial conmemora la resurreccion del Salvador del mundo.

Ningun momento más á propósito que este para complacernos en reconocer, ya que de grandes cualidades del pueblo español se trata, otra que acaso sea la fuente de todas ellas, y que desde luego es la más característica de todas: su religiosidad.

¡Qué espectáculo el de Madrid en la Santa Semana que hoy concluye! Ha parecido como que todas las clases de la sociedad de la capital de España se han esmerado en oponer una protesta á deplorables declaraciones é imprudentísimos proyectos emanados de las altu-

Digitized by Google

ras del gobierno. Se diria que Madrid ha contestado al ministro que proclamó desde el banco azul que *no tenia ninguna religion positiva*, demostrándole que el pueblo español, en cuyo nombre y á cuya costa gobierna aquel ministro, tiene una religion positiva, la cual cree y confiesa, y que esa religion es la del Crucificado, la católica. Así es que hemos visto á todos los madrileños, desde la dama aristocrática á la humilde trabajadora, desde el prócer, el general ó el hombre político hasta el industrial, el soldado ó el jornalero, inundar á todas horas los templos, respetándose por grandes y pequeños la piadosa costumbre de recorrer á pié, y solo á pié, las calles de la capital durante los patéticos dias del santo luto de la Iglesia. En los templos se ha ejercido la caridad por los fieles más abundantemente que ningun año, allegándose grandes sumas para objetos sagrados y filantrópicos, ora para el culto, ora para los pobres. Todas las prácticas piadosas que están preceptuadas ó son tradicionales en estos dias han sido fielmente observadas en la esfera doméstica y en la esfera social, haciéndose por todo el mundo gala de ello, como si cada uno deseara que su protesta individual contra las impiedades oficiales llegase *á ciertos* oidos.

Y el pueblo que así acaba de exhibirse es, *sin embargo,* el pueblo liberal, el pueblo revolucionario, el pueblo del sufragio universal. Para esto no ha habido distincion de neo-católicos y republicanos, de progresistas y unionistas; las clases más tradicionalmente cumplidoras de los preceptos del culto se han visto acompañadas de todas aquellas cuyos sentimientos y pasiones políticas las identifican con el espíritu revolucionario. Negarlo, decir otra cosa, sería negar la evidencia.

Dígase, pues, si pueden creerse de buena fé compatibles ciertas manifestaciones y ciertas entidades científica y petulantemente anticristianas, con la gobernacion de un pueblo que, en medio de su omnímoda libertad, responde á los adversarios teóricos de toda positividad religiosa con esa positividad católica tan sincera, tan efectiva, tan unánime y tan grande; y dedúzcase de ello si la actitud que progresistas y unionistas han adoptado en esta grave cuestion es ó no es lo verdaderamente *positivo* desde el punto de vista nacional.

Digitized by Google

DECLARÉMONOS.

(28 de Abril.)

Los partidarios de la memoria de D. Ramon María Narvaez, para probar que este señor, á falta de muchas cosas buenas, tenia algunas buenas cosas, recuerdan lo que en cierta ocasion dijo acerca de la Constitucion de España. Debia esta, en su opinion, componerse de solos dos artículos, uno dispositivo, previsor y sintético, y otro puramente fundamental, á saber:

ARTÍCULO 1.°

Todos los españoles serán Grandes de 1.ª clase, capitanes generales, ó ministros con seis mil duros de sueldo y coche.

ARTÍCULO 2.°

Este país no vale un comino.

Hay que confesar, por desgracia, que aun para el espíritu más optimista, para el corazon más refractario al desaliento, no faltan en nuestra situacion presente motivos capaces de hacer buena la Constitucion del memorable infausto jefe moderado.

Momentos hay, en efecto, en que, á no creer que este es un país dejado de la mano de Dios, no se sabe lo que creer lógicamente; momentos hay en que las vergüenzas del pasado, los absurdos del presente y los temores del porvenir parecen reunirse para decir á la conciencia: aquí todo es peor.

Hace año y medio, los partidos liberales de la monarquía española prepararon é iniciaron, con el apoyo del sentimiento público, la más profunda y justificada de nuestras revoluciones.

Digitized by Google

Diez y siete millones de almas la sancionaron, ó con su adhesion y su actitud benévola, ó con su neutral indiferencia. Europa entera la saludó respetuosamente á su advenimiento. Nadie la estrañó, nadie la combatió, nadie la ridiculizó préviamente. En España, y fuera de ella, aquella revolucion estaba hacia mucho tiempo anunciada por un terrible precursor: el desprecio hácia lo que esa revolucion debia destruir y arrojar de nuestro suelo.

Han pasado diez y ocho meses, y aquella revolucion, hecha por monárquicos, ha sido solo utilizada por republicanos, en los que nadie pensaba al hacerla; aquella revolucion, hecha por liberales, ha sido á la vez esplotada por el resucitado absolutismo; aquella revolucion, hecha al honroso amparo de un órden relativo y de una generosidad nunca vista, sin embargo de estar sostenida por un ejército modelo no ha podido en año y medio fundar el órden público, ni señalar la última barricada; aquella revolucion, esencial y únicamente antidinástica, que tenia y tiene su natural obligado candidato régio, no solo no ha traido la dinastía revolucionaria al trono que fumigó la humareda de Alcolea, sino que todavía hace posible la restauracion.

¿Dónde está, cuál es, cuál ha sido el triste secreto de esto? ¿Por qué causa esa revolucion ha servido á todos, menos á sus autores los partidos de la libertad monárquica? ¿Qué nombre tiene la razon determinante de tanta impotencia, de tanto desórden, de tanta injusticia, de tanta agonía?

Ayer mismo parecia que ese nombre estaba al fin en la conciencia de todos, que esa causa era por todos señalada al fin y anatematizada en la interinidad. La interinidad debió acabar con el Gobierno Provisional, ó el Gobierno Provisional no debió ser sustituido sino por el primer ministerio del nuevo rey, despues de promulgada la Constitucion; la interinidad alimenta á sus pechos el desórden, espanta el crédito, gasta y desautoriza á nuestros más respetables hombres públicos, abre cada dia una herida al prestigio de la Cámara Constituyente que la ha votado, nos pone en caricatura ante Europa y sostiene el espíritu de la anarquía y de la rebelion en nuestras entrañas. De una vez por todas: ¡basta de interinidad!...

Pero es el caso que á este *confiteor* revolucionario ha seguido, para nuevo asombro del mundo que nos mira, una duda cruel y absurda en partes iguales. La interinidad no es posible: convenido. La desig-

Digitized by Google

nacion, y eleccion de rey es improrogable: aceptado. La interinidad no tiene más término natural y lógico que el monarca: incuestionable. Pues bien: ¿qué hacemos? ¡Ah! en cuanto á eso, ya es otra cosa; lo que hay que hacer es prolongar, apuntalar, consolidar la interinidad.

Esto han dicho y dicen, no ya los federales, los carlistas ó los moderados, sino algunos, muchos revolucionarios de buena ley, de cuyo monarquismo, de cuyo liberalismo, de cuyo patriotismo, de cuyo sentido comun no era lícito dudar hace veinticuatro horas.

Y dicen más: dicen hasta lo maravilloso, hasta lo fabuloso. Dicen unos que puesto que la *media-regencia* (frase de *La Epoca)* del ilustre Serrano no ha sido bastante para satisfacernos de interinidad, la regencia íntegra del ilustre Prim por un buen número de años (frase atribuida á Napoleon) seria muy á propósito. Y dicen otros: no; nada de regencias unas, porque ya sabemos lo que fueron con ellas María Cristina y Espartero; lo que hay que hacer es lo que erróneamente no se hizo al principio de la revolucion, esto es, un triunvirato, ó directorio, ó regencia trina; puesto que no basta medio regente, ni un regente completo, al que no quiere caldo, tres tazas: hagamos tres regentes: donde no alcanza un cañonazo, tírense tres.

Y así estamos *hoy por hoy,* como diria el organillo del cimbrismo anti-riverista. Decididamente hay que acabar con la interinidad, aunque sea haciendo reyes á Serrano, á Prim, á Topete, á Rivero, aunque sea fundando una monarquía cuádruple, de la cual no quedaria al poco tiempo más de lo que dejaron los gatos de la fábula despues de pelearse sobre la viga, pero que, en cambio, dejaria muchos ministerios disponibles y daria tiempo para crecer al príncipe Alfonso.

¡Ah! repitámoslo; Narvaez era un gran filósofo cuando ideaba su compendiosa Constitucion española.

Por lo demás, ¿qué hacer entre tanta confusion, entre tanto embrollo; qué hacer para atajar ese manifiesto deseo que nuestra gloriosa obra de setiembre parece tener de convertirse en mísera parodia?

Lo primero que se nos ocurre es pedir al gobierno que mande cerrar las fronteras terrestres y marítimas de España; es pedir que lavemos toda la ropa súcia en casa; es desear que no se entere el mundo de lo que nos pasa. Pero ya es un poco tarde para esto. Alejandro Dumas, padre, está en la fonda de las Cuatro Naciones.

Digitized by Google

Otro remedio seria el pedir á nuestros conciudadanos, por el amor de Dios, que dejasen de ser liberales, y que viéramos el mejor medio de traer, para que nos metiera en cintura, á un tirano cualquiera, á uno de esos hermanos del rayo, hijos de la tempestad, segun acaba de llamarles un poeta. Pero esto seria poco español; aquí no gusta más que la tiranía de todos; tenemos la igualdad en la masa de la sangre.

Lo único, pues, que se nos ocurre, para disculpar nuestras progresivas atrocidades ante el mundo y ante nosotros mismos, es pedir que la nacion sea franca de una vez. Declarémonos un país de locos, y todo estará esplicado. La ignorancia es hasta cierto punto una virginidad respetable; la tontería suele ser séria; ninguna de las dos conviene como disfraz á nuestra anarquía: la locura, en cambio, se aviene á lo inquieto, á lo alegre, á lo pintoresco, á lo ruidoso, á lo destructor de nuestro lento suicidio nacional. Declaremos, pues, oficialmente nuestra locura, aunque ella traiga consigo, de derecho, la interdiccion.

Digitized by Google

¿ESTARA ESCRITO?...

(6 de Mayo.)

I.

Era una tarde de 1867. El Sr. D. Salustiano Olózaga y el que tiene el honor de contar esto paseaban juntos en París bajo los arcos del Palais Royal. El Sr. Olózaga era á la sazon el patriarca civil del progresismo, que utilizaba patrióticamente su destierro pidiendo y predicando la conciliacion con la union liberal, comiendo frecuentemente con el príncipe Napoleon, ganando para la causa revolucionaria de España apoyos y simpatías respetables, y no sabemos si cobrando su cesantía de ministro. El que esto recuerda era un simple ex-diputado y ex-periodista unionista, firmante de la memorable exposicion que echó abajo la puerta del ilustre Rios Rosas en una noche, y con ella la del palacio de la última descastada nieta de San Fernando.

Y era además el que esto relata grande admirador, hasta entonces platónico, del terrible autor de la *Salve;* y recuerda que fué aquella una de las primeras ocasiones en que se acercó, trémulo de respetuoso entusiasmo, al Júpiter liberal. El Sr. Olózaga tenia toda la barba.

Hablaban ambos de España, ó, lo que es lo mismo, de política. El Sr. Olózaga tenia una fé tan robusta como su persona en la proximidad del triunfo revolucionario. El inesperto jóven que le oia no participaba por completo de aquella patriarcal confianza, y así se permitió decirlo al Sr. Olózaga.

—¿Qué teme Vd.? preguntó este.

—Temo, Sr. D. Salustiano, le digimos, que, entre otras cosas, llevemos la guerra civil á nuestra patria.

—¿Por qué?

Digitized by Google

—Porque, á pesar del descrédito de la dinastía, hay en España una generacion acostumbrada á considerarla como el símbolo de la idea liberal, un ejército enseñado á batirse en su nombre, una burocracia, una aristocracia y parte de una teocracia cuyos intereses están en ella arraigados; y esto, y la poca costumbre que tenemos los españoles de derribar tronos, me hace temer que la revolucion que consigamos hacer en Madrid tenga que conquistar á cañonazos, y pueblo por pueblo, las cuarenta y nueve provincias de España...

—Jóven, nos replicó entonces el ilustre Olózaga, con una concentrada, vehemente y filosófica elocuencia que nunca olvidaremos; usted ha nacido ayer, como quien dice, y, por muchos libros que haya leido, no perderá nada con que yo le hable ahora con el texto de mi esperiencia á la vista. Sepa Vd., pues, que Isabel II caerá, y caerá sin defensores y sin guerra civil, y sin clases que la enciendan en su nombre; porque la revolucion que la echará de España está ya hecha; y por mucho que Vds. y nosotros, los nuevos y los viejos liberales, hayamos hecho y hagamos para esa revolucion, más, muchísimo más ha hecho por sí misma la ingrata agonizante dinastía que debe perecer á sus manos. Esa revolucion prévia tiene un nombre: se llama la revolucion del desprecio.

II.

Año y medio despues, el que estos recuerdos evoca, puesto por la casualidad y sus leales aunque cortos esfuerzos al frente del movimiento revolucionario de una de nuestras principales provincias, recibia casi sin interrupcion dos gravísimas noticias telegráficas: la de la victoria de Alcolea, que le comunicaba el ilustre Serrano, y la de la fuga de la córte al estranjero, que le participaba el ilustre Rivero en un despacho histórico, cuya viril elocuencia correspondia á la inmensidad del suceso anunciado.

Sonaban á nuestro alrededor los unánimes febriles ecos de la alegría de un pueblo; pesaban sobre nuestra escasa inteligencia los graves deberes de la organizacion y direccion de una vasta provincia, y, sin embargo, hubo en aquel momento algo que ocupó por entero nuestra atencion, separándola transitoria pero profundamente de cuanto nos

Digitized by Google

rodeaba; el recuerdo de un hombre y de un hecho que dormian en nuestra memoria se despertó con la solemnidad de una grave leccion en nuestro ánimo: era el recuerdo de D. Salustiano Olózaga y de su profecía, ya realizada.

¡Ah! tenia razon, nos deciamos mentalmente en aquellos momentos, tenia razon el insigne patricio. Así caen las dinastías cuando se divorcian del espíritu de un pueblo, sin otra catástrofe que ese triste simulacro de honor militar hecho en Alcolea; sin que la voz de una clase poderosa, de un grande sentimiento nacional las despida. ¡Así caen las dinastías huérfanas de la consideracion pública, infieles á su historia, perjuras á sus promesas, enemigas del principio generoso que las dió vida!

Pero ¿quién ha sido, añadiamos en nuestro soliloquio, el principal actor en esta consumada obra del pátrio menosprecio hácia los nietos de Cárlos III que acaban de cruzar el Pirineo? ¿A quién la verdadera gloria de esta obra regeneradora de España? ¿Quién aparecerá ante la posteridad como el principal, activísimo y fuerte instrumento de ese desden nacional que mira impávido la cuna salvada en Vergara convertida en el wagon que lleva á Isabel II y sus hijos al ostracismo?

¡Oh! no cabe duda: Olózaga ha sido ese actor, de Olózaga será en el porvenir esa gloria, Olózaga ha sabido ser ese providencial instrumento. El tremendo expositor de los *obstáculos tradicionales* con que ha venido luchando, en lenta agonía, la libertad española; el autor del *retraimiento* que paralizó desde su primer instante la máquina constitucional fundada en 1808; el vigoroso acento que flageló sin descanso al impúdico fanatismo de la córte errante; el iniciador inteligente de la coalicion de los partidos liberales; el acusador incesante de los oprobios que extendia sobre el país un sólio mancillado; ese hombre, ese pensamiento, esa voluntad, esa actividad han sido los que han saturado, por decirlo así, á la nacion entera, de ese desprecio que hoy sirve de alma á la revolucion; y esta revolucion es obra suya, hechura y gloria suya, que nadie puede ni debe disputarle...

III.

Y hé aquí que año y medio despues llega el Sr. Olózaga á Madrid,

Digitized by Google

llamado ni más ni ménos que por España entera, porque le llama la revolucion entorpecida, paralizada, desvirtuada, extenuada en brazos de la interinidad; porque le llaman los prohombres revolucionarios, gastados y desautorizados en el seno de la interinidad; porque le llaman los lastimados intereses de todas las clases, los aflojados vínculos de todos los respetos y de todas las esperanzas que la revolucion creara y que la interinidad destruye; porque le llaman las ansias, los temores, los sufrimientos, las anarquías, las miserias que la interinidad ha acumulado sobre el corazon del país.

Y hé aquí que la venida del Sr. Olózaga es lo mismo que si los partidos revolucionarios, olvidando sus progresivos fatales divorcios, y uniéndose en aras de un peligro comun, hubiesen gritado juntos desde la orilla izquierda del Vidasoa á nuestro embajador en París: ¡autor moral de la revolucion, Homero de la tribuna española, tú á quien todos los obstáculos, desde Espartero hasta Isabel II, han venido pequeños; ven á nosotros por el amor de Dios; mira que no hemos sabido hacer otra cosa que perder el tiempo; que estamos, como cuando te fuiste, sin órden público, sin crédito, sin dinero y sin rey; mira que empezamos á conocer que la paciencia del país se agota; mira que no queremos que se haga contra nosotros la revolucion *prévia* que tú supiste preparar contra lo que derribamos; destructor glorioso, enemigo histórico y monumental de los Borbones, ven á darnos un consejo; ven á salvar la revolucion, si aun es tiempo!

Y hé aquí que, segun se dice, el Sr. Olózaga viene ni más ni ménos que á consolidar la interinidad, aconsejando y aprobando que se den facultades á la regencia nominal del general Serrano; hé aquí que despues de un año de observacion filosófica y patriótica, en la que ha recogido todos los écos de nuestras discordias, en la que ha analizado todos los écos de nuestros desórdenes, en la que han pesado sobre su reflexion todos los ayes de la desgarrada patria, de la revolucion estancada, de la Constitucion olvidada, de la monarquía sin rey, de la Hacienda sin recursos, de la fuerza moral del gobierno sin punto de apoyo; el grande, el ilustre, el no gastado, el vírgen Olózaga, que de intento se ha mantenido fuera del terrible roce de los sucesos, abandona al fin su lindo hotel del muelle Orsay, y viene á conjurar, á remediar, á extinguir de una vez por todas las funestas consecuencias de la suprema falta de la revolucion, las miserias y las vergüenzas todas de

Digitized by Google

la interinidad... consolidando, normalizando, constituyendo sólidamente, enalteciendo, idealizando, divinizando... la interinidad!.

IV.

El mundo político se pregunta asombrado: ¿Qué es esto?...

Los más optimistas y más fisiólogos dicen: No es nada; es pura y simplemente la influencia de los años; al Olózaga físico responde lastimosamente el Olózaga moral; la vejez es una segunda infancia, segun todos los tratadistas.

Los más pesimistas dicen: Eso es que la Providencia vuelve la espalda á su protegida la obra de setiembre; eso es que, cuando hasta Olózaga hace y dice eso, esto está perdido!...

Los federales dicen: ¡Víctor por D. Salustiano! él nos regala, corregida y aumentada, la interinidad. Camaradas, manos á la obra; la interinidad es nuestro elemento, es lo de Cádiz, lo de Málaga, lo de Barcelona: ¡viva la disolucion nacional!

Los carlistas dicen: ¿Habrá hablado D. Salustiano con nuestro rey y señor?

Los cimbrios dicen: Olózaga es un grande hombre, casi tan grande hombre como Martos. Martos y Olózaga serán ministros juntos; y cuando seamos un partido, promoveremos una suscricion para ofrecer un laurel de oro al protector de los ateos casi-republicanos.

Los progresistas de buena fé dicen: ¿A cuántos nuevos años de destierro nos llevará este nuevo bienio de la interinidad olozaguista?...

Y los moderados, ¡ah! los moderados son los que dominan con la voz de trueno de su alegría todo este desconcierto de exclamaciones. Los moderados dicen: ¡Qué gran hombre es ese Napoleon III! ¡Ved cómo del Olózaga senil, parisiense, sibarita, imperialista, bonapartista y decadente, saca con mano maestra, como de una hermosa crisálida, al Olózaga inesperado, increible, chasqueado y mistificado á su pesar, al Olózaga borbónico! ¡Ese Olózaga que viene impregnado de los mandatos, vulgo consejos, del moribundo César á prorogar indefinidamente la interinidad, ese Olózaga, ese mismo, es el primer partidario de Alfonso XII! ¡Necios revolucionarios; liberales nécios! ¿por qué no lo conoceis así? ¿por qué no comprendeis, ¡oh incrédulos! que estaba, sin

Digitized by Google

duda, providencialmente *escrito* el borbonismo inconsciente del terrible Olózaga de la historia?... ¡Ah! sí, escrito estaba; ¡la restauracion será obra, expiacion y hechura del hombre infausto que derribó á Isabel II!!!

V.

. . . . . .

¿Estará, en efecto, escrito?

Digitized by Google

TEMAS.

(28 de Mayo.)

Libre Dios á nuestros lectores de conocer y sufrir la dolencia periodística llamada «falta de tema.» Es una enfermedad que aprieta el cerebro como férrea plancha, y que hace aborrecer á la humanidad en general y á los cajistas de imprenta en particular. ¡Falta de tema! ¡es decir, imposibilidad de hablar ó discurrir sobre algo para quien tiene el deber fatal de no enmudecer; es decir, la mordaza para el lenguaráz de oficio, el silencio para quien vive del ruido y del movimiento humanos; es decir, una série indefinida de cuartillas en blanco, para quien tiene delante al más tiznado é inexorable de los regentes pidiéndole un tomo diario de escritura! Decididamente, el periodista es un pobre sér, además de ser por obligacion un sér pobre.

Esta mañana sentiamos nosotros por vez centésima toda la estéril melancolía de esas reflexiones, aguardando en vano á que empezaran á caer sobre el virgen papel las ideas que la pluma suele de cuando en cuando destilar. Y nada: las ideas convenientes no venian, las noticias oportunas no parecian, el tema de nuestro artículo de hoy dormia sordo é ingrato á nuestro dolor en lo increado. De pronto nuestros ojos, próximos ya á traducir la impotencia en llanto, toman el recurso que para dormirse toma media España: empiezan á recorrer un diario de noticias. Y ¡oh dicha! ¡oh remedio santo! Habiamos sido injustos é ignorantes una vez más; hay noticias, y tantas, y tan variadas, y tan dables, y tan comentables, que pedir más fuera golleria. No era el mundo, no era España, no era la política, éramos nosotros los infecundos.

El nudo gordiano está, pues, roto; la situacion salvada, el cajista provisto; hay artículo, hay tema. «¡Cantemos al Señór!» etc..., que

Digitized by Google

dijo Herrera. Puede hacerse un artículo de municion, pero no enteramente falto de interés y de originalidad, con solo extratar, copiar y comentar brevemente media docena de esas bien halladas noticias. Será un cuadro exacto del estado del país, un puro extracto de esencia de situacion, una copia que valdrá mucho más que todos nuestros pretenciosos originales. Manos, pues, á la obra. Allá va:

Primera noticia, escogida, como todas, al azar: «Se habla de un tesoro que, segun un periódico, existe escondido en una de las dependencias de Palacio, y que no ha podido hasta ahora ser hallado, á pesar de las gestiones practicadas.»—¡Un tesoro y en la España de la interinidad! ¡Qué inverosimilitud! Pero, en fin, alguna vez habiamos de ser ministeriales. El ministro de Hacienda nos agradecerá, sin duda, el traslado. Lo único que le pedimos en cambio es que mande reforzar inmediatamente la guardia de Palacio. Medio Madrid debe estar allí á estas horas.

Segunda noticia: «Valencia y sus alrededores continúan siendo teatro de toda clase de crímenes. Los periódicos de aquella capital relatan tres asesinatos ocurridos en un solo dia y en un solo juzgado.»—Esta noticia debe tenerse por no dada: no aumentemos con ella el rubor de la España de la libertad; y, sobre todo, quitémosla de nuestra edicion para el extranjero.

Tercera: «Todavía no hay noticias de los bandidos que en el campo de San Roque han secuestrado á dos súbditos ingleses, ni de sus cautivos.»—Otra que tal; ¡qué monotonía!... ¡Y nosotros que cuando estábamos entre los brigantes griegos suspirábamos por la culta España!

Cuarta: «Se ha disuelto la partida de Voluntarios que al mando de D. Blas Heredia se formó en Ciudad-Real para la persecucion de malhechores.»—Pero, hombre, si ya se ha disuelto, ¿á qué hablar de ella? ¿O es que hay empeño en que Europa nos calumnie?...

Quinta: «Se hacen grandes elogios de la última novela del Sr. Nombela titulada: *Mendigos y ladrones*. Es obra de costumbres contemporáneas, etc.» Resignémonos; la literatura no ha creado nada nunca: siempre ha copiado, siempre ha reflejado en su esencia el seno de su nutricion.

Sexta: «*El Aurrerá* dice que han llegado estos dias á la frontera el marqués de las Hormazas, el general Martinez Tenaquero y otros per-

Digitized by Google

sonajes carlistas.»—¡Gracias á Dios! Hé aquí al fin la política, la política propiamente española. *¡Caenas, caenas*, y viva la Inquisicion!

Sétima: «El hijo del Sr. Nocedal no se presenta ya candidato á la diputacion por Alcalá. Los carlistas le han exigido un manifiesto que no ha querido dar.»—No lo entendemos: ¿qué perdia en ello el autor de *La Carmañola*?

Octava: «Parece que toma importancia el movimiento religioso iniciado por el Sr. Mora (¿?) en Villanueva de la Vera, y que dentro de poco se construirá en aquel punto una iglesia independiente, dispuesta á no recibir nada del Estado, á plantear una disciplina sencilla y á establecer el matrimonio de los clérigos.»—¡Divino! ¡Piramidal! ¡Lógico, sobre todo! Quizá Villanueva de la Vera sea de la provincia de Córdoba. En Córdoba estuvo el Sr. Echegaray durante su viaje de Semana Santa. Ese Sr. Mora debe ser un cimbrio inconsciente.

Novena: «Parece que en los barrios de las afueras de Madrid se están firmando exposiciones al ayuntamiento en demanda de que se mejore el alumbrado público.»—Pues, hombre, francamente, lo que es en Madrid no estamos mal de luces. La calle de la Montera, donde ahora se roban los niños y los relojes, parece todas las noches un áscua de oro.

Décima: «Se ha subido el precio del pan un cuarto por libra.»—Esto sí es deplorable; pero á bien que nos coge con dinero.

Undécima: «Los diarios de Lóndres confirman la noticia del gran incendio ocurrido en Manila. Las pérdidas se calculan en un millon de duros.»—¡Manila! ¡Manila! ¿Han oido Vds. hablar de Manila?...

Duodécima: «El presbítero granadino Sr. Rivas, emigrado en Orán desde los sucesos de Málaga, ha jurado allí en manos de nuestro cónsul la Constitucion, y vuelve á España.»—Bien hecho: el tiempo de los Escipiones ha pasado.

Décimatercia: «Ha sido nombrado contador de la aduana de Fajardo, en Puerto-Rico, D. Acisclo Antique.»—Acisclo... Antique... ¿qué es esto?

Décimacuarta: «La prensa de provincias, salvo algunas escepciones, combate la interinidad en cualquier forma.»—¡Cielos!... ¿Será cierto?... ¿Luego hay país?... Pues no prosigamos; esta noticia es el sabroso y dulce postre de una horrible comida. Entreguémonos con la tranquilidad posible á la digestion, y otro dia continuaremos.

Digitized by Google

LA MONARQUIA SÉRIA.

(6 de Junio.)

I.

Con profunda atencion asistimos ayer tarde, en calidad de espectadores neutrales y desde un buen sitio, á la manifestacion esparterista. Suponiamos que la amable bulliciosa actividad de sus promovedores echaria el resto para hacer del ejercicio de uno de los inalienables derechos del individuo un acto en comparacion de cuya solemnidad y trascendencia fueran simples bicocas todos los hasta aquí realizados, desde las peticiones de los liberales de Navalcarnero y Fuenlabrada hasta el valeroso viaje autónomo del Sr. Madoz, que lo sujetó á un juicio de residencia entre sus amigos; desde la primera y la segunda negativas del ilustre solitario logroñés hasta el manifiesto, entre culterano y épico, del Sr. Salmeron. Y, francamente, nos era grato hacer tal suposicion.

Nos era grato, porque nosotros estamos voluntariamente contagiados del hambre y sed de monarquía que aqueja al mayor número de los españoles, y lo estamos hasta tal punto, que allí donde se anuncia algo cuya iniciativa y cuya tendencia se relacionen con el sentimiento monárquico, allí acudimos á llevar al menos el óbolo modesto y sincero de nuestro prévio entusiasmo. Nos erà grato, porque aunque venimos siendo partidarios de una candidatura y de una solucion monárquica que creemos inseparables del interés revolucionario, son tantas las voces, todas desinteresadas y patrióticas por confesion propia, que nos han asegurado y aseguran bajo su palabra que vamos mal, que estamos equivocados y que nuestro candidato no encajaria bien en el cuadro constitucional de 1869, que casi estamos ya poseidos de una

Digitized by Google

monomanía candidaturesca, y nuestra atencion se ha hecho un deber de imparcialidad y de patriotismo el oir todo, el examinar todo, el ver todo lo que, si bien contrario á nuestra conviccion, se nos ofrece en nombre de la solucion suprema que el país espera. ¡Tenemos tantas ganas de poder decir que nos hemos equivocado!

Vamos á ver, pues, la manifestacion esparterista, nos deciamos ayer tarde colocándonos, anteojo en ristre, nada ménos que en un balcon de la Puerta del Sol. ¡Quién sabe si bajaremos de aquí convencidos, y si de aquí correremos á pedir á D. Pascual el abrazo del catequizado! Hasta ahora, el esparterismo y sus actos nos han parecido representar y significar la única inocencia de la revolucion, y por eso nos hemos resistido á sus intentonas de persuasion, porque todo lo que, revolucionariamente hablando, no tiene cierta dósis de viril sensatez, no nos parece revolucion, y evoca solo en nuestra memoria las batallas y las hombradas á que, con uniforme de papel y espada de caña, nos vieron dedicados los dias, ya remotos, de nuestra infancia; porque, en una palabra, el género que Boileau llamaba el peor de todos en literatura, el género tonto, es una de las pocas cosas que no admitimos ni admitiremos nunca en la política española, á pesar de haber pagado ya tanto tributo á la esperiencia y de habernos resignado, como buenos españoles, á que nada nos sorprenda.

II.

Dieron, entretanto, las seis de la tarde. La caravana patriótica desembocó por la calle Mayor, precedida por su primera exígua orquesta, que pretendia tocar el eléctrico himno de Riego. Pasó por delante de nosotros la carretela, forrada con los colores nacionales y tirada por cuatro caballos de alquiler. En sus asientos de preferencia yacian dos voluminosos tomos. Un chusco que estaba á nuestro lado exclamó: «¿Serán esos libros un ejemplar del *Diccionario geográfico* y las cuentas corrientes de *La Peninsular*?» Pero nosotros, que habiamos leido por la mañana la especie en un periódico satírico, no hicimos caso de la malévola injusta alusion al positivismo industrial del Sr. Madoz en los últimos años, y seguimos mirando con vivísimo interés. Y, nada: la carretela pasó, y nuestra conversion al esparterismo no se iniciaba.

Digitized by Google

Pasaron detrás del coche, asidos fraternalmente del brazo, los diputados esparteristas que presidian el acto; en su centro marchaba el Sr. Madoz con un vigor superior á sus canas; á un estremo iba, si no recordamos mal, el fecundo original director de *El Eco del Progreso*; á otro el reflexivo Sr. Villavicencio, cuya reputacion de hombre de seso en su granadina provincia nos consta, aunque algunos de sus compañeros de diputacion hayan dado en llamarle *el equivocado de oficio*. El general Contreras, firmante tambien de la convocatoria, no se veia, es decir, no iba, porque, de ir, de seguro se hubiera visto. Y, nada: el grupo de soberanos pasó, y nuestro entusiasmo no parecia.

Empezaron á pasar luego las comisiones del cortejo: la de Logroño, con algunos de sus jefes de voluntarios llevando un bonito uniforme verde, cuyo agradable aspecto nos apresuramos á reconocer; la de los veteranos de la milicia, en la que nos pareció que figuraban algunos jóvenes inesplicables; la de los distritos de Madrid, en una de las cuales creimos ver á un señor con guantes blancos; la de los estudiantes, que no pudimos precisar; todas ellas precedidas de sus estandartes coronados de flores artificiales y llenos de máximas y lemas filosófico-liberales; algunas de ellas acompañadas de músicas reducidas, pero inteligibles; otras compuestas de algun personal mujeril; otras, muy pocas, de algun que otro grupo de voluntarios de Madrid; todas escasas (aunque esto era lo de menos) de personas conocidas; sumando todas, en fin, de ocho á nueve mil asistentes, segun los cálculos más exactos. Y, nada: la procesion terminó, y nuestro entusiasmo no venia.

Y terminó la fiesta: la hilera de los manifestantes, compacta en su cabeza, cortada á las veces en su centro por los improvisados huecos del personal, y acaso por la deplorable falta de un bastonero, se perdió á nuestra vista en el horizonte Sur de la calle de Alcalá; el conjunto de sus sombreros hongos no fué en breve más que un punto informe en la distancia; los numerosos espectadores de las aceras se esparcieron; despobláronse los balcones; los carruajes detenidos por la ceremonia volaron hácia el Prado y la Castellana, como si fuera un simple dia de paseo para sus dueños y alquiladores; el sol empezó á ponerse por detrás del casi deshabitado palacio; el Madrid central volvió á quedar como estaba antes y, nada, nuestro entusiasmo se quedó en lo increado.

Digitized by Google

Eran las siete; la hora fatal para los padres de familia y para las familias de los padres: la hora de la comida. Y nos fuimos á comer.

III.

Pero, andando y todo, no dejábamos de pensar en aquel acto, hijo de la nueva libertad española, y en la resistencia de nuestro ánimo á sacar de él convencimiento ó sentimiento capaz de variar ó modificar nuestro modo de apreciar y de sentir en la cuestion suprema de actualidad, en la cuestion monárquica, en la cuestion del rey, de la monarquía que la revolucion necesita, que la revolucion ha de tener, para tener alguno.

No hay que darle vueltas, nos decia nuestra conciencia; la manifestacion de esta tarde no ha sido otra cosa que una especie de exhumacion histórica. Espartero no es ni puede ser más que un pasado. El dia en que Isabel II salió arrojada de España, aquel dia, aquel dia mismo, el Espartero político murió con la dinastía á cuya historia va unido su nombre. Es hasta una violacion del sentido moral el querer separar este nombre ilustre de la causa que lo escribiera en los modernos anales de nuestra patria. Lo que hay que estimar y que aplaudir es el buen sentido del duque de la Victoria al conocerlo así, y al resistirse á entregar ese nombre respetable y respetado, que es su única riqueza, á la profanacion involuntaria de fosforescentes é irreflexivos entusiasmos. Esas banderas no han sido bien aplicadas esta tarde; esas banderas deben llevarse á Logroño y estar preparadas para cubrir, en nombre de la patria, la por desgracia entreabierta tumba del soldado y del patricio benemérito.

Por lo demás, la insignificancia esencial de esa manifestacion, y la resistencia de los espíritus más imparciales á ver en ese acto y en la causa que lo ha producido algo digno de la atencion nacional (fuera de lo que significa como protesta contra la interinidad), tiene la más fácil y elocuente de las esplicaciones. Toda la seriedad del Espartero histórico se pierde y deshace en manos de los partidarios del Espartero de 1870, del Espartero candidato al trono revolucionario. La revolucion, pese á sus propias innumerables faltas, ha sido, es y podrá ser una cosa séria. La interinidad, que ha servido y sirve de dogal asfi-

Digitized by Google

xiante á la revolucion, ha sido y es una cosa tristemente séria. La república es una solucion terriblemente séria; la restauracion podria ser otra solucion funestamente séria; hasta es sério el carlismo, obrando en las lóbregas regiones de nuestro fanatismo de herencia. Lo único que no ha sido, ni es, ni podrá ser sério es la monarquía del insigne octogenario sin sucesion, sin intereses conservadores que lo llamen ó que lo reciban con esperanza.

Digitized by Google

DOS ATLETAS.

(7 de Junio.)

I.

No diremos, por no aparecer inmodestos como simples mortales, que el solemne dia parlamentario de ayer fué un dia unionista; pero sí diremos, seguros de no ser contradichos, que ayer fué un buen dia para la tribuna política española. Fuera de los primeros, grandes debates constitucionales de la revolucion, necesario es, para comparar la solemne altura del debate de ayer, recordar alguna de las más graves é inolvidables sesiones de las legislaturas del último reinado en que, al amparo de la normalidad legal, ménos ocasionada siempre á la aparicion de las medianías y pequeñeces que son el cortejo obligado de los períodos anormales, luchaban en la arena representativa nuestro más elocuentes y autorizados hombres políticos.

Apuntemos, por vía de introduccion á estos párrafos, nuestro sincero deseo de que vuelvan pronto y definitivamente dias semejantes á aquellos, y digamos lo que lealmente se nos ocurre sobre los notabilísimos discursos de los Sres. Cánovas y Rios Rosas, á quienes se debió la importancia, la solemnidad y el alto interés de la discusion.

Usó primero de la palabra el Sr. Cánovas del Castillo, consumiendo el tercer turno en contra de la totalidad del dictámen de la comision en el proyecto de ley para eleccion de monarca. ¿Necesitamos decir que el mundo político esperaba su discurso con la seguridad de hallar en él la profunda, correcta, pensadora elocuencia de todos los suyos? Pero no era solo eso lo que el mundo político esperaba ayer del discurso del Sr. Cánovas. El ya notorio jefe del grupo conservador que forma á su lado en la Cámara Constituyente iba á hacer, más que un

Digitized by Google

discurso, un acto: iba á decidir y declarar de una vez por todas su verdadera situacion política frente á frente del actual órden de cosas, y sus deseos y aspiraciones para el porvenir. La marcha de los sucesos, las exigencias indirectas é imperiosas de la opinion, su misma sinceridad, su respetabilidad misma se lo exigian.

Y el Sr. Cánovas, que, en efecto, conocia y declaró que habia llegado *la hora de la franqueza,* esplanó y desarrolló con franca y levantada palabra las dos partes principales de su discurso. En la primera abordó directamente la cuestion objeto del debate. A su entender, la mayoría relativa que el proyecto de ley hacia bastante para que el rey pueda ser elegido es contraria al prestigio y á la grandeza moral de una monarquía que el Sr. Cánovas desea ver constituida sobre anchas y sólidas bases, para que se levante firme y respetada á través del tiempo. Ya que esa monarquía no haya de ser elegida por el sufragio popular directo, el Sr. Cánovas desea que lo sea por una mayoría parlamentaria absoluta, tal como lo fueron Leopoldo de Bélgica y Luis Felipe de Francia.

Pasando luego de la cuestion teórica á la cuestion práctica de actualidad, declaró el Sr. Cánovas que, urgente y todo como es el advenimiento de la monarquía, urgente y todo como es que cese la interinidad actual y que el general sentimiento de un país profundamente monárquico como el nuestro deje de clamar en el desierto revolucionario, lo más urgente, sin embargo, es á sus ojos que haya alguien que restablezca el órden moral de esta sociedad, reduciendo al silencio y á la impotencia á la demagogia, con el auxilio principal de unas leyes que, como las hoy vigentes, no reduzcan á la más estéril impotencia todos los agentes, todos los recursos, todas las fuerzas del poder.

Y entrando, por último, en la fase personal, por decirlo así, del debate, abordando el acto político que deseaba realizar, confesó que si el candidato al vacío trono se hubiese de designar por el sentimiento individual, por el afecto y la opinion individuales, los suyos pronunciarian solo el nombre de D. Alfonso de Borbon; que esta era, sin embargo, mucho más que una cuestion de simpatía, de culto del corazon á recuerdos y sentimientos del caballero, una suprema cuestion de conveniencia nacional, y que por eso al aceptar la excomunion de los partidarios de la revolucion de setiembre, con la cual no tenia vínculos, aunque reconociera que algunas de sus conquistas quedarian

Digitized by Google

para siempre en pié en la España social y política del porvenir, habia asímismo declarado y declaraba que, como solucion inmediata, no creia conveniente para el país al mismo candidato de su preferencia, porque no creia conveniente minoría ninguna régia en la presente situacion de España. Quemaba, pues, el Sr. Cánovas sus naves, no solo fuera de la órbita revolucionaria, sino tambien en contra de los deseos de la restauracion, y ofrecia á la revolucion misma sacrificar sus afecciones y sus deseos íntimos en aras del interés público, si la revolucion tenia y traia una solucion capaz de servir de pronto y enérgico remedio á los males del país.

Este fué, si no recordamos mal, pues hacemos el extracto fiados solo en nuestra memoria, el discurso del Sr. Cánovas; este fué su acto político de ayer.

II.

Contestó al Sr. Cánovas en una improvisada y no ménos notable réplica el Sr. Rios Rosas, el ya ilustre veterano de nuestra tribuna, el gran carácter, la gran personalidad política á quien rodea tan brillante y merecida aureola de respeto y consideracion universales. La lucha era de atleta á atleta, de potencia á potencia; á Cánovas, al profundo orador artístico, académico, estético, por decirlo así, siempre dueño de sí mismo, siempre encauzando su inspiracion entre los límites de su intencion y de su voluntad, contestaba Rios, el profundo orador espontáneo, de naturalidad y sencillez magníficas, de arrebatador claro oscuro, grande inteligencia y gran corazon á la vez.

Habia el Sr. Cánovas emitido su opinion sobre la intervencion francesa de 1823, asegurando que la generalidad del país la llamó ó la aceptó, venciendo sus sentimientos de indomable altivez independiente, en gracia á su ódio hácia la anarquía que lo devoraba; y el señor Rios empezó negando este juicio histórico de su adversario. No fué el país, en su opinion, fué el rey, fué el último infausto Fernando, el último representante del absolutismo español, con su turba de fanáticos y chisperos, y fué con él la Europa de la restauracion, la Europa de la Santa Alianza, quienes impusieron aquel ultraje á la España cansada, á la España inerme, á la España agotada, á la España vencedora quince años antes de Napoleon I.

Digitized by Google

Habia aceptado el Sr. Cánovas la eleccion plebiscitaria de soberano como una de las formas del nuevo derecho público, y el Sr. Rios declaró que nunca aceptaria esa forma para la eleccion del rey español, por la misma razon que el jefe del poder ejecutivo, el primer magistrado del pueblo más libre del mundo, el presidente de la república norte-americana, era elegido indirectamente; porque el Sr. Rios Rosas cree que un rey ó un presidente elegido directamente por el sufragio del pueblo, es ó puede ser siempre un tirano frente á frente de la representacion nacional; porque el Sr. Rios Rosas quiere que el rey nazca y salga de entre los elegidos del pueblo, para que sea siempre rey del Parlamento, con el Parlamento y por el Parlamento, sin el recuerdo y sin la esperanza de un poder anterior y superior; porque el Sr. Rios profesa la teoría anti-cesarista en toda su pureza.

Habia pedido al ménos el Sr. Cánovas la mayoría absoluta de votos para la eleccion régia, y el Sr. Rios demostró que el proyecto de ley exigia la presencia, la realidad de esa mayoría, pues sin la de 171 diputados no podrá haber eleccion. Si lo que se desea ó se pide es otra cosa, es la unanimidad, se pide, añadió el Sr. Rios, un imposible; ni esta, ni otra alguna corporacion nacida del espíritu del siglo puede ofrecer esa unanimidad soñada, como no lo ofrece nada hoy en la esfera de las opiniones políticas, filosóficas y religiosas, como no la han ofrecido los Parlamentos modernos, porque los mismos ejemplos citados por el Sr. Cánovas así lo prueban; porque ni Leopoldo de Bélgica, ni antes que él el duque de Nemours, ni Luis Felipe, elegido esencialmente por el pueblo, contaron con esa unanimidad. El proyecto de ley obedece, pues, al verdadero criterio parlamentario, establece una legalidad perfecta é incontrastable: el criterio y la legalidad de la mayoría.

Habia el Sr. Cánovas disculpado, si no absuelto, la interinidad, y el Sr. Rios hizo juez de la interinidad al país, al sentimiento de las clases y de los intereses más influyentes y más respetables de ese mismo país, que claman incesante y amargamente contra esta interinidad, contra esta atonía, contra este perpétuo gérmen de desconfianza y de temor, contra este perpétuo auxiliar de la anarquía, contra esta lenta pero segura disolucion de la obra revolucionaria. Las leyes, los medios y resortes legales que el Sr. Cánovas juzga insuficientes y opuestos á la accion benéfica de un poder y de un gobierno sério,

Digitized by Google

¿no serian todo lo contrario de lo que hoy han sido ó son en manos de un buen rey y de unos buenos ministros? El Sr. Cánovas es autoridad en la materia para poder conocerlo así.

Entró luego á su vez el Sr. Rios Rosas á considerar el acto político de su adversario, á contestar sus declaraciones respecto á la dinastía caida; y recordó con solemne y oportuna emocion que él tambien habia sido dinástico sincero, dinástico fiel, dinástico honrado de aquella dinastía; que por ella habia interpuesto varias veces su pecho entre el trono y sus enemigos; pero que, al contrario del Sr. Cánovas, creia imposible, y lo esperaba en bien de su patria, la vuelta de aquel trono que tantas miserias, que tantos peligros, que tantos males habia deparado á la libertad que lo creara y lo salvara. Y el Sr. Rios terminó anunciando al Sr. Cánovas la inutilidad de aquel acto de su conviccion, de aquella decision de su leal sinceridad, para con los mismos á quienes espontáneamente se ofrecia, y la posibilidad evidente de que no fuera por ellos juzgado como merecia.

Tal fué, en su esencia, la elocuentísima, la enérgica, la memorable respuesta que dió al atleta conservador anti-revolucionario el atleta conservador de la revolucion.

III.

Digamos ahora, en breves palabras, algo por nuestra propia cuenta sobre el efecto moral que esos dos discursos nos depararon. Este efecto es doble, es de dos maneras, se compone de una alegría profunda y de un profundo sentimiento.

El ilustre Rios Rosas, el corazon entero, el espíritu altivo que se mantuvo puro, indomable ante la corrupcion y la abyecta bajeza que en los últimos años formaron muchas veces la atmósfera, el contagio, el aura vital, el secreto de la política española; el respetable hombre público que la dinastía caida trató con más ingratitud y más perfidia que á ninguno de los hombres civiles á quienes no pudieron vencer sus malas artes; el revolucionario de buena fé que supo ahogar en su pecho todos los impulsos, todos los afectos, todos los móviles opuestos á la regeneracion de su patria; que supo transigir en la esfera de las doctrinas con las inevitables exigencias del nuevo órden de cosas, para

Digitized by Google

sacar á salvo lo fundamental de sus principios monárquico-liberales; el Sr. Rios Rosas, ocupando hoy el último tercio de su honrosa vida en dar á la generacion que le sucede ejemplo de un liberalismo, de un patriotismo y de un carácter que han de trasmitirse á la historia, es una gran figura, un gran consuelo y una gran enseñanza á nuestros ojos.

El ilustre Cánovas, la inteligencia poderosa, el espíritu recto y nutrido de rica instruccion que tiene ya conquistado y señalado su puesto en nuestros contemporáneos anales; el Cánovas político, hijo de la revolucion de 1854, es decir, del prólogo de la revolucion de 1870, hijo de la política y del partido que más pugnó por hacer arrepentirse de sus tendencias y de sus perfidias á la dinastía caida; ese Cánovas abrazado moralmente á las ruinas de esa dinastía. y abrazado sin esperanza, y abrazado conociendo y sintiendo que esa dinastía es hoy un imposible y lo ha de ser mañana; ese Cánovas es para nosotros un alto objeto de profundo pesar.

Y, sin embargo, todavía esperamos; todavía tomamos acta de una promesa solemne del Sr. Cánovas; todavía creemos que, si esta revolucion, con cuyo espíritu hubiéramos querido ver identificado al señor Cánovas, que si este órden de cosas, que si esta obligada anarquía, á la que hasta por temperamento es refractario, sabe crear un poder sério, fuerte, reparador, una monarquía que no tenga la ineptitud y la ingratitud y el absolutismo en las entrañas; una monarquía que no sea lo que fué la que por un resto de inútil platonismo caballeresco recuerda benévolamente el Sr. Cánovas, esa monarquía lo tendrá á su lado.

Digitized by Google

EL DIRECTOR DE ORQUESTA.

(10 de Junio.)

Un amigo nuestro, no político, al retirarse anoche un poco tarde á su casa, divisó en la solitaria acera un papel blanco hasta cierto punto; y aunque como buen español sabia que su hallazgo no podia ser un billete de Banco, lo recogió, no obstante, con la esperanza de que fuese algun curioso documento de actualidad, como, por ejemplo, un trozo de literatura esparterista digno de Gerardo Lobo, ó alguna trasconejada carta amorosa. Esta última idea halagaba en primer término la curiosidad de nuestro amigo, que en su calidad de soltero entrado en años y de filósofo rancio sostiene que las mujeres son todavía una de las pocas compensaciones que ofrece la nacionalidad española.

Era el papel, sin embargo, cosa muy distinta, porque era ni más ni ménos que la carta de un cesante, recien avecindado en Madrid, á su esposa sepultada en las profundidades de una provincia, vivero de hijos baratos y escesivos. La esperanza de nuestro conocido fué, pues, lastimosamente defraudada, y, queriendo vengarse de su mala suerte, nos ha entregado, para su publicacion, el documento, sin sospechar que nos hacia un verdadero servicio, porque la tal carta es un estudio de política palpitante hecho rápidamente á través del hambre, pero con cierta dósis de sentido comun superior á su época. Héla aquí en su integridad, salvo la firma que la prudencia nos manda suprimir:

«Madrid 9 de junio.—Mi querida esposa: No era, en efecto, una calumnia inferida al gobierno, como decia nuestro compadre el alcalde demócrata de ese pueblo, la especie de que en Madrid cobran las clases pasivas que no cobran en España. Aquí se paga á los cesantes, porque aquí el dinero es órden público. ¡Qué bien he hecho en venirme, esposa mia, y qué ganas que tengo de que tú y los niños os ven-

Digitized by Google

gais tambien! Esto, Dios mediante, tardará poco, pues mi asunto va viento en popa. Mi agente de negocios ha hecho una solicitud al director del Tesoro; éste le ha pasado á informe de la administracion central económica; ésta la ha trasladado al alcalde de mi barrio; éste la devolverá informada á la superioridad, y ésta la enviará al gobernador de esa provincia; y despues que vuelva, y se instruya en rigor el espediente, no cabe duda que ingresaré en el vecindario pasivo madrileño, y empezaré á cobrar. Parece mentira lo que la revolucion ha mejorado los antiguos absurdos trámites del espedienteo; ténlo por seguro: no acabará el año sin que se me haga justicia.

»Entretanto, ¡si vieras lo que me divierto! Figúrate que me paso el dia hablando de política. Es lo único que aquí no cuesta dinero. Voy tambien á la tribuna pública del Congreso, y leo los periódicos en el café, donde por dos reales, propina inclusive, te lo dan bueno y caliente, y tienes tertulia hasta las tantas de la noche. Esto es vivir.

»Tengo que encargarte muchas cosas. No hagas caso de lo que te diga el señor cura sobre el próximo advenimiento de D. Cárlos VII: mira que todo es grilla, y que al buen señor lo engañan sus aficiones... No hay tal carlismo en campaña, ni tales esperanzas, ni tales borregos. Me lo ha dicho un republicano que es primo de un taquígrafo del directorio.

»Tampoco tienen que esperar nada los federales, y así puedes decirlo al secretario del ayuntamiento, que se carteaba con el Sr. Garrido. El mismo Sr. Garrido es ya un reaccionario de tomo y lomo. Ayer le suelta una tremenda andanada *La Bandera Roja*.—Hija, el republicanismo es un pretesto para los versos en prosa de Castelar y para que se maten bravos soldados y sencillos hijos del pueblo; pero nada más; créelo, me lo ha dicho un conservador.

»Digo, pues ¿y la union liberal? Yo no sé cómo nuestro casero el Sr. Gonzalez, que es tan buen sujeto y tan listo, es unionista. Esto sí que está aquí muerto. Figúrate que la union queria que la revolucion tuviera un rey, y que este rey fuera el más incompatible con doña Isabel y su descendencia anónima, y el más compatible con los derechos individuales. La cosa estaba á punto de cuajarse, cuando un amigo del conde de Reus, un tal Arias, ha puesto por condicion á todo rey que venga el que ponga antes de acuerdo á 171 españoles; que es lo mismo que hablar de la mar. Este Sr. Arias dicen que es un jefe al-

Digitized by Google

fonsista. Pero no lo creo, porque el pobre se espresó en el Congreso con un entusiasmo y un patriotismo, que ya. El que es alfonsista, es Cánovas; ya sabes; aquel que fué ministro con O'Donnell, y que dicen que sabe mucho. Solo que es un alfonsista particular, porque dice que si el niño viniera ahora, seria una calamidad. Sartorius y Collantes están con él, por esto, á matar.

»De los cimbrios te diré, para que lo sepa el alcalde, que dentro de poco se habrán comido todos unos á otros. Los que más pueden hoy son los impresores de *El Imparcial*. Echaron á Becerra., trajeron á Moret, que es un jóven delicado, y ahora van á echar á Rivero, porque dicen que ha contraido la costumbre de estar enfermo, y que no puede despachar los negocios. De sus resultas Rivero ha cerrado hoy mismo las puertas de su casa á esos malos amigos. ¿Qué tal? Y esto sin contarte los manejos de Martos, que seria cosa de nunca acabar.

»A los progresistas todavía no los conozco. Como unas veces votan en pro y otras en contra del gobierno, y como unas veces son conservadores y otras liberales, vaya usted á echarles la vista encima con fijeza. Pero si da la casualidad de que uno de estos dias suceda una atrocidad ó se hable de una tontería política muy grande, no pierdo la esperanza de verlos. Y, en último caso, aguardaré á que la libertad perezca; que entonces ya les oiremos llorar.

»Esto último, lo de los progresistas, no se lo leas ni se lo cuentes á nadie, porque has de saber que D. Juan Prim es progresista, y que don Juan Prim es lo único que hay en este país: ¡qué salero tiene este hombre! Chica, yo me he convencido de que vale más que todos juntos. Es el director de orquesta de toda esta sinfonía. Todos los demás son segundas partes á su lado. Serrano tocaba hace veinte meses el contrabajo, y ya casi no toca pito; Topete dirigia el bronce, y ya no se le oye; Caballero tenia un vocejon atroz, y ya tiene una ronquera de dos mil quinientas leguas; Izquierdo, el de la corneta, el de la llamada y tropa, va á tener el mejor dia un disgusto. Todos, te lo repito, todos se han achicado, ó eclipsado, ó sometido á D. Juan. Y á mí, que no me digan: un hombre que les quita á todos sus compañeros de orquesta revolucionaria los instrumentos de las manos, les da un violon colectivo y se queda de pie sobre todos ellos con la batuta empuñada como un cetro, ese es un hombre de mérito. Y, lo que es yo, francamente, me siento muy inclinado á hacerle la córte.

Digitized by Google

»Para esto convendrá que tú, mujer mia, me mandes una carta de recomendacion del comandante de armas de esa villa, que era sargento hace dos años y hoy es capitan, y que es partidario de D. Juan con una fé que yo no sé si logrará inspirarle el que lo haga coronel. Mándame, por Dios, esa carta muy pronto. Lo demás queda de mi cuenta. En cuanto yo logre que el general me reciba, le grito: ¡Viva la interinidad!, y tengo destino seguro, porque le probaré con este arranque de mi corazon que soy un hombre sensato.

»Adios por hoy; no puedo estenderme más, porque tengo que leer los periódicos franceses para adivinar lo que pasará en España. Mi corazon va dentro de esta carta: repártelo entre nuestra inocente descendencia, guardando para tí la mejor parte que te entregó hace catorce años tu afectísimo esposo.—T.»

Hasta aquí la carta, cuyo autor puede pasar, si gusta, á recoger el original en nuestra redaccion.

Digitized by Google

JUICIO DE UN SILENCIO.

(14 de Junio.)

Y sucedió, dirá la historia (porque todos nuestros lastimosos esfuerzos no impedirán que la historia se ocupe de la revolucion de 1868 en general y de la sesion parlamentaria de 12 de junio de 1870 en particular); y sucedió que aquella interinidad llegó á hacerse insoportable para los diez y seis millones y pico de españoles que poblaban entonces la Península; y eso que se trataba de unos españoles tan manejables que, poco tiempo antes, Cheste les quitaba los sombreros á bastonazos y la magnánima Isabel los aplastaba en la Mancha bajo las ruedas de su wagon.

Porque el país (¡cosas de los países!) dió en la manía de referir todos sus males á la interinidad. Los capitalistas (quedaban todavía algunos capitalistas) decian: ¿Qué va á ser de nosotros si la Europa se decide á creer que somos un país de mendigos declarados y mendigos vergonzantes?—Los pobres (y estos sí que abundaban) decian: ¿Qué va á ser de nosotros si esta emigracion de ricos sigue su progresion ascendente en alas del miedo? ¿A qué puertas llegaremos?—Los labradores decian: Los bandoleros y salteadores de caminos están en razon directa de esta interinidad, es decir, de este desgobierno. Y, ó una de dos: ó se acaba con ellos y España se despuebla, ó nos resignamos á sembrar para invertir en rescates el precio de nuestras cosechas.—Los industriales decian: La interinidad es la desconfianza, la desconfianza no tiene mercados; ¿para qué trabajar?—Los trabajadores decian: Pero ¿qué libertad y qué regeneracion nacional son estas que nos cubren de harapos y no nos dan otra ocupacion que la de leer periódicos?—Y así de las demás clases.

Y aunque la España venia estando de mucho tiempo atrás dividida

Digitized by Google

en dos grupos, uno muy numeroso llamado la nacion, y otro bastante más reducido llamado los políticos de Madrid y organizado en partidos y fracciones infinitesimales, sucedió que aquel malestar nacional llegó á imponerse y á pesar forzosamente en todas las conciencias, en todos los egoismos, en todas las intenciones políticas, y cuando se llegó á junio de 1870 ya se habia llegado á punto de que, como el país entero, diputados, periódicos, centros políticos y eminencias de todo género pedian una batalla contra la interinidad.

Y la batalla, al parecer pedida y aceptada por todos, se dió en la sesion memorable del 12 de junio. El palacio de la representacion nacional crugia al peso de las gentes; el telégrafo aguardaba con impaciencia eléctrica noticias que dar al país; todo el mundo decia: hoy va á ser ella; los diputados en número de más de trescientos formaban clasificados en los escaños rojos: el aire olia á pólvora; no cabia duda: se preparaba un San Quintin moral.

Y, sin embargo, la batalla no fué, ni con mucho, lo que se esperaba; los ejércitos no fueron, ni por su número ni por su actitud, lo que se creia. Salió la interinidad á la arena, y practicó sus escarceos habilidosos, su astuta táctica, alegó sus razones de pie de banco y retó á todo el mundo sin retar á nadie. Y allí estaban los republicanos, que habian gritado contra la interinidad en nombre del impotente art. 33 de la Constitucion, y los republicanos callaron. Allí estaban los absolutistas, que habian gritado contra la interinidad como vacío que solo podia llenar la autoridad con todos sus horrores tradicionales, y los absolutistas callaron. Allí estaban los alfonsistas, que habian gritado contra la interinidad enseñándola como prueba de que el roto trono se habia llevado en sus pedazos el corazon de este país, y los alfonsistas callaron. Allí estaban los esparteristas, que el dia antes gritaban al son de cien murgas contra la interinidad, que no hace caso del Wamba logroñés, y los esparteristas callaron. Allí estaban los cimbrios, que tenian el deber de defender una obra esencialmente suya, y los cimbrios callaron. Allí estaban los progresistas de la Tertulia, los progresistas que se atreven á dar consejos á Prim, ¡y los progresistas callaron!.....

Entonces sucedió que un solo hombre, en representacion de un solo partido, conoció el juego, porque el juego era bien claro: el juego y la verdad eran que la interinidad no venia sola, porque todos aquellos silencios, todas aquellas inmovilidades, todas aquellas timideces eran

Digitized by Google

su ejército, venian con ella, estaban á ella ligados con los lazos del interés más ó ménos bastardo, del egoismo, de la desesperacion. ¡Cómo habian de hablar contra la interinidad los que de ella y solo por ella vivian!

Entonces sucedió que aquel partido y aquel hombre eminente, la union liberal y uno de sus más autorizados jefes civiles, el Sr. Rios Rosas, aceptaron el reto y el combate tales como se les presentaba: combate de todos contra uno. Y este uno no retrocedió un ápice, presentó su pecho á los dardos de la híbrida legion interinista, la acometió, la acorraló y la dejó en el banco azul en brazos de una derrota moral que el patriotismo, la justicia, la libertad y la monarquía sancionaban.

Y sucedió luego que, en vista de todo, la conciencia del país espectante concibió una duda legítima: la duda de sí, políticamente hablando podria decirse y creerse que en España no habia otra cosa séria que la union liberal. Porque los hombres reflexivos, los espíritus sanos se decian: hé aquí á ese partido, más prácticamente liberal en la historia que otro alguno, más históricamente glorioso que otro alguno, tan acreditado de partido de órden, de moralidad y de progreso como el que más, viniendo á ser, despues de esa victoria moral, lo que ha sido siempre: la mejor esperanza de la libertad y la monarquía. La sesion del dia 12 de junio, si ha probado algo, lo que ha probado es que la union liberal es el partido revolucionario de mejor buena fé de cuantos aspiran á monopolizar la buena fé revolucionaria. Ahí está ese partido, sincerado de todas las calumnias que se han intentado fundar sobre la supuesta estrechez de sus miras; hoy como ayer pide un rey de todos, una libertad de todos, un órden y una monarquía para todos.

Y sucedió, por último, que á falta de otro premio inmediato, la opinion pública hizo justicia á la union liberal, y declaró que un partido que sabe y puede hablar cuando todos callan, bien podia confiar en ella; y declaró que entre los monárquicos de la palabra y los interinistas del silencio, su eleccion no podia ser dudosa en un término más é ménos breve.

Todo esto, ó cosa muy parecida, dirá la historia en su dia, si la historia sigue en adelante siendo amiga de la verdad y de la justicia.

Digitized by Google

ESCENAS DE FAMILIA.

(17 de Junio.)

Convengamos en que no es ciertamente envidiable la situacion de ánimo que han de llevar al seno de sus hogares y representados los dignos señores diputados constituyentes que se preparan á acatar una vez más los inexorables decretos de la diosa interinidad. Al fijarnos en esta idea, al acompañar con el pensamiento á los apoderados de la nacion en las primeras escenas de sus cercanos ócios, francamente lo decimos, esperimentamos algo que nos oprime el corazon y nos contrista; y no sabemos cómo dar gracias al cielo por habernos librado en esta ocasion del grave honor de sentarnos entre los padres de la patria.

Serán, en efecto, melancólicamente originales los diálogos que en la sabrosa sombra del ancho hogar provinciano, ó en los solitarios albergues del campo, se entablen entre los fatigados representantes del país y sus deudos y amigos, ávidos de oir por boca de presencial testigo respetable la verdad, ó lo que más se aproxime á la verdad de la situacion del gobierno, de la administracion en general, de la Hacienda pública en particular, de los partidos, del órden y del crédito nacional, de la revolucion, en una palabra. Y claro es que los diputados á quienes nos referimos son los de la mayoría monárquico-liberal, aquellos cuyo conjunto ha sido y es la verdadera representacion de las opiniones y de los sentimientos más imperantes en el país; porque los que han militado en las fracciones oposicionistas, con decir y probar que han hecho todo lo posible para entorpecer y desvirtuar la accion de las Córtes mismas y del gobierno, lo cual no les costará gran trabajo, habrán rendido breve y clara cuenta á sus comitentes.

Pero figurémonos al mejor de los demócratas-monárquicos, ó de los progresistas-democráticos, ó, si se quiere, porque no deseamos apare-

Digitized by Google

cer parciales, de los unionistas ministeriales á prueba de disgustos, recibiendo la bien venida de los pedazos de su corazon y de los que son objeto de sus más caras afecciones. El polvo madrileño, mortaja de conciencias, luce aun en su vestido; la esposa, con el tierno aditamento del balbuciente Benjamin en brazos, se sienta á su lado; lo más político, sério é importante del pueblo le rodea con el alcalde, el imprescindible secretario municipal, el resignado cura ó el médico pensador; y en segundo término, la familia del salario y del trabajo, los criados y dependientes, sin necesidad ni deseo de entender jota de lo que se dice, lo escuchan, no obstante, con la más sonriente de las curiosidades.

—Conque, vamos, ¿qué hay de rey? preguntará alguna voz clara y decidida como el patriotismo.

—Pues de rey, nada, contestará el ingénuo elegido, conociendo que á cincuenta leguas de Madrid no tiene obligacion de meditar sus respuestas. El general Prim ha quedado encargado de buscarlo. No se pueden Vds. figurar lo difícil que es hacer rey.

—¿Pero ha hecho algo el general Prim en el asunto?

—Todo.

—Sin embargo, aquello de «no querer ser vencido en la cuestion.» aquello de «la retaguardia de la mayoría...»

—Ya, pero no es preciso ir delante de las gentes para llevarlas por donde se quiere; aun desde atrás, y empujando bien, se puede dirigir...

—Y ahora que no está ni detrás ni delante de Vds., ¿encontrará rey el general?

—Hombre, yo no sé; pero más fácil es hacer las cosas cuando se intentan con entera libertad; y, en último resultado, si en noviembre estamos lo mismo, todo se reduce á que nos pongamos de acuerdo respecto á una solucion nacional, para lo que podrá bastarnos otra legislatura.

—¿Y de Hacienda? ¿Qué hay de Hacienda? preguntará, yéndose á fondo, algun otro curioso.

—Pues de Hacienda, nada; ó, mejor dicho, ya saben Vds. lo que hay; un déficit, declarado, de 800 millones; pero el cupon de julio y el de diciembre parece que están asegurados; y como para fin de año volveremos á las Córtes, si para entonces hay necesidad de otro empréstito...

Digitized by Google

—¿Bajo qué condiciones?

—Bajo palabra nacional; ya no podrá fácilmente empeñarse otra cosa que la palabra del país.

—¿Y los ministros? ¿cómo están los ministros? ¿Es verdad, como dice *El Imparcial*, que Rivero se ha puesto inservible?

—¡Qué disparate! Esas son cosas de Martos.

—¿Y no se irá Echegaray? Lo pregunto por eso que vuelve á decirse sobre que en la escuela ya no se enseñará el catecismo...

—Eso no será más que una medida económica, y se calumnia al ministro de Fomento cuando á eso se da otro carácter. ¿Piensan ustedes que Echegaray no sabe que nadie le hará caso el dia que prohiba el Catolicismo? Lo que él quiere es que cuando los maestros de escuela del Estado no tengan niños que enseñar, porque todos se irán á las escuelas particulares católicas, los maestros oficiales se supriman, y el presupuesto de instruccion pública tenga una baja considerable. Es una astucia financiera de la libertad de enseñanza, y nada más.

—De manera que, en resúmen, no estamos mal.

—Es decir, no estamos mal relativamente, porque no hay que olvidar (y al llegar aquí se exalta nuestro diputado hasta el extremo de ponerse de pié), no hay que olvidar, señores, y lo digo porque tengo derecho á decirlo, que todo es relativo. ¿Estariamos mejor acaso si nos mandara todavía Gonzalez Brabo? ¿Estariamos mejor con Alfonso XII? ¿Estariamos mejor con D. Cárlos VII á las puertas de Madrid? ¿Estariamos mejor con el marqués de Albaida convertido en el Washington de España? ¿Estariamos mejor con un rey estranjero improvisado, que nos regalaria la guerra civil? Señores, hay que buscar el lado práctico de las cosas; malo y todo como es esto, es mejor, mucho mejor que lo serian la restauracion, el absolutismo ó la república...

—Y, sin embargo, replica el ménos tímido, así no podemos estar...

—Ya lo sabemos; ya sabemos que el rey de la revolucion hace falta para evitar que en un plazo más ó ménos breve venga otro que no tenga ese título... pero á eso vamos, á eso iremos, eso haremos en noviembre á más tardar... ¡ah, señores! el general Prim lo dijo en la sesion pública de las esplicaciones, y despues nos lo ha repetido al despedirnos: lo principal es que la libertad no peligre, y no peligrará; ¡lo juro, como él, por mi vida! (Gran sensacion.)

—Pero, entonces, dice al cabo de un instante el mismo valeroso in-

Digitized by Google

terruptor, ¿por qué ha dicho Rios Rosas que la libertad no es todo lo que hay que amparar y proteger?...

—Porque Rios Rosas hablaba, claro está, desde su punto de vista. Y, en fin, señores, y con esto pongo término á esta conferencia, que si no estuviera, como estoy, molido, seguiria gustoso. Pueden Vds. volver á sus casas en la seguridad de que ni la falta de rey, ni la ausencia del dinero, ni la abundancia de malhechores, perturbarán por un solo momento la razon serena del gobierno revolucionario. Rey habrá, dinero habrá, seguridad pública habrá á su debido tiempo, cuando sea humanamente posible que los haya; porque lo que es eso de hacer imposibles, ni á este ni á ningun gobierno puede ni debe exigirse. Conque, hasta otro dia.

Y la recepcion termina, y uno á uno, ó por grupos, dejan los visitantes la estancia, y allí acaba verdaderamente el diputado, y empieza verdaderamente el padre de familia de verano; el esposo que, despues de cerrar la puerta cuidadosamente, y exhalando un comprimido sollozo de anhelada franqueza, se precipita en el seno conyugal, exclamando: «¡qué desgraciado soy!...» Exclamacion cuyo verdadero sentido no se escapa á la penetracion mujeril: es un abreviado acto de contricion desgarrador y digno de respeto.

A la mañana siguiente comienzan las olvidadas tareas domésticas, en las que nuestro diputado se engolfa durante el estío. De vez en cuando, una importuna carta de Madrid viene á sonar en sus oidos como la trompeta de Hernani; y así llega el invierno, y con el invierno un momento en que es preciso regresar al palacio de la plaza de Cervantes. Pero esta nueva escena de familia, esta solemne despedida será objeto de nuestra conmemoracion oportunamente.

Digitized by Google

DOCUMENTO.

(5 de Julio.)

«El dia 1.° de julio se cometieron en Valencia de seis á ocho crímenes, casi todos asesinatos. *Las Provincias* se lamenta con este motivo de la inseguridad en que se vive en aquella capital, y relata además otros muchos cometidos en la provincia.

(*Correspondencia* de ayer.)

Por el correo interior hemos recibido, con la sola firma de «*un suscritor*,» el documento que á continuacion insertamos. La negra, patriótica tristeza que en él se respira, y los indicios que creemos tener para atribuir su orígen á uno de nuestros más constantes y respetables abonados, nos mueven á publicarlo. Sin embargo, rogamos á su autor no abuse en lo sucesivo de nuestro buen deseo, por mil y una razones que no se ocultarán á su penetracion. Él documento dice así:

«A S. M. quien sea.

»Señor: Los españoles ignoramos todavía el nombre de V. M. futura, y muchos creen que lo hemos de ignorar siempre para los efectos de la pronunciacion, si V. M. tiene uno de esos apellidos del fin del mundo que así pasan por garganta española como un erizo. V. M. venidera existe todavía legalmente en lo increado; España, como Judá, no tiene todavía respecto á V. M. otro indicio que la palabra de sus profetas políticos; y todavía hay quien cree entre nosotros que, como vulgarmente decimos para decir que una cosa es grilla, V. M. y la cara de Dios están en Jaen. Todo esto, no obstante, yo me dirijo respetuosamente á V. M.; y donde quiera que se halle, ya sea bajo los bordados faldones de un diplomático capaz de darle cinco y rayá á Tayllerand y

Digitized by Google

á Mazarino, ya sea en el bolsillo de alguno de los árbitros de España, ya sea en el fondo del tranquilo hogar doméstico de donde han de sacarle en breve las proposiciones tentadoras de la anarquía española, yo ruego á V. M. que me escuche, es decir, que me lea.

»Yo soy, señor, un liberal español convicto, confeso, contumaz é impenitente; el siglo XIX es casi mi hermano de nacimiento; estuve escondido, hace más de sesenta años, dos dias y dos noches, bajo un colchon de mi casa, porque mi madre me decia que la libertad patria así lo exigia, en razon á estar ocupado el suelo español por reaccionarios estranjeros; y, sin embargo, salí liberal de aquella asfixia. A mi señor padre lo desterró luego por doceañista el rey nuestro señor, y cuando volvimos el año 20 del ostracismo, sin zapatos y sin blanca, éramos, sin embargo, muy liberales aún. En 1823 me hicieron un grave rasguño en Andalucía, batiéndome contra los amigos reaccionarios de Fernando el Deseado, y volví al destierro más liberal que nunca. En 1834 no maté frailes, pero me quedé ronco de gritar contra el absolutismo. En 1841, cuando Olózaga era todavía conservador, yo seguia tan liberal como Riego. De 1854 á 1856 seguí siendo liberal, á pesar de todo; y, por último, en 1868 no se han exhibido canas más inocentemente liberales que las mias.

»Así estábamos, señor, la libertad y yo, ella empeñada en probarme, con la historia y los hechos, que nunca se ha hallado á gusto en España, que nuestro génio árabe, nuestra petrificada ignorancia, nuestra despoblacion, nuestra falta de riqueza y de industria le son antipáticos, y yo, decidido á no escucharla, á no hacerla caso y á seguir amándola como á las niñas de mis ojos. Así estábamos, cuando hace pocos, poquísimos dias, la libertad, revistiendo las formas de unos apaleadores de oficio, ha ejercido un verdadero terror en la capital de la culta España. Yo hubiera hecho, señor, la vista gorda una vez más; pero mi mujer y mis hijas (tengo tres y casaderas), que no han podido ir á paseo en cuarenta y ocho horas, me han puesto la cabeza como olla de grillos, y me han asegurado que si sigo siendo como hasta aquí, liberal porque sí, liberal á prueba de gobiernos ineptos, no tendré pizca de vergüenza ni de patriotismo.

»¿Qué hacer, señor? Yo bien quisiera, para que en casa hubiese paz, romper de una vez mis relaciones con esa libertad que tantos disgustos me cuesta. Pero, no puedo; tengo el corazon acostumbrado á

Digitized by Google

adorarla, y mi conciencia me dice que la libertad no es mala en el fondo, que lo que necesita para ser fecunda y benéfica en España es pura y simplemente un buen gobierno, un gobierno fuerte que la ampare, la imponga, la dirija y salve al mismo tiempo. Y en esta conviccion, y en esta esperanza, y de acuerdo con la mayor parte de mis amigos, que creen y sienten lo que yo:

»A V. M. reverentemente acudo para decirle dos cosas: la primera, que venga pronto, que venga cuanto antes; la segunda, cuál ha de ser el programa que V. M. debe dirigir á sus futuros súbditos para tener la seguridad de ser bien recibido. Sobre la primera, ¿qué podré añadir que V. M., sin más calidad que la de habitante europeo, no conozca á esta fecha? Veinte meses hace que nos estamos moliendo á insurrecciones y á discursos y á diatribas periodísticas para determinar cuál sea el rey que debe venir; pero ya, Dios sea loado, convenimos todos los monárquicos en que ese rey puede ser «*cualquiera*,» con tal que lo sea. La cuestion es ya, señor, de vida ó muerte, porque es una cuestion de higiene general; la cuestion está reducida á poder ó no salir de casa; á poder procurar la circulacion de la sangre y una buena digestion de lo poco que se come, con el ejercicio en las horas naturales, ó á tener que morirse de inercia haciendo, escopeta en mano, centinela tras de la parapetada puerta del hogar. Venga, pues, V. M., venga la monarquía que nos garantice el sol y el viento en calles y caminos libres de bandidos de todo género. Es cuanto pedimos y lo más urgente que necesitamos.

»Respecto á programa régio, yo que V. M. haria uno bien lacónico y sencillo. Yo diria en él solamente:—¡Españoles! Puesto que decididamente me quereis, allá voy; pero os advierto que, á pesar de ser liberal, tengo muy malas pulgas, me creo muy hombre y llevo el principal propósito de triplicar la Guardia civil con objeto de que pueda haber un destacamento de ella en cada esquina.—No diga ni ofrezca V. M. otra cosa, y tenga la seguridad de que será llamado, aclamado y aceptado como el verdadero regenerador de España. Lo único que necesita V. M. es hacerlo pronto, porque si lo demora algunos meses, aunque sean pocos, ya es posible que no encuentre país para el esperimento. Entretanto, queda rogando á Dios por la vida y la venida de V. M., su atribulado súbdito en principio: X.»

Digitized by Google

MELANCOLIA.

(6 de Julio.)

El esposo de nuestra última, memorable soberana, el ilustrado don Francisco de Asís, ha dirigido á *La Epoca* la carta que en nuestro número de ayer verian nuestros lectores. Quisiéramos ocultar, por modestia liberal, el primer movimiento de satisfaccion democrática que ese documento nos ha inspirado; pero, no podemos: toda la filosofía del espíritu moderno, tirando de la punta de nuestra pluma, nos lo impide. ¡Es tan ejemplar y tan conmovedor ver á manos régias utilizar, como la gran masa vulgar de los racionales, el procedimiento de Guttemberg! Decididamente, el chirrido de la primera tosca prensa inventada por el gran propagandista del pensamiento anunció un auxiliar y un consuelo á todas las notabilidades de la especie humana, inclusos los últimos Borbones de España.

Pero una vez pagado este espontáneo tributo de entusiasmo á nuestras amadas letras de molde, séanos permitido colocarnos en el punto de vista de la reflexiva tristeza en que imparcialmente nos pone el comunicado del ex-rey consorte: que no es posible, con ese documento ante los ojos, y considerándolo desapasionadamente, dejar de sentir el contagio del respetable sufrimiento privado que sus renglones exhalan.

¿Qué es, en efecto, esa carta? Prescindamos de su forma, de su estructura literaria dentro del sencillo género del epistolario más ó ménos solemne. Ni en el desbordamiento actual de las imaginaciones, causa forzosa y esencial de la decadencia escrita á que asistimos, puede estrañarnos que D. Francisco de Asís, hijo al fin de su siglo, no se cuide, al escribir, del régimen de algunos verbos, ni hemos de ser hoy exigentes é injustos hasta el estremo de exigir á los miembros de la dinas-

Digitized by Google

tía caida nociones gramaticales que tan de buen grado les perdonábamos cuando hacian lo que podian para hacernos felices. Despues de todo, la gramática y la magestad, levantada ó vencida, no son absolutamente inseparables.

¿Qué es, en rigor, volvemos á preguntar, la carta de D. Francisco? Una esplicacion; sencillamente una esplicacion. El palacio Basilewski amaneció uno de estos últimos dias ornado de flores como la mansion de la felicidad; uno de los actos y de los hechos más grandes que, al decir de los que lo presenciaron, registra la historia del mundo moral, se verificó en sus salones; abdicó doña Isabel sin quererlo hacer; recibió D. Alfonso la investidura de monarca *in partibus*, sin maldita la gana de cambiar su chichonera por la más fantástica de las coronas; presenciaron la abuela y los amigos una escena de que voluntariamente se hubieran librado á costa de cualquier sacrificio; de modo que todos se violentaron casi heróicamente; de modo que lo que pasó no hubiera pasado á no ser por la pícara necesidad de que la restauracion sea un hecho en España. Y, sin embargo, la abdicacion ha pasado, y el hecho más trascendental á que ha dado lugar en España, y que nosotros sepamos, es la constitucion del casino conservador, con perdon sea dicho de la partida de la porra.

Pues bien: D. Francisco de Asís no asistió al acto inmenso de la abdicacion. La opinion pública no sabia darse cuenta de esta grave omision personal en la ceremonia. Un malévolo periódico satírico publicó un número entero dedicado especialmente á preguntar: «*¿Por qué no asistió el papá?*» con el tono de aquel héroe del cuento de un amigo nuestro que preguntaba por qué era rubio el hijo de su mujer, siendo su mujer y él mulatos perfectos de la India inglesa. Los órganos del alfonsismo, y á su frente la susceptible, la hábil *Epoca*, comprendiendo lo que desvirtuaba, por la agravacion, el gran acto la ausencia de D. Francisco, dieron de ella la esplicacion que más conforme estaba con sus noticias, á saber: el ex-rey consorte no habia asistido por no haber, sin duda, recibido á tiempo la invitacion. Todos nos disponiamos á creerlo así, cuando D. Francisco escribe á *La Epoca* para decir que la esplicacion no es esa, que la esplicacion verdadera es que, decidido desde que pisó los boulevares á no mezclarse por nada ni por nadie en política, no quiso, ni debió, ni pudo asistir al acto político de la abdicacion.

Digitized by Google

Esto, como se vé, es muy natural y muy creible; pero es muy triste en el fondo. En esa determinacion de D. Francisco de Asís resaltan evidentemente para el hombre pensador amarguras y realidades de tomo y lomo. El espíritu del filósofo, decidido á que se estrellen en su cerrada puerta los ecos del conocido, engañoso mundo; el herido pecho del ardiente y fiel esposo á quien apartan del objeto legal de su ternura susceptibilidades de carácter, genialidades y procedimientos incompatibles con la paz del hogar; la inútil solicitud del padre que bien quisiera asistir de más cerca al desarrollo y crecimiento intelectual de los que al fin y al cabo llevarán su nombre; todos esos rasgos, todos esos aspectos, todos esos sentimientos, bastantes para que el corazon más entero y el ánimo de mejor temple floten en ellos como cáscara baladí en el océano tempestuoso, resaltan indudablemente en la franca, aunque circunspecta esplicacion del ex-rey consorte. Su carta es un poema, un verdadero poema de honda y filosófica melancolía.

Y si algo le faltase para serlo, los nuevos datos que con tal motivo publica la bien informada *Epoca* sobre los hábitos del desterrado príncipe acabarian de dar á su actitud el tono de la más severa pesadumbre. Al decir del colega, D. Francisco de Asís no trata en París españoles ni españolas, sin duda para evitar que se diga, como otras veces se dijo, que conspiraba con los primeros ó era marcadamente benévolo con las segundas; D. Francisco de Asís, si algun círculo español frecuenta, es la casa-convento de Sor Patrocinio, en cuyas prácticas piadosas, en cuyos arrobamientos místicos, en cuya oscuridad modesta y tranquila tienen que buscarlo los pocos emisarios que su esposa suele enviarle. De manera que el hombre de mundo, aquel príncipe de costumbres dulces y afectuosas, de viva y cultivada inteligencia que en concepto de la generalidad debia pagar, por su idiosincrasia, culto al placer en la Babilonia del *vaudeville* y del rigodon, vive austera, modesta y filosóficamente, y soporta su desgracia relativa procurando, hasta donde le es posible, imitar á los grandes desengañados de la humanidad. Algo semejante puede haber, en efecto, cuando con buena voluntad se busca, entre la sombra de los altos muros de Yuste y la celda de una amiga desgraciada.

Pero... basta. Esto es ya de un género melancólico superior á nuestras fuerzas.

Digitized by Google

SOLUCION UNIVERSAL.

(19 de Julio.)

Llegará un dia, ha dicho Pascal, en que la Europa solo crea en aquel que la ponga aherrojada á sus piés. Contra esta afirmacion horrible, contra esta desgarradora profecía del gran pensador absolutista, no hay fibra en nuestro corazon ni movimiento en nuestra inteligencia que no se rebelen, porque ella es en el fondo la más triste negacion sintética de los grandes principios de libertad y de progreso con que las generaciones modernas nos hemos amamantado.

Confesamos, sin embargo, que el mundo político atraviesa en estos instantes por una de esas crísis que traen al espíritu más fuerte y sereno el desfallecimiento de las esperanzas y de las convicciones más profundas y consoladoras. Al ver prepararse dos grandes pueblos continentales á una devastadora lucha, para la cual se adornan, por decirlo así, con todos los atavíos de la ciencia y con todos los productos de la civilizacion; al ver de nuevo á la Europa de nuestros dias preparar uno de esos sangrientos festines para los que la inteligencia ha echado el resto en máquinas de destruccion, y en los que los pueblos vèn prodigarse cruenta y dispendiosamente sus hijos y sus riquezas; al ver, en una palabra, al salvajismo humano dejar la máscara de una cultura que solo le sirve para prepararse al ejercicio de *su mision favorita*, repetida á través de la historia con la más cruel de las monotonías, ¿no cuesta, en efecto, gran trabajo sospechar que el mejoramiento del hombre moral, en que sueña y cree nuestra liberal filosofía optimista, es la más risible de las quimeras que la inteligencia universal tiene que echarse en cara?

Dentro de muy poco tiempo, quizás dentro de algunos dias, la gran hecatombe se habrá consumado; millares de franceses y prusia-

Digitized by Google

nos, que ni se conocian ni se odiaban, se habrán dado la muerte, y millares de familias les llorarán desesperadas. La escasa especie humana, que todavía tiene tantos desiertos que ocupar y tantos yermos que fructificar, se habrá propinado una buena *sangría:* la esperanza de la agricultura, de la industria, del trabajo pacífico derramará inútiles lágrimas, y una sepultura de algunas leguas de estension en el corazon de Europa exhalará acaso de su seno, como recuerdo último de la matanza, los vapores mortíferos que llevarán la peste á las naciones espectadoras.

En cambio, el ideal del incorregible género humano, segun Pascal, se habrá realizado: Europa tendrá un dueño, ya sea un hombre, ya sea un pueblo, ya se llame Bismark ó Bonaparte, Alemania ó Francia. Las grandes potencias fingirán contemporizar con el vencedor, para procurarse los medios y los auxilios conducentes á serlo ellas mismas otro dia, y las naciones infortunadas y secundarias pedirán, por la boca temblorosa de sus gobiernos, paz y proteccion al *amo*. Y despues no habrá pasado nada: enterrados los muertos, resignados los vencidos, en accion de nueva preponderancia continental, la *civilizacion* seguirá su curso, los pobres seguirán siendo muy liberales y los ricos muy conservadores, y se inventarán nuevos barcos y nuevos telégrafos, y correrán rios de oro por el seno de los bien administrados pueblos; todo sin perjuicio de que dentro de otros pocos años vuelvan á morir otros millares de hombres, bellamente uniformados, y perfecta y abundantemente pertrechados, y de que una nueva dictadura personal ó nacional vuelva á aparecer en la vieja Europa, con su cortejo obligado de viudas y de huérfanos.

Y, sin embargo, la posteridad, al tratar de investigar la causa real y verdadera de la guerra franco-prusiana de 1870; al ver que todo este grave y trascendental conflicto se reduce á que Francia y Prusia *no caben juntas en Europa*, si una de ellas no confiesa que tiene mejores soldados que la otra; la posteridad, repetimos, se preguntará, con el amargo asombro que han de producir todas nuestras barbaries contemporáneas en las generaciones para quienes el cristianismo sea algo más que un libro: ¿pues si esa era la razon esencial, por qué la Europa entera no obligó á Francia y Prusia, y no se obligó ella misma, al desarme de sus innecesarios ejércitos?

Y forzoso es reconocer que la posteridad pondrá el dedo en la llaga

Digitized by Google

si esto se pregunta. Hoy mismo, el dia antes de la primera batalla, *el desarme* aceptado por ámbas naciones contendientes seria la solucion inmediata y única de la paz. Que Francia y Prusia se obligasen á no mantener sobre las armas más número de soldados que los que sus necesidades interiores exigen, y la catástrofe se conjuraria por sí misma. Que un Congreso europeo acordase y aceptase el mismo *método* para todas las nacionalidades influyentes y poderosas, y la faz del mundo político cambiaria como por encanto, y no habria Pascales ni pesimistas posibles que, al ver bogar la civilizacion por una balsa de aceite, no se felicitasen de pertenecer á la humanidad.

¡Qué hermoso seria, en efecto, y qué tranquilizador ver una Europa sin más batallones que los de la policía urbana y rural! ¡Qué felices serán los que, gracias al Evangelio, lleguen á conocer á la que, españolizando la fórmula, llamaremos la Europa de la Guardia civil! Entónces, si la humanidad tiene decididamente un génio malo que le infunda eternamente la sed de la guerra; si es cosa decidida que los hombres han de luchar y han de aspirar á vencerse y dominarse siempre, tendrán que batirse á librazos ó cuando más á palos, y la cosa será muy distinta. Pero, ¿dónde estaremos entonces los europeos del siglo XIX, los diplomáticos á lo Bismark, los humanitarios á la francesa y los revolucionarios á la española?...

Digitized by Google

EN PRINCIPIO.

(29 de Agosto.)

El sábado, dia judáico, dia de aquelarres, fué dia de carlistas y hubo Consejo de ministros presidido por S. A.

Bien sabe Dios que no quisiéramos saber nada de los Consejos de ministros, ni siquiera de los que se celebran en el despacho del señor Herreros de Tejada, ó, por otro nombre, en la secretaría de la presidencia, que suelen ser los más solemnes. Pero la fatalidad no se contenta con hacernos saber que los actuales ministros existen, sino que á cada momento nos participa que se ven, que se reunen, que hablan, que discuten, ni más ni ménos que como las gentes que hacen algo. El cielo nos tome en cuenta, y al país tambien, este sufrimiento.

Deciamos, pues, que el sábado hubo Consejo bajo la presidencia del regente: y lo peor del caso fué que, segun la oficiosidad cruel de la persona que nos ha hecho el relato, el Consejo tuvo importancia: importancia política, importancia oral, importancia resolutiva, una porcion de importancias. Hé aquí, casi al pié de la letra, las noticias que sobre esa gubernativa reunion acaba de suministrarnos el embajador acreditado cerca de nosotros por la fatalidad que nos condena á enterarnos de las cosas de la situacion.

El acto fué sério desde el primer instante. Casi todos los ministros sabian ya que los carlistas estaban protestando otra vez á trabucazos contra la interinidad. Habia semblante que reflejaba de buena fé las

Digitized by Google

angustias del órden público; y, naturalmente, el ministro del órden público, para cuando lo haya, Sr. Rivero, fué quien, pidiendo inmediatamente la palabra, pronunció un discurso, ageno por completo á la cuestion de la raza sajona, y en el cual se hizo cargo, con detenimiento elocuente, de la grave situacion del país.

Segun parece, el Sr. Rivero, doliéndose de la animadversion pública respecto á sus soluciones, tantas veces anunciadas como no creidas, dijo que era llegado el momento de pensar en una solucion; y que él, por su parte, se habia permitido pensar en cuatro, que eran, á saber:

Primera solucion: La continuacion de la interinidad tal como se halla; es decir, el no hacer nada. S. S. convino en que esto no sorprenderia á nadie, pero se declaró valerosa y enérgicamente contra esto, porque dijo que creia observar en el país síntomas de empezar á fastidiarse de la interinidad.

(El Sr. Figuerola al oir esto se agitó en su asiento.)

Segunda solucion: La república. Sobre la república parece que dijo el Sr. Rivero que no queria decir nada; pero dejó al juicio de sus oyentes lo que callaba, indicando solo que en su concepto la república no cuenta en España con más falange que la de sus ideólogos; y en apoyo de esta opinion citó no sabemos qué carta confidencial del capitan general de Cataluña, Sr. Gaminde; y por todas estas razones el señor Rivero llegó hasta aventurar la especie de que no habia que pensar en la república.

(El Sr. Echegaray parece que *sotto voce* dijo entonces que lo sentia por el protestantismo.)

Tercera solucion: El rey. Sobre el rey parece que preguntó con fuerte voz el Sr. Rivero: ¿Hay rey, señores? ¿Tiene alguno de ustedes rey? Y como nadie le contestase, añadió: No hay rey, señores.

(Impresion general, sobre todo, de los generales asistentes. Prim recuerda los pronósticos de *El Eco de Europa*.)

Cuarta solucion: Facultades á la regencia, y para ello la inmediata reunion de las Córtes. El Sr. Rivero, recopilando y fundándose en que es preciso hacer algo, y en que no se debe hacer república ni se puede hacer rey, demostró con grandilocuencia innegable que la regencia con atribuciones es lo ménos que puede hacerse, por ser lo equidistante de la monarquía y de la república, es decir, por no satisfacer á nadie,

Digitized by Google

lo cual es mejor, políticamente hablando, que satisfacer á unos pocos. (Sonrisa general.) En su virtud el Sr. Rivero tuvo el valor de pedir formalmente que se reunan las Córtes.

(Silencio general por algunos instantes. El presidente del Consejo miró al Sr. Moret, y el Sr. Moret pidió al fin la palabra.)

El jóven, elegante ministro de Ultramar contestó al Sr. Rivero con su irresistible, melífluo y persuasivo acento de siempre. Pasó por alto las tres soluciónes primeras; dió su aprobacion, *en principio*, á la cuarta, pero se declaró abierta y resueltamente opuesto á la apertura de la Cámara. Habló como en el Ateneo, de la Hacienda de la libertad, de la libertad de la Hacienda, y, después de este artístico rodeo económico, recordó á sus dignos compañeros que, si las Córtes se reunian ahora, el gobierno no tendria nada de qué hablar á las Córtes; al ménos, nada urgente, nada decisivo, nada sustancioso.

Entonces parece que S. A. el regente tomó la palabra, y de tal modo y con tales bríos se pronunció en favor de la necesidad y de la conveniencia de abrir las Córtes, que, á pesar de las razones económicas del simpático Sr. Moret, el Consejo convino, *en principio*, en la determinacion, dejando sin embargo para otro dia el fijar la fecha de la convocatoria. Esta última fórmula parece que fué propuesta por el conde de Reus.

En seguida el general Prim, entrando verdaderamente en materia, habló de la novísima insurreccion carlista, y, con un patriotismo y una modestia y una razon que le hacen honor, llamó al inquieto bando absolutista: *insensato*. Yo, dijo el noble marqués, no debiera decir esto, si solo tuviera en cuenta los impulsos de mi egoismo; porque nadie diria sino que los carlistas se han propuesto trabajar en mi favor. Ahora me proporcionan el triste y fácil gusto de darles con algunos centenares de cazadores una nueva paliza y de volverme á lucir ante la opinion. Sin embargo, antes que mi fama y mi interés personal está, señores, la nacion; y yo, lo digo con franqueza, renunciaria gustoso al laurel que los carlistas me preparan, con tal de que no hubiese este nuevo escándalo y pudiésemos aguardar tranquilos á que acabe de llevarse el diablo al imperio de mi amigo D. Luis Bonaparte.

Una salva de aplausos respondió al cívico arranque del marqués, y el Consejo, terminándose, se despidió de S. A. Pero el efecto moral del acto en su conjunto, y de la generosa actitud del general Prim en par-

Digitized by Google

ticular, habia sido inmenso: asegúrase que en los ojos de los ministros más apacibles, Sres. Moret y Beranger, brillaba el llanto; el Sr. Rivero salió ufano de haber dado al fin con una solucion, y el Sr. Sagasta más despeinado que de costumbre. Solo el Sr. Figuerola sonreia, como siempre, malignamente. ¡Ah, el dinero no tiene entrañas!

Digitized by Google

EL REY DE LOS HULANOS.

(2 de Setiembre.)

Conste ante todo que no hablamos de los hulanos de Prusia, de esos correos de gabinete del rey graduado de emperador que, sin más que batirse siempre en proporcion de cinco ó de tres contra uno, está probando las relaciones íntimas que le unen con la Providencia. No: no hablamos de esa avanzada falange del fatal pillaje guerrero, encargada hoy por el Sr. Bismark de destruir vías férreas y telégrafos, cobrar contribuciones en pueblecillos desarmados y asustar chiquillos y doncellas. Hablamos de los hulanos de España; porque han de saber ustedes que tambien puede decirse que hay hulanos españoles.

¿Quiénes son? Bien claro está: son la mayor parte de nuestros prusófilos; son la vanguardia que el ministro del rey Guillermo tuvo buen cuidado de proporcionarse en Madrid, por medio de una porcion de convicciones poderosas; son la mayor parte de nuestros sigmaringistas de la prensa, del Parlamento y de la Tertulia. El hulano de la Prusia de hoy es, poco más ó ménos, lo que era ya en tiempo de Federico II; un personal semi-salvaje, sábiamente aprovechado para caballería ligera, explorador, audaz, con la disciplina de la indisciplina, acostumbrado á vivir sobre el país, dócil siempre á la voz del amo, comunista práctico, y sin miedo á una derrota incompatible con la perfeccion de sus eternos medios de huida. Y la actual situacion política de la gloriosa España de setiembre tiene tambien un personal hasta cierto punto moralmente idéntico al que es hoy el *bú* de los franceses.

¡Qué actividad, qué asombrosa actividad la de estos decididos servidores de los condes de Bismark y de Reus! Todo el mundo recuerda cómo prepararon en quince dias el *terreno* para que el Sr. Hohenzollern-Murat viniese á hacer la felicidad de la España del Dos de Mayo.

Digitized by Google

Puede decirse que faltó casi nada para que el rey del Sr. Prim paseara por Madrid sus patillas rojas. Entonces fué necesario obrar, y nuestros hulanos obraron con prontitud y celo inmejorables. Prensa radical, mayoría constituyente, retratos fotográficos, circulares diplomáticas, militares y gubernativas, misiones á nuestras principales provincias, todo lo prepararon, todo lo hicieron. ¡Lástima que el Sr. Olózaga determinase al Sr. D. Antonio, padre del *interesado*, á dejarnos á lo mejor sin candidatura hulana!

Mas por desgracia esto sobrevino, y entonces fué preciso aguantarse, callarse, fingir que se dormia, desaparecer, renunciar á las correrías preparatorias del gran desenlace, y esperar. Y así se ha hecho. Nuestros hulanos han vivaqueado á la chita callando en las profundidades hospitalarias de la situacion, hasta hoy, hasta ayer, hasta el dia de la derrota de Mac-Mahon, hasta el gran dia en que el feliz gobierno de la feliz España empieza á ver claro, ó al ménos á ver algo definitivo en la contienda pruso-franca.

¡Loado sea el Dios del fusil de aguja! Ya parece que toda esperanza de triunfo es una necedad en la Francia vencida por el número y en el imperio cuya ignorancia y cuya ineptitud han vendido miserablemente á la Francia. La civilizacion se pronuncia decididamente por *nuestro querido Fritz*. La Alsacia y la Lorena quedarán bajo la bandera blanca y negra, como bajo un sudario eterno. Los notables de Berlin alzan el gallo para decir al mundo que no se entrometa en el asunto. Hasta las damas alemanas renuncian á los figurines del materialista París. Estamos en pleno génesis germánico, y el mundo en lo sucesivo recibirá directamente del Norte el padron de sus instituciones y los nombres de sus soberanos. ¿Qué mejor ocasion, pues, que esta? ¡Sus! ¡á la brecha, al campo, á la victoria de nuevo! se han gritado á sí mismos nuestros prusófilos, y desde ayer el armonioso nombre de Hohenzollern-Sigmaringen vuelve á sonar en los lábios y círculos ministeriales.

Hay un periódico optimista, amigo sin duda en tésis general del hombre, aunque el hombre sea cimbrio; y este periódico, que es nuestro estimado colega *Las Novedades*, dice hoy con una buena fé que le honra, pero que nos desgarra el pecho, que no cree en semejante resurreccion de la candidatura del prusiano... ¡Infeliz, mil veces infeliz colega!... ¿Y por qué no cree Vd. eso? ¿Es porque está Vd. acostum-

Digitized by Google

brado á ver á la situacion un dia republicana, monárquica otro, interinista siempre, y no se fia Vd. de sus cacareadas decisiones? ¿Es porque cree Vd. que, aun suponiendo que el triunfo de Prusia sea completo, Europa no cometerá la última de sus abdicaciones consintiendo que nuestra Península se convierta en una especie de Dinamarca occidental? ¿Es acaso porque no tiene Vd. noticias del coronel-candidato, cuyas heroicidades en lo que va de guerra han consistido en alojarse confortablemente en la alcaldía de Nancy?

Pues contra todos esos motivos, al parecer racionales, que hacen dudar á *Las Novedades,* hay un hecho de hoy mismo, de esta mañana, que basta por sí solo para que nuestro colega conozca si hay hulanos madrileños, y si trabajan y se mueven oportunamente. *La Nacion,* el periódico de la doble vista, el órgano generalmente conocido del Sr. Rivero, sin perjuicio de haberlo sido del Sr. Madoz, *La Nacion,* que es hoy, como si dijéramos, la quinta esencia del ministerialismo, la situacion en letras de molde, publica un artículo, en que declara con un valor superior á las creaciones del espíritu mejor templado que la candidatura Sigmaringen es una candidatura *séria;* que esa candidatura *ha sido discutida, ha sido admitida y hubiera sido votada;* que *la guerra es solo un paréntesis en la vida de esa candidatura,* y que *es lógico que el éxito de esa candidatura corra parejas con el éxito de la guerra.*

Ya lo vé, pues, *Las Novedades:* se vuelve á pensar, se piensa, ó, mejor dicho, se sigue pensando, n se ha dejado de pensar nunca, *en el fondo,* en el candidato que los escaparates de la calle de la Montera están exhibiendo desde la toma de Wisemburgo. Lo que *Las Novedades* podrá decir y sentir es que hoy le preocupa tan poco como ayer semejante intentona; es que hoy, como ayer, y mucho más que ayer, le cree pura y simplemente un imposible; es que hoy, mucho más que ayer, conoce y cree nuestro colega que ha pasado la hora de las candidaturas exóticas y que es preciso contentarnos con lo que tenemos en casa, ó resignarnos á dar gusto al señor marqués de Albaida. En todo esto estamos conformes con *Las Novedades*; pero, por Dios, no neguemos los hechos: la candidatura prusiana sigue sonriendo á la fantasía de la familia gobernante; se sigue pensando en Leopoldo I, en el rey Prim-Salazar, en *el rey de los hulanos*. Para nosotros es tan seguro esto, como que acaso á estas horas habrá personaje progresista-

Digitized by Google

democrático que se haya mandado hacer el uniforme hulano completo: gran gorro de pelo, lanza descomunal, botas impermeables, luenga é inculta barba (¡qué contrariedad para las eminencias barbilampiñas!) y pantalones con hondos bolsillos, dignos de la profesion. Verdaderamente será de lamentar que el sentimiento público deshaga otra vez á silbidos esa candidatura. ¡Seria tan pintoresco y tan curioso ver al *rey de los hulanos* entre su hueste española, uniformada y compacta!...

Digitized by Google

LA CONFERENCIA.

(19 de Setiembre.)

Era la tarde; la tarde del dia en cuya mañana llegó el Sr. Olózaga á esta villa que fué del oso, y donde hoy hace un oso perfecto la revolucion de setiembre; la tarde del sábado, en una palabra. El sol caia; el señor ministro de Estado lo miraba ponerse desde la ventana de su despacho, que da al Campo del Moro. Solo en aquella oficial estancia donde, si no se dirigen los destinos del mundo, es indudable que no faltan otros destinos de que ocuparse; negligentemente sentado ante su ancha mesa de trabajo, atestada de despachos vírgenes por su calidad de intraducidos; con los codos sobre el tablero, y las crispadas manos sepultadas, á guisa de luengos escarmenadores, en su áspera cabellera riza, el simpático é inteligente Sr. Sagasta miraba la perezosa bajada del astro del dia por su horizonte de costumbre, y pensando en la poca novedad del espectáculo y en que lo mismo que él veia en aquel instante lo habian visto desde igual sitio los Sres. Arrazola, Calonge y otros, lamentábase el celoso ingeniero diplomático, para sus adentros, de la poca ó ninguna influencia que suelen tener los partidos progresistas-democráticos en el sistema planetario.

Pero esta idea era á la sazon puramente accidental en el Sr. Sagasta. La idea fija de S. E. era otra. El Sr. Sagasta esperaba á alguno, con impaciencia y con inquietud tales como solo un ministro de una interinidad puede sentir; y lo esperaba desde las diez de aquella mañana, y lo esperaba hacia siete horas, y lo esperaba fumando, paseándose, sentándose, exhalando hondas exclamaciones, teniendo á los porteros durísimos modos, hablando solo, no sabiendo qué hacerse, sintiendo á las veces ganas de dejar cesante á todo el cuerpo consular y cancilleresco, otras arrepintiéndose de haber dado en el último se-

Digitized by Google

mestre cuantas cruces se le han pedido, sintiendo y sufriendo, en fin, el suplicio moral de un gobernante en vísperas de grave reyerta, tipo de que el buen Dante, enumerador portentoso de malos ratos, se olvidó injustamente en su inmortal comedia.

De pronto, el pavimento de la vecina antesala se estremece, prestando á los ladrillos limítrofes la vibracion de un terremoto. Algo grande se acerca. El Sr. Sagasta apenas tiene tiempo de desfruncir su enfurruñado rostro, de sentarse cogiendo en sus manos el primer legajo con que tropiezan y de revestirse con el aspecto de un hombre que está espiritualmente á mil leguas del sitio en que se le importuna. Chilla y gira en esto la mampara; un portero, con la misma galoneada casaca del mismo célebre Labandera, que en gloria esté, anuncia al Sr. Olózaga, y el Sr. Olózaga entra limpiándose el sudor con un pañuelo-sábana, cuyos flotantes picos sirven de colgadura artística á su busto hercúleo. Momento de silencio.

El Sr. Olózaga se adelanta hasta la mesa; el suelo sigue crugiendo. El Sr. Sagasta se alza pausadamente de su sillon, toca con su nervioso dedo índice derecho el estallante metacarpo que D. Salustiano le tiende, le señala un divan fronterizo (el mismo donde los Sres. Martos y Gasset solian discurrir sobre la cuestion de Roma), y conociendo que si es mudo un instante más revienta, dice con acento que es un poema de melancolía, de timidez, de amargo reproche y de íntima irritacion:

—¡Al fin se le ve á Vd., señor embajador! Bien venido.

—No he podido venir antes, mi jóven amigo y jefe, responde el histórico autor de la Salve (el Sr. Sagasta al oir lo de *jóven* mira á su alrededor como buscando á alguien). Ya sabrá Vd. que he almorzado con el regente. ¡Buena mesa! Despues me he entretenido larguísimo rato con D. Juan, y, sin hablar apenas á los amigos que en casa me aguardaban, aquí me tiene Vd.—Mucho calor en Madrid, ¿eh?

—Regular.—Pues, señor, en buena nos ha metido Vd. Espero que ahora nos hará Vd. la merced de indicarnos la salida del callejon.

—¡Ah! *par exemple!* ¡qué callejon, ni qué ocho cuartos, si es una calle más ancha que la de Alcalá! ¿Están Vds. en Babia, amigo mio? ¿A qué ha venido toda esta zalagarda, todo este ruido, toda esta solemnidad de mi llamada, toda esta pretension del juicio de residencia que se me impone? Si esto hacen Vds. conmigo, con el que les quitó de en-

Digitized by Google

medio á Espartero y á doña Isabel, ¿qué harian Vds., por ejemplo, con el Sr. Paxot, el yerno de Madoz, que está en China?

—¿Que qué hariamos? Pues no hariamos ni más ni ménos que dejarlo cesante, es decir, lo que hemos debido hacer con Vd.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho Vd. saber al mundo que somos un gobierno subordinado á un embajador.

—Pruebas.

—¡Pruebas! ¡Me pide Vd. pruebas despues de haber reconocido la república de Rochefort!

—¿Quién me lo impedia?

—¡Pues es una friolera! En primer lugar se lo impedian á Vd. oficial, legal y esplícitamente SIETE despachos mios, previniéndole que solo entablase relaciones *oficiosas* con el Sr. Favre.

—¿Y quién más?

—¿Quién más? ¡La lógica, la conveniencia de nuestra situacion política, el interés monárquico del país, el rey Guillermo y el conde de Bismark, que á Vd. consta no nos quitan ojo de encima; nuestros compromisos con los neutrales, nuestra calidad de potencia secundaria, que para nada debia tomar una iniciativa semejante; el sentido comun, todo lo humano y lo divino, señor mio!...

—¡Ah! que *c'est dróle, vraiment dróle, mon cher ami!*... Dispense usted; he contraido el hábito de hablar francés, y me olvido de que usted no lo tiene. Pues bien: en castellano puro y neto doy á Vd. la respuesta que he dado al duque y al marqués; la única respuesta que ustedes merecen.

—¿A saber?

—A saber: que no entienden Vds. jota de estas cosas... Nada de interrupciones, nada de gritos, nada de alusiones, nada de *enfantillages*, quiero decir, de tonterías, y escúcheme Vd. y respóndame en conciencia.

—Hable Vd.; pero...

—Que me responda Vd., digo. Vamos á ver: ¿Serví yo bien al imperio? ¿No lo hice bien con el emperador?

—¡Ah! eso sí; divinamente.

—¿Y por qué no he de servir lo mismo á la república, como serviria mañana á la restauracion napoleónica, ó á la monarquía orlea-

Digitized by Google

nista? ¿Lo esencial y lo importante no es que yo sea una influencia en Francia, por Vds. y por mí?

—Pero... Vd. quiere volverme loco; ¿puede una persona misma obrar así? Y, sobre todo, ¿no le habiamos trazado á Vd. su plan de conducta?

—*¡Sapristi!* Medrado andaria yo si me atuviese á los planes de Vds.; me sucederia lo que al país. Pero, no divaguemos; yo he hecho un gran servicio á la nueva república; si Vds. no comprenden las consecuentes ventajas que esto puede traernos, *¿aquí la faute?...*

—Mire Vd., Sr. D. Salustiano: á mí me duelen ya los huesos de bregar con cucos. Ó me dice Vd. la verdad, la verdadera verdad de su incomprensible conducta, ó nos van á oir los sordos.

Nuevo momento de silencio. El Sr. Sagasta corre palpitante al pestillo de la mampara, y lo echa. El Sr. Olózaga queda un momento perplejo. Despues, ostentando en su rostro la espresion del pajarraco que se siente cogido en red inesperada, se levanta, hace crugir de nuevo el pavimento, enjuga con el dorso de su siniestra mano una lágrima que se asoma á sus ojos como la avanzada de su cariñosa espansion, y sin otras prevenciones echa sus enormes brazos al cuello del Sr. Sagasta, le hace caer sobre el sillon más próximo, y aplicando á su oido la trémula boca, exclama:

—Puesto que á toda costa lo quiere Vd., mi jóven amigo, sea; oiga usted; pero solo Vd., porque ni de las paredes me fio. Estamos en la antigua casa de Isabel II.

Y siguense cinco minutos de confesion secreta, patética, nerviosa, gravísima, indescriptible. Despues de ella, el ministro de Estado es otro hombre. Circunda su rostro una aureola de misterioso contento, su mano estrecha la del patriarca riojano con sincera efusion, y, entre suspiros entrecortados y sonrisas épicas, le dice:

—¡Gracias á Dios! ¡Así se esplican y así obran los hombres!... Ya ha visto Vd. que yo me lo sospechaba... ¡qué gran cosa será si lo realizamos!... ¡Cualquiera nos echa entonces!... Mire Vd., D. Salustiano, se lo juro, desde que Rivero me lanzó de Gobernacion, este es el primer instante de regocijo...

—¡Silencio! no pronuncie Vd. esa palabra. *El Parcial* ha cometido la imprudencia de estamparla antes de tiempo.

—Sí; ya lo sé; cosas de Martos.

Digitized by Google

—¡Qué diablo de niño es ese! No puede uno descuidarse con él... Pero adios, que es tarde. Reserva y confianza...

—Las tendré, las tendré, no lo dude Vd...

—Adios, mi jóven amigo.

—Hombre, eso de *jóven*... hágamelo Vd. bueno. ¡Ah! pero, y diga usted, ¿qué es lo que por de pronto vamos á hacer?

—Nada: yo me iré á Vico unos dias...

—¿Vico fué el autor de *la ciencia nueva?*

—Sí; eso dicen; pero hablo de mis posesiones... Allí me mandará el habilitado la paga. Y no olvide Vd. que he sido *llamado,* y, por consiguiente, que me corre íntegra y tengo derecho al Viático. Luego oportunamente volveré á Madrid y á París... etcétera.

—*Etcétera;* convenido. Vaya Vd. con Dios, maestro; ¡ah! y Vd. dispense...

—No hay de qué, hombre; no hay de qué.

Y el Sr. Olózaga desaparece.

Suena un campanillazo. Entra el portero. El ministro le sonrie. ¡Portero feliz! Comienza el despacho.—Que entren las señoras.

Digitized by Google

LO QUE PASA EN ROMA.

(21 de Setiembre.)

El poder temporal del Pontificado acaba en estos instantes. La bandera de la nueva Italia flota á estas horas sobre las cúpulas de la ciudad eterna.

El mundo católico está presenciando en estos momentos ese hecho importantísimo, mucho más importante que el que hace mes y medio empezó á realizarse sangrientamente á orillas del Rhin.

Cuando el fragor de la bárbara contienda franco-prusiana deje de ensordecer los oidos de Europa; cuando el humo del cañon, que como blanco sudario se estiende hoy sobre la desventurada Francia, se disipe, la Europa y el mundo apreciarán ese hecho en toda su inmensa gravedad.

La Europa y el mundo verán que entre los resultados de la horrible lucha franco-prusiana se cuenta uno de mucha más trascendencia para el porvenir de la civilizacion que la preponderancia del militarismo germánico en el continente y que la ruina de la gran nacion sibarítica que daba ayer las leyes de su espíritu al mundo social.

La Europa y el mundo sabrán que el pedazo de tierra que hace doce siglos concedieron las grandes potestades del mundo moderno á la potestad que las ungia y las daba una sancion divina; ese pedazo de tierra, el más sagrado de Europa, tumba de un mundo, cuna de otro, monumento eterno de la historia, patrimonio de la humanidad, Roma, acaba al fin de trocar sus recuerdos y sus destinos por el título de capital de un reino.

Gran trabajo ha costado la empresa á sus autores; el mundo entero ha tenido miedo por muchos años á complacer con ella á Cavour y á Garibaldi; los aplausos que el sentimiento liberal daba á los nobles

Digitized by Google

esfuerzos de la unidad italiana, escitándola á aniquilar las pequeñas tiranías y las ignominiosas divisiones que la dejó su esclavitud feudal, parecian detenerse ante Roma, y ver con gusto inconfeso la defensa que hacia de sus muros la única nacion latina capaz hasta ayer de hacerla: Francia.

Francia, empero, ha caido, y la Italia de Mazzini ha aprovechado el estrépito de su gigantesca caida para ir, de acuerdo con Bismark, á establecer en el Capitolio su Parlamento constitucional. La obra no ha sido heróica, pero estaba desgraciadamente prevista.

Sí, desgraciadamente; lo confesamos con hondísima amargura. Nosotros hemos pensado, sentido y creido en la misma Roma, en el seno de aquellos portentosos vestigios de treinta siglos, que aquella ciudad, que aquella grandeza, que aquella magestad, que aquellas ruinas, que aquel gran templo histórico no podrian, no deberian ser nunca posesion de un pueblo ó de un hombre, porque todo aquello ha tenido y debe tener siempre un solo poseedor: la conciencia humana.

Nosotros hemos creido y sentido allí que para centro de la Iglesia universal, que para asiento de una institucion tan grande y tan inmortal, que para dar abrigo y hospedaje al sucesor de Pedro no hay sobre la tierra más que un solo recinto, un solo palacio, un suelo único: Roma.

Nosotros hemos creido que si el rey espiritual de tantos centenares de almas merece á la generosidad de los reyes de la tierra un rincon libre y respetado donde alentar, ese rincon debe ser Roma, puesto que no hay más que una sola Roma en el mundo.

Nosotros hemos creido, en fin, que la noble regenerada Italia, aceptando ante los muros de Roma la frontera que le señala una geografía sobrehumana, y erigiéndose en primera guardadora y defensora de aquel portentoso museo de todo lo grande que ha hecho y sentido la Europa cristiana, se mostraria mucho más sábia y mucho más grande que llevando á Víctor Manúel á arrastrar su sable, en son de triunfador de sombras y reliquias, por las galerías del Vaticano.

Pero al sentir, creer y comprender todo eso, todo eso que ha sido en nuestra inteligencia y en nuestro corazon fruto de la filial gratitud de nuestra religiosidad, de nuestra fé, tambien allí mismo, tambien en el seno de esa Roma hemos sentido y comprendido que el dia de hoy, que lo que hoy pasa, podria llegar.

Digitized by Google

¿Por qué? Porque tambien entonces veiamos todo el daño que el Pontificado político hacia al Pontificado católico; porque oiamos la universal protesta que en toda Europa se levantaba contra los errores de la política romana; porque veiamos lo funesto que esa política, haciendo alarde de condenar todo lo que la libertad y la civilizacion producen, era á los pueblos donde se enseñoreaban sus influencias; porque sabiamos lo que habian venido á ser los Estados italianos que esa política habian indirectamente regido; porque veiamos lo que el Austria moderna venia al fin á ser en manos de esas influencias; porque sabiamos, en fin, lo que esa política habia influido en nuestro propio país, en España, y la triste parte que ha tenido en el hundimiento del trono de Isabel II.

¿Cuáles debian ser, pues, los efectos de esa política romana que debilitaba, perdia y dañaba así á los gobiernos y á los pueblos donde más ciego apoyo encontraba? Si esos gobiernos sucumbian, esa política sucumbiria tambien; y, en efecto, esa política sucumbe hoy, porque ha dejado á esos pueblos sin fuerzas para defenderse ni para defenderla.

Mas, por fortuna, en el Pontífice-rey vive y está la cabeza visible de la Iglesia, el delegado del mandato divino, la piedra inmutable que sirve de base al edificio evangélico. Por fortuna, la desgracia y la tribulacion de hoy no pueden prevalecer sobre la eternidad de la mision divina de ese rey de almas; por fortuna, esa triste expiacion de errores puramente humanos no puede ménos de ser transitoria. ¿Quién sabe si esta tristísima y solemne leccion servirá para librar en el porvenir al Catolicismo de los males que hoy le cercan, para ponerlo de una vez y para siempre á la cabeza del gran movimiento civilizador de los siglos, para verle dirigir, ageno á toda pequeñez, á toda falibilidad vulgar, los destinos del hombre espiritual y moral? Creámoslo y esperémoslo así.

Digitized by Google

EL CONSISTORIO.

(1.° de Octubre.)

Lo que queda de la España revolucionaria sabe, sin duda, que tiene un ministro de Fomento de quien ciertamente no hablarán los siglos; y no será, si esto pasa, por culpa del interesado, pues ha hecho personalmente en obsequio de su inmortalidad cuanto es dable á un ingeniero de caminos. Con algunos párrafos de *política física* construyó un puente que le llevó al ministerio, y con la espontánea confesion de su *irreligiosidad matemática* há querido ser el Erostrato de la España católica y pegar fuego al gran edificio nacional en que se guardan las creencias de quince centurias. Desgraciadamente para el Sr. Echegaray, su plan no ha dado otro fruto que el suelo ministerial, y parece ya muy próximo el dia en que su excelencia ha de volver á la modesta nada donde le sorprendió un conato de reputacion, y que, segun opinion de la gran mayoría de los mismos radicales, nunca debió abandonar.

Pero si el país sabe estas y algunas otras cosas del Sr. Echegaray, lo que el país casi no sabrá es que hay un director de instruccion pública, que se llama el Sr. Merelo, tan cimbrio como el que más, tan habituado á tratar á la Divinidad de potencia á potencia como el Sr. Echegaray, y lo suficientemente economista para ser candidato á la intendencia de Cuba, que es un ministerio de Hacienda parecido al que se disuelve en manos del Sr. Figuerola.

Pues bien: este señor de Merelo se ha puesto en comunicacion directa, oficial y vergonzante, nada menos que con el *Consistorio central de la Iglesia española reformada de Sevilla*, y por vía de afectuosa correspondencia, le ha dirigido últimamente, para satisfaccion consistorial y escarmiento de pícaros, el traslado de la órden de su

Digitized by Google

ministro á las juntas de primera enseñanza de Andalucía, previniéndoles que dispensen á los maestros de escuela del Estado la enseñanza de toda religion, de toda moral y de la sagrada historia.

En nuestro número de ayer publicamos ese documento, que, salvo el respeto que profesamos al poder, nos parece, española y filosóficamente considerado, todo lo inconvenientemente absurdo que puede imaginarse. La prensa empieza á ocuparse en su exámen, y nosotros, con un esfuerzo semejante al que exigen las náuseas para ser contenidas, vamos tambien á permitirnos decir algo acerca de su contesto.

Parece ser que algunos padres de família cimbrios, porque tambien los hay, se han encontrado con que los maestros de las escuelas adonde han llevado á sus hijos con el inverosímil propósito de educarlos siguen la costumbre española de creer que deben enseñar á sus discípulos la religion, y la religion católica por añadidura. Ante una atrocidad por el estilo, los referidos padres, que ayer acaso serian empleados de Gonzalez Brabo y hoy son unos libres pensadores de tomo y lomo, acudieron al consistorio sevillano de cierta *Iglesia española reformada* que por lo visto tenemos á la orilla del Guadalquivir, y el consistorio acudió al señor de Merelo, y el señor de Merelo á su ministro, y el ministro, en nombre del regente del reino, autorizó la órden que la inflamada cólera anti-fanática del matemático le presentara, y las juntas de primera enseñanza de Andalucía recibieron la célebre órden.

En la España revolucionaria hay, sin embargo, una Constitucion, que dicen que rige, y esta Constitucion tiene un art. 21, cuyo tenor es el siguiente:

«La nacion se obliga á mantener el culto y los ministros de la regilion católica.

»El ejercicio público ó privado de cualquier otro culto queda garantido á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho.

»Si *algunos* españoles profesaren otra religion que la católica, es aplicable á los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.»

Hasta ahora el sentido comun de nuestros conciudadanos habia comprendido que ese artículo constitucional, por su forma y por su fondo, confiesa y establece dos cosas: primera, la libertad religiosa en España; segunda: la existencia de una religion misma en la inmensa

Digitized by Google

mayoría de los españoles; religion que, segun se desprende de ese propio artículo constitucional, no debe ser otra que el Catolicismo, cuando el Estado se encarga de sostener su culto y sus ministros.

Pues no señor; lo único que hay de verdad, segun los Sres. Echegaray y Merelo, en ese artículo, es la libertad religiosa; lo de la obligacion del Estado respecto al culto y á los sacerdotes católicos, y aquello de *si algunos españoles*... etc., etc., no es confesar que el Catolicismo sea cosa séria en España. Y sobre todo, si lo es, ¿cómo consentir que los maestros de escuela del Estado enseñen la religion que el Estado se obliga á sostener?

Además, la libertad se ha conquistado para todos. Yo, verbi gratia, padre de familia, no quiero que á mi hijo se le enseñe el Catolicismo, y sabiendo que el maestro de escuela de mi pueblo es católico, le digo: «Cuidado, que á mi rapaz no hay que calentarle la cabeza con su religion de Vd.» Y si el maestro de escuela me contesta que la libertad se ha conquistado tambien para él, y que á él le parece conveniente que sus discípulos sean católicos, ¿qué hago? ¿Me llevo al chico y le mudo de colegio, ó le encierro en casa bajo mi inmediata direccion? ¡qué disparate! Esto seria dar por el gusto al maestrillo. No señor; el dómine cobra sueldo del Estado, es funcionario del gobierno, y el gobierno es mio, porque yo soy más liberal que Riego y además soy del *consistorio*. Ya verán Vds. lo que hago. A ver, señor maestro; aquí tiene Vd. una órden del gobierno en la que se le autoriza para enseñarlo todo á sus discípulos ménos religion ni moral de ninguna clase, ni la Historia Sagrada. Conque digo, me parece... Y si el maestro me replica que debo estar equivocado, que no hay en el mundo salvagismo capaz de ordenar que se forme una generacion atea, capaz de no contar, como base de la educacion humana, con una religion y una moral; si el maestrillo se me viene con esas, vuelvo á escribir al *consistorio,* y el *consistorio* al Sr. de Merelo, y mi hombre es declarado cesante por telégrafo... ¡Si seré yo liberal!

¡Ah! ya es tiempo de que lo digamos. De toda esa monstruosidad ridícula; de toda esa falta de espíritu práctico, de prudencia, de experiencia; de todo ese insensato desprecio á lo que constituye la conciencia, la médula moral de un pueblo; de todo ese pretencioso empirismo científico; de todo ese estúpido sistema de no querer ni saber hacer fecunda una libertad, realizable un gran progreso, cuando se mancha

Digitized by Google

la grandeza de un principio conquistado para siempre con la tiranía del ateismo; de todos los tristes comentarios que nos sugiere esa desdichada elucubracion gubernativa, que deseamos ardientemente no llegue á leerse fuera de España, lo que más nos duele no es su tendencia, de que sabrá dar cuenta el sentimiento del religioso y sensato pueblo español; es algo de su forma, es que el tecnicismo oficial ponga al frente de esa disposicion el nombre del jefe del Estado, el nombre del general Serrano, cuyos sentimientos son muy distintos de los que oficialmente se le atribuyen.

Pero ¡qué valen los sentimientos del duque de la Torre, del clero y del pueblo español ante *el consistorio* cimbrio de la Iglesia española reformada de Sevilla!...

Digitized by Google

¿Y LA MORAL?

(6 de Octubre.)

Es preciso verlo para creerlo: el Madrid político está presenciando desde hace muchos dias un espectáculo inconcebible; los cimbrios están moralmente echados de la situacion y del gobierno, y ni siquiera una simple protesta viene del seno de esos Maquiavelos de pega á volver por los fueros de la dignidad colectiva, ó á esplicar al rubor público el fundamento de esa desfachatez sin ejemplo.

No es ya solo el combatido Rivero á quien se anuncia *in articulo mortis* ministerial; no es ya esa cansada víctima del furor del ingrato Martos y del despecho del testarudo é implacable progresismo la única que se ve pendiente sobre el abismo de su nada original; son tambien los otros dos ministros actuales del cimbrismo; es tambien el ex-republicano y ex-católico Echegaray, á quien parece que ahora deja de su mano definitivamente el gran Prim y Prast, haciéndose el sordo á las circulares panteistas con que antes lo encantaba el matemático que niega el alma; es tambien el ex-conservador Moret, la gracia encarnada de la cimbrería y de la juventud situacionera, quien parece que ya no halla en D. Juan la sombra protectora que empezó por pasearlo en su coche cuando no era más que sócio del Ateneo, y acabó por ponerle en situacion de apurar la paciencia á Caballero de Rodas. No hay remedio: un dia, una hora más, acaso, y el ex-pontífice democrático, el ingeniero volteriano y el Apolo economista, roto el último hilo de bondad con que el dictador los sostiene, se verán despeñados al antro de las clases pasivas, tan verdaderamente pasivas, tan pasivas por antonomasia, cuanto que se rigen por la musa de Figuerola: el hambre.

Digitized by Google

¡Y si no fuera más que esto lo que ocurre! Pero hay mucho más. La catástrofe no alcanza solo al cimbrismo gobernante; tambien el militante tiene motivos para que no le llegue la camisa al cuerpo. Creiamos todos que cuando llegase el momento, segun frase de la maligna *Epoca,* de hacer entender á Rivero su desaucio, y aunque fuese seguido en su *espontánea* retirada por los ministros de Fomento y de Ultramar, la estocada no iria contra la clase, sino contra la especie, y la disidencia de la plazuela de Matute, el intrigador inexorable Martos y su exígua hueste entonarian el ¡viva el rey! sobre el rey muerto, y entrarian de nuevo, con el pase del compasivo inamovible en la mano, por las puertas y regiones oficiales, que, á pesar de lo poco que fueron gozadas, no han sido ¡ay! olvidadas, ni lo serán nunca.

Pues nada, ni aun eso; estábamos en un error. *C'en est fait* del cimbrismo; el porrazo es al conjunto. Ha llegado el *dies iræ* de la Tertulia. Un rumor sordo, amenazador, se ha levantado en las profundidades de *La Iberia;* el aire huele á muerto; una espesa nube negra aparece en los horizontes del Guadarrama, nace de ciertos escondites del palacio de Felipe II, y se estiende creciendo temerosa y dejando entrever la punta del rayo, mientras que allá, en el despacho del ministro universal y de la Guerra, el venerable, sombrío marqués de los Castillejos se prepara, cuchillo en mano, á cortar el cordon umbilical que todavía pone en comunicacion á sus amados cimbrios de ayer con su adorada situacion de siempre.

No hay, pues, remedio; esto es hecho.—¡Cimbrios! alguno de vosotros, por el mero hecho de no haber sido nunca progresista, habrá leido algo de literatura contemporánea; pues bien, ya sabeis lo que dice Byron—un poeta inglés:—«La lucha del hombre con el Destino (destino con D mayúscula) es tan insensata como podria serlo la de la espiga contra la hoz.»—¡Cimbrios! vosotros habeis querido ser la hoz, y sois la espiga.—Cartagineses chasqueados de la gloriosa, entrásteis venciendo y salís vencidos. Abusiva docena de Mefistófeles del radicalismo, todo vuestro cuidado ha sido puesto en manejar con gracia astuta una noble bestia, pero bestia al fin; en domarla, en ponerla freno y silla, con la esperanza de que un dia podriais ir, caballeros en ella, por esos mundos de la civilizacion y del presupuesto; y hé aquí—¡ah! ¡lo que somos!—que cuando ya creiais poner el pié en el estribo,

Digitized by Google

una premeditada coz de la paciente os viene á dar, como si dijéramos, en el esternon, y os parte de medio á medio.

Pero si esto es así; si ha llegado vuestra última hora; si D. Francisco y D. Juan y D. Manuel y D. Práxedes no se ocultan de preparar sus inmediatas combinaciones sobre la base de vuestro decretado aniquilamiento; si los estais viendo y oyendo entregados á la nueva operacion de alquimia, en cuyos simples no entrais para nada; si el agua del molino va decididamente por otra parte; si ya sois ménos que Olózaga, que es cuanto puede decirse, ¿á qué esperais ¡oh cimbrios! afianzados unos á las carteras, otros á los faldones del desdeñoso conde? ¿Y la moral, traviesos jóvenes? ¿Y el país? ¿Y la decencia política? ¿Y el interés mismo de vuestro porvenir?

Atreveos, pues; aun es tiempo; recordad la fábula de la zorra y las uvas, y la Leonor de D. Simplicio el de *La pata de cabra*; un último esfuerzo, y que la dignidad política os preste vuestro postrero disfraz; caed como gladiadores artísticos; idos de la situacion que os arroja, por vuestro mismo pié; no espereis el auxilio del ageno; esto siempre desfavorece. Id; ya no hay empleos para vosotros; trepad á las cúspides de la estrema izquierda, ahora que Orense y Garrido están al lado de Rochefort; procurad que el *Tiro Nacional* os recomiende, y no será ciertamente la energía de los Castelares y Píes quien os rechace. Id, con un número de *El Parcial* por bandera, con vuestra historia por crédito, con una defeccion más por móvil, á vuestro antiguo campo.

¿Qué importa que ya no os guie á él vuestro primitivo jefe? ¿Qué importa que no vaya con vosotros aquel Rivero á quien habeis atenazado las carnes y el espíritu con constancia de hienas inquisidoras? ¿Qué importa que el cansado y calumniado Rivero se quede á recibir el castigo que á todos los reaccionarios y arrepentidos nos espera? Vosotros os salvais; el porvenir es vuestro; la república universal es cuestion de un par de meses, diga lo que quiera el rey Guillermo. España y todo lo sustancial de España volverá á perteneceros. Y, en último caso, asistireis sin peligro al espectáculo, que debe ser curioso; porque puede hasta tratarse de engañar una vez más á la union liberal, á la pobre union liberal que un dia fué—¡oh cimbrios injustos!—el blanco de todas vuestras iras. Pero ¡por Cristo vivo! (con perdon de Echegaray); idos, idos al punto; idos antes de que suene el chasquido

Digitized by Google

del latigazo; todavía disponeis de alguna trágica seriedad; renunciad al sainete, á los capazos; idos en nombre de la moral, que todavía, contra vuestros deseos, se enseña en las escuelas patrias. Ya que tantos trabajos nos habeis cruelmente deparado, libradnos al ménos del cuidado de avergonzarnos por vuestra cuenta.

Digitized by Google

EL PAIS RESPONDE.

(11 de Octubre.)

Una conspiracion á la luz del dia, cuyo principal actor es el pais, que ha dado en creer que ni de encargo se tiene un gobierno peor que el del Sr. Prats, se está tramando á estas horas en cuarenta y nueve provincias de España. Nosotros, que no habiamos conspirado más que una sola vez en nuestra vida, y bien néciamente por cierto, puesto que lo hicimos, por lo visto, para pasar, como decia Narvaez, de lo peor á lo más malo; nosotros, que nos habiamos propuesto no volver á conspirar hasta que se tuviera noticia de que habia otro D. Leopoldo O'Donnell capaz de poner á raya todos los presidios sueltos; nosotros hemos reincidido, y sin saber cómo, pero sin poderlo evitar, nos hemos metido por completo en el ajo. Lo avisamos á los periódicos ministeriales, para cuando los haya, y creemos que, empezando por delatarnos á nosotros mismos, no se nos puede tachar de felones y mal nacidos.

Pues, sí, señor; esta conspiracion, original por lo indiscreta, y que de seguro dará al traste con el incorregible Castillejos, se está urdiendo en el telar del sentimiento público con una rapidez y un desarrollo asombrosos. Sus mismos iniciadores están maravillados del éxito. Ayer se reunieron para darse cuenta de cómo va la cosa, con la mayor circunspeccion y el mayor secreto, segun dijeron anoche y dicen hoy todos los periódicos cuyos representantes asistieron al tenebroso conciliábulo. Porque—y esto tambien es reservado—tampoco faltan periodistas en el asunto. ¿Qué habian de faltar, si son una lepra que todo lo invade? Y además de los folicularios asistieron algunos caballeros particulares muy conocidos en sus casas: un tal Rios Rosas, periodista retirado, caballero andante de la libertad representativa, que sueña con malandrines y follones allí donde vé un mar-

Digitized by Google

qués de Loja ó un conde; cierto señor Topete, que dicen que hizo una gran cosa hace dos años, y con quien nadie habia intentado jugar hasta que el diablo le deparó un tocayo empecatado que le birló un rey; un Sr. Izquierdo de apellido, pero muy derecho de intencion y de corazon, que no recuerda haberse mordido nunca la lengua; un D. Juan Lorenzana, escribidor de oficio, aunque nada notable porque no es radical, que el mejor dia, sin embargo, nos enjareta la historia de cualquier farsa revolucionaria; un Sr. Cantero, que lleva cuarenta años de progresista y no lo parece, y algunos otros sugetos por el estilo: toda gente baladí y desautorizada, pero que tiene la desgracia de gozar entre la mayoría de los españoles de un prestigio y de una respetabilidad incomprensibles por lo sistemáticos, aquí donde tan pronto se gastan las falsas reputaciones.

Pues bien: esos señores han constituido un comité ó centro político anti-interinista, una especie de lógia masónica novísima, cuyo único signo es un libro olvidado—la Constitucion española de 1869—y cuyo objeto es dar forma, organizacion y unidad activa á la asociacion de los monárquicos liberales de setiembre. Los medios de que disponen son muchos y variados, en obsequio de la amenidad: en primer lugar, se proponen hacer uso constante de la ley, lo cual les ha de ser fácil por el poco caso que de ella hacen sus custodios; luego, y cuando Dios quiera que lo haya, se irán como si tal cosa al Parlamento con su propósito; por otra parte, medio centenar de papeles impresos en Madrid y en provincias se encargarán de secundarlos; y así por este estilo harán uso de otros resortes. El santo y seña es: decirlo todo, anunciarlo todo, discutirlo todo y fundarlo todo en un espíritu constitucional de cincuenta grados. El objeto es conseguir que la España monárquica tenga monarquía, y, para decirlo de una vez, el orígen de este gran trabajo de zapa es una apuesta con cierto señor capitan general, que, sin más fundamento que el de ser presidente del Consejo de ministros de un regente con pocas facultades, se ha empeñado en que su sucesor sea ó el marqués de Albaida ó el general Cabrera; y nuestros conspiradores creen que esto es abusar de la castellana paciencia, y se han echado á minar tierra y cielo para evitarlo.

Pero sigamos los detalles. La conjuracion tuvo ayer por objeto darse cuenta del resultado que hasta ahora ha obtenido en España el

Digitized by Google

manifiesto que la sirvió de pregon; y al efecto se exhibieron, leyeron y comentaron algunos centenares de cartas, artículos de periódicos y adhesiones colectivas ó individuales de los cuatro puntos cardinales de la Península. Ya era un comité monárquico-liberal, ya una sociedad industrial, ya una agrupacion obrera, ya una reunion de personas influyentes y respetadas en populosas localidades, ya personas de honroso nombre y gran crédito en la historia de la causa constitucional, los que con todas las graves precauciones de estos casos, es decir, en carta cerrada, firmada y franqueada, se dirigian al Centro setembrista, demoledor, cismático y horripilante, á protestar de su adhesion, á ofrecer su cooperacion leal y decidida, y á felicitarse, en nombre de no sabemos qué revolucion desfigurada y amenazada de muerte, por que no hayan faltado corazones enteros que se propongan salvarla.

En su virtud, los embadurnadores de cuartillas que allí estábamos recibimos in continenti el encargo de contar al público con el mayor sigilo lo que ocurre y de dar las gracias en las columnas de nuestros periódicos, pero de modo que no se comprenda fácilmente, á esos dignos y valerosos conciudadanos que tan identificados se muestran con el comité constitucional de Madrid.

¡Recibid, pues, (el apóstrofe viene de molde) oh personas decentes, la expresion de nuestra gratitud, y adelante! Ya sabeis de lo que se trata: de hacer abandonar á D. Juan el servicio de sí mismo, y ponerlo á las inmediatas órdenes de un rey elegido libremente por la voluntad nacional; de acabar con la manía de la dictadura, que un mal ejemplo coetáneo está difundiendo entre los españoles; de dar al traste para siempre con todos los tiberios posibles de este secular tiberio; de que no sea solo un ministro inconexo el que interprete la Constitucion á su modo y prohiba de real órden el Catolicismo, sino que la Constitucion dependa de sí misma, á pesar del ministerio de Fomento; de que cobren los cesantes y las viudas; de que los curas puedan tomar algun alimento despues de la misa; de que los bandoleros no se crean con derecho á pignorar los cuerpos de los que no lo son; de que las contribuciones se recauden sin que el director de *El Parcial* vaya por esos pueblos al frente de la fuerza pública; de que la Europa no vuelva á incendiarse cuando al señor marqués de los Castillejos se le antoje arrojarle una tea desde su poltrona; de que haya alguna diferencia más sensible que la geográfica entre el Riff y

Digitized by Google

la España con honra; en una palabra, de que no haya ministros inamovibles. Y pues que de esto se trata, conspiremos, conspiremos todos, en periódicos, en reuniones, en manifestaciones, en los teatros, en los paseos, en nuestras casas, con nuestras esposas, con nuestros hijos, con nuestros amigos, con nuestros sastres y zapateros, y no paremos hasta derribar el alcázar de la interinidad con los únicos cañonazos que merece: ¡á silbidos!

Digitized by Google

VISION.

(14 de Octubre.)

Así Dios libre á nuestros lectores de meterse á revolucionarios para hacer, en vez de un rey, un capitan general de ganga, como es cierto que esta pasada noche hemos tenido una pesadilla. Sabido es que los sueños son reminiscencias encefálicas de la vigilia, chispas del diurno incendio del pensamiento, inconexidades escrecentes de las conexidades de la vida cerebral, que diria un filósofo aleman. ¿Qué estraño, pues, que el que no ha podido en estos dos últimos años cambiar su residencia de España por la de otro país con ménos Juanes que el nuestro; qué extraño, pues, que el que la mayor parte de los dias vé á ciertos personajes de la situacion y oye hablar de ciertas crónicas monstruosidades, sueñe y sueñe mal, y vea horribles visiones, y caiga y se mantenga en el lecho con el corazon encogido?...

Nuestra vision ha sido triste y amenazadora por iguales partes. Pero no se crea que ha sido el fantasma de las clases pasivas royendo, por vía de mendrugo duro, el cráneo estéril de un ministro que no piensa en ellas; no se crea tampoco por eso que nuestro turbado magin nos ha hecho merced fantástica de la imágen inverosímil de un español revolucionario que esté contento de lo que hizo en setiembre; no se crea que nuestra alucinacion nos ha llevado hasta el estremo de soñar que veiamos otra España en que no fuese un Echegaray la personificacion de la libertad religiosa, ni un Mochales el sustituto de D. Martin de los Heros. No; nuestra vision ha revestido formas más concretas, ha afectado más determinada estructura, ha tenido más positiva y más lógica razon de ser; porque, en una palabra, á quien hemos creido ver en sueños, á quien puede decirse que realmente hemos visto, ha sido ni más ni ménos que al jefe de la partida de la Porra.

Digitized by Google

Que no se alarme nadie, sin embargo; que el solo anuncio de la profesion y grado del héroe de nuestra pesadilla no haga temer á nadie el fin de un secreto y de una existencia anónima, que hasta hoy guardan con tanto cuidado las profundidades de la España con honra. Nuestra vision llevaba un antifaz impenetrable, y no pudimos verle la cara, ni apreciar el parecido que con algun contemporáneo pudiera tener. Por el resto de su persona tampoco podia colegirse nada evidente. Era un verdadero mónstruo en formas y en atavíos; tenia algunos miembros fuertes y robustos como los de persona bien alimentada, lo que nos hizo creer desde luego que no pertenecia al clero español de 1870; pero tenia otros tan flacos y lácios, que lo libraban por completo de cualquier sospecha que pudiera tomarle por tertuliano de un ministro inamovible. Su vestido ostentaba por algunos lados piezas de rica urdimbre y de colorines tan premeditadamente chillones y de mal gusto, que parecian copiados del traje de algun demagogo monarquizado; pero ostentaba tambien harapos y mugrientas roturas que le hacian aparecer como alegoría de los españoles dentro de poco. En suma: era el verdadero protagonista de un delirio.

Lo primero que soñamos al ver en sueños aquel repugnante personaje, y al oirle decir quién era—porque tuvo al ménos la urbanidad de anunciarse él mismo—fué que echábamos mano á nuestro revólver, esa actual pluma inseparable de nuestra mano izquierda, y que nos decidiamos á vivir como la situacion exige: con los procedimientos del instinto de conservacion. Pero entonces la vision se adelantó hácia nosotros, haciendo ondear al estremo de su garrote de profesion un pañuelo blanco de parlamento, y nos dijo con una voz que, francamente hablando y para tranquilidad de quien corresponda, no habiamos oido hasta entonces en ninguna parte:

—«No se entregue Vd. á un temor vulgar, señor folicular io. Vengo de buenas; busco en Vd., no una nueva víctima, sino un convencido, y va Vd. á oirme. Vd. ha sido el iniciador de la idea, echada á volar desde ayer tarde, que me amenaza con una exposicion colectiva de la imprenta al regente del reino, pidiéndole la extirpacion de mi hueste. Si solo atendiera á la tradicion, y si solo recordara la imposibilidad legal y moral en que el regente se encuentra de hacer caso de peticiones y consejos que no le lleguen por conducto de su primer ministro, poco me importaria el incidente. Pero, aunque ni el regente ni el go-

Digitized by Google

bierno hagán de Vds. caso, puede suceder que la opinion pública lo haga, y que el país me proporcione sérios disgustos. Y esto es lo que quiero evitar, no ya en interés de la institucion que represento, y cuyo porvenir está providencialmente asegurado, sino en interés de ese mismo país, á quien Vds. están haciendo caer en un profundo error.

Este error consiste en creer Vds. y en tratar de hacer creer á las gentes que la partida de la porra es una comunidad presidiaria, cuyo orígen se remonta al mismo Cain, Adan de los homicidas, y cuyos fines son acabar de deshonrar á la honrada España de setiembre. ¡Mentecatos! ¿Sabe Vd. lo que es la partida de la porra? Pues es lo único español, lo único previsor, lo único salvador que hay en la España de actualidad. ¡Necios que no veis más allá de vuestras narices! Aprended á profundizar las cosas, aprended á hacer justicia á las intenciones! ¿De qué nos acusais? ¿De querer acabar con la prensa periódica á garrotazos? ¿Y qué es la imprenta? La mitad de la política. Pues suponed que, en efecto, acabamos con esa mitad, que despues la emprendemos con la otra mitad, con la tribuna, y nos situamos en los pasillos del Congreso y logramos que allí nadie chiste tampoco. ¿Qué sucederá? Que habremos dado fin con la política española. ¿Y qué ventajas ofrecerá esto á la patria comun?

Miopes de espíritu necesitais ser si no lo veis. ¿Qué vale más, qué interesa más, qué promete más positivos bienes á España: no tener política alguna, ó tener una política bufa, con un ministro de Hacienda que empeña los títulos del Estado á 14 por 100, con un ministro de Gracia y Justicia dedicado á firmar actas de desafíos, con un ministro de la Gobernacion que hace á la prensa solidaria de la carestía del carbon de piedra mientras no ve que á ella le dan carbon vejetal, con un gobierno que quiere atraerse á las gentes de buena educacion suprimiendo la educacion de las Salesas, con una revolucion cuyo segundo aniversario no ha recibido en tributo arriba de un centenar de luces de gas, con un trono destinado acaso á sostener las zapatillas de una bailarina, con unos sumos imperantes que la semana que no cazan no creen en la civilizacion, con una interinidad, en fin, que apenas tiene ya figura, reputacion ó carácter, á quienes el mismo Offembach en persona no salude afectuosamente en Jovellanos como hechura propia?

Piénselo Vd., pues, seor periodista recalcitrante. La obra de la por-

Digitized by Google

ra es dura, es violenta, es sensible, sobre todo, para las costillas de sus antagonistas; pero, ¿qué regeneracion, qué irrupcion, qué cataclismo salvador no lo ha sido? Los bárbaros anónimos y subterráneos acabaremos con la política española. La política española puede maldecirnos hoy por boca de sus fautores; pero el porvenir nos hará justicia.»

Dijo, y se fué como habia venido; y cuando despertamos, con la boca abierta, sentimos que habia en nuestro ánimo algo parecido al embrion de un convencimiento.

Digitized by Google

ERROR LAMENTABLE.

(15 de Octubre.)

Hay una cosa más desgraciada que la revolucion de setiembre, que creyó traer en su seno una monarquía, y va resultando huera; más desgraciada que el ilustre regente del reino, á quien la Constitucion obliga indirectamente á soportar todas las consecuencias de su primer ministro, desde la inevitable compañía de ciertos patricios en sus ya proverbiales partidas de caza, hasta la presencia del vizconde del Bruch en sus banquetes, que comienzan á ser verdaderamente régios; más desgraciada que la instruccion pública de España regenerada, á quien le ha salido un Merelo en el corazon, que es lo mismo que decir un Echegaray, ó por otro nombre una calamidad con barbas; más desgraciada que la prensa periódica, sometida, pese á los gobernadores de Madrid, á la férula de un garrote latente,

«á quien solo se vé cuando se siente,»

como no diria, aunque hiciera versos, alguno de ellos, que la tuvo siempre por un mito; más desgraciada que el Sr. Olózaga mayor, de quien nadie habla hace dias; más desgraciada que las célebres facultades constitucionales, de las que nadie ha hablado jamás en sério. Y esa cosa más desgraciada que todas, desgraciada por antonomasia, desgraciada hasta la epopeya, hasta lo sobrenatural, es, sin duda, la moralidad de la situacion.

¿Cabe, en efecto, mayor desgracia que existir y no ser tenido por existente, y no ser creido, y no ser apreciado como un hecho, como una realidad, como algo objetivo y cierto? José negado por sus hermanos, Cristo por Pedro, la union liberal negada, como partido revolucionario, por los radicales á quienes sacó hace dos años de un abis-

Digitized by Google

mo de desgracias y penurias, son ejemplos imperecederos de la mayor debilidad humana: la ingratitud. Pero sobre esos ejemplos se enseñorea hoy, como astro que los eclipsa, la ingratitud de la situacion misma para con su moralidad. Empezó por aquellos *independientes* que un dia se fueron á comer á *la Perla*, y bajo la maléfica influencia acaso de una digestion superior á los hábitos de estómagos modestos, tiraron la primera piedra á la España con honra; siguió por los esparteristas, monomaniacos de la probidad de su patriarca; ha continuado hasta Ruiz Zorrilla, fundador del lazareto político del Escorial, donde intenta preservarse de la supuesta epidemia, y ha invadido hasta las entrañas del cimbrismo, hasta las columnas de *El Parcial*, hecho que la historia se resistirá á creer. De manera que no son ya solo los adversarios y los enemigos natos ó sucesivos de este desórden de cosas los que le niegan un solo quilate de sentido moral; son sus hombres, sus grupos, sus elementos, sus mejores componentes. Son los hijos negando al padre que les dió el sér. Es el contenido negando el continente; es el alma negando el cuerpo que la encierra; es el espíritu negando la botella; es, en una palabra, el idealismo de la desventura y del absurdo.

¡Y todo por qué, gran Dios! Fijémonos un poco en los motivos, en las apariencias, en las causas que la situacion cree tener para dar la voz de alerta á la supuesta minoría de sus personas regulares, para entonar el bíblico *desesperavi* sobre las precoces ruiñas de su obra aun no acabada, y para suponerse, como el escorpion entre brasas, obligada á incarse su propia uña mortífera, en un arranque suicida que de seguro no la inmortalizará en los anales del heroismo. Fijémonos un poco en los hechos más genéricos que pretenden servir de base á la esquivéz puritana de los ascéticos del radicalismo. Pero... ¿cómo es posible fijarse en esos hechos, si realmente no existen, si no han existido, si tal vez no deben existir nunca?

Nosotros los buscamos con imparcialidad absoluta en la historia de los últimos setecientos dias, y juramos por el porvenir de la monarquía que ha de fundar el general Prim, que no los encontramos, que no los vemos al ménos con las agravantes condiciones, en tales casos imprescindibles, que esos acusadores hechos exigen. Hay, es verdad, en esa historia de ayer y de hoy hechos que saltan á la vista y que se anuncian á la posteridad con la inmodesta procacidad de un bordado

Digitized by Google

de relieve sobre un fondo oscuro; pero esos hechos no tienen ni remotamente el aspecto ni la naturaleza de los que pueden aconsejar á una situacion política y á una reunion de personas decentes el rubor de sí mismas. No, y cien veces no. Nosotros estamos haciendo severamente justicia á la situacion; á nosotros no se nos puede acusar de que dejamos pasar ocasiones y motivos legítimos de censura respecto á esta piedra angular de la felicidad de España que se llama el ministerio Prim-Figuerola. Pues bien: á nosotros no se nos ha ocurrido lo que á los hijos más respetables de la situacion se les está ocurriendo. Nosotros no tenemos motivos para creer que esta sea una situacion inmoral.

¡Pues qué! ¿Bastan, por ejemplo, para justificar esas absurdas sospechas algunos empréstitos ideados, negociados, planteados y consumados, como Dios sin duda ideó la creacion antes de encender el sol, entre sombras, pero legítimos y honrados en el fondo? La sombra es la nada; pero de la nada nace todo, inclusos los empréstitos, y del caos brota al fin la luz. ¡Pues qué! ¿Bastan algunas carretelas aparecidas en la Castellana con un personal cansado de andar á pie, para poder decir que allí no hay una locomocion justificada á la luz de los recursos propios? ¿Es, por ventura, que en nuestro país no hay ya lotería, ni herencias, ni especulaciones legítimas?

¡Pues qué! ¿Basta que la maledicencia pública, hija de la eterna envidia de los más hácia los ménos, diga un dia que se trata de adjudicar, verbi gracia, una pingüe finca nacional á favor de una entidad radiante, en una subasta más ó ménos legalmente dispuesta; que se han disminuido como por encanto los enseres de alguna habitacion histórica; que se han depositado en algun Banco extranjero caudales que aseguran una envidiable renta á cualquier advenedizo de la gloria ó de la burocracia; que las noticias telegráficas de graves sucesos europeos han sufrido momentáneo eclipse en las antesalas de la publicidad; que en los círculos de negocios constan hoy como agentes y representantes de ciertas influyentes voluntades emprendedores osados que siempre aciertan; que hay palcos de coliseos á la moda donde se ven aderezos y felicidades ayer reducidas al traje de percal y al asiento de anfiteatro; bastan, repetimos, estas ú otras semejantes cosas y suposiciones vagas, gratuitas, absurdas, irritantes, para echar, digámoslo así, un crespon fúnebre sobre la vitalidad honrosa de una situacion que es el cimiento de una España feliz y respetada?

Digitized by Google

¡Ah! Por lo que á nuestra pequeñez hace, primero creeriamos en la posibilidad, políticamente hablando, de un buen gobierno contemporáneo, que en la posibilidad de esas pretendidas úlceras de la situacion.

Sosegaos, pues, ¡oh progresistas susceptibles y rectos, oh cimbrios imitadores, que os agitais en el *delirium tremens* de la moral pública! Estais cometiendo, sin sospecharlo, y á impulsos de la más injusta de las aprensiones, un parricidio. La situacion entraña una moralidad incontestable. ¿Decís que no se la ve? Pues es por eso mismo ¡inocentes! Porque está, como deben estar las moralidades todas, en el fondo de las cosas. ¿Decís que es preciso que la moralidad de la situacion *sea* y *parezca*, como la mujer de César? Teneis razon, en principio; pero preguntad al mundo entero, y el mundo entero os dirá que la situacion parece lo que es.

Quitaos, pues, de vuestros cándidos ojos las cataratas de la sospecha, y considerad que el poder y el triunfo traen forzosamente consigo esplendores, hábitos y grandezas, sancionados por el presupuesto, por la razon de Estado, por la misma virtud cívica. No incurrais en la pequeñez ruin de los desposeidos de todos los tiempos. Vosotros, progresistas de buena fé, los que todavía recordais la pirámide de zapatos viejos que habeis dejado por esos destierros en once años de pan y agua; y vosotros, cimbrios que sois *ab initio* los nobles hijos de la escasez, ¿de qué os quejais? ¿De que hay otros progresistas y otros cimbrios que comen, gastan y triunfan? Pues eso, cuando más, es motivo para desear que os llegue pronto el turno; pero no lo es, no, y de ello protestamos ante la conciencia de la interinidad, para sospechar culpable y ruinmente que «gobernar» y «buscarse la vida» sean sinónimos en ciertas ocasiones.

¡Progresistas y cimbrios de la disidencia! ¡Estais en un error lamentable! ¡Ay de vosotros si el Júpiter de la situacion llega á creer que ese error la afecta, y os asesta sus obedientes rayos! No quedará uno de vosotros para contarlo.

Digitized by Google

GOLPE DE TEATRO.

(19 de Octubre.)

Hay momentos en que nos sentimos bajo el dominio de una gran pesadumbre, tan grande como la que debe sentir el Sr. Echegaray al verse en crísis, al considerar que el catolicismo se le escapa de entre las manos y que dentro de poco no le será dable desentenderse de tanta votacion contraria, de tanta amarga censura, de tanta hostil protesta como sus amigos del Parlamento y sus conciudadanos de por ahí le han dedicado. Hay horas en que nos sentimos tan arrepentidos de nuestro proceder respecto á la situacion, como debe sentirse respecto á sí misma la gloriosa de setiembre, esa enagenada y flaca revolucion de nuestros pecados, á quien Dios quiera que no tengamos filial necesidad de secuestrar en Leganés. Hay dias, en fin, que nos sorprenden hablando solos y reconviniéndonos en presencia de cuatro paredes por lo mal que lo hemos hecho, ni más ni ménos que si fuéramos el gran cesante de Vico.

Hoy es uno de esos dias. Una terrible acusadora pregunta mental zumba en nuestro fuero interno al ponernos á trazar estos párrafos en aras del vicioso hábito que hemos contraido de predicar en desierto, ó, lo que es lo mismo, de pedir cosas buenas y patrióticas al gobierno. ¿Quieren Vds. saber cuál es esa pregunta, preñada de melancolías desfallecedoras? Pues es muy sencilla. Nos preguntamos hoy sériamente á nosotros mismos si hemos tenido el derecho de combatir sériamente á la sociedad comanditaria de supuestas eminencias que hoy maneja los negocios del Estado; si las recriminaciones acerbas, pero bien intencionadas que diariamente se escapan de nuestra tosca pluma no han sido gastadas *en pure perte*, como diria cualquier diplomático radical que supiera francés; si no estaremos haciendo un oso tan perfecto como

Digitized by Google

el que hace la Constitucion de 1869 en manos de sus bibliotecarios, al calzarnos el coturno y discurrir épica ó trágicamente sobre el gran sainete político de actualidad; en una palabra, si tenemos autorizacion moral, ni la tiene nadie, para exhalar los graves acentos de la conveniencia pública, para verter, aunque sea á hurtadillas, lágrimas de un liberalismo circunspecto, ante una situacion que parece tener por pensamiento fundamental el pensamiento de hacer reir.

¡Ah! esta pregunta íntima, que envuelve á nuestro pesar una secreta respuesta negativa, acabará por ponernos de un humor tan malo como es fama que lo tiene el Sr. Martos desde que cesó de regir oficialmente los destinos de Europa; acabará por hacernos concebir de nosotros mismos una idea tan poco ventajosa y estimulante como algun dia, cuando se juzgue á sí propio con imparcialidad, la formará de su conducta para con las útiles Salesas el amigo, sucesor y padrino del Sr. Ruiz Zorrilla en el ministerio de las gracias y las injusticias. Y esto nos pasará, sobre todo, si la situacion sigue dándonos pruebas cuotidianas de su aficion ingénita al género cómico; de su predisposicion sistemática á la risa; de esa sávia de grotesca, aunque sencilla ineptitud, que parece circular por su interior; de ese primordial y eterno propósito, que parece dirigirla á obtener el tributo de la hilaridad universal.

¿Se quiere una de esas pruebas, la más reciente, la más fresca, la que ménos nos dejará mentir? ¿Se nos pide que, para fundamentar nuestra sospecha y para demostrar la justicia de la triste expiacion á que nos sentimos condenados, citemos un ejemplo novísimo de ese furor pasillesco de la situacion? ¿Debemos indicar cómo y por qué puede colegirse que los imperantes delegados de la Tertulia tengan derecho absoluto á la risa nacional?

Pues ahí está *La Correspondencia* de anoche para justificar nuestro aserto, para hacer buenos nuestros temores. Ahí está ese órgano imparcial de todos los gobiernos, insertando en sus inofensivas columnas cosmopolitas la más graciosa, la más chusca, la más jacarandosa, la más retozona, la más riente, la más desternilladora noticia gubernativa que ha dado de sí el gran chiste progresista-democrático que entretiene al país. Se trata... pero no vayan Vds. á creer que se trata de algun paso de comedia antiguo, de algun ridículo relativamente viejo, de algun exabrupto ya conocido y saboreado

Digitized by Google

por el festivo público español. No se trata de nada de lo que hasta aquí ha hecho soltar la carcajada al sentido comun; no se trata de seguir yendo á la monarquía por la interinidad, ni á la riqueza nacional por Figuerola, ni al órden público por el comunismo de la provincia de Valladolid; es más nuevo, más puro, y, sobre todo, más artístico de lo que se trata; figúrense Vds. si será artístico, cuando es ni más ni ménos que un golpe de teatro.

Como ustedes lo oyen: un golpe de teatro. La situacion debia tener, dada su idiosincrasia, esta tendencia. El dia de su descomposicion, la víspera de su eterno descanso, la situacion debia buscar y adoptar cualquiera escena de D. Ramon de la Cruz, disfrazarla de política y dar en su seno el estallido; para que, ya que los espectadores no pidieran *¡otra!*, conviniesen al ménos en que la cosa habia sido divertida. La situacion, verbi gracia, podia resignarse á morir como están muriendo las clases pasivas, de miseria; y esto sí que seria en el fondo una agradabilísima ficcion. Pero no es eso lo que la situacion ha inventado. La situacion quiere decir otra cosa á la posteridad, se busca otros pedestales, otros epitafios, otras grandezas cómicas. Ya está escrita la última escena del entremés; el génio del radicalismo ha consumado ya su última elucubracion; la historia tendrá ya que hablar con agrado al recordar los dos célebres años de la irreconciliacion. Hace poco, muy poco, que se citó á Consejo de ministros, se mandó á los oficiales del ejército á los cuarteles, á los voluntarios á sus casas, á la prensa ministerial la consigna de ser prudente, á las provincias la voz de alerta por telégrafo, y despues de todas estas precauciones indispensables, aconsejadas por todos los preceptistas del género, desde Moratin á Dardalla, se remitió á *La Correspondencia* el siguiente suelto que anoche mismo vió la luz del gas en su tercera plana, y ante el cual deben haber quedado como asomados á un abismo los hombres pensadores. Dice así:

«HA PASADO AL MINISTERIO DE HACIENDA EL NEGOCIADO DE TEATROS, QUE DEPENDIA DE GOBERNACION.»

Despues de esto, ni una palabra más por nuestra parte. Hablen los empresarios, los autores y los actores que no quieran trabajar de balde: ¡ria el país y mueran los tiranos!...

Digitized by Google

¡QUE VENGA!

(24 de Octubre.)

Ayer salió de Madrid el gobierno, es decir, salieron los generales Serrano y Prim, de uniforme, en coches arrastrados por seis mulas de aquellas que durante tanto tiempo sintieron, como España, el peso de la digna hija de Fernando VII. Los poderosos animales, más felices que las clases pasivas, demostraban en sus nutridos lomos uno de los pocos beneficios de la revolucion de setiembre, y observóse por algun curioso, entre veterinario y filósofo, que iban en su inocencia tan gallardas y ligeras como cuando tiraban de una monarquía peor ó mejor, pero incompatible con el dominio supremo de algun caballero particular.

El público creyó primero que se trataba, por casualidad, de una partida de caza. En tal guisa y con semejantes trenes salian á cazar el antijesuítico Cárlos III y su estólido hijo. Pero los entorchados de los espedicionarios desvanecieron la grata sospecha, sustituyéndola en breve con otras más sérias y solemnes. Indudablemente se trataba de un grave acto del dominio público, de un acto de gobierno, de un acto nacional. Y sentado esto en principio, diéronse las gentes á discurrir á dónde y para qué iria aquella ilustre caravana oficial que trasponia los confines de Atocha, recibiendo miradas y sonrisas, ya que no saludos, de los transeuntes.

Quién aventuró la absurda especie de que los ilustres viajeros iban á inaugurar alguna de las grandes obras públicas que la interinidad debe haber hecho, si bien la sigilosa reserva de Estado ha impedido que se tenga de ella la menor noticia. Quién creyó que se trataba de sorprender en su Barataria setembrista al gobernador fenomenal de alguna inverosímil provincia contenta y tranquila. Quién osó enunciar

Digitized by Google

la idea de que los activos gobernantes iban á esponerse personalmente y por sí mismos al fácil riesgo de un secuestro, para tratar de hallar prácticamente el correctivo de esa costumbre interinista, que los ministros de la democracia no logran modificar, y confiando en que, caso de fuerza mayor, la nacion aprontaria el rescate. Quién se inclinó á recelar que se trataba de ir á presidir un gran jurado de instruccion pública, para adjudicar el premio de una paga atrasada al maestro de escuela reconocido por el jefe de su ramo como más acreedor, es decir, al maestro de escuela que con ménos alimento tenga ménos religion positiva. Quién, en fin, desdeñando toda suposicion baladí, y creyendo irse al fondo de la cosa, llegó hasta insinuar que aquello tenia trazas nada ménos que de ser una recepcion régia.

Esto, en efecto, oimos nosotros afirmar en cierto corro de revolucionarios inútiles, de esos que ya no dan gusto á los señores porque no son necesarios para convencer regimientos ni fletar vapores, á un quidam dicharachero, monárquico platónico de los más entusiastas. «Es, señores, que el rey viene, exclamaba; es eso, y no otra cosa lo que la espedicion significa. Es que ha salido historia el último cuento. Es que ahora es cuando el pastor de la fábula vé de verdad las orejas al lobo. Es que S. M. revolucionaria se acerca. Es, sin duda, que se la quiere recibir sin aparato, como debe venir el ménos rey posible, sin voluntarios, para que no se vuelva atrás, sin alabarderos que le aclamen, para que luego no se sorprenda de que el pueblo haga lo mismo. Es el rey, es el rey, lo he visto, ¿sabeis dónde? en la sonrisa del general Prim. Es el rey de la inamovilidad ministerial; el rey del conde de Reus; el rey, que no espera, por si acaso, la votacion de la Constituyente. ¿Qué apuestan Vds. á que mañana publica Figuerola un decreto estableciendo cualquier nuevo impuesto personal con destino á los gastos de instalacion del monarca?»

Y sin otro respiro que el preciso para no ahogarse de placer, y estendiendo sus brazos de cesante hácia el sitio por donde las ex-reales carrozas desaparecian, nuestro quidam añadió: «¡Ah, bien venido sea, si es él! ¡Venga en buen hora ese Mesías de los españoles del segundo bienio! ¡Venga en buen hora, aunque sea más infantil que el de Génova, más bailarin de aficion que D. Fernando, y más iconoclasta que Hohenzollern! ¡Venga en buen hora, aunque venga decidido á recibir como suyo al primer ministro del regente, aunque tome por maestro

Digitized by Google

de literatura castellana al primer progresista con quien tropiece, aunque conserve la organizacion actual del patrimonio, aunque adopte el espíritu industrial de Madoz, la religion de Merélo; aunque se inficione de la apatía perturbadora de Rivero, de la impresionabilidad de Moret, del abnegado nihilismo de Beranger! ¡Venga en buen hora, aunque realice el proyecto dorado de Martos, que es ver á la union liberal, íntegra, en Fernando Póo; aunque sueñe, como Ruiz Zorrilla, en hacer de una guardia negra un grupo de personas regulares; aunque tenga puntos de vista más variados que los de *La Iberia*, y aunque le esperen más disgustos que á Galdo! ¡Venga en buen hora, sin condiciones, sin discusion, sin oposicion de ningun género! Ni el país ni yo le pedimos más que una gollería, difícil, pero no imposible, á pesar de los tiempos que alcanzamos: ¡que sea un hombre de bien!»

Y, volviéndose hácia los que le oiamos desbarrar de aquel modo, se nos encaró diciendo: «Por ventura, ¿serán Vds. de los que creen que todavía hay tiempo de discutir entre nosotros la conveniencia política de una dinastía, de aquilatar las cualidades de un candidato, de probar, con el tratado de Utrech en una mano y la genealogía de la casa de Saboya en la otra, si un descendiente de una hija de Felipe II tiene derecho, abstraccion hecha de los Borbones, á que le señalemos una lista civil? Por ventura, ¿creen Vds. que es todavía tiempo de pedir que el rey que venga sea el rey de la revolucion, el rey lógico de setiembre, el rey á quien rindieron moralmente pleito homenaje los héroes y caudillos de 1868 antes de serlo, aunque este rey se llame el duque de Montpensier, aunque sea más liberal y más consecuente que todos sus ex-amigos, y aunque se haya hecho con él la más insigne y repugnante felonía que registran los negros anales de la doblez y la miseria humanas? ¡Necios y desgraciados de ustedes, si esto creen! Para este país hay ya una necesidad principal, inolvidable, suprema, de todos los dias, de todas las horas, de todos los instantes: poner al frente de sus destinos una voluntad sana, un corazon puro, una intencion recta, sea la que sea, venga de donde viniere. Esto, señores, es una casa de familia dirigida por un viudo pródigo, ignorante y vicioso, que ve imposible poblar sus desmanteladas habitaciones á una turba de muchachos famélicos y encuerinos. ¿Qué necesitan, en primer término, esa casa, esa familia? ¿Muebles, ropas, dinero? No; lo que principalmente se echa allí de

Digitized by Google

ménos es una madre honrada, es una direccion moral, es un principio de organizacion íntima y regeneradora.»

Y despues de acabar así el caloroso apóstrofe, coronó su exaltacion exclamando: «Que venga, pues, que venga ese rey hombre de bien, ese rey incondicional, ese rey panacea, ese rey bien criado, ese rey sin otra cualidad que el instinto de lo decoroso y de lo justo! Con ella sola le bastará para dar y ganar la batalla á la cohorte de irritantes bochornos en que la España con honra se ha dejado envolver. ¿Qué importarán las apariencias, los oropeles, los falsos datos biográficos, los pérfidos consejos que en el primer instante se le ofrezcan? Como el corazon entero y recto existan, él proveerá al fin y al cabo á todo, él *fará da se*; y desde ahora pongo yo el pescuezo, que salvé por milagro de las uñas de Gonzalez Brabo cuando conspiraba por hacer ministro á Prim, á que ese no será el rey de los empréstitos, ni de las Córtes cerradas, ni de la Constitucion en conserva, ni de la partida de la porra impune, ni de las grandes cruces dadas á granel, ni de los personajes inesplicables. ¡Oh! sí; ¡que venga, que venga ese rey; y yo, setembrista empedernido, y montpensierista incorregible, yo le tiraré el primero á los piés este sombrero mio, proteccion irremplazable de una cabeza encanecida en la interidad!!!»

Dicho se está, por supuesto, que este discurso no podia tener ni tuvo otro resultado que el de hacer reir al concurso, como si fuera un proyecto de conciliacion ó de facultades. Por lo demás, el pobre charlatan recibió un golpe desgarrador cuando se le dijo que los generales viajeros iban simplemente á presenciar el ensayo del cañon de Barba Azul, esto es, el nuevo ensayo de la única ametralladora que la riqueza revolucionaria se ha permitido adquirir hasta el dia de la fecha, ensayo que, dicho sea de paso, salió tan mal como todo aquello en que ponen mano las eminencias de la situacion.

Digitized by Google

PANEGIRICO.

(26 de Octubre.)

Fíjese Vd. un poco, nos decia ayer tarde en el salon de conferencias un radical de pura sangre, de esos que sostienen hace dos años una lucha á muerte con sus guantes; fíjese Vd. un poco en el aspecto de profundo desaliento, de honda tristeza, que presentan en este instante los grupos políticos diseminados sobre la alfombra ó sobre los divanes. Y, en efecto, mientras nuestro interlocutor arreglaba los rebeldes faldones de su levita, nos convencimos de que su observacion era cierta. Ni una calorosa disputa, ni un espresivo gesto, ni una vigorosa contorsion, ni un murmullo grave en aquel conocido personal, tan animado, tan movible, tan activo ordinariamente.

¿Lo vé Vd., añadió nuestro particular amigo, á quien, como á otros muchos, sacamos hace dos años, en nombre de la reaccionaria union liberal, de la cárcel donde Gonzalez Brabo, deseando acreditarse de hombre que lo entendia, los dejaba podrirse: ¿lo ve Vd.? Parece dia de huelga en la fábrica de la felicidad nacional. ¡Qué desmayados, qué lacios, qué incomunicativos están los padres diarios de la crónica escandalosa! Pero venga Vd., venga Vd. conmigo, y vamos á ver si acertamos á dar con el secreto de esta melancolía vespertina. Y acto seguido empezamos á pasar revista á aquellas lánguidas guerrillas del eterno combate de la ambicion.

¿Qué hay de Aosta? preguntó nuestro acompañante al ponerse á tiro de la primera.—Vd. lo sabrá mejor que nosotros, le respondió un monárquico desesperado, cuya longitud abusaba en toda su integridad del sofá que lo sostenia. Vd. que es, por lo menos, cabo de la guardia negra, sabrá á cómo estamos de la nueva farsa, y si es verdad que el entrecejo de Bismark se nos frunce y nos obliga á quedar como va-

Digitized by Google

cante provincia alemana, despues de haber sido obediente prefectura francesa. Y nos volvió la espalda con una exígua cultura que parecia progresista. Nuestro amigo sonrió como sonrie la travesura satisfecha, y pasamos á otro grupo.

¿Qué hay de crísis? dijo al acercarnos.—¡Hombre! ¿viene Vd. á embromarnos? exclamó al oirle un español perfecto, es decir, un caballero particular que se cree con opcion á ser ministro pasado mañana. Usted, que vive por derecho propio en los rincones de la casa de Su Grandeza el de Reus, ¿no sabe lo que hay de crísis? ¿No sabe que toda la voluntad de la raza latina y todas las amenazas de la gran sociedad del secuestro serian ineficaces cerca de Rivero; no sabe que todas las negativas del Banco de París, y los ochocientos millones de servicios en descubierto, y los sueltos sangrientos de *El Parcial*, serian impotentes cerca de Figuerola; no sabe que los manes del mismo Voltaire, á quien parodia, serian ineficaces cerca de Echegaray, para obligar á esos señores á presentar sus dimisiones antes del dia, de la hora, del instante en que el general Prim les dé permiso de hacerlo? Y dirigió á nuestro amigo una horrible mirada de cartera que no viene. Nuestro hombre, empero, la recibió con otra sonrisa mefistofélica, y seguimos adelante.

¿Qué hay de atribuciones? demandó á otro grupo.—A D. Juan con ese hueso, replicó un serranista mal humorado. Vd., que rinde culto en las aras de ese ídolo de la China radical, puede consultarle. Por mi parte, si yo fuera el infacultado, si yo fuera el inverosímilmente crédulo vencedor de Novaliches, ya hace tiempo que sabria lo que hacer; y seria muy sencillo: escribiria una atenta epístola á doña Isabel de Borbon rogándola que volviese, y declarándola que, á pesar de los treinta años que dedicó á equivocar á los españoles, no lo hizo tan bien y tan cumplidamente como lo ha hecho el dictador creado y consentido por el duque de la Torre. ¿Estamos?... E hizo á nuestro radical un ademan de perro rabioso. Nuestro radical volvió á sonreir, como si estuviera en los salones del ministerio de la Guerra, y continuamos la escursion.

¿Qué hay de conciliacion? preguntó al llegar á otra silenciosa tanda.—Ya lo sabe Vd., señor edecan moral del marqués de los Castillejos, contestó un optimista despechado. La conciliacion se hará en el valle de Josafat, que es el sitio fijado por el que lo puede. Entretanto,

Digitized by Google

la consigna es otra, y bién la están Vds. cumpliendo. La órden es seguir viviendo sobre el país y poner cada dia su poco de fulminante á la *bomba* hasta conseguir que estalle y que reduzca á pedazos microscópicos la revolucion entera. Mas para entonces ya estarán Vds. con su amo á la cabeza, puestos en cómoda franquía. ¿Verdad?—Y pareció quedar esperando una respuesta que le autorizase á levantar el puño. Pero nuestro radical sonrió más intensamente que nunca, y, volviendo á coger nuestro brazo, nos arrastró, literalmente, á uno de los desiertos pasillos próximos; y allí, al amparo de la soledad y con abuso de nuestra paciencia, dió rienda suelta á su comprimido alborozo, diciéndonos:

—Vamos, deje Vd. de ser unionista una vez en su vida; sea Vd. franco. ¿No le dice á Vd. nada lo que acabamos de ver y de oir? ¡Qué país, dígame, qué país ha ofrecido nunca espectáculo semejante? Ya lo vé Vd.; hoy es uno de los dias en que ese salon de conferencias, ese congreso de confianza, esa sacristía del templo nacional, ese laboratorio de sucesos y de críticas, respira más palpablemente la todopoderosa influencia del hombre que tiene en sus manos revolucion, libertad, Córtes, regencia, ministerio, ejército, funcionarios, rey, España, cuanto es dable á una sociedad enferma y débil poner en manos de una voluntad que logra embaucarla por un momento con el gracejo del salvador. Ya lo ve Vd.; ahí están, y de hablarles acabamos, muchos y notables hombres de la política española; ellos representan los partidos revolucionarios, las clases más importantes del país; ellos son á la vez la legalidad soberana, y la nacion que trabaja, que produce, que paga y que espera. Pues bien: ahí los tiene Vd. sometidos todos, todos, desde el primero hasta el último, al mandato indirecto del grande hombre, del gran aborto de la obra valerosa de Serrano y Topete; ahí los tiene Vd. reconociendo implícitamente en sus protestas agresivas, en sus exabruptos de despecho, que no habrá rey, ni crísis, ni regencia facultada, ni conciliacion, ni nada de este mundo y del otro, hasta que al general Prim le dé la real gana.

¡Oh! y no me venga Vd. con mezquinas filosofías. No me venga Vd. diciendo que ningun tirano, desde Neron hasta Cheste, ha logrado probar las excelencias de la tiranía misma. ¿Qué me importa á mí el hecho ante el hombre? Pues si el mérito del hombre es incontestable, ¿qué importa que sea relativo, que se le proclame rey tuerto en tierra

Digitized by Google

de ciegos? A Vds. los oposicionistas, los echados, los inservibles de la revolucion, no les queda otro remedio que cantar la palinodia y decir: puesto que la revolucion, criada á nuestros pechos, ha entregado los suyos incondicionalmente al que no es niño de teta; puesto que somos un país muerto, unas clases conservadoras muertas, una opinion muerta, unos redentores y unos moralistas paralíticos, y aquí solo vive, y manda, y triunfa, y se exhibe, y se sostiene un hombre, declaramos una cosa, y es: que si en un brevísimo plazo no resucitamos lo bastante para que ese hombre no viva á espensas de nuestra dignidad, debemos reconocernos naturales é irredimibles siervos de su capricho. En una palabra: Vds. tienen necesidad de ser una especie de los partidarios de D. Juan Prim; sus partidarios por rubor.

Y dicho esto, y antes de que nos lo comiéramos vivo, nuestro hombre desapareció por uno de aquellos callejones del palacio nacional, y se fué, sin duda, á seguir entonando su panegírico en otra parte. ¡Oh! ¡cómo envidiamos en aquel momento á la partida de la Porra!

Digitized by Google

ESPEREMOS.

(28 de Octubre.)

No pasa nada bueno, ni mediano siquiera. La política se ha dado unas vacaciones de cuatro ó seis dias, y se ha echado á dormir con el propósito de no despertar hasta que la campanilla de plata, que todavía se conserva, de la presidencia del Congreso, la despierte. Hace veinticuatro horas que no se obtiene, ni por una credencial, noticia alguna importante. La sinfonía de la cosa pública señala un calderon. El silencio estiende sus alas soporíferas sobre los círculos oficiosos. Apenas si lo interrumpen las ruedas del coche del ministro de Prusia en Madrid, que va á desahuciar al duque de Aosta en las respetables barbas del Sr. Sagasta; apenas si lo turban las descargas de la Guardia civil, convertida, al parecer, en Tribunal Supremo de Justicia de los insensatos reos que persisten temerariamente en fugarse, á pesar de que saben que la muerte los ha de alcanzar en su fuga; apenas si el mismo Sr. Figuerola osa turbarlo, contando la poca calderilla que sirve ya de resíduo á sus empréstitos.

Todo calla, como diria un poeta, ó al ménos nada se oye, como diría un sordo. Pero lo cierto es que de repente parece como que ha cambiado la faz de la situacion; las obras del ministerio de la Guerra han amortiguado su estrépito; las pinturas del palacio del regente parecen encomendadas á invisibles artistas; las gentes salen á la calle como si no tuviéramos partida de la Porra; los hombres políticos van al salon de conferencias á bostezar y estirarse; no se habla de la llegada de ningun representante del Banco de París; no se publica ninguna circular panteista de la direccion de la ignorancia católica; ni siquiera se insiste en creer que el Sr. Rivero se va; no se caza, no se proyecta una triste revista; no se manda formar causa á ningun periódico; no se

Digitized by Google

confirman las esperanzas de ciertos candidatos respecto á las ofertas de ciertas carteras; no se dá un simple banquete en la regencia, ni se sabe que haya muerto ningun otro recaudador de contribuciones; en fin, ¿qué más? no se ha vuelto á decir nada de la legion española en Francia. Parece que no estamos donde estamos, es decir, al fin de una revolucion de empleados; parece que no hay ayuntamientos sin dinero, clases pasivas sin estómago y clero en la necesidad de sentar plaza. Lo repetimos: todo calla, nada se oye.

Pero no hay que hacerse ilusiones; este es un silencio progresista-democrático, y el que de él se fie merecerá la albarda que luce moralmente bajo algunas levitas. Además, es cosa convenida entre los filósofos, que la vida moral en todas sus manifestaciones tiene, como la naturaleza física, calmas precursoras de la tempestad. Y la política tiene algo—por más que hoy no lo parezca—de la vida moral. Y bien puede ser que la aparente calma chicha de nuestra política sea de aquellas que el gran Pascal llamaba engañadoras; bien puede ser que en el fondo de esta calma se oculten el rayo y el trueno próximos, con el mismo pérfido disimulo que en el seno de la libertad puede ocultarse una horda de merodeadores políticos sin más ley que el botin, ni más último recurso que la fuga.

Por nuestra parte, eso creemos, eso adivinamos con la perspicacia de un augur de LA TERTULIA. Y, francamente, solo esa creencia, solo esa esperanza, solo ese pronóstico, solo la adivinacion de que pronto, dentro de brevísimos dias, este aparente silencio en que únicamente se oye la respiracion del Sr. Prats se cambiará en ruido, movimiento y vida, nos sostiene. Y es que hasta nuestro modo de ser nos predispone á aceptar esa esperanza; es que ansiamos la discusion y la palabra, como Beranger; la lucha y el combate á cara descubierta, como el presunto jefe de los sublevados el 22 de junio; es que, sin saber por qué, la tribuna vacía, el Parlamento cerrado, la crónica muda, nos infunden un pesar tan hondo y tan sincero como el que espresó el Sr. Martos al despedirse de los empleados de su breve ministerio.

Callemos, pues, hoy, pero espèremos, esperemos, que el dia 31 de los presentes llegará, porque todos los dias llegan, como se prueba considerando que llegó el dia en que Montero Rios se ciñó la fecundante aureola del matrimonio civil. Y ese dia, el Sr. Ruiz Zorrilla ocupará su sillon presidencial como si tal cosa, como si no hubiese pa-

Digitized by Google

sado en Cobarrubias y en el Escorial las sofocaciones que en esta época misérrima son patrimonio de la honradez; y el general Prim se presentará, puede que de uniforme, en el banco azul, y volverá acaso á entonar aquello de «¡á defenderse, hijos mios!» y acaso esta vez no tenga ese padre de ministros dóciles un solo hijo para un remedio parlamentario; y acaso si esto le pasa tendrá que volver á acariciar su supuesto proyecto de pedir una solucion definitiva á las compañías de Voluntarios con quienes cree contar. Y si esto no pasa; si la hueste pratsista, á pesar de los perlinos, que saben comer sin D. Juan; á pesar de los puritanos, que no pisan las antesalas de D. Juan; á pesar de los esparteristas, que soportan á Madoz por no soportar á D. Juan, logra seguir componiéndose de un contingente á prueba de mandatos: ¡qué de curiosidades de todas clases, géneros y tamaños no podemos prometernos!

¿Quién es capaz, en efecto, de calcular la série de proyectos, de actos, de incidentes, de combates, de escenas y de hechos inesperados que la tercera legislatura constituyente puede ofrecernos? Desde un nuevo préstamo negociado por el Mendizábal chico, con la garantía hipotecaria del palacio de la plaza de Oriente, hasta el proyecto de edificacion de una gran mezquita nacional presentado por el Sr. Echegaray en un momento de positivismo riffeño; desde una elegía del tierno Moret sobre el recuerdo de los negros muertos fuera del Africa, hasta un nuevo discurso apologético de la monarquía en lábios del Sr. Rojo Arias; desde una nueva ley de incompatibilidades que haga honrosa escepcion en favor de los funcionarios del conde de Reus, hasta la peticion de un crédito indefinido con destino á las ametralladoras que algun dia se comprarán; desde la historia de las negociaciones Aosta, patéticamente relatadas por el sumo interinista, hasta el bill de indemnidad por lo que resulte, andando el tiempo, de los escombros de la revolucion; desde una intentona nueva para conseguir las facultades constitucionales del regente, hasta la nueva consigna subterránea de no hacer caso de semejante cosa, ¡cuánto, cuánto puede sorprendernos, interesarnos ó entretenernos!

Esperemos, pues; pocos dias faltan para la gran cita; y no se sabe que la comision permanente se proponga revocarla de aquí á entonces. Suframos este corto letargo como buenos españoles, es decir, como hombres acostumbrados á pasar de Scyla á Caribdis; esta atonía de

Digitized by Google

los elementos políticos es del género del dia: pura farsa. La tempestad no puede tardar, segun los sordos síntomas que ofrecia anoche la Tertulia; el huracan volverá á hinchar en breve los mares de la España honrada, y ya verán, ya verán Vds. los destinos que trae en sus alas, y cómo es capaz de llevarse en ellas hasta la última ilusion del general Serrano acerca de su ilustre privado, guardian y amigo.

Digitized by Google

A LA FUNCION.

(31 de Octubre.)

Como el amo de España no se haya despertado esta mañana de mal humor, todo hace creer que á la hora de publicarse estas líneas las Córtes Constituyentes habrán—¡Dios y Prim sean loados!—vuelto á ocupar los empolvados escaños de la soberanía. Felicitamos por ello en tercer término al regente, quien, como es sabido, ha venido oponiéndose, en la medida de sus escasas facultades, y en cuanto el cloroformo que moralmente le hace aspirar el inamovible se lo ha permitido, á la clausura de la representacion nacional. Felicitamos en segundo término al presidente de la Cámara, quien, como es notorio, ha pegado valerosamente con la guardia negra el coraje cívico en que la dispersion de sus colegas le sumiera. Y felicitamos ante todo al país, á ese pobre país mitológico de quien el buen marqués de los Castillejos no se ha cuidado en cuatro meses de política secreta, porque al fin y al cabo vuelve á intervenir, por medio de sus delegados, en la gestion de la cosa pública, reanudando las apariencias de un régimen liberal.

En vista de tamaño suceso, ante su aproximacion, ante su inminencia, nuestros lectores nos dispensarán si hoy cumplimos con ellos de cualquier manera, y les hilvanamos inconexa y torpemente estos párrafos. ¡Tenemos tanta impaciencia de irnos al palacio nacional! La estátua de Miguel Cervantes, que hace centinela en su puerta, nos ha parecido anoche digna de envidia. ¡Ella verá antes que nadie lucir el primer dia inverosímil de la tercera legislatura constituyente, sobre aquellos tejados respetables! Bien pensado, sin embargo, ni el castellano que hoy se habla bajo aquellos techos, ni el personal progresivo que hoy sale y entra por aquella puerta, deben hacer feliz al manco insigne; y, si no fuera de bronce, es más que probable que ya hubiera echado á correr.

Digitized by Google

Pues, como deciamos, á la hora en que trazamos presurosos estas líneas nos consume el ardiente deseo de irnos al Congreso; de ocupar en nuestra tribuna el ansiado asiento; de ver las bellezas cursis del progreso-democrático acudir á la gran cita; de ver á los porteros de las tribunas públicas contener á duras penas al eternamente cándido pueblo, que espera oir desde ellas grandes cosas; de ver el régio sólio vacío, las chillonas alegorías de la techumbre, entre las cuales está la más española, la pobre Paciencia, con su piedra al hombro y su triste mirada, como si fuera un maestro de escuela con religion; de ver, en fin, llegar el deseado momento en que los murmullos de los espectadores cesen, en que el Sr. Ruiz Zorrilla, con su modesta figura laica, sus derrengados maceros delante, y sus secretarios detrás, suba al que es hoy primer asiento de la nacion, y, nuevo Fr. Luis de Leon de la España con honra, entone con su hermosa voz de sochantre el anhelado: «deciamos ayer...»

¡Ah! y luego, aquellas impasibles puertas del salon de sesiones vomitarán á centenares las notabilidades de la palabra y del silencio que buscan rey hace dos años; y aquellas escaleras de los bancos, que tantas pesadas plantas han hollado, servirán una vez más de hilos de Ariadna en el laberinto de roja felpa donde se confunden partidos, fracciones y grupos; y la derecha se cubrirá de levitas que, por regla general, no han perdido el aire de la prendería que las vió colgadas á su puerta; y el centro se plagará de unionistas con premeditado, irritante buen aspecto; y en la izquierda brillarán el epiceno contingente del cimbrismo, el personal federal, en cuyos bolsillos asomará la punta del célebre gorro purpúreo (como el caballo de Borguella), y acaso, acaso alguna entidad inquisidora del carlismo impenitente...

Y pocos momentos despues, cuando algun secretario sin voz, como es costumbre, lea para sí el acta de la sesion última, verificada hace ciento veintitantos dias, es posible que el digno presidente diga algunas palabras, pocas, pero buenas, sobre el fausto suceso que allí nos reune. Y quién sabe, quién sabe si en el calor de la improvisacion señalará algun punto negro en el horizonte, y se armará préviamente la de Dios es Cristo. Pero si esto sucede, será pasajero, se ahogará pronto en el seno de la ansiedad general, que tiene otro objeto. que está principalmente fija en otro personaje. El capitan general, marqués y conde democrático, á quien las circunstancias y

Digitized by Google

otros motivos tienen clavado en la presidencia del Consejo de ministros, el pío, feliz y triunfador conde de Reus, ocupará el banco azul con sus compañeros de martirologio ministerial, que empezarán en Rivero y acabarán por Moret, pasando sobre Figuerola. Y el conde de Reus pedirá la palabra, que hasta ahora no le ha negado el Sr. Ruiz Zorrilla, se pondrá de pie, se estirará el chaleco, como hace siempre, sin duda por hábito contraido en los dias en que sus chalecos no tenian lastre bastante para conservarse rígidos; arreglará luego con su mano siniestra el blanco pañuelo que luce siempre en el bolsillo lateral, izquierdo, esterior, de su chaqué (detalle elegante que el Sr. Sagasta ha adoptado tambien, como no podia ménos), meterá con la derecha en la juntura central de sus solapas el colgante lente, paseará sobre el concurso la fria mirada que sirve de precursora á su espíritu, y en el pintoresco idioma, medio español, medio catalan, que posee, dirigirá una vez más su acento á las Córtes, al público, á Madrid, á España, al mundo entero.

¿Y quién es capaz de negar en principio que, diga lo que diga el general Prim, siempre serán de un alto interés los asuntos que S. E. se digne tratar? Es posible que S. E. nada diga respecto á su intervencion en la intriguilla Sigmaringen, que estuvo á punto de reunir las Córtes antes de tiempo, y que hoy reune á prusianos y franceses en un mismo suelo; es posible que S. E. nada diga hoy tampoco del candidato régio que á última hora le hayan mandado del extranjero, por no tener todavía ciertos perfiles que le hacen falta; es posible, ó, mejor dicho, es seguro, que nada dirá S. E. de las atribuciones constitucionales que el regente no ha querido nunca; es posible que tampoco se permita S. E. alusion alguna á la crísis ministerial que no quiere promover hasta mañana; es posible, en fin, que nada sepamos hoy, por boca de S. E., sobre las bagatelas de que pende en estos momentos la política española; pero, ¿quién sabe lo que, fuera de esos temas, se ocurrirá al génio fecundo que labra hoy, por sí solo, la ventura del país?

Y luego, los aplausos que arrancarán sus palabras en algun lado de la Cámara, el éxtasis en que Beranger parecerá escucharlo, los temblores de la cúpula de cristal por donde sus acentos buscarán salida, el enternecimiento de la mayoría, el llanto acaso de alguna dama prendada platónicamente del héroe, los ruidosos comentarios del pú-

Digitized by Google

blico, el entrar y salir de los taquígrafos, los inútiles campanillazos de D. Manuel para poner órden despues que haya hablado el desórden en persona, alguna proposicion atrevida y trascendental de los republicanos, ó de los esparteristas, ó de los de la union; ¿quién sabe, repetimos, quién sabe los mil y un incidentes atractivos, conmovedores, escitantes á que puede dar lugar la sesion de hoy? Pues digo, y despues de la sesion oficial, el salon de conferencias, la mar, como quien dice; y mañana Todos Santos; nada, no hay posibilidad de escribir hoy con pizca de pergeño. En vano la pluma araña cuartillas; el corazon y el pensamiento están en otra parte; allí, en el Congreso, entre los últimos padres de la patria; allí, donde habla el oráculo de la interinidad; allí, en la fábrica al por mayor de nuestras grandezas y de nuestras dichas. Déjennos, pues, nuestros abonados ir á la funcion, que mañana les daremos cuenta de ella.

Digitized by Google

SESION CAPITAL.

(1.° de Noviembre.)

Hay sombreros afortunados, y el del Sr. Paul y Angulo, diputado constituyente, federal y bilioso, es uno de ellos. ¡Lo que son las cosas!... Cuando hace dos ó tres años (porque ese sombrero no puede tener más fecha) los talleres de Aimable ó de Beyras, ó las profundidades de algun baratillo, proporcionaron al Sr. Paul la actual funda de su cabeza, ¡qué agenos estábamos todos, y el Sr. Paul el primero, de los altos destinos que la fortuna loca reservaba al cilindro de carton y seda que oye los latidos de las republicanas artérias frontales de su señoría!

Pero el hombre propone, y el Dios de los sombreros (porque ni el mismo Sr. Echegaray negará desde ayer que, al ménos para los sombreros de copa alta, existe un protector divino) dispone. El sombrero del Sr. Paul, objeto hasta ayer indiferente para el insensible mundo, quizás tambien para los deudos y amigos de ese caballero, y acaso hasta para el mismo atrabiliario y decidor republicano que ha hecho, llevándolo encasquetado, su carrera política, sus sublevaciones y sus destierros, es desde ayer un objeto histórico, nacional, parlamentario, respetable y memorable, por el mero hecho de haber sido, como si dijéramos, el protagonista de la primera sesion de la tercia legislatura constituyente.

¡Qué dia, qué dia el de ayer, qué enseñanza, qué sesion y qué sombrero! Eran las tres de la tarde, y, sin embargo, las Córtes estaban reunidas. Madrid desde las tribunas, España en los buzones del correo, el mundo entero en el telégrafo, esperaban que la esfinge, es decir, la interinidad, hablase. Habian pasado cuatro meses de silencio parlamentario, porque sí; la revolucion, refugiada durante ellos bajo los faldones del general Prim, habia al fin salido de su servil escondite,

Digitized by Google

daba al fin señales de vida, removia el fondo de la estancada soberanía de setiembre, y se preparaba, pensando piadosamente, á intentar por última vez probar al país su seriedad y su fecundidad. Pero los españoles en general y la revolucion en particular no habian contado con la huéspeda, es decir, con el conde de Reus, y el conde de Reus habia decidido que las Córtes se reuniesen sin casi sentirlo ellas mismas, sin que pasara nada notable, sin estrépito, sin bullicio, sin solemnidad, sin debates, como se reunen, por fórmula y para salvar las apariencias, cónyuges que se aborrecen ó se desdeñan cordialmente y que nada tienen que decirse. Y, en efecto, un minuto despues de abrirse la sesion, bostezaba el presidente, bostezaban los diputados, bostezaban los espectadores, bostezaban los ministros; solo el general Prim miraba, con la boca cerrada y los ojos dilatados por la satisfaccion, aquel espectáculo, obra y gloria suya, aquel Parlamento, responsable del porvenir de España, que hoy dice á su conciencia: ¡Cómo me has puesto!...

Necesitábase un decreto de la Providencia para que en la sesion de ayer ocurriese algo de particular; necesitábase uno de esos sucesos que brotan del negro fondo de lo inesperado, que cambian la faz de los países ó de las sesiones, que arrancan á la humanidad el grito cruel de la sorpresa, ó el tributo de risa de lo cómico, para que todos cuantos ayer asistiamos á la gran escena de la España con honra no tuviésemos derecho á pedir, como suele decirse, que se nos devolviera el dinero, y á verter el llanto de los chasqueados sobre la inesperada tumba de nuestra curiosidad.

Y hé aquí que entonces surge el incidente del Sr. Paul. El señor Paul habia presentado á la mesa dos proposiciones: una suya, pidiendo que estas Córtes, que S. S. cree ilegales, cometan el supremo acto legal de abdicar sus poderes, sometiéndolos á una nueva sancion de los colegios electorales; y otra proposicion del Sr. Soler, pidiendo la aplicacion del reglamento de la Cámara, en su integridad; es decir, pidiendo que los diputados puedan interpelar al gobierno, no cada ocho dias, como la libertad y la revolución han establecido, sino diariamente, como pasaba, por ejemplo, en los dias parlamentarios de la reaccionaria union liberal. Pues bien: el presidente, cuando llegó el instante de que sus autores las apoyasen, dió la prioridad á la proposicion del Sr. Soler.

Digitized by Google

Y aquí fué Troya. El Sr. Paul se enardece, protesta, se agita, recuerda á la presidencia, con toda la estension anti-melódica de su voz de falsete, el órden de posicion, por decirlo así, con que le entregó los papeles; asegura bajo la fé de su palabra que el suyo estaba encima, que era y debia ser el primero para los efectos de la discusion, y evoca en su favor los manes de los republicanos despachados por el general Prim. El presidente invoca por su parte el reglamento, contesta con poderosos graves gritos á los gritos agudos del federal resentido, se enardece á su vez, y hay un momento en que, al ver al Sr. Ruiz Zorrilla próximo á no reprimir la bilis que han depositado en sus entrañas los puntos negros de la situacion, llegamos á temer que el Sr. Paul y Angulo estuviese destinado á morir de un campanillazo.

Por fortuna, en este momento la inspiracion desciende á la frente del Sr. Paul; el Sr. Paul, para probar al presidente que no le ha convencido, deja su asiento, baja las alfombradas escaleras, cruza el hemiciclo y se permite ponerse el sombrero cuando todavía estaba, por decirlo así, bajo la jurisdiccion de la tribuna. ¡Pavoroso instante! La mayoría lo ve, y la mayoría, esa mayoría en que nadie cree ordinariamente, exhala un rugido de leona herida, y hace volver al Sr. Paul, ya con el sombrero quitado, á su asiento. «¡Por qué te lo pusiste!!!» exclama un centenar de voces horripilantes. «Pero ¿qué importa, señores, un metro más ó un metro ménos cerca de la puerta, para ponerse el sombrero?...» pregunta el Sr. Paul. Y la pregunta hace efecto. El mar se calma. Verdaderamente, la observacion no tiene réplica. Y el Sr. Paul, con el orgullo del triunfo, vuelve á dejar su asiento, vuelve á bajar las escaleras que subió un dia con gran sorpresa suya, vuelve á cruzar el hemiciclo, y vuelve... ¿A qué dirán Vds.? ¿A ponerse el sombrero? ¡Quiá! Por el contrario, á levantarlo con enfático sarcasmo en la punta del rígido estirado brazo, como quien dice: «Aquí va esto,» y á salir con paso de procesion, con sonrisa diabólica y entre la irremediable carcajada universal, del salon, que recordaba en aquel instante cierto establecimiento dirigido por Arderius.

Y entonces, ya no fué un rugido, ya fué un trueno, preñado de rayos y centellas, lo que la mitológica mayoría dió de sí. ¡Qué momento! ¡qué conflicto, qué cólera colectiva, qué manos amenazantes, qué bocas contraidas por la desesperacion, qué actitudes; en un palabra, qué sobreescitacion! Con decir que el mismo general Prim no podia calmar-

Digitized by Google

la con su habitual sonrisa, está dicho todo. Afortunadamente, el señor Ruiz Zorrilla estuvo tambien en aquel momento á la altura de las circunstancias, y prometió á la Cámara que inmediatamente despues de la sesion pública se reuniria en sesion secreta. Y, en efecto, la sesion secreta tuvo lugar; y á no ser porque en ella el Sr. Paul y Angulo dió cuantas esplicaciones y satisfacciones debia, Dios sabe lo que hubiera pasado.

Pero de todos modos, no puede negarse que el sombrero del Sr. Paul hizo un gran papel; por él tuvo aquella sesion primera su primer escándalo, y la tradicion constituyente no se rompió; por él dió la mayoría señales de una vitalidad exuberante y conmovedora; por él se llevaron las manos á la cabeza algunas personas timoratas, de esas que creen que este es un país perdido; por él, en fin, pasó ayer algo en la representacion nacional. ¡Ah! Cuando el Sr. Paul vea llegar el dia, que deseamos esté muy distante, en que le sea forzoso ir á dar cuenta á Dios del empleo que ha hecho en la vida de su republicanismo, sus herederos recibirán con piadoso recogimiento, y bajo el fanal en que desde ayer debe guardarse, el sombrero del diputado de 1870, símbolo, trofeo y recuerdo de uno de los más gráficos actos de la revolucion-Prim. Y nosotros pedimos desde ahora al país que el sombrero del Sr. Paul pase á un Museo nacional. Con ménos motivo está en el Louvre el de Napoleon I.

Digitized by Google

A MR. MARTIN.

(COPIA VEROSÍMIL DE UNA CARTA PROBABLE.)

(4 de Noviembre.)

MADRID, jueves, antes de comer.

Mi obediente amigo: Estoy loco de satisfaccion; estoy que no quepo en el pellejo; estoy por declararme un grande hombre; estoy por adorarme á mí mismo; estoy por echar á Figuerola; estoy por hacer cualquier atrocidad. Me tiembla el pulso de amor propio; le pegaria fuego á una mina que hiciese añicos la tierra, si supiera que no me tocaba un cascajo. No sé cómo voy á escribirle á Vd. mis órdenes de hoy; tengo más gana de bailar un can-can que de concentrar mis ideas; pero es preciso: el negocio lo exige. Oiga Vd., pues, es decir, lea Vd., pues, con toda la seriedad que le sea posible, esta carta, y siga *c* por *b* mis instrucciones, ó lo parto á Vd. de una cesantía. Ya sabe usted quién soy; pero no hay que alarmarse; estoy contento de tí, chico; me estás sirviendo bien; no temas. Vamos al grano.

Vengo del Congreso; la concurrencia era inmensa, como siempre que le preparo un camelo. Me miraban todos, todos, hasta Contreras. ¡Y qué mozas en las tribunas! Solté la sin hueso, es decir, solté el toro, anuncié á S. M. en puerta. ¡Qué sensacion! No he visto silencio igual; estuve por decir, como Arjona en una comedia: «aplaudid, bárbaros...»—Dí mis razones, es decir. declaré rotundamente que al fin me habia parecido bien dar un rey á mis conciudadanos, y conocí que todo el mundo reconocia mi derecho. Para algo se me ha dejado maniobrar á mis anchas desde hace dos años. Habia, sin embargo, algunos semblantes que me miraban con cierta desconfianza, con cierta sorna, con

Digitized by Google

cierta insolencia; le dije á Rivero que mandase prender á aquellos burlones; pero me contestó que eran personajes pintados; los diputados de las Córtes de Cádiz y los oyentes de doña María de Molina; historia pura.

Castelarete me contestó, y dicen que lo hizo bien. Se me quiso ir á fondo; es un inocente. Pero me cargan esos republicanillos, y tengo comezon de confiarlos de nuevo á mis batallones. Le contestó Moret; ¡ah, mi Moret! ¿No sabe Vd? Es tan cimbrio como yo, y entiende el italiano; decididamente, no me desprendo de él. Luego Ruiz Zorrilla soltó la *maí* y señaló la órden del dia para dentro de una docena de soles. Pero entonces pidió Rios Rosas la palabra. Me carga ese hombre. Me voy figurando que no me teme, sin perjuicio de conocerme. Habló, pues, ese eterno cascarrabias, á quien yo no sé por qué estimaba tanto O'Donnell; ese disidente perpétuo, capaz de hacerse la oposicion á sí mismo, si viese á su persona cometer involuntariamente una inconveniencia. Y aquí entra lo gordo, lo que es menester que sepa Vd. con sus pelos y señales: Rios pidió que se suspendiese señalar el dia de la votacion régia hasta que se discutan las negociaciones. ¿Comprende Vd.? Sagasta se creyó perdido; porque nuestro plan á este respecto es tan hábil como sencillo. Hemos mandado á Castro casi todos los papeles del asunto, despues de haber convenido en que no se permitirá hablar sobre ellos. De este modo, se salvan las apariencias; papeles presentados y no comentados, son perfectos papeles mojados. Disimúlame, hijo, el consonante; pero hoy me siento hasta capaz de hacer versos.

Vuelvo á Rios. Sus breves palabras tenian más intencion que un toro de Gaviria. Con ellas quiso apelar al país—¡al país! ¿has oido hablar, mi buen Martinejo, del país?—apeló, digo, al país de que traigamos un rey indiscutido, un rey-sorpresa, un rey, como quien dice, hallado á la vuelta de una esquina y colado en casa de rondon. Y nos dijo (¡como si no lo supiéramos!) que eso no era regular; que todos los candidatos de las monarquías nuevas se han discutido; que eso se ha hecho en Bélgica, en Grecia, en los Principados danubianos y en yo no sé cuántas partes más; y nos dijo tambien—¡pobre hombre!—que hasta el infante de Antequera fué discutido en Caspe. Sobre esto me he enterado por Beranger, á quien se lo ha dicho un amigo; y es verdad. Los emisarios, ó compromisarios, ó representantes de los tres reinos de la corona de Aragon parece que, en efecto, discutieron el rey.

Digitized by Google

Pero ¡señor! ¿viene á cuento la Edad Media en esta ocasion? ¿Se trata del compromiso de Caspe, ó del compromiso de Prim? ¿Hay aquí un San Vicente Ferrer de por medio, ó está pura y simplemente mi real gana?—Ruiz Zorrilla tomó en sério el ataque de D. Antonio, porque, segun me dijo luego, la cosa es grave (¡este hombre no me sirve!), y puso á votacion su proposicion verbal. ¡Oh venganza! ¡manjar de dioses y de catalanes! Ciento y uno, contra cincuenta y pico, dieron á Rios Rosas su merecido. Pero lo grande es que la mayor parte de los unionistas no votaron... ¿Entiende Vd. la malva, mi buen Martin, y me admira Vd.?...

Llego á lo principal: abra Vd. cada ojo como una taza. Es preciso ¿estamos? absolutamente preciso que ahí no se sepa una palabra de verdad sobre lo que ha significado el exabrupto de este intratable Rios Rosas, que Dios confunda. Póngase Vd. el uniforme; llénese los bolsillos de argumentos (sin miseria, que aquí estoy yo); visite uno por uno á todos esos Cavoures de pega, á todos esos gobernantes de organillo, á todos esos héroes de Mentana y de Roma, y convénzales de que lo de ayer no ha sido nada; al que se resista, ya sabe Vd. mi sistema: palo seco. ¡Ah! Martin mio; ¿se nos descompondrá la jugada? Si esos señores creen que hemos hecho mal en no querer decir al país lo que hemos estipulado, discutido, convenido préviamente; si esos señores se me vuelven atrás, por la estúpida razon de que no quieren traer al duque, como quien dice, á cencerros tapados, ¿qué va á ser de nosotros, y sobre todo, qué va á ser de mí? ¿Querrá Vd. creer que hasta el regente me parece ya escamado? Yo creo que empieza á comprender la necesidad de mis ofertas sobre las facultades. ¡Facultades! Que se las pida á Dios, si no tiene bastantes.

Urge, pues, Martinillo, hijo mio, que eches el resto en esta ocasion; te lo digo con rubor, porque me empequeñece; pero la verdad es que todo depende de tí. Haz tú á esas buenas gentes la historia de la sesion de ayer, á nuestra manera, y que no resulte de ella la menor sospecha de fiasco, de peligro, de animadversion, de tracamandana. Incúlcales la conviccion de que aquí mando yo, y en jefe, y sin rival, y como quiero. Despues de todo, ¿no es esto verdad? Si aquí hubiera país, en la acepcion séria de la palabra, ¿blandiria yo el mango de la sarten? Y si lo que hay es un país digno de mí, ¿por qué se queja? Que tengan paciencia, y me sufran. Y á propósito de esto, quiero suminis-

Digitized by Google

trar á Vd. un argumento, por si le hace falta. Una de las ocurrencias que tuve ayer fué el declarar que seré ministro con el rey, al modo y manera con que vengo siéndolo con D. Francisco. Estuve, lo confieso, demasiado franco; pero ¿qué quiere Vd.? Se me escapó. Es cosa que me irrita la sangre cuando me dicen que me vaya. Pues bueno; el resultado es que dije eso, y ni un terremoto, ni un cataclismo, ni un triste silbido me contestó; y á estas horas lo sabe España entera, y yo vivo, y no vivo mal. ¿Qué mejor prueba de lo que somos ella y yo? Cuente Vd., cuente Vd. esto cuando trate de hacer comprender lo que aquí valgo.

Llaman á la puerta de mi despacho. ¿Será Izquierdo? Me estremezco sin querer. Pero, no; es que me avisan que la sopa está en la mesa. ¡Cuánto siento, Martinico, que no nos acompañe Vd. á comer hoy! Tenemos patos á discrecion. Milans me los ha mandado; cada dia caza mejor este picaronazo.—Conque, para concluir: ya sabe Vd., mucho ojo, es decir, mucho cuidado con la sesion de ayer, y evitar á todo trance que inspire ahí decisiones de dignidad que nos fastidiarian. Por lo demás, dentro de doce dias se ultimará el negocio, y despues, despues yo daré cuenta de todos estos parlanchines.—Adios, mi fiel Martin, tengo ganas de que se venga Vd. con la comitiva, para que visite usted el cortijo de mi buen amigo el doctor Simon. Es prenda de rey: será mi retiro. Adios, adios; corre un apetito insigne. De Vd., mientras me sirva,

JUAN.

Digitized by Google

PARA LA HISTORIA

(17 de Noviembre.)

Quisiéramos que el estilo periodístico permitiese las invocaciones de la epopeya, esas peticiones prévias que los cantores de los grandes hechos suelen hacer al dios, al génio, al auxiliar sobrenatural que más falta les hace, para que les acorra, ilumine y sostenga en su empresa; quisiéramos poseer en estos instantes un idioma superior á cuanto ha inventado la humanidad políglota, y desde luego mucho más rico, dulce y manejable que el castellano actual; quisiéramos que, al ménos por el rato en que escribimos este articulejo, la divinidad del dia, la divinidad de moda, la divinidad de las trasformaciones, la divinidad que acaba de poner, por ejemplo, al esparterismo y á la jóven union liberal de modo que no los conoce la madre que los parió, trasformase nuestra humilde pluma unionista, montpensierista y contumáz, en la inspirada péñola, mojada en miel hiblea, de un escritor capaz de trasmitir á la posteridad la fiel imágen, el recuerdo exacto y verídico del dia 16 de noviembre de 1870, del gran dia de Prim, que dirá la historia.

¡Qué dia, qué recuerdo, qué conde Reus, y qué dolor el nuestro al no poder historiarlos con los altos dones intelectuales que merecen! Intentémoslo, sin embargo; y ya que no otra cosa, ofrezcamos en nuestras columnas, siquiera sea á breves y grandes rasgos, las noticias fundamentales de que necesitará algun futuro rebuscador de papeles viejos, cuando, al hojear la amarillenta coleccion de nuestros números, se diga: «Vamos á ver, ó vamos á oir de boca de un testigo presencial de aquel célebre dia, cómo nació la monarquía italiano-española de manos de su señor padre el amigo del doctor Simon.»

Sepa, pues, el porvenir que ayer, ante todo, era miércoles, dia céntrico de la semana, como es sabido; y que Madrid, centro de España

Digitized by Google

descubierto por Felipe II, apareció desde por la mañana fuera de su centro. Los hombres en las calles, las mujeres en las casas, la instruccion pública en suspenso, es decir, las escuelas cerradas, las tiendas con solo una hoja de la puerta abierta, no por nada, sino por si acaso; los agentes de órden público como los dedos de las manos por todas partes, el cielo, es decir, la atmósfera, fluctuando entre las nubes de su mal humor y el azul eterno de su sonrisa; el comercio, la Bolsa, las transacciones, atrofiadas de felicidad, y el telégrafo más listo que Cardona para trasmitir á la Península y al mundo entero lo que resultara. Añádase á esto un campamento de artillería y caballería improvisado bajo las tapias de la plaza de toros, algunos batallones vivaqueando en tal cual otro edificio al palacio nacional cercano, la famosa Carrera de San Gerónimo, moderno mentidero, atestada de pardas capas que, por lo general, remataban en semblantes de mal agüero, las autoridades militares de Madrid engolfadas en el azul capote de campaña, y se tendrá una idea del aspecto, entre pastoril y belicoso, que el buen Madrid presentó durante el último sol, de derecho, de la interinidad.

Como se esperaba, y como no podia menos, hubo sesion de Córtes. Empezó á las dos y cuarto. El digno presidente soberano subió á su sitial, radiante, por decirlo así, de la tranquila y cívica alegría que el deber reclamaba. La tribuna pública, abandonada por completo á la espontánea presencia de todas las clases, sin distincion de polizontes ni de ciudadanos. La de señoras, conteniendo verdaderamente el cogollo de la hermosura radical, que se cuida mucho más del fondo que de la forma, del palmito que del vestido, porque el radicalismo aborrece, y con razon, á las buenas modistas. Las tribunas de órden, en órden perfecto bajo la égida de una triste docena de porteros á lo sumo. Y, por último, los diputados, es decir, la mayoría, tal como hasta la noche anterior se habia estado reorganizando, tal como puede decirse, en sentido figurado, que habia salido, caliente y viva como pastel recien hecho, de las grandes manos culinarias de su confeccionador, irradiaba tambien un contento tan puro, tan inofensivo, tan democrático de fondo y de forma, y tan monárquico y tan patriótico al mismo tiempo, que era ungozo verla. Y no digamos nada del banco azul. Desde el rincon estremo de su derecha punta, donde se sentaba el marqués de los Castillejos con la doble palidez de su color habitual y de su emocion accidental, hasta su punta izquierda, donde se sentaba con el

Digitized by Google

irresistible Moret la encarnacion de la paternidad juvenil y del italianismo estético, todos los ministros del regente que se acabà, todos, hasta el inapreciable Beranger, resplandecian con el gozo público, con el gozo de cajon, con aquel gozo que todavía nos dura á todos, y que, segun las acertadas disposiciones del ministro de lo Interior, debia inundar á la misma hora las cuarenta y nueve provincias españolas.....

Naturalmente, aquella era, aquella debia ser, y aquella fué una predisposicion al regodeo honesto y cívico, contagiosa. Y las oposiciones, las más intransigentes entidades de las oposiciones se sintieron por ella invadidas desde luego, y bajo los auspicios de aquella tierna alegría española dieron comienzo á la sesion régia con una série de preguntas y de incidencias á cual más originales y retozonas. Ya se alzaba una voz á preguntar sencillamente si en vista del ejército que, puesto en pie de guerra, rodeaba al indefendido Congreso, podian creer los señores diputados en la integridad de su pellejo durante el grande acto que allí los llamaba. Y á esta malévola prevencion contestaba el digno presidente asegurando bajo su palabra que él no habia visto semejantes alardes militares, y apoyando su afirmacion con un golpe de puño sobre el pupitre, que rompia graciosamente entre sus dedos la ordenadora campanilla.

Ya era otra voz epigramática que, con referencia á algunos igualitarios de Medinaceli, protestaba amistosamente contra la eleccion del *ciudadano* Amadeo. Y á esto contestaba, y con razon, el enérgico señor Ruiz Zorrilla deshaciendo bajo su metacarpo otra esquila argentífera. Ya era otra inoportuna curiosidad la que demandaba si el futuro rey podrá prestar su juramento en el idioma del pueblo para quien lo llama el general Prim: ¡como si, habiendo intérpretes, tuviera esto importancia alguna! Ya era, en fin, una exasperacion ultramontana la que pretendia hablar de no sabemos qué excomuniones pontificias. Y á esto contestaba el dignísimo presidente declarándose, y declarando al país en general, á prueba de excomuniones, y dirigiendo á la Cámara la más liberal de sus sonrisas en demanda de una hilaridad aquiescente que al instante se le otorgaba. Resultado: que bajo los auspicios de esta gran disposicion benévola y alborozante de los espíritus, se abrió por fin la urna régia, y que, bajo las invisibles, latentes alas de aquel profundo, irresistible buen humor, cayeron en su seno las 311 papeletas de la votacion.

Digitized by Google

De la votacion al escrutinio no habia más que un paso. ¡El escrutinio vinó en seguida, y se hizo en seguida con el mismo órden, con la misma glacial pero satisfecha prudencia que imperaba en actores y espectadores, y con un silencio que apenas era interrumpido de vez en cuando por la insignificante interjecion de asombro que arrancaban al público ciertos nombres unidos al de ciertos candidatos, y por el rasguear de las plumas que llevaban oficiosamente cuenta del resultado. Y en esta ocupacion se distinguieron notablemente algunos periodistas de la tribuna de la prensa y del banco azul. Si no recordamos mal, el Sr. Echegaray, á pesar de sus matemáticas y todo, llevó por escrito la referida cuenta desde su asiento. ¡Admirable llaneza!

Ocioso es, por lo demás, decir que hubo votos notabilísimos que merecieron los honores impremeditados é irremediables del asombro público. «Voto para rey al duque de Aosta, leia un secretario con voz poderosa, aunque con cierta dificultad hija del poco hábito; y añadia: Pascual Madoz.» Y la exclamacion pública conmovia el techo. «Voto para rey al duque de Aosta: Rafael Izquierdo.» Y habia corazones que se encogian de enternecimiento. «Voto para rey al duque de Montpensier: Juan Bautista Topete.» Y la dignidad humana parecia sacar su cara en la cara de todos. «Voto para rey al duque de Aosta: Coronel y Ortiz.» Y se conocia que habia pasado algo inmenso. «Voto para rey al duque de Aosta: Cipriano Montesinos, futuro duque de la Victoria.» Y el dolor de un parentesco sin entrañas se derramaba eléctricamente por los circunstantes. «Voto para rey al duque de Aosta: Luis Alcalá Zamora, presbítero progresista.» Y este voto, que fué el primero del escrutinio, pareció el más natural del mundo. «Voto para rey á D. Antonio de Orleans: Manuel Cantero.» «Voto para rey á don Antonio de Orleans: Cirilo Alvarez.» «Voto para rey á D. Antonio de Orleans: Fernando Fernandez de Córdova.» «Voto para rey á D. Antonio de Orleans: Francisco Barca.» Y esta papeleta, que fué la última que se leyó, hizo en el auditorio, como las tres anteriores, el efecto de una honrada esperanza favorable á la consecuencia humana en general y á la raza española en particular.

Por fin, tras el escrutinio llegó el gran momento, el solemnísimo, anhelado instante. El presidente declaró elegido rey de los españoles al señor príncipe Amadeo Fernando María de Saboya, natural de Italia, por 191 votos.—La cúpula moral de la revolucion, cerrada y com-

Digitized by Google

pleta; los génios maléficos de la interinidad, lanzados á latigazos del seno de la España con honra; Prim y Prats, el mismo Prim y Prats, apareciendo en el horizonte de la nueva monarquía en toda la apoteosis de sus naturales, insignes condiciones inamovibles; las Constituyentes de 1869 entonando el «rompan filas» que tanto ellas desean y que tanto desea con ellas el país; Olózaga, el gran Olózaga, en aptitud de decir como el héroe del refran: «tio, yo no he sido;» Martos, el decididamente importante Martos, tan ministro como el que más; un raudal inagotable de riqueza, de grandes cruces, de órden público, de himnos de Riego, de empréstitos, de palacios, de venturas inefables, cayendo por toda una eternidad sobre el corazon del pueblo de setiembre: tal fué el cuadro mental que la proclamacion del nuevo rey de España trajo á todos los espíritus con la palabra inspirada, fogosa y patricia del gran puritano presidencial.

Acto seguido se procedió al nombramiento de la comision que ha de llevar el acta de eleccion á S. M. Era, naturalmente, lo que más urgia. ¡Qué felices los diputados que á esa comision pertenecen! La libre Italia, la vieja, hermosa madre del arte, no los recibirá como á nosotros nos recibió un dia, haciéndonos dejar en sus hoteles y en el bolsillo de sus *ciceroni* ahorros nunca bien llorad s, sino que enviará á sus playas para recibirles todo el espíritu y el personal todo de una hospitalidad gratuita, deliciosa, florida y remuneradora.—¡Ah! séanos permitido confesar en este instante que hay envidias legítimas, y una de ellas es la que nos inspiran esos diputados, no porque tienen el derecho de ir en nombre de España, y viaje pagado, á la mismísima Florencia, y porque tendrán, los primeros entre los españoles que tanto lo ansiamos, ocasion de saludar respetuosamente al rey en que hace un mes ninguno, absolutamente ninguno de nosotros, se tomaba el trabajo de pensar, sino porque así tendriamos quizá ocasion de decirle algunas de las provechosas verdades que le conviene saber y que en otro lugar apuntamos.

Por último, y hecha la designacion de los soberanos viajeros, el Sr. Ruiz Zorrilla, cumpliendo, no solo con la costumbre, sino con lo que exigia aquel íntimo, indescriptible y decidor contento en que el Congreso, Madrid y España se hallaban empapados, se puso á hacer un discurso. Discurso superior, y es cuanto hay que decir, á todos los suyos, y, sobre todo, tan oportuno que empezó por hacer lo que hasta

Digitized by Google

aquí no se habia hecho, es decir, á hablar del duque de Aosta, á discutir, como quiso hacerlo cuando, sin duda, no era ocasion, el Sr. Rios Rosas. Habló el presidente con este motivo, de todo; del mal estado de su salud, de Hungría, de Bélgica, de Inglaterra, de su partido, y concluyó haciendo uso de un argumento irresistiblemente gracioso, persuasivo, admirable. Concluyó el Sr. Ruiz Zorrilla escitando á los republicanos á vivir vida pacífica y legal dentro de la nueva monarquía, para que de este modo puedan nuestros hijos ó nuestros nietos realizar el ideal del republicanismo. No sabemos si el telégrafo habrá llevado á estas horas al palacio Pitti el extracto de la peroracion del Sr. Ruiz Zorrilla, ni el efecto que habrá causado en quien corresponde esa conformidad astuta y conciliadora del Sr. Ruiz Zorrilla con no dar á la nueva monarquía más duracion que la de una ó dos generaciones. Pero, de todos modos, el chiste es inimitable, y con él puede decirse que concluyó la sesion.—Eran las nueve de la noche; el albor de la monarquía (frase tambien del Sr. Ruiz Zorrilla) no se estendia más allá de los salones del Congreso. El cielo estaba insensiblemente oscuro, como cuando no habia rey, como si el Sr. Ruiz Zorrilla no hubiese hablado. Los delegados del pueblo se fueron á comer. No hubo concurrencia alguna en los teatros, que fué preciso cerrar, y mucha en la tertulia del marqués de los Castillejos. Hasta se dice que algunos liberales no durmieron por estudiar su primera leccion de italiano. Pero de este detalle no respondemos ante la historia.

Digitized by Google

A LA SEÑORA DUQUESA DE AOSTA.

(19 de Noviembre.)

Señora: un periódico de Madrid, del que es fácil que V. A., con el natural interés que las cosas de España le habrán desde hace dias inspirado, haya oido hablar, y del que de seguro oirá V. A. hablar mucho en el caso posible de que realice su venida entre nosotros; un periódico del que hablan ya con igual doloroso asombro los cimbrios gobernantes y hasta las piedras de nuestro país, se permitió ayer dirigir su voz al augusto esposo de V. A., y dedicarle una leccion de historia contemporánea y de cartilla constitucional. Es la primera inconveniencia que desde la eleccion en Córtes de vuestro real consorte para monarca de ámbas Castillas, verificada treinta horas antes, comete respecto al señor duque esa publicacion, porque el dar cierta especie de importantes consejos á quien no los pide parece implicar el convencimiento de su necesidad; pero la buena intencion y el deseo, siquiera sea injustificado, de hacerse notar á tiempo, son siempre disculpables en la humanidad y en los diarios, y á nosotros no nos cabe duda de que el príncipe acogerá la disertacion primera del Mentor que espontáneamente se le ofrece, con la cristiana, heróica paciencia de que tan constante uso le habrán de imponer los que le traen. Permita, pues, V. A. que, sin seguir más que hasta cierto punto el ejemplo, nosotros, que nos cortariamos esta mano derecha que os escribe antes de pensar siquiera en formular un solo pensamiento que pudiera ser desagradable á la ilustre dama, á la mujer, á la princesa, pretendamos, sin embargo, hallar tambien benévola acogida y tolerante disculpa en vuestra consideracion para con las breves, respetuosas indicaciones que deseamos dirigiros. Hoy todavía es tiempo de que podamos hacerlo; hoy es aun ocasion de que la esposa del rey electo

Digitized by Google

de los españoles nos oiga. Mañana, cuando seais la reina consorte, esperamos que nuestro principal deber sea el de estimaros.

El general Prim, señora duquesa, al ser el primer español, y durante muchos dias el único, que pensó en hacer ocupar á vuestro esposo el trono que han ocupado tantos grandes reyes españoles, no ha deparado sola é inconscientemente al duque de Aosta una de esas altas y dificilísimas misiones que el génio, el talento y la grandeza de corazon reunidos han bastado apenas á cumplir en las más célebres entidades históricas de la monarquía. Sin saberlo tambien. porque el conde de Reus es poco filósofo, como V. A. puede que tenga ocasion de conocer, el hombre que por un azar, todavía no esplicado, de la instable fortuna, ha tenido posibilidad de escoger á su gusto el candidato régio de diez y ocho millones de ciudadanos, depara no ménos á la respetable, egregia compañera de nuestro rey futuro una mision importantísima, delicadísima, dadas las condiciones especiales, innatas é inseparables de nuestra nacionalidad.

Si, por desgracia, señora, está ya remoto el tiempo en que la vieja Europa se hallaba obligada á reconocer que España era el país de los grandes hombres; si de aquella España, asombro de Roma, fundadora, con su monarquía goda, de la Europa cristiana, emporio luego de la cultura árabe, salvadora más tarde, con su reconquista, de la civilizacion evangélica, precursora despues, con los fueros populares de sus primitivos Estados, de la moderna libertad política, madre de América, triunfadora de Asia y Africa, corazon de una monarquía bajo cuyo manto real se cobijó el mundo; si aun de la grande España de la decadencia, de la España de Rocroy, de Trafalgar y de Bailén, poco ó nada puede decirse que resta en la España que ofrece al extranjero el sólio de la primera Isabel, hay, no obstante, una condicion en nuestra raza, un elemento de nuestra vida social, un secreto de nuestras grandes iniciativas y de nuestras memorables empresas humanitarias, que todavía vive y se conserva en nuestro seno con toda la bienhechora pureza de sus cualidades tradicionales: la mujer.

La mujer, señora duquesa, que fué, como sabeis, en la Italia clásica de la libertad, tan constante y tan grande actor épico, no ha dejado de serlo nunca en España. La mujer ha sido siempre á nuestra patria lo que el corazon al cuerpo. En las heroinas de Numancia, en las inspiradoras de los Recaredos, en las altivas castellanas de la Edad

Digitized by Google

Media, en las damas que sirvieron de Musas á Calderon y á Lope, en las inolvidables patriotas de nuestras Zaragozas y Geronas, en las ardorosas y generosísimas hermanas de caridad de nuestra última guerra de Africa, en todas las manifestaciones de nuestra existencia nacional de ayer y de hoy, ha brillado siempre como un astro de hermosos y fecundos resplandores la mujer española. Y hoy mismo, nosotros, los espíritus algo enervados todavía por la asfixia de un despotismo contra el cual luchamos desde hace medio siglo; nosotros, el país de los pronunciamientos, de los partidos, de la falta de instruccion pública, de la escasa agricultura, de la industria naciente, del presupuesto sin nivelar y de las corridas de toros; nosotros guardamos en el fondo de nuestros hogares, con nuestras esposas y nuestras hijas, la sola compensacion que nos queda de cuanto fuimos y poseimos, los mismos generosos séres, indegenerados, entusiastas, piadosos, vehementes, con la ternura por razon de ser y el españolismo por culto supremo, que poseyeron nuestros antepasados de horca y cuchillo, nuestros tatarabuelos de capa y espada, nuestros bisabuelos enciclopedistas, nuestros abuelos absolutistas, nuestros padres independientes.

Así, pues, señora duquesa, la parte que ha ofrecido en su irreflexion autocrática el general Prim á V. A., al determinar el grave hecho, ya consumado, de la régia eleccion de vuestro esposo, es nada ménos que la jefatura moral de esa España femenil que la mirada del mundo vé en segundo término entre nosotros, pero que nosotros sabemos y sentimos que forma hoy, como ha formado siempre, la médula de nuestros afectos, la direccion de nuestras inclinaciones, el impulso y fundamento de todo lo bueno, lo levantado, lo noble y lo valeroso que ha quedado siempre en el fondo de esta hidalga tierra. Si vuestro esposo, despues de pesar en su ánimo la naturaleza, la calidad y la significacion de las causas y de las voluntades que le han hecho rey; despues de obtener el asentimiento de la representacion nacional de la libre Italia, cuyos intereses dinásticos no sabemos hasta qué punto se opondrán á la pérdida del hijo segundo de Víctor Manuel; si el duque de Aosta se decide á intentar personalmente la empresa magna de su aceptacion práctica por un pueblo que en el primer instante le ofrecerá todas las tristezas y las contingencias todas de una pavorosa soledad moral; si Dios quiere que el duque de Aosta logre calmar á fuerza de grandes dotes y de grandes hechos las innumerables tempestades que enviarán

Digitized by Google

hasta él desde el primer dia su terrible saludo, el duque de Aosta será rey constitucional de España, y vendrá á ejercer la sábia accion bienhechora de un poder armonizador entre nuestras democráticas instituciones; pero vos, señora, vendreis á desempeñar tambien una cosa muy importante y ¿cómo ocultároslo? muy difícil de ejercer: vendreis á ser la reina de las españolas.

Ante esta posibilidad, ante esta probabilidad, nosotros no os hablaremos hoy de los más inmediatos y más inminentes obstáculos que vuestra legítima influencia en el ánimo de vuestro esposo está llamada á procurar vencer. Nosotros no os diremos que, empezando por el camino que os debe traer á España (puesto que si venís por el Norte os recibirá el carlismo, y si venís por el Mediodía os recibirá el republicanismo) y acabando por la conveniencia de que vuestro esposo adopte un nombre más accesible á nuestros oidos bárbaros que el que la dulce habla italiana pronuncia en el suyo, necesitais desde hoy, desde hoy mismo, ocurrir con vuestros más delicados instintos de mujer inteligente y sensible á todas esas pequeñeces prévias que reclaman los preparativos de vuestra exhibicion solemne y próxima ante los ojos de un pueblo. Nosotros solo intentaremos dar á V. A. un desapasionado y sincero consejo, nacido de lo más recóndito de la situacion que España viene atravesando desde que la revolucion de setiembre se durmió entre los entorchados del marqués de los Castillejos, hasta hoy que resucita camino de Florencia.

Esta revolucion, señora, como todas, ha sido un sacudimiento que, llegando hasta las últimas capas del fondo social, ha hecho subir á la visible superficie de nuestra escena pública, y flotar en ella, como flota el corcho, es decir, con poquísimo valor propio, entidades, personalidades, aspectos, figuras y reputaciones á quienes solo la impunidad de una loca fortuna, y el miedo del verdadero mérito retraido y en fuga, sostienen á estas horas en su usurpado sitio. Negar que entre esas entidades improvisadas se cuenta una minoría de nuestro bello sexo, triste y profundamente asimilada al varonil contingente, iletrado, grotesco, advenedizo é impresentable que la ha traido en su compañía, seria negar la evidencia. Pues bien: V. A. debe, á nuestro juicio, ampliando conveniente y verazmente este sucinto informe nuestro, procurar desde el primer dia no aparecer entre esa femenina España apócrifa, que ha brillado y brilla provisionalmente en nuestra escena revoluciona-

Digitized by Google

ria, y que sin duda la rodeará y acosará desde el primer instante. V. A. debe, en nuestro humilde entender, procurar desde el primer dia que al mismo tiempo que se vean llegar, noble y patrióticamente atraidos, al lado del rey los elementos viriles y respetables en que la monarquía debe apoyarse, se vea llegar al lado de la reina de España la España femenina verdadera, ese precioso contingente de belleza, de virtud y de buen gusto que guarda la generalidad de nuestros hogares, así los altos como los bajos, así los suntuosos como los modestos. Será una de las imprescindibles, saludables reacciones que la monarquía debe traernos, y que le agradecerán á la vez los ojos y el sentimiento de todas nuestras clases; porque la verdad es, señora, y con esto acabaremos de importunar hoy á V. A., que nos parece tan difícil de arraigar en España un rey electivo, como una reina con la única córte que la revolucion puede ofrecerla.

Digitized by Google

DESPEDIDA.

(24 de Noviembre.)

A las diez de esta noche se oirá un gran silbido en Madrid; pero no se alarmen los padres de familia á quienes el Sr. Martos ha hecho responsables de las calaveradas estudiantiles. Ese silbido no saldrá de lábios universitarios; saldrá de lo más hondo de una locomotora en la estacion del Mediodía, y esta locomotora formará parte impulsiva de un tren especial, y en este tren especial irá la comision de la Cámara soberana que lleva oficialmente al príncipe italiano duque de Aosta la noticia y el acta de la eleccion que 191 españoles han hecho de su persona para rey de España.

Mañana, al rayar el alba, la despoblada estacion de Chinchilla presenciará un modesto desayuno parlamentario, pagado por la nacion. Al medio dia, las afueras de Murcia repetirán los ecos de los brindis de un almuerzo análogo; y al caer la tarde, cuando el sol se esconda tras el castillo occidental de la admirable bahía de Cartagena, aquellas portentosas montañas que la mano del ingeniero Omnipotente ha convertido en herradura inaccesible á huracanes y tempestades, verán llegar á sus faldas, sin entrar siquiera en la vieja ciudad mediterránea, y esquivando modestamente la ovacion que sus habitantes pudieran ofrecerles, los afortunados representantes del pueblo español que van á realizar el acto más nacional y más glorioso del partido del general Prim.

Y el sol tendrá que zambullirse á escape en su líquido lecho, si no quiere, por susceptibilidades respetables de quien ha alumbrado tanto grande hecho español, ver las graciosas falúas mecedoras que, empavesadas sin duda con el glorioso lienzo amarillo y rojo, recogerán en la orilla al personal constituyente y lo llevarán, á impulsos de sus for-

Digitized by Google

nidos automáticos remeros, al seno de los flotantes baluartes, de las hermosas fragatas en que han de hacer la travesía. Y luego, inmediatamente, dará la capitana la señal zarpadora, y la ilustre veterana del Callao, la *Villa de Madrid,* en cuyo casco lucirán las cicatrices de sus glorias, y la férrea *Numancia,* la del gran viaje de circunnavegacion, y la flamante magnífica *Victoria*, mandadas por Beranger, á falta de un Mendez Nuñez que no se puede levantar del sepulcro para esplicar de nuevo su noble teoría de los barcos con honra, y que, aunque se levantara, no consentiria en mandarlas ahora, se engolfarán en alta mar. Y mientras su anti-marítima tripulacion legal tomará las primeras inútiles precauciones contra el inexorable mareo, y en tanto que la noche nace por Oriente, no faltará álgun desocupado cartagenero que, anteojo en ristre, al ver alejarse paulatinamente en el horizonte, coronadas por sus humeantes penachos, las soberbias naos, exclame ó diga para sus adentros: Decididamente, lo mejor de la espedicion son las fragatas.

¡Ah! ¡fuéranos dado á nosotros, pobres é inmóviles folicularios que todo eso vemos mentalmente, asistir en persona al espectáculo! ¡Fuéranos dado presenciar la conmovedora escena! ¡Con qué emocion, con qué gusto sacariamos nuestro pañuelo del bolsillo y lo agitariamos, hasta cansarnos el brazo, para dar un mudo adios, en nombre de la patria feliz, á los espedicionarios autores de su felicidad! Estamos seguros de que allí, bajo el fanal del azul firmamento, oreados por las marinas auras, en presencia de la eterna escena de inspiradora belleza que la ribera del mar histórico, donde tambien se meció nuestra cuna, ofrece á la mirada del hombre pensador, nos convertiriamos, con igual ó mayor facilidad que un progresista se convierte en personaje, en poetas, en filósofos, en oradores. Estamos seguros de que, sin pensarlo, sin saber por qué ni cómo, á la manera que una revolucion puede trasformarse en negocio particular, vendria á nuestros lábios un trozo de elocuencia radical de pura sangre, y entonariamos la más lírica, la más tierna, la más amistosa de las despedidas.

¡Buen viaje, señores! nos oirian decir las cerúleas ondas. Id con favorable brisa constante, con mar tendida y quieta, con buen apetito y mejor humor, en paz y en gracia de Dios, como si nunca os hubieseis desconciliado, como si siempre hubieseis votado juntos, á la bella Italia. Pasad por delante de la vieja, rica y gloriosa Génova sin de-

Digitized by Google

teneros, sin pensar en que allí, entre sus marmóreos palacios, está el rincon en que nació el padre de América, el que un dia cruzó ese mismo mar, no para ir á ofrecer la corona castellana á un extranjero desconocido, sino para ofrecer un mundo á una reina española. Llegad á Liorna, cumplid vuestros tres dias de cuarentena sin recibir ni hablar á los laboriosos judíos de orígen español que llevó allí el fanatismo de la grande España, para que no os veais obligados á responderles cuando os pregunten qué se ha hecho de aquella gran nacion, que tanto aborrecia lo exótico y lo estraño, en creencias como en orígen, y que sacrificaba sus riquezas y su bienestar material á su fé nacional.

Tomad allí el tren régio que os esperará. Cruzad los llanos de Pisa, sin mirar al horizonte para que, al distinguir su célebre ingente torre inclinada, no podais pensar que si hay torres que se ladean sin caer, es más difícil que se funde, para no caer, una monarquía que no nace derechamente del corazon de un pueblo. Llegad á las márgenes del Arno, y sin tiempo más que para poner s en la monumental estacion el frac nuevo, subid á las hospitalarias carretelas de Víctor Manuel; cruzad aquellas calles de estátuas, aquellas vías ateśtadas de monumentos artísticos; sonreid á la multitud curiosa que os contemple; mostraos en la magestuosa actitud serena y dueña de sí que corresponde á quien, si llega á la patria de Miguel Angel y del cantor de Jerusalem, va de la patria de Murillo y de Cervantes; llegad al alcázar del rey unitario; dejaos caer en brazos de su atenta servidumbre; arribad entre músicas de alegres organillos, entre una lluvia de flores, y á través de un enjambre de bellezas toscanas, ante el augusto papá y el favorecido vástago, que os recibirán sin duda con la gustosa cordialidad de quien se deja querer; inclinaos ante aquel trono que va á tener una sucursal en Madrid; dejad pronunciar á Ruiz Zorrilla el preparado discurso, cuya impunidad es segura si lo dice en español; recibid luego con circunspecto agradecimiento las cruces que se os destinen, sin parar mientes en la cruz que dejais colgada al cuello de la buena España; haced saber inmediatamente á vuestros dos mandatarios supremos, el país y el marqués de los Castillejos, la feliz noticia definitiva de la aceptacion, y retiraos á descansar hasta el dia siguiente.

Y al dia siguiente, cuando ya el rey de España, que vosotros solo conocereis, os conceda audiencia particular, extraoficial y amistosa, dadle, dadle noticias verídicas y francas de las mil y una cosas que os

Digitized by Google

preguntará. Hacedle saber el gran entusiasmo del pueblo español por su eleccion; confirmad los telégramas del ministro de la Guerra; habladle del contento íntimo del ejército; de la satisfaccion tranquilizadora de nuestra aristocracia; de las profundas esperanzas del clero; de la alegría irreflexiva de nuestra democrática plebe; de la ventura que su solo nombre infunde á nuestras clases medias; del instinto músico que ha despertado en nuestra juventud. Probadle que vosotros sois la verdadera España, la España italianizada por una sencilla órden de Prim, la España sin partidos, sin oposiciones, sin hábitos de independencia, sin altiveces nacionales, la España que le espera como una balsa de aceite, y que gastará toda su pólvora en hacerle salvas y todos sus pulmones en aclamarle.

Decidle que su solo nombre ha sido un conjuro de paz y de dicha para diez y ocho millones de ciudadanos que nunca lo habian oido. Dadle vuestra palabra en nombre del país, de que aquí no encontrará más que artífices obedientes para echar con él los cimientos de una monarquía de cal y canto. Demostradle que ya no hay entre nosotros partidos ni diferencias de opinion. Relatadle, vosotros, los progresistas, la abnegacion con que habeis recibido su candidatura, igual á la que os inspiró la portuguesa ó la alemana; vosotros, los esparteristas, demostradle la inofensiva y prescindible popularidad del héroe de Luchana; vosotros, los unionistas, contadle las amarguras que Prim os hizo pasar cuando parecia no quitaros toda esperanza respecto á vuestro candidato revolucionario, y narradle, narradle por qué esfuerzo de heroismo monárquico, despues de haber sacrificado muchas veces hasta vuestros principios políticos á la actitud de Prim respecto á ese candidato, habeis sacrificado el candidato mismo, que era lo último que os quedaba que hacer; y vosotros, cimbrios de la escursion, decid tambien, decid al príncipe cuánto os felicitais de haber dejado de ser republicanos, y de tocar de cerca las ventajas deliciosas de una monarquía que empieza por un viaje tan agradable, tan fabuloso, tan fuera, sin este motivo, del alcance de vuestra posibilidad.

Y luego, mientras Ruiz Zorrilla vuelve á España á organizar la discusion de la lista civil, y mientras SS. MM. mandan preparar sus maletas, acabad por completo, ¡oh viajeros queridos! de echar la cana al aire; apurad las delicias de la Cápua toscana, olvidad hasta el punto que sea posible lo que sois, dad inocentemente al diablillo de un natu-

Digitized by Google

ral olvido la gran España monárquica que representais, y gozad ese buen dia de vuestra juventud en tierra estraña. Hasta que, sonando la hora del regreso, volvais al seno de la madre patria, y os veamos de nuevo en el Madrid que tanto os conoce, y nos conteis con pelos y señales el fundamento de aquel célebre dicho de un príncipe que preferia ser capitan de la marina itálica á empuñar el cetro de los Reyes Católicos.

Id, pues, diputados constituyentes, paisanos y amigos nuestros, delegados de la soberanía nacional, correligionarios políticos del general Prim, letrados, literatos, escritores, hombres de Parlamento, altos funcionarios, flor y nata de la interinidad gobernante; id á cumplir en paz vuestra gran misiva. ¡Buen viento, y viva España española!.....

Esto diriamos, esto pensariamos nosotros, poco más ó ménos, si mañana al anochecer nos hallásemos, como simples espectadores, se entiende, en la bahía de Cartagena. Y despues, dicho se está que nos volveriamos á Madrid á seguir viendo las obras del palacio de Buenavista.

Digitized by Google

CIRCULAR CIMBRIA.

(26 de Noviembre.)

Quisiera creer en Dios, amigos y votantes mios, es decir, quisiera que mis principios políticos, que son los de Echegaray, me permitieran descender hasta la divinidad, para empezar estos breves párrafos, que os dirijo, bendiciéndola y dándola gracias como un simple mortal. Ahora comprendo que los hombres que no han estudiado matemáticas y que no han sido republicanos hayan inventado en algunos momentos la socorrida idea de un Ser Supremo á quien declararse deudores de ciertas felicidades superlativas. Hay satisfacciones, hay hechos, hay placeres que la humana criatura no se esplica sino por un prodigio. Yo no creo en los prodigios de fuera del presupuesto, es decir, de fuera de la tierra; pero creo en el general Prim, autor de cuanto nos ha pasado de dos años á esta parte, de cuanto nos pasa y de cuanto ha de pasarnos. Dejadme, pues, paisanos, electores y correligionarios mios, que al dirigiros hoy mi voz constituyente, exclame, sin necesidad de pedir á la doctrina cristiana sus pueriles invocaciones: ¡loado sea por siempre el conde de Reus, que me permite anunciaros la confeccion definitiva de la monarquía!

Sí, amigos mios, la monarquía española, aquella monarquía que irreflexivamente aborreciamos cuando iba á nuestro pueblo el marqués de Albaida y conspirábamos con él contra el gobernador de la provincia; aquella monarquía con que tan reñidos estuvimos en teoría antes de saber prácticamente cómo se piden, se toman y se dan destinos, está hecha, está hecha desde el dia 16 de los corrientes. Ya lo sabreis por el alcalde, á quien pedí oportunamente la adhesion entusiasta de ese municipio. El dia 16 nos reunimos en el Congreso una porcion de amigos: los demócratas, sin distincion de grupos, los progresistas de

Digitized by Google

siempre, los esparteristas de ayer y algunos unionistas que han resuelto dominarnos por la abnegacion; y ¡zas! esto es, y como quien se bebe un vaso de agua, á una señal del marqués de los Castillejos hicimos la monarquía.

A decir verdad, sin embargo, el terreno estaba bien preparado. Cuando cada cual tiene la conciencia y la colocacion seguras, es mucho más fácil que todos procuren asegurar el porvenir. Habiamos echado dos años en madurar la breva, y no habiamos de dejar que viniese al fin y al cabo la indignacion pública, con sus manos lavadas, á cogerla del árbol. Un rey á tiempo puede ser un negocio loco. Prim dijo: hágase el rey á nuestra imágen y semejanza; y el rey se ha hecho. ¿Qué rey? No importa cuál; cualquiera, en siendo el nuestro. Prim dijo: sea un príncipe italiano; y si Prim hubiera dicho: sea el hijo del malogrado Teodoro de Abisinia, lo mismo hubiera sido. El nombre, el orígen, las condiciones, puros accidentes. Aquí lo sustancial, como dicen nuestros amigos los unionistas, es el principio. Culto al principio, eterno culto al principio: esta es hoy nuestra divisa. Una aclaracion, sin embargo: el principio de que se trata no tiene nada que ver con el que generalmente sigue al cocido. Principio, para los efectos de nuestro monarquismo, es sinónimo de rey extranjero.

El rey, pues, está hecho por obra y gracia de Víctor Manuel, su padre físico, y de nosotros, sus padres adoptivos. ¿Qué falta ahora? Que venga: no falta ni más ni ménos sino que venga. Y esto tambien lo hemos previsto resolviéndonos á ir por él. A la hora en que os escribo, hermanos mios en Martos, van camino de Italia, y en busca del rey, tres fragatas con el presidente de las Córtes, ocho mil duros en oro para propinas y gastos menudos y un par de docenas de diputados, ó sea la comision elegida por suerte en el despacho de Ruiz Zorrilla, para acompañarle. Por más que hice, no pude lograr que saliera mi nombre del sombrero en que se sortearon los de los demás. En cambio, los unionistas se han despachado á su gusto. Estos señores tienen una suerte borracha, y se creen con derecho á todo solo porque manejan con cierta soltura la levita. Pero ya nos vengaremos de ellos por completo, dándoles dentro de poco el mico ministerial más grande del mundo. ¡Ah! se me olvidaba. Cada diputado, sin distincion de matices, lleva un ayuda de cámara; y esto es lo único que me consuela de no haber hecho el viaje. ¿Qué hubiera sido de mí, obligado á no lim-

Digitized by Google

piar mis botas por mí mismo? ¡Pobres compañeros! Tambien me han asegurado que llevan un oficial de peluquero para todos. Han decidido no entrar en Florencia sin el pelo rizado, el que lo tenga.

Y esta es, amigos mios, la situacion de las cosas que me apresuro á haceros conocer. Tenemos monarquía, seguimos teniendo á Prim. vamos á tener rey, y seguiremos teniendo el mango de la sarten. ¿Quién puede quitárnoslo? El cuadro del porvenir, trazado á grandes y verdaderos rasgos, no se ocultará por cierto á vuestra imaginacion. Cuando venga el rey, atravesando las ménos poblaciones posibles, lo llevaremos á Palacio. Llenaremos la plaza de Oriente de amigos leales y polizontes probados, que coman y duerman allí, y que griten cada cinco minutos ¡viva S. M.! para que el buen soberano conoza cómo le ama el pueblo que le damos. A la imprenta la tenemos ya domesticada por el Código penal. Las manifestaciones y reuniones saben ya lo que es el Saladero. Apenas si hay un general que no esté empleado ó que no tenga ganas y seguridad de serlo en breve. Las Córtes se disolverán por el buen parecer; pero con Sagasta en Gobernacion, nuestros gobernadores, nuestros alcaldes, estanqueros, jueces, fiscales, registradores y peones camineros, las futuras primeras Córtes ordinarias se parecerán á estas como dos gotas de agua; apenas si se echará de ver en ellas la ausencia de los federales y de los unionistas testarudos. La córte será nuestra, hasta en sus más mínimos detalles. El rey no saldrá á paseo, durante el primer quinquenio, sino por el campo del Moro, que cercarán nuestros voluntarios. Y, por último, en cada esquina de cada calle de cada ciudad de cada provincia de España habrá constantemente una ametralladora servida por artilleros del 22 de junio. Si esto, que es el porvenir palpable, infalible y cierto, no es redondearse por una eternidad, venga Dios, digo, ó venga quien quiera y véalo.

Espero, por tanto, electores y votantes mios, que esta sencílla relacion de hechos y esta franca y leal manifestacion de mis impresiones ante la situacion del país en general y de nuestro asunto en particular os llevará á vosotros la profunda satisfaccion y la esperanza gratísima que á mí, vuestro representante, me inspiran. Y espero á la vez que seguireis dispensándome vuestro decidido apoyo por lo que tronar pudiera. El porvenir es nuestro, tenedlo por seguro. Una sola cosa, si he de seros franco por completo, me inquieta y entristece hasta cierto

Digitized by Google

punto. Aplicando el oido á las entrañas de esta nacion que tanto nos debe, se me figura oir de vez en cuando algo parecido á una silba. ¿Será ilusion? ¿Será que, despues de lo de Madrid, de lo de Sevilla, de lo de Valladolid y algun otro millar de pueblos, se me hacen los dedos huéspedes y creo que silban hasta los marmolillos? Puede ser; mas, de todos modos, yo os encargo, amigos y paisanos, que tengais sumo cuidado en que no se silbe en ese pueblo. Prohibidlo por un bando; impedidlo á toda costa. Nosotros vamos á fundar una monarquía sordo-muda; pero el pitido de diez y ocho millones de criaturas silbando á un tiempo, ¿de qué sordo no se puede hacer oir? Una revolucion de silbantes es lo único que puede echar abajo la nuestra. El mismo general Prim se pone de malísimo humor cuando oye silbar á sus ordenanzas. Y es eso; es que hay algo que nos dice que un silbido nacional, premeditado y sistemático, es invencible. Fuera de este peligro, los Alquiles de la España con honra somos invulnerables; y así os lo garantizo en el nombre del capitan general que hace reyes por el telégrafo y que os envia por mi conducto la más paternal y la más italiana de sus sonrisas.

De Madrid, en mi oficina, á 26 de noviembre del año de gracia (léase desgracia) de 1870.

Firmado.

X.

Digitized by Google

DISCURSO PROXIMO.

(1.° de Diciembre.)

Nos han dicho que los Sres. Fornos, propietarios del restaurant de la calle de Alcalá, piensan ofrecer al Sr. Ruiz Zorrilla, con respetuosa gratitud, uno de esos obsequios amistosos que perpetúan en las familias el recuerdo de una buena accion, simbolizados en un objeto material de más duracion ¡ay! que la vida del hombre. Comprendemos que los agradecidos dueños del comedor público de moda, conceptuando como anuncio, reclamo, bombo, recomendacion ó apoteosis inconsciente de su establecimiento la cita hecha de él por el Sr. Ruiz Zorrilla en un discurso dirigido ex-profeso al país, al rey y á la guardia negra, se crean en el deber de ofrecer á su involuntario respetable protector alguna escogida palpable prueba de su reconocimiento, y nada tenemos que decir sobre tan justa oferta.

Pero de seguro el Sr. Ruiz Zorrilla no aceptará el regalo; de seguro sus inteligentes puritanos ojos no se dignarán siquiera fijarse en el estuche que contenga la artística botonadura de quita y pon, ni en la caja guardadora de la argentina escribanía de adorno, ni en la bandeja que ostente la aurífera pluma de virginales puntos; de seguro que los respetuosos tributarios oirán, si el caso llega, al digno presidente de la mayoría aostina decirles con el reposado, enérgico y retumbante acento que le distingue: «Sres. Fornos, á otro perro con ese hueso. Quiero decir que no acepto la fineza, que rechazo el avance, y que no me incomodo solo porque comprendo la buena intencion que lo dicta. En primer lugar, mírenme Vds. frente á frente, y díganme si desde mi severa negra levita, hasta mi pelado casi monástico, no dicen bien claro que no soy hombre capaz de hacer caso alguno de esas fruslerías del lujo. En segundo lugar, mi conciencia no me permite

Digitized by Google

aceptar lo que se me brinda en nombre de un agradecimiento que no he querido, ni por asomo, engendrar. Pero esto debo esplicarlo á ustedes con cierto detenimiento: sírvanse sentarse. A ver: ¡muchacho! sillas á estos caballeros. No estrañen Vds. que en mi despacho no haya sofás ni butacas. El asiento de muelle es al verdadero liberalismo lo que Dalila á Samson. Al menos, yo eso creo.»

«Decia, pues, señores, que no me parece haber dado lugar al paso con que Vds. me favorecen, bondadosa pero injustamente. Yo me embarqué en Cartagena con repugnancia, porque el caballo de palo me destroza, pero con la resolucion del que profesa el culto del deber. Y esto no es nuevo en mí. ¿Creen Vds. que me hubiera yo embarcado tampoco con esta situacion si el deber de ser ministro no me hubiera á ello *costretto*?... Y dispensen Vds. la palabra; es italiana; quiere decir *obligado*. En Florencia todo el mundo la pronuncia. El rey Víctor Manuel dice que se ha visto *costretto* á ir á Roma, el príncipe Amadeo se ve *costretto* á dejar en su puesto al general Prim. Pues bueno: *costretto* yo á decir cuatro palabras en la comida de á bordo, porque cuando hasta Gasset habia brindado yo no podia dejar de hacerlo, ¿de qué querian Vds. que hablase sino de la moralidad de los hombres en general y de los demócratas en particular?»

«La moralidad, Sres. Fornos, es un alimento eterno de ciertos espíritus, entre los cuales me coloca de lleno la buena crianza que debo á mis señores padres. Créanlo Vds., aunque esto se oponga un tanto á la profesion nutritiva que ejercen: el hombre no vive solo de pan. Alguna otra autorizada boca, no sé cuál, creo que la de un autor evangélico, lo ha dicho antes que la mia. Cuando el hombre de bien se vé sano, robusto y bien comido, se pregunta: ¿es esto bastante? ¿no me falta algo?... Y si la voz de su conciencia le responde: te falta un poco de probidad, un poco de rectitud, un poco de la estimacion de tí mismo, un poco de honradez, entonces el hombre de bien tira el cubierto, arrolla el mantel, rechaza la enervante mesa con la punta del pie, y exclama: pues ¡vive Dios, que si me falta eso me falta todo!...»

«Pues bien: este y solo este era el verdadero sentido de mi discurso. Un poeta de zarzuela hace decir á una reina, dirigiéndose á ciertos arrepentidos tomadores de lo de otro:

¡Ya que sois ricos, sed buenos!

Digitized by Google

Y yo hace meses que me creo obligado á decir á algunos de mis correligionarios políticos: ea, caballeros; me parece que con lo sucedido basta. Ya os habeis vengado bastante de la desgracia, de la escasez, del despotismo, de la reaccion, de los moderados y del Catolicismo. Estais en el caso de dar un nuevo sesgo á la victoria: sed escrupulosos, sed justos, sed respetables. No hay cosa más compatible con la comodidad que la virtud. A vivir, pero á vivir bien. A ser hombres políticos; pero no á serlo á prueba de silbas, sino á serlo como yo lo he sido y lo soy: dejando un ministerio cuando un pueblo como el de Barcelona no me aclama. A ser periodistas, pero á serlo ministeriales para no debilitar el sacro principio de la autoridad. A comer, pero á comer en casa, al lado de la mujer, teniendo sobre las rodillas á los pequeñuelos, viendo enfrente á la inexorable suegra; porque yo os digo que el hombre que pide y pregona moralidad, y despues se va á comer á una fonda, ese hombre ni es revolucionario, ni progresista, ni nada para la libertad y para la patria.»

«Y naturalmente, señores, al hablar de fondas, de comedores, de insensatas canas echadas al aire, un hombre de mi posicion tenia, no solo que citar el establecimiento de Vds., sino que execrarlo. La cita era pertinente, porque el presidente de la representacion nacional no habia de acordarse, en punto á fondas, de la de Perona, por ejemplo, ó de la de Portilla, donde se come por poco más de nada. La execracion era lógica; porque si no, ¿para qué la cita? ¡Ah, Sres. Fornos! yo soy un hombre de esperiencia; yo soy un regular médico político; yo veo algo crecer la yerba en el fondo de nuestro organismo nacional, y yo sé, y yo siento, y yo creo, y yo digo que, mientras haya fondas buenas y caras el puchero doméstico está condenado al rubor de su inferioridad, y el rico le olvidará por ellas, y el pobre, el industrial, el trabajador, el empleado, el periodista, el diputado modesto, siempre que tengan cinco duros de sobra en el bolsillo, cuando llegue el anochecer, la hora del apetito en Madrid, y se vean lejos de casa, sentirán eterna y fatalmente la tentacion de ir á comerse en ellas una chocha con trufas, ó una docena de frescas ostras.»

«Dia llegará, señores, dia llegará, porque todo llega en el mundo, en que Vds. confiesen esto y deduzcan de esto los males profundos que se derivan de esas digestiones clandestinas y dispendiosas. Cuando ustedes hayan acabado de hacer su negocio; cuando sus mozos de

Digitized by Google

servicio hayan depositado poco á poco en la caja social unos cuantos milloncejos; cuando tengan Vds. el derecho de ser filósofos, Vds. recordarán con horror las generaciones de hambrientos elegantes que han pasado por su casa, que han gastado allí el dinero del acreedor, el pan del hijo, el vestido de la esposa, ó el sueldo de la redaccion. Cuando llegue ese dia, yo les estimaré á Vds. que me busquen, aunque me vean presidente del Consejos de ministros, ó partidario de cualquier nuevo rey. Mis puertas se les abrirán por mis propias manos, y si entonces quieren Vds. ofrecer una bagatela afectuosa, no al moralista, sino al consejero, yo la aceptaré; porque entonces no parecerá el importe de un anuncio de *La Correspondencia*, sino que será el recuerdo de una revolucion moral hecha en corazones honrados por un hombre honrado. Entretanto, llévense Vds. lo que hoy me traen; que yo no lo vea, que yo lo olvide, que yo no me exalte á su vista. Ya comprenden Vds. cuánto necesito de mi lucidez y de mi sangre fria ante las eventualidades que se nos preparan.»

Y es seguro tambien que, aparte los efectos morales que ese inminente discurso del gran puritano deje en sus oyentes, lo recibirá con la misma avidez benévola que acoge todos los suyos, y aun con más entusiasmo, si cabe. Porque el digno Sr. Ruiz Zorrilla no es solo un gran moralista en abstracto; es necesario considerarle como moralista de actualidad, de oportunidad, del momento; como moralista *ad hoc*. Entre las tendencias que nuestras naturales relaciones con Italia pueden inocularnos, no es disparate presumir que se cuente la de la mesa, la de la gula, que posee en grado sumo, y considerada en conjunto la nacion de los escelentes fideos. ¡Qué servicio, pues, no ha empezado á prestar á la sobriedad española la elocuencia del Sr. Ruiz Zorrilla inspirada en la templaza! ¡Ah! ¡Confesémoslo: con muchos Ruiz Zorrillas y algun que que otro Figuerola, el pueblo español no corre peligro de ser un pueblo gloton!

Digitized by Google

EL PRIMER SUSTO.

(9 de Diciembre.)

Hojas del árbol caidas...

Ayer, dia de la Inmaculada, dia católico, dia nacional, dia antiradical; mientras el ministro próximo de la Gobernacion iba con la diplomacia al Escorial á ver la mómia del gran Cárlos V, que ha tenido el valeroso mal gusto de conservarse hasta en el seno de la España de Prim; mientras el ministro casi-pasado de la Gobernacion volvia á desmentir los rumores del dia anterior sobre su salida, en que Sagasta acabará por no creer; mientras el conde de Reus imaginaba alguna otra leccion de italianismo para los que él llama sus Voluntarios, y disponia de nuevo la sacramental cazuela de arroz y los letargosos cigarros de estanco que de tan buenos auxiliares le sirven; mientras Echegaray desesperaba de la civilizacion en general y de su felicidad en particular al saber que en la mayor parte de nuestras iglesias se hacian sendas funciones dedicadas á la Purísima; mientras se recibia de Portugal la noticia del embarque de Julian Casas y su cuadrilla para el Pacífico, y muchos envidiaban la situacion emigrante del conocido taurómaco; mientras todo eso sucedia, sucedia tambien que muchos personajes de la situacion estaban tristes.

Rogamos á la sonrisa incrédula del lector que se contenga y crea en la melancólica verdad de lo que decimos. Ya se nos alcanza lo estrañamente absurdo que debe parecer tal afirmacion. Ser personaje de actualidad, es decir, no ser cesante, ni clérigo, ni tenedor de treses, ni contratista, ni contribuyente, ni reaccionario, ni doctrinario, ni español más que hasta cierto punto, y estar triste, tiene todas las apariencias de un feroz antagonismo. No haber venido todavía el rey, estar aun los hombres y las cosas de la situacion envueltos para S. M. en

Digitized by Google

la encubridora bruma de la distancia, no tener aun la sospecha de ser conocidos, y existir algun motivo de prévia escama y de lógica alarma, tiene todos los visos de una anomalía incomprensible.

Y, sin embargo, nada más cierto. Habia ayer tarde gran tristeza, tristeza honda é indisimulable entre los señores. ¡Ah! la tristeza, como la muerte, á quien imita, *equo pulsat pede, pauperumque tabernas*, etcétera. La tristeza es una gran cosa, un gran nivel democrático, una gran vengadora; y desde ayer, desde ayer mismo se ha puesto á disposicion de los que con tan atroz despecho, segun *La Iberia*, contemplamos á la cohorte dominante; de los míseros echados del alcázar revolucionario, que con tan inútil mal humor escuchamos los ecos del bienal festin. Ayer no habia, en efecto, un semblante progresista-democrático alegre; ayer no habia un corazon radical contento; ayer buscaban en vano nuestros ojos oposicionistas, desde la Castellana al salon de conferencias, una de esas figuras trasparentadas por el gozo interno, bullidoras, sonrientes, benévolas, orgullosas, que parecen llevar sobre la altiva frente el diploma de la felicidad gobernante. Todo era ayer silencio doloroso, talante uraño, humor de perros entre los amigos del amigo del doctor Simon. Parecia que Gonzalez Brabo los tenia aun bajo su dura, esperta mano; parecia que ya no habia en España un solo destino que dar; parecia la fin del mundo...

¿Qué habia pasado? Una friolera, como si dijéramos. Habia pasado que habian venido muchas y graves noticias de Florencia. La mayor parte de ellas vieron anoche mismo la luz pública en la noticiera *Correspondencia*. Que D. Amadeo de Castilla pasará, si se quiere, las Páscuas, al lado de su autor moral; que no viene más que con algun secretario particular suyo, recomendado desde luego á la tolerancia del Sr. Prats; que, con escepcion de algunos buenos caballos, por si acaso los del patrimonio no están disponibles, y de algun par de cocineros, por si acaso en España se ha perdido el hábito de una regular alimentacion, el rey quiere venir como debe estar, si Dios no lo remedia: solo. Todo esto se supo ayer. Pero ¡si no hubiera sido más que esto! Tambien se supo, tambien se dijo ¡oh cielos! otra cosa. Tambien se aseguró que el rey viene decidido y dispuesto á montar y establecer su casa bajo el pié militar y austero que lo está la de su señor padre; que anticipadamente, y demostrando una autonomía de doscientos diablos, habia declarado que las personas admitidas en su servidumbre

Digitized by Google

serán muy contadas, y muy estudiadas, y muy escogidas, y pertecientes todas á familias cuyos antecedentes, ó cuyos abolengos, ó cuya merecida elevacion sean una garantía prévia del decoroso prestigio y de la seriedad de buen gusto que una córte sensata necesita. En una palabra: ¡que no hay esperanza para la guardia negra!...

¡Rayos de la atmósfera! ¡volcanes de la tierra! ¡catástrofes de la naturaleza! ¿qué haceis que no venís en auxilio de ciertos ánimos tan inmerecidamente desengañados? ¡Adios, córte del tercero y cuarto estado, córte soñada, córte necesaria, córte que debias modelarte en la Tertulia! ¡Adios, monarquía de chaqueta, monarquía *bourgeoise*, monarquía á la pata la llana, monarquía sin faldones, monarquía del tuteo, monarquía sin tuyo y mio, monarquía ideal! ¡Adios, rey igualitario, rey el ménos posible, rey del fácil acceso, rey camarada, rey alberguista, rey sargento, rey campechano, rey de los comités, rey fraternal! ¡Adios, habitaciones de palacio, cocina, coches y criados de palacio, leña y lumbre de palacio; adios, ceremonial democrático, murgas con kepis, festines con cocido, recepciones sin guantes, lista civil repartida en familia; adios, suculentas humildades régias, fantástica mina inagotable; adios, adios! Todas vosotras, imágenes bellas, imágenes del poético progreso, os habeis disipado en un dia, en una hora, en un momento, al invisible choque de un maldito telégrama cifrado. ¿Qué liberal inventaria el telégrafo?

Y seamos justos: la tristeza de la situacion, por esa terrible, desorganizadora, súbita noticia engendrada, es el sumo de lo natural y de lo respetable. No quiera Dios que nosotros asistamos nunca con pérfido contento á la exhibicion de esos desgarradores desfallecimientos colectivos, de esos amargos descuajos de los que, siquiera sean adversarios políticos nuestros, son al fin y al cabo hombres y caballeros particulares como el que más. Cuando ayer les mirábamos, entregados á su inmensa pena, vagar como palominos atontados por los círculos que pocas horas antes iluminaban con sus sonrisas de ahitos y ensordecian con sus gritos triunfales, el espíritu de partido huia ruboroso de nuestro corazon, el contagio de su dolor nos invadia, y la severa voz de la imparcial reflexion nos decia secretamente: ¡Esa es la vida, ese es el hombre, esa es la consecuencia liberal; sea Vd. progresista, sea Vd. cimbrio, sea Vd. italiano, sea Vd. desinteresado, prométase patrióticamente poner su individualidad al servicio de un rey de oca-

Digitized by Google

sion, para que ese rey se establezca sin hacerle caso, y venga á montar su casa con personas que no han cantado una sola vez por la calle el himno de Riego!...

Y luego, cuando veiamos pasar por nuestro lado, hablarse en secreto, hacer gestos de mal reprimida cólera, ó andar mirando al techo, tantos buenos sugetos, tanto padre de familia que acaso tendrá á estas horas en su casa dos ó tres modistas probando á sus cándidas hijas el inverosímil traje de ceremonias que nunca llevarán; cuando considerábamos que entre aquellos angustiados patriotas habrá, sin duda, quien tenga que pagar un uniforme inservible, quien no sepa cómo decir á la entusiasmada esposa que no se haga ya el vestido de cola, quien lleve ya más de un mes soñando con ir á caballo al estribo de una carretela régia, ó con hacer doméstica centinela ante una misteriosa mampara de la real casa; cuando pensábamos en tanta dicha irrealizable, en tanto peinado inverificable, en tanto préstamo sin objeto, en tanta leccion de buenas maneras que nadie apreciará, no teniamos pensamiento ni palabra sino para decir, como Ruiz Zorrilla á bordo: ¡respeto á la desgracia!

Bien mirado, sin embargo, el contratiempo no es tan grande. Si el rey se empeña en tener una córte á su manera, es más que probable que el general Prim siga teniendo la suya, y la aumente y la retribuya convenientemente; y al lado de D. Juan Prim caben todos. Y además: todavía puede que sea tiempo. Si el general Prim pone hoy mismo un telegrama al Sr. de Montemar en que le diga: «córte á mi gusto, ó nos oirán los sordos. Trabaje Vd.,» es indudable que no pasará el próximo dia sin que el Sr. de Montemar le conteste: «he dado otra comida en esta legacion. Todo arreglado á los postres. Córte como Vd. quiera. Que se equipen los amigos. ¡Viva la libertad!» De consiguiente, la cosa puede tener remedio; lo cual no quita para que el susto haya sido mayúsculo, y, sobre todo, para que el espectáculo de ayer fuera bien triste: sí, muy triste. Pero si no somos españoles á prueba de sustos, ¿qué somos?...

Digitized by Google

UN MAL RATO.

(12 de Diciembre.)

Ayer fué uno de esos dias en que un buen liberal no sabe qué hacerse. Domingo oscuro y lluvioso, dia lóbrego en que las nubes parecian condolerse de la España con honra y ocultarla á la vista del universo, nosotros pensamos primero en dedicarlo al sueño, y pedimos *La Iberia*. Pero *La Iberia* venia ayer dedicada á la filosofía alemana; en el primer artículo de su primera columna, sin prévio aviso al lector, sin preparacion de ningun género, como quien suelta un cañonazo al inofensivo sentido comun, nos encontramos con que *La Iberia* hablaba de «la naturaleza humana en su ciencia física,» de «la idea de gobierno en su condicion moral,» de «la nocion de sociedad que es cardinal en toda funcion histórica, y no se concibe en el aislamiento,» del «natural consorcio del hombre y la mujer,» del «procedimiento segun el cual la naturaleza individual se conservaba todavía vírgen, sin más accion coercitiva que la del instinto,» y de otra porcion de horrores. De manera que *La Iberia* de ayer no permitia siquiera el ordinario esfuerzo con que sus aficionados empezamos siempre á leerla, y tuvimos que idear otro aburrimiento.

Vamos á ver, nos digimos, si hay ejercicio de Voluntarios, y si el señor conde de Reus, que cuando se propone una cosa, así se preocupa de la lluvia y del viento como del buen parecer, tiene avisado á cualquier batallon ciudadano de la sorpresa de su presencia; y nos encaminamos hácia el palacio de Buenavista. Pero allí nos dijeron algunos cesantes del ramo de Guerra, oficiales en su mayor parte, cuyos antiguos puestos ocupan hoy los sargentos del 22 de junio, que el general Prim estaba en Aranjuez. La agricultura, ese arte decano, es decididamente la aficion íntima de los grandes hombres. La historia se repite

Digitized by Google

á este respecto de una manera fatal. Entre la espada y la azada de Cincinato, y el ministerio y el cortijo de D. Juan Prim (todos los periódicos han confirmado nuestra noticia de que el cortijo del doctor Simon es ya del conde de Reus) no hay más diferencia que la que cualquiera puede apreciar á la simple vista. Tuvimos, pues, que renunciar á oir de los lábios del marqués de los Castillejos el segundo viva á don Amadeo de Castilla.

¿Qué hacer? Nos fuimos al salon de conferencias. Imposible estar allí: estaba Figuerola, y, además, ni se hablaba siquiera de la salida de Rivero. Los pocos patricios ociosos que domingueaban sobre aquellos divanes, ó comentaban el célebre telégrama de anteayer en que un diplomático progresista de España en Parma participó al gobierno el entusiasta recibimiento hecho á la comision constituyente por las autoridades CRIMINALES de aquel punto, ó hablaban del supuesto proyectado arriendo de la renta del tabaco, ó de las dificultades que para aprender pronto y bien el italiano encuentran las imaginaciones ennoblecidas en un liberalismo sin segunda enseñanza. De modo que el salon de conferencias despedia ayer huéspedes, como suele decirse.

¿Á dónde ir? Si hubiéramos sido socios de la Tertulia, ahora que el Sr. Madoz no está en la Península de *La Peninsular*, nos hubiéramos tapado de cualquier modo los oidos y hubiésemos ido allí, y acaso hubiésemos matado con fruicion el tiempo en compañía del Sr. Bautista Alonso. Ir á la cárcel de la Villa á visitar á nuestro desventurado amigo el Sr. Gonzalo Moron, y á pedirle que nos leyera el borrador de la reconvencion descomunal que ha dirigido á cierto despiadado marqués, hubiera sido espuesto. El alcaide, primista, sin duda, y nosotros, digámoslo así, escritores: ¿qué derecho individual nos libraria de la encerrona?

Decidimos, pues, pasar el dia á la española, ó más propiamente, á la madrileña: vagando. Y nos pusimos á recorrer calles como buenos cesantes. Y así, de esquina en esquina, ya leyendo anuncios, ya contemplando escaparates, llegamos á la puerta del mismo San Isidro el Real, digo, el Nacional, que es como debe decirse. Muchos, muchos años hacia que no entrábamos en la vieja, célebre iglesia. Si no recordamos mal, la última vez que lo hicimos fué para contemplar con patriótico recogimiento el cadáver del glorioso primer duque de Bailén, de aquel ilustre Castaños que murió pobre, que murió respetado, que

Digitized by Google

murió admirado, que murió como vivió; porque—sépanlo los héroes de pega que necesitan saberlo—generalmente se muere como se vive.

Y ¡cuál no fué nuestra sorpresa al ver que el templo estaba materialmente atestado de gente! Una numerosísima concurrencia, en la que figuraban las clases todas de nuestra capital, desde el prócer al artesano, desde la celebridad política al modesto industrial, llenaba naves, bancos y capillas. Y sobre todo, habia allí tantas y tan notables y tan respetables y tan conocidas damas de la buena sociedad madrileña, que, verdaderamente, era aquello un fenómeno. Porque todo el mundo sabe que, sin saber por qué, las señoras madrileñas andan hace un par de docenas de meses algun tanto retraidas, como si dijéramos, de las grandes exhibiciones públicas cuyo principal atractivo formaban en los tiempos de la monarquía. ¿Qué pasa aquí, pues, nos preguntamos primero á nosotros mismos, y preguntamos despues á uno de los asistentes; qué pasa aquí? ¡Y lo que son las cosas! No pasaba ni más ni ménos que una funcion religiosa. Por lo visto, algunos españoles católicos, para quienes la religion es cosa séria, se habian concertado para ir á pedir á Dios en San Isidro por las graves necesidades actuales de la Iglesia. ¡Cosas de la reaccion!

Naturalmente, nuestro primer movimiento fué el de abandonar el local sagrado. A fuer de buenos revolucionarios, nosotros no podemos asentir á ciertos actos externos de la preocupacion humana. Cada cual puede ser á sus solas, en su casa, en su conciencia, tan católico como su padre ó como su abuelo. Pero hoy, pero en plena España garibaldina, concertarse, reunirse, ir á hacer oracion colectiva para rogar al Omnipotente por el bien de la Iglesia que nos bautiza, nos enseña á rezar, nos casa, nos confiesa, nos comulga y nos ayuda á bien morir; incurrir hoy, en la España de Echegaray, en la rutina de la España de quince siglos; llamarse y ser liberal, tener por presidente inamovible del Consejo de ministros á un verdadero representante de la diosa Razon, y entretenernos en recitar el «Padre nuestro:» ¡eso no puede, eso no debe ser!....

Y, dicho y hecho: empezamos á separar gente con manos y codos, y nos dirigimos hácia la puerta. En vano los magníficos acordes del órgano y las místicas voces cantantes parecian querer retenernos; en vano el elocuente obispo de Avila hablaba con verdadera uncion, y desde el colgado púlpito, al concurso; en vano las reminiscencias pia-

Digitized by Google

[illegible] de nuestra educacion, ó los impulsos más íntimos de nuestra alma parecian convidarnos á olvidar allí el país setembrista que fuera [illegible] esperaba. Aquello, por el solo hecho de ser un acto religioso, de ser una reunion de personas que creen algo, era un acto anti-radical, un verdadero acto de oposicion. Por otra parte, si las tribulaciones de la Iglesia son graves y grandes en algun país, lo que es en el nuestro no han llegado, felizmente, á mayores. Verdad que el clero ayuna hace veintiseis meses; pero ahí tienen Vds. al señor arzobispo de Zaragoza, que acaba de decir á sus subordinados: la revolucion, hermanos mios, no tiene pan para vosotros, aunque tiene mesa y coches para muchos. Podeis, por tanto, si no quereis moriros de hambre, iros donde encontreis el pan de cada dia. Y claro es que si el clero español en masa hace lo mismo, España no tendrá sacerdotes, pero la necesidad habrá desaparecido. Cosa que tiene tan fácil remedio en la emigracion, no es, pues, un mal gravísimo.

Y cuando acabábamos de pensar esto nos hallamos al fin en la calle de Toledo. Las gentes que cruzaban, los coches que rodaban, la lluvia, esa bebida revolucionaria, es decir, tan barata y tan abundante, cayendo sin tasa de sus alturas librecambistas, los agentes de órden público en las esquinas, señal infalible de que la partida de la Porra no estaba cerca; todo, todo brillaba con el normal aspecto del Madrid liberal, de nuestro Madrid. Olvidamos, pues, instantáneamente el mal rato que acabábamos de pasar, y nos fuimos á comer pensando en el gran Ruiz Zorrilla.

Digitized by Google

EN EL WAGON.

(14 de Diciembre.)

—¡Sr. D. Manuel!

—¡Hola, Cristino! ¿Vd. por aquí? ¿Qué es eso? ¿Qué baston es ese?

—El de Moreno Benitez, esto es, el de gobernador de Madrid...

—Vamos, me alegro: Vd. no desperdicia ocasion de sacrificarse. ¿Y qué hay, qué hay por esas tierras? Cuénteme Vd.

—Pues nada, lo de siempre. No hay Dios que eche á Rivero... pero usted, Vd. es el que ha de contar. ¿Qué tal Italia?

—Hombre, francamente, lo que es Italia me parece un buen país: un poco católico todavía, pero, por lo demás, aquello marcha.

—¿Y el rey?

—Inmejorable. Ya sabrá Vd. que me hizo una visita de media hora larga.....

—¿Y la reina?

—Escelente. Ya sabrá Vd. que nos recibió en Turin de una manera.....

—¿Es verdad que sabe el sanscrito?

—El sans..... qué?.....

—El sanscrito; una lengua muerta.

—¡Ah! sí; pues no sé; lo que sí sé es que sabrá pronto el castellano.

—No corre prisa. D. Juan, á lo que parece, está decidido á que SS. MM. no vengan hasta que esto esté arreglado.

—¿Y qué areglo es ese?

—Nada, las Córtes, la lista civil, la Hacienda, los distritos, el Código, la crísis.....

—¡Bah, bah! ya veremos; todo eso es cuestion de pocos dias; todo se hará pronto y bien, porque á mí no me la arma nadie..... ¿Y Figuerola?

Digitized by Google

—Bueno: ha retirado sus palabras.....

—¿Qué palabras?

—Aquellas sobre la reina Cristina. Campo-Sagrado le ha inclinado á ello.

—¿Y Moret? Supongo que Vds., los del *Imparcial*, por no perder la costumbre, le estarán ya acariciando...

—¡Ah, Sr. D. Manuel! Usted lo dijo en Cartagena. La Hacienda es la vida; ante la Hacienda no hay amigos.....

—(Te veo.) ¿Y qué más, qué más hay?

—Nada, ya sabrá Vd. lo de Ducazcal.

—Algo me han dicho; algo me han dicho tambien de lo de la porra; ¡bonita sociedad indefensa hemos fabricado!

—Señor mio, las sociedades no se defienden en un dia. ¿No leyó usted mi bando á los estudiantes?

—Yo no leo nada. Pero, diga Vd.; observo que las estaciones están solitarias. ¿Es que no saben que venimos?

—La verdad, no he tenido tiempo de anunciarlo. Pero en Madrid será otra cosa. Allí encontrará Vd. un batallon con bandera, coches de alquiler á discrecion, el conde, algunos ministros, diputados amigos, periodistas..... Madrid es la nacion; Madrid es lo único grande.... y á propósito: ¿sabe Vd. lo de los grandes?

—¿Qué grandes?

—Los de España. Se han disuelto; quiero decir, han disuelto su diputacion. Es el suceso del dia.

—¿Y á mí qué? ¿Piensan esos señores que se nos encogerá el ombligo por eso? Doy toda la grandeza española por un batallon de cazadores, y lo mismo hacia el cardenal Cisneros.

—Sí, pero lo cierto es que esos dichosos conservadores.....

—¡Hombre! ¿ahora salimos con esa? ¿conque todavía hay en nuestro país alguien que tenga algo que conservar? Pues cuando yo me fuí nadie lo sospechaba..... ¿Y Olózaga?

—En Utrera: dicen que será el ministro de Estado *de usted*.

—Lo dudo.

—Sí, ya comprendo; Vd. sigue contando con algun unionista.

—(Te veo.) Yo, D. Cristino, con lo único que sigo contando es con mi propósito de no dejarme embromar por nadie..... Pero creo que llegamos al Escorial.....

Digitized by Google

—En efecto. ¿No sabe Vd.? Sagasta trajo aquí el otro dia al cuerpo diplomático, *en negligé*.

—Mal hecho; mientras no nos acostumbremos al frac, no pareceremos nada. Yo he cruzado de frac el Mediterráneo, la Italia y la Francia, y he comprendido, por más de una mirada, que el aseo es un elemento político como otro cualquiera..... ¿Y el regente?

—Bueno; parece que no quiere salir de Madrid.

—¿Se lo han propuesto?

—Sí, D. Salustiano, tres veces, y la última en la escalera, al salir el general con su familia para el teatro. Pero se le rieron al *leader* en las barbas.,...

—¿Tiene barba?

—No; se la quitó cuando cayó el imperio.

—Más vale así. ¿Y los montpensieristas?

—¡Ah! Insufribles, insufribles. No hay manera de hacerlos conspirar. Topete ha estado en Sevilla.

—¡En Sevilla! Pero, hombre, ¿ya no hay policía en este país?

—No puede haberla. ¿Qué son dos millones para los gastos secretos de Gobernacion?

—Caballero, dos millones bien gastados dan mucho de sí. Mucho ménos gastaba yo en la emigracion con los amigos, y, sin embargo, no habia intriguilla de ninguno de ellos que se me escapara.

—Si eso es una alusion, Sr. D. Manuel, yo la rechazo en nombre de la verdad histórica. Yo no intrigué en París, ni en Bruselas. Yo, cuando, despues de los sucesos de Valencia y de enero, nos reunimos en el Havre para excomulgar, políticamente, al general Prim, dije con franqueza, y á la luz del quinqué que nos alumbraba, que aquel hombre, que parecia eternamente condenado á la derrota, no debia disponer de los secretos de los auxiliares y del dinero de la revolucion. Pero que diga el general Prim si desde que me hizo ministro de Estado ha tenido un amigo, un consejero por mi estilo..... ¡Parece mentira que un hombre como Vd., Sr. D. Manuel, todo buen sentido, todo espontaneidad, todo verdad, haya dado crédito (y ya es tiempo de que entremos en esta esplicacion) á los enemigos que mi consecuencia, mi habilidad y mi juventud me han creado! Sepa Vd., pues, de una vez para siempre..... Pero ¿qué es eso? ¿Se está Vd. durmiendo?

—Hombre, confieso que el ferro-carril tiene para mí algo de narcó-

Digitized by Google

tico. Esta rapidez vertiginosa, esta trepidacion zarandeadora, esos palos del telégrafo que no pueden contarse, estos asientos de pelo de cabra me enervan y me disponen al sopor como un discurso de Rojo Arias, y dispense Vd. la comparacion.

—No hay de qué; no soy grande amigo de Rojo, aunque, á decir verdad, entre él y Becerra, que son los dos candidatos más indicados para el gobierno que desempeño, yo opto por Arias. Y esta es la opinion general, sobre todo en la Tertulia.

—¿Va Vd. por allí?

—Alguna vez. Ahora se ocupan de reorganizar el partido.

—¿Qué partido?

—El de Vds., es decir, el de ellos.

—Milagro será que no ande en esto la guardia negra.

—¡Anda en tantas cosas! Hoy mismo, si Vd. no se encuentra en Madrid con un buen regalo de los amigos, es porque.....

—¿Por qué?

—Porque apenas surgió la idea de una suscricion ó cuestacion con tal objeto, no faltó quien se echara encima.....

—Basta. Comprendo; pero no me arrendran. El hijo de mi padre aguardará á morir para podrirse. Pero ¿qué pitido es ese? Desde Barcelona no he oido otro más fuerte.

—Es la señal de llegada. Vea Vd., estamos en Madrid. Allí está el palacio, nuestra casa, la casa de los liberales, como quien dice..... Vamos á entrar en la estacion.....

—Me alegro; ya era tiempo. Sí, ahí están los amigos; me parece, creo distinguir..... Sí, es su cara, su misma cara de siempre, es el marqués..... ¡SEÑORES! ¡VIVA EL REY!

Digitized by Google

LA CASA DE TOCAME-ROQUE.

(16 de Diciembre.)

El Sr. Prats y sus comanditarios políticos han olvidado, entre los argumentos tranquilizadores con que se permiten recomendarnos diariamente la monarquía toscano-española que nos han proporcionado, anunciar al país que el principio de esa monarquía y el fin de las Córtes Constituyentes han de ser simultáneos. Nuestros lectores habrán tenido ocasion alguna vez de conocer uno de esos niños de maravillosa precocidad moral, cuya inteligencia, en desequilibrio con su tierna edad, hace temer á padres y amigos un fin prematuro. Pues bien: nosotros confesamos que el gran Parlamento revolucionario nos infunde un temor análogo. La elocuencia, el patriotismo, el nacional decoro, la respetabilidad personal, la sabiduría liberal, cuanto de más grande y de más venerable sueña el humano deseo, es indudable que vive y se ostenta hoy reconcentrado en la Cámara del duque de Aosta. Y no hay vez en que, palpitantes de asombro y de entusiasmo, asistamos á sus sesiones, sin que el miedo á la fragilidad de la grandeza del hombre nos diga en el confesionario de nuestra conciencia: esto no puede seguir así mucho tiempo, esto es superior á todo lo imaginable, esto va á dar un tronido.

El país debe sentir lo mismo, debe creer y esperar lo mismo. El país no está acostumbrado, á pesar de haber pasado por el bienio de 1854 á 1856, á semejante espectáculo. Desde las Córtes bárbaras de la primitiva España monárquico-federal, hasta las mayorías del último moderantismo que sufrieron la comparacion con un tren de tercera clase, la España parlamentaria ha sido una España modesta, con raros instintos, escepciones y anormalidades del mérito individual, de independencia y de civismo. Pero las Córtes de 1869, pero estas Córtes que el

Digitized by Google

Sr. Sagasta vió formarse por la voluntad nacional bajo su imparcial gobernacion, han convertido la escepcion en regla general. En ellas lo raro, lo escaso, lo mínimo es lo vulgar; en ellas ha venido á reunirse la flor, la crema, la esencia de nuestras generaciones democráticas. ¿Qué estraño es, por tanto, que hayan hecho lo que han hecho? ¿Qué estraño que el medroso sentimiento público, desconfiado de que tan prodigiosa elevacion y tan fecundo patriotismo creador no puedan sostenerse por mucho tiempo en la altura á que han llegado, apetezca verlas concluir cuanto antes en la plenitud de su prestigio?

Ayer, ayer mismo, si nosotros hubiéramos sido—Dios nos libre—el conde de Reus, no hubiera concluido la sesion sin que hubiéramos dicho á la España que nos contempla: «Patria mia, patria de los radicales, no temas; esto se va. Y se va, no porque ya no me sirve, no porque estoy en el caso de sustituirlo con algo idéntico, sino porque yo, como tú, me estremezco á la sola idea de que esto, por el peso mismo de su portentosa grandeza, dé un estallido. Quince dias más, y *el Inmerecido* nos hará su primer servicio acabando con las Córtes Constituyentes.» Pero el general Prim nada dijo, porque el general Prim prefiere otros métodos para hacer monárquicos y dinásticos: el presupuesto y los batallones. Con su pan se lo coma el general Prim.

Con decir, en efecto, que en la sesion de ayer las Córtes soberanas se escedieron á sí mismas, basta para dar la idea prévia de esa creciente, magnífica magestuosidad de los debates constituyentes que nadie se atreve á prever en qué pararán. Veintiocho dias habian trascurrido desde la votacion del rey; veintiocho dias de viajes, de glorias y banquetes esteriores, de silencio interior, interrumpido apenas por el doliente ¡ay! ministerial del Sr. Figuerola, ó por los ecos del teatro de Calderon. A los veintiocho dias, la nacion, que se iba acostumbrando á leer y á no oir al Sr. Ruiz Zorrilla, oye de nuevo los ecos de su siempre rota y siempre entera campana presidencial. No cabe duda: todavía hay Córtes. Escuche el mundo, tiemblen los déspotas, prepárese el sentido comun, regocíjese la seriedad representativa. Atencion.

La sesion se abre; pero, ¿cómo es posible que haya sesion si no sabemos de qué se va á tratar, si no hay órden del dia prévia y reglamentariamente señalada? dice el Sr. Figueras. Y el presidente, que se propone ser tolerante, blando y dulce como conviene á sus recientes hábitos italianos, contesta: «Eso, Sr. Figueras, ha sido una omision

Digitized by Google

involuntaria. Pero S. S. comprenderá que para algo hemos vuelto de Florencia.» Y se lee el acta de la sesion última, el acta de la nunca bien ponderada eleccion régia. «Ese acta es nula, exclama el Sr. Sorní; el Congreso lo comprenderá así con un simple esfuerzo de lógica. En el escrutinio se separaron los votos á la república federal, á la república española, y á la república á secas. ¿Por qué no se separaron los votos al duque de Aosta, rey de España, y al duque de Aosta, rey de los españoles?» Risa universal. ¡El diablo son los republicanos! ¡Pues no quieren que se haga con el rey lo mismo que con la república!

Restablécese la compostura á campanillazos, y entonces un unionista de los que no sirven, el Sr. Mendez Vigo, se permite levantarse. (Sensacion.) El Sr. Mendez Vigo: Señores, las actas de nuestras sesiones son los certificados legales, fehacientes é imprescindibles de cuanto aquí hacemos. Es así que la comision espedicionaria no ha podido llevar á Florencia el acta de la sesion del 16 de noviembre que discutimos, luego la comision ha ido sin credencial, ha ido, en cierto modo, apócrifa y gratuitamente á ofrecer un sueldo de treinta millones..... —Indignacion general.—El presidente, blandiendo su eterna sonaja: Pero, señor mio, ¿y el acuerdo?—La mayoría: ¡Eso, eso, el acuerdo! ¡Basta de montpensierismo!—El Sr. Diaz Quintero: Pero, hombre, es fuerte cosa que aquí no podamos hurgar siquiera al candidato. ¡Si al ménos se nos hubiese dicho que ese candidato es una especie de Licenciado Vidriera!...—Gritos, rayos y centellas. El conde de Reus se levanta y estiende sus brazos á la mayoría, como diciendo: «¡A ese!» El Sr. Moncasi contesta por todos al conde de Reus con otra mímica igual. Confusion.—El Sr. Figueras, para una cuestion de órden: Desearia saber en qué idioma se han hablado oficialmente las Córtes y el rey electo.—El señor presidente: Sr. Figueras, yo no podia hablar sino en español, como todo el mundo sabe. El rey, por su parte, estuvo en su derecho al hablar en italiano.—Una voz tímida en una tribuna: Así se entienden las gentes. ¡Viva la monarquía Babel!—Un secretario: ¿Se aprueba el acta?—128 votantes: Se aprueba.—35 votos: No se aprueba.—El secretario: Queda aprobada.

El Sr. Ruiz Zorrilla, visiblemente turbado: Cúmpleme ahora, señores diputados, deciros en *pocas palabras* (esta era ayer su muletilla) que hemos hecho, como quien dice, un viaje á Lima. En *pocas pa-*

Digitized by Google

labras, ¡qué fragatas, qué mar, que Italia, qué hoteles y qué rey! Veinte dias, en *pocas palabras*, sin ver un punto negro en el horizonte; veinte dias de color de rosa, veinte dias sin otro dolor que el de la pérdida de un patricio *eminente* que nos acompañaba. ¡Ah, hermanos mios! digo, ¡ah, señores! voy á concretarme á *pocas palabras*: que Dios no me conceda el gusto de llegar á ser presidente del Consejo, como es cierto que estoy convencido de que Amadeo I hará nuestra felicidad. Y dicho esto, siga su curso la procesion, siga el debate. Se ha presentado una proposicion para darnos las gracias por la patriótica caminata. Mi amigo el Sr. Martos, que fué ayer á recibirme, tiene la palabra.

El Sr. Martos: Nada más grande, señores diputados, que ese viaje, considerado desde el punto de vista de una crísis ministerial. Nada más simpático que esa Italia que nos da un rey á prueba de derechos individuales.—El Sr. Rivero, ministro de la Gobernacion: En efecto, señores, esa Italia no tiene comparacion. ¿Pues y el rey?... Yo os afirmo que ese rey viene á arrostrar aquí *grandes peligros*..... Cataclismo.—Unos: ¡qué franqueza! Otros: ¡con que Vd. lo diga basta! Otros: ¡Sr. Rivero, por el amor de Dios!—El Sr. Rivero: En efecto; *grandísimos peligros*...—La mayoría, viendo sonreir á Sagasta: Pero ¿callará ese hombre?...—El Sr. Rivero: Pues lo dicho, dicho: *grandes, grandísimos peligros*...—Conviccion universal.

El Sr. Figueras, apoyando una proposicion en que se declara que no há lugar á deliberar: El rey de los derechos individuales, segun el Sr. Martos, no sé lo que parecerá á las familias de las víctimas de la partida de la Porra, ni á las de los supuestos fusilados en Andalucía sin formacion de causa; pero casi me atrevo á asegurar que no debe parecerle gran cosa al Sr. Romero Robledo, enemigo del sufragio universal.—El Sr. Romero Robledo: pues se equivoca de medio á medio el Sr. Figueras; porque el rey y la Constitucion me parecen perfectamente, y pienso acatarlos con lealtad.—El Sr. Figueras: ¡Quiéralo Dios! Quiera Dios que el Sr. Romero los acate con lealtad igual á la que tuvo respecto á otra dinastía!—El Sr. Robledo: Yo, Sr. Figueras, no tengo á ese respecto remordimientos. No soy de los que felicitaron á doña Isabel cuando lo del cura Merino, ni de los que han recibido consejos del Sr. Marfori en los bulevares de París.—El Sr. Figueras, descompuesto: Pero ¿ven Vds. qué jóven este?—La mayoría, entu-

Digitized by Google

siasmada: Pero ¿Por qué se ha metido Vd. con él?—El Sr. Figueras: Pero no involucremos las cuestiones: lo cierto es, señores, que la libertad de imprenta está perdida.—El señor ministro de la Gobernacion vuelve á pedir la palabra.—El Sr. Sagasta vuelve á sonreir.—Curiosidad general.

El Sr. Rivero: En el bolsillo traigo un periódico que me dirige atrocidades superiores á la invencion humana. Es *El Combate*. (Lo lee.) Así es, señores, como se pierde en mis manos la libertad de imprenta. Cuando yo leia libros, supe que un gran político estranjero habia dicho de la libertad de imprenta: «Muchos inconvenientes tiene; pero ¡tiene tantas ventajas! ¡es tan gran freno para los malos gobiernos!» Pues bien: yo digo eso mismo. ¿Seré demócrata?—El Sr. Paul y Angulo pide la palabra.—El público: ¡Gracias á Dios que todo va á arreglarse!—El Sr. Paul: Señores, ese periódico que exhibe el Sr. Rivero ha sido secuestrado á la hora y media de publicarse una noche, es decir, cuando no era posible que el juez hubiese dado el imprescindible auto de recogida. El Sr. Rivero será todo lo demócrata que quiera; pero yo me atengo á ese acto de *servilismo de la justicia histórica*. Por lo demás, ese periódico, lo confieso, arde en un candil. Pero esto tiene una esplicacion muy sencilla: ese periódico se escribe bajo la inspiracion de lo que aquí se representa, y que yo me permito suponer que es una FARSA INDIGNA.—Gritos, alaridos, caos, temblor de tierra, badajazos. Sagasta sigue sonriendo.

El Sr. Rivero: Calma, señores: esta es la libertad, ó al ménos esta es la libertad que nosotros podemos dar en espectáculo al país. El que da lo que puede, no está obligado á más. Ahí teneis al Sr. Paul; esa es la demagogia que ama el escándalo como á las niñas de sus ojos, y que utiliza á su manera la inmunidad parlamentaria. No seamos niños: dejémosla con el escándalo, y quedemos nosotros con la libertad y con el órden. *(Aplausos.)*—El Sr. Sagasta, para sus adentros: ¿Irá este buen señor á volverse otra vez elocuente y hombre de Estado?—El presidente: Las siete. ¿Seguirá el jaleo, digo, se prolonga la sesion?—La Cámara: ¡De ninguna manera!—Un secretario: Pues hasta mañana.—D. Ramon de la Cruz, desde su sepulcro: ¡Ah! ¡si yo hubiera visto todo eso, si yo hubiera hecho estudios sobre el terreno, si yo hubiera sido amigo del de los Castillejos. ¡Mal haya el morirse pronto!...

Digitized by Google

DOS TIPOS.

(22 de Diciembre.)

Es indudable que el progresista nace y el conservador se hace. Hasta por respeto á la razon humana es conveniente creerlo así. La reflexion, el cultivado espíritu, la filosofía íntima y costosa de la esperiencia, debemos admitir que entran por poco en la produccion de esa inculta planta liberalesca que en la España de nuestros dias se sigue llamando «progresista.» El progresista es un sér espontáneo; fórmalo el instinto, prepáralo inconscientemente la educacion, determínalo la herencia de hogar, de profesion y de temperamento, que no se escogen. Con una levita inmanejable, con unos guantes inverosímiles y con un poco de himno de Riego, no es difícil formar ese incorregible tipo de nuestra decadencia; pero ¿concibe nadie á un progresista con un libro en la mano?...

Empezamos á ser adultos en política; conocemos y tratamos á muchos veteranos de nuestras públicas lides; creemos saber regularmente la historia de la España constitucional; hemos presenciado muchas veces la conversion de alguna notable entidad, de principios exageradamente liberales, en un conservador más ó ménos cercano al estremo opuesto; hemos, en fin, sido alguna vez testigos de lo que, empleando un lenguaje cosmogónico, llamaremos el gradual enfriamiento de las mejores capas de una desordenada aunque brillante aptitud, y visto dar al fin por resultado la aparicion de un nuevo astro conservador, sujeto ya para siempre á las eternas leyes del buen sentido y del racional liberalismo. Pero no hemos tenido noticia, no hemos logrado estudiar, no hemos conocido, no conocemos un conservador que deliberadamente haya degenerado en progresista.

Sentiriamos en el alma—Dios lo sabe—que el primer caso de seme-

Digitized by Google

jante suicidio nos lo ofrecieran al cabo aquellos de nuestros antiguos amigos unionistas cuya buena fé, á nuestro juicio errónea, les ha hecho cooperar decisivamente á la obra del maravilloso conde de Reus. Tenemos todavía, sin embargo, la esperanza de que suceda al revés; la esperanza de que esa inoculacion liberal conservadora, ese vital ingerto de inteligencia, de buen gusto y de plausibles hábitos que el progresismo-democrático acaba de deber á la monarquía, en vez de ser absorbido, en vez de perderse inútilmente en las entrañas del viejo árbol infecundo donde la revolucion le ha hecho penetrar, sirva, por el contrario, de principio regenerador á la iletrada turbulenta hueste, y produzca en ella, más ó ménos próximamente, el verdadero fenómeno de la seriedad y de la sensatez.

Mientras llega, empero, ese dia, cuya probabilidad no afirmamos en absoluto, convengamos, á propósito de la sesion celebrada ayer por la espirante Cámara soberana, en una cosa, y es: que el Sr. D. Laureano Figuerola es un ejemplar perfecto, un modelo acabadísimo de ese progresista histórico, de pura sangre, repetido á través de la historia con identidad fatal, razon de ser y consecuencia indeclinable á un tiempo del partido mimado por todas nuestras modernas anarquías. No sueña, en efecto, no puede inventar la imaginacion más fecunda un progresista-modelo por el estilo. Cerremos los ojos, forjémonos mentalmente un progresista ideal, nacido en la misma calle de Postas, en la plenitud de un comercio al por menor, miliciano nacional desde su pubertad, suscrito á *La Iberia* desde que le aseguran que sabe leer, enemigo nato de las bibliotecas, consumidor de ropas hechas, refractario á la meditacion, esterminador teórico del clero, y abramos luego los ojos y contemplemos al Sr. Figuerola desapasionada, concienzudamente: ¿verdad que hay un abismo entre aquella pálida creacion y esta realidad exuberante?

Nosotros, pues, hicimos ayer al Sr. Figuerola plena justicia en su representacion moral y política. ¡En el Sr. Figuerola hablaba el progresismo auténtico de la tradicion y de la actualidad! Al oirle escoger puntos de vista tan propios de la escuela gobernante á que pertenece, al oirle combatir enérgicamente la preocupacion nacional contra la partida de la Porra, al oirle disculpar por medio de las más viriles habilidades las misteriosas hecatombes del bandolerismo andaluz, nos parecia ver en el espacio, y en torno á la descabellada frente del recien

Digitized by Google

caido hacendista, muchas, muchas generaciones de hombres de gobierno malogrados; nos parecia que le rodeaban fantásticamente las sombras de los héroes que desalojaron los conventos en 1834, ó de los insignes iniciadores del motin de la Granja.

Pero como nada hay perfecto en la humanidad, el Sr. Figuerola tiene una propension de acometividad exagerada, que le saca á veces de la esfera de su progresismo *idiosincrásico*. La palabra del Sr. Figuerola es el sumo de lo agresivo. Un espíritu observador oye siempre en el acento del Sr. Figuerola algo semejante á una lluvia de alfileres. La elocuencia del Sr. Figuerola ha roto, por razones de naturaleza, con las tradiciones clásicas del gran arte tribunicio; el Sr. Figuerola no aspira nunca á persuadir, ni á conmover; pero tiene siempre la seguridad de molestar. El Sr. Figuerola es, en rigor, una pequeña ametralladora oral. ¿Quién sabe cuántos proyectiles salen de ella en cada disparo, ni á dónde van, ni á quién ó á quiénes alcanzarán? Y lo más notable es que el Sr. Figuerola no prepara nunca sus rociadas mortificantes; lo más notable es que el hecho y la intencion no se corresponden nunca en su ánimo. De lo que resulta que el Sr. Figuerola está siempre entregado al doble trabajo de la agresion y de la satisfaccion. La esplicacion benévola ó la retractacion amistosa siguen por lo general—y lo confesamos en su honor—á sus ataques, como la sombra al cuerpo. Nadie más propenso que el Sr. Figuerola á no dejar títere con cabeza. Nadie más sorprendido y pesaroso del efecto de sus palabras. La mano que hiere, encadenada al brazo que os estrecha cariñosamente; el adversario dispuesto siempre á acabar en amigo: este es el hombre, este es el verdadero Sr. Figuerola.

El Sr. Cánovas del Castillo, comprendido en la série de alusiones inocentemente hostiles del Sr. Figuerola, se vió ayer en la necesidad, no de darse por resentido con su repentino escitador, porque conocemos lo bastante al Sr. Cánovas para saber que procura no tomarse nunca trabajos inútiles, sino en la necesidad de terciar, contra su propósito, en el debate que hoy sirve de funeral al Congreso revolucionario. El Sr. Figuerola hizo un verdadero servicio, de la mejor manera que S. S. puede hacer esta clase de servicios, es decir, sin saberlo, á la discusion, al país y á los espectadores que presenciábamos el acto, haciendo usar de la palabra al Sr. Cánovas del Castillo. A quien únicamente no sirvió el Sr. Figuerola con este motivo fué á sí mismo,

Digitized by Google

porque desde desde el punto de vista del propio prestigio y del mérito triunfante, á nadie en general conviene, y mucho ménos al Sr. Figuerola en particular, ponerse en parangon con su antagonista, con un tipo esencialmente opuesto á su modo de ser.

Y ya hace años que, en verdad sea dicho, sabemos los españoles de la libertad que el Sr. Cánovas del Castillo es el tipo opuesto á todos los Figuerolas contemporáneos. El génio analítico más investigador y más prolijo pasaria, en efecto, en vano, toda una eternidad para hallar en el Sr. Cánovas la propension más ténue, la más vaga semejanza, la fibra, el instinto ménos relacionados con las condiciones de su antagonista de ayer. El espíritu conservador anticipado á los años, el talento ayudado y desarrollado por el insaciable estudio, las inclinaciones de una seriedad sistemática, la respetabilidad como punto de partida, la buena forma inolvidada é inolvidable, las creencias como fundamento de la conducta, algo grande, algo severo, algo sólido, algo positivo para la crítica moral y para la consideracion pública, en el fondo de las ideas, de las acciones, hasta de las actitudes; todo esto, que afortunadamente caracteriza y define al Sr. Cánovas del Castillo como hombre público, le separa hasta la otra vida del Sr. Figuerola.

¿Qué extraño, pues, que la poderosa elocuencia del Sr. Cánovas, sucediendo á la estéril verbosidad punzante del Sr. Figuerola, nos ofreciese un espectáculo totalmente distinto? ¿Qué extraño que al desventurado adalid de la partida de la Porra y al disculpador irreflexivo de los procedimientos de la Guardia civil en Andalucía, opusiese el señor Cánovas la valerosa protesta y la acusacion solemne del fuerista ilustrado de la justicia, del patriota, del hombre de ley, del hombre de gobierno? ¿Qué extraño que cuando algun despecho radical, sintiendo el peso abrumador de aquella gran palabra, sintiendo el sangriento efecto de aquella gran flagelacion moral, se aventuraba á recordar el Código penal en sus relaciones con «la calumnia,» el Sr. Cánovas respondiese y probase que allí no habia más calumniadores que los que atribuian á otros la intencion de calumniar, que á quien habia que llamar «calumniador» es al país entero, al sentimiento público, y que, en todo caso, ya es tiempo de que se presenten las pruebas legales contra esa calumnia de la opinion? ¿Qué extraño que en bancos y tribunas retumbasen unánimes aplausos al oir decir y pro-

Digitized by Google

bar al Sr. Cánovas lo que el Sr. Figuerola tuvo el irremediable sentimiento de oirle decir y probar?

Fué, pues, la memorable contienda parlamentaria de ayer la exhibicion, la presentacion interesante y docente ante el tribunal de la conciencia pública, de dos tipos perfecta é irreconciliablemente distintos de nuestra escena política. Tal, al ménos, la juzgamos nosotros. En el Sr. Figuerola brilló la España de actualidad, brilló el espíritu de la revolucion farsante que, despues de haber intentado justificarse con una gran Constitucion, viene á morir de miseria; brilló la ineptitud fatal y eterna de ese progresismo en cuyas manos se deshacen siempre la libertad, la autoridad y la tranquilidad pública como en un disolvente. En el Sr. Cánovas brilló el espíritu de la gran política liberal-conservadora, del gran partido constitucional, cuyas actuales accidentales divisiones, así como no afectan al prestigio de sus honrosos precedentes, no es posible tampoco que subsistan cuando la salvacion de la libertad, de la monarquía y de la patria le necesitan de nuevo.

Digitized by Google

PLEGARIA.

(3 de Enero de 1871.)

Ayer fué un dia progresista, en toda la triste estension de la palabra. Empezando por la atmósfera, que dejaba á cada *quisque* libertad plena de helarse á sus anchas, y acabando por el uniforme del Sr. Rojo Arias, todo ofrecia los síntomas de un mal gusto devastador. Para nosotros, sin embargo, amaneció con ciertos síntomas de solemnidad. La monarquía, segun noticias, esa institucion antipatriotera cuya fé hemos logrado sacar incólume de las garras del radicalismo, se hallaba, como quien dice, á la puerta, en Aranjuez, y traida, aunque accidentalmente, por una mano honrada, por el bravo Topete. Esa monarquía, nos habiamos dicho con este y otros motivos, parece tener buena estrella. Vamos, pues, á recibirla tambien nosotros: que el lápiz del periodista cumpla hoy su mision; somos fiscales de la curiosidad pública, y el horror del Sr. Figuerola y de otras ilustraciones á los fiscales en general no debe detenernos. Y salimos de nuestro albergue todo lo animados que un español procedente de la interinidad puede salir á la calle.

Blanco el cielo, blanca la tierra, blanca la página del «haber» del Tesoro público: todo blanco. Madrid sin coches, es decir, Madrid sin voz; las calles extracentrales, solitarias y silenciosas, como despues de una exhibicion porrista; las tiendas, cerradas, como si decididamente ya no hubiese aquí quien compre algo; solo desde la Puerta del Sol hasta el Prado se agitaba la parte de nuestra generacion que todavía tiene capa, alternando con algunos marciales regimientos cuyos guantes de estambre miraban con justísima envidia los Voluntarios de la Libertad. Para nosotros, sin embargo, todo brillaba, todo sonreia, todo se movia alegremente; llevábamos en lo interno un gran

Digitized by Google

principio de vida y de entusiasmo. ¡La monarquía iba á venir, era el dia de la monarquía! Pelillos á la mar, nos decia tácitamente el corazon; hoy acaban dos años de personal desgobierno; hoy es el entierro de la devorante anarquía; hoy debemos ser todos unos: ¡á vivir! ¡á olvidar! ¡á respirar! Y hubo momentos en que hubiéramos abrazado á todo el mundo, incluso á cualquier sócio de la Tertulia.

Llegamos al Congreso. «No se puede entrar,» nos dice un portero con uniforme: ¿Está Vd. en su juicio? le replicamos con la amarga sorpresa del que se ve obligado á ponerse de mal humor; ¿no sabe Vd. que, como ex-diputado, tenemos siempre entrada libre?—Pues hoy no entran los ex-diputados, nos contesta: es órden del señor presidente. —Subiremos entonces á la tribuna de la prensa.—Hoy no hay prensa tampoco, es decir, hoy tampoco hay tribuna de periodistas; el señor presidente lo ha dispuesto así.—Este hombre está borracho, pensamos; cada cual celebra la monarquía á su manera; esto es culpa del atraso de la instruccion pública. Y convertidos en simples mortales salimos de nuevo á la calle. La calle estaba llena, sin embargo, de otros folicularios. El hecho era cierto. ¡La bárbara esclusion era una triste verdad! ¡La prensa no podia asistir al juramento régio!

Y entonces nos enteramos de que las tribunas todas se habian llenado por convite; y de que, desde la hora del desayuno, las ocupaba un verdadero estado llano de ambos sexos: hombres que estaban ya aplaudiendo al sillon en que debia sentarse el Sr. Ruiz Zorrilla; mujeres, es decir, señoras, que, segun leimos anoche en la pérfida *Epoca*, llevaban, por lo general, abrigos de felpa sobre trajes, ó cosa así, de lana. Es la hueste provisional en toda su integridad, nos dijo un compañero melancólico. ¡Qué dirá el rey! ¡qué dirá el rey! ¡qué idea va á formar de la sociedad madrileña, y sobre todo de las españolas!... Y añadió: ya sabrá Vd. que S. M. insiste en que los cargos de palacio se confien á grandes de España. Anoche estuvo en Aranjuez el señor Abascal.

Recordamos en aquel momento que teniamos un amigo habitante de la calle Mayor, en casa de su propiedad, y resbalando aquí y tropezando allá, como nave del Estado regida por timon democrático, nos fuimos á pedirle un pedazo de balcon.—Tendrá Vd. que ponerse en segundo término, como mi señora y sus amigas, nos dijo, porque tanto los balcones de este cuarto, como los del resto de la casa, alqui-

Digitized by Google

lados ó no, están ya ocupados por fuerza mayor. Mire Vd..... Y, en efecto, aquello era una irrupcion de agentes de órden público con palomas y flores en las manos, calado el húmedo sombrero de copa alta, y abotonado el raido capote de bayeta gris. ¡Y cuántos, cuántos habia, Dios eterno! ¡Parecia mentira! Las parejas que no se pueden encontrar para una triste comedia del teatro de Calderon, ni para un asesinato de la calle del Turco, pululaban allí como hormigas gubernativas. El dueño de la casa, que leyó en nuestro pensamiento, se contentó con decirnos tambien: ¡qué dirá el rey! ¡qué dirá el rey!

Llegó, por fin, el momento; el rumor público se acentúa repentinamente con una exclamacion satisfactoria; suspéndense acto seguido los respiraciones: inclínanse hácia la calle todos los cuellos, con sus respectivas cabezas: las palomas y las flores de la policía se precipitan al espacio; suena, como lejano trueno, el paso de una tropa de caballería: «ahí está,» dicen al fin todas las bocas; y en efecto, aparece la régia comitiva, y la altiva, varonil é interesante figura del jóven príncipe, caballero en alazan magnífico, y saludando airosamente á la muchedumbre, pasa á nuestra vista.—Diga Vd., caballero, ¿es el duque de Montpensier? nos pregunta de repente una voz inesperada que suena á nuestra espalda. Volvémonos dispuestos á contestar ágriamente al bromista. El bromista es una pobre mujer, cuyo delantal grasiento y cuyas suculentas emanaciones denuncian á la legua á la cocinera de la casa, atraída allí en alas de sus derechos individuales. —¿Por qué lo dice Vd., buena mujer? le preguntamos reprimiéndonos.—Lo digo, señor, porque yo no conozco al rey; pero he visto muchas veces á los que le acompañan. Y como la mayor parte de los militares que le dan escolta son de los que decian que iban á traer al duque de Montpensier.....

¿Qué habiamos de contestar á la estúpida fregatriz? Dejamos cocinera, amo y balcon con la rapidez del gato escaldado, y nos fuimos á contemplar las casas de los grandes de España: todas cerradas, y sin colgar.—Iluminarán, al ménos, esta noche, pensamos; y, en efecto, la iluminacion nocturna brilló por su ausencia.—Irán, al ménos, á la gran recepcion de palacio, despues de la gran comida, volvimos á pensar.—No hay comida ni recepcion, nos dijo un noticiero.—¿Por qué? —Porque no; ¿cree Vd. que bastan para actos de esta especie el marqués de Perales y el marqués del Duero? Además, no hay que olvidar

Digitized by Google

que estamos en duelo nacional de real órden, y que se han prohibido las ovaciones.

Entonces nos pusimos, como buenos monárquicos, á pesar de todo, á hacer una plegaria al Dios de todas las cosas, entre las cuales se cuenta por derecho propio la monarquía, y le digimos con esa voz del alma que Él solo sabe escuchar: Señor: ya que nos das una monarquía con la inocencia de veinticinco años, brotada del buen deseo de un hombre qué no tenia otra salida más que ella, y ayudada por los planes de un ambicioso papá coronado; ya que esa monarquía tiene que espresarse un poco de tiempo en francés, con harto sentimiento de esta tierra del Dos de Mayo, manda al ménos, Señor, esta noche un celeste enviado tuyo á presidir el sueño de ese confiado jóven, que ha venido solo, indefenso, confiando en su valor y en la castellana nobleza, á reclinar su frente bajo el sólio de San Fernando; que ese ángel tuyo le toque con su dedo de luz el corazon, y le haga conocer y temer en su justo valor el más grave, el más sério, el más importante peligro de cuantos le rodean. Señor: haz comprender á ese príncipe que la gente que ha empezado á rodearle no puede ceñir á sus sienes otro símbolo que un képis populachero; hazle comprender que la corona española necesita otros apoyos, otras amistades, otras seriedades, otro personal, otros intereses, otro cortejo. Señor: que no exista mañana moralmente el rey progresista, el rey de un ministerio, un rey de temporada. Esto te pedimos diez y siete millones de propietarios, de nobles, de industriales, de sacerdotes católicos, de madres de familia que creen en la Vírgen, de liberales que creen en la libertad. Señor: ¡ya que tienen rey algunos empleados, que lo tengan tambien los españoles!

Digitized by Google

CUESTION DE INSTINTO.

(6 de Enero.)

Estamos en pleno drama credencialesco. ¿No escuchan Vds. un rumor siniestro, una algarabía casi pavorosa en el fondo de la situacion? Pues no es que el carro de la Hacienda haya dado un solo paso fuera de su tradicional atascadero, á impulso del seductor Apolo financiero que hoy le dirige; no es que la Tertulia celebre un meeting apologético en memoria y loor del malogrado ateismo del Sr. Echegaray; no es siquiera que el Sr. Coronel y Ortiz deje hoy escapar de sus lábios, con más estrépito que de costumbre, el huracan de su respiracion: es, pura y simplemente, que ha llegado el momento de dar media docena de destinos trascendentales, y que los llamados son muchos y los escogidos no pueden ser tantos como convendria á la causa santa de la civilizacion.

Y no hay remedio: ni la monarquía puede dar un paso, ni el programa ministerial puede publicarse, ni quizás podrán cobrarse las contribuciones hasta que esa cuestion se arregle. Y el caso es que, despues de todo, se trata de una bicoca, como quien dice: alguna que otra subsecretaría, algun gobierno civil, alguna triste plenipotencia: cuatro frioleras. Pero ha dado la pícara casualidad de que, como el nuevo ministerio es de conciliacion, la conciliacion no puede ménos de impedir todo acuerdo en general y ese acuerdo en particular, porque, si no, la conciliacion revolucionaria faltaria vergonzosamente á su historia.

¿Qué resultará, pues? ¿Se romperá la cuerda, como siempre, por lo más delgado? ¿Y quién es, ó quiénes son lo más delgado, la parte flaca, como si dijéramos, de esa hermosa y récia cuerda de tres ramales que el país se ha echado benignamente al cuello? ¡Ah! prepárense nuestros lectores á una convulsion de asombro: la maroma de la situacion amenaza romperse por el cabo unionista; el último mono, es decir, el que siempre se ahoga y el que ahora parece que se ahogará

Digitized by Google

irremediablemente, es el unionismo fronterizo. Parece mentira; no se concibe á primera ni á segunda vista; no lo creeria el mismo conde de Reus si resucitara; pero es verdad, tan verdad como que los ayudantes del rey no saben francés, tan verdad como que nadie sabe en qué pararán, al fin y á la postre, estas misas.

Pues sí señor; se trataba, por ejemplo, de la cosa más natural del mundo; se trataba de que el batallador Sr. Romero Robledo, el autor del discurso de Ruiz Zorrilla en Florencia, el autor de la proposicion que disolvió—¡loado sea Dios!—las Córtes Constituyentes, el anticipador, en una palabra, de la monarquía y su primer ministerio, fuese á la subsecretaría de Gobernacion, á enseñar un poco de política conservadora al gran sueco nervioso. Se trataba de que el inteligente y simpático Albareda, tan aficionado á llevar las manos finamente forradas, es decir, tan poco aficionado á las estructuras del radicalismo, se resignase á bregar con la partida de la Porra en el gobierno civil de esta villa del oso y de la nieve. Pues nada: el radicalismo en masa se ha puesto hecho un energúmeno ante la contingencia de esos nombramientos: el solo nombre de esos dos jóvenes ex-unionistas ha levantado una tempestad pavorosa, horripilante, preñada de cada trueno y y de cada rayo, que da miedo verlo.

No hay destinos, ó al ménos no hay destinos políticos, para esos aguiluchos setembristas en cuyas alas se ha levantado la piedra que ha coronado el edificio. Ellos serán muy buenos y muy santos; pero lo cierto es que únas elecciones sin gobernadores que hayan sido milicianos, y sin que Sagasta pueda ser imparcial á su manera, ni se comprenden, ni convienen; pero lo cierto es que el Sr. Rojo Arias se ha hecho para algo un gran equipo oficial; lo cierto es que, vamos, no es posible que esos caballeritos vengan con sus manos lavadas á meterlas en la masa. Y quien dice de esos, dice de otros parecidos. El mismo ilustrado Cárlos Navarro, el grande amigo del honrado D. Manuel, á pesar de su talento, de su desinterés y de su abnegacion, no cuenta con la sola simpatía de un cimbrio; el mismo distinguido Nuñez de Arce, primer escritor del elemento jóven, no es mirado ménos de reojo. Y esta es la hora en que, como desde hace dos años, nadie se entiende, y la barahunda toma por momentos un aspecto feroz, y nadie puede decir á dónde irá á cobrar cuarenta ó cincuenta mil reales con la posible relativa tranquilidad.

Digitized by Google

Pues bien: todo esto que puede inspirar risa al país, á nosotros lo que nos inspira es el recuerdo de un cuento. Habia una vez un seminarista que creia compatible la teología con el galanteo, y, apenas tenia ocasion de salir á la calle, daba cada escándalo femenil como una loma. Y habia un obispo rígido, virtuoso y filósofo en aquella diócesis; y el obispo llamó al revoltoso aprendiz de clérigo y le convidó á comer, y á los postres hizo una seña á su paje, y el paje trajo un gatito, y el gatito estaba tan perfectamente educado y domado, que, á pesar de ponerlo su amo ilustrísimo sobre el mantel, y á pesar de servirse pescado, ni se movió, ni se le vió temblar de gula. Y el obispo, despues de aquel raro ejemplo, dijo al seminarista: «¡Ya ve Vd., jóven desatentado, que hasta los animales saben y pueden refrenarse! Conque, á la enmienda.» El seminarista aceptó humildemente la leccion, y solo se aventuró á pedir á su ilustrísima que le permitiese convidarse tambien para el dia siguiente. El obispo accedió, y, en efecto, al siguiente dia apareció nuestro mozo, se sentó, vió de nuevo al gato sufrir y callar y estarse quieto sobre la mesa; pero á lo mejor sacó el travieso estudiante de su bolsillo una cajita, y de la cajita que puso sobre el mantel salió, al abrirla, un tímido ratoncillo, sobre el cual se avalanzó el gato-mártir, sin respetos divinos ni humanos. Y acto seguido dijo el seminarista al obispo: «¡Ya lo vé su ilustrísima; cuando se trata de ciertos instintos, no hay freno que baste!...»

El progresista de pura raza ¡oh cándidos unionistas de la situacion! ¡oh malaventurados amigos nuestros! tiene el instinto inmodificable de una ingratitud permanente. Ya lo habeis visto, y todavía lo vereis mejor. Ya les habeis enseñado á votar rey, á cerrar Córtes, á viajar, á desear el órden; pues si fuera posible que, uno á uno, les enseñarais desde las primeras letras hasta las últimas; si fuera posible que hicierais de todos ellos una coleccion portentosa de hombres notables, seria lo mismo. Llegaria un dia cualquiera, cualquier momento en que se tratase de cualquier cuestion de estómago, ó de cualquiera tésis de envidia, y les veriais, como hoy les veis, volveros la espalda como el ahito perro ageno, y entregarse á la integridad de su ingratitud ingénita. Es cuestion de instinto. No hay fuerza humana para resolverla.

Digitized by Google

POLITICA LACRIMOSA.

(11 de Enero.)

El llanto, ese precioso humor puesto por la Providencia al servicio del sentimiento, está decididamente amenazado de sufrir la esclavitud montaraz del tiránico progresismo. Los progresistas, despues de haber abusado de la paciencia nacional durante medio siglo, despues de haber abusado de la libertad hasta convertirla en la partida de la Porra, despues de haber abusado del idioma patrio hasta el punto de hacer los oradores de la Tertulia y de escribir *La Iberia,* se han resuelto á abusar de la naturaleza humana hasta el extremo de convertir las lágrimas en elemento político.

Confesamos que no esperábamos este último abuso del gran partido abusivo de nuestras anarquías. Lloran los hombres enérgicos en un supremo instante, cuando el cielo abre en sus ojos las válvulas del corazon que amenaza estallar; han monopolizado el llanto las mujeres y los niños de todas las épocas, usando del perfecto derecho que, como la parte más frágil de la humanidad, les está concedido; pero la política llorona, la política de pañuelo húmedo, la política patética hasta el llanto, la política lacrimosa por sistema, eso era desconocido desde los tiempos prehistóricos, eso estaba reservado—¡quién lo pensara!—al progresismo español.

Y el caso es que la cosa es tanto más sorprendente cuanto que el progresismo, considerado fisiológicamente, por su epidermis vasta y dura, por su insensibilidad orgánica, por su temperamento ordinario, calaveresco, ruidoso, espontáneamente irreflexivo, nadie hubiera dicho que habia nacido para llorar más que fuera del poder, en el destierro, en las eternas pruebas á que parecia condenarle su ignorancia y su ineptitud eternas. La revolucion de setiembre lo ha dispuesto,

Digitized by Google

empero, de otra forma; estaba escrito que el progresismo habia de llorar artística y metódicamente en el poder, en la plenitud de sus tiempos, cuando el mango de la pública sarten estuviese más sujeto en sus manos, cuando el mundo entero esperase verlo reir de satisfaccion omnímoda, reir de ahito, reir de venturoso, reir con la más lógica de las risas, que es la de la felicidad.

¿Quién ha operado este cambio, quién ha influido así en la idiosincrasia del gran decano de nuestros elementos amotinadores; quién ha dado ese arte inagotable, ese arte patibulario, ese arte femenil, ese arte inusitado á los progresistas? ¿Habrá sido el consorcio con la parte del unionismo que ha caido en sus redes? ¿Es posible que el contacto con una naturaleza fina, susceptible, pensadora, llena de esquisitas fibras, haya pulido, haya mejorado, haya cambiado la naturaleza progresista hasta el punto de abrir sus lacrimales vírgenes y de conventirlos en fuentes políticas de fecundos raudales? ¿Es posible que ese maridaje, todavía no realizado ni esplicado suficientemente, haya hecho que el progresismo, hallándose bajo la influencia de una sensibilidad contagiosa, ya que no ha podido romper á hablar, á escribir, á espresarse, ni á conducirse, ni á gobernar bien, haya roto á llorar de una manera provechosa? Misterio es este que el porvenir, y no nuestro impotente espíritu analítico, aclarará.

Pero, entretanto, fijémonos en el curso que lleva el nuevo sistema de esa sensibilidad patriotera; recordemos algunas de sus más recientes, de sus más principales manifestaciones. Un dia, ó, mejor dicho, una tarde, un progresista ideal, el Sr. Figuerola, recien salido de las ruinas de la Hacienda española, vuelto al escaño de un simple diputado ministerial, se esforzaba en contestar á otro diputado conservador que se habia tomado el trabajo de enumerar sus desaciertos financieros. Todos los esfuerzos de su ingenio ex-librecambista, todos los argumentos de su punzante dialéctica, de su agresivo atolondramiento, estaban ya agotados, cuando, de repente, el Sr. Figuerola, que precisamente hablaba de su rectitud por nadie puesta en duda, hace un prodigio de párpados y de enternecimiento, y desata por sus megillas un mar de llanto. La sorpresa fué tan grande como el efecto. Lo que los actos, lo que la defensa, lo que la argumentacion del Sr. Figuerola no habian conseguido, lo pueden aquellas lágrimas que bajan hasta su chaleco; y el Sr. Elduayen, como el hombre fuerte vencido por

Digitized by Google

inesperado golpe, como Aquiles herido en el talon, proclama voluntaria y noblemente la rectitud del Sr. Figuerola y se sienta anonadado por aquella elocuencia cristalina...

Otro dia, el patriarca del progresismo bonapartista, el magnífico adversario de Espartero, el Sr. Olózaga mayor, viendo al general Prim en su lecho de muerte y á la monarquía en Aranjuez, se levanta á aconsejar, á proclamar, á plantear teóricamente, con la magestad de sus canas, de su fé de bautismo y de su robustez inalterable, sereno como en sus mejores dias, esplícito como en sus más inmortales esplicaciones, el exterminio de cuantos no se declaren préviamente partidarios del nuevo órden de cosas: pura y simplemente el esterminio; y para dar fuerza y valor á su nuevo principio, á su nueva síntesis social, monárquica y política, se le ocurre volver á ser el orador melodramático de la salve, se le ocurre pronosticar que acaso sea la última vez que hable en Córtes, se le ocurre presentir que acaso sus futuras embajadas no le permitirán volver al Congreso; y con este motivo se le ocurre tambien llorar, llorar filosófica, amarga, olímpicamente... El efecto fué tambien inmenso: la idea del dinastismo esterminador quedó sembrada en el seno de la situacion; y allá veremos.

Y mientras lloraba el Sr. Olózaga, el bravo y generoso Topete iba á recibir y á traer noblemente la monarquía. ¿Por qué? Por otro efecto, por otro abuso de sensibilidad. La noche memorable del 27 de diciembre, la noche del infame asesinato del conde de Reus, el Sr. Topete vuela, con la ansiedad de todas las personas honradas, al ministerio de la Guerra; y en la primera meseta de aquellas escaleras por donde ha subido y bajado tantas veces el destino de este pobre país, el Sr. Topete se ve recibido, rodeado, abrazado, estrechado por lo mejor del radicalismo en duelo, con el dúque de la Torre á la cabeza, y un llanto homogéneo, abundantísimo, ardientísimo, cayendo desde los ojos de cien prohombres sobre las solapas del marino ilustre, le decide á emprender el viaje más inverosímil de su vida...

Pasan los dias, viene el primer ministerio del rey y con él la primera crísis ministerial; la subsecretaría de Gobernacion llega al Consejo y empieza á rodar hipotéticamente de mano en mano como la mayor manzana de la mayor de las discordias imaginables. Ha llegado el momento de que Sagasta llore tambien, y Sagasta llora: llora los inconvenientes que el solo nombre de Romero Robledo le ofrece, llora

Digitized by Google

su propia reputacion de unionista y de conservador vergonzante entre los suyos, llora la imposibilidad en que se halla de iniciar á un unionista en los misterios de las próximas elecciones; y el llanto de Sagasta ha estado tambien á punto de vencer, y hubiera vencido, si otro llanto más colectivo, más convincente, el llanto de los subsecretarios progresistas amenazados por la represalia, no se hubiera sobrepuesto al del ministro inamovible...

Siguen pasando los dias; la opinion pública atribuye á la iniciativa régia ciertos cambios en el personal alto y bajo de palacio, que, francamente hablando, hubieran sido perfectamente acogidos. Pero el sistema lloricon está ya planteado en toda su latitud, y, segun se dice, las lágrimas de una digna, virtuosa y desgraciada viuda son arrancadas á su bondad por el apuro egoista de los amenazados amigos del que fué su esposo, y llevadas como una recomendacion irresistible, como una súplica suprema, á las gradas del trono; y, allí obtienen la conformidad y la resignacion del monarca, y todo queda en su ser y estado anterior.....

¡Ah! nosotros debemos protestar y protestamos, ahora que todavía es tiempo, antes de que acabemos tambien por enternecernos; antes de que á cualquier progresista amigo le dé gana de quebrantar la última fibra de nuestra dureza de conviccion por el sencillo método de la humedad; nosotros protestamos contra la creacion y la aceptacion y el ejercicio de esa política lacrimosa, de la cual nadie se defiende, de la cual nadie está libre. Nosotros no comprendemos que haya un hombre que se resista á confesar que otro hombre es un buen sugeto, cuando este se lo pide por favor y entre un mar de lágrimas. Nosotros empezamos á temblar por nuestra consecuencia. Nosotros no nos sentimos con fuerzas para luchar con una política poética, quebrantadora, *cocodrílica*. Nosotros sabemos muy bien que el país está llorando, y con razon, hace mucho tiempo; pero las lágrimas progresistas no entraban en nuestra prevision al ingresar en el periodismo. ¡Señor Dios de los ejércitos y de los partidos! ¿qué va á ser de este país si los manantiales del llanto se convierten en manantiales de destinos?...

Digitized by Google

ESCENA DE ACTUALIDAD.

(14 de Enero.)

Son las once de la mañana de cualquiera de los dias que restan á este complicado enero de nieves y preparativos electorales. El salon del ayuntamiento de cualquier pueblo de cualquiera de nuestras provincias presencia, con la eterna impasibilidad propia de las paredes, una de esas escenas que forman época en las poblaciones de quinientos vecinos. El ex-diputado constituyente de la circunscripcion, á que hace dos años pertenecia aquel municipio, ha llegado el dia anterior al pueblo entre fuegos de artificio, repiques, cabalgatas y gritos infantiles, ha cenado y dormido en la casa más caracterizada del lugar, ha conferenciado largamente con el alcalde y sus amigos radicales, que tambien lo fueron del último diputado moderado, y á estas horas, sin otro preparativo que un patriarcal desayuno de buñuelos y aguardiente, se halla dando cuenta á la corporacion popular y á lo más selecto de la villa, de su patriótica conducta durante el bienio interinista, que en paz descanse.

Pueblan los bancos de desnudo pino, confundidos y sentados indistintamente, los concejales, las notabilidades agricultoras que son amigas del partido dominante, todos envueltos en sendas capas de ese castellano paño de blindaje, que absorbe un diluvio sin que el cuerpo lo perciba; el médico local, que es siempre ecléctico por aquello de que vive de los dolores de todo el mundo; el cura, modesta y escasamente cubierto con su manteo del antiguo régimen; el boticario, el escribano y otras eminencias locales. En la puerta, y contenida á duras penas por un San Cristóbal de alpargata hecho alguacil, se agolpa la curiosa plebe, desconocedora del pan blanco, pero radiante siempre de esa secreta felicidad de la ignorancia. Y allá en la plaza, mirando de

Digitized by Google

reojo al balcon municipal, y murmurando rayos y centellas, el grupo del partido en desgracia, del ayuntamiento que fué, completa el cuadro con su media docena de misteriosos embozados.....

El salon tiene, junto al testero presidencial, tres sillas, tras una mesa en que campea un tintero sin tinta, con retrógradas plumas de ave, sin cortar. La silla de en medio cruje bajo el alcalde, la de la izquierda está cedida, en nombre de la salvada patria, al jefe de la Guardia civil de aquel puesto, sargento primero; la de la derecha ha sidc ofrecida al ex-padre de la patria, al protagonista de aquella escena cívica, solemne y sencilla por iguales partes. Y, sin embargo, el ex-diputado está en pié, con el exótico gaban premeditadamente abotonado, sin guantes y con manos y brazos estendidos en actitud oral; porque el ex-diputado se está permitiendo hablar en los siguientes ó parecidos términos:

«Electores, amigos, voluntarios y caballeros de esta villa liberal: cuando hace dos años nos encontramos hecha y triunfante una revolucion que, ocupados como estábamos en servir á un gobierno odioso, no esperábamos, vosotros pusisteis los ojos en mi humilde persona y le disteis los votos que el sufragio universal os regalara, para llevarme, como en efecto fuí, á las Córtes Constituyentes. Bien sabiais, señores, lo que os haciais; porque si, modestia á un lado, mi mérito personal no es gran cosa, en cambio nadie me gana en amor á la libertad. ¡Viva la libertad, señores!... (Aplausos, vivas, toses, asentimientos de piés y de cabezas: el alguacil restablece el silencio.)

»Dos años, señores, dos años me habeis tenido en Madrid sin otro cuidado que ir desde mi casa de huéspedes al Congreso, sin otro anhelo que el de votar todos los dias con el gobierno; mi mujer, mi hogar, mis cosechas, mis hijos, mis contribuciones, todo lo he olvidado, todo lo he sacrificado á la distancia, es decir, á la patria, porque aquel puesto era la patria, era el puesto de honor, como me dijo muchas veces el gran conde de Reus, cuando me decia que hombres como yo no necesitaban hablar, perder el tiempo en discursos, sino obrar, ó, lo que es lo mismo, votar, ser una cantidad positiva, como dicen en las escuelas, detrás del banco azul. ¡Ah! señores, ¡permitidme, á propósito de aquel grande hombre, que durante dos años nos ha dirigido, una lágrima, una sola lágrima; no soy yo, es la libertad quien llora!... (Conmocion: la mayor parte de los circunstantes se limpian los ojos.)

Digitized by Google

»Y, sin embargo, señores, yo debo confesar que no me ha sido dable hacer todo lo que hubiera querido por mis amigos, al mismo tiempo que la libertad me ha visto callar, votar y vivir en fonda. Aquí mismo, señores, entre Vds., hay personas dignísimas que me han escrito, que me han pedido proteccion y auxilio, y á quienes no he contestado, no solo porque el poco hábito que de escribir tengo me ofrecia ciertas dificultades de aficion, sino porque nada tenia que decirles. Aquí está, por ejemplo, el señor maestro de escuela, que todas las semanas me decia con una admirable letra inglesa: «¿Cuándo comemos, es decir, cuándo cobramos?» Y yo iba á ver al ministro del ramo, y el ministro me decia: «Amigo mio, ¿no sabe Vd. que la enseñanza es libre?» Aquí veo al señor cura, que me escribia de vez en cuando: «Interésese Vd., ya que no por mi hambre, por la de mis pobres.» Y yo iba á ver al ministro del ramo, y el ministro me decia: «¿No sabe usted que tenemos libertad religiosa?» Aquí están propietarios dignísimos, que me probaban un correo tras otro que estaban pagando entre contribuciones y recargos más de la mitad de sus rentas, y yo iba al ministro del ramo, y el ministro del ramo me decia: «Váyase por los que nada pagan: estas son las ventajas y las contrariedades de la libertad.» Poned, pues, señores, la mano en vuestra conciencia, y decidme si habiéndolo hecho todo, como lo he hecho, por la libertad, no he cumplido el más sagrado de mis deberes. Yo, pues, estoy contento de mí mismo; mi conciencia me absuelve; los manes de mis mayores, que vuestros padres conocieron, estoy seguro, segurísimo, de que me aplauden desde la otra vida... Esto me basta.

»Por lo demás, señores, y lo digo para concluir, porque van á dar las doce y no me perdonaria el haceros comer tarde, el alterar un ápice las costumbres de esta leal localidad; por lo demás, yo vengo á pediros lisa y llanamente una cosa: que me voteis otra vez. Si conoceis otro candidato más liberal que yo, no os acordeis de mí; pero si no le hallais entre vosotros, ni os propone otro el gobernador de la provincia (que no os lo propondrá), volved á depositar en mí vuestra confianza. Señores, la monarquía está hecha, y yo he sido, en vuestro nombre, uno de sus autores, aunque no fuí á Italia. Señores, enviadme á consolidar esa obra nacional, que si mi hombro es débil, mi espíritu es fuerte. Yo os sacrificaré de nuevo familia y tranquilidad; yo velaré de nuevo por los intereses de esta noble comarca en aquel Madrid tan caro y tan frio,

Digitized by Google

y de nuevo me vereis volver entre vosotros cuando el ministro de la Gobernacion y la libertad lo dispongan. Por última vez, señores del concejo, caballeros, campesinos y liberales de esta villa siempre fiel: ¡Viva la libertad!...»

(Vivas estentóreos; la turba invade el salon y va á besar en tropel la punta de la banda de la gran cruz de Isabel la Católica que el orador acaba de enseñar, al desabrocharse el paletó, cruzando diagonalmente su pecho. El alcalde se cubre. Un cohete rompe una vidriera del balcon y viene á caer á los pies del héroe parlamentario. Su eleccion está asegurada.)

Digitized by Google

ICARO.

(18 de Enero.)

No hay cosa más vengativa que la ignorancia, que al cabo se venga siempre de sí misma: testigos los radicales. Hagamos un esfuerzo de mal gusto retrospectivo, y recordemos lo que esos grotescos dominadores del presupuesto hacian, pensaban y se proponian un mes há. Las hordas de Atila, despues de hollar triunfantes el Capitolio, no se las prometian tan felices como los hijastros de Calatrava despues que creyeron haber hecho una monarquía á su imágen y semejanza. ¡Qué gritar, qué ensordecedor vocerío, qué triunfante cinismo, qué insolencia dictatorial! Nosotros sabemos de más de un improvisado personaje, célibe por necesidad hasta despues de la revolucion, es decir, hasta despues de cobrar un sueldo, que se decidió á tomar estado para poder, segun decia, trasmitir su destino á un heredero directo, digno de su nombre. Era el colmo del engreimiento. El país temblaba de estupefaccion, y todas las apariencias parecian aconsejar á los descontentos, como único refugio, el ostracismo.

Y, efectivamente, teniamos los neutrales razon de sobra para pensar en preparar la maleta, porque el porvenir que se anunciaba era aterrador. El horizonte aparecia cubierto de puntos negros, impenetrables y compactos como las falanges de Alejandro. Todos teniamos el presentimiento de una série de decretos progresistas que empezarian por el nombramiento de un presidente del Consejo, que no seria el duque de la Torre, y acabarian verosímilmente por la creacion de un Santo Oficio contra lo que barruntase siquiera de conservador. La suerte de los españoles estaba echada; Aníbal habia pasado el Rubicon: los progresistas, á cobrar; el resto de sus conciudadanos, á pagar. No habia otro desenlace.

Digitized by Google

Apunta, sin embargo, la luna de enero, la más clara del año, segun el cantar, y ¡quién nos dijera que esa luna, tan propicia á los gatos, habia de alumbrar el triste cuadro que inesperadamente nos ofrece hoy el progresismo! El astro de la guardia negra, que habia llegado á su perihelio, que habia logrado colocarse todo lo posiblemente cerca del sol que más calienta, se ve precipitado á inmensa distancia moral de la plaza de Oriente. El palacio de la calle de Alcalá no ha variado de inquilino. Un unionista se dedica, desde lo alto de una poltrona, á ver el medio de que el clero español tenga fuerzas físicas para decir misa. Otro unionista reaccionario enseña en sus manos la cartera de Ultramar. Un cimbrio rige nuestras relaciones internacionales. La misma *Iberia* se ve hoy obligada á comparar á otro cimbrio, de artística estructura, con Mendizábal. Del ministerio de Fomento salen discursos como el de Cartagena en forma de circulares de instruccion pública. Las elecciones de Sagasta van á tener un interventor amigo de Posada Herrera. Del fondo de los distritos alza un terceto oposicionista el terrible canto de la *coalicion*. Los pretorianos tienen la sospecha de que si osan alzar el gallo puede no faltar quien se lo ponga bajo los talones. Un ambiente de desgracia, de decadencia, de impotencia profunda hiela la sangre en las venas, y el país siente impulsos de levantar la abatida frente y de convertirse en un Platon de 16 millones de bocas, para decir por todas ellas á un tiempo: los progresistas se van.....

Repitámoslo: en la esencia de todo esto está el pecado original del radicalismo: la ignorancia. Todo lo que no fué establecer y organizar una milicia nacional con sueldos, contactarse con ella, limitar en ella sus aspiraciones, sus ambiciones, sus ideales de dominacion y de fortuna, fué por parte de los radicales no saber lo que se hacian. Ni podian, ni merecian más que una cosa así, un instituto, un modo de vivir, un falansterio, un organismo de esa clase, cómodo, inofensivo, modesto, alimenticio, pegado al fondo social, en armonía con un liberalismo *sans culotte*, con inteligencias vírgenes, con manos refractarias al baston con borlas, con pies acostumbrados á la suela con clavos. Si no existieran las tabernas, todos los gobiernos caerian los sábados por la noche. Esta frase, que cualquier progresista puede leer en un tal Pascal, puede tambien aplicarse al partido cuyo sepelio se ha celebrado á medias en Atocha. La masa radical, arrancada ignorante

Digitized by Google

y temerariamente á sus hábitos, á sus gustos, á sus profesiones, dedicada absurdamente al manejo de la cosa pública, es cosa perdida.

¿Se quiere un ejemplo palpable, personal, irrefutable, convincente como la evidencia, de esa verdad, de esa expiacion que repentina, pero fatalmente empieza á sufrir el radicalismo sacado absurdamente de sus casillas, adornado inútilmente, como el grajo de la fábula, con las plumas del pavo real, del radicalismo *deplacé,* metido en mal hora á autor, á tutor, á sostenedor de una monarquía? Pues volvamos los ojos á una de sus más importantes encarnaciones; con solo una mirada que echemos por las interioridades de la situacion, nos bastará para encontrarla, porque esa personalidad es de lo más visible que ha fraguado la construccion humana: es el Sr. Olózaga, mayor.

Olózaga, el grande Olózaga, en la doble acepcion literal y moral del adjetivo, ¿qué es de Olózaga, desde que abandonó, por creerla cumplida hasta la saciedad, su mision progresista, su mision desorganizadora? Ya no hay salves que entonar, retraimientos que aconsejar, Esparteros que jubilar, Campos Elíseos en que brindar, dinastía que desacreditar, condes de Reus con quienes civilmente rivalizar, conspiraciones que dirigir desde el estranjero, duques de Tetuan á quienes enviar parlamentarios; ya no hay verdadera política progresista que practicar, ya no hay nada de eso, ya no hay, en rigor, Olózagas posibles. Y por eso, aunque sin abandonar por completo los resabios de conducta de su naturaleza, proclamando un dia el esterminio de media España, proponiendo otro la creacion de comités electorales anti-sagastinos, el Olózaga de la historia, de la accion, de la tradicion, está reducido á un simple pretendiente de embajada. Apenas se hace un momento de silencio entre los repulsivos estrépitos de la situacion, se oye la voz del gran decadente, que dice: «¡A París, quiero volverme á París!...» Apenas el jóven Martos indica tímidamente la posibilidad de algun cambio en el alto personal diplomático; apenas se oye el estampido del cañon prusiano, dispuesto á abrirse paso al fin hasta las Tullerías, se oye simultáneamente el angustioso acento del hombre del 43, que pide su embajada con el ánsia del simple mortal que no ha sabido librar su edad provecta del contagio de los sibaritismos del *vaudeville*.

¡Ah! y es eso; la filosofía, la crítica, la más simple nocion de las temeridades de la ignorancia nos dicen que es eso. Las olas del mar tienen señalado en la orilla, por un dedo divino, el límite de sus es-

Digitized by Google

pumantes cóleras. No es dable al Océano traspasar su dique de leve arena. Las colectividades, las agrupaciones humanas tienen tambien valladares morales intraspasables, marcados por su idiosincrasia, impuestos por las condiciones individuales que se reflejan en el conjunto, dándole carácter, instintos, apetitos y efectos propios y eternos. El progresismo es siempre una mano demoledora, pero es siempre tambien un cerebro hueco. El progresismo de 1868 debió haberse hecho justicia, y haber dicho á los que le acompañaron en la gran empresa: «¿No hay ya nada que destruir? ¿Se trata ya de crear? Pues ya estoy yo demás en las alturas de la escena pública. Que se quede aquí quien sepa y pueda hacerlo; yo me contento con la tranquila posesion del garbanzo.» Pero, en vez de esto, el progresismo se ha puesto, como Icaro, alas de cera, y ha osado mirar frente á frente la luz que se las ha derretido. La caida empieza con el movimiento uniformemente acelerado de todas las caidas. Esperemos un poco más, y los sordos ecos del final batacazo nos compensarán una tristeza de dos años.

Digitized by Google

ESPEREMOS.

(23 de Enero.)

Seis meses hace que el corazon de Europa destila sangre; seis meses de guerra sublimemente inhumana; seis meses de destruccion asoladora, en cuyos procedimientos y mecanismos ha echado el resto de la ciencia; seis meses de química aplicada al homicidio; seis meses en que la flor y nata de la civilizacion militar nos prueba que el mundo marcha; seis meses hace que el viejo continente cristiano se pregunta á ratos si el estrépito mortífero que se alza en sus regiones centrales no es producido por una irrupcion de nuevos bárbaros, venidos de ignotas distancias, y mucho más temibles y destructores que aquellos de la historia cuyos piés esterilizaban para siempre la tierra en que se ponian.

Y sin embargo de que eso pasa hace seis meses, la Europa culta, la grande Europa inteligente, evangélica, rica, poderosa, que tiene su moral escrita, su filosofía militante, sus barcos, sus ejércitos, sus telégrafos y sus hombres de Estado, calla. Ni una protesta séria y trascendental, ni el anuncio de una negociacion diplomática como preliminar de una intervencion colectiva, ni un arranque de indignacion generosa, ni un síntoma de impaciencia humanitaria: nada. La guerra franco-prusiana sigue su curso destruyendo á los degenerados galos y abofeteando moralmente á las que se llaman grandes naciones, y las grandes naciones no dicen esta boca es mia. Francia y París están suprimidos accidentalmente—con asombro de Víctor Hugo—del seno de la civilizacion, y todo se ha reducido, sin embargo, á que la civilizacion cuente muertos en vez de contar dinero, y á que los figurines no se alteren sensiblemente en medio año.

¡Ah, gran ley histórica y perpétua de la humanidad, ley del más

Digitized by Google

fuerte, ley eterna, inexorable, inapelable en todos los siglos y en todos los hombres! Ya es tiempo de que el siglo XIX doble ante tí la cerviz pretenciosa. Setenta años de resistencia absurda ha empleado esta fátua centuria en negarte. Cuando te vió en la revolucion de Robespierre, decia que eras una idea; cuando te vió inspirar al gran Napoleon, seguia diciendo que sus cañones eran principios; cuando te vió llenar de cadávares los fosos de Malakoff y las llanuras de Italia y los campos del nuevo mundo, seguia diciendo que toda aquella matanza era doctrina pura. Pero hoy este siglo ideólogo y enterrador tiene ante sus ojos la verdad de tu realidad, tan desnuda, tan descarnada, tan concreta, tan innegable, que ya no son posibles ni la interpretacion ni la duda.

Guillermo III de Prusia y I de Alemania, sin otra inspiracion civilizadora que la palabra maquiavélica de su conde de Bismark, sin más invocacion de principios, ni más ideal democrático, ni más mision providencial, ni más trasformacion del género humano, ni más zarandajas que el doble deseo personal de acogotar á un César de levita y convertir á Berlin en ciudad imperial, se pasa cuatro años fundiendo cañones y acostumbrando á los labradores sus paisanos á dormir bien sobre la tierra húmeda de agua ó de sangre; y al cabo de esos cuatro años dice: «Allá voy,» y la Europa lo ve venir y le abre paso; y el mundo de aquella civilizacion, que aseguraba que las guerras no podian ser ya largas, ni infundadas, ni muy crueles, ni proseguidas al capricho de un caballero particular ó general, la Europa del vapor, de la electricidad, de la Cuaresma y del tres por ciento, se encuentra con que, en vez de tener por dueño al cristianismo positivista de sus mercaderes y de sus diplomáticos, va á tener un dueño de carne y hueso, ya entrado en años, con patillas blancas, casco á la romana, y dos millones de fusiles de aguja, bien manejados, á su disposicion.

Con efecto; unos pocos dias más, y la aniquilada Francia, cuyo heroismo en su lucha con el extranjero va tocando en los últimos límites de la insensatez humana, verá entrar en las Tullerías al gran hulano, y oirá de sus labios la suerte que la espera y los pedazos de su noble tierra en que se decide á estender el cultivo teutónico; y las barricadas de París devolverán sus adoquines á los bulevares; y la demagogia, que tanto ha dado que hacer á Trochú, volverá á hacer zapatos, á manejar espuertas y á dar sebo á las máquinas de los talle-

Digitized by Google

res; y las *cocottes*, aquellas hadas insaciables de la villa babilónica que consumia todos los ahorros de las cinco partes del mundo, volverán á poblar su recinto, volverá á haber París, volverá á comprenderse que los europeos viajan, volverán á estrecharse ó á ensancharse, segun las necesidades del progreso lo exijan, las alas de nuestros sombreros, nuestros pantalones y nuestras bocamangas, y el mundo político respirará en la posesion de su nuevo dueño y señor, y aquí no habrá pasado nada más que el trueque de un Bonaparte imprevisor por un Hohenzollern irresistible.

Entonces el centro del universo social no estará en la plaza de la Concordia, sino en Berlin; los ferro-carriles de la ciudad del gran Federico tendrán ganancias enormes, y la familia de primeras y segundas y terceras potencias enviará sus representantes, sus embajadores, dentro de sus más lustrosos uniformes, á consultar el entrecejo del que ha venido á sustituir la quimérica fuerza del derecho con la realidad del sacro, del contundente derecho de la fuerza. No habrá un Grandville, ni un Gortschakoff, ni un Beust, ni un Grant que no se den por convencidos; la lógica del proyectil habrá establecido su cátedra universal, y el buen conde de Bismark, libre ya de la comandita de Moltke, se servirá decir qué va á ser de nosotros todos los pueblos espectantes del continente histórico.

Esperemos, pues, este gran dia próximo; espérelo Inglaterra, que tiembla por su mina de oro indiana; espérelo la Rusia, amante platónica de la deidad del Bósforo; espérelo la Francia orleanista, la Bélgica artificial, la Italia capitolina; espérelo tambien nuestra vieja amada España, la España de Martos, la España de las elecciones. ¿Quién sabe, en efecto, lo que en definitiva se nos prepara? Ni los satisfechos de lo que aquí ha pasado en seiscientos dias de zafarrancho autonómico, ni los disgustados sistemáticos con este órden de cosas en que no caben, ni los vacilantes, ni los espectantes, ni los que, haciendo un esfuerzo de patriotismo y de sensatez, se resignan á esperar actos y pruebas del nuevo ensayo para juzgarlo, ni unos ni otros tenemos el derecho de formar planes para el porvenir. El humo de los cañones prusianos envuelve á la Europa en un verdadero génesis; es menester esperar á que se disipe ese vapor rojizo, á que las sepulturas se den por ahitas, á que el Sr. D. Guillermo trace en su libro de memorias el nuevo mapa continental, y señale á cada monarquía, á cada dinastía,

Digitized by Google

á cada gobierno, á cada preponderancia, á cada raza, á cada agrupacion su puesto, su límite geográfico, sus atribuciones y sus deberes. Gracias á la demagogia, al absolutismo, al can-can y al egoismo industrial de una sociedad de mercachifles, el mundo va á tener amo, lo tiene ya, recibirá pronto sus órdenes. Que nadie se haga, pues, ilusiones, que nadie crea su obra segura, sus proyectos en vías de éxito: es preciso que el amo cese de tronar y hable. Esperemos.

Digitized by Google

EL IDEAL.

(24 de Enero.)

En un pueblo donde habia la piadosa cruel costumbre de que los difuntos fuesen acompañados á su última morada por el más cercano de sus parientes, sucedió una vez que cierto caballero particular se permitió enviudar, y tuvo que cumplir y cumplió, en efecto, con la terrible costumbre, presidiendo el duelo y yendo hasta el cementerio tras el ataud de la finada esposa. De vuelta al fin en la casa mortuoria, uno de los circunstantes, penetrado de afectuoso interés hácia el que parecia haber perdido, con su compañera, un ala del corazon, se le acercó y le dijo: «Vamos, amigo mio, ánimo; ¿cómo se siente Vd?...» Y el viudo, defraudando un tanto la angustiosa espectacion de los que presenciaban la escena, se contentó con alzar apaciblemente los ojos, sonreir con la sonrisa del excarcelado, y responder con franqueza conmovedora: «Muchas gracias; ¡este *paseito* me ha sentado perfectamente!...»

De una franqueza así, tan espontánea, tan irresistible, tan superior á los deberes de una situacion crítica, á las prescripciones de la conveniencia, al pudor de la moral; de una confesion de ese género, que brota, á despecho de la voluntad, fácil, avasalladora, de lo más íntimo del sentimiento, hacen uso algunos diarios radicales al tener que responder á ciertos cargos retrospectivos de las oposiciones. Son los *viudos* de Echegaray, confesando que el verse libres de aquel ridículo escepticismo oficial les alivia de un gran peso; son los *viudos* de Montero Rios, que esperan el jurado; son los *viudos* de Figuerola, que sienten secarse en sus ojos las lágrimas convencionales de un dolor de fórmula, al ver al jóven Apolo libre-cambista conceder una paga al clero de Málaga; son, en fin, los antiguos apologistas de las monstruosidades

Digitized by Google

de la interinidad declarando, sin quererlo, pero irresistiblemente, que de aquella manera no podian vivir más que algunos cuantos empleados.

Grata sospecha engendra á primera vista ese proceder de la prensa oficiosa en los ánimos desapasionados. ¡Cielos! ¿Será cosa de que el progresismo democrático y viceversa se disponga á no desdeñar sistemáticamente las elecciones del sentido comun? ¿Será cosa de que empiece á realizarse un milagro de educacion gubernativa en esas naturalezas refractarias á todos los pulimentos de un poder ordenado? ¿Será cosa de que el mejor dia salgan esos órganos radicales encareciendo el principio de autoridad, pidiendo hasta una buena policía, quitándonos, en una palabra, razon de ser en la prensa á los que clamamos por que la gobernacion del reino no sea una parodia de sí misma?

Esta halagüeña esperanza se destruye, empero, al contacto de ciertas contradicciones melancólicas que el mismo seno de la prensa radical nos exhibe. ¿De qué sirve, *verbi gratia*, que *La Iberia* se haga docta una mañana y truene sériamente contra el pueril deseo de los periodistas que trataban de ofrecer al rey sus retratos, si á renglon seguido vuelve á comparar á Moret con Mendizábal? ¿De qué sirve que *El Parcial* se felicite de la formacion del nuevo partido conservador, legal y constitucional, si diez líneas más abajo, anticipándose á lo que dirá dentro de poco el anunciado órgano de su ex-amigo el Sr. Rivero, pinta como corona, aureola y atmósfera de vida de la monarquía de noviembre el credo político, ó lo que sea, del cimbrismo? Hasta el templado *Puente de Alcolea*, resistiéndose á que el Sr. Izquierdo vaya á Filipinas, y dando á entender que la revolucion puede no estar aun del todo asegurada, se deja llevar por la pendiente de esas imprudencias de temperamento que las almas sensibles han de deplorado siempre en el radicalismo imperante...

Pero, en fin, nosotros, propensos siempre á creer lo bueno, á creer lo mejor de todo el mundo, dispuestos siempre á convenir en el arrepentimiento de quien lo necesita, nosotros no tenemos inconveniente en ver hoy en ciertos arranques sérios y espontáneos de la prensa radical, en ciertos amargos recuerdos, noblemente evocados, no solo una palinodia honrosa y respetable, sino un propósito de enmienda franco y leal. Sea en buen hora; se trata de no traducir por más tiempo en letras de molde el espíritu de una anarquía patriotera y feroz; se trata

Digitized by Google

de hacer justicia á los hombres y á las cosas, empezando por hacérsela á sí propio. Aceptado. No seremos nosotros los que pongamos obstáculo alguno al éxito de este deseo, ni siquiera dudando de su sinceridad.

Y en prueba de ello, vamos á permitirnos, ya que no dar un consejo, hacer al ménos una observacion desinteresada á los órganos de la parte radical del gobierno. Hace dias que se viene, sin duda, calumniando al gabinete, y diciéndose que uno de los *ideales* de la situacion es el ver reelegidos á los 191 votantes del 16 de noviembre, á cuyo efecto cada ministerio, cada direccion, cada negociado es á estas horas una fuente de credenciales, complacencias y servicios de todo género, cada ministro un sentimental padre adoptivo, y cada gobernador y cada alcalde unos meros esclavos morales de los candidatos imprescindibles.

En Dios y en nuestra ánima creemos que, si esto es cierto, la prensa radical, convertida á la sensatez, tiene con ello grande y legítima ocasion de prestar un escelente servicio á la candidez gubernamental. La reeleccion de aquella mayoría constituyente, desorganizada *ab initio*, manejable solo en ciertos supremos momentos, cuando, por ejemplo, el conde de Reus ponia la trémula mano en la empuñadura de su espada y amenazaba tirar la casa por la ventana; la reeleccion, en toda su integridad, de aquella mayoría, hija de la sorpresa revolucionaria, que fluctuó á merced de todas las candidaturas régias, que fué, por semanas ó por meses, amiga ó enemiga de la incompatibilidad parlamentaria, de las economías, de la república, de las quintas y del estado de sitio; la presencia de esa mayoría trasnochada, restaurada, indómita, compuesta en su mayor parte de hombres desconocidos, sin arraigo ni prestigio alguno en el país, ¿cómo ha de significar una sancion plebiscitaria, ni cosa que lo valga, al lado de la nueva monarquía?

Esfuércense, pues, nuestros colegas del radicalismo arrepentido; entresaquen, con viril escrúpulo, la docena de nombres respetables que el catálogo constituyente puede presentarles como racionalmente reelegibles, y pidan, y aconsejen, y exijan, por lo demás, al gobierno, que no haga la menor barrabasada para sacar nuevamente de su fatal oscuridad al resto de aquellos señores en cuyas manos tanto padeció y se ruborizó la revolucion de setiembre. En otros hombres, en otras res-

Digitized by Google

petabilidades, en otras tendencias, en otras entidades, en otras seriedades es donde la situacion debe buscar la representacion legal del país, de cuya sancion, de cuya confirmacion necesita lo más fundamental del nuevo órden de cosas. Quédense, por ejemplo, las Telinges y Rodriguez enseñando sus grandes cruces á los que fueron sus electores; y si decididamente el gobierno de la monarquía anda en busca de un *ideal*, que ese ideal tenga al ménos las condiciones de la primera enseñanza. Digo, nos parece.

Digitized by Google

LOS HABILES.

(28 de Enero.)

Juramos por las barbas del Sr. Montero Telinge que tenemos una gran pena, la pena que engendra el presentimiento de una decepcion amarga, inesperada, humillante. Ya saben nuestros lectores que nosotros pertenecemos á esa especie de unionistas pertinaces, recalcitrantes y crónicos, cuya única singularidad entre los ciudadanos políticos de España consiste en no haber cambiado de partido desde 1854. No teniendo más título notable que nuestra consecuencia, hemos dedicado todos nuestros desvelos á cultivarla, á robustecerla, á convertirla, digámoslo así, en una especie de cordon umbilical que, ligándonos al seno de nuestro partido, nos ha trasmitido la alegría de sus alegrías, el dolor de sus dolores, la vida de su vida. ¡Qué quieren Vds.: cada uno dice misa en su misal; cada uno hace en este mundo lo que puede! Nosotros no hemos tenido siquiera el empeño de ser ministros, y nos hemos contentado con pertenecer en cuerpo y en alma á la union liberal, haciendo de este gran partido sério é inteligente nuestra gran pasion, sin necesidad, ni deseo, ni posibilidad de abandonarlo mientras exista.

Pues bien: para nosotros, los pobres de espíritu de la política; los que profesamos el romanticismo de la constancia; para nosotros, los que no tienen en su comunion otro mérito que el mérito pasivo de la inmovilidad; para nosotros nuestro partido tiene algo del carácter esencial y de las atracciones sagradas de un padre, de un sér respetado y querido cuyas cualidades se proclaman con fervoroso orgullo, y cuyas faltas y cuyos defectos se lamentan y se sienten como cosa propia. Los insignificantes de la escena pública hacemos así la política: aplicando á ella el corazon. Es una debilidad, es una puerilidad; pero es nuestro único, invariable procedimiento.

Digitized by Google

Cuando oiamos nosotros á los neo-católicos, á los polacos, á los demagogos y á los progresistas maldecir durante diez años la habilidad de la union liberal, un secreto inocente júbilo nos inundaba el pecho, y una voz interna nos aseguraba que algo habia de bueno, de grande, de útil, de meritorio en esa habilidad constitutiva, sistemática y reconocida de nuestro partido, cuando los enemigos del régimen constitucional, y sus corruptores, y sus escarnecedores la execraban de tal manera. Además, la habilidad es, en toda la vasta escala de la naturaleza, síntoma, trasunto y patente legítima del sér inteligente. Puede haber y hay habilidades buenas y malas; la zorra es astuta, y la abeja y la hormiga lo son tambien; pero en todos los séres á quienes la habilidad separa ostensiblemente de la materia muerta, inerte é impotente, ese destello de la inteligencia, ya lo guie la razon de orígen divino, ya lo dicte el misterio del instinto, es una honrosa razon de sér, es un timbre enaltecedor, es una gran cosa.

Los enemigos de la union liberal le negaban el patriotismo, la altura moral de una gran escuela política, su representacion y sus raices en las clases medias, su liberalismo teórico y práctico, su amor al ejercicio ordenado y al prestigio fecundo de la autoridad; la tildaban ante la crítica y ante el sentimiento público de ser una egoista asociacion corruptora que habia dado al traste con los partidos históricos; pero le concedian, pero le reconocian una dósis maravillosa de habilidad. Y nosotros nos contentábamos, á fuer de unionistas, con esta condicion, y deciamos: siga la union liberal en sus trece, en sus procedimientos habituales, en sus constantes empresas; siga uniendo á los hombres más importantes del bando constitucional, siga consumando la desamortizacion, siga manejando honradamente la Hacienda pública, siga sosteniendo el 3 por 100 á 52, siga ganando batallas en Africa, siga anexionándonos hermosos territorios, siga reconociendo á Italia, siga rebajando el censo electoral, siga con su prensa libre, con sus Parlamentos de cinco años y con su inalterable libertad práctica; y si estas son sus habilidades, ¡benditas sean las habilidades de la union liberal!

La última vez que la union liberal se decidió á ser hábil fué en 1868. Un trono, una dinastia divorciados irremediablemente del espíritu público, necesitaban salir de España; y la union liberal desterrada, perseguida, huérfana ya del gran O'Donnell, se las compuso, sin

Digitized by Google

embargo, de manera que el viaje se verificó, y fué de lo más incruento, de lo más solemne y hasta cierto punto de lo más magnífico que registran nuestros cronicones.

Pero desde entonces ¡ay! desde entonces, como si aquel hubiera sido el último, inmenso esfuerzo de la habilidad unionista, una série de inconcebibles y acrecentadas torpezas están dando al país, y nos están dando á nosotros, cándidos entusiastas de aquella habilidad patriótica, la cruel, la horrible sospecha de su desaparicion, de su extincion, de su aniquilamiento en el seno de nuestro partido. ¡Qué dicen los últimos desastrosos dos años sino que la ardilla está amenazada de convertirse en topo, la tejedora araña en ciega oruga, el lebrel de fino olfato en falderillo ruin!...

Pero no volvamos la vista atrás: bien está la interinidad enterrada con todas sus algaradas anárquicas, con todos sus empréstitos, con todas sus malogradas conciliaciones, con todos sus ministros unionistas llevados y arrebatados al poder, sin que lograsen dejar en él la huella luminosa de la tradicion de su partido. Hoy tambien hay ministros unionistas, ministros que han sido hábiles antes de esta última etapa, ministros aleccionados en aquellas habilidades productoras del bien público; y tampoco hoy, tampoco hoy parece dispuesta á resucitar aquella cualidad distintiva de la historia unionista.

Lo que pasa hoy, por el contrario, lo que el porvenir se resistirá á creer es que esos ministros parecen sujetos, maniatados y presos en las redes de una habilidad inverosímil, de una habilidad que nunca ha existido, de una habilidad de brocha gorda, pero real, positiva, innegable; de la habilidad de los radicales. Esos ministros de la union liberal se decidieron á volverlo á ser en aras de un fundamental pensamiento habilidoso: era preciso, era conveniente tener de nuevo participacion en el gobierno: la monarquía, la libertad, el órden, los intereses conservadores, el porvenir de la burlada y maltrecha union liberal necesitaban que hombres suyos, que hombres acreditados, que hombres capaces de llevar á la situacion una inspiracion, una seriedad, una sinceridad fecundas, lo intentasen.

El radicalismo se sometió á la exigencia con una generosidad pérfida y burlesca. Dos carteras relativamente insignificantes fueron otorgadas á los que decidieron la votacion del 16 de noviembre. La presidencia del Consejo se adjudicó al duque de la Torre, por la senci-

Digitized by Google

lla razon de que no habia otra autoridad revolucionaria á quien adjudicarla. Cuatro ó cinco gobernadores unionistas bullen por esas provincias de Dios, sin otra cortapisa que las candidaturas progresistas y cimbrias. Una magistratura creada y organizada por el Sr. Ruiz Zorrilla es reconocida en la *Gaceta* de hoy, como *poder independiente* é inmutable, por el ministro unionista de Gracia y Justicia. Un solo subsecretario de esta procedencia sirve en un ministerio de *contrapeso* á los subsecretarios de Prim, de Montero Rios y de Moret. Las más juveniles, las más inteligentes, las más útiles individualidades del unionismo que fué á Italia yacen en el fondo de la cesantia universal. Y las iniciativas graves, poderosas, inmediatas, que se habian anunciado, y con las cuales el primer ministerio del rey debia echar verdaderamente las bases de la monarquía, no parecen, no se indican siquiera, no se sabe siquiera que se lleven al Consejo. Y á todo este conjunto de habilidades radicalísimas y de mutismo y de inaccion unionistas, se añade y sirve de hipotético coronamiento la temerosa probabilidad de otra mayoría de pura sangre progresista-democrática...

¡Ah! mientras llega otra noche de San José, séanos permitido á los tradicionalistas de la union liberal protestar, á impulsos del instinto de vida que nos queda, de la catástrofe final que nos prepara el radicalismo. Nosotros, y solo nosotros, le hemos enseñado á ser hábil, le hemos metamorfoseado milagrosa, inconcebiblemente. Y la fiera domesticada, aleccionada, ha abierto ya la jaula, y se prepara, parodiando la antigua sonrisa de nuestra fuerza, á ponernos definitivamente en su lugar. Por algo están O'Donnell en su tumba y Posada Herrera en el retiro de su viudez. Resignémonos. La resignacion puede ser tambien la habilidad de la vergüenza.

Digitized by Google

TRANSFORMACION.

(30 de Enero.)

Desde hace pocos dias, la política española va tomando unos aires, un tinte, un tono de melancolía capaces de meter el corazon en un puño al más pintado. La tristeza no es ciertamente una enfermedad andaluza; la tierra de María Santísima tiene en su alegre cielo, en sus eternas flores y en sus cabezas ligeras un antídoto infalible contra la hipocondría; y nosotros, andaluces empedernidos, nos hemos juramentado con nuestra conciencia para no morirnos con el remordimiento de una cosa tan fea y tan amarilla como la ictericia; por eso somos periodistas, hombres políticos; españoles de la prensa y del salon de conferencias. ¿Qué defensa mejor, más á propósito, más inexpugnable contra la tristeza, que la política española en general, y muchas de sus figuras en particular?

¡Cuántas veces, cuántas veces, al sentirnos amenazados, como simples mortales al fin, de esa nostalgia del alma, de esa melancolía malhechora que parece aconsejar á nuestro espíritu la evasion, premeditada y con fractura, de su cárcel material, y la anticipacion de su viaje á la presentida celeste patria; cuántas veces, al considerarnos en la desnudez amarga de nuestro españolismo, al creer que, decididamente, vivimos en un país donde todo es peor, empezando por los gobiernos y acabando por los gobernados, hemos buscado bienhechor y filosófico refugio en la contemplacion de nuestra cosa pública, nos hemos puesto á meditar, por ejemplo, sobre la racionalidad del progresismo, ó sobre la importancia de los cimbrios, y hemos entrado repentinamente en posesion de una hilaridad desternilladora, y hemos dado gracias al Dios de Echegaray por habernos hecho escoger este oficio á prueba de tristezas!...

Digitized by Google

Sin embargo, las circunstancias se van agravando pavorosamente, y nuestra alegría sistemática, nuestra prevencion contra esa gran debilidad humana que se llama el mal humor, nuestro firme propósito de acudir, siempre que nos sintiésemos propensos á tomar la vida en sério, al inagotable manantial de chistes, de caricaturas y de alborozos que se encuentra en cualquier rincon de la política patria, sufren hoy una verdadera crísis, cuya espresion fiel y desconsoladora son estos párrafos. Vacilamos, sí, vacilamos en nuestra constancia humorística, nos declaramos á punto de entristecernos, y escribimos este artículo sintiendo que los génios y los tontos, que son los que más frecuentemente suelen estar tristes, pueden tener razon.....

¡Ah! es que no hay remedio contra una melancolía universal, es que cuando la tristeza se convierte en una epidemia nadie puede desafiar al contagio, es que, tiendan Vds. la vista por lo que pasa hace dias, y dígannos si hay conviccion, si hay carácter, si hay temperamento capaces de resistir la negra pena que parece apoderada de todo y de todos.

Nadie tenia en este país de las notabilidades más derecho á constar como una entidad radiante de venturas irresistibles que el simpático, juvenil ministro de Hacienda. Mariposa de la felicidad, la historia le habia visto libar en el seno de todos los cálices todos los jugos imaginables de la dicha. Todas las puertas, desde las del Sr. Rios Rosas hasta las del general Prim, se le habian abierto. Todos los cargos, desde miembro de San Vicente de Paul hasta comandante de Voluntarios, se le habian conferido; y el libre-cambio, agradecido á sus discursos y á sus traducciones de los modernos economistas, le trajo al poder el dia en que el jefe español de su escuela, Sr. Figuerola, declaró que ya no tenia cosa alguna que cambiar con los prestamistas extranjeros. Pues bien; el Sr. Moret, aquella encarnacion de la alegre juventud despreocupada, de la felicidad inconsciente, acaba de verse obligado á dar un decreto sobre tabacos, que obliga á la misma *Iberia* á censurarlo en nombre de los principios fundamentales del desestanco; verdaderamente, el Sr. Moret es en estos instantes una triste cosa.

Nuestros amigos los unionistas, patrocinadores y auxiliares decisivos de la votacion del 16 de noviembre, han fundado un periódico. Todo el mundo creia que este periódico, que esta noble bandera, alza-

Digitized by Google

da por tan inteligentes manos, que este nuevo órgano de respetables y autorizadas opiniones, iba á entonar el himno constante, invariable y armonioso de una felicidad á gran costa y con grandes sacrificios adquirida. Pues bien; este respetable periódico ha empezado, contra la espectacion universal, á lamentarse, y á lamentarse de todo, de la crudeza de nuestro clima, de las envidiejas y desconfianzas radicales, de la vanidad nacional que nos pierde, de las jactancias liberalescas que se creen con fuerzas bastantes para afianzar por sí solas las instituciones vigentes, y de otras muchas cosas á cual más lamentables.

Y, entretanto, un pérfido diario moderado nos habla de no sabemos qué dueño de una gran casa que se siente mal, que se siente aislado, entristecido y con ganas de anochecer y no amanecer el mejor dia, creyendo sin duda el buen diario borbónico que no hay temples de alma superiores al de sus ráncios ídolos. Y, entretanto, la carestía de ciertos artículos fomenta la afiiccion pública con anuncios de sombreros á 17 duros y de libreas mucho más caras. Los fondistas, apoderándose de no sabemos qué precedentes, se disponen á desplumar aficionados como simples pajarillos. Dáse por fracasado el proyecto de manifiesto conservador, esperanza racional de la legalidad vigente en ciertas seriedades. No se puede hablar de la cuestion electoral sin que los apesadumbrados le hagan ver á uno horrores en el fondo de ese segundo ensayo próximo del hermoso sufragio universal. No se puede hablar de la circular del Sr. Martos sin que los diplomáticos *en disponibilité* le remitan á uno tristemente al diccionario de la lengua. No se puede hablar de la notable circular del ministro de Gracia y Justicia sin que la tristeza de los aficionados al derecho le diga á Vd. que una justicia progresista, por inamovible que sea, es poca cosa. Quiere uno regocijarse con la esperanza de que el clero y las clases pasivas van á ser pagadas, y una voz terrorífica y misteriosa nos pregunta: ¿Y de dónde?... En fin, ¡qué más! con decir que entre el Campo del Moro y los salones del Congreso hay una perfecta relacion de temperatura, y que las economías nacionales han empezado por no permitirse que los asistentes al salon de conferencias tengan ya más que una chimenea encendida; y con decir que, por este y por otros motivos, apenas si se ven ya fácilmente en parte alguna las eminencias que durante dos años hemos encontrado y admirado en todas partes, se dice todo.

No cabe duda; hay un horrible fondo de melancolía en cuanto nos

Digitized by Google

rodea; la política toma á pesar suyo un aire bíblico, un tono de Job, que da miedo. Será el invierno, será el frio, será la nieve, será que ahora no hay propiamente españoles, sino candidatos; será que el instinto nos hace al fin tomar ante el mundo la actitud que á nuestras miserias corresponde; será lo que ustedes quieran; pero ello es lo cierto que si esto sigue no habrá más remedio que pedir al Sr. Olózaga una leccion de llanto oportuno. La transformacion es inverosímil, es brusca, es tremenda. Ayer, ayer mismo éramos un país bastante progresista para reir y hacer reir. Hoy todo el mundo se queja, suspira, ó bosteza amargamente; una inesperada seriedad lacrimosa se nos viene encima; parece que vamos á cambiar de naturaleza, sin cambiar de Hacienda, de instruccion pública ni de gobernadores. Sea lo que Dios quiera.

Digitized by Google

CUESTION DE FORMAS.

(8 de Febrero.)

Los radicales que sepan algo de historia es posible que tengan alguna idea de lo que fueron las terribles contiendas de la Edad Media en Italia. Aquellas fratricidas luchas de bandos, familias y magnates, aquellas eternas batallas de la vanidad, de la ambicion, del fanatismo, que convertian cada Estado, cada ciudad, cada hogar en sangriento teatro de horribles crímenes, se ofrecen hoy á los ojos de la crítica como un execrable cuadro social en que campea una anarquía perfecta, tan perfecta como si las naciones italianas de entonces hubiesen tenido la comun desventura de ser regidas por el radicalismo. La Italia de la Edad Media es en cierto sentido un estudio radidical de primer órden.

En ella nació, desarrollóse, llegó á su completo desarrollo y se trasmitió como tipo á la posteridad, el precursor del moderno porrista, el vandálico *condottiere*. Pero hay que ser justos. Sea por la influencia eterna del espíritu en la patria del arte moderno, por el instinto estético de aquel pueblo cuyas barbaries, cuyas abyecciones, cuya pobreza, cuyas miserias han nacido y trascurrido entre ruinas maravillosas, sea porque para el pueblo de la gran política florentina debia haber siempre algo de refinamiento, algo de inteligencia en el seno mismo del crímen, lo cierto es que nuestras partidas de la Porra son en absoluto indignas de compararse con aquellos practicantes del asesinato. Y es seguro que si al más vulgar de ellos se le hubiese propuesto esperar en comandita, y garrote en mano, la señalada víctima á la puerta de su casa, y matarla inhumana, tosca y brutalmente á contusiones, se hubiera creido ofendido en su dignidad.

En aquella Italia del homicidio explotado habia tambien, no solo

Digitized by Google

sus delicadezas de ejecucion, sino hasta sus susceptibilidades morales. Hubo una época en que hasta para los asesinos era cargo de conciencia dejar morir á sus víctimas sin cierta preparacion religiosa; y las crónicas de aquella edad nos dicen que, generalmente, antes de descargar la puñalada en el pecho de un cristiano se le invitaba á encomendar su alma á Dios, y se esperaba con relativa cortesía los minutos precisos para oirle recitar temblorosamente el piadoso *In manus*. Esto, respecto á los humildes, á los fáciles, á los que no sabian ni podian oponer grave resistencia. Con los bravos, con los duros de roer, con los que por sus antecedentes ofrecian el prévio temor de una terquedad valerosa, lo que se hacia era procurar sujetarlos de improviso, y una vez conseguido, se les decia, puñal á la garganta: «Diga usted que cree en Dios, ó es usted muerto.» El sorprendido, vencido por el argumento, entonaba el credo, y en seguida se le mataba; y de este modo, la alevosía del hecho sufria cierta agravacion, pero el cielo tenia un alma, y el remordimiento de los que quedaban sobre el cadáver se atenuaba en lo posible.

Hemos recordado intencional y rápidamente esos horrores históricos para poder invitar á cierta parte del radicalismo á convenir en que la forma entra por mucho en todas las cuestiones humanas, en que el amor á las buenas formas es una cosa conveniente á todas las profesiones, la del progresista-democrático inclusive, y que ya es tiempo ¡por Dios vivo! de que el triste catálogo de los Azcárragas se cierre para siempre en la España que llamamos regenerada.

A continuacion de estos párrafos copiamos un impreso que por el correo de hoy, y aunque con inesplicable retraso, hemos recibido de Palencia. Invitamos á nuestros colegas radicales á pasar sobre él los ojos, libres de toda venda, y á deplorar con nosotros los incalificables y repugnantes escesos que, segun esa hoja, se han cometido en aquella capital con motivo de las últimas elecciones. Nosotros no conocemos á los firmantes, ignoramos el partido político á que pertenecen, no sabemos si son federales, carlistas ó simplemente conservadores, que es lo peor que se puede ser en estos tiempos; pero el elector cayendo herido ante la urna pública, la horda criminal esparcida luego por la aterrada poblacion y cometiendo nuevas violencias, y sobre todo, el alcalde, aquel alcalde á quien la primera víctima se dirigia angustiosamente pidiendo en vano proteccion y auxilio contra los malhechores, conven-

Digitized by Google

gamos en que forman un cuadro del peor gusto social y político, un perfecto cuadro bestial y repugnante ante el cual es imposible dar el menor vive ni á la democracia ni á ninguna de las conquistas de nuestra revolucion gloriosa.

¡Ah! comprendemos ahora aquel discurso del bravo Topete en que nos pintó á la pobre revolucion de setiembre desfigurada hasta el punto de que no la conozca la madre que la pariera, despojada de su blanca y pura túnica infantil, y adornada irrisoriamente con disfraces impuros é impropios de su inocente magestad. Los porristas palentinos acaban de echar una nueva mancha sobre esta revolucion mísera. ¿A dónde iremos á parar con este olvido sistemático de todo *aseo* moral, con esta salvaje aceptacion de las eternas formas de la anarquía?

Publicando, como lo hacemos, el palentino impreso, acaso prestemos un servicio al señor ministro de la Gobernacion, porque acaso el gobernador de aquella provincia no haya tenido tiempo de remitir á S. E. un ejemplar. El Sr. Sagasta, que sin duda á estas horas estará meditando de nuevo, como en los dias de la interinidad, en los célebres derechos individuales; el Sr. Sagasta, cuyos instintos conservadores, cuyos procedimientos de hombre culto, de hombre de ciencia, de hombre distinguido, no podrán ménos de sentirse hondamente contrariados con la noticia de semejantes desmanes; el Sr. Sagasta, á quien, allá en el fondo de su conciencia, es posible que le pese otra vez como una montaña su radicalismo, acaso nos quedará agradecido por el documento que hoy ofrecemos á su consideracion.

¿Qué autoridades son esas de Palencia ante las cuales pasan, sin inmediato y ejemplar castigo, cosas semejantes? En el lugar del digno señor ministro de la Gobernacion, nosotros dirigiriamos hoy mismo una carta confidencial á esos delegados del gobierno, en que les diriamos poco más ó ménos: «Muy señores mios: Lo que acaba de pasar en esa capital es de lo más atroz que el siglo XIX registra entre sus atrocidades. Los amigos liberales de esa olvidan, sin duda, que ya está coronado el edificio revolucionario, que ya no puede taparse nadie con la desechada capa del período constituyente. Si por efecto del mal estado de las comunicaciones no saben Vds. que ya tenemos monarquía, ministros conservadores, deseos de órden, y propósitos inquebrantables de honrar á nuestra madre comun la revolucion, el gobierno no puede tener en cuenta la escusa, y desde ahora les anuncio á Vds. que

Digitized by Google

se acordarán del santo de mi nombre. Nosotros queremos que el país responda á nuestro llamamiento, queremos el triunfo del gran partido monárquico-liberal en las elecciones de todas clases; pero no podemos querer que, por culpa de nuestros amigos, se aumenten pavorosamente los quehaceres de los tribunales de justicia. Envíenme, pues, Vds. á vuelta de correo, ó la prueba inequívoca de que han hecho en este caso cuanto su deber y la vindicta pública exigen, ó sus dimisiones. Yo no quiero autoridades que solo puedan estar bien entre los araucanos ó en Sierra-Morena.» Y créanos el Sr. Sagasta: el país aplaudiria, hasta como cuestion de forma, la amonestacion.

Digitized by Google

DE PRECISA ASISTENCIA.

(11 de Febrero.)

Los periódicos y los periodistas podremos decir cuanto queramos; pero ello es lo cierto que *La Correspondencia* es una gran cosa. Cuando uno lee año tras año aquello de «eco imparcial de la opinion y de la prensa,» y cuando uno contempla, metidas las manos en los vacíos bolsillos, cierta casa de la Carrera de San Gerónimo, que es una noticia de cal y canto, pero exactísima, sobre la riqueza imponible de cierto versificador andaluz; cuando uno ve esas cosas, se comprende que toda la filosofía de una penuria crónica se le agolpe á uno al corazon, y esté uno á punto de creer en la chochez de la Fortuna. Pero cuando uno, á pesar de ser periodista, es decir, á pesar de leerse, por término medio, cuarenta periódicos al dia, siente todas las noches antes de retirarse, al retirarse, ó despues de retirarse, la necesidad de comprar y de leer el diario noticiero, no puede uno ménos de convenir en que *La Correspondencia* es casi una institucion. ¿Qué importa que lo sea fuera del texto constitucional? Ya nos esplicó Gonzalez Brabo la teoría de las Constituciones internas, consuetudinarias, sancionadas por el carácter y por los hábitos de un pueblo. Un periódico que llega á ser una costumbre pública, tiene algo de fundamental y de respetable, por más que tenga mucho de envidiable.

Esperamos que nuestro amigo Santa Ana, ese gran poseedor de piezas de dos cuartos, ese conocido de todo el mundo, nos dé gracias en la primera ocasion por el anterior párrafo. Entretanto, y puesto que hoy nos pilla de vena de franqueza, acabemos el elogio del diario imprescindible confesando que una de las cosas que más nos encantan en *La Correspondencia* es la manera de dar las noticias, es el estilo originalísimo, la claridad meridional, por decirlo así, con que pone al

Digitized by Google

alcance de todas las inteligencias cuanto pasa, se dice ó se comenta. Anoche, por ejemplo, el venturoso boletin de la calle del Rubio empieza uno de sus sueltos diciendo: «esta tarde á las cinco ha habido Consejo de precisa asistencia.» Un periódico ménos conocedor de la tierra que pisa, esto es, del país en que se escribe, se hubiera contentado con decir eso para decir que los ministros debian estar ocupados en algo importante. Pero *La Correspondencia*, que sabe donde á ella y al país les aprieta el zapato, añade en la plenitud de la más sabia redundancia española: «circunstancia que revela que en este Consejo ha de tratarse algun asunto de interés.» Despues de lo cual, el redactor del párrafo se iria, sin duda, á descansar en la seguridad de que entregaba perfecta y satisfactoriamente á sus conciudadanos una noticia de ese jaez.

Pues bien: *La Correspondencia* tenia razon, estaba en lo cierto. Segun nuestros posteriores informes, el Consejo de ministros de ayer tarde, no solo se convocó con el carácter de esa precisa asistencia que es la fórmula de los dias solemnes y de los graves asuntos, sino que correspondió, en efecto, á su convocatoria. A las cinco y media, es decir, con solo la media hora de espera que marca la etiqueta, ya estaban todos los consejeros responsables de S. M. en el despacho de su presidente, cuyo balcon da á la calle de Alcalá. Desde allí se trasladaron, como es costumbre en casos tales, á otro despacho interior y más espacioso del palacio, no solo porque de este modo se evitan las distracciones á que da lugar el complejo estrépito del camino de la Castellana, sino porque da la casualidad de que el despacho ordinario apenas tiene la cabida de ocho personas de regular volúmen. Descuido del arquitecto.

Se nos asegura que la reunion ministerial comenzó, como las tempestades, con cierta aparente calma. El nublado estuvo únicamente, durante los primeros cuartos de hora, en los semblantes; las bocas contuvieron por largo tiempo el rayo de la palabra, dando tan solo suelta á breves é inofensivos relámpagos. Más que tratarse, se desflorarón verdaderamente algunas cuestioncillas de actualidad. El ministro de Gracia y Justicia leyó con legítima complacencia la pastoral última del obispo de Orihuela, se felicitó de esta iniciativa benévola de cierta parte del clero, prometiéndose que á ella seguirian otras muchas, y encareciendo la necesidad de que se piense en dar á los mi-

Digitized by Google

nistros del altar un poco más que buenas palabras. El jóven, el eternamente jóven ministro de Hacienda parece que respondió que, individualmente, él no deseaba otra cosa; pero que, economicamente, él tenia que esperar á que los nuevos inspectores de Hacienda diesen sus infalibles resultados, y prometió que los primeros millones con que esos funcionarios aumenten las rentas públicas se dedicarán á esa atencion de misa y olla.

Despues parece que se trataron no ménos someramente algunos otros asuntos relativamente interesantes. Se habló del nuevo ayuntamiento de Málaga, que ha quitado de sus oficios las clásicas iniciales S. N. (servicio nacional), como contrarias al dogma de la federacion, por su significado unitario, sustituyéndolas con las de S. P. (servicio público) en que todo cabe. Y esto arrancó, naturalmente, una sonrisa al gobierno. Se habló tambien algo, muy poco, de la dimision del general Alaminos, respetando la decision de este teniente general, que no cree deber ir á Zaragoza, donde hace dos años no era más que brigadier. Se dieron noticias circunstanciadas de la última reunion carlista en casa del marqués de Gramosa, y se convino en que ahí nos las den todas. Se leyeron algunos despachos de Francia, conviniendo en que trasladasen al Sr. Olózaga para que no pierda el hilo de los sucesos de la patria de su embajada. Se indicó al Sr. Padial para capitan de Guardias del rey, presentándose la pequeña dificultad de que no reune las condiciones reglamentarias que el puesto exige, porque ni está en la mitad de la escala de los de su clase, ni tiene todavía la cruz de San Hermenegildo. Y, por último, se pronunció la fatal palabra: *Elecciones*. Un movimiento de concentracion en sí mismos agitó rápidamente todos los espíritus, y el primer trueno salió, con retumbancia que estaba en razon directa de la anterior compresion, de lábios de un ministro cuyo nombre ignoramos.

Pero el nombre no hace al caso. Lo importante es que ese ministro parece que formuló directa, concreta y elocuentemente una queja. La queja procedia de algunas graves noticias acerca de la conducta de ciertos gobernadores de provincia, de procedencia republicana, es decir, democrática, ó mejor dicho, cimbria. S. E. aseguró que tenia motivos fehacientes para saber que algunos de esos gobernadores, divorciándose del espíritu del gobierno, haciendo caso omiso de las circulares reservadas y sensatas de su jefe, y dándosele una higa del

Digitized by Google

criterio de la situacion, no solamente no guardaban en los distritos electorales la absoluta neutralidad de ordenanza, sino que protegian abierta, resuelta y escandalosamente á candidatos que no tenian la menor nocion de monarquismo. En vista de lo cual, S. E. rogó encarecidamente á sus compañeros que le dijesen á dónde se va por ese camino.

Y aquí fué Troya, es decir, aquí estuvo el gran interés de la conferencia. Pedir la palabra, tomarla sin aguardar la concesion, levantarse, acalorarse, gesticular, medir á grandes pasos la estancia y mostrarse en el paroxismo de una democracia de primer órden; todo eso nos aseguran que fué obra de un instante para el Sr. Martos,

Yo diré muy claramente á mi digno compañero, dicen que dijo el autor de la circular diplomática, á dónde vamos por ese camino: vamos pura y simplemente á donde debemos ir: al triunfo de los derechos del hombre, de esos derechos santos que desde 1793 están pugnando por abrirse paso desde París á Madrid. Á eso vamos. Y los gobernadores que para eso hacen lo que hacen, y mi escelente amigo el señor ministro de la Gobernacion que no los quita, y la monarquía y la libertad, y nuestras carteras, y todo cuanto hay actualmente de respetable en este país, se salvará por ese único camino. Digo, me parece, señores, que no pondremos todavía en tela de juicio el credo democrático. ¿Qué importan ante él ni las elecciones, ni la mayoría, ni la política práctica? Señores: se dice que el cimbrismo no es un partido; es verdad: no es un partido en España, pero es un partido universal. La humanidad, salvo la Prusia, es demócrata. ¿Lo dudais?...

Pero al llegar el gran orador internacional á este punto, el presidente, previendo el giro inútil y la proligidad temerosa de la discusion, y atendiendo á lo espirante del crepúsculo, parece que suspendió el acto, proponiendo y obteniendo que se trate el asunto en otra ó en otras sucesivas conferencias. Terminó, pues, el Consejo. El tolerante duque de la Torre acompañó con su habitual cortesía á sus compañeros hasta la puerta, les dió allí el último estrujon de manos, y al quedarse solo en la semi-oscuridad de su despacho, dicen que alzó los ojos al techo y que exclamó con el gracejo natural de su andalucismo: ¡Qué conciliacion, qué elecciones y qué precisa asistencia!

Digitized by Google

UN ESTUDIO.

(15 de Febrero.)

No hay cosa más socorrida que la filosofía, sobre todo para los viejos. Estamos seguros de que el primer filósofo tenia, por lo ménos, sus cincuenta navidades. ¿Qué cosa más natural en la soberbia humana que hacer de tripas corazon? Cuando uno empieza á entrar verdaderamente en años, y á convencerse de que no es posible volver á ser jóven, entónces y solo entonces es cuando se le ocurre que la juventud física, como todo lo que se refiere á la deleznable materia, no vale un comino, y que hay otra juventud interna, la del espíritu, la del sentimiento, que es la buena, que es la constante. Todos los calvos que se estiman han tenido buen pelo; todos los ex-jóvenes que reflexionan convienen en que la nieve del cabello no significa nada ante el fuego perpétuo del corazon. Por algo se dice que el que no se consuela es porque no quiere.

Considerada esta grave cuestion filosófica á través del prisma de la política, es imposible no dar la razon á los partidarios de la juventud moral. Políticamente hablando, el ser físicamente jóven no le sirve á Vd. para nada bueno. ¿Quién no ha tenido en sus verdes años instintos demagógicos, quién no ha sido miliciano, quién no ha creido capaces de gobernar á los radicales? En cambio, es muy difícil que, apagados los ardores irreflexivos de los veinticinco abriles, todo hombre (racional, se entiende) que llega á hallarse definitivamente á solas con su conciencia, no se ria de los radicalismos en general y de la patriotería de ciertos españoles en particular.

La revolucion ha tenido y tiene, sin embargo, un tipo, personaje, notabilidad ó como quiera llamársele, que es un verdadero animado estudio de esa compleja tésis filosófica. Movíase en estos últimos tiem-

Digitized by Google

pos en el fondo de nuestros círculos políticos un doncel simpático, espresivo, espansivo, cuya atraccion personal vencia en todas partes las austeridades más resistentes á la amistad inexplicable, uno de esos caractéres que imponen la tolerancia y el apreton de manos como contribucion forzosa, y de cuyo conocimiento no es lícito á nadie carecer en una sociedad culta, que tiene salones accesibles á un frac bien llevado, y público siempre dispuesto á oir todas las facundias más ó ménos legítimamente osadas.

Ese jóven no lo era solamente por la escasa media docena de lustros que su vida sublunar contaba, por la frescura de la rosada tez, por el vivo carmin del encendido lábio, por la gentileza del cuerpo, por el brillo de la inquieta pupila. Todo el mundo conocia y sentia que á tan exuberante juventud física correspondia digna y perfectamente una juventud anímica, íntima, una inofensividad conmovedora, una frescura, por decirlo así, de sensibilidad encantadora, una inexperiencia extraordinaria y persistente como la bondad de que procedia. Y cuando esta humana concentracion de todas las condiciones juveníles salia de su retiro, de sus aulas, de su modesta oscuridad solariega, no habia puerta, humilde ó blasonada, que no se le abriera; no habia hombre público, blanco, rojo ó ecléctico, que no lo aceptase con gusto entre sus prosélitos; no habia centro político, económico, aristocrático, democrática academia, baile ó espectáculo donde no se le viera y se le recibiera por el derecho propio de lo imprescindible.

El movimiento de setiembre, como todas las revoluciones progresistas, hubiera sido una revolucion sin juventud, si esa acabada entidad juvenil, con alguna que otra análoga, no se hubiera declarado revolucionaria á tiempo, es decir, al dia siguiente, porque sus mismas cualidades, y la mágica independencia de su temperamento, le habia forzosamente impedido serlo la víspera. El alcázar revolucionario, ó lo que sea en buenos términos arquitectónicos, no podia hacer con esa entidad más de lo que habia hecho la sociedad española por mucho tiempo: le recibió sonrientemente en su seno. Y una vez dentro, la obra eterna de sus atracciones fué allí lo que en todas partes habia sido: es decir, fué lo que quiso.

¡Ah! La juventud es un talisman supremo. Tiene Vd. una inteligencia adocenada, aunque superficialmente brillante como el plaqué; tiene Vd. una absoluta falta de carácter de esas que presagian una

Digitized by Google

carencia interminable de respetabilidad; tiene Vd. una instruccion, una erudicion á la violeta, adquirida á cuartos de hora en la biblioteca ó en el gabínete, y perdida inmediatamente despues de cada accidental servicio; tiene Vd. una charla que lo fia todo á la sonoridad de la voz, á la rapidez vertiginosa de la diccion; tiene Vd. el defecto congénito de no haber nunca poseido ideas propias en cantidad bastante para pergeñar originalmente una simple oracion de activa; tiene usted una biografía política llena de matices conservadores, demócratas, neos, doctrinarios y radicales; tiene Vd. la seguridad de no haber podido nunca dar á las personas expertas gato por liebre, es decir, de ser intrínsecamente conocido por todo el que ha dedicado algunos minutos á su exámen: ¿qué puede Vd. intentar con ese patrimonio constitutivo? Nada, si es Vd. ya presa de la virilidad del cuerpo y del alma; todo, si es Vd. uno de esos fenómenos de la doble juventud externa é interna. Es probado.

Lo que hay que conseguir en el mundo es que lo declaren á uno jóven por toda su vida. ¿Sabe nadie lo que es tener la seguridad de ser delicioso? Nosotros no podemos ver en parte alguna á uno de de esos felices simpáticos de oficio, sin creer que hará su carrera, cómo y cuando guste. La entidad juvenil de quien hablamos ha sido en la revolucion y por la revolucion cuanto se ha propuesto. La revolucion tenia, segun frase de un entendedor, tres cosas que hacer: una Constitucion, un rey y un presupuesto, ó una Hacienda, que es lo mismo. Y esta es la hora en que nuestro personaje juvenil está encargado de hacer y consumar nada ménos que la tercera parte de la revolucion, la nueva Hacienda española. Para ello le ha servido un anacronismo, el único verdadero anacronismo que le conocemos: su amor, si no á la ciencia, al ménos á la gestion económica gobernante. Esa entidad, toda poesía por fuera y por dentro, á quien la más vulgar lógica hubiera creido destinada á las elucubraciones de la imaginacion y del arte, tiene unas propensiones matemáticas de primer órden. Nada hay perfecto en lo humano.

¿Cómo y cuándo va á hacerse, empero, la Hacienda española en esas manos estéticas, destinadas á no arrugarse, indignas de tocar todo lo que no sea florido, armónico ó delectante? No lo sabemos; no lo puede saber nadie. Unos dicen que por el libre-cambio; otros que por la proteccion; estos aseguran que por el desestanco universal; aquellos afirman que por un estanco que podrá alcanzar hasta los cereales;

Digitized by Google

quién espera que por las economías más valerosas y *anatómicas*; quién confia en que por un sistema de maravillosas esplendideces y de desarreglos reproductivos. Y lo cierto es que todos pueden tener razon, porque nuestra eminencia plantea y ejercita á su sabor todos los métodos, conociendo, sin duda, que tiene para hacerlo así, no la facultad política ó legal, que son cosas secundarias al cabo, sino la facultad moral que le imprime la posesion completa y perfecta en que se halla de la pública simpatía. Un ministro que tiene el escudo de su juventud contra el juicio de sus obras; un ministro siempre disculpado, siempre dispensado, un ministro enternecedor por naturaleza, es un ministro inapelable, es la personificacion más sublime de la libertad humana.

La revolucion, pues, podrá haber cometido, al confiar su Hacienda á semejante capacidad, una de esas torpezas arriesgadas de las que solo tiene derecho á esperarse un fiasco estrepitoso, y de la que todavía no se ha visto que saquen sus atrasos los clérigos, las clases pasivas y los maestros de escuela que no pueden formar alrededor de un trono por no tener zapatos para el viaje. La revolucion podrá seguir soñando indefinidamente con llegar en tales manos á la nivelacion de su presupuesto. Pero el principio físico, espiritual, filosófico y fisiológico de la juventud en todas sus manifestaciones deja consignado con esa notabilidad uno de los más curiosos estudios contemporáneos sobre su maravillosa influencia en los Estados bien constituidos. Y aunque no sea más que por esta señalada merced de la Providencia, el señor D. Segismundo Moret y Prendergast debe estar contento de su idiosincrasia.

Digitized by Google

LOS DERECHOS TRABUCALES.

(20 de Febrero.)

Tenemos los vecinos de Madrid una pregunta sacramental, infalible, precisa y racional como la lógica, para esplicarnos la mayor parte de los desmanes que cada veinticuatro horas, por término medio, se suceden en la coronada villa. Dos años de esperiencias individualistas nos han hecho lo suficientemente prácticos para juzgar préviamente con esa fórmula las salvajadas inevitables de cada dia. Cuando vemos discutir con cierto calor á las gentes, ó correr á los empleados del órden público, ó entristecerse más de lo ordinario el semblante de los liberales inofensivos, preguntamos: ¿han matado á alguien? con la misma natural sencillez y la misma conviccion de acierto de quien pregunta si siguen mandando los radicales, de quien pregunta si dos y dos son cuatro.

En el fondo de toda cuestion social hay siempre una cuestion teológica, al decir que los publicistas y estadistas contemporáneos. Haber es. Pues bien: toda la exageracion, toda la pretension, toda la soberbia filosófica de esa afirmacion moderna se atenúan convenientemente, y se reducen á los modestos términos de una verdad axiomática, aplicándola á nuestros dias de radicalismo, y diciendo que en el fondo de todos los portales del Madrid democrático hay siempre un trabuco.

¡Ah! Séanos permitido, ya que de trabucazos y otros escesos se trata, echar de ménos, sincera y filosóficamente, al Madrid de capa y espada, al Madrid absolutista del galanteo, de las estocadas, de las rondas y de los mantos. Verdad que no habia entonces en la capital de España más seguridad individual que en nuestra época, porque, por lo visto, esa seguridad nos ha sido siempre refractaria; pero en las profundidades de aquella sociedad semi-frailuna, semi-libertina, habia

Digitized by Google

otro principio, otro móvil, otra causa esencial de tanto desacato, de tanta paliza, de tanto escándalo, de tanta muerte violenta: la mujer, el amor, la reina de las pasiones. ¿Quién es ella? preguntaban nuestros hidalgos de hace dos siglos al sospechar que pasaba algo mayúsculo. Nosotros, pobres actores de la decadencia nacional, nos contentamos con preguntar á cualquier transeunte autónomo, ó con buscar en los periódicos quién es el muerto. Hemos cambiado miserablemente el amor por la política, la dama por la cortesana.

Ayer, pues, fué un gran dia desde el punto de vista de esa pregunta de actualidad. Los serenos al huir por costumbre de la luz matutina, la policía al despertar con el alba en calles y plazas, los diarios madrugadores, y más tarde todos los círculos, todos los súbditos municipales de Madrid referian que á cosa de la una y media ó dos ménos cuarto de la pasada noche se habia oido un trabucazo hácia la calle del Pez. La noticia, dada así en absoluto y sin más detalles, no hubiera tenido importancia. Un trabucazo en el Madrid de las autoridades que proceden de la última regencia nominal es una gota de agua en el Océano, es el efecto de la causa. Pero la gravedad del caso consistia en que el trabucazo, es decir, las seis ú ocho balas que, con auxilio de la pólvora, se habian visto obligadas por la esplosion á salir de las entrañas del vandálico instrumento, habian pasado rozando casi el cuerpo de un ministro de la corona, del Sr. Ruiz Zorrilla; lo cual engendraba en todos los ánimos la presuncion de que dichos proyectiles le habian sido dirigidos intencionalmente.

Y, con efecto, el hecho parece que fué como sigue. El Sr. Ruiz Zorrilla habia recibido una invitacion misteriosa para ir á cierta casa, donde se le darian noticias importantes acerca de los asesinos del general Prim. Y el Sr. Ruiz Zorrilla, con la esperanza de ser más afortunado que la justicia, que busca inútilmente desde hace dos meses esas noticias, acudió á la cita sin más compañía que la de un amigo íntimo, el cual, á su vez, no llevaba consigo otra cosa que sus derechos individuales en el bolsillo, es decir, su revólver. Esto sucedió á las once, poco más ó ménos, de la noche del sábado. El Sr. Ruiz Zorrilla y su acompañante encontraron la casa consabida, pero no encontraron más. Pasaron y esperaron allí tres horas hablando ó bostezando, que sobre esto todavía no se ha hecho la luz, y allá, cerca de las dos, cansados y desengañados, y prometiéndose no volver á hacer caso de anónimas

Digitized by Google

engañifas, se decidieron á volver á sus hogares y á buscar en el seno de la familia el descanso honrado y legal que ella y solo ella ofrece.

La calle de San Roque desemboca por uno de sus extremos á la del Pez, y el Sr. Ruiz Zorrilla tenia que pasar por este extremo. Al hacerlo, destácase un bulto humano de la sombría esquina, y apunta á boca de jarro al ministro con un trabuco hecho, segun, loado sea Dios, se ha averiguado despues, de un fusil inglés rebajado. Hasta aquí nada de censurable tenia el acto. La libertad es una y para todos, como la divinidad. Si todo español que tiene aficion y dinero para estas cosas no pudiera llevar un trabuco por baston, y no tuviera el derecho de apuntar á quien se le antojase, dígole á Vd. que habiamos hecho una Constitucion democrática como unas hostias. Que se acueste temprano ó tarde el que quiera; pero el que no quiera acostarse se entretenga en esperar y en apuntar á las gentes: ¿qué cosa más natural y más subsiguiente al advenimiento glorioso del cuarto estado?...

El exceso, pues, estuvo únicamente en el disparo, porque el caso es que hubo disparo, sin prévio aviso oficial ni de cortesía, con violacion manifiesta de la ley y de la educacion. Su autor, persona baladí, sin duda, y falta del valor de la conviccion, dió á correr inmediatamente. El Sr. Ruiz Zorrilla, sujeto por la sorpresa, confió su persecucion al animoso amigo que le seguia. Este lo hizo á paso de carga y llamándo al fugitivo con los gritos de su pistola. El asesino, sin hacerle caso, corrió á meterse en una casa de la misma calle de San Roque. Pero cuando el Sr. Ruiz Zorrilla, su amigo, el sereno y los agentes de órden público, que con la mayor actividad acudieron, llegaron á la puerta, se encontraron con alguien que les impidió entrar, que les cerró el paso, invitándoles á esperar la luz del alba para verificarlo. Ese alguien eran los derechos individuales en toda su integridad, era el *habeas corpus* de la regenerada España, era la democracia, era la ley, era lo insuperable. No hubo remedio; fué preciso esperar.

Salió el sol; las casas de la calle de San Roque fueron escrupulosa y legalmente registradas. El gobernador de Madrid, que habia tomado sus disposiciones, no dejó rincon por examinar. La vindicta pública empezó á satisfacerse; el asesino no fué hallado, porque acaso mientras la Constitucion detuvo durante algunas horas á la autoridad en la acera, él usó de su autonomía por el tejado. La justicia, que busca aun al matador de Azcárraga y de Prim, busca un criminal más. La

Digitized by Google

sociedad madrileña, sin distincion de liberalismos, se inscribia en la lista de la casa del Sr. Ruiz Zorrilla, mostrándose así, harto elocuentemente, en todo el horrible desamparo liberal que la distingue. Los criados á sus jefes domésticos, los hijos á sus padres, los padres á sus gavetas pedian dinero para comprar estoques y pistolas constitucionales. Todo el mundo ha sentido renacer en su conciencia la sospecha de que existe acaso una asociacion tenebrosa, que se ha propuesto acabar con la revolucion de setiembre, llevándola individualmente á los cementerios. Pero, ¿qué importa? La ley se ha cumplido, se ha respetado; y del naufragio de la calle del Pez, en que el Sr. Rúiz Zorrilla ha estado á punto de irse á fondo como un simple mortal, se ha salvado lo principal, se han salvado los derechos individuales, ¡legislables, indiscutibles é irresistibles. ¡Ah! ¡magnífico! ¡magnífico! ¡Esto es vivir, esto es gobernar, esto es progresar!,..

Esté, pues, tranquilo el Sr. Ruiz Zorrilla, y reciba en paz la felicitacion que las gentes honradas, y nosotros entre ellas, le envian por haber escapado de tan grave riesgo. Cuando en lo sucesivo, y acompañado de una buena escolta, y revestido de la cota de malla, y guarecido en un coche blindado, se decida á cruzar nuevamente las calles del Madrid de la libertad, el Sr. Ruiz Zorrilla tendrá ocasion de reflexionar que estos males son propios de la vida pública en general, y de la democracia española en particular. No hay más remedio que soportarlos con resignacion. Quiere decir que, si la actual generacion revolucionaria perece asesinada en el seno del individualismo, ahí está el porvenir para hacerle justicia. Y si no, pregunte el Sr. Ruiz Zorrilla á su amigo y correligionario el Sr. Rojo Arias, ese celoso guardian de los madrileños y del monarca. Apostamos nuestro revólver, que es lo mismo que decir nuestro mejor amigo, á que el Sr. Rojo Arias ha creido y sigue creyendo á estas horas, como nosotros, que el trabuquista de la calle del Pez es, por lo ménos, un elector.

Digitized by Google

ENTRE DOS MONSTRUOS.

(21 de Febrero.)

Hoy que todavía estamos bajo los efectos morales del escopetazo dirigido al Sr. Ruiz Zorrilla por un ciudadano de hogar, conciencia y voto electoral inviolables, bueno será que los prohombres de la situacion se llamen á cuentas y mediten imparcialmente sobre la profundidad del abismo en cuyo borde gozan diez y siete millones de liberales las delicias de una verdadera ausencia de gobierno.

No bastan, á nuestro entender, que se estudien los males presentes en los Consejos de ministros, en esos Consejos cuya frecuencia y cuya duracion han estado hasta ahora en razon inversa de sus plausibles acuerdos, en esos Consejos en que se trata diariamente, con inútil afan, de hallar el modo de realizar prácticamente la concilacion revolucionaria y gobernante. La química, esa gran expositora de la naturaleza, no ha podido, á pesar de los inmensos vuelos de sus modernos adelantos, lograr todavía la mezcla definitiva del agua y del aceite en reposo. El peso específico de esos dos cuerpos, que son el perro y el gato de los líquidos, sigue abochornando á la ciencia. Los progresistas-democráticos, por poco que tengan de ello, son los caninos y los felinos de la política: no caben en el estrecho saco de un ministerio.

Ni cabrán. Lo que no está en la naturaleza no puede estar en la inventiva de ocho empleados de seis mil duros. Algunas de las personas que estuvieron el domingo á visitar y felicitar al ministro de Fomento, con motivo de haberse nacido la noche antes, encontraron en su casa á una entidad revolucionaria de primer órden que, á pesar de haber disfrutado un año bien cumplido de poltrona, no ha conseguido—cosa extraña y anti-española—salir hecha una eminencia de la crisálida, rota en mal hora, de su oscuridad pristina. Esa entidad era el Sr. Echegaray, el gran rápsoda demócrata de los antecristos, el gran estudiador del cabello fósil, el más matemático de los cimbrios,

Digitized by Google

Pues bien: el Sr. Echegaray, á raiz del frustrado, inícuo atentado de la calle del Pez, cuando todavía la levita de D. Manuel olia á pólvora, cuando Madrid entero se creia una sociedad desamparada, cuando no faltaban ingenieros que pensaban ya en inventar un sistema de fortificaciones domésticas á prueba de trabuquistas, el Sr. Echegaray protestaba en casa del Sr. Ruiz Zorrilla contra cualquier barrunto represivo en que el gobierno pudiera pensar para asegurar la existencia de los ciudadanos indefensos.

Entre las personas que oyeron al fundador del ateismo oficial en España, no faltó quien, al verle abogar con más calor que nunca por las libertades de actualidad, le preguntó si los españoles no debian tener, antes que ninguna, la libertad de la existencia. Pero ni por esas. El apóstol individualista no salia de su tésis; su conciencia le decia sin duda: Perezcan uno á uno todos los individuos, y sálvense los derechos individuales.

Pues bien; cuando nosotros supimos eso, nos digimos, una vez más, que la situacion no tiene razon de ser, que no es posible que coincidan en un pensamiento fundamental de gobierno hombres de tan distinta idiosincrasia intelectual y moral como los que componen el actual gabinete. Entre ellos los hay que piensan y sienten á lo Echegaray, y algunos encontrarán todavía reaccionario el criterio del alicaido aritmético. Y entre ellos hay tambien individualidades políticamente amamantadas á los pechos de aquellas buenas tradiciones conservadôras que no conciben á los razonadores de trabuco fuera de presidio. ¿Cómo es posible, pues, que inteligencias tan esencialmente distintas, puedan aspirar juntas á gobernar un país, aunque este país sea la España de federales y carlistas, á fundar y consolidar una monarquía, aunque esta monarquía sea la de los progresistas?

Hay una ley en mecánica que define el equilibrio como resultado de dos fuerzas iguales, coincidiendo en direccion opuesta sobre un mismo punto. El equilibrio es en física la inaccion, la paralizacion, y en política, la nulidad. Un trono, un órden de cosas, un sistema legal, un gobierno sometidos y sostenidos por anarquistas y reaccionarios en cantidades bastantes para que ninguna de las dos tendencias prepondere, es todo menos un gobierno, todos menos una iniciativa, todo menos una actividad, todo menos una fuerza creadora y salvadora.

Es imposible que los actuales ministros, así los del progreso mili-

Digitized by Google

ciano, como los ex-campeones de la frustrada república, como los procedentes del unionismo amante del órden, no piensen en esto, no conozcan el vicio original, esencial é irremediable de la situacion que un buen deseo contraproducente les llevó á formar. Es imposible que los hombres del poder, en cuyos oidos zumba todavía el trabucazo que ha estado á punto de mermarlos, cuando salgan del Consejo de ministros, cuando se hallen solos en sus hogares, sin necesidad de afectar el valor político y personal que la escena pública les exige, no se digan lo que la inmensa mayoría de los españoles se dice hoy con más razon que nunca; es imposible que esos hombres no conozcan que así no se puede vivir, ni social, ni moral, ni políticamente, que así no se puede gobernar ni ser gobernados, que es preciso crear, y crear sólida y definitivamente el cimiento de esta sociedad desvencijada: el órden.

Es imposible que un gobierno en cuyo seno impide el radicalismo los temperamentos conservadores, é impiden los conservadores los temperamentos radicales, un gobierno que tiene forzosamente en la nada el producto fatal de su actividad, quiera seguir apareciendo como el San Cristóbal político, en cuyos hercúleos hombros se sostenga la jóven monarquía de noviembre.

Es imposible que todos y cada uno de los actuales ministros no sienta, como sentimos los españoles de actualidad, una voz que en el fondo de su conciencia les diga: aquí hay necesidad de una batalla suprema contra el mónstruo de la licencia, que han engendrado dos años de disolucion; es menester dar esa batalla, es menester acorralar la fiera; perseguirla, aniquilarla. Y para hacer esto, que es pura y simplemente la salvacion del país, ó sobran los radicales, ó sobran los conservadores en los Consejos de la corona. Buena ó mala, peor ó mejor, se necesita una política, una fuerza, una accion, un arma suprema que blandir ante la monstruosa alimaña de la anarquía. Seguir así, ser lo que somos, sistematizar en el gobierno la impotencia, la vacilacion, el quietismo, la aventura de la nulidad, es otra monstruosidad ménos definida, pero no ménos disolvente.

Hombres del gobierno: si oís esa voz de la conciencia, no sigais manteniendo al país entre la anarquía de fondo y de forma, y un ministerio sin forma lógica y sin fondo definible; es decir, entre dos mónstruos.

Digitized by Google

UNA CURIOSIDAD.

(24 de Febrero.)

No somos curiosos. La curiosidad es patrimonio femenino, y los que respetamos á la mitad bella del género humano, resistimos siempre la usurpacion de sus atribuciones. Por otra parte, para que el ser curioso valiera la pena, seria ante todo preciso renunciar á la nacionalidad española, cosa que, á pesar del desenlace revolucionario, todavía nos seria sensible por una debilidad del corazon. Pero ello es verdad, tan verdad como que no se sabe sobre qué eminencia política se disparará el primer trabucazo anónimo del vandalismo impune, que no hay vicio en España más inútil que el ser curioso. Un filósofo amigo nuestro se queja hace años del finísimo olfato que debe á la naturaleza. ¿De qué me sirve, exclama, esta malhadada nariz mia en un Madrid donde la policía urbana es lo que es, y donde todas las casas tienen un corredor estrecho que recoge y concentra los malos olores para diseminarlos con igualdad pasmosa por las mejores habitaciones? Pues nosotros decimos de la curiosidad algo parecido á lo que nuestro amigo dice de su órgano nasal. ¿De qué sirve el ser curioso en un país donde ya hace siglos no pasa nada agradable? Lo consolador, lo conveniente, hasta lo higiénico en la España de nuestro tiempo es ignorarlo todo.

Y, sin embargo, con rubor lo confesamos, hace dias nos bulle en el ánimo una curiosidad determinada y concreta. Todos los esfuerzos de nuestro natural, y toda nuestra filosofía española han sido impotentes para contrarestarla. Como la calumnia puesta en música por el gran Rossini, la sentimos primero soplar á guisa de ténue vientecillo

Digitized by Google

en las regiones de nuestra reflexion, crecer luego con la insaciable tenacidad del comprimido deseo, y llegar á ser, como es en estos momentos, la idea constante, absorbente, pertinaz, abrumadora con que nos levantamos, con que vagamos por los círculos políticos, y con que nos acostamos cada veinticuatro horas al amparo de los derechos individuales.

Hay algo, en efecto, que, en nuestra calidad de hombres políticos, por decirlo así, deseariamos saber á cualquier precio, algo para cuyo verídico y exacto conocimiento dariamos lo supérfluo y lo imprescindible, lo que de nada nos sirve y lo que nos puede servir de mucho, los veintiseis artículos de la Constitucion, por ejemplo, que están incumplidos, y la coleccion de armas blancas y negras que el ejercicio de la libertad nos ha obligado á adquirir. Hay algo que deseamos saber con el mismo tenaz empeño con que los progresistas desean hacerse hombres de gobierno, con la misma febril decision con que el jóven Moret se ha propuesto probar á sus conciudadanos que tiene ideas propias, con el mismo ardiente teson que los asesinos de Azcárraga y de Prim se han propuesto probarnos que la justicia está abusando del presupuesto.

¿Por qué negarlo? ¿Por qué no hacer á nuestros suscritores esta confesion más? Dariamos cualquier cosa por saber..... pero el lector ha de permitirnos le supliquemos préviamente que no eche el juicio á volar con temeridad. Podrá haber cosas interesantes en la política de actualidad; las hay que lo son, sin duda, desde el punto de vista de la crítica, de la maledicencia, del disgusto público, ó de lo que puede armarse de un momento á otro. Mas nosotros tenemos la pretension de haber fijado nuestra curiosidad en lo que acaso pocos, muy pocos españoles habrán pensado á estas horas. Nosotros creemos en esta ocasion separarnos del trillado sendero del interés vulgar; nosotros creemos que al pagar por esta vez el tributo de nuestra flaqueza á esa curiosidad que nos corroe, hacemos un verdadero sacrificio de carácter en aras de un hecho cuya suposicion, cuya hipótesis basta para que préviamente lo creamos interesantísimo, delicioso, incomparable.

No es, pues, ninguno de los usuales sucesos palpitantes, no es ninguna de las monótonas cuestiones en que se agitan los actores, altos y bajos, de nuestra cosa pública lo que tanto deseamos saber. Todos esos estímulos de la curiosidad adocenada son impotentes para es-

Digitized by Google

citarnos y conmovernos. Nosotros no perderemos el tiempo en averiguar, por ejemplo, qué ventajas esenciales ha sacado el país de cambiar las dominaciones polacas por el actual horizonte político, donde apenas se estingue un punto negro, brota y se estiende otro mucho más oscuro. Nosotros no tenemos absolutamente gana de saber para qué ha ido el Sr. Rivero á Barcelona, acompañado nada ménos que del Sr. Moliní. A nosotros nos tiene sin cuidado que el Sr. Sanchez Borguella esté actualmente recorriendo, caballero en su famoso bruto purpúreo, el distrito electoral de un ministro á quien el temerario cimbrio ministerial pretende hacer la guerra. Nosotros no inquiriremos con qué cara podrá dar cuenta á las Córtes el hermoso jefe actual de la Hacienda española de esas operacioncitas de crédito que, al decir de los periódicos, se acaban de hacer al interés modesto de un aproximado 40 por 100. Nosotros no tenemos maldita la curiosidad de saber cuántos brigadieres progresistas, que eran capitanes ó comandantes hace dos años, van á ceñirse la faja antes de ocho dias. Nosotros no gastariamos néciamente nuestro cerebro en profetizar cómo y cuándo se establecerá el jurado, aunque no sea más que para los delitos políticos. En fin, ¿qué más? Nosotros hemos acabado por presenciar impasibles, y por encontrar natural y merecida, la omnímoda influencia que el juvenil espíritu del Sr. Martos ejerce en el seno de sus graves compañeros de ministerio. ¿Qué puede importarnos toda esa série de cosas raras á nosotros, que estamos ya habituados á considerar al bonapartista Sr. Olózaga como nuestro embajador perpétuo en Francia?

¡Ah! el ideal de nuestra curiosidad es otro, muy otro, y vamos á decirlo. Lo que nosotros desearíamos saber, aunque fuera preciso para ello hacer una atrocidad moral ó material, aunque fuera preciso convenir en la posibilidad del órden público con el progresismo, es... ¿Lo diremos? ¿No será en cierto modo una profanacion lo que vamos á intentar, descorriendo hasta cierto punto con nuestra pluma el velo misterioso de lo que hasta ahora es un secreto para todos los liberales y reaccionarios de la Península y de las colonias? Francamente, tenemos el temor de cometer una imprudencia; francamente, aunque el orgullo legítimo de la averiguacion nos compele, hay algo que parece tirarnos del extremo superior de la pluma en este instante, y que parece decirnos: «no escribas, no consignes en el papel semejante cosa; no traigas la mirada pública á ese impenetrable sagrado, ¡respétalo!...»

Digitized by Google

¡Pero bah! despues de todo, acaso hagamos un verdadero servicio al país con nuestra imprudencia. Digámoslo, pues. Lo que nosotros deseamos, apetecemos, ansíamos saber es... es lo que dice el Sr. de Beranger, cuando en el Consejo de ministros se trata de alguna alta cuestion de gobierno.

Si hay alguien que pueda perdonar y satisfacer esta curiosidad nuestra, la patria regenerada se lo agradecerá con nosotros.

Digitized by Google

PARTE SEGUNDA

CAMPAÑA
CONSERVADORA-LIBERAL

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN

EL DEBATE

en los años de 1871 y 1872

Digitized by Google

Digitized by Google

UN MARTIR.

(4 de Marzo de 1871.)

La ciudad del Turia, la patria próvida de las naranjas, la hermosa Valencia tendrá dentro de poco un nuevo hecho conmovedor que registrar en sus anales. Y en verdad sea dicho, no deja de hacerle falta relativamente; porque aparte el incidente de la victoria del Cid, que la cristianó, y de otras rancias memorias, las crónicas valencianas van teniendo poco que recordar sin rubor filosófico. Díganlo, si no, las hecatombes federales y los frecuentes episodios de su gran estadística criminal, que no hablan, por cierto, muy elocuentemente al espíritu, ni se recomiendan á la retentiva. Pero la Providencia y el gobierno se acaban de convenir para dar término á esa solucion de continuidad de los altos sucesos valencianos. La historia se prepara á abrir sus insaciables fauces en aquella ingrata localidad, y á vengarse de su inanicion, deglutiendo uno de esos acontecimientos que luego depone sobre la reflexion de la posteridad, para enseñarla, segun los filósofos, ó para divertirla, segun el vulgo.

Dentro de poco, en efecto, acaso á la hora misma en que estos desaliñados párrafos se escriben, zarpará del proceloso puerto del Grao un buque del Estado. El pardo penacho de humo de su chimenea semejará una inmensa fantástica mano estendida hácia los que en la fértil orilla le despidan, si los hay; las entreabiertas troneras de sus cañones parecerán entornados ojos; los proyectiles amontonados cabe las cureñas, respetables lágrimas siempre dispuestas á desprenderse. Y es tambien más que probable que del seno de la altiva popa, mecida por la respiracion del mar inquieto, se alce un melancólico dulce sonido, armónicamente brotado de una lira y de una voz humana. Y en este caso, la lira y la voz pertenecerán á un poeta; y este poeta, á

Digitized by Google

quien de seguro harán coro brisas y ondas, con esa facilidad con que la naturaleza iletrada complace á todo el mundo, entonará una despedida á la patria; á la patria que se esconderá paulatinamente en el horizonte, no porque no quiera ver al cantor, sino por un simple efecto de óptica.

«España mia, dirá en versos convencionales el marinero vate; madre adoptiva, que en poco más de medio siglo me has visto llegar del nuevo mundo que fué tuyo, y recorrer como bueno la escala de tus prebendas sociales: héme aquí por tercera vez en el espacio de dos años dejando tu suelo donde radica mi nómina. La primera lo hice en momentos supremos. Yo era general, capitan general, y no de esos para quienes la patria es la antesala régia donde se ganan entorchados, sino general soldado de muchas acciones de guerra. Yo mandaba un ejército; yo era conde; yo era amigo de una reina, y enemigo de su gobierno. Yo sabia el italiano; yo habia leido en Maquiavelo que antes de los grandes accidentes que cambian la faz de un pueblo «*vengono segni che li pronosticano*;» yo tomé á la revolucion de setiembre por ese pronóstico; yo era liberal á mi modo y mi ejército al suyo. Resultado: que mi ejército y yo no pudimos entendernos, y que aquello, es decir, mi retirada, fué inevitable.

»La segunda vez—¡los manes del general Prim lo saben!—la segunda vez que en estos dos años te he dejado, fué por detestar la república. Suiza es republicana; yo no lo soy. Mi reina estaba en Suiza; yo no podia decir á mi reina, como el héroe de la ópera: «*amo il sol perche teco il divido*,» porque para mí no hay sol en Suiza, ó si lo hay no vale un ardite. Yo me vine á España. Yo soy hombre de gobierno; el gobierno me quiso señalar residencia, pretestando que yo era militar, y que, como tal, debia ser obediente. Yo, que no concibo al militar sin mando, desobedecí al gobierno, y dí conmigo en Lisboa, en la patria de Camoens. Si Camoens hubiera vivido, yo no hubiera salido de allí; él hubiera oido mis versos; mi vida hubiera tenido un objeto; pero Camoens no vivia; estamos en el siglo que tiene al tiempo por oro, que tiene horror al sueño; yo no podia hallar público fácil. Lisboa me fué imposible, y volví á España.

»Para volver, habia una Constitucion que jurar; yo juré: habia un órden de cosas que aceptar; yo lo acepté: el acueducto de Segovia me es testigo de que lo acepté. ¿Con qué reservas? Con una sola reserva

Digitized by Google

mental; con la reserva de que yo no podia servir en adelante á ningun rey; con la reserva de que entre San Francisco de Borja y yo no habia ya más diferencia que un amor y una hermosura que yo no habia sentido ni contemplado, pero con identidad de desengaño;

No más servir á señores
Que en gusanos se convierten,

me oyó decir mi generacion. No cabia en lo humano decir más. Hubo, sin embargo, quien no me hizo justicia; hubo quien creyó que aquel juramento no resistiria á la entrada triunfal de mi amigo Marfori por el Pirineo. Yo no contestaré á esta calumnia hipotética. Conozco el valor del silencio.

»Volví, digo, á España. España tiene un gobierno; el gobierno de un rey; este gobierno no ataca mi juramento, no me manda servir al nuevo rey, no cree acaso que mis servicios le sean imprescindibles; pero me manda jurar su autoridad, respetarlo, protestar de que las horas que dedico á mis ócios literarios no serán mermadas en su contra. Yo no protesto; yo no me creo general más que en el nombre, yo no cobro; yo afirmo bajo mi palabra que despreció á Pascal. Pascal ha dicho que *personne ne veut être vulgaire*, es decir, que la aristocracia, la propension al privilegio, es ley universal; yo, pues, declaro, yo, aristócrata con ideas propias, que Pascal dijo una sandéz al decir eso; que yo quiero confundirme con el fondo social; que yo soy un ciudadano, con sus derechos y sus oscuridades individuales; que me dejen en paz con mis amigos y mis enemigos moderados, con mi correspondencia ginebrina, con mis libros. El gobierno contesta á mi declaracion señalándome este vapor; yo me resisto; el valor de mis buenos dias se me sube á la garganta; recuerdo que soy el hombre que quitó á Castro el sombrero de un bastonazo, sin otra retaguardia que sus ayudantes; yo desafio á la fuerza. La fuerza viene; un oficial de la Guardia civil la representa con corteses palabras; yo cedo á la fuerza; yo me embarco; y aquí estoy.

»Aquí estoy ¡oh patria adoptiva! Aquí voy, aquí me ves entre dos mares; entre el mar de mis confusiones, que me oprime el cráneo, y el mar salado y azul que corta la quilla de esta prision flotante. Aquí va, oh ingrata España, el que ganó á Cheste, el terror del carlismo, la espada de Barcelona, el baston del Congreso, el traductor de Dante, el probo enemigo de los folicularios; ¡aquí va, así te deja, ó, mejor di-

Digitized by Google

cho, así dejas que te deje el monárquico que en 1841 asaltó con Leon el alcázar de sus reyes, sin que lograsen hacer con él la esparterada que se hizo con Belascoain; así dejas que te deje el diputado que un dia supo tener genialidades hasta con el presidente de una Cámara que se vió ante él impotente, y se resignó á expulsarlo; así dejas que te deje el hombre de Estado que, á no haberse interpuesto Gonzalez Brabo con su absurdo sistema, hubiera realizado pacífica y literariamente el ideal de Isabel II, y la hubiera hecho absolutista á lo Cea Bermudez, ó, lo que es lo mismo, déspota ilustrada, déspota para el solo efecto de los efectos, que es como hay que serlo.

»¡Ah! lo siento por tí, pobre patria democrática, mísera España liberal é individualista, nacion decadente, nacion estólida, amante hoy de una monarquía sin los prestigios del misterio, sin camarillas, sin etiqueta, sin iniciativa en el gobierno. Yo, tarde ó temprano, hallaré un país digno de mí; yo, á la corta ó á la larga, viviré libre y feliz donde haya Dantes que desfigurar, Góngoras que superar, sombreros que derribar, adolescentes que espantar, ejércitos que dejar, reyes que no jurar; pero tú, pobre país enfarragado en una Constitucion que no te permite un amo; con el veneno de la imprenta libre por diario alimento, y con la libertad religiosa por certificado de civilizacion; tú, país misérrimo, podrás serlo todo en el porvenir, menos el país de los Chestes!...»

Esto dirá, ó cantará, verosímilmente, el ménos poeta de nuestros militares y el más militar, por graduacion, se entiende, de nuestros traductores. Valencia, España entera podrán no oir sus querellas de despedida con honda atencion; los que de puertas adentro de la Península quedamos, podremos no conmovernos gran cosa al grito de ese Escipion coetáneo que amenaza privar á su patria de su sepultura; los que no queremos la monarquía tradicional, ni aun á precio de que nos traiga tales lumbreras intelectuales, podremos hacernos los sordos á sus lamentos; pero el porvenir, que es para todos la esperanza de la justicia, será justo, sin duda, con el mártir borbónico que á estas horas camina viento en popa (así sea) hácia la más adyacente de nuestras islas. ¡Quién sabe! Acaso en la fecunda soledad de sus vergeles la Divina Comedia tenga un complemento digno de su monumental grandeza. Acaso el Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela y Ceballos le añada un canto; acaso ese ostracismo, que sinceramente deploramos, deparo

Digitized by Google

á las futuras generaciones una gran sorpresa. El Infierno de Dante tiene un vacío; en nada alude, nada hace sufrir á los patriotas acomodaticios, á los visionarios del egoismo, á los que cambian libertad, patria y creencias por una gratitud personalísima y estéril. El señor conde de Cheste puede ser autoridad competente para llenar ese hueco. Esperémoslo de su imparcialidad.

Digitized by Google

EL ARTE COALICIONISTA.

(11 de Marzo.)

No ha sido todo satisfaccion en estos dias para los pacíficos vecinos de Madrid. No ha sido todo el espectáculo de sensatéz patriótica que los partidos monárquico-liberales de la coronada villa han ofrecido á propios y extraños, yendo compactos, en alas de su liberalismo y con la compostura de la civilizacion, á sancionar de nuevo en las urnas del público sufragio *el motin de setiembre*. Tambien el Madrid de las elecciones ha tenido sus escenas tristes, sus cuadros, sus enseñanzas deplorables. La Providencia no ha querido librarnos de este amargor. Decididamente, no hay dicha cumplida en esta vida.

¡Ah! ¡Qué triste ley la de las compensaciones! ¡Qué terrible maestra para los hombres en general, y para los liberales de buena fé en particular! No ha habido filosofía más práctica, más fundada en la eterna condicion de las cosas humanas, que la de Cousin. El ecléctico término medio, detestado por los génios y por los temperamentos nerviosos, es, sin embargo, la necesidad universal.

Lo absoluto, en todo órden de ideas, es el disfráz de lo absurdo. ¿En qué bondad, en qué belleza, en qué talento se puede confiar á ojos cerrados? ¿Quién no guarda en su corazon el recuerdo de alguna beldad, ó tonta, ó mal rematada? ¿Quién no ha tenido que llevarse el pañuelo á las narices al descender moralmente á las entrañas de ciertos patriotismos? ¿Quién no empieza á pensar, dentro de la España revolucionaria, en la incompatibilidad de ciertos derechos y de ciertos deberes?

Anteayer, primer dia de eleccion, volviamos nosotros de depositar nuestra papeleta, y volviamos ¿por qué no hemos de confesarlo? lleno el ánimo de un orgullo clásico. El voto público, la vieja forma de la

Digitized by Google

eternamente jóven libertad, nos habia dado participacion solemne en su ejercicio. El prócer, el obrero, el rico, el pobre, habian entrado con nosotros en el colegio; la libertad tiene algo del cielo; es para todos los que saben ganarla. La memoria de aquellas primitivas sociedades que nos han trasmitido esas fórmulas de la dignidad humana, se enseñoreaba de nuestra mente. Hubo momentos en que protestábamos en nuestro soliloquio contra nuestra levita y contra nuestros botines; se nos antojaba que la túnica greco-romana, la viril sandalia, nos estaban haciendo falta. Este Madrid, que hace las elecciones sin tiros, sin palizas, sin denuestos, sin indignidades, que da á la Península tantos y repetidos ejemplos de cultura, nos parecia digno de aquel gran Foro que arrulló el hoy recien desamortizado Tíber.....

Nos hallábamos en la histórica calle de la Montera, en la calle más empinada, más enciclopédica, más concurrida de la coronada villa. Puro y límpido brillaba el cielo, y tampoco habia nubes en nuestro pensamiento. El recuerdo de lo que está pasando en algunas provincias, de lo que habiamos leido por la mañana en la prensa madrugadora, de los salvajismos electorales que habian evocado en la profundidad de nuestras propensiones conservadoras la melancólica imágen del abolido censo, se habia desvanecido por completo en nuestra memoria. El Madrid votante nos habia reconciliado de nuevo con este grave detalle de nuestra gran Constitucion. Si en aquel momento se hubiera servido Dios llamarnos á juicio, no hubiera encontrado en nuestro espíritu resquicio, señal, vestigio, átomo de conviccion que no perteneciera por completo al venerando setiembre de 1868. Eran las doce del dia; la hora madrileña de todos los almuerzos normales, y nosotros íbamos á buscar el nuestro con el doble impulso de la hora y de la conciencia satisfecha; porque, digan lo que quieran ciertos observadores superficiales, entre la satisfaccion del deber cumplido y el apetito hay más relacion de la que á primera vista parece.

De pronto nos vimos detenidos en nuestra marcha por una superfetacion viviente y moviente de la acera. Nosotros tenemos la costumbre poco española de llevar siempre la derecha en la vía pública; es uno de los pocos extranjerismos que no nos causan remordimiento. Seguros, pues, de estar en el pleno derecho de una locomocion ordenada, bajamos de las alturas de nuestra abstraccion al pedazo del valle de lágrimas que atravesábamos, dispuestos á inquirir mal humorados

Digitized by Google

la causa de aquel ataque á nuestra autonomía. La causa, sin embargo, era tan involuntaria como irremediable; era un grupo de personas que se habia formado, condensado y agrandado progresivamente ante el ancho escaparate de una conocida tienda. Nosotros conocemos algo al público madrileño; el público madrileño tiene un penate, un ídolo, una propiedad comun: la curiosidad. Nosotros hemos visto á la humanidad de la córte obstruir lo mismo el paso de una calle para ver pasar, es decir, para ver detenerse á Espartero, que para contemplar á un pobre gato encaramado, á fuerza de músculos y de uñas, en lo alto de una reja. Nosotros sabemos que en tratándose de ver, no hay para Madrid ocupacion ni obligaciones preferentes. Era, pues, indudable que los interruptores de nuestro andar estaban viendo algo. De comprender esto, á ser un interruptor más, no habia para madrileños adoptivos ni un paso siquiera; y nosotros formamos tambien en el acto la resolucion de ver.

Lo que vimos (ya es tiempo de decirlo) Madrid entero lo está viendo hace dias. En aquel escaparate hay un cuadro, una acuarela, una de esas pinturas del género embrionario cuyo secreto consiste en no tener esmero alguno de color, ni de claro oscuro, ni detalles de ejecucion, ni perfiles, y en burlarse, no obstante, de los ojos apareciendo en la posesion de todos esos elementos artísticos. Y esa acuarela es, además de una astucia de luz, como lo son todas, un verdadero abuso nacional. Esa acuarela es un cuadro político. Dos figuras ocupan su primer término: la una, vestida con la sotana eclesiástica, representa un sacerdote cuya derecha mano alza al espacio la boina absolutista, mientras posa la izquierda, amistosa y descuidadamente, en el hombro de su acompañante. Este, ó, lo que es lo mismo, el otro protagonista de la pintada accion, viste la levita laica, y ostenta entre los dedos de su libre mano siniestra el gorro frigio.

El uno representa el carlismo en el apogeo de su modernísima resurreccion; el carlismo, la vieja idea tiránica á cuyo lecho de muerte se acercó hace dos años la anarquía para darle con la leche de sus pechos un poco de vida galvánica; el carlismo, la política profanadora del confesonario, perturbadora hipócrita de las conciencias de nuestro hogar, explotadora de la piedad de nuestro inculto pueblo, que lucha hoy todavía con la conciencia de nuestra generacion en el sagrado campo del corazon de nuestras esposas y de nuestras hijas; el carlis-

Digitized by Google

mo, que todavía intenta convencer á la España democrática de que para ser católica es preciso ser absolutista; el carlismo, que se rebela indómito, rabioso, contra la monarquía de la libertad, ofreciendo á la España de Alcolea el ideal de la España de Cárlos II.

El otro representa el republicanismo federal, en la plenitud de su vertiginoso despecho presente; el republicanismo federal, la locura del liberalismo, la utopia insensata de la patria sin cohesion, la utopia socialista del jornalero rey, del órden sin autoridad, de la propiedad sin órden. Ambos sonrien grotesca y pérfidamente. El pintor filósofo ha sabido despojar por completo al sacerdote de toda uncion, de toda espiritual modestia, de toda conmovedora espresion, y al republicano de toda simpatía humanitaria, de toda nobleza, de toda varonil sencillez. La ejecucion ha correspondido al pensamiento; aquellas figuras están como deben estar, dicen lo que deben decir: son los dos extremos de nuestra coetánea pasion política; ni el clérigo hace pensar en lo infinito, ni el igualitario promete nada de la felicidad social. Son las verdaderas caricaturas del alma y del cuerpo; son lo antitético en la síntesis de un mónstruo de actualidad. Parece que les rodea un ambiente deletéreo, envenenador; parece que en las sienes de ambos se enroscan las sierpes de la guerra civil. En sus falsas sonrisas adivínase la inspiracion de un ódio eterno; el abrazo que los une está pidiendo á voces el trabuco y el puñal. Son, en una palabra, la alegoría de la libertad, de la nacionalidad, del bienestar social, imposibles.

Nosotros, dicho sea en merecido elogio del artista, tuvimos un instante ante el cuadro la egoista complacencia del crítico; pero, loado sea Dios, la verdad del fondo se sobrepuso inmediatamente á la engañosa atraccion de la forma. Si este lienzo, pensamos, se reproduce por la voraz é indiscreta fotografía, y llega á conocimiento del mundo civilizado, estamos perdidos, irremisiblemente perdidos en el concepto de las cinco partes del globo. La coalicion socialista-sacristanesca es hasta ahora para el extranjero un rumor, una vaga afirmacion de la prensa, una presuncion, ó cuando más un hecho benéficamente atenuado por la distancia.

Si ese cuadro prueba al mundo que, en efecto, somos esa España, somos ese cura, ese demagogo, ese consorcio infausto y repugnante, sin más propósito que disolvernos y deshonrarnos, el mundo va á creer que la capital natural y legítima de España es Fez ó Mequinez. Y en

Digitized by Google

la imposibilidad, por respeto á los derechos individuales, de pedir al dueño de la tienda, ó á la autoridad local, que quitasen la pintura del escaparate, que hiciesen al rubor pátrio ese precioso servicio, lo que hicimos fué apelar á la eterna estrategia de los horrorizados: á la fuga.

Pero de todos modos, el mal rato era ya un hecho para nuestro sufrimiento, y la apacible disposicion cívica de nuestro ánimo se estinguió en aras del malhadado arte coalicionista. Habiamos salido del colegio electoral hechos, moralmente, unos romanos de la buena época latina, y salimos de la calle de la Montera comprendiendo el bajo imperio; Dios se lo pague al pintor, á la tienda, á los demagogos de casulla y á los fanáticos sin camisa.

Digitized by Google

LA FLOR DE LIS.

(28 de Marzo.)

COMUNICADO.

Señores redactores de El Debate.

Muy señores mios: Soy un ciudadano español que no apetece ver en la presidencia del Consejo de ministros ni al Sr. Nocedal, ni al señor Joarizti, por respetables que sean; es decir, soy un simple monárquico-liberal; y como al mismo tiempo soy labrador, esto es, contribuyente, padre de familia, esto es, partidario de todas las legitimidades incontestables, y cristiano, esto es, hombre de paz, aunque no precisamente á la prusiana; como soy todo eso, soy tambien de los que no quieren una revolucion por trimestre, y me contento, para mí y para mis descendientes hasta la cuarta y quinta generacion, con la de 1868, simbolizada en una ley fundamental que ha tenido la previsora modestia de declararse á sí misma reformable, por si acaso.

Pero ¡ah! señores redactores, que además de ser todo eso, que no es poco, ó mejor dicho, simultáneamente con todo eso, soy mucho más; soy todo lo que desde el complejo punto de vista del catecismo, de la resignacion y de las economías imposibles puede ser un hombre que lleva medio siglo de rozarse con las asperezas de la existencia; soy esa síntesis de importancia cívica, de pasiones muertas y de esperanzas en la otra vida que constituye al padre de familia, tal como le encuentra el Código español vigente; en una palabra: soy, señores redactores, y disimúlenme el vocablo irremplazable, casado.

Sí, casado; la naturaleza y el derecho romano, que acababa de cursar, hace veinticinco años, tuvieron la culpa. Obligado á cuidar de mis heredados terrones, es decir, á no vivir en Madrid donde el celiba-

Digitized by Google

to puede llegar á ser soportable, y penetrado de admiracion hácia aquellos señores latinos cuyas facultades domésticas serán siempre la envidia de todos los patriarcados y de todos los feudalismos, me casé una mañana por el procedimiento ordinario, es decir, sin pensarlo, con una jóven cuya belleza, cuya modestia, cuya fecunda ignorancia de las cosas del mundo han tardado cinco lustros en servir de crisálida á una mamá de tres niñas casaderas, á una matrona que me llama sencilla y geográficamente *éste*, y á un génio dominante de primer órden que me ha hecho muchas veces envidiar, con honda amargurá, la libertad del raton en la boca del gato.

Y á pesar de todo, señores redactores, yo he vivido feliz hasta hace pocos dias; yo no he sido nunca tan ignorante que pidiera á la vida la gollería inverosímil de una dicha perfecta; yo he creido servir á Dios contentándome, sin discusion íntima, con mi suerte; yo contemplaba á vista de filósofo rural el cuadro de mi relativa ventura; yo miraba aumentada mi hacienda á pesar de todas las elucubraciones del sistema tributario; yo hacia la vista gorda á los pretendientes irreflexivos de mis hijas; yo daba la razon á mi mujer en todas sus apreciaciones críticas sobre las notabilidades del lugar; y cuando por la noche, entre el rosario y la cena, me era lícito leer á la luz del velon que alumbró á mis abuelos el periódico liberal conservador de ustedes, el suspiro de la satisfaccion servia de compendioso desahogo á mi individualidad inofensiva.

Pero estaba escrito que no habia de ser yo una escepcion absurda de la ley general de los contrariados; estaba escrito que tambien llegarian á este oscuro rincon de mi hogar las tempestades del valle de lágrimas que lo contiene. Hace pocos dias, al volver de mi habitual tertulia en casa de este señor cura, que, créanlo Vds., no es carlista, sin embargo de ser un sacerdote ejemplar, hallé en los rostros de mi femenil familia, cuya animada conversacion se suspendió á mi llegada, señales inequívocas de una agitacion, de una emocion, de una preocupacion misteriosa y profunda. No me atreví, sin embargo, á preguntarles directamente lo que pasaba, entre otras razones, por el temor de quedarme, como de costumbre, sin respuesta satisfactoria. Pero aquella misma noche, á las altas horas, mi señora esposa, cuyo sueño no tiene más síntoma normal que un apacible ronquido eterno, lo suspendió inopinadamente para decirme, ó, lo que es lo mismo, para

Digitized by Google

ordenarme que comprase ó encargase al otro dia semilla de flores de lis, á cualquier precio.

La flor de lis, señores redactores, ni se cultiva en los pocos jardines de esta comarca, ni mucho ménos, ni es para la generalidad de estos hortelanos rutinarios conocida siquiera de nombre. Recuerdo que más de uno, al ver figurar en el escudo de la *Gaceta* ese emblema borbónico, me preguntó alguna vez qué significaban aquellos triples garabatos; y recuerdo que me costó siempre no poco trabajo hacerles comprender las relaciones de aquellas flores heráldicas con la honorable familia de Cárlos IV y de Fernando VII, que santa gloria hayan. Yo encargué, pues, la simiente á un herbolario de esa córte; y desde que llegaron el paquete que las contenia y la cuenta que las justipreciaba, el patio, los balcones y los tiestos todos de esta casa de Vds. están sembrados de futuras lises, que no han nacido todavía, pero que nacerán; no lo duden Vds., nacerán, y nacerán bien, porque mi mujer lo afirma.

Al mismo tiempo, y sin que yo sepa cómo, ni de dónde ni cuándo las han adquirido, mi conyuge y mis pimpollos se adornan diariamente con arracadas que figuran lises, con vestidos rameados con lises, con abanicos en cuyas vitelas se escriben lises entrelazadas; en las puertas, sobre los cuadros, en las colchas de las camas, en la cristalería de la mesa hay lises, unas de papel, otras estampadas en el percal, otras raspadas sobre el vidrio, otras dibujadas con puntos de alfiler sobre carton: en fin, ¿qué más? Hace ocho años que tenemos por guardian principal de este caseron solariego un buen mastin de respetable aspecto, terror de los visitantes, y protector de nuestras gallinas. Pues bien; hasta mi perro, hasta mi caro perro, que se ha llamado, por acuerdo unánime de la familia, *Careto* desde que empezó á roer los primeros huesos, se llama ahora por decision de mis hembras, *Lis* á secas.

Acostumbrado á la obediencia, y sintiéndola hace tantos años en mí como una segunda naturaleza, yo hubiera permanecido voluntariamente ignorante de las causas que nos han traido esta revolucion doméstica; pero ayer, ayer mismo se me ha esplicado al fin el misterio. Mi hija mayor, que sabe de memoria la poesía de Espronceda á *Jarifa*, y que tiene una elegante letra inglesa, me dió una carta cerrada para que la franquease y echase al correo. El sobre de esta carta decia «Al

Digitized by Google

director de *La Flor de Lis*.—Madrid;» y preguntando yo á mi primogénita, no sin cierta timidez, si se trataba de alguna nueva tienda de quincalla ó de novedades en telas, por toda respuesta sacó de su seno un doblado papel impreso, lo estendió y me le dió á leer..... La venda cayó de mis ojos; era el prospecto del semanario político-católico-borbónico-alfonsista-femenino que con aquel título, y dedicado esclusivamente al bello sexo, va á publicarse en breve en esa córte.

¡Ah! señores redactores; yo he visto cosas grandes en este mundo y en este país. Yo estoy presenciando resucitar el carlismo del fondo del sufragio universal, servir la democracia de 1869 de embrion y de aliento á la gran industria oscurantista que creiamos enterrada en Vergara; yo he perdido ya el miedo á ciertas catástrofes sistemáticas; yo veo ya casi con indiferencia llegar á este pueblo los enviados del federalismo que disertan en la plaza sobre la criminalidad constitutiva del dinero; yo me siento con fuerzas para seguir siendo liberal, conservador y amante del régimen representativo por otros cincuenta años; pero yo no sé lo que va á ser de mí cuando *La Flor de Lis* empiece á publicarse, cuando estas prendas de mi corazon conviertan mi granero y mi alcoba en teatro de la política casera, de la política de faldas, de la política enemiga de la aguja y del puchero, que ese perturbador semanario va á representar.

Por el amor de Dios, señores redactores; sírvanse Vds. dar cabida en sus columnas á esta presurosa protesta mia contra el intento que ese anunciado periódico envuelve. Que los maridos en general, y los maridos pacíficos en particular, oigan y acojan mi exhalada queja. Yo estoy pronto á contribuir con lo que pueda para ofrecer una indemnizacion á la empresa editorial que nos amenaza, si desiste de su proyecto. La flor de lis es una gran cosa; yo lo reconozco; pero los reyes de Francia, que primero usaron por bandera la capa de San Martin el caritativo, luego la oriflama guerrera, y luego las lises del despreocupado Enrique IV, no sospechaban, sin duda, los disgustos que su última enseña habia de depararnos á nosotros los españoles que hemos prescindido de la descendencia de Isabel II.

La Flor de Lis, periódico, es mucho más que una bandera política, es mucho más que una propaganda inspirada y dirigida acaso por el gran partido del marqués de Loja; es una verdadera, horripilante cruzada contra los remiendos de nuestros pantalones, contra los puntos

Digitized by Google

de nuestros calcetines, contra el buen condimento de nuestra alimentacion. Es imposible que los apreciables redactores de esa revista hayan querido traernos este gran terremoto social; hagamos todos un llamamiento á su humanitarismo; despues de todo, esos señores serán españoles, serán esposos, serán hombres. Hagámosles comprender que la causa de una dinastía, por ilustrada, por gloriosa, por morigerada que sea, no vale la pena de obligar á sus conciudadanos al divorcio.—*Un suscritor.*

Digitized by Google

A LA MODERNA.

(1.° de Abril.)

Es una fatalidad eso de que las oposiciones no dispongan del almanaque. Ayer nos permitimos los revolucionarios darnos, y dar á Madrid y dar al país entero un espectáculo nuestro, verdaderamente nuestro, sin más fundamento ni más razon que el martirologio y nuestro dinastismo. Ayer eran los dias del rey, y apenas sabedores de que las puertas del régio alcázar, abiertas desde enero para la mirada pública, lo estarian ayer incondicionalmente para cuantos quisieran ir á felicitar en el monarca la libertad que, segun la sabiduría del moderantismo, se dió la nacion á sí misma con la irreflexion de las naciones mal aconsejadas; apenas, decimos, supimos esto, determinamos todos los procedentes y los aceptantes del famoso setiembre irnos á palacio.

Y allá fuimos, en efecto, altos y bajos, grandes y chicos, como simples mortales, dándonos unas ínfulas de monárquicos que tenia que ver. No faltó uno solo á la cita, lo cual contribuyó á que, numéricamente hablando, dijeran luego algunos imparciales comentadores que hacia muchos años—entiéndase bien: muchos años—que no se habia visto recepcion tan concurrida. Bien es verdad que no faltará hoy mismo alguna publicacion filosófica que ponga las cosas en su lugar, haciendo ver que la calidad de la concurrencia no correspondia á la cantidad. Pero ¡qué remedio! no es cosa de disponer así como quiera de todas las clases de un país. Ayer habia en palacio lo posible, y nada más que lo posible, desde el punto de vista revolucionario: ministros, diputados, senadores, generales, grandes de España, alto y bajo clero, diplomáticos, propietarios, banqueros, industriales, corporaciones é institutos del Estado, milicianos nacionales: poca cosa. Y por más que digamos, lo que es la antigua córte, tal como la organizaron los señores Tenorio y Marfori, no estaba allí.

Digitized by Google

Por lo demás, claro es que los monárquicos setembristas no podiamos llevar ayer á la régia mansion las pretensiones ni los usos de la antigua monarquía que, como es sabido, estuvo tantos siglos emparentada con el Sér Supremo por línea recta del derecho divino. Hubiera sido, por ejemplo, una parodia ridícula el haber nosotros entrado ayer en el gran salon, como entraban los ilustres magnates de la monarquía antigua, es decir, deshaciéndose en cortesías que nadie más que el que ha nacido de cierta manera sabe hacer bien, é hincando luego la varonil rodilla en el suelo para besar el metacarpo del representante de Dios. Nada de eso; con la conciencia de nuestra humildad por consejera íntima, limitámonos á saludar respetuosamente á SS. MM., de pié, sin esfuerzos de espinazo, y demostrando tácitamente que no nos gusta hacer otra cosa.

Bien es verdad, sin embargo, que parece que tampoco entra en los hábitos de nuestros soberanos otro procedimiento. Cosas de las dinastías liberales, amancebadas con la dignidad humana.

Y nada; el espectáculo se redujo á esto. Con esto nos contentamos. Todos saludábamos á los augustos elegidos de la voluntad nacional, y el rey daba la mano á quien le parecia, sin prévia designacion del maestro de ceremonias, y despues saliamos y nos comunicábamos nuestras impresiones, con más ó ménos calor, con mayor ó menor exageracion crítica, y *laus deo*.

Si alguno al saludar llevaba algun pensamiento oculto, no se permitia dejarlo traslucir. Si habia algun general, por ejemplo, que saludaba en Amadeo I al rey viril y esforzado que debe hacer una verdad fecunda de su suprema jefatura en el ejército; si habia un magistrado que saludaba en la nueva monarquía los fueros de la justicia nunca más hollados por intereses é influencia de favoritismo; si habia un noble que se inclinaba con la persuasion de que en lo sucesivo podia llevar su esposa y sus hijas á recibir allí ejemplos de verdadera y honrada distincion; si habia un hombre político que se felicitaba *in pectore* de contemplar aquel trono sinceramente colocado por encima de los partidos, y sinceramente dispuesto á dejar la fecunda conquista del poder al civismo, á la opinion, al talento; si habia, repetimos, estos ó semejantes fueros internos, en nada alteraron, sin embargo, la sencillez espontánea del cuadro.

Así empezó, pues, así tuvo efecto, y así concluyó la recepcion, sin

Digitized by Google

más detalles internos y sin otras novedades exteriores que una gran muchedumbre en las inmediaciones del alcázar, y un sol y un cielo propiamente españoles, es decir, de dias de fiesta; como si el firmamento hubiese querido acompañar con su pureza, y el astro de la vida con su calor, el calor puro del afecto patriótico que, perdónesenos esta única inmodestia, respirábamos allí los salutantes individualistas de una monarquía que tiene en su orígen por cómplices á la inmensa mayoría de los españoles.

Digitized by Google

UN TIPO.

(12 de Abril.)

COMUNICADO.

Señores redactores de El Debate.

Muy señores mios: Aquel filósofo antiguo que para definir al hombre se limitó á llamarle «bípedo sin plumas,» no se hubiera expuesto á que el más chusco de sus discípulos le llevase al dia siguiente bajo la capa un pollo desplumado y echase por tierra, al exhibirlo, la pretenciosa definicion de su desden misantrópico, si se hubiese limitado á decir que el hombre es un sér ingrato. ¿Cómo no se han fijado definitivamente los naturalistas, los fisiólogos y los psicólogos en esta irreemplazable calificacion de la prole de Adan? El hombre es el sér ingrato por escelencia, ingrato por antonomosia, ingrato, ante todo y sobre todo, por la razon sencilla de que la ingratitud es una gran cosa para buscarse la vida.

Yo tuve un tio, señores redactores, veterano de la última guerra civil de los siete años, que me contaba que en cierta desastrosa huida del regimiento de caballería en que fué teniente, cayó con su herido caballo en un barranco con tal desgracia, que, gravitando el peso del despeñado bruto sobre una de sus piernas, no le era posible desasirse ni levantarse. En tal apuro acertó á pasar por allí otro fugitivo de su mismo escuadron, simple soldado raso, pero tan generoso y tan noble que, al ver á su oficial expuesto á servir en breve de alfombra á las herraduras facciosas, se detuvo, desmontó, desatascó al corcel y al caballero, invitó á este á montar en la grupa del suyo, y partió al escape.

Mi tio llevaba en oculto cinto una veintena de inverosímiles onzas

Digitized by Google

de oro, producto, no de sus pagas, que el gobierno de la pobre libertad no podia darle, sino de la maternal ternura, cuyas oraciones y cuyos auxilios le seguian en su azarosa carrera; y el corazon de mi tio se sintió un momento ablandado por la irreflexiva gratitud hasta tal punto, que se propuso sériamente dar á su salvador el cinto y el contenido apenas llegasen al ansiado puerto de seguridad, ó, lo que es lo mismo, á un pueblo ocupado por las fuerzas constitucionales, y del que solo les separaba una legua escasa de distancia. ¿Qué ménos podia hacer por su desinteresado, heróico libertador?

Sin embargo, mi tio empezó á reflexionar desde aquel instante en la trascendencia de su propósito. Veinte onzas de oro por un servicio de aquella especie, le parecian escesivo precio. Le daré quince, se dijo; y siguieron corriendo. Faltaba ya media legua para el pueblo, y mi tio, al divisar en el horizonte la torre de la iglesia, rebajó mentalmente á diez el precio de las peluconas; y siguieron corriendo. Faltaba ya un cuarto de legua, y mi tio fijó en cinco onzas la recompensa; y siguieron corriendo, y llegaron al suspirado refugio, y el bienhechor y el beneficiado se apearon, recibieron los hospitalarios plácemes de sus hermanos de armas, y respiraron. Entonces mi tio..... dió medio duro al bravo soldado, que lo recibió con la alegría del que se encuentra inopinadamente un tesoro.

Mi pariente, que salió filósofo de los horrores de aquella fratricida contienda, me contaba con cierto rubor el lance, y me decia: «Ahora comprendo lo constitutivo que es en nuestra naturaleza el desprendimiento. Si el pueblo hubiera estado otro cuarto de legua más allá, me parece que no doy un maravedí á mi soldado. La grandeza moral de su accion se iba empequeñeciendo á mis ojos durante la carrera, de tal modo que, cinco minutos más, y yo hubiera acabado por creer que el pobre ranchero era quien habia recibido el servicio, la libertad y la vida de mis propias manos.»

Pues bien, señores redactores; sepan Vds. que á este pueblo desde donde me permito por segunda vez comunicarles mis ánsias patrióticas, acaba de llegar una entidad, una encarnacion de la ingratitud humana, á cuyo lado parecen niños de teta los ingratos en general y mi tio en particular. Es un jóven, digámoslo así, de treinta primaveras, á quien hace diez años, siendo yo alcalde de la union liberal, el municipio local señaló una pension para que fuera á esa córte á estudiar

Digitized by Google

leyes, ó, como aquí se sigue diciendo, á hacerse hombre. Huérfano de padre y madre, inteligente, modesto, honrado y laborioso, ese jóven habia vivido hasta entonces siendo ayudante de este maestro de escuela, ejemplo de sus contemporáneos, predilecto del señor cura, esperanza de la aldea. Cuando le enviamos á Madrid, el pueblo en masa le despidió tiernamente, y él me hizo juramento de seguir siendo liberal sin dejar de ser monárquico, y católico sin pensar en ser nunca absolutista.

Ayer, empero, ayer, despues de tantos años de ausencia, el pueblo asombrado ha visto y oido perorar en medio de la plaza al recien venido. Su aspecto ha cambiado completamente. Aquella juvenil presencia, radiante de franca y simpática espresion, háse tornado en el aspecto de un personaje sombrío sepultado en las profundidades de oscuro gaban, sin apariencias de camisa, á juzgar por la asfixiante corbata negra de triple vuelta que rodeaba su cuello, con zapatos de paño, raido sombrero de fieltro, cuyas anchurosas alas parecen encargadas de ocultar siempre sus miradas, y un no sé qué, en su conjunto, de frailuno y de conspirador, de sacristan y de demagogo, imposible de pintar.

El público desocupado, infantil y femenino en su mayor parte, á quien dirigió su palabra, empezó por oirle pedir una silla, de la cual hizo tribuna, y allí á la luz del sol, sobre la tierra en que duermen sus inofensivos mayores, le escuchó decir que era carlista, que era partidario del nieto del gran Montemolin, que era absolutista, tradicionalista, legitimista, oscurantista, coalicionista, le miraron sacar de su bolsillo una encarnada boina, ponerla en la punta de su baston, alzarla al espacio y ostentarla como la bandera de la patria; de esta mísera patria, que, segun él, necesita, como único medio prévio, y para empezar, un millar de Calomardes.

El público empezó por oirle con sonriente sorpresa, y acabó por donde siempre acaban los públicos contrariados: por silbar. Pero ni el cura, su antiguo protector, ni el maestro, su segundo padre, ni yo, su buen amigo de siempre, fuimos público para los efectos de aquella cruel demostracion. Por el contrario, le sacamos de aquel torbellino de pitidos, le llevamos á su accidental hospedaje, y entre cariñosos y severos le pedimos afectuosa y debida cuenta de su conducta, de sus propósitos, de sus creencias. Inútil trabajo; sus respuestas fueron tan

Digitized by Google

lacónicas como escasas, y la esperanza huyó de nuestros corazones ante la realidad amarga de aquella monomanía tenebrosa, intransigente, inexorable.

Cuando le digimos, por ejemplo, por qué habia variado tan radicalmente de principios, se contentó con decirnos que si no habiamos oido decir que el Sr. Nocedal habia sido miliciano. Cuando le preguntamos si él creia sériamente que hoy, en pleno siglo XIX, era posible soñar en la restauracion del absolutismo histórico, nos contestó que bien merecia soñarse en nuestro villorrio lo que tantas veces ha soñado á la faz del mundo el gran poeta de la tiranía, Aparici. Cuando le digimos que la actual generacion española no tenia la culpa de ser liberal, y que no se varía la índole de una generacion en un confesonario, nos dijo que habia otro procedimiento para conseguirlo, y que este procedimiento se llamaba «la horca.» Cuando le digimos que el carlismo era una idea muerta sin esperanzas lógicas, ni medios eficaces de resurreccion, que no tenia un soldado suyo en el ejército, ni podria enviar una mayoría al Parlamento, ni sublevar una ciudad importante, ni apoyarse en ningun verdadero elemento nacional, nos contestó que si no sabiamos que hay seminarios. En una palabra, señores redactores, este pueblo debe llorar, en rigor, la pérdida del que tanto prometia honrarle y servirle. Solo una esperanza nos queda: la e que dentro de poco le veamos republicano, que todo podrá ser, si los auxilios de Suiza se aminoran ó se suspenden. Pero entretanto, ¡qué dolor, ver á un hombre convertido en simple carlista! ¡Qué triste idea de la flaqueza humana hace concebir este mísero ejemplar! ¡Y para esto le hemos pagado municipalmente tantos pares de zapatos! Díganme Vds., señores redactores, ¿qué país es este donde tales aberraciones son posiblemente constantes, y constantemente posibles?

Un suscritor.

Digitized by Google

GRAN ESTILO.

(13 de Mayo.)

Con los grandes oradores, con los príncipes de nuestra tribuna, con las privilegiadas palabras que son en nuestro Parlamento eco de cuanto la sociedad española siente, aspira, padece ó comprende hoy, nos pasa á nosotros una cosa que no vacilamos en confesar á amigos y adversarios: y es que, siempre que les oimos, las prevenciones de la opinion, los prévios recelos del apasionamiento político huyen á la desbandada de nuestro ánimo, dejando en él ancho lugar á un entusiasmo esencialmente patriótico.

Ayer sentimos en el Senado esa derivacion de nuestro españolismo, esa especie de admiracion filial que el castellano bien hablado, que la palabra nacional magistralmente manejada nos inspiran, sin distincion de labios ni de criterios.

Hablaba un orador. La pulida baranda del primer banco oposicionista de la izquierda resguardaba y cubria la mitad inferior de su persona; la superior, el busto, se exhibian sobre ella como el punto objetivo de todas las miradas. Era un hombre, era un senador todavía relativamente jóven entre aquella obligada vejez constitucional; era una figura á quien, estéticamente hablando, la naturaleza no puede ménos de reconocerse deudora de algunos agradables detalles, pero á quien la inteligencia embellecedora sublimaba entonces con sus secretos, privilegiados resplandores. Trasfigurada por ella la estragada faz; flotante al viento la semi-romántica melena gris por entrambas anchas orejas recogida; vivas, inquietas y girantes las pequeñas, recónditas pupilas; trémulo el cárdeno lábio, y las huesudas manos cartilaginosas extendidas crispadamente al espacio, como si quisieran apoderarse del formulado pensamiento y esparcirlo á su placer sobre

Digitized by Google

el auditorio: tal aparecia el orador oposicionista. A nosotros nos faltó tiempo para preguntar su nombre. Aquel orador era D. Gabino Tejado.

Aquel orador era y es una de las más notables, de las más singulares, de las más originales encarnaciones del carlismo, del absolutismo, de la escuela tradicionalista española. Pero esta originalidad no es propiamente sujetiva en el Sr. Tejado. Personalmente definido, el Sr. Tejado dista poco de las generalidades individuales de su comunion; el partido de los Nocedales que fueron progresistas, de los Aparicis que fueron moderados, de los montemolinistas que fueron isabelinos, solo tiene en el Sr. Tejado un ex-liberal más, uno de los que combaten hoy y execran la libertad por los medios de la libertad misma. El Sr. Tejado, el inteligente periodista liberal de 1847, el redactor distinguido del primitivo puritano *Tiempo*, que inspiraba el ilustre Pacheco, convertido desde hace años en el intransigente periodista neo-católico, en el folletista reaccionario que ha hecho tantas veces gemir las aborrecidas prensas, en el activo fomentador de la propaganda oscurantista; este Sr. Tejado, visto solo á la luz de esas usuales evoluciones de su secta, es en ella ni más ni ménos que un tipo vulgar.

La originalidad del Sr. Tejado consiste esencialmente en otra cosa muy superior á las peripecias de su conducta y á las alternadas monotonías de su reputacion como hombre público; consiste en lo que más define, segun la universal sabiduría crítica, á la personalidad humana: en el estilo. El Sr. Tejado, la pluma y la palabra, la palabra sobre todo, del Sr. Tejado tiene un estilo propio, que no tiene, que no se ha atrevido á tener ningun absolutista moderno en España. Una doctrina, una política, una filosofía social que arrancan del régio derecho divino, que guardan ese derecho en los cajones de las sacristías, alimentando su fuego sagrado en el silencio de los años y sacándolo á relucir siempre que lo permiten las desventuras de la patria; una política cuyo ideal es el retroceso, un progreso que marcha eternamente hácia atrás, un proselitismo cuyo símbolo pudiera muy bien representarse en un confesonario-armería, una doctrina que lucha con todas las teorías antiguas y modernas de eso que los pobres pueblos llaman los derechos de su dignidad, han afectado siempre ser una cosa séria, una discusion, una escuela, una ciencia, una aspiracion sérias. El ab-

Digitized by Google

solutismo ha comprendido siempre que su mision y su procedimiento es hacer llorar y no reir. ¿Concíbese un absolutismo humorístico?

Pues este absolutismo que no se concibe, este absolutismo inverosímil, chistoso, artístico, sencillo, grotesco, jugueton, retozon, antitético á la sotana, al convento, á la horca, á todas sus formas tradicionales, tiene en el Sr. D. Gabino Tejado su grande y único inventor, su originalidad única en España. La pluma, la palabra de una escuela que se deleita, escitando ferozmente los nervios, ó simplemente ofreciéndose como un narcótico á ojos y oidos humanos, de una escuela que confia sus conquistas á la persuasion de la pólvora ó del aburrimiento, tiene en el Sr. Tejado otro sistema, otro procedimiento, otra arma: el chiste, el gracejo, la jácara, la chacota, la sátira, el buen humor, la ocurrencia. ¿Puede darse originalidad mayor dentro del género?

Pues bien; ayer fué el gran dia de esta originalidad del Sr. Tejado. Su fácil, cáustica, pintoresca, correcta palabra, hizo á su manera la autopsia de la obra revolucionaria.

Nosotros le oimos condenar las revoluciones en general y la de setiembre en particular en nombre del órden, porque el Sr. Tejado afirma bajo su palabra que las revoluciones son desórdenes. Nosotros le oimos llamar á los derechos individuales gran mentira histórica, sin duda porque el Sr. Tejado sabe á ciencia cierta que los hombres nunca, nunca han querido otra cosa que un buen dogal. Nosotros le oimos negar que la libertad religiosa consiste en dejar á cada conciencia su Dios y su culto; nosotros le oimos censurar acerbamente que el gobierno revolucionario haya inventariado las alhajas de las iglesias para evitar que se cambien por municiones; nosotros le oimos describir esta sociedad convulsa en que los españoles monárquico-liberales nos agitamos en derredor de una monarquía honrada y de una libertad para todos; nosotros le oimos llamar *inquisicion moderna* á la gacetilla, *venerable hermandad* á la partida de la Porra, *árbol sacrílego* á la casa de Saboya, *verdadera legitimidad* á la que arranca de cualquier parte menos de la voluntad de un pueblo; y ante aquel diluvio de gracias tiránicas, de paradojas sentimentales, de argucias encantadoras, nosotros nos digimos, despues de oir al Sr. D. Gabido Tejado, lo que la España liberal se dirá, sin duda, á sí misma despues de leer su discurso: sea en buen hora; ya que, por lo ménos, nos queda todavía una generacion absolutista; ya que los contemporáneos hemos de tener

Digitized by Google

carlismo; ya que no podemos ocultar á los ojos de la civilizacion ni del mundo los restos de ese fanatismo que convirtió á la grande España del pasado en el leproso de las naciones; al ménos que esa doctrina, que esa predicacion tengan sus intérpretes y sus autoridades en hombres como el Sr. Tejado. Entre el tradicionalismo patético, gruñon, fosco, trabucaire, y el tradicionalismo dicharachero, literario, ameno, ocurrente, del senador que nos hizo ayer felices, la eleccion no es dudosa: optamos por éste, que si nos ruboriza como españoles y como hombres cultos, nos divierte al ménos como público.

Digitized by Google

A LO VICTOR HUGO.

(30 de Mayo.)

Acaba de descubrirse una nueva humanidad. Parodiando la fabulosa creacion griega, esa humanidad acaba de salir mayor de edad, vestida y armada de punta en blanco, del cerebro de Víctor Hugo. Esa humanidad de nuevo cuño, esa Minerva de 1871, no lleva, sin embargo, los mismos atavíos que la sabiduría pagana daba á su diosa, ni luce precisamente la misma virginal, celeste belleza que resplandecia en la hija predilecta de Júpiter. En vez del casco luciente y de la aurífera lanza que los antiguos hijos del Atica admiraban en la deidad del Partenon, la Minerva contemporánea de nuestras miserias sociales ciñe su impura frente con serpientes que le inspiran un frenesí destructor, y hace impúdico alarde de la horrible fealdad del crímen.

Esa humanidad es la *Commune* de París. El gran poeta, el gran novelista, el gran pensador del romanticismo, apenas oyó los primeros vagidos de esa humanidad, se apresuró á bautizarla con el nombre de *la civilizacion nueva.* Y aunque es verdad que esa civilizacion ha obligado al viejo republicano, al glorioso autor de *Los Miserables* á refugiarse en Bélgica, á continuar su ostracismo, no es menos cierto, sin embargo, que el senil entusiasmo de Víctor Hugo se ha hecho superior en esta ocasion, como los grandes sentimientos paternales, á la ingratitud filial, y que la prensa belga acaba de traernos la apología de los incendiarios de París firmada por el apóstol septuagenario de la virtud, que es la suprema belleza.

Mucho tiempo hacia, en verdad, que el mundo pensador se habia acostumbrado á oir y conocer con benévola resignacion las lucubraciones del viril desterrado de Jersey. Habia sobrados laureles inmarce-

Digitized by Google

sibles sobre su frente, y sobrada desgracia sobre su vida para perdonarle las exageraciones de su decadencia, las teorías inofensivas aunque alarmantes de su contrariada decrepitud. Pero es lo cierto que la última originalidad de Víctor Hugo es demasiado fuerte, como se dice en francés, pasa de castaño oscuro, como se dice en castellano. Es lo cierto que, lo que es esta vez, la paciencia del mundo civilizado tiene razon para agotarse respecto á su gran esplotador, y para devolverle en un fiasco universal la revancha de todos los abusos tradicionales de que la hizo víctima.

¡Cómo! La ciudad santa de la moderna cultura, la ciudad del 89, la Meca de las generaciones liberales, el gran museo del siglo de la luz, la gran necesidad de la Europa artística y científica, la ciudad de la Sorbona, de la tumba de Voltaire, de los figurines y de los periódicos, ha sido convertida en una inmensa Sodoma por los miserables que la han consumido, á falta del fuego del cielo, con el fuego de sus criminales teas incendiarias, y el gran poeta cristiano, el gran corazon que durante medio siglo ha latido á compás de todos los movimientos regeneradores de la humanidad, señala á esos incendiarios, á esos vándalos, como los precursores de la verdadera *buena nueva*, y los levanta como semidioses del porvenir sobre el pedestal de cadáveres y ruinas que han hacinado en las orillas del Sena!...

¡Qué aberracion! ¡qué delirio! ¡qué contagio tan tristemente ridículo del disolvente espíritu de la demagogia comunista! Si esos héroes del asesinato, si esos enemigos repugnantes de la patria, de la tumba de sus mayores, se hubiesen contenido en los límites de su ideal político, y despues de proclamar á la faz del mundo la excelencia de su soñada federacion municipal, hubiesen depuesto las armas que no han sabido esgrimir contra el extranjero, y se hubiesen sometido al gobierno elegido por la desventurada Francia, limpias sus manos de toda sangre inocente, y sus conciencias de todo remordimiento; si la *Commune* de París hubiera sido esto, Víctor Hugo nada hubiera dicho, ó se hubiera contentado con llamar débiles y cobardes á los pacíficos prosélitos de Pyat.

Pero no ha sido así; ha habido tragedia, y tragedia sangrienta, cruel, sin ejemplo en los anales humanos. Los palacios de la moderna Atenas han volado en pedazos; sus tesoros artísticos, reunidos por cien generaciones, han sido devorados por el fuego; las llamas, las

Digitized by Google

balas, el hierro, la asfixia han diezmado á los parisienses; las mujeres de sus lupanares han vertido el inflamable petróleo en sótanos y portales; la columna Vendome ha caido á impulso de los brazos de los Napoleones del pillaje; los templos han servido de cuerpos de guardia; se ha dado muerte de mártires á centenares de ciudadanos, presididos nada ménos que por un arzobispo. ¡Ah! ¡qué epopeya! ¡qué gran cosa! ¡qué gran tema para el gran poeta humanitario! ¡Viva el crímen! ¡Aprended, pueblos de la Europa bárbara! ¡Eso y solo eso es una civilizacion! ¡Gracias al Dios de Rochefort, estamos en un nuevo génesis social, en la plenitud de los tiempos!...

Antes empero de apartar para siempre nuestra vista horrorizada y nuestro revuelto estómago de esas barbaries, de sus actores y de sus insensatos apologistas, tenemos que cumplir el doloroso deber de dar á nuestros lectores una sensible noticia: y es que tampoco en España estamos por completo libres de ciertas inverosímiles ceguedades capaces de disculpar, ó de atenuar al ménos, el execrable espectáculo del París demagógico.

Ayer se levantó en nuestro Congreso un diputado, el Sr. Jove y Hévia, á preguntar al gobierno qué pensaba hacer, dentro de sus facultades legales, para velar sobre el hecho inminente de que los fugitivos parisienses, que logren escapar, pasen nuestra frontera del Norte. El gobierno, y en su nombre el digno ministro de la Gobernacion, contestó que los criminales que osaran venir á España serian entregados á las autoridades francesas, como la justicia y los tratados exigen, y como acaba de acordarse en Bélgica y en Inglaterra. La minoría republicana se estremeció entonces de santa ira, y buscó á su orador predilecto, á su propicia víctima en semejantes ocasiones, al Sr. Castelar, y el Sr. Castelar renovó la pregunta, y obtuvo del señor ministro de Estado igual respuesta.

Pero el Sr. Castelar no se dió por satisfecho; no podia darse; el Sr. Castelar habia confeccionado en su fecunda mente un par de párrafos de tremebunda elocuencia para la réplica, y los encajó al replicar al Sr. Martos con todo el fuego de su juvenil ardor, de su puritanismo lírico, de su armonioso acento. El Sr. Castelar habló de Ninive, relampagueó olímpica aunque brevemente sobre su banco, fulminó el dulce rayo de su palabra sobre el auditorio, y despues de condenar, en principio y con la parsimonia de quien habla para federales, el

Digitized by Google

crímen en general, se dignó atribuir la principal culpa de lo acaecido en París, ni más ménos que á los déspotas, á los pícaros déspotas que obligan á la libertad á tales expansiones.

Diputados y tribunas, tan tolerantes siempre con el Sr. Castelar, con quien es imposible no encantarse, ahogaron, sin embargo, ayer sus acentos con una exclamacion de unánime y doloroso asombro. El párrafo más preconcebido del gran orador académico espiró sin oirse distintamente, á pesar de los agudos esfuerzos pulmonares del catedrático de historia. No obstante, los que tuvimos ocasion de oirle bien, no pudimos ménos de lamentar la imitacion *victorhuguesca* de nuestro ilustre Emilio.

¡Ah! si el Sr. Castelar hubiera puesto ayer su historia y sus cánticos políticos al servicio de la moral universal y eterna, ¡qué distinto hubiera sido el éxito de sus peroraciones! Si el Sr. Castelar se hubiese decidido á dar una grandilocuente leccion de verdad y de justicia á sus correligionarios de España, ¡qué diferentemente hubiera caido sobre su banco al sentarse! Pero, ya se vé; el Sr. Castelar hablaba para sus electores, tenia al directorio en el espíritu, le era preciso, ante todo y sobre todo, tratar de los déspotas, acercarse, en cuanto la diversa índole de su idiosincrasia se lo permite, á Víctor Hugo, y el señor Castelar no pudo hacer más que lo que hizo. Paciencia, pues, y quiera el cielo que algun dia, cuando ya sea tarde, el jóven Castelar no se arrepienta de haber hecho sistemático caso omiso, en los arrebatos de su poesía social, de las vulgaridades de la esperiencia.

Digitized by Google

HONOR AL GENIO.

(3 de Junio.)

La opinion general en cuantos ayer presenciaron la sesion celebrada por el Congreso y oyeron el sermon, esto es, el discurso de tres horas pronunciado por el Sr. Nocedal, fué la de que el orador tradicionalista habia estado «inferior á sí mismo.» Nosotros no diremos esto por varias razones, entre las cuales vamos á apuntar las dos principales: la primera porque no queremos aparecer á los ojos del Sr. Nocedal entre los depresores sistemáticos de su mérito, y la segunda porque, desde el punto de vista artístico, digámoslo así, y aun desde el especial punto de vista de las nuevas ideas del Sr. Nocedal, para nosotros estuvo ayer inimitable, á grandísima altura, originalísimo, valiente y explícito como pocas veces.

Ayer, en efecto, y solo ayer fué cuando quedó formulado y consignado y explicado el verdadero programa de nuestros absolutistas. Desde que en 1833 hizo Fernando VII á España su último legado con la guerra civil, hasta que los españoles de 1840 se declararon en el convenio de Vergara hartos de matarse los unos á los otros, y desde 1840 hasta el dia de ayer, la ignorancia pública habia creido que el carlismo era ante todo una bandera, una fórmula, una doctrina, una solucion monárquica en el fondo. Ayer, empero, se hizo la luz; el error histórico, la equivocacion nacional quedaron deshechos: el carlismo, el tradicionalismo, el absolutismo entre nosotros es ante todo y sobre todo *teocrático*.

Aunque anteayer el Sr. Estrada apuntó, por decirlo así, la idea, con la fria suavidad maquiavélica de su palabra, cuya impunidad está en razon directa de su sonoridad escasísima, la plena manifestacion del principio estaba de derecho reservada al pontífice parlamentario

Digitized by Google

de la secta, y el Sr. Nocedal lo esplanó, efectivamente, con esa valerosa osadía, con esa frescura fenomenal, con ese aplomo, ó con esa olímpica serenidad del grande hombre de Estado que, despues de haber vencido todos los escrúpulos de su consecuencia política, halla naturalmente fácil el desdeñar todas las contrariedades, todas las tempestades de la escena pública.

Sí; lo que el Sr. Estrada dijo con su habitual timidez, que aparentemente le asemeja al Edipo de Martinez de la Rosa; lo que el Sr. Estrada dijo con miedo hasta de su propia lengua; aquello de que para los carlistas son antes sus principios que sus reyes; eso, eso mismo, aumentado, engrandecido, sublimado hasta la epopeya, hasta la apoteósis, quedó asentado y probado ayer, en primer término, por el señor Nocedal.

Sí; la bandera del batallon sagrado no es, en rigor, la que hace pocas sesiones sacó de su bolsillo, ó, mejor dicho, de su autorizada boca el Sr. Nocedal. Lo de «por mi Dios, por mi patria y por mi rey» es un lema demasiado lato.—«Dios y la patria,» y nada más que Dios y la patria es lo justo, es lo bueno, es lo respetable, es lo venerable, es lo aplicable, es lo admisible para el Sr. Nocedal y para sus amigos y subordinados, con perdon sea dicho del jefe oficial del peloton, señor conde de Orgáz.

Lo del rey, lo de la monarquía, lo del trono, eso es secundario, eso no es la esencia verdadera del dogma. El Sr. D. Cárlos VII de Vevey podrá extrañarlo, podrá lamentarlo, podrá anatematizarlo cuanto quiera; pero lo cierto es que S. M. *in partibus* está, cuando más, en tercer lugar en el gran programa tradicionalista, y que ante los ministros del Señor y el territorio que fué de la inquisicion, el trono quimérico de Montemolin es para el Sr. Nocedal y sus amigos una especie de bicoca.

¡Ah! nosotros, amantes fervorosos del valor de la conviccion; nosotros, pobres liberales que no hemos podido ni querido, como el Sr. Nocedal, dejar un dia en un rincon la crisálida de nuestro liberalismo para exhibirnos ante nuestra patria iluminados por la fé de los Calormades y Torquemadas; nosotros, pigmeos impenitentes del juego *prohibido* de las instituciones constitucionales, no pudimos ménos de ver ayer en el Sr. Nocedal una gran figura; no pudimos ménos de tributarle ayer una admiracion profunda. La estética es una en su esencia; hay una

Digitized by Google

belleza universal cuyas formas sabe estender el talento hasta sobre las absurdas, hasta sobre las más hondas aberraciones morales; y el señor Nocedal estaba ayer bello, á nuestros ojos, con esa belleza.

Zurbarán es para nosotros un gran pintor histórico. En sus frailes, en sus inmortales figuras monásticas vivirá perpétuamente, y con mejores datos que en las páginas de los anales patrios, la memoria de aquellas órdenes religiosas, de aquellas innumerables falanjes de sabios ociosos y de reconcentrados célibes que durante tantos siglos vivieron en este pobre país, y sobre este pobre país de España. Pues bien; ayer hizo nuestra imaginacion en el Congreso una cosa que el Sr. Nocedal, si por acaso se digna fijar sus ojos en estos renglones, nos agradecerá á pesar de su modestia. Nosotros afeitamos con el pensamiento al Sr. Nocedal; dejamos limpia su cara de la esflorescencia gris con que los años la han adornado; despojamos asímismo á S. S. de la prosáica levita contemporánea, vestímosle imaginariamente el anchuroso, severo traje talar frailuno, y le vimos sobre los bancos rojos como una verdadera creacion zurbaranesca.

¡Oh, y quién sujeta á la imaginacion en la carrera de sus caprichosas ficciones! Despues de imaginar al Sr. Nocedal con el traje de los padres que le enseñaran á leer á Santo Tomás, nos imaginamos que la doctrina del Sr. Nocedal triunfaba en la España de 1871; llegamos á creer por un momento que estábamos en plena teocracia del Sr. Nocedal. Esta teocracia no es propiamente la de la Edad Media, aquella que fué tutora y directora de la nueva sociedad europea, que salvó la literatura, la ciencia, la más preciosa de las antiguas civilizaciones. La verdadera teocracia á que el digno Sr. Nocedal aspira es aquella otra, eminentemente política, que en el reinado de Cárlos II, por ejemplo, hizo su presa, no solo del espíritu y de la personalidad de un rey imbécil, sino del espíritu del gran pueblo cristiano de Isabel la Católica. La teocracia del padre Nithard, del padre Froilan; esa es sin duda el ideal del Sr. Nocedal, y en esa le vimos, ó, mejor dicho, le soñamos nosotros ayer.

Figúrese el lector, como nosotros ayer nos figuramos, al Madrid de la nueva teocracia, al Madrid que el Sr. Nocedal y su escuela se esforzarian en hacer, sin gas, sin periódicos, sin lujo, sin tram-vía, sin ferro-carriles, sin Parlamento, con sus edificios públicos convertidos en monasterios, sus cuarteles henchidos de voluntarios realistas, in-

Digitized by Google

comunicado con el mundo, con sus dias dedicados á nuevos autos de fé en la Plaza Mayor, y sus noches misteriosas con sus serenos cantando el *Ave-María* antes de la hora. Los liberales de todas procedencias, empezando por los que fueron correligionarios del Sr. Nocedal, navegando hácia Fernando Póo y hácia Filipinas, y desesperanzados de volver á formar *manadas* de mayorías y minorías.....

Y figúrese el lector en la cúspide de este resucitado Madrid de fines del siglo XVII al Sr. Nocedal con el hábito de Santo Domingo, sin barba, con la tosca capucha sobre el mondo cráneo, con su habitual delgadez acrecentada por las prácticas del ascetismo, hecho primer ministro de Cárlos VII, luchando, como su modelo Nithard, con las intrigas de los partidos cortesanos, viéndose acaso en la necesidad de desterrar á los nuevos Valenzuelas, es decir, á los Aparicis y Tejados, en guerra sorda y cruel con la misma familia real!.... ¿No es verdad que este Madrid imaginario, este Madrid sobre cuyas teocráticas torres flotaria al viento la nueva bandera española, que seria una inmensa boina; este Madrid nocedalista, es un cuadro que podia tener mucho de horrible y de ridículo; pero que al fin y al cabo es una estraña y admirable creacion del génio que aspira á convertirlo en realidad?

Honor, pues, al génio del Sr. Nocedal. Calle la política, calle el liberalismo, calle hasta el sentido comun, allí donde es preciso admirar al Homero de las sacristías.

Digitized by Google

EL SEÑOR CASTELAR Y SU DISCURSO.

(23 de Junio.)

Para entretener á una generacion se necesitan indudablemente grandes y especiales dotes, de esas que la Providencia pone con sábia escepcionalidad entre los humanos sobresalientes. A una generacion se la honra llamándose Newton, se la asombra siendo un Colon, ó se la destruye por el sencillo medio de un Bonaparte. Pero para entretenerla, buena y agradablemente, para constituir el placer honesto y constante de una época ó de un país, para lograr no abrir la boca sin que amigos y adversarios demuestren presurosa complacencia en oir, para obtener el milagroso monopolio de una benevolencia universal, que empieza en las más viriles seriedades, sigue por la mitad bella y curiosa del género humano, y se impone hasta en la infancia; para esto se necesitan, sin disputa, privilegios de inteligencia, de carácter y de atraccion simpática, singularísimos.

Mucho tiempo hace que nosotros hemos dado en nuestro fuero interno al Sr. Castelar gracias mil, gracias sinceras en nombre de nuestra generacion, por el constante goce espiritual que, en el seno de estas luchas y de estos gangrenados tiempos de impúdico materialismo, ha sabido depararla. Desde que el autor de *Alfredo* alzó por vez primera su armoniosa voz en el teatro de la plaza de Oriente, Castelar significa y es, en efecto, para la inquieta y turbulenta España contemporánea, algo parecido á un verdadero consuelo. La palabra de Castelar es, en efecto, una especie de brisa refrigerante, de bienhechora ráfaga que la electricidad del entusiasmo esparce sobre sus conciudadanos en cualquiera ocasion y con cualquier motivo. Habla Castelar en Madrid, y todas nuestras gerarquías sociales, altas, medianas y bajas, dicen: oigamos, esto es, gocemos. Llegan los discursos de Cas-

Digitized by Google

telar á provincias, y el empleado suelta su vírgen pluma, la madre de familia su rosario, y el obrero su martillo, diciendo: leamos, esto es, gocemos. ¡Hermoso privilegio del verdadero génio, que es el que no sabria ofender aunque quisiera!...

Perdónesenos en gracia de la oportunidad este nuevo tributo de admiracion que al orador federalísimo rendimos. ¿Por ventura no comparten con nosotros esa admiracion el viejo y el nuevo continente? Ayer supimos nosotros una cosa que tenemos sumo gusto en hacer pública. Parece que algunos señores ingleses, amantes de la elocuencia y protectores científicos, por ende, de la garganta humana, han preguntado al Sr. Castelar con qué liquido, con qué pócima salutífera sostiene su claro acento en sus largas peroraciones. El Sr. Castelar les ha contestado sencilla y verídicamente que durante sus discursos no bebe otra cosa que limonada. Y los ingleses han dado á la limonada española, aun antes de aclimatarla parlamentariamente en la grande isla de la cerveza, el nombre de nuestro arrebatador tribuno alicantino. Esto es un detalle que no deja de tener su honrosa importancia; ya lo conocerán nuestros nietos cuando visiten la Gran Bretaña.

Sí; lo confesamos con orgullo: Castelar nos inspira tanto entusiasmo como al que más; entusiasmo ante el que se eclipsan nuestras propias opiniones políticas y nuestros resabios críticos. ¿Cómo hemos de acordarnos, cuando Castelar habla, de nuestro monarquismo, ni cómo hemos de aplicarle el pobre escalpelo de nuestra crítica? Cuando se mira al sol, ¿se acuerda uno de que dicen que tiene manchas ó de que produce tabardillos? Y además, ¿es que, en rigor, los defectos del hombre político y del hablador insigne, si los tiene, no son granos de arena, verdaderos átomos imperceptibles é inapreciables en el inmenso océano de sus cualidades?

Los críticos de Castelar no son en realidad sus enemigos, porque hasta la envidia es tierna para nuestro ilustre Emilio; son, en su mayor parte, esos caractéres descontentadizos en quienes nada basta á estirpar las pretensiones de una maledicencia sistemática; esos chistosos de oficio que rebuscan en el fondo y en las junturas de todo lo grande y de todo lo bello la fatal levadura de lo pequeño, de lo ridículo ó de lo feo, que late siempre en la doble naturaleza humana.

Así es que unos, por ejemplo, dicen que Castelar recuerda y no piensa; que Castelar es solo una gran memoria en accion, que los prin-

Digitized by Google

cipales trozos de sus arengas huelen, como dijo de otros Gonzalo Moron, á lámpara, y son siempre relatados con el deliberado propósito de obtener un aplauso al minuto; que entre Castelar, en suma, y uno de esos grandes oradores que se sientan todos los dias con un magnífico discurso embrionario en su cerebro, pronto siempre á ser improvisado y perpétuamente inspirado por una instruccion verdad y por una espontaneidad sin teatro alguno, hay un abismo. ¡Como si, despues de todo, el efecto no fuera el mismo!

Otros que no se atreven á llamar á Castelar el gran loro de nuestra tribuna, se ceban contra los que llaman sus defectos de carácter, la ingénita dulzura de sus fibras, la imposibilidad en que, segun ellos, se verá siempre de llegar á ser un hombre político respetable, un gran estadista práctico, uno de esos grandes gobernantes que se hacen temer y estimar por iguales partes, como la egoista humanidad exige. El dia, dicen, en que triunfara el federalismo, los Figueras y los Pís se encargarian de la cosa pública, y para Castelar se construiria una tribuna-palacio de cristal y marfil, y la gratitud nacional le relegaria en ella para siempre, con una guardia de honor de hermosas matronas impune y lógicamente dirigidas por el venerable marqués de Albaida.

Castelar no sirve á su partido más que de trompeta. El dia que no necesite el republicanismo español hacerse oir del mundo por el conducto de su poeta-sirena, le volverá la espalda ó le mandará callar y acostarse en su lecho de flores, á guisa de niño trasnochador. ¡Como si ¡oh injusticia! los grandes reformadores, los grandes propagandistas, los grandes habladores, desde Mahoma hasta Dulcamara, hubiesen sido todos grandes caractéres, hombres de pelo en pecho!

Otros, en fin, no osando hincar su aguion crítico ni en la retentiva ni en la suave idiosincrasia del jóven catedrático de historia, dicen que hay que esperar todavía un poco, ó un mucho para juzgarle. Hasta ahora, añaden, no conocemos más que una faceta, por decirlo así, del gran brillante de su cerebro. Hace diez y siete años que el Castelar de la prensa, del Ateneo, de las reuniones públicas y del Parlamento se ha encerrado, por decirlo así, en el círculo de hierro de sus imágenes favoritas, de sus predilectas páginas históricas, de sus eternas y repetidas lucubraciones filosófico-sociales, como si se hubiese propuesto hacerlas aprender de memoria á la nacion.

Digitized by Google

Hace diez y siete años que Castelar no pronuncia más que un solo discurso. Los cinco primeros siglos del cristianismo, el rayo de la palabra humana, la conciencia, el patriotismo, la democracia de la vírgen América, la esclavitud de esta pobre Europa incorregible, que sufre todavía Papas y reyes: estos han sido hasta ahora los temas ineludibles de sus variaciones lírico-políticas. Es necesario aguardar á que piense, ó sepa, ó diga otra cosa, para juzgarle. ¡Como si en esos asuntos no se comprendieran las más altas cuestiones antiguas y modernas!

Pero ya es tiempo de que digamos algo sobre el gran discurso, cuya primera parte pronunció ayer el Sr. Castelar en el Congreso, desde las cuatro hasta la siete de la tarde. ¿Y qué hemos de decir nosotros que no sea pálido y débil ante la fervorosa admiracion con que ayer como siempre escuchamos al niño mimado de la atencion pública?

España entera lo lee á estas horas: supla el juicio de nuestros conciudadanos al tiempo y á la aptitud que á nosotros nos faltan para decir lo que esa gran oracion enciclopédica nos inspira. ¡Qué principio; qué conmemoracion del célebre 22 de junio, de aquel dia en que algunos de sus amigos conservadores llevaron sano y salvo hasta la frontera al Sr. Castelar; qué intencionada acusacion de este Congreso donde no se puede discutir siempre que al Sr. Castelar conviene; qué magistral manera de probar que la revolucion de setiembre ha cambiado la faz del universo conocido; qué intencionadísima descomposicion del ministerio y de la mayoría, frente á frente de la homogeneidad de la coalicion carlista-republicana!

Y luego, ¡qué desinteresada apoteosis del valor del duque de la Torre; qué sábio estudio de la aristocracia en general, desde los magnates de nuestra monarquía goda hasta los plantadores esclavistas, vencidos por Lincoln; qué bendicion tan leal y tan oportuna sobre el señor Estéban Collantes, que anteayer llamó su reina á doña Isabel de Borbon; qué copla popular tan chistosamente citada á propósito de la conciliacion revolucionaria; qué alegría democrática tan bien espresada con motivo de nuestras buenas relaciones con Méjico, y qué modo de probar que el gobierno de Víctor Manuel y el Pontífice no están justamente en Roma, á pesar de lo que dicen los periódicos!...

Cuando el señor presidente levantó la sesion, y Castelar tuvo que

Digitized by Google

dejar para la de hoy la continuacion de su poema oral, un sentimiento de honda pesadumbre nos dominó á todos, y vino á todos los labios la frase sacramental: ¡tan pronto!... Porque, en efecto, á Castelar se le oye, no como quien oye llover, segun dicen sus necios adversarios teóricos, sino como á la buena música, sin cansarse, sin apercibirse de la posesion espiritual con que nos encadena.

Por fortuna, hoy seguirá, y esta misma tarde el Madrid nervioso, y mañana la España de buen humor, beberán hasta las heces el cáliz de esa delectacion moral, que le ofrecen una vez más las temblorosas manos del gran pitoniso de nuestros dias. Entretanto, dos cosas pedimos al Dios de los oradores: primera, que si ha de haber república en España, sea dado á Castelar crearla y dirigirla; y segunda, que si no ha de haber en España república, no deje de haber Castelares, que tanto la honran y la deleitan.

Digitized by Google

UNA CELEBRIDAD.

(4 de Julio.)

Indudablemente la celebridad es una gran cosa. Verdad que tiene sus escollos mientras el favorecido se agita entre los mortales, y está expuesto á verse retratado en una caja de fósforos, ó á ser descubierto en cualquiera funcion de tapadillo por ese mónstruo de cien ojos que se llama público. Pero, en cambio, muérase Vd., despues de haber conseguido hacerse célebre, y en vez de la media docena de parientes, amigos y acreedores que lloran un solo dia al simple mortal del vulgo, tiene Vd. asegurado el recuerdo de un número indeterminado de generaciones que, *vellis nollis*, han de saber lo que hizo Vd. en el mundo.

Nunca hemos comprendido que haya filósofos pesimistas, descreidos y misántropos, hasta el punto de anatematizar esa contribucion directa sobre el porvenir que se llama fama. En el hombre físico, como en el hombre moral, el deseo de la reproduccion es un gran instinto de vida. El renombre es una especie de paternidad intelectual; pasar á la memoria del porvenir es tener descendencia en todo el género humano. Y hay, sin duda, algo noble, algo honroso, algo plausible, desde este punto de vista, en cuantos han querido inmortalizarse, sin distincion de medios, desde Erostrato hasta el Sr. Trelles.

Durante el largo período de la discusion de actas, rara fué la noche que la comision no oyera en su seno, y raro fué el debate público que no viese tomar parte al Sr. Trelles. Este señor diputado electo se anunció desde el primer dia como una verdadera universalidad discutidora, de esas que imponen la resignacion á los auditorios. Se trataba del acta más grave de oposicion, y ya se sabia que el Sr. Trelles habia de defenderla. Se trataba del acta ministerial más limpia, y ya se sa-

Digitized by Google

bia que el Sr. Trelles habia de combatirla. Diputados y tribunas preguntaban siempre al llegar: ¿habla Trelles? y al retirarse decian: ¿seguirá mañana hablando Trelles? y no habia miedo de equivocarse. Trelles por aquí, Trelles por allá, Trelles á pasto. Este iba á ser el Congreso-Trelles. Y con efecto, lo ha sido.

El Sr. Trelles, sin embargo, debia tener un acta; la tenia, sin duda. Pero el acta del Sr. Trelles, á juzgar solo por su inflexibilidad acusadora, por la frescura fiscal que amigos y adversarios le reconocieron desde el primer dia, debia venir más limpia que una patena, claveteada y remachada, por decirlo así, de legalidad, vírgen como las vírgenes y pura é inocente como la pureza y la inocencia mismas. De otro modo, y sin traer y poseer una especie de acta-paloma, ¿cabia en lo humano aquel furor intransigente, aquella terrible asiduidad de acusacion, aquel siempre desnudo escalpelo crítico, que hacia temblar las carnes y las credenciales de los elegidos?

Llegó empero un momento—¡qué recuerdo, Leonor!—ya al espirar la discusion general de actas, al darse los últimos dictámenes, en que se habló de un verdadero acto de piedad por parte de la comision. Llegó empero un dia en que se habló de cierta generosa transaccion por la comision aceptada con verdadero espíritu evangélico. Y se dijo que aquella piedad y la transaccion aquella habian contado entre sus principales beneficiados... ¿á quién dirán Vds.? Pues ni más ni ménos que al Sr. Trelles. No habia, segun se añadió, tales borregos, tal acta inmaculada. Susurrábanse, por el contrario, á este respecto, horrores, verdaderos horrores electorales, cada uno de los cuales, dado caso de haber merecido el hincapié crítico de la comision, hubiese dejado al Sr. Trelles tan diputado como su abuelo. La sorpresa fué universal.

¡Cómo! se decian los impresionables, ¿es posible? ¿La mano que ha tirado tanta piedra al tejado vecino tiene el suyo de vidrio? ¡Luego no era todo amor á la justicia, todo confianza en el merecimiento y en la impunidad propia, lo que ha inspirado ese centenar de discursos que han hecho inclinarse... de sueño, á tantas frentes! ¡Luego ese Caton electoral era un simple mortal falible, con su ropa súcia y todo como cualquier necesitado de lavandera! Pero entonces, ¿á qué aspiraba, á qué aspira ese hombre singular? ¿Cuál es el verdadero móvil que le guia, el propósito íntimo y real que le ha hecho agotar tanta paciencia?.....

Digitized by Google

Y entonces la pública opinion parlamentaria se llamó á cuentas, adivinó y se esplicó el raro secreto, pronunció la verdadera palabra: celebridad. El Sr. Trelles aspiraba á hacerse célebre. No podia caber duda, así como tampoco podia caber censura en este deseo, por el mero hecho de serlo. El Sr. Trelles, carlista y todo, ejercia un perfecto derecho individual. El Sr. Trelles no podia tener la culpa de que la Constitucion de 1869 no hubiese contado con él, no hubiese previsto el caso. El Sr. Trelles salia de la pristina oscuridad de su retiro, asido al único cabello de la única ocasion que para hacerse célebre le habia ofrecido su vida. Legalmente, nadie podia oponérsele. Los obstáculos morales él sabria vencerlos. ¿Cómo? Muy sencillo: por los grandes medios atractivos de su persona.

Y este es el dia, en efecto, en que todo el mundo ha convenido en dejar al Sr. Trelles conquistarse á sus anchas una celebridad que se mostró desde el primer momento á la altura de Maquiavelo, aceptando todos los medios en aras del fin, haciéndose un escabel, un pavés, un pedestal, de furores y sonrisas, y aplausos y descontentos, y bostezos y campanillazos presidenciales.

¡Ah! sí; no hay, no puede haber malevolencia analítica, ni envidia persistente, ni resignacion espirante que ya no acepte, comprenda y apruebe la aspiracion del gran hablador carlista. Nosotros al ménos, cuando por acaso le encontramos en algun salon ó pasillo del Congreso, y le vemos adelantarse con su eterna sonrisa de mística sensualidad, sus encendidos pómulos en que, á despecho de los años, brilla el suave matiz carmíneo de la juventud y del albérchigo, sus graciosos, instintivos y lánguidos movimientos, y su espresiva mirada fija siempre en el techo, como si su espíritu pidiese siempre al Dios de la palabra ocasion de soltar la sin hueso; nosotros siempre, ó casi siempre que le vemos, nos paramos respetuosamente y exclamamos para nuestros adentros: ¡paso y honor á la voluntad inflexible, á la celebridad inevitable!....

El último acto parlamentario del Sr. Trelles se ha verificado en las sesiones de anteayer y de ayer tarde, con un discurso enciclopédico-jurídico-catilinario sobre la cuestion de Hacienda, que nuestros lectores hallarán en el extracto oficial. La Cámara, propiamente dicha, no puede decirse que le ha oido, porque entre ausentes y narcotizados, la verdad es que los diputados han hecho abstraccion de los escaños rojos.

Digitized by Google

Pero los taquígrafos—esos mártires del sistema—se han encargado de trasmitirlo al país, y el Sr. Trelles puede, y con razon, jactarse de haber dado un nuevo y seguro paso en el camino de esa celebridad que tanta falta le hace, como á todos los grandes espíritus. ¡Quiera la fortuna deparársela, al fin, tan completa y envidiable como nosotros deseamos; y sobre todo, quiera la suerte deparársela pronto, muy pronto, tan pronto como merece!

Porque la verdad es que para quien se trabaja una fama tan activa y sábiamente como el diputado carlista, es absurdo y cruel eso de tener que aguardar toda una vida. Si en nuestra mano estuviera, nosotros presentariamos mañana mismo al Parlamento una proposicion de ley declarando célebre al Sr. Trelles. Y con esto cumpliriamos un acto de justicia, y el Sr. Trelles descansaria, y nosotros, y el país tambien. Pero la humanidad es rutinaria, y la opinion pública lenta y pesada en sus procedimientos. ¡Quién sabe lo que al Sr. Trelles y á sus conciudadanos les falta aun que sufrirse mútuamente!

Digitized by Google

EN EL CLAVILEÑO.

(12 de Octubre.)

¿Llegará el Sr. Ruiz Zorrilla á ser un grande hombre? No es seguro; al ménos nosotros no podemos sentar profecía semejante de una manera rotunda. Y es porque todavía no hemos visto claro, digámoslo así, en el fondo del sugeto. Entre los hombres políticos, ninguno se nos aparece tan complicado, tan complejo, tan contradictorio, tan inexplicable. Hay momentos en su vida que nos enternecen hasta la admiracion, como, por ejemplo, aquellos en que, dominando estóicamente su gratitud hácia su bienhechor el general Prim, le presentaba desde el Escorial y desde Cartagena envuelto á su pesar en puntos negros. Hay incidentes en su biografía, como, *verbi gratia*, aquel del trabucazo de la calle de San Roque, que le sorprendió saliendo de casa de un amigo, que nos le pintan con el barniz de los héroes.

Pero á lo mejor se vuelve la hoja, exhíbese el reverso de la medalla, el oropel se cae, las debilidades del corazon exíguo, la ingénita ignorancia del entendimiento vulgar, las malas propensiones de la flaca naturaleza se manifiestan en toda su triste desnudez de tal modo, que no basta el mejor optimismo para acallar la recóndita sospecha de que solo se trata de un coloso de pega. Los silbidos y los patatazos de Barcelona haciendo justicia á la perspicacia del instinto popular, la conciliacion revolucionaria declarándolo *in articulo mortis* su destructor, el partido progresista enseñándolo á los manes de Argüelles como su más íntimo enemigo, sus discursos henchidos de lo que el Sr. Rivero, si mal no recordamos, calificó de elocuencia *cortijera*, su patria, en fin, esperando en vano una idea fecunda, un noble rasgo, un acto sério y bienhechor del gran advenedizo de la fortuna: todo esto, y algo más, nos hace á las veces desesperar de sus cualidades y de su porvenir.

Digitized by Google

Hoy, sin embargo, es de los dias en que más propensos nos sentimos á ser benévolos con ese personaje que, por razon natural, no podemos perder de vista los que esgrimimos una pobre pluma al servicio de la opinion pública. Y es porque hoy, en estos momentos, nuestra imaginacion nos presenta al Sr. Ruiz Zorrilla semejante en algo á una gran creacion, á una gran figura, á un gran tipo. Dios y nuestros lectores nos absuelvan de la absurda injusticia del símil, de la profanacion de la comparanza; pero es lo cierto que, á la hora presente, así nos libre el cielo de ser radicales como vemos al Sr. Ruiz Zorrilla convertido en una especie de D. Quijote.

Sí, de D. Quijote, pero entendámonos préviamente. En la inmortal personificacion del Cervantes hay dos naturalezas: la una, la esencial, es la del gran caballero, la del alma nobilísima, la de aquella recta y melancólica inteligencia sedienta del bien y de la virtud, valerosa, tierna y sencilla por iguales partes, exuberante de amor, de caridad y de entusiasmo, cuyas cómicas desventuras tienen en el fondo algo de evangélico, algo de redentor, algo de un supremo y ejemplar martirio. La otra, que es la forma, que es el molde, que es la necesidad del escritor y del libro, es la de una profunda incurable perturbacion cerebral, la de una tontería insuperable, la de una vacilante, débil razon, que el primer viento de la maldad agena se lleva fácilmente por donde quiere. Pues bien: con este D. Quijote externo es con el que estamos hace dias comparando al Sr. Ruiz Zorrilla.

Antes de entrar en materia anticipémonos á una observacion que suponemos inevitable, aunque irreflexiva, en el lector. ¿Por qué, nos dirá sin duda mentalmente alguno, no hacer la comparacion con Sancho Panza? En el D. Quijote de fondo y de forma hay una delicadeza de instintos refinada, asombrosa. Sancho, por el contrario, representacion filosófica del positivismo, es el ideal de lo inculto. El Sr. Ruiz Zorrilla tendrá sus defectos, pero nadie podrá negarle una llaneza, una espontaneidad, un abandono de impulsos y de modales que sus maestros de primera enseñanza deplorarán como un remordimiento, pero que su país estima y conoce en lo que valen. ¿Por qué, pues, no pensar en Sancho?

La respuesta, la disculpa es óbvia: Sancho es la quinta esencia de la malicia humana, el gran ejemplar de la gramática parda, la lucidez del instinto supliendo á la falta absoluta de la educacion. El señor

Digitized by Google

Ruiz Zorrilla, desde este punto de vista, seria un Sancho, pero sin malicia, que es un Sancho absurdo, inconcebible; mientras que el señor Ruiz Zorrilla arrebatado, poseido, explotado por la vanidad y acometiendo por ella empresas temerarias en favor de los que le han visto el flaco y saben dominarlo, es indudablemente tan crédulo, tan sainetesco, tan instrumento del egoismo extraño como D. Quijote.

Testigo la aventura del Clavileño. Poco trabajo cuesta á la Trifaldi hacer montar al acometedor manchego en el jaco de pino: la promesa de que el prodigioso bruto le llevará á Candaya; de que allí encontrará al follon encantador Malambruno; de que, venciéndolo en descomunal pelea, volverá á la vida á la pobre princesa Antonomasia y al seductor D. Clavijo; la seguridad, en fin, de que, apenas consumada esta gran aventura, la Dolorida y sus doce dueñas acompañantes sentirán caer de sus rostros las malhadadas, cerdosas barbas que eclipsan sus rosicleres, son bastantes para que el loco-héroe se crea un semi-Dios y consienta en atravesar los espacios. ¡La humanidad le contempla, el mundo le tributará aplauso eterno, su título de grande hombre está en la clavija frontal de su caballo! ¡Quién le disputará luego el primer puesto de la andante, salvadora caballería!

Hé aquí, pues, que la habilidad cimbria, gran conocedora de su dócil monomaniaco, le dice: monta en el Clavileño, es decir, déjate hacer, déjate declarar jefe y cabeza del más tremendo radicalismo que han conocido las Españas; y D. Manuel monta.

¿Hace falta á sus embaucadores una venda para taparle los ojos, para que no se aperciba de la cruel comedia? La vanidad del hombre presta un cendal gruesísimo. ¿Hace falta un fuelle para fingir en sus oidos que atraviesa la region del viento? La adulacion se los sopla como un huracan. ¿Hace falta el supuesto calor de la region del fuego? La envia escitada, Sagasta, sus amigos, el progresismo iracundo de las provincias, todo el espectáculo de sus émulos es magistralmente explorado por los demócratas, y D. Manuel siente un infierno de ardorosa saña en su corazon. La victoria es completa; el viaje aéreo se emprende. La democracia intrigante, astutísima, puede sonreir como la serpiente en el Paraiso. Adan sucumbe.

¡Ah! y el desenlace será igual, idéntico de toda identidad al del episodio del gran libro. Cuando ya no quede en el radicalismo un progresista de corazon para un remedio; cuando los aliados con los repu-

Digitized by Google

blicanos, los tolerantes con la *Internacional*, los compasivos con el filibusterismo sientan bajo sus manos los últimos latidos de la desgarrada víctima; cuando ya sea tarde, irremediablemente tarde para que la Tertulia quiera rehacer con sus paños de cocina la gloriosa bandera que le trasmitió el hombre de Luchana y de Vergara; cuando el cimbrismo se sienta en la plena, pacífica, indisputable y perfecta posesion de su nuevo, asaltado hogar; entonces, y sin perjuicio de disputarse más tarde la supremacía entre ellos, el insaciable Rivero ó el inteligente Martos, ó ambos á la vez, pegarán fuego á los cohetes que rellenan el clavileño, y la jefatura efímera del héroe transitorio volará en pedazos; y mal trecho, y desfigurado y sangriento, el Caton caricaturesco de Tablada contemplará de un lado su vanidad en ruinas y del otro á su país y á su partido que le dedican la última silba. Tómese acta de la profecía.

Digitized by Google

ABSOLUCION.

(18 de Octubre.)

Madres de familia, las que con tan recelosa prudencia velais en vuestras casas sobre la alcuza del petróleo; vosotras que, en punto á radicalismo, no habeis pasado todavía de la raíz de achicoria, que devuelve el apetito á vuestros chiquitines; madres sencillas y oscurantistas que teneis por biblioteca el catecismo, que nunca habeis ido á las tribunas del Congreso, y que, en pleno siglo XIX, compartís la vida entre la costurera que repasa y la cocinera que sisa; madres tradicionalistas, que todavía os creeis convenientes á la familia, ni más ni ménos que vuestras abuelas, las del vestido de medio paso; madres liberales y conservadoras, en cuanto la libertad de regañar y la conservacion de vuestros muebles os lo exigen; tiernas y fecundas reinas del hogar que, aguja ó cetro en mano, venís cumpliendo á través de los siglos la ley estacionaria de nuestra reproduccion; ¿sabeis vosotras, madres de familia, quién es el Sr. Garrido?

¿No lo sabeis? Pues nosotros tampoco; es decir, nosotros sabemos algo, pero nada más que algo de dicho señor. Físicamente es un caballero de pelo gris y que anda con cierta dificultad; políticamente es un diputado federal que tiene la elocuencia del hacha, y un escritor que parece usar una tinta de ácido prúsico; pero moralmente, interna y filosóficamente considerado, nosotros sabemos poco del personaje, y si fuéramos á retratároslo por nuestras gratuitas impresiones, ó por los juicios agenos que de él hemos oido, acaso incurriríamos en graves errores. Y lo mismo decimos del hombre privado. ¿Es casado? ¿Tiene hijos? ¿Se mueve en la íntima esfera de un presupuesto doméstico? ¡Misterio! Lo verosímil es que nada de eso le pase, puesto que sus

Digitized by Google

principios parecen inaplicables á todas esas rutinas de la humanidad vulgar.

Y, sin embargo, ¡oh madres de familia! es preciso, porque es justo, que desde hoy, por más que no le conozcais, ameis y respeteis al señor Garrido. Y para hacerlo no teneis más que dar un vistazo á cualquiera de los periódicos de hoy, antes de que vuestras fregatrices lo conviertan en forro del vasar; no teneis más que leer, siquiera lo hagais por vez primera en vuestra feliz vida, el extracto, nada más que el extracto de la sesion celebrada ayer por el Congreso de los diputados. Tratábase, oh madres, de la *Internacional*; ya sabeis, de eso que pasó en París, de eso que incendia un templo ó una casa, y mata un cura, ó cumple las exigencias del amor libre en ménos tiempo del que se necesita para contarlo. Porque con motivo de haber fabricado el señor Ruiz Zorrilla un partido para el Sr. Rivero, la nacion se ve en la necesidad de decidir si debe ó no participar de la benevolencia internacionalista del Sr. Zorrilla.

Pues bien; sabeldo, esposas equivocadas; el Sr. Garrido os lo dice, con la veracidad de su habitual franqueza, con la magestad de sus canas y con la autoridad de una misantropía sancionada por una penuria crónica; estábais en un profundo, en un craso, en un absurdo error: la *Internacional* no es lo que creiais, lo que os han dicho, lo que temiais. El marido pusilánime que, de vuelta del café, ó el hijo aventurero que, al salir del Ateneo, os contó una noche una historia de horrores con el título de la *Internacional*, ú os leyó un papel en que un trabajador particular, en nombre de los trabajadores del mundo, declaraba la guerra á todos los que suelen llevar camisa limpia, os engañó miserablemente; la *Internacional* no es eso.

La *Internacional*, segun el Sr. Garrido, es otra cosa muy diferente, es..... preparaos á la sorpresa..... es Jesucristo, el mismo Jesucristo, el de Judea, el Nazareno, el Crucificado, el Dios-hombre, el propio que vuestro corazon viene sistemáticamente adorando y que representan vuestras estampas! Porque el Sr. Garrido dice: «Jesucristo vino á dar á los hombres la verdadera nocion de su parentesco, y á hacerles caer en la cuenta de que son todos hermanos; y la *Internacional* dice, quiere y proclama eso, precisamente eso mismo. ¿Qué quiere la *Internacional* sino que, una mañana, el dia ménos pensado nos repartamos entre todos como hermanos, absolutamente como her-

Digitized by Google

manos, todo el dinero, fincas, alhajas y comestibles que haya en las cinco partes del mundo? Porque la verdad es que eso de que, por el solo hecho de heredarlo de su padre, ó de haberlo ahorrado en veinte años de laboriosidad, se encuentre uno con un capital mayor ó menor, mientras hay quien no tiene dos pesetas, es para volver loco á cualquier haragan que haya leido el Evangelio.

Tranquilizaos, pues, ¡oh iletradas madres conciudadanas! Puede haber internacionalista que intente descerrajar el cajon de la cómoda en que guardais vuestro trapillo; pero..... ¿y Jesucristo? ¿Para qué vino al mundo Jesucristo sino para que todos fuésemos hermanos, así por el amor y la caridad como por los intereses? ¿Y sereis vosotras, madres cristianas, madres católicas, las que un dia, cuando sintais en la calle el aullido de la pobre fiera hambrienta, del pobre trabajador que no quiere trabajar, y que viene á pediros, con el Evangelio en una mano y el trabuco en la otra, lo que por un error de cálculo creeis vuestro; sereis vosotras las que echeis el cerrojo á la puerta y esciteis á vuestros hombres á ponerse tras ella con la escopeta montada?

No, no lo hareis, madres españolas. No lo hareis, despues de haber leido lo que ha dicho el Sr. Garrido. Mas por si esto no fuera bastante, sabedlo tambien de una vez: aparte la razon cristiana que á la *Internacional* asiste, hay tambien una razon de justicia social é histórica que debe convenceros y hasta enterneceros en su favor. Esta razon no la ha dicho el Sr. Garrido; pero la expuso ayer tambien el señor Nocedal hijo. ¿Es que tampoco conoceis al hijo del Sr. Nocedal? Es un jóven de mérito, carlista de siempre, es decir, que no ha tenido tiempo ni ocasion, como su señor padre, de ser liberal; simpático, delgado, y que parece salir del fondo de una sacristía con su libro de texto bajo el brazo y un mundo de absolutismos en la frente. Es el antípoda político del Sr. Garrido; y como los antípodas que en ello se empeñan, á fuerza de dar la vuelta á la tierra llegan á encontrarse, así se han encontrado en esta ocasion el Sr. Garrido, padre, y el Sr. Nocedal, hijo, ó sea el socialismo que chorrea sangre y el que chorrea cera, el humanitarismo que empuña la tea incendiaria y el que empuña el cirio. Solo que el Sr. Nocedal, hijo, lleva bien la levita.

La razon, pues, del jóven Nocedal es á saber: ha habido siglos en que habia conventos: esto es indudable. Los conventos tenian bienes; esto es notorio. Vino, sin embargo, nuestra época y con ella la mal-

Digitized by Google

dita soberanía nacional disfrazada de clase media, y dijo á los bienes eclesiásticos: aquí teneis el importe de lo que valeis; de hoy en adelante, yo me encargaré de sacar de vosotros mejor partido que las manos muertas en que yaceis. ¡Háse visto mayor picardía social! Pues bien; hoy dice el cuarto estado á la clase media, enfatuada y engreida con su ilustracion y sus haberes: lo que tú hiciste con aquellos bienes que pagaste, quiero yo hacerlo con cuanto posees, sin pagarlo. Es una revancha providencial; es el mismo negocio, corregido y aumentado. Aquí hay un problema gravísimo, á saber: ¿cómo pueden conciliarse el capital y el trabajo? Y yo lo resuelvo muy fácilmente diciendo: que el trabajo se apodere del capital. ¿No se apoderó la libertad de los conventos?

Madres de familia, fanáticas creyentes del tuyo y del mio: ahí teneis las dos grandes absoluciones de la *Internacional;* escoged la que más os guste: optad por el Jesucristo de Sierra-Morena de la pobre demagogia roja, ó por la venganza histórica del pobre absolutismo blanco; pero optad, y de todos modos, que la luz se haga en vuestras inteligencias, que el principio se salve, que la prevencion injusta desaparezca de vuestros ánimos. La *Internacional* podrá ser una cosa molesta por el ruido, la sangre y el humo que pueden acompañarla; pero el Evangelio la establece, y los desposeidos frailes la justifican. No cerreis, pues, no tapieis las puertas del hogar honrado el dia de su advenimiento; abridlas, por el contrario; salid á vuestros balcones y arrojad desde ellos al pobre pueblo, que ha perdido el amor al trabajo, todos los zapatos y pantalones de vuestros hijos, todas las reservas de vuestras despensas, y sonreid, sonreid cuando lo hagais, con la sonrisa católica, nacional, liberal y monárquica que brillará entonces en los labios del Sr. Ruiz Zorrilla. Porque, eso sí; creed en el vaticinio: la *Internacional* y otro ministerio Ruiz Zorrilla serán simultáneos.

Digitized by Google

¡NO VOTARAN!

(25 de Octubre.)

La ciudadana Guillermina Rojas espera un Dios visible y palpable, un Dios que la diga: *aquí estoy*, aunque no sea precisamente tan *de bulto* como dice hoy, con cierto gracejo cruel, nuestro colega *El Puente de Alcolea*, aludiendo, sin duda, á ciertas derivaciones del acebuche que algunos maridos usan para avivar la fé ó despertar la obediencia de sus cónyuges. Y hasta que ese Dios llegue y se exhiba, la oradora internacionalista no se hará á sí misma, ni nos hará el favor de profesar y practicar alguna religion positiva, salvo la de su conciencia, cuyos dogmas no conoce aun la Europa culta.

Esta suspension de juicio sobre ciertas cuestiones fundamentales, esta deliberada indecision en lo que toca á la Divinidad, podrá herirnos en lo más vivo á nosotros los católicos sistemáticos y oscurantistas; pero, filosóficamente considerada, es hasta cierto punto inesplicable, porque puede ser dictada por una escesiva prudencia, por el escesivo deseo que un espíritu sin creencias tenga de no equivocarse. Todo el mundo sabe aquello del musulman que, auxiliado *in articulo mortis* por un sacerdote cristiano, é invitado á confesar que Mahoma fué un falso profeta, contestó sóbria y melancólicamente: «Padre, no es esta ocasion para indisponerse con nadie.» Y además, en nuestra misma comunion suele correr muy válido el *ver y creer* de Santo Tomás. Conque, no se diga.

Pero de todos modos, si la de Rojas no tiene por el momento un triste Dios á qué atenerse, y se resigna á vivir á solas con su humanitarismo y sus deseos de que los que hacen los palacios los habiten, y de que los tejedores del terciopelo vistan de diario esta tela, lo cierto y lo fijo es que, al ménos, Guillermina (no nos atrevemos á ponerle el

Digitized by Google

doña para no herir su democrática susceptibilidad) tiene un Dios en ciernes, un Dios por venir, que puede venir mañana. ¡Quién sabe si mañana mismo, á cualquier hora, cuando la de Rojas esté leyendo la afirmacion del Sr. Castelar, ya por ella expuesta en el teatro Rossini con anticipacion, sobre que no existe poder humano, social ni individual que contenga ciertas ideas, quién sabe, decimos, si cuando la oradora se deleite en verse copiada y repetida por el ilustre Emilio, se abrirá su puerta y entrará su Dios á decirla: ¡*aquí me tienes*!

Seamos justos; quien espera tener una cosa, y lo confiesa, es porque en el fondo no le pesará tenerla; y quien desea tener, tiene bastante andado para conseguirlo, sobre todo en materias de creencias. El peor ateismo es indudablemente el que no quiere dejar de serlo. El Dios futuro, anunciado, esperado de Guillermina, podrá no ser del gusto de los que tenemos otro; podrá revestir formas de una teogonía de tres al cuarto, podrá carecer de todas las condiciones de la estética moral; mas al fin y al cabo será un Dios para uso particular. Pero, ¿quieren Vds. decirnos cuál es el Dios de los radicales?

Ninguno. Doloroso es decirlo, triste es pensarlo, tratándose de un partido que promete vivir siempre ó por ahora dentro de la legalidad revolucionaria; pero si para creer en Dios, para llegar á tener una fé profunda y verdadera, lo primero que se necesita es tener una conciencia, un fuero interno que nos dirija, que nos ilumine, que trace invariable derrotero á nuestras acciones, que nos depare principios, sentimientos, reglas de conducta tan fijas, invariables, superiores y anteriores á todas las miserias y pequeñeces de la vida, como es sabido que lo son los derechos individuales; si todo eso se necesita para creer, los radicales ¡ay! no creerán nunca. ¿Dónde están los principios fijos de los radicales? En parte ninguna; y la cuestion que hoy se ventila en el Congreso lo prueba hasta la saciedad.

Cualquiera que llegue á ser la fórmula en que, por decirlo así, se condensen los debates sobre la *Internacional*, que, entre paréntesis, va siendo ya hora de que terminen; ya se acaben y formulen con la pendiente proposicion de la mayoría que declara su adhesion á las afirmaciones del ministro Sr. Candau; ya produzcan y determinen otra declaracion del poder legislativo, más concreta, práctica y fecunda en efectos gubernativos y salvadores (lo que nosotros no veriamos con disgusto); cualquiera, repetimos, que sean los términos del acuerdo defi-

Digitized by Google

nitivo de la Cámara popular respecto á la célebre asociacion de trabajadores, es indudable que esa votacion debe marcar y señalar franca y lógicamente los dos grandes campos de los partidos extremos y de los partidos medios en que hoy se divide nuestra arena política.

Votarán en pró de la *Internacional* los republicanos de todos los matices, unos pretestando que lo hacen solo en aras del principio de asociacion, otros no ocultando que los vapores del petróleo, que todavía flotan en la atmósfera europea, les embriagan hasta el entusiasmo, y todos obedeciendo á la recóndita exigencia de las masas que los ven, de la popularidad que los juzga. Al fin y al cabo, el partido republicano necesita vitalmente de ese elemento hoy por hoy. Mañana, si ese mañana llega, será ocasion de defender la propiedad individual á cañonazos.

Se abstendrán probablemente de votar los carlistas, los absolutistas, no sin gran pena, puesto que se trata de una cuestion en que podrian allegar algun combustible á la hoguera de las patrias discordias, sino porque en último resultado los internacionalistas no han tenido, ni tienen, ni tendrán la menor conexion con D. Cárlos VII y su Iglesia.

Votarán contra la *Internacional* los progresistas del gobierno, porque hasta ahora no han tenido noticia de que ni Argüelles, ni Calatrava, ni Mendizábal, fuesen enemigos del principio de herencia; y votarán contra la *Internacional* los conservadores liberales de la Cámara de todos los grupos, ni más ni ménos que porque tienen una repugnancia teórica é inveterada hácia todo lo que se engalana con los colores de la demagogia. Pero ¿y los radicales? ¿qué van á hacer, qué se dice que van á hacer los radicales?

Pues los radicales, segun se viene diciendo hace dias, segun se decia ayer mismo, NO VOTARÁN; la habilidad de sus directores ha decidido que no voten por el siguiente raciocinio. Si votasen en pro de la *Internacional*, ¿qué seria de su carácter de partido monárquico, del poquísimo prestigio que les queda en las clases conservadoras, qué diria de ellos el país que paga y comprende, ese país con el cual tienen que contar desde el momento en que por acaso venga otro ministerio-secuestro? Y si votasen en contra de la *Internacional*, ¿qué diria de ellos la muchedumbre, que, á juzgar por cierto viaje del Sr. Ruiz Zorrilla, no debe serles muy afecta, ni con qué derecho impetrarian mañana de nuevo la benevolencia de los republicanos, esa benevolencia

Digitized by Google

que durante dos meses les ha mantenido el órden público? Decididamente los radicales NO VOTARÁN.

Ahora bien; la opinion pública, viendo á esos monárquicos y constitucionales apelar á la huida en un trance, en una cuestion de tal gravedad, no podrá ménos de dar la razon á nuestras humildes afirmaciones: ¿qué conciencia, qué principios fijos, qué monarquismo, qué fé, qué garantías para el sentimiento nacional son las de un partido que obra así, que escarnece así hasta el maquiavelismo de las luchas políticas? ¿Qué espera, qué siente esa agrupacion de monárquicos nuevos, de demócratas vergonzantes, de anti-propietarios doctrinales, de liberales porque sí? ¿No es este el más repugnante de los ateismos políticos? Y desde este punto de vista, ¿no tiene Guillermina Rojas una inmensa superioridad moral sobre el Sr. Ruiz Zorrilla, considerado como símbolo?...

Digitized by Google

EMBRIOGÉNIA.

(27 de Octubre.)

«Verde era pompa de un vallete, oculto
cuando frondoso alcázar, no de aquella
que sin corona vuela y sin espada,
susurrante amazona, Dido alada,
de ejército más casto, de más bella
república ceñida, en vez de muros,
de cortezas; en esta pues Cartago
reina la abeja, oro brillando vago,
ó el jugo beba de los aires puros,
ó el sudor de los cielos cuando liba
de las mudas estrellas la saliva.»
(Góngora.—*Soledad Segunda.*)

Todo el mundo conviene en que hay familias desgraciadas; convengamos de hoy más en que hay asociaciones dichosas. La *Internacional* española tenia sus poetas bucólico en Castelar y sus rápsodas, sus musas en las Guillerminas de todos los países, sus detractores-panegiristas en Nocedal y Rodriguez, su apóstol en Garrido. ¿Qué faltaba á la *Internacional?* Un filósofo, nada más que un filósofo, un espíritu concentrado al vapor de la abstraccion, que se encargase de la parte exegética de sus principios por todo lo alto, y que dejase al mundo con la boca abierta en presencia de una metafísica petrolista de primer órden. Pues bien: ayer apareció ese filósofo. El Sr. Salmeron es un hecho parlamentario. *Ecce homo*; la pléyade directora del cuarto estado se completa; el porvenir tiembla, y la clase media debe liar el petate.

Convengamos tambien en que hay apellidos fatalmente destinados á ilustrarse, pegados á la celebridad como la ostra á la concha. La España de los Salmerones, la España radical, debe así reconocerlo. *La Tertulia*, el periodismo espontáneo y el duque de la Victoria tienen un

Digitized by Google

Salmeron progresista, sin otro defecto que el de no haber aun sido ministro. El federalismo republicano tiene otro Salmeron que no quiere por ahora, ni para sí ni para su partido, segun confesion propia, el poder con el gobierno, la libertad con la ampliacion del título primero constitucional; un Salmeron que se contenta con que le dejen hablar, ofreciendo en cambio respetar al jefe del Estado. El país debe meditar si le conviene el sacrificio. El Congreso ha tomado ya una resolucion generosa; el Congreso ha oido ayer durante dos horas al Sr. Salmeron republicano, y hoy le volverá á oir. La suerte está echada.

Es este Sr. Salmeron un jóven cuarenton, todo lo más, con barba negra corrida, poco pelo, alto como deben serlo todos los dominadores del público, pálido como conviene serlo al génio vigilante, beba ó no vinagre, y que lleva, como la elegancia popular lo exige, prendida la cadena de su reló al ojal más alto de su chaleco. Su entonacion es un poco frailuna, con la inflexion monótonamente dulce de un predicador de aldea, lo cual no deja de ser raro en un libre pensador que no es probable haya oido muchas veces al cura de su pueblo; pero es lo cierto que el final de la mayor parte de sus períodos reclama un texto latino como cosa propia. Su pronunciacion es fácil y correcta, y su verbosidad adolece, como todas las grandes afluencias, de poca puntuacion, es decir, que á veces se está cinco minutos entrelazando sustantivos, adjetivos y verbos sin el menor respiro, sin la menor ortográfica solucion de continuidad, lo cual llega tambien á ser contagioso para el pulmon de sus oyentes.

Esto en cuanto al orador externo. Del orador íntimo ó por dentro, basta decir que el Sr. Salmeron fué el discípulo predilecto del malogrado Sr. Sanz del Rio, y que forma en primera línea entre los que guardan el fuego sagrado del yo y del no yo. Conócenle las aulas españolas, y gran parte de nuestra generacion le deberá sin duda, ó grandes sueños ó grandes escitaciones nerviosas, segun el temperamento. Ha venido á las Córtes precedido de una reputacion de sábio, de lumbrera, de fuerza intelectual envidiable. Pero, ó mucho nos engañamos, ó su modestia va á oponer un eterno obstáculo á la demostracion de su profundidad. Además, es necesario conocer lo que es el Parlamento. Los mejores cinco sentidos de un ejemplar humano suelen estrellarse impotentemente en la carencia del raro sentido comun, exigencia eterna de los hombres de Estado.

Digitized by Google

Por lo demás, el sistema oratorio del Sr. Salmeron tiene dos sencillas partes, dos procedimientos inolvidables que metodizan, por decirlo así, y ordenan constantemente el vasto arsenal de los recursos de su inspiracion. Para todo lo que es práctico, aplicable al momento histórico de la actualidad, para todo lo que es política palpitante, lucha personal, choque de pasiones, defensa propia, criterio de partido, usa el Sr. Salmeron LA CONTUMELIA, es decir, la agresion, la injuria, más ó ménos artística, pero punzante, aguda, *traspasante*, como á la idiosincrasia de un gran tribuno conviene. Por eso ayer empezó llamando *ignorante* y desconocedor de las aulas á un ministro, y *guardia negra* á varios señores de la mayoría. Diéronse estos por aludidos hasta el punto de proponer alguno que, en lo sucesivo, se exija á los diputados una certificacion de no haber ido á la universidad sin pasar por la escuela; ¡como si la urbanidad y el génio no tuviesen derecho á escluirse!

Mas para lo fundamental, para todo lo que es teoría, doctrina, exposicion de principios, conviccion, idea, novedad de pensamiento ó de sentimiento, el Sr. Salmeron usa de LA EMBRIOGÉNIA. El suplemento al Diccionario de la Academia francesa define este sustantivo femenino (el Diccionario español no tiene esta ni otras muchas palabras) diciendo que es «la formacion ó desarrollo del embrion.» Damos esta breve esplicacion á nuestros lectores, aunque sin pretensiones, por si alguno de ellos hubiera creido á primera vista que la embriogénia fuese, por ejemplo, alguna nueva pomada ó el título de alguna nueva fabricacion. En Madrid tenemos una litografía que se llama *La Tormentaria* (calle del Arenal).

Ahora bien; no puede negarse al Sr. Salmeron una gran habilidad en la eleccion del principio á que ajusta sus explicaciones. *La embriogénia*, considerada por S. S. en cierto sentido figurado, le sirve admirablemente para darse á entender sin que lo comprendan. El embrion tiene algo del caos, algo de la confusion por derecho propio; y el señor Salmeron, desde el punto de vista de su imprescindible filosofía alemana, al pisar los umbrales de su vida pública, se ha dicho: Puesto que yo mismo empiezo y acabo frecuentemente por no entenderme, y puesto que lo que el público puede esperar de mí es metafísica pura, si yo consigo vaciar por mi boca el caos de mis pensamientos, reflejar en mi palabra lo único que yo tengo de las ideas, qué es el embrion, nadie tiene nada que echarme en cara. La embriogénia, ó sea, por otro

Digitized by Google

nombre, el arte de ser incomprensible, es, pues, y debe ser mi elemento.

Y además, si el Sr. Salmeron y sus correligionarios no tienen derecho á considerarlo todo, absolutamente todo, en perfecto estado caótico y embrionario, ¿quién le tiene? Para la escuela internacionalista nuestra sociedad se va, estamos en plena descomposicion, nada existe definitivamente constituido, todo está, ó muerto, ó corrompido, ó por nacer. Vivimos entre las ruinas del paganismo cristiano, de la propiedad ladrona, de las monarquías absurdas, de las herencias irritantes; los precursores de la segunda buena nueva no pueden hacer otra cosa que señalarnos, en el inmenso cósmos de una nueva creacion social, el Dios corpóreo de Guillermina, el palacio del pobre, la tierra de todos, el proletariado ahito: ¡embriones latentes, pero embriones queridos y santos de una barbarie que aspira, en su humanitarismo democrático, á ser universal!...

Precursor el Sr. Salmeron, y de los más autorizados, de esa humanidad futura, nosotros le vimos ayer con el recogimiento, con la atencion profundísima que lo sobrenatural, lo misterioso, lo que nuestra débil razon conoce ser superior á ella, nos ha inspirado siempre. Por eso cuando el Sr. Salmeron nos hablaba de la *virtud ática* en particular, como si hubiera alguna virtud que no lo fuera, esto es, que no fuera moral; cuando nos hablaba de no sabemos qué *médula de que se alimenta el esqueleto*, como si hubiese algun pobre esqueleto alimentado; cuando nos hablaba de la *política inodora é insípida*, como si el Congreso fuese una sucursal de la fonda de Perona; cuando nos hablaba de los *gigantes con cabeza liliputiense*, como si se mirase al espejo; de las cosas *inaudibles*, como si el diccionario de la lengua no existiese; de los *espíritus que se cogen*, como el del vino y sus consecuencias; del *foro individual*, como si hubiese alguien que pudiese jactarse de tener una plaza en el estómago; de los *principios inefables*; de las *representaciones entitativas*, de *lo inmanente y lo trascendente*, y hasta de *comulgar con el estrecho vínculo de una iglesia cerrada;* cuando estas y otras sublimes frioleras por el estilo oiamos al Sr. Salmeron, léjos de sonreirnos como unos, ó de soporizarnos como otros, ó de crujir como la techumbre, lo que pediamos mentalmente al cielo era que nuestro cerebro no estallase de admiracion, que llegásemos á comprender alguna cosa, la más mínima cosa de aquella inconmensurable embriogénia de osadías filosófico-antigramaticales!

Digitized by Google

Ah, no; jamás aplicaremos el espíritu estrecho de partido al juicio de lo que tiene la pretension de ser nuevo, grande ó bello. ¿Qué importa que no sea comprensible? El Sr. Salmeron empezó por decir, como buen individualista, que el sufragio universal es un poder y no un derecho, y acabó, como buen krausista, ó socialista, por reconocer que todo poder es limitable. Y porque no entendiéramos esta y otras hermosas contradicciones, ¿habiamos de negar el fuego recóndito, el talento que las engendra? Nunca. Si no admirásemos más que lo comprensible, ¡medrados estariamos! Hay, por ejemplo, un gran poeta de nuestra literaria edad de oro, el célebre, el ilustre Góngora, en cuyo cordobés sepulcro hace poco tiempo nos arrodillamos. Pues bien; para espresar nosotros con la posible exactitud nuestro juicio sintético sobre el Sr. Salmeron, debemos llamar á este el Góngora parlamentario.

Lean nuestros suscritores el trozo endecasílabo que de propósito hemos puesto al frente de este articulejo, y por la impresion que, despues de meditarlo, les produzca, saquen la consecuencia del efecto que el discurso del elocuente culterano federal nos produjo ayer. Y no fué, no fué ciertamente á nosotros solos. Tambien hubo grandes políticos, grandes inteligencias que nos imitaron en el silencioso recogimiento, en la fruicion secreta con que escuchamos al orador. El señor Ruiz Zorrilla, sin ir más lejos; recordamos que lo que habia que ver ayer tarde era la cara que ponia el Sr. Ruiz Zorrilla al oir al Sr. Salmeron. Se adivinaba en ella la secreta relacion de las almas y de los cerebros del mismo temple. ¿Será tambien filósofo aleman el Sr. Ruiz Zorrilla? Era lo único que nos faltaba.

Digitized by Google

EL SABADO NEGRO.

(30 de Octubre.)

El Sr. D. Manuel Ruiz no pareció anteayer por el Congreso. Hizo bien; porque aparte la trégua satisfactoria que con este momentáneo eclipse proporcionara á los que no opinan que el verle sea una satisfaccion, si el Sr. Ruiz hubiese asistido á la sesion del sábado, acaso á estas horas su situacion de ánimo seria mucho peor de lo que es; acaso la atonía intestinal de que desgraciadamente padece se hubiera cambiado en esa otra atonía ética, como diria el Sr. Salmeron, que el vulgo llama ictericia, y que consiste en ponerse de acuerdo el corazon, que sufre, y la bilis, que se altera, para hacer del humano espíritu un manantial de tristezas.

Hay una cosa á la cual nosotros tenemos miedo, verdadero miedo; una cosa temida profundamente por nosotros, que, gracias á los derechos individuales, hemos perdido ya el miedo á cosas muy contingentes, nosotros, que nos paseamos ya entre ciertos elementos políticos sin apretar instintivamente el puño del baston; y esa cosa es ver llorar algun dia, alguna vez al Sr. Ruiz. Nosotros hemos visto llorar cien veces á Olózaga, hemos visto llorar á Figuerola, y si dijéramos que esto nos ha conmovido, no seriamos fieles cronistas de nuestro sentimiento. Pero si el jefe del partido radical llega alguna vez á derramar lágrimas en nuestra presencia, lo confesamos, estamos perdidos; la idea del hombre bonachon y sensible sustituiria en nuestra conciencia al juicio que nos merece el estadista, y tendriamos que abandonar á la historia este gustoso encargo con que procuramos seguir por su magestuosa órbita al astro del radicalismo.

Digitized by Google

Es, pues, indudable que el Sr. Ruiz hubiera tal vez vertido el sábado, sobre su escaño del Congreso, el llanto sintético y complejo del patriota y del hombre de partido: del patriota, por ver al Parlamento de su país con aires de juzgado de primera instancia; del hombre de partido, por ver que sus amigos son los que hacen el gasto en estas residencias semanales.

Y ambas cosas pasan, por desgracia. ¿Por qué pasan? El jóven marqués de Sardoal cree que la culpa de estos sábados está en la reaccion, que se ha propuesto disecar moralmente al cimbrismo. Nosotros no lo creemos. Nosotros nos inclinamos á creer que esas cosas pasan los sábados, ya sea porque el sábado es un mal dia, dia de trasgos, ó ya sencillamente porque, siendo como es la actual situacion una especie de trégua tácitamente acordada entre las fuerzas políticas que han de sustituirla, natural es que durante ella, como en un tribunal imparcial, se depuren ante la opinion los méritos y servicios de nuestras eminencias.

Pero seamos justos: como hombre de partido, el jefe del radical no tiene que verter las amargas lágrimas del desengaño ó de la cólera impotente, sino esas otras dulces lágrimas que la Providencia ha puesto tambien al servicio de la íntima y noble satisfaccion, del colectivo decoro satisfecho. Tambien llora el orgullo; y muy grande y con la frente muy alta debe sentirlo el Sr. Ruiz al considerar la compañía con que se ha lanzado por las asperezas del patriotismo á salvar la revolucion y la libertad. ¿Qué han perdido los señores radicales que hasta ahora han tenido casualmente que explicar ciertos actos de su vida pública? Nada, porque dichosamente nada tenian que perder.

No se volvió á tratar el sábado de la compatibilidad del Sr. Pellon, ni habia para qué. Probado en su dia hasta la evidencia que el Sr. Pellon habia hecho oportunamente dimision de su empleo en Africa, está probado que solo por un error oficinesco se le ha venido incluyendo en nómina hasta el mes próximo pasado. El sábado se trató en primer lugar de una cosa que le pasó al Sr. Rojo Arias siendo gobernador de Madrid. Y la cosa es lo más sencillo del mundo. Preséntase una persona viva en nombre de otra muerta, á dar al gobernador 10.000 reales para los pobres. El gobernador expide recibo de la suma. Esto era en junio, en octubre la testamentaría del finado y la diputacion provincial de Madrid preguntan dónde está el di-

Digitized by Google

nero, y el Sr. Rojo Arias les envia 500 duros. ¿Qué hay en esto de particular?

Lo único particular del caso es el desprendimiento del Sr. Rojo Arias, porque hay que advertir que los 10.000 reales últimos son un doble regalo hecho por el Sr. Rojo Arias á la beneficencia. Los primeros, los de la manda, el Sr. Rojo Arias los repartió privada y concienzudamente de tal modo, que, á no ser por ellos, sabe Dios lo que hubiera pasado con el órden público. ¡Bonitos estaban entonces el Saladero y el asilo del Pardo! Solo que, el Sr. Rojo, con la indolencia propia del que descansa en sí mismo, no cuidó de dejar, á su salida del gobierno, los comprobantes de la inversion, y ahora resulta que, siendo y no siendo condicional y discrecional el reparto, segun reza el mismo recibo del ex-gobernador, el Sr. Rojo se ha visto obligado, por un exceso de delicadeza, á dos cosas, á saber: primera, á expiar su hidalguía haciendo de su propio peculio una limosna tan crecida; y segunda, á presentar los recibos del Pardo y del Saladero.. Lo primero está ya hecho, y lo segundo se hará, sin duda, pronto y fácilmente.

No merece, pues, el asunto la pena de que se hable más de él, como no mereció, imparcialmente lo decimos, que se tratará en el Congreso con tal detenimiento. Ni el Sr. Merelles, presentándose armado con la ley de contabilidad y el Código penal, ni el Sr. Romero y Robledo, opinando que la honra no debe tener otras tapaderas que las de cristal, nos parecieron que empleaban bien el tiempo. Es necesario, y lo es cada dia más, que aprendamos á saber lo que, desde el punto de vista de los intereses públicos, merece la pena. Y de esto es buen maestro *El Imparcial,* que no ha dicho una palabra sobre tales fruslerías parlamentarias, ni la dirá.

Terminado este incidente, se levantó otro diputado, el Sr. García Martino, á contar al país, por via de interpelacion al gobierno, sus impresiones de viaje por los montes de Balsain; y naturalmente, salió á relucir el ya célebre expediente de ventas y cortas en aquellos pinares, de que el Sr. Montejo trató hace meses en el Senado. Pero ¿qué resultó? Que hubo otro radical aludido, el Sr. Fernandez de las Cuevas, sócio de la compañía maderera que compró al Estado aquellas segovianas fincas, y se empeñó un nuevo debate. El ministro hizo historia y comentó; dijo que las fincas no debieron venderse, que los

Digitized by Google

linderos estuvieron muy mal hechos, que se han cortado algunos millares de pinos por hachas poco respetuosas, y que este es un asunto que solo puede arreglar la justicia. El Sr. Cuevas, despues de desmentir en ciertos detalles, y con la mayor llaneza, al ministro, leyó un artículo de cierto diario de Segovia, y probó que el negocio era casi ruinoso para los compradores, y nada más.

Ahora bien; no habiendo presenciado el Sr. D. Manuel Ruiz la discusion, no habiendo podido enternecerse presencialmente, sus amigos y contertulios tuvieron necesidad de contarle por la noche lo que habia pasado, y en su consecuencia la aurora del domingo vió repartirse esquelas de llamada y tropa entre las huestes del radicalismo para una reunion que tuvo efecto por la tarde, á la hora de los toros, y cuyos detalles damos á nuestros lectores en otro lugar de este número. El resultado moral de esta reunion no debe hacerse esperar; el país verá en lo sucesivo qué clase de hombres, de virtudes y de rectitudes forman el partido más progresivo dentro de la Constitucion.

Por lo demás, no nos extraña que el jefe del radicalismo se conmoviera ayer tarde en el seno de sus amigos, hasta el punto de hacer eso que nosotros tememos tanto, eso que nosotros no queremos ver; hasta el punto de tener que enjugarse los ojos con el metacarpo. ¿Quién planteó en el seno de la revolucion la cuestion de moralidad? D. Manuel. ¿Quién fundó aquella especie de lazaretos políticos del Escorial y Tablada? D. Manuel. ¿Quién habló desde Cartagena como Tácito, salvo el estilo? D. Manuel. ¿Quién dió con estas genialidades puritanas tantos disgustos al general Prim? D. Manuel. ¿Quién, en fin, motivó las manifestaciones de músicos, soldados y estudiantes en pro y loor del caido *ministerio de la moralidad*? D. Manuel. Suya y solo suya ha sido la iniciativa; suyo, perfectamente suyo, es el lema santo: lo que hoy pasa es su obra; dejemos recoger la cosecha al sembrador, y respetemos la emocion del alma satisfecha.

¡Ah! ¡qué importan los obstáculos más ó ménos deformes ó cenagosos que una empresa tan benemérita puede hallar en su camino! ¿Qué importa al general de génio que da una batalla, el ver caer á su lado algun amigo, algun hermano de armas, ó verles caer á todos? ¿Qué importa que el Parlamento dedique un dia por semana á ver los puntos negros en accion, ni que tengamos desde anteayer un *sábado negro* que recordar como los ingleses recuerdan su célebre viernes del

Digitized by Google

mismo color? Lo que D. Manuel Ruiz quiere salvar es su patria, la monarquía, la dinastía y sus futuros ministerios, y no sus afecciones; lo que D. Manuel Ruiz ha querido fundar, sobre todo desde que el generoso cimbrismo le ha dado la jefatura de la pelea, es un gran partido y no un correccional. Adelante, pues, y á fundarlo, aunque haya que ponerle por cimientos los pedazos del corazon. ¡Ah....!

Digitized by Google

EL TROVADOR.

(11 de Noviembre.)

Sin que esto sea ofenderle: ¿hay entre nuestros lectores alguno que trasnoche? Lo decimos, no porque desconozcamos que el recogerse tarde es un derecho individual de los más sagrados, sino porque pudiera suceder que en algun lector amigo se reuna la doble circunstancia de retirarse de noche á las altas horas y de pasar por la plaza de Oriente; y en este último caso debemos ponerle al corriente de un hecho que, al decir de más de un sereno veráz, se está verificando todas las madrugadas con la fatal fijeza de las cosas que se repiten.

Dícese, en efecto, que en esas últimas horas de la noche, en que es preciso ser polizonte ó enamorado para no concebir la obligacion del sueño, se ve rondar por las cercanías de palacio un humano bulto negro, muy negro, un hombre embozado en luenga capa, que se supone sea de paño de Castilla, y el cual, paseando unas veces desde la acera de las caballerizas hasta los arcos del cuerpo de guardia, otras sentándose en los canapés que dan vista á la puerta del Príncipe, otras recostándose en el pedazo de la verja central que mira hácia el mismo punto, se pasa así los frios momentos de las últimas tinieblas, hasta que los gorriones madrugadores exhalan su primer pitido matinal, y las puertas del régio alcázar se abren con el dia á empleados y dependientes.

Dicho bulto ofrece, segun la relacion de testigos presenciales, además de la imponente singularidad de su aspecto fantástico, la extrañeza de dar unos suspiros profundos que indudablemente nacen de las honduras de un corazon sensible, y sobre todo la novedad de recitar períodos enteros, en verso y prosa, de nuestros más célebres escritores monárquicos. Las palabras *Rey, lealtad, sacrificio, amor, dinastismo,*

Digitized by Google

eternidad, suelen, á despecho de su embozo, herir el fresco ambiente y los oidos del que por acaso le escucha: y no ha faltado observador que haya notado la reciente humedad de la tierra en el sitio que el fantasma ocupara por algun rato. Indudablemente, pues, porque no es creible otra cosa, ese bulto es un bulto que llora.

Pero hay más: una persona, desocupada de oficio, que se propuso hace pocas noches ver por sí misma el desenlace de esa misteriosa ronda, digna de los tiempos en que no habia gas, nos ha dicho que el embozado, al lucir, como de costumbre, la indiscreta aurora, tomó por la calle del Arenal, dirigió én la Puerta del Sol una mirada épica al ministerio de la Gobernacion, siguió por la calle de Alcalá, volvió por la de Peligros, cruzó por la del Clavel, costeó la plaza de Bilbao y se metió por la entreabierta puerta de una casa de la calle de San Marcos. Y nosotros decimos, en vista de todo esto, que ese embozado puede ser muy bien el Sr. Ruiz.

Nada, efectivamente, tiene de estraño que el Sr. Ruiz duerma poco, á pesar de su temperamento antinervioso, ni que hable solo, á pesar del concepto, poco favorable que, segun confesion propia, tiene de su palabra, ni que salga á la calle á horas inverosímiles, á pesar del recuerdo de la de San Roque, ni hasta que tenga larga y confortable capa, á pesar de que anteayer mismo nos dijo en el Congreso, con una elevacion vertiginosa, que tiene la desgracia de no tener tanto que perder como el Sr. Candau. Nada tiene, repetimos, de extraño que el Sr. Ruiz haga esas cosas en el actual momento histórico, puesto que, sea dicho para honor suyo, el Sr. Ruiz está hoy dia de la fecha en el apogeo, digámoslo así, de su monárquismo.

Y seamos francos: las almas superiores no sienten ni deben sentir como sentimos los simples mortales; las afecciones, las pasiones, las preocupaciones, si se quiere, tienen siempre en ellas procedimientos, fórmulas, actos, demostraciones que distan de lo vulgar todo un abismo de formas. En un hombre como el jefe de pelea de los cimbrios, en un corazon de su temple, lo que hay que extrañar es que un principio, un sentimiento especial eche raices; pero una vez echadas, una vez animado y poseido el gigante, ¡atrás la humanidad rutinaria! ¡paso á las originalidades del génio! ¿De qué se trata? ¿De ser buen monárquico? ¿De velar por la dinastía? Nosotros, los pigmeos del monarquismo, nos damos por satisfechos con dejar ese cuidado á las virtu-

Digitized by Google

des de la real familia y al amor del pueblo; pero el Sr. Ruiz, y los que al Sr. Ruiz se parecen, que, en honor de la verdad, son pocos, quieren, deben, pueden y saben hacer, al efecto, no solo lo original, sino hasta lo imposible!

No recordamos qué santo ó qué sábio decia que la noche que se acostaba sin haber consumado una buena accion, se acostaba triste y daba el dia por perdido; lo que sí puede asegurarse es que ese santo ó ese sábio no era radical, porque todavía el radicalismo no tiene martirologio. Pues bien; al Sr. Ruiz puede muy bien pasarle con su monarquismo lo que al filántropo. La noche ó el dia en que el Sr. Ruiz se acuesta sin haber visto por sus propios ojos que el régio hogar está bien cerrado y tranquilo, que el general Gándara, su amigo particular, ha establecido bien el servicio, que Madrid duerme el sueño de los pueblos contentos con su rey, que la naturaleza entera se asocia á esta tranquilidad monárquica; la noche que vea acostarse al Sr. Ruiz sin haber recitado, por via de plegaria, un trozo selecto de algun inspirado amante del trono, esa noche (¡no queremos pensarlo!) pudiera muy bien ser la última del Sr. Ruiz sobre la tierra. La vida del sentimiento tiene sus leyes inexorables para los grandes espíritus.

Y además, téngase presente, para comprender y justificar esos tiernos extremos del monarquismo del Sr. Ruiz, no solamente que dicho señor ha sido presidente del Consejo de ministros, por más que á él le parezca todavía un sueño; no solamente que la monarquía es el primero y más lógico de los fundamentos para la ambicion de un monárquico, sino lo que el Sr. Ruiz ha conseguido á estas horas de las regiones en que la monarquía vive y se agita. Al Sr. Ruiz le han dicho sus enemigos que es un monárquico efímero, condicional, de pega, dudoso, apócrifo, frágil y versátil. Al Sr. Ruiz se le ha dicho—¡qué no se dice en este país á las gentes!—que en el seno de su partido se oculta el filibusterismo como la víbora entre flores. Pero el Sr. Ruiz dijo anteayer á la faz de la patria que sus enemigos perderán el tiempo lastimosamente si siguen diciendo eso, por la razon sencilla de que todo eso no hace ya efecto en ciertas regiones. ¿Puede decirse más en lo humano?

¡Ah! no; cuando el Sr. Ruiz lo ha dicho, sus motivos tendrá, sus precauciones habrá tomado, sus noticias fidedignas habrá recibido. Ya no se duda de su monarquismo, ni de su españolismo en ciertas regio-

Digitized by Google

nes; ya se ha hecho en ellas justicia á su amistad transitoria con los republicanos, á sus tendencias compasivas para con el derecho al trabajo y á sus ligamentos con los reformistas *a outrance* de las Antillas. Gracias á Dios, el grande hombre respira, la losa de plomo que gravitaba sobre su corazon cede el puesto á la esperanza. Vivimos en el mejor de los siglos, de los países y de los años. Una monarquía que cree en el monarquismo del Sr. Ruiz; ¿concíbese cosa más grande?

¿Qué extraño, pues, que el Sr. Ruiz dedique todos los instantes de su vida á cumplir los deberes de su gratitud monárquica? ¡Arboles de la plaza de Oriente, que empezais á deshojaros; pájaros que en ellos anidais aun, guardas y vigilantes del órden público que cabe ellos discurrís nocturnamente; caballo de bronce de Felipe V, acojed con la benignidad del respeto al trovador radical que os recita por la madrugada las endechas de su régia fé: una gran pasion habla por su boca, y hasta que el Sr. Sagasta forme ministerio no puede asegurarse que esa gran pasion se mitigue!..

Digitized by Google

EL TRIUNFO DE LA ESTATURA.

(14 de Noviembre.)

Bien nos lo daba el corazon: el jóven Sr. Ruiz no se quedó anteayer en la cama impunemente. Parece mentira lo que ayuda la posicion horizontal á ciertos cerebros de actividad difícil; el mirar al techo es poco ménos que mirar al cielo, y del cielo bajan las grandes ideas. Cuando el domingo á prima noche, despues de los novillos, la flor del radicalismo fué á visitar á su jefe, ya éste habia resuelto bajo su colcha tres cosas: primera, poner de nuevo é inmediatamente á su querida monarquía, que no puede disolver las Córtes hasta despues del dia 16, en el conflicto de no tener gobierno para este Congreso; segunda, dar ayer mismo, lunes, al ministerio Malcampo, la mortal batalla que, con ayuda de los republicanos y carlistas, pero como buen dinástico, despues de todo, le preparaba desde el primer dia; y tercera, que hablase al país, en su nombre, el Sr. Moncasi.

Dícese que las dos primeras partes del meditado plan fueron naturalmente acogidas por un ¡hurra! que atronó la alcoba. La única que motivó alguna observacion tímida, fué la tercera, la eleccion concreta y personal del ex-subsecretario del Sr. Ulloa, para empezar el combate. Y á este respecto, asegúrase que el Sr. Ruiz se expresó, poco más ó ménos, diciendo: «Caballeros, lo he pensado mucho. Moncasi es lo más grande de la democracia. A Vds. les falta la fé del tamaño; á mí no. Yo he leido la historia. Eso de que los hombres no se miden por varas es un triste consuelo de los que crecen poco. Caballo grande, ande ó no ande. Si no hubiera sido por su tamaño, ni Goliat, ni Sanson, ni San Cristóbal, ni acaso Mendizábal, hubiesen llegado

Digitized by Google

hasta nosotros. Yo he conocido, siendo niño, á un gigante vizcaino que me hizo grande efecto; desde entonces creo en la teoría del tambor mayor. Si Fernandez de las Cuevas fuese más alto, no se le subiria nadie á las barbas en lo de Balsain. Lo dicho, pues; á Moncasi me atengo.»

Y dicho y hecho. En la sesion de ayer, aun antes de que el carlista, unionista antiguo, Sr. Puga, acabase de apoyar su proposicion de censura al señor ministro de Hacienda, ya el Sr. Moncasi brillaba en su asiento con la doble magestad de su magnitud y de la grave mision que su partido le encomendaba. Llegó el momento. Un señor secretario leyó la proposicion batallona. El Congreso pasó con fácil benevolencia las treinta faltas gramaticales que contenian las veinte palabras de su texto, y en el mismo sitio en que suele alzarse el jefe de pelea, se alzó el Sr. Moncasi como diciendo: «Yo soy un Ruiz con patillas.» Dicho se está, por lo demás, que todos ó casi todos sus correligionarios le rodeaban trémulos de entusiasmo, radiantes de gozo, como si olfatearan la victoria tras del grande hombre. Unicamente los señores Martos y Rivero, aquel con un gesto de concentrada escama, y éste con cierta palidez sorprendente en su fisonomía persistentemente sanguínea, parecian presentir el fiasco. Los que se hallaban ausentes corrian por Madrid anunciando para anoche mismo la caida del gabinete. Cada cuál, pues, estaba en su puesto.

«Señores, vino á decir el Sr. Moncasi: los firmantes de la proposicion que me permito apoyar, cumplimos un triste deber, penoso y sagrado por iguales partes, al resolvernos á decir á este gobierno cuántas son cinco. Creed, pues, ante todo, señores, creed préviamente, creed por via de exordio, que, á pesar de ser hombres de gran desinterés é independencia, la mayor parte de los firmantes, empleados ayer, hubiéramos querido serlo hoy, para tener una razon lógica con que rechazar el doloroso encargo. La suerte, empero, lo ha dispuesto de otro modo, y ¿qué hacer? No tengo más remedio que probaros que este ministerio no representa á ninguno de los partidos militantes. ¡Oidme!! (Sensacion, pausa; el Sr. Moncasi peina con sus dedos sus patillas inglesas, y continúa.)

Señores: que el actual ministerio no representa al partido republicano, ni al tradicionalista, no soy yo quien os lo dice: os lo dice la filosofía en primer término, y esto basta. Que el actual ministerio no es

Digitized by Google

moderado histórico, lo dicen las biografías de sus individuos. Que el actual ministerio no representa á la union liberal, lo digo yo; á pesar de lo que algunos amigos mios me calientan la cabeza para esplicarme el apoyo platónico que la union liberal está dando al gabinete. Y, por último, que el actual ministerio no representa al partido progresista, lo dicen estos escaños. Porque, señores, ¿dónde estamos, es decir, dónde están los cimbrios? Los cimbrios están ó estamos en la oposicion, aquí, en estos bancos, á mi lado. Ahora bien; puesto que ese ministerio que me escucha, á pesar de los ciento cincuenta diputados que le acompañan, no tiene á nadie detrás, menester es que ese ministerio anónimo se vaya: y á esto tiende mi proposicion. No puedo más. He dicho.» (El Sr. Moncasi se sienta: grandes rumores de felicidad radical. El señor Ruiz guiña el ojo como diciendo: ¿no lo decia yo? El Sr. Rivero y el Sr. Martos siguen pálidos.)

Hay que advertir que el Sr. Moncasi pronunció su discurso muy enfadado, sumamente enfadado, tal vez porque en efecto lo estuviera, al verse á aquella altura, ó tal vez porque á su experiencia no se oculta que el mal humor tiene su elocuencia, que los gritos sistemáticos son un recurso de arte como otro cualquiera. El ministro de la Gobernacion, Sr. Candau, lo tomó, sin embargo, por otro estilo, y con el aplomo benévolo, y con la cortesanía amigable, y con la tranquila modestia con que pudiera haber contestado á los gigantones del *Molinero de Subiza*, dió las gracias al Sr. Moncasi y sus compañeros por la apoteosis indirecta que habian hecho del gabinete, no reconociéndole otra maldad que su falta de cimbrismo; excusó al ministerio de haber aceptado, en principio, el programa del anterior, fundándose en que aquel prometia salvar el órden público y nivelar el presupuesto, cosas ambas por las cuales este gabinete ha hecho, de verdad, lo que ha podido; y llamó la atencion del Sr. Moncasi sobre la diferencia que puede haber entre los *fuertes* que engañan á su país, y los *débiles* que le dan lo que le ofrecen.

Despues hizo el Sr. Candau un llamamiento al monarquismo de la democracia, escitándola á reconocer como gobierno legal, de hecho y de derecho, á un ministerio nombrado por el rey; trató, desde el punto de vista de la comparacion, la cuestion de alianzas, y declaró que entre la de los republicanos y carlistas, amigos del radicalismo, y la de elementos y fracciones constitucionales y monárquicas, este minis-

Digitized by Google

terio tenia la desgracia de optar por las últimas; se mostró dispuesto á que en este debate se trate de todo, de hombres y de cosas; recomendó al Sr. Moncasi, para cuando sea ministro, el sistema dinástico de este gabinete, que ha procurado traer todos los elementos que ha podido alrededor del trono revolucionario; y, por último, concluyó pidiendo á la Cámara, á toda la Cámara, que tomase en consideracion la proposicion de los cesantes.

Y aquí fué Troya. Cien rayos que hubiesen caido á las anchas plantas del mejor mozo de los oradores; cien truenos que hubiesen súbitamente estallado en sus oidos; cien dimisiones de cien subsecretarías admitidas, no hubieran hecho al Sr. Moncasi y á la mayoría de sus correligionarios el horrible efecto que el ruego del Sr. Candau á la Cámara, atendido desde luego por ella, les hizo. Una confusion infernal de gritos, de quejas, de aullidos, de imprecaciones, de exclamaciones iracundas é inconcebibles, envolvió de pronto á los radicales. El Sr. Moncasi gritaba que era absurdo lo que el ministro queria; que la proposicion no debia ser tomada en consideracion sino por la coalicion federal-carlista-democrática, que el ministerio debia ser derrotado en seguida, que el país y ellos lo esperaban y lo pedian con mucha necesidad. Uno decia: ¡traicion! Otro: ¡Pues estaria eso bueno! Otro: ¡Que llamen á Carmona! La campanilla del presidente se agitaba en vano; los espectadores reian, á pesar de los porteros; la cabellera del Sr. Moncasi se agitaba al viento, como si jamás la hubiese visitado el peine. Fué un momento de verdadero caos.

Por fortuna, los jefes del radicalismo se hicieron cargo del inmenso ridículo esencial que el caso entrañaba, y el Sr. Ruiz, conociendo, aunque tarde, lo infundado de su confianza en el desarrollo físico, y el Sr. Rivero conteniendo á duras penas su baston entre sus manos, y el Sr. Martos dando los más agudos y elocuentes gritos que jamás le hemos oido, hicieron comprender al Sr. Moncasi y á sus jaleadores que, políticamente considerados, eran unos infelices; que el acusado, el gobierno, estaba en su derecho al querer ser oido, en amplísimo debate, por la nacion; que esto era irremediable, y que lo mismo dan tres dias más que tres dias ménos. Y el conflicto se conjuró, aplacóse el tumulto, tomóse en consideracion la proposicion por unanimidad, y el Sr. Navarro, nuestro amigo, empezó á apoyar otra de «no há lugar á deliberar,» con un discurso que hoy deberá concluir, y del cual

Digitized by Google

nos ocuparemos mañana, dando lugar mientras tanto á que lo lea el general Córdova.

Desparramáronse por pasillos y salones los cariacontecidos radicales. y dícese que al encontrarse en la semioscuridad de uno de ellos el Sr. Martos y el Sr. Ruiz, aquel dijo á este con la sorna artística de que sabe hacer uso: «buen porta-estandarte ha elegido Vd. Tanto valia haber colgado de un palo nuestro pendon.» Y dicen que D. Manuel le contestó: «lo confieso; la estatura, y no lo tome Vd. á mala parte, es para mí una seduccion. El mozo no ha estado, sin embargo, á toda su altura, pero habia que ir á Roma por todas, y á mí me parecia que debiamos presentarnos ante la opinion con la fuerza y la bondad dignamente representadas y encarnadas. Por lo demás, no se ha perdido todo, puesto que las tribunas deben haber oido perfectamente á nuestro amigo. Si yo hubiera sido él, cojo de una de ellas á un periodista y se lo tiro á Malcampo. Ahora lo que es menester es que no resulten del ámplio debate muchos puntos negros. Lo demás, déjemelo Vd. á mí, yo lo arreglaré con Córdova.»

Digitized by Google

EL PRIOR.

(28 de Noviembre.)

«El hombre público debe arreglarse á la situacion en que se encuentra.»
Profundidad parlamentaria del Sr. Ruiz.—Ultimo discurso.

Nosotros conocemos un radical que no está enteramente triste. Es todo lo buen sugeto que cabe dentro de la especie, y aunque no se le puede llamar, con gran propiedad, filósofo, cree, sin embargo, en la eterna ley de las compensaciones. Segun él, nadie tiene derecho á quejarse del invierno, sabiendo que ha de venir el verano á desvirtuarlo; las espinas de las flores no son más que el realce de su aroma, y la union liberal está bastantemente compensada por sus instintos conservadores, que la han de hacer odiosa mientras subsista una tertulia en la tierra.

En ningun sér humano de los que nuestra vital carrera nos ha hecho hasta ahora conocer, hemos hallado tan arraigada y cumplida la popular sentencia de que el que no se consuela es porque no quiere. Cuando se ha discutido en el Congreso algun punto negro, le hemos visto resignarse al pestífero debate con la esperanza de que fuera el último. Le hemos visto poner cara apacible, si no satisfecha, hasta cuando ha hablado Soriano Plasent. Le hemos visto, en suma, aplicar siempre á las contrariedades del radicalismo esa conformidad moral con que ciertos séres privilegiados, desde el cuadrúpedo de labor al

Digitized by Google

misionero evangélico, llevan ligeramente la carga de la existencia y desmienten heróicamente la teoría universal del sufrimiento.

Ayer, sin ir más lejos, quisimos nosotros felicitarle por la entereza de ánimo con que está soportando el nuevo aplazamiento que, por lo visto, han fijado las circunstancias á un nuevo ministerio-Córdova. Cierto político malèvolo, de esos que hurgan sin piedad las llagas del corazon, le estaba hablando de no sabemos qué orangutan encontrado por todo un partido en una madrugada reciente; y nuestro hombre, despues de oir con la sonrisa en los lábios las sangrientas puyas del chusco de oficio, y no bien se hubo éste alejado, nos hizo las siguientes reflexiones que para honor suyo y de su parcialidad no vacilamos en consignar imparcialmente.

«La vida, nos dijo, es un rosario de miserias, cuya última cuenta nadie puede jactarse de haber pasado nunca entre sus dedos. Job, en el muladar, parece ser la expresion extrema de las desgracias; pero ¿y las moscas que le oian quejarse? ¿Quién puede señalar la última esfera de la desventura? Cuando en mis horas de desfallecimiento, y á solas con mi conciencia, me he confesado á mí propio que para ser hombre político no me basta el ligero barniz de primeras letras de mi infancia, único pulimento de mi naturaleza inteligente, y he llegado á sospechar que no seré ministro; cuando esto me ha pasado, no he tenido más que fijarme en algun correligionario de los que últimamente han ganado su tratamiento de excelencia, para sentir en mi corazon el calor dulce y vivificante de la esperanza.»

«No niego, añadió, que mi partido haya dado un traspié de esos cuya inexorable consecuencia suele ser el romperse la crisma. Pero, por ventura, ¿debemos por eso, los radicales, creerlo todo perdido? ¡Valiente barbaridad seria el imaginarlo siquiera! Aparte de que el batallon de Cantabria que fué á Africa no se ha de estar siempre allí; aparte de que en las próximas elecciones pueden ser elegidos muchos republicanos amigos nuestros; aparte de que el mejor dia puede un coche de la casa real ser detenido en la calle por una voz patriótica que indique al monarca el ministerio que á nuestra felicidad y á la suya conviene; aparte, en fin, de los mil medios que la libertad bendita nos ofrece aún para ganar el poder en un abrir y cerrar de ojos, todavía mi partido puede hacer grandísimas cosas, para seguir mereciendo la admiracion del mundo. Y yo mismo, en la noche del viernes, me per-

Digitized by Google

mití aconsejar á D. Manuel una cosa que no tengo inconveniente en contar á Vd., y es como sigue:

Serian las tres de la madrugada, poco más ó ménos. Ya habia yo hecho en mi escaño la digestion de la comida que á unos cuantos radicales nos habian pagado los carlistas, compuesta de sopa, tres platos y vino á destajo. El antipático Malcampo no parecia por el banco azul. Los primeros rumores de *suspension* se difundian por la atmósfera como un veneno fluido, y á pesar de su inverosimilitud, me empezó á entrar una escama horrible y á dominarme el más negro presentimiento. Entonces me fuí á buscar á D. Manuel á secretaría. Estaba solo, sentado ante una chimenea que chisporroteaba á sus piés con una combustion difícil; consumíanse las velas en los candelabros; los restos de un servicio de thé con rom se exhibian fantásticamente sobre la mesa. Yo me acerqué al jefe y le dije: D. Manuel, tengo una idea.— Lo dudo, me contestó; pero, en fin, dígala Vd.»

«Don Manuel, proseguí, si esto se lo lleva la trampa, como algunos creen, ¿no podriamos nosotros imitar colectivamente á Cárlos V? Me explicaré. Vótese ó no se vote en definitiva la proposicion carlista, es indudable que en un plazo no lejano, y gracias á nuestra campaña, han de resucitar los conventos españoles. Pues bien: ¿no podriamos nosotros fundar uno y buscar en sus tranquilos muros refugio á nuestra debilitada grandeza? D. Manuel, no es todo en la vida el ser ministro, el repartir credenciales y fusiles. La paz del alma vale tambien la pena de ser buscada. Usted lo ha sido ya todo en este país; emigrado, amigo de Prim, enemigo de la guardia negra, ministro, presidente del Congreso, idem del Consejo y orador á su manera. ¿Perderia algo la justa fama de Vd. siendo el fundador de la casa de unos recoletos políticos que tanto darán que hablar á la historia?»

«Don Manuel, todavía podemos encontrar un cuartel ó una posada anchurosa en que establecernos; no importa el sitio en que sea; si es árido, si no hay en él un triste pino siquiera, tanto mejor; así no tendrá Cuevas ocasion de lamentarse. Respecto al nombre de la órden que debe ser la nuestra, yo acabo de oir á un unionista, que Dios confunda, darnos un símbolo, al hablarnos de la huella de Nocedal que llevamos en la frente. Fundemos, pues, la órden de la HUELLA, y sea nuestra insignia un tacon colgado con un hilo al cuello, en eterno loor y recuerdo de la eterna huella que dejaremos en la política española.

Digitized by Google

Tenemos, por lo demás, personal abundantísimo para los diversos cargos de la comunidad. El refectorio puede ser dirigido por Rivero, la parte económica por Figuerola, Martos escribirá los sermones, su primo de Vd., con el sable bajo el hábito, guardará la puerta; Moret puede ser el lego simpático que salga por las aldeas á pedir á las devotas; Rojo Arias el que nos explique el catecismo; *etcétera, etcétera.*»

«Allí, D. Manuel, podremos hacer libremente lo que tanto se nos censura en el Parlamento: hablar poco y mal. Todos los dias, antes y despues de la comida, se leerá un trozo del programa de octubre, y usted lo comentará á sus anchas para que no se nos olvide. ¿Quién sabe si, con aplicacion, llegaremos á tener ortografía? Dicho se está, por supuesto, que allí no habrá más prior que Vd.; Vd. solo, Vd. el gran carácter, que dijo Gasset cuando trató la cuestion de Hacienda. Don Manuel: Vd. lo ha dicho: el hombre político debe arreglarse á la situacion en que se encuentra. La situacion nuestra nos condena hoy á la vida contemplativa; pero, ¿qué ganaremos con hacerla en Madrid? Para contemplar á Sagasta salvando los meses hecho un prohombre, más vale pegarse un tiro. Nada, ¡vámonos á la contemplacion de la naturaleza; busquemos los paseos sin silbidos, las noches sin trabucazos y las madrugadas sin decretos. Fundemos nuestro convento, don Manuel!»

«El jefe me oyó inmóvil y silencioso, y aunque por toda respuesta me suplicó que me retirase, yo tengo la conviccion de que mi idea ha de fructificar en su ánimo. Si le mortifica el no haberla tenido el primero, puesto que mil veces ha declarado que no le gusta ir á la zaga, él sabe que soy capaz de atribuirle la invencion. Véase, pues, cómo el radicalismo tiene todavía algo y aun algos que hacer en España, con alta honra suya; ¿qué importa que se crea ó se diga otra cosa? Tambien se dijo que Pellon era incompatible. ¡Ah! si mi proyecto cuajara, yo amaria la humanidad con su parte reaccionaria y todo. Y el dia en que D. Manuel, con su hermosa voz de bajo, cantara los primeros maitines, y diese un adios postrero á la vida pública, yo moriria contento, tan contento como mi patria pudiera estarlo...!»

Digitized by Google

CUESTION DE NECESIDAD.

(25 de Noviembre.)

Cada uno tiene sus necesidades en este mundo. La Tertulia no celebra una triste junta sin creer necesario manifestar su amor á las instituciones, ó, lo que es lo mismo, sin decirles: aquí estoy. Sabido es que el Sr. Rivero, desde que fué gobernador de Valladolid, hasta que recabó de las Constituyentes el bill de indemnidad para las operaciones de su ayuntamiento, se pasó la vida explicando á la paciencia de España y de Europa lo que son las razas, sin duda porque presentia el advenimiento de la nueva raza cimbria que, puede decirse, ha criado á sus pechos. En fin, ¿qué más? el Sr. Güell y Renté se ha creido en la necesidad de publicar *odas,* á 60 rs. tomo, ó, lo que es lo mismo, renunciando préviamente á toda suscricion espontánea. Y es eso; es que la necesidad, que, segun la vulgar traduccion libre, tiene cara de hereje, nada ni á nadie perdona: *æquo pulsat pede,* que dijo el latino, de la muerte.

La muerte misma, no ya bajo su aspecto físico, sino desde el punto de vista de ciertos sufrimientos político-personales, suele ser una necesidad consoladora. El Sr. Ruiz cree necesario morirse, en sus accidentales cesantías, con una frecuencia que pasma. A lo mejor se mete en cama con este deliberado objeto, esperando de buena fé anochecer y no amanecer en la obediencia de un gobierno que no es el suyo. Y sabe Dios las noticias de la plaza de Oriente que habrá sido necesario inventar á la imaginacion piadosa de los que le quieren ó le necesitan, para que, por fortuna, la triste nostalgia del poder no nos haya á estas horas arrebatado á un monárquico de quien tanto esperan los republicanos.

La filosofía liberal explica tambien por la necesidad la teoría del nacimiento de los partidos. Parece ya fuera de duda que las parciali-

Digitized by Google

dades activas de la opinion responden á graves necesidades del mundo social; y aunque el radicalismo todavía no ha explicado satisfactoriamente su aparicion en nuestra escena pública, ni está probada la necesidad que el país tiene de soportarlo, dia vendrá, sin duda, en que sepan nuestros descendientes por qué fué necesario que el Sr. Becerra amparase en sus brazos á la monarquía, y por qué el Sr. Moret dejó de explicar la Hacienda de la libertad, en el Ateneo, donde á nadie hacia daño.

La necesidad, pues, es un misterio de la vida universal, y de los más profundos: es un fenómeno multiforme, insaciable; una ley constante de los tres reinos de la naturaleza, que sirve de vínculo unitario á todas las manifestaciones de la existencia. Desde el rio, que tiene necesidad de desbordarse alguna vez, hasta la democracia, que de cuando en cuando necesita reunirse en *Price;* desde la hoja, que necesita caer para que el árbol pueda echar otras, hasta el Sr. Echegaray, que necesita enseñar la cortesía á ciertas instituciones, para olvidar sus fiascos parlamentarios; desde el Carnaval, en fin, que necesita absolutamente de la máscara, hasta el jefe de pelea de un partido popular, que se doblega á veces ante la necesidad de defender su aborrecida milicia, todo es necesario en la tierra, todo: hasta Ferrer del Rio.

Ahora bien: negar que el radicalismo, para constituir la falange de empleados y hombres de pró que ha ido poco á poco formando desde 1868, ha tenido necesidad de la monarquía, seria negar lo evidente. Con la mano en el corazon y el pensamiento en el presupuesto, conocieron esos señores que, tratándose de un país monárquico, de una revolucion monárquica y de unos destinos monárquicos, lo más derecho era aceptar lisa y llanamente la monarquía. Y cumplieron, en efecto, como buenos, esta necesidad de un momento histórico dado, sin más que formular juiciosamente esta regla de tres: el monarquismo es á nuestra ambicion como nuestra necesidad es á X. Y multiplicando los medios y partiendo por el extremo, resultó la X convertida en nómina.

Pero ¿era eso decir que el monarquismo de los neófitos de la monarquía hubiese de afectar siempre una forma idéntica, constante, inalterable? De ninguna manera. Mientras duró la conciliacion revolucionaria, y se tocaron directa y palpablemente los frutos del monarquismo platónico, se pudo y se debió ser monárquicos con sujecion extricta á la Constitucion de 1869; y mientras la aventura veraniega del

Digitized by Google

Sr. Ruiz fué un hecho, se pudo y se debió ser monárquicos por el único procedimiento del dinastismo. Pero hoy las cosas han cambiado; las necesidades del momento histórico presente son otras, y el radicalismo quiere una monarquía á su manera, y se apresura á explicar el único género de monarquía que le gusta.

Es muy sencillo: el radicalismo tolera una monarquía sin clases conservadoras que la apoyen, sin raices en el sentimiento de ciertos intereses sociales importantísimos; el radicalismo permite á la monarquía que viva sin córte, que no ejerza su bienhechora atraccion en las esferas que le son propias; el radicalismo acepta una monarquía por cuya prosperidad no pida á Dios diariamente la hambrienta Iglesia española; el radicalismo consiente á la monarquía el aislamiento, la irreconciliacion con todos sus enemigos, la inercia, el abandono, la asfixia en la soledad y en la imprevision. Lo único que el radicalismo no consiente á la monarquía es que nombre y sostenga ministros que no sean probadamente radicales.

Y es natural: los magnates del antiguo Aragon tenian necesidad de que los reyes fuesen como Dios manda, *é si non, non*. Los magnates de una democracia de tres años tienen necesidad de monopolizar una monarquía, ó, lo que es lo mismo, un ministerio. De otra suerte, ¿para qué se va á Italia? ¿Le cabia á nadie en la cabeza, despues del glorioso setiembre, que hombres que no habian hecho el sacrificio de su republicanismo viniesen algun dia con sus manos lavadas á ser ministros por obra y grácia de la prerogativa régia? Los partidos pueden existir, pueden combatirse en el Parlamento, en la prensa, y si es preciso, en las calles; pero ¿qué necesidad hay de que alternen en el poder, una vez que los radicales pueden ejercerlo?

Y sobre todo, ¿no carece de ley la necesidad? Pues la necesidad del radicalismo es morir de ahito sobre las cumbres de su dominacion. ¿Qué resultará, qué se conseguirá con contrariar esta necesidad suprema, inmensa, absorbente y urgente del radicalismo? ¡Guay del que la desatienda, siquiera lo haga en nombre de un liberalismo y de un patriotismo mal entendidos! El Sr. Damato lo decia hace pocas tardes en el Congreso: cuando se tiene el alma republicana, todos los demás amores pueden ser accidentales. Aquí lo necesario es que los radicales estén contentos. Lo demás no afecta al fondo.

Digitized by Google

MEMORIAL COLECTIVO.

(27 de Noviembre.)

¡Qué felices eran los antiguos, los paganos, los que dispusieron á su placer de aquella mitología bondadosa, que tenia un dios para cada piedra, para cada árbol, para cada suceso, para cada liberal! Si nosotros pudiéramos creer que hay una divinidad protectora de las reuniones públicas, ¡cómo la invocariamos hoy para narrar á su amparo el *meeting* radical de ayer! Ahora comprendemos la habitual tristeza del Sr. Echegaray, que se encuentra sin un dios para un remedio en sus complicaciones vitales. Nuestra cosmogonía oscurantista, con su solo Dios verdadero, ¡nos parece tan insuficiente en estos instantes! Y, sin embargo, no necesitamos ni pedimos gran cosa al empezar este articulejo; un poco de órden en nuestras ideas, aunque sea tan poco como el órden público de las serenatas de octubre; alguna inspiracion en nuestra mente, aunque sea tan exígua y timida como la que dirige la palabra parlamentaria de D. Vicente Rodriguez. ¿Es esto pedir mucho? Pues solo eso pedimos al cielo para trasmitir á nuestros lectores algunas de las consideraciones que la reunion de ayer nos sugiere.

¡Oh calumnia! ¡Oh reptil venenoso, siempre dispuesto á morder en las grandes reputaciones! ¡qué golpe tan mortal has llevado en un solo domingo! De hoy más, que no vuelva á decirse que el Sr. Ruiz tiene los desfallecimientos insanos del suicida, que no ama la existencia en primer término, que hay horas en que se convence de que no sirve para gran cosa sobre la haz de la tierra. Mientras la prensa malévola preparaba ó discutia esa proposicion, el jefe de pelea ideaba y preparaba la reunion más grande que han celebrado y conocido los radicalismos de todos tiempos. Y doce mil radicales, segun el parte

Digitized by Google

dirigido por ellos mismos al duque de la Victoria, ó cinco mil, segun *La Epoca*, vieron ayer tarde al supuesto moribundo, más vivo, más pujante, más pletórico y con mejor talante, si cabe, que cuando empuñaba el timon del esquife ministerial.

Así es el mundo, así es la opinion, así es la falibilidad humana, tan ocasionada á equivocarse sobre los partidos y sobre los hombres. Sea enhorabuena, por esta vez, aunque nosotros no hemos sido de los engañados ni de los sorprendidos. Desde que leimos la primer convocatoria en *El Imparcial*, á nosotros no nos cupo duda: los radicales iban á reunirse. ¿Para qué, por qué, sobre qué? nos decian algunos; esa será un conato más de la pretenciosa vitalidad radical; tambien se citó con igual objeto antes de la votacion del dia 17, y luego salimos con que los radicales tenian, como Edipo, miedo á su propia lengua, y no se reunieron; puede que ahora suceda lo mismo, si siguen conociéndose á sí mismos lo bastante para no permitirse ciertas zalagardas. Pero nosotros, fijos los ojos en la primera columna de la primera plana de *El Imparcial*, repetiamos y contestábamos con una fé profunda: van á reunirse, se reunen, infalible, inevitablemente.

Y, en efecto, ayer á las dos de la tarde ya no era posible dudarlo; ya no habia palco, grada, silla, hueco, rendija en el circo de madera, que no sostuviese á un radical. Crujian las tablas, oscilaba el techo, saltaban en astillas los comprimidos asientos, y el generoso mister Price, con su eterno chaleco blanco, temia por la resistencia de su palacio saltimbanquista, y á pesar de su reconocida esplendidez, se lamentaba con un amigo, que nos lo ha contado, de que el Sr. Ruiz hubiese puesto los ojos en su establecimiento. Ese hombre debe ser *getattore*, decia. No hay tal cosa, le respondió para calmarlo su interpelante. Lo que hay es que el radicalismo tiene ciertas tendencias agrícolas en el fondo. A un partido que se reune habitualmente en la calle de Carretas, pertenece de derecho reunirse extraordinariamente en un circo de caballos. Son hombres sencillos en el fondo, amantes todos ellos de la industria madre, apegados siempre á todo lo que con la naturaleza espontánea se relaciona. Pero ni por esas: mister Price siguió alarmado mientras duró el *meeting*.

Respecto á los detalles de colocacion y de perspectiva, ¿qué podremos añadir nosotros á las imparciales relaciones escritas que circulan ya por la Península? Diremos solo que la colcha con los colores nacio-

Digitized by Google

nales que cubria la mesa presidencial era, aunque alquilada, bellísima: que hubo, desparramadas en palcos y sillas, hasta siete ú ocho señoras, ó cosa así; que tambien resaltaban entre la concurrencia algunos uniformes (pero que esto no lo sepa el Sr. Bassols), y sobre todo, que el tablado, dispuesto con decoracion de jardin, con su alfombra, y no de yerba, ofrecia un golpe de vista soberbio. Allí estaba lo más notable en armas, letras, ciencias, palabra y fortuna del radicalismo. Allí brillaban la limpia, inteligente faz del Sr. Martos, el acalorado rostro de su eterno émulo el Sr. Rivero, la fisonomía hebráico-rentística del Sr. Ruiz Gomez, el semblante tropical del Sr. Baldorioty. Allí acudieron en alas de sus convicciones democráticas los progresistas Sres. Gasset y Artime, Córdova, Fernandez, Alaminos, Primo de Rivera, Escosura. Allí se veia juntos, como lo han estado en las últimas discusiones del Congreso, á los Sres. Rojo Arias, Cuevas y Pellon. Allí Madrazo, allí Damato, allí Merelo, allí Alcalá Zamora, menor, allí el patriarcal Telinge, allí todo el mundo.

Y entre todo el mundo, el jefe, el Sr. Ruiz, radiante de una satisfaccion tal y tan íntima, que era contagiosa. Dícese que cuando entró en el escenario por la escondida puerta de los comedores hípicos, la fria palidez habitual de su impasible rostro de hombre de Estado se habia cambiado en el carmin más subido, y que hasta su talle, generalmente doblado al peso de sus cargadas fuertes espaldas, se erguia derecho y altivo como la palma. Sus guantes ardian materialmente al calor de su precipitada circulacion sanguínea, brotaban chispas visibles de sus ojos, y á los que le saludaban, y á los que le sonreian, y hasta á las bambalinas que le cercaban parecia decirles con el mudo, expresivo lenguaje de su actitud: ¡feliz! ¡soy muy feliz! soy lo que se llama verdaderamente un hombre feliz: que lleven mi camisa al rey de *Las mil y una noches*, que buscaba ese tipo humano, inverosímil. ¿No ven Vds. qué feliz soy?...

Respecto á los incidentes y discursos, ya que no podemos disponer hoy de un libro en blanco para mencionarlos, diremos algo de lo más notable. Cuando el Sr. Llano y Pérsi, con su gravedad problemática, ofreció la presidencia á D. Manuel, el viva atronador del público dícese que hizo pasar por la frente del Sr. Rivero como la sombra de un pensamiento, y que se preguntó *in pectore*: ¿creerán las gentes, en realidad, lo de la jefatura? Cuando un Sr. Losada, que no creemos sea

Digitized by Google

el heredero del relojero de Lóndres, pidió la palabra, el Sr. Ruiz se apresuró á negársela, diciendo que allí no se iba á discutir, que allí se iba solamente á pedir el poder... á la opinion; y luego añadió por lo bajo: para discutir, en el Congreso hubiéramos podido hacerlo, si hubiéramos sabido ó nos hubiera convenido. Por lo demás, ¿qué mejor Congreso que este? Aquí vamos á decir todos lo que nos dé la gana, sin temor de que se nos conteste. ¡Qué grande y qué cómoda es la libertad, señores!...

Nombróse luego la comision nominadora, y despues el comité central, porque antes se hubiera hundido el universo que no se nombrase algo en la reunion: y en seguida comenzaron los discursos. El Sr. Rivero, empezando por la increible firmeza con que se adelantó hasta el borde del escenario, siguiendo por la sangre fria con que escuchó los rugidos de la muchedumbre cuando esta decia interrumpiéndole: «¡no cabemos!» y acabando por la naturalidad con que hizo la apoteosis del manifiesto de octubre, hijo de su pluma, dicen que estuvo notable. Y luego, aquello de colocar á la monarquía y á la dinastía, no al lado, sino debajo de la libertad, fué una especie de acto heróico. Así me gustan á mí los hombres, decia más tarde el senador Sr. Seoane, en el salon de conferencias; es preciso que la verdad se oiga arriba y abajo. Para algo hemos aprendido á desalojar palacios.

En cuanto al Sr. Figuerola, debemos confesar que, segun nos dicen, dejó algo que desear. Todos creyeron que despues de asegurar que la libertad estaba perdida, el autor de la capitacion iba á hablar algo, aunque fuese poco, del Banco de París. En cambio el Sr. Salazar dió gran gusto á los señores. Cuando llamó *indigno* al ausente Sr. Sagasta, una corriente eléctrica entusiasmó al concurso. Lástima que D. Manuel se le echara encima. Pero, ya se ve; D. Manuel decia: no quiero que se hable así de los hombres; no quiero verme tratado así mañana, con más ó ménos justicia. Respecto al Sr. Sanromá, la opinion general es que estuvo delicioso: llamó sanguinaria, culpable y fementida á la union liberal; y esto bastaba para el éxito. Figuerola estuvo para abrazarle, olvidando ciertas reuniones bursátiles en que el Sr. Sanromá le atacó cruelmente, antes, por supuesto, de ser su subsecretario.

Se nos olvidaba decir que un Sr. Vargas dijo que vivia en la calle de Santa Brígida. Esto fué sorprendente. No lo fué mé-

Digitized by Google

nos que el Sr. Moret no hablase Pero despues que el Sr. Martos pronunció su elocuente discurso para probar que ya no hay cimbrios, D. Manuel pensó que para muestra basta un boton, y que allí no se iba á hablar bien. Y entonces hizo, como vulgarmente se dice, un corte de cuentas, y con el pretesto de que anochecia, pronunció su arenga de despedida, cuyo espíritu se reduce á pedir el poder... á la opinion. Estamos preparados, vino á decir el jefe de pelea; somos bastantes para llenar la administracion pública, hemos dejado muchas cosas pendientes, tenemos distritos que esperan nuestros beneficios, los republicanos nos apadrinan y de ello es buena prueba mi amigo el Sr. Morayta, que asiste á esta reunion: ¿á qué, pues, se aguanda? ¿Es posible que pasen los dias de esta manera? ¿Es que aquí no hay país? ¿Es que no hay justicia en la tierra? Y en seguida dió tres vivas cronológicos á la Constitucion, á la libertad y al rey, para que le respondieran, como era justo, con un ¡viva Ruiz!! que fué, digámoslo así, el último cohete, el trueno gordo, el fin de fiesta.

Con razon, pues, decia luego un general adicto á los radicales en el Congreso que la reunion habia sido un grande acto de su partido, que así se pide y se gana el poder, que así, con esos memoriales colectivos, es como se tiene derecho á imponerse á la felicidad pública; y añadia que él no habia hablado por ser militar y haberse convenido que los militares no hablasen; y decia tambien otras cosas curiosísimas, que no trascribimos por falta de espacio. Mañana puede que lo hagamos, si mañana todavía el radicalismo no ha obtenido el poder... de la opinion.

Digitized by Google

CHIM-CHUAP.

(5 de Diciembre.)

El Sr. Ruiz debe pensar mucho en el emperador de la China. Los grandes infortunios tienen la obligacion de recordarse. Napoleon I, cuando llegó vencido á las costas de la cruel Albion, no se acordó de César ni de Alejandro, sino del proscripto Temistocles. Y la verdad es que si las actuales contrariedades del jefe de pelea le obligan á cumplir esa necesidad de la desgracia, en nadie debe poner el Sr. Ruiz los ojos de su desventura como en el jefe sagrado del celeste imperio. Porque es lo cierto, que el emperador de China es una persona profundamente infeliz; y la Europa contemporánea no tiene una víctima más digna de compasion que el jefe de aquel antiquísimo Estado, cuya inmemorial felicidad ha desvanecido, como leve humo, el feroz contacto de la civilizacion de Occidente.

Considérese, en efecto, aunque solo sea á grandes rasgos, lo que era S. M. *Toung-chi* antes de que los primeros cañonazos anglo-franceses retumbasen en el recinto de la ciudad veneranda, de aquella Pekin incomparable, en cuyo seno habian pasado de un sueño de placer incesante al eterno sueño de la muerte las innumerables generaciones de sus imperiales abuelos. Un reino compuesto del personal de veinte Europas; un absolutismo como todavía no lo ha soñado ningun carlista; un suelo rico y feraz, dedicado á llenar del metálico más puro las arcas régias; un docilísimo pueblo, entretenido en hacer sus maravillosas baratijas de marfil y sus preciosidades de seda, sin pensar siquiera en la inconsistencia del derecho divino de su señor; las emperatrices *Tzu-an* y *Tzi-si*, y el príncipe *Kong*, llevando sobre sus hombros todo el peso de la gobernacion pública; una hermosa y colosal muralla, librando hasta de las miradas del mundo el dichoso inmenso

Digitized by Google

recinto; ópio y thé á discrecion, y, por si algo faltaba, un idioma de monosílabos, capaz de espresar, con el menor chasquido de la lengua, las más prolijas sentencias, sin la menor fatiga de la mente ni del pulmon. Todo esto poseia, por legítimo derecho de herencia, el gran emperador.

La vieja Europa, sin embargo, que ya meditaba en la ruptura del Istmo de Suez, se decide á poner las peras á cuarto á mortal tan dichoso, á rasgar el velo secular que nos lo ocultaba, á establecer entre ella y el descuidado coloso las profanadoras relaciones del comercio libre; y un dia—¡dia de luto para todas las damas de los piés chicos!—brillan á la luz del puro sol que alumbró á Confucio muchas patillas inglesas y muchos pantalones encarnados en los mismos jardines de la capital sagrada. ¿Qué hacer? Aquellas gentes, aquellos bárbaros navegantes eran capaces de establecer un café-cantante en el imperial alcázar, y de enseñar el can-can á sus houríes. El emperador cede, la China pierde la inapreciable virginidad de su estado social sin accidentes, y sus embajadores sienten sus primeras náuseas en el Océano Indico.

Pero desde entonces, ¡adios felicidad imperial! El poder del decano de los señores de horca y cuchillo siente que se le ha inferido la más deletérea de las debilidades: la de su fuerza moral. ¿Qué importa que todavía descanse sobre sus sienes la corona? Todas las plagas de la mala fortuna le salen al encuentro: la guerra civil le turba con sus aullidos; hay mandarines que descuidan el darle cuenta de la recaudacion de provincias enteras; á cada paso se le anuncia que se prepara un degüello de misioneros y diplomáticos; sueña todas las noches con las bayonetas occidentales, y hasta tiene que sufrir la insolencia de algun palaciego estranjerizado, que se presenta á la córte con toda la barba. Digasenos, pues, si, considerada relativamente, ha causado y presenciado nuestra época una infelicidad mayor, y si el Sr. Ruiz no debe pensar en el soberano ministro de Buda, al parar mientes en lo que hoy le pasa.

Y es indudable que al jefe del radicalismo le pasa una cosa grave. Le pasa que, habiendo creido fundar una especie de China política, y habiéndola gozado en realidad durante dos meses, se encuentra hoy con que la impaciencia de turbas y mandarines no le deja vivir, ni sosegar. Le pasa que un dia, una tarde, mejor dicho, se le adjudicó el

Digitized by Google

imperio, ó, lo que es lo mismo, la jefatura, en un abrir y cerrar de ojos de la Tertulia; y que hoy se le recuerda indómitamente la condicion *sine qua non* de su magestad prestada: el poder, el ministerio, el gobierno ahora y siempre, antes y despues, y á toda costa. Le pasa que al sol de aquel verano que le vió aletargado sobre su poltrona, narcotizado deliciosamente por la morfina de su presidencia, pactando amnistías con los absolutistas, reponiendo ayuntamientos federales, dando un fusil á todo el que se lo pedia, viendo á sus piés prosternados á los mismos que le llamaban otras veces orador de cortijo, y creyéndose guardado de toda crísis por una fuerte muralla de interregno parlamentario; á aquel sol resplandeciente é inolvidable, ha sucedido el sol de un invierno que desde la plaza de Oriente hasta Logroño no le ofrece otra cosa que un terreno donde no apunta siquiera una triste esperanza.

Y le pasa en realidad una cosa mucho más grave. Hay un juego chino que se llama el *chim-chuap,* ó por otro nombre el *rompe cabezas*. Todo el mundo lo conoce, hasta el demócrata que solo ha viajado en cosmorama, es decir, hasta el cimbrio que solo ha visto el mundo por un cristal de aumento y á favor de una estampa y de una vela de sebo, y hay muchos que solo han completado así su educacion. Ese juego se sabe que es una malignidad de la geometría y que consiste en darle á un mortal desocupado algunos informes pedazos de madera ó plomo, cuyas líneas y límites desiguales se rechazan, y decirle: con estos trozos absurdos va Vd. á ordenar y formar las figuras regulares y completas que contiene esta coleccion de dibujos. Y el que quiere divertirse pone manos á la obra, y sin más que coger un dolor de cabeza, ó triunfa y copia el modelo, ó acaba por dar un puntapié á la mesa y á os tiránicos chismes que le han traido una jaqueca.

Pues bien; el Sr. Ruiz tiene entre sus respetables manos un *chim-chuap* pavoroso. Compónese de muchas y distintas piezas de desigual tamaño, de varia calidad, de color, forma, intencion y modo de ser diferentes. La una es un monarquismo por el estilo del que profesa el señor Rivero, supeditado á la libertad santa y á la alcaldía de Madrid; la otra es un anticipo del ideal Moret, á 16 por 100, seguido de una protesta de Ruiz Gomez en *La Correspondencia;* aquella es el Código penal de Montero Rios con su cohorte de derechos individuales limitados, aunque ilegislables; esotra es el partido republicano que empieza

Digitized by Google

á pensar en obrar por su propia cuenta; otras muchas son cesantes que se impacientan, piés que quieren andar en coche oficial, aplausos del circo de *Price* que exigen su recompensa, emisarios de la Rioja que vuelven con la cara triste, artículos de *El Imparcial* que quieren educar á las instituciones, internacionalistas que atosigan, filibusteros que sonrien, economías que se avergüenzan de su nombre; la mar, en fin. Y el caso es que con todas esas piezas el Sr. Ruiz tiene que hacer una figura de dificilísimo desempeño; una figura que se llama *dinastismo*.

¿Cómo saldrá de su empeño el jefe de pelea? Él mismo no lo sabe, y además tiene el presentimiento de que si, en último resultado, se decide á tirar la casa por la ventana, no lo ha de conseguir. La mesa en que le obligan las circunstancias á hacer su juego, empieza á estar sostenida por las endiabladas clases conservadoras, que no tienen entrañas para ninguna demagogia, ni aun para las que lo son sin saberlo. Si el héroe de Tablada da el puñetazo final sobre el tablero, pudiera suceder que no lograra otra cosa que romperse las uñas. Y lo más triste del caso es que esa mesa no está sola: tambien juega en ella el Sr. Sagasta, pero con piezas mucho mejores. Y acaso por esta persuasion, mientras D. Manuel pone una cara de dos mil diablos, el Sr. Sagasta sonrie. ¡Ah! Sr. Ruiz: ¿Quién inventaria la sonrisa?

Digitized by Google

EL TRIBUNAL DE LOS NUEVE.

(7 de Diciembre.)

Hay, segun nos dicen, en la Tertulia un gabinete relativamente magnífico y lujoso. La irrupcion de los cimbrios tuvo la culpa de su explendidez. Sabido es que entre los señores demócratas los hay que tienen, si no hábitos perfectos, tendencias al ménos muy marcadas de sibaritismo, de comodidad y elegancia. Entre otros, el Sr. Moret no puede comer sin trufas, fuera de su casa; y respecto al Sr. Rivero, quien le convide sin consultarle préviamente el *menú*, le infiere una verdadera ofensa. Tampoco hay quien puede prometerse ver al señor Becerra sin guantes. Lo cierto es, pues, que el gabinete ó saloncito de que hablamos, recientemente decorado y amueblado en virtud de una suscricion ó cuestacion social, se diferencia grandemente de las demás piezas del célebre casino. En estas, las butacas más costosas son de resistente gutapercha, las paredes lucen de trecho en trecho en sus zócalos de papel rameado las grasientas huellas de cien cabezas, y rara es la mesa que no cojea y el tubo de quinqué que no conserve señales de haber saltado. Todo en puritano testimonio de la histórica, honrosa modestia de los antiguos milicianos que por allí pasaron.

Pero el gabinete en cuestion es otra cosa. El espíritu moderno de la democracia que ha dado ya tantos y tan singulares ministros á la revolucion, no ha vacilado en hacer de esta pieza una excepcion notable. El terciopelo de Utrech viste sus asientos anchos, las cortinas son de estampado merino, hay escupidores de metal en los ángulos; largos mecheros de gas brotan de sus muros, en su centro se eleva un verdadero velador con tapiz y periódicos, y dos criados con récias levitas y guantes de algodon que se remudan cada ocho dias, velan á su puerta. Hoy mismo, dice un diario liberal que en la Tertulia ya no

Digitized by Google

hay progresistas. Esto contradice la afirmacion del Sr. Martos respecto á la extincion consumada de los cimbrios. ¿A quién creer? Lo que sí es seguro, es que al suntuoso gabinete en cuestion no acuden de ordinario más que los verdaderos individualistas, nuevos ó viejos. Entrar allí y no creer en la legalidad de la *Internacional,* es un anacronismo.

Pues bien; en ese gabinete, nada ménos que en ese gabinete, es donde, segun nuestras noticias, se ha constituido, establecido y alojado la comision de jurisconsultos que desde ayer dedica el partido radical á entender y atender las posibles quejas de los electores de la comunion. De esto no se habia visto, pero ya era tiempo de que se viera. La libertad trae costumbres que le son propias, y un partido que se toma la libertad de instituirse en tribunal, está en su derecho, como lo está, por ejemplo, cualquier ciudadano que gusta de hacer el oso. Nunca agradecerá bastante nuestro país oscurantista al cimbrismo la iniciativa de ciertos hábitos sociales y aun morales. Gracias á él, lo que nos hubiera extrañado hace algunos años nos parece hoy sumamente natural. Por nuestra parte, al ménos, declaramos que hoy comprendemos ya muchas cosas que antes nos parecian increibles, hasta lo de que se quiera ir á la república por la monarquía.

Con una puntualidad que haria honor al mismo Luis XIV, que tanto la amaba, es decir, á la prefijada hora de las diez en punto de la mañana, reuniéronse, en efecto, los letrados, cuyo número de nueve es indudablemente mayor que el de las plagas de Egipto y el de los sábios de Grecia, á no mentir la historia. Y la persona veraz á cuya bondad debemos estos detalles, nos asegura que iban todos de frac; pero conste que no lo garantizamos. El frac es una prenda que no todos tienen, por aquello de que no hay proporcion entre su precio y el escaso uso que los filósofos hacen de ella. Sea como quiera, á las diez y minuto y medio de la fria mañana de ayer, ya el gabinete por antonomasia contenia en su recinto, perfumado con espliego, al nuevo tribunal de la libertad encargado de hacer que los radicales de Madrid, y sus naturales aliados los republicanos, voten con la misma impune facilidad de quien se bebe un vaso de agua.

Sentáronse los jurados sin otra novedad que la de crugir aflictivamente el sillon en que lo hizo el Sr. Moncasi. Se echó en silencio una mano de cigarrillos de estanco, se habló de la indisputable crudeza del

Digitized by Google

tiempo, conviniéndose por unanimidad en que esto era consecuencia del invierno, y en que hay inviernos precoces; miráronse á su sabor unos á otros, sin preguntarse su orígen, como hacen las gentes que tienen un interés superior al de conocerse, y así, en esta austera reserva, en esta severidad imprescindible, en esta actitud tan propia del alto objeto que los reunia, trascurrió hora y media larga. Visto lo cual se pronunció por algun lábio valeroso la palabra «almuerzo,» y un cuarto de hora despues, dos mozos de un café cercano depositaban sobre el velador sendas bandejas, conteniendo cuanto á tales horas puede pedirse á tales establecimientos, desde la chuleta recien empanada, desde la media tostada de arriba, tinta en pajiza manteca, hasta la exígua copa cristalina del rom que sigue al café.

Negar que la comida es un gran lazo y un gran estímulo social, es negar lo evidente. Desde los héroes de Homero, que nunca hablaban mejor que despues de comerse el clásico cordero asado, hasta los banquetes ingleses, cuyos postres hacen levantar á las damas y son lo que hay que ver, todo asienta la teoría de que no hay reserva para estómagos bien llenos. Y así sucedió á los jurisconsultos del gabinete. Sin faltar á la compostura de su mision y de sus hábitos, las últimas migajas del almuerzo brillaban todavía en sus dientes, y ya, como dicen los republicanos franceses, nuestros vecinos, se habia *roto el hielo*, la expansion y la cordialidad tendieron sus alas benéficas sobre aquellas radicales frentes, y empezó á hablarse, como sucede entre amigos, de todo lo divino y lo humano.

Dícesenos que el Sr. Escoriaza, con la movilidad iniciadora de su tropical carácter, fué quien habló el primero, confesando que no habia podido dormir la noche anterior, no sólo pensando en el grave cometido que le esperaba al dia siguiente, sino recordando lo que el jefe de todos y de todo, el Sr. Ruiz, habia dicho en la última reunion de la Tertulia. Segun S. S., aquello de que si se desprecia á la opinion, si no se les da el poder, los radicales sabrán lo que hacerse, aquel desusado acto de valor en D. Manuel debe significar que no las tiene todas consigo, y que empieza á renegar de su último viaje fuera de España. Por lo demás, el Sr. Escoriaza declaró que miraba tranquilo el porvenir. En último resultado, añadió, y á venir muy mal las cosas, con tal de que haya un barco de la cabida de la Tertulia que nos lleve á mi isla, allí viviremos en santa paz y república, y sin españoles.

Digitized by Google

El Sr. Moncasi fué sumamente conciso. Limitóse á expresar su deseo de que algun elector viniese á quejarse de que no le dejaban votar, para tomarle en brazos é ir á tirárselo á la cabeza al presidente de la mesa reaccionaria. No así el Sr. Mathet, muy conocido de su familia, que, enterado de la grave cuestion dentífrica entablada últimamente, segun los comunicados de *La Correspondencia*, entre los señores Triviño y Koth, se permitió discurrir ámpliamente sobre la influencia del *caoutchouc* en las mandíbulas, declarando que aborrecia todo lo postizo y todo lo extranjero que no tuviese un carácter esencialmente civilizador é internacionalista. En cambio, el Sr. Herrero (D. Sabino) fué todavía más breve que el Sr. Moncasi. Redújose á verter en silencio algunas lágrimas y á maldecir al Sr. Bassols que ha dispuesto venga á Madrid el regimiento del Príncipe en relevo del de Cantábria.

Despues de algunas frases críticas del Sr. Rios Portilla sobre el subsecretario actual de la presidencia del Consejo, que fueron acogidas con aprobacion marcada, parece que tomó la palabra el respetable Sr. Salmeron, hermano del filósofo del mismo nombre, y que hizo un largo y verdadero discurso, dividido en dos partes. La primera fué dedicada, por el orador insigne, á buscar en la historia alguna situacion, algun hecho, algun grupo semejante á lo que ellos representaban en aquel gabinete, y recordó, con este motivo, el famoso *Consejo de los Diez*, en Venecia, opinando que así como este habia reunido y representado en el siglo XIV todo el tremendo poder de la aristocrática señora del Adriático, vencedora de Oriente, ellos, el *Tribunal de los Nueve*, estaban llamados á dar tambien mucho que hablar á las generaciones. Despues dió un viva al *Dux*, es decir al Sr. Ruiz, y entró en la segunda parte de su oracion, confesando que no esperaba que elector alguno se presentase á reclamarles nada, porque tenia motivos para presumir que solo sus amigos y los republicanos se presentarian en los colegios.

A todo esto, y sin saber cómo, y sin que, en efecto, viniese ningun elector á decir esta boca es mia, cuando el Sr. Salmeron concluyó de hablar, iba anocheciendo, y el simpático Sr. Rivera, que habia dormido un rato sin que el Sr. Salmeron lo notase, inspirándose en un gran espíritu práctico propuso que se fueran todos á comer sin perjuicio de volver más tarde. Y así, acto seguido, se verificó. Cuando llegaron á la

Digitized by Google

puerta, un emisario que venia de todos los distritos les anunció la victoria radical-republicana obtenida sobre los demás partidos que no habian votado, lo cual hizo buena la prediccion del Sr. Salmeron y Alonso, y les estimuló á ir á buscar sus respectivos garbanzos en la excelente disposicion de quien tiene derecho para decir: ahí me las den todas. Y hasta aquí nuestras noticias del primer dia del tribunal; veremos á ver si en el segundo ocurre algo más notable. Todo es posible. Cuando uno considera que el Sr. Ruiz tiene quien le obedezca, siquiera sea con su cuenta y razon, hay que creer hasta en lo absurdo.

Digitized by Google

LA FISCALADA.

(13 de Diciembre.)

«Hoy se han hecho algunas indicaciones para celebrar una reunion pública uno de estos dias.»

(*La Correspondencia de España.*)

¿Qué resentimiento tenia Erostrato con el templo clásico que se permitió quemar? Ninguno; está probado que ni siquiera le habian exigido un céntimo de contribucion cuando se construyera. ¿Qué habian hecho al bárbaro Omar los libros de la biblioteca de Alejandría, que se permitió estirpar por el mismo procedimiento? Nada; ni siquiera los habia leido. ¿Qué ha hecho la monarquía á los cimbrios españoles, para que se hayan decidido á servirla de esa manera, que nos hace temblar todas las mañanas á todos los amantes inofensivos del célebre artículo 33?—La verdad es que el sentimiento de la terrestre gloria, de la fama, de la inmortalidad sublunar, es una gran pasion, y que, como todas las grandes pasiones, obra independientemente de toda mezquina razon de ser, de toda pequeñez determinante, y se basta á sí misma para existir y para perpetrar toda suerte de atrocidades.

El Sr. Diez, fiscal que acaba de ser del Tribunal Supremo de Justicia, y que en estos momentos se prepara, como buen demócrata, á reclamar contra el decreto que le ha dejado cesante; al retirarse una de estas pasadas noches de la probable trastienda de botica donde nada tendria de particular que jugase periódicamente al trésillo, ó de la reina de las Tertulias radicales; al entrar en su casa, en su cuarto y en su cama, tantos años há costeados por la nacion; al disponerse á pagar en el sueño ese rutinario tributo de muerte que la existencia avara nos exige de sol á sol, sentiria acaso las nobles ánsias de la inmortalidad por segunda vez en su espíritu. Y decimos por segunda

Digitized by Google

vez, porque ya las tuvo tambien en la Coruña, cuando siendo regente aconsejó á los jueces de su territorio que no recibiesen demandas clericales en pró de los derechos de pié de altar. Solo que entonces aquel originalísimo deseo de hacerse célebre dejando despojar de lo suyo á toda una clase, murió en los límites de una estrecha comarca, y no retumbó en el país ni en el mundo como su gigantesco autor deseaba.

Pondríase, pues, el Sr. Diez, en vez de rezar una parte del rosario, ó de pensar en los codillos inverosímiles que aquella noche le hubiesen dado (como hacen los simples mortales que tienen canas), á discurrir en alas de su reíncidente comezon de gloria, y se diria: decididamente, eso de nacer, crecer y morir como las plantas, no merece la pena; eso de apurar la monotonía de una vital carrera que empieza en un título de licenciado y acaba por la sosegada, estéril jefatura de un ministerio fiscal, es absurdo. Eso de que lo lleven á uno sus parientes á un triste nicho, que á los cinco años lo exhumen para tirarlo á la fosa comun, y que despues no vuelva á leerse siquiera nuestro epitafio, súfralo quien quiera, y no yo, que me siento capaz de hacer una de pópulo bárbaro en obsequio de mí mismo.

Y ya en este órden de ideas trascendentales, añadiria en su soliloquio: «Basta de vejetar en la oscuridad relativa, pero siempre oscuridad, que da un pingüe sueldo. Los que conocen mi exterioridad; los que, por ejemplo, me hallan todas las tardes exhibiendo mi ancianidad en el salon de conferencias; los que me ven, rebujado en mi ancha capa azul, olfatear con mi hermosa nariz aguileña las más recónditas noticias de la crónica; los que adivinan en la habitual apacibilidad de mi rostro sin barbas todas las venturosas esperanzas del radicalismo, puede que no sospechen qué clase de hombre soy, puede que hasta se resistan á creer que he estado en algo supremo, que he servido para algo grande. Pues bien; yo les demostraré lo contrario; yo enseñaré á este país de vivos baladíes y de muertos olvidados, cómo se conquista en un dos por tres la inmortalidad.»

Y continuaria el Sr. Diez: «¿Qué haré? Cualquier cosa, pero cualquier cosa gorda, que sea sonada, sin ejemplo. La gloria, y no la dominacion temporal, es lo único que justifica la teoría de Maquiavelo sobre la bondad de todos los medios. Despues de todo, desde Cain hasta el cura Merino, lo que se ha hecho para singularizarse, hecho ha quedado, y la humanidad se revuelve impotente para negarlo, y para ha-

Digitized by Google

cerlo olvidar. Mas, ¿cuál será esa cualquier cosa? Es indudable que yo no soy un Napoleon, aunque Napoleon era bajo como yo, ni un César, aunque tampoco César tenia pelos en la cara, ni siquiera un Lutero, aunque lo que es á libre exámen pocos me ganan. Dentro de mi misma parcialidad, dentro de esa bendita agrupacion política que el señor Rivero ha hecho hacer al Sr. Ruiz, ni tengo tampoco la seduccion sensible de un Moret, ni el ateismo geométrico de un Echegaray, ni la sangre fria de un Rojo. En puridad de verdad, yo no soy más que un empleado de Gracia y Justicia, un fiscal. Pues bueno; movámonos dentro de mi intraspasable esfera de accion; enseñemos al mundo ignorante que donde ménos se piensa salta la liebre del génio; hagamos la más escandalosa *fiscalada* que han conocido los siglos.»

Y proseguiria el Sr. Diez: «Voy á hacer un acto sintético, complejo, enciclopédico; voy á matar de un golpe el prestigio de mi ministerio, el sentido comun y la gramática; voy á hacer bramar de coraje á ocho hombres reunidos en Consejo de ministros, y á obligar á silbar á un tiempo á diez y seis millones de españoles; voy á convertir la justicia, la severa y sóbria justicia, en una deidad lenguaráz, humanitaria y populachera como la que presenció los últimos incendios de París; voy á escribir una circular á los fiscales del reino, en parrafitos cortos, en ese estilo que sirve de pretexto á los enemigos de la sintáxis, y que encubrirá las debilidades de mis primeras letras; voy á publicar y á repartir ese escrito á la sordina, sin consultarlo más que con el jefe de pelea, para que sea el primero que vaya á leerlo á palacio; y en ese documento voy á echar el resto de mi capacidad, de mi instruccion y de mi malicia; voy á decir que los fiscales pueden formar causas criminales por delitos ó faltas; que todo español tiene derecho de asociarse para fines morales; que las leyes establecen los derechos; que el hombre, aunque sea fiscal, es un sér sociable; que el Estado es un gerente de una sociedad de seguros; que toda persona tiene su parte física y su parte moral, aunque no lo parezca, y que la moral no tiene más auditorio ni más legislador que la conciencia de cada quisque.

»Y luego, como quien no quiere la cosa, voy á decir á los fiscales; señores mios: cuando los obreros, aunque sean de una fábrica de curtidos, que tan mal huele, se reunan para ver el medio de mejorar su condicion, ¿qué importa que estos obreros empiecen negando á un Dios

Digitized by Google

que no los oye, y renegando de una patria que no les da todos los dias perdices escabechadas, y execrando la familia que les exige el salario para no andar en cueros, y anatematizando una propiedad que apetecen? Yo digo á Vds., señores fiscales, que si se meten, poco ó mucho, con esos obreros, si les pasa siquiera por la mente el formar causa á esas asociaciones, serán Vds. unos solemnes mentecatos, y no tardarán en verse cesantes más que el tiempo que yo necesite para ponerme la capa y llegar al ministerio. Y despues de soltar esta bomba, despues de remitir á *El Imparcial* y á *El Universal* esta monserga terrorífica, el porvenir de mi nombre está asegurado, y puedo sentarme á esperar mi fama póstuma entre los restos de un cataclismo político-jurídico-internacionalista-sándio, como el varon cantado por el gran poeta del Lacio: *impavidum ferient ruinæ.*»

Ahora bien: tenemos ya un síntoma para colegir que el Sr. Diez se ha salido con la suya, ha ganado como bueno su necesaria celebridad, y no necesita ver cortado el hilo de sus sabrosos y numerosos dias para creer que su nombre vivirá tanto como la democracia. *La Correspondencia*, que todo lo sabe, nos lo hace saber anteanoche: se prepara otra manifestacion pública; se habla de otra manifestacion pública; se proyecta otra manifestacion pública. ¿Para cuándo? Para muy pronto, sin duda; tal vez para el domingo, con el objeto de que asistan á ella los artistas, como es natural. Y es claro que quien la prepara es el radicalismo; y es claro que esa manifestacion será en loor y favor del Sr. Diez, del héroe del dia, de la gran *fiscalada*. ¡Ah! ¡será hermoso, será consolador, será equitativo, ver en esa manifestacion otra carretela y en ella al Sr. Becerra y al señor Martos pidiendo que se abran las Córtes; y entre el Sr. Becerra y el Sr. Martos, al Sr. Diez, con su capa y todo, como quien cobra una paga de inmortalidad adelantada! ¿Y quién sabe si pasarán por la plaza de Oriente? Ah, Sr. Diez, Sr. Diez; bien sabe Vd. lo que se ha hecho; Vd. ha creado una magistratura radical. El país no pedia otra cosa.

Digitized by Google

LA PASCUA RADICAL.

(25 de Diciembre.)

Y la ambicion se rie de la muerte.
Rioja.

Está probado que no solo ciertos demócratas, sino hasta ciertos sábios no saben lo que se dicen. Por ejemplo, un grande hombre dijo: querer es poder; y la historia, la filosofía, la fisiología y la experiencia están demostrando á cada paso que no hay tal cosa. Si, *verbi gratia*, cada uno hablase siempre lo que quisiere, y no lo que pudiere, ni cierto discurso de á bordo sobre algunos puntos negros se tendria ya por pronunciado, ni habria el temor de volver á oir en lábios del Sr. Rivero las diferencias eternas que vienen existiendo entre la sóbria, pero atolondrada raza latina, y la sajona que ha sostenido victoriosamente, á través de los siglos, un duelo á muerte con toda clase de estimulantes. No hay duda, pues: el orador, por radical que sea, está expuesto á hablar siempre de lo primero que se le venga á la boca; y el periodista, conservador y todo, tiene que resignarse á que le den tema los acontecimientos. La eleccion está muy lejos de ser una posibilidad absoluta en política. Se puede elegir entre una república imposible y una monarquía aprovechable, cuando conviene; pero no se puede en ciertos momentos históricos hacer caso omiso de ciertos sucesos.

Nosotros teniamos desde ayer un asunto que creiamos excelente para nuestro artículo de hoy: un asunto sério, importante, trascendental, oportuno y de interés comun. ¿No han leido Vds. la Memoria que sobre el estado verdadero de la Hacienda ha escrito el Sr. Cancio Villaamil? Es, como quien dice, la última palabra sobre lo que debemos y tenemos los españoles. Al ménos, cronológicamente considerado, es el último estudio que se ha hecho sobre el asunto. Muchos habrá

Digitized by Google

que no lo habrán leido. y casi apostariamos á que los que poseen una mediana facilidad de dormirse, lo habrán intentado en vano. Nosotros tenemos el valor de nuestro oficio, y hemos leido esa lucubracion al arrullo de los tambores del alegre pueblo de estos dias; y su lectura nos ha demostrado, ya que no otra cosa, la influencia dé los partidos en la claridad de las inteligencias. Nosotros, pues, creiamos poder probar hoy, con la dicha Memoria ante los ojos, que ya no le pasa, ni con mucho, al Sr. Cancio lo que solia pasarle cuando era unionista, es decir, que se le entendia. Véase, pues, si hasta por interés de colectividad debiamos y querriamos tratar el punto.

Pero en esto llega hasta nosotros una noticia, que no por ser usual y lógica, deja de tener un interés grande, un interés digno del Banco de París, un interés de esos que, como el de ciertas manifestaciones públicas, lo empequeñecen y lo eclipsan todo en la atencion general, y hacen converger todas las miradas al foco comun de la calle de San Márcos. Y esa noticia es, á saber: los radicales han celebrado tambien su Pascua, colectivamente; los radicales han comido juntos una vez más; los radicales se han reunido ayer, entre dos luces, en el comedor del Sr. Ruiz, y no se han separado hasta las altas horas. Ha habido un nuevo banquete; la historia del gran partido que se propone salvar las instituciones, tiene una nueva página. Y con las noticias nos llegaron los detalles, tan interesantes, tan curiosos, tan palpitantes como el conjunto del hecho mismo. ¿Qué hacer? ¿Cabe en lo humano, con esta cosa delante, hablar de otra cosa? ¿Nos quedaria un suscritor si no la relatásemos? Perdónenos, pues, por hoy, el Sr. Villaamil, aunque solo sea teniendo en cuenta que nosotros, despues de haber leido su Memoria y todo, no le guardamos rencor. Y allá va, oh lectores de El Debate, la narracion extractada, pero fiel como una fotografía, del grande acto.

Dícesenos, en primer lugar, que las invitaciones surtieron todas su efecto, es decir, que no hubo un solo convidado que no aceptase, lo cual da cierto aire de profeta al jefe de pelea, cuya prevision lo habia afirmado así á algun incrédulo. «Vendrán, vendrán todos, habia dicho el anfitrion al formar la lista; vendrán todos, y algunos más.» Y en efecto, parece que á última hora tuvieron que estrecharse para aumentarse los cubiertos. No eran las siete de la tarde de ayer, y ya el salon del Sr. Ruiz se veia tan concurrido como si su inquilino tuviera

Digitized by Google

el decreto de disolucion en el bolsillo. La levita reinaba entre los trajes, la alegría de un apetito inocente en estómagos y semblantes. El dueño de la casa hizo los honores preliminares con esa temible naturalidad que todos le reconocen. Al marcar un reló de sobremesa la hora deseada, un criado sin guantes, pero con chaqueta, anunció que S. E. estaba servido, y S. E., deteniendo con un gesto benévolo el primer impulso de los que se disponian á irse á la mesa, que eran todos, se permitió dirigirles estas ó parecidas palabras:

«Señores, la Pascua de Natividad es una fiesta cristiana, tan cristiana que yo creo que á no haber venido al mundo Nuestro Señor, no se celebraria. Pues bien; ya que nosotros no podemos ser actualmente buenos ministros y buenos empleados, no pienso que perderemos nada en ser buenos cristianos, hoy que todo lo que se nos exige para serlo es comer bien. Y esta ha sido la idea esencial, la razon ocasional de mi convite. Ya tenemos dominada á la demagogia federal por una alianza que no debe romperse por ahora. El carlismo seguirá haciendo lo que nos convenga, mientras á él le convenga igualmente. Pues bien: hoy podemos conquistarnos algunos millones de conciencias más, apareciendo como un partido cristiano, como un partido con Pascua, como un partido español, que respeta y comparte los sentimientos de sus conciudadanos. Dicho esto, cuyo alcance dejo á vuestra penetracion, no necesito deciros más. Señores: lo que hoy vamos á hacer y á decir aquí, no solo se oirá en Canfranc y en el Puerto de Santa María, sino que es muy posible que retumbe en la plaza de Oriente y hasta en Roma: al comedor, pues, señores.»

Y tres minutos despues, y sin otros incidentes que los apretones inevitables entre los que quieren entrar á la vez por una misma puerta, cada cual ocupaba su silla ante la gran mesa elíptica, de pintado pino, tan bueno bajo el mantel como la caoba, y extendia su servilleta sobre sus trémulas rodillas, y fijaba la nariz, los ojos y la respiracion sobre el humeante plato de sopa de almendra con que se inauguraba el hartazgo. ¡La sopa de almendra! dijo en el acto el observador y juvenil Sr. Moret al que tenia al lado: ¿por qué no se ha de decir, más propiamente, la sopa con almendra? De todos modos, hé aquí un plato digno de la civilizacion; la almendra es muy antigua; los celtíberos la comian cruda, y se tiraban las cáscaras, como nuestros chicos; pero el espíritu de los tiempos inventó primero la horchata fria, y

Digitized by Google

despues la horchata caliente, con pan, que es esto. Es, por tanto, la sopa de almendra una sopa progresiva, una sopa sintética, una sopa radical. Ya conoce Vd. mis principios económicos; si hay una cosa que yo aborrezco en el mundo es la proteccion; y sin embargo, no como una sola vez esta sopa sin sentir heridas mis creencias, sin pensar en que debia imponerse á la exportacion de las almendras un derecho crecido para proteger esto, este manjar que es blanco como una inglesa, dulce como una poltrona en que yo me he sentado, y alimenticio como todo lo farináceo!...

No ménos tiernas, ni ménos filosóficas, ni ménos oportunas fueron las ocurrencias de los otros, á quienes se les ocurrió algo más que deglutir apresuradamente, que fueron muchos. Dícesenos asímismo que el Sr. Echegaray, al descubrirse en cierta agotada fuente la espina íntegra de un enorme besugo, clavó en ella los eternos cristales de sus gafas constitutivas, y exclamó: ¡Ah! señores, sea cualquiera el sitio á que esta misma noche vaya á parar esta pobre armazon huesosa del sabroso peje que la poseyó, posible es que, andando el tiempo, se la encuentre otra generacion en las ruinas de esta casa, y que algun palanteólogo haga sobre ella estudios semejantes á los que yo tuve el honor de hacer sobre los pelos hallados en el quemadero de la Inquisicion. ¡Quiera la ciencia, pues, señores, concedernos que, cuando esta espina se descubra, sus analizadores adivinen la expansion radical que esta noche la ha desnudado, y que el porvenir saque nuestro nombre de la sombra de sus recuerdos como una verdadera espina de gloria!

Del Sr. Rivero cuéntasenos que estuvo amabilísimo y expansivo como pocas veces; que riñó con afectuosa dulzura á cierto sencillo amigo que bebió malvasía con el pescado. Segun el Sr. Rivero, y tiene razon, para el pescado se ha hecho la manzanilla: preguntó tambien al Sr. Ruiz, con sincero entusiasmo, el nombre y circunstancias de la entendida cocinera; y por último, tuvo la abnegacion de reconocer en el Sr. Martos á un vicepresidente de la Tertulia. Por su parte, el inteligente é intencionado D. Cristino, siempre con sus reminiscencias de tribuno y de hombre de Estado, confesó que sentia haberse dejado el sombrero en la antesala, porque esto le impedia descubrirse allí tan reverentemente como lo hizo en Price ante la soberanía del pueblo republicano. Y el Sr. Moncasi dicen que estuvo admirable al trinchar un pavo. Parece que, á pesar de que el animalito estaba bas-

Digitized by Google

tante duro, hasta el punto de no entrarle el tenedor, D. Manuel Leon asió con el índice y el pulgar de entrambas manos las dos patas, hizo, sonriendo, un pequeño esfuerzo, tiró, y el ave quedó deshecha en pedazos chiquitines, como si la maza de Fraga se hubiese encargado de su reparticion.

Debemos tambien recordar el loable acto del Sr. Rojo Arias, que interrumpió la masticacion general proponiendo, con verdadero espíritu evangélico, una cuestacion para los pobres, y viendo caer inmediatamente sobre el plato, que hizo pasar de mano en mano, tantas piezas de medio real como circunstantes. Y mencionaremos igualmente al Sr. Diez, fiscal cesante, quien, á pesar de haberse sentado á la mesa con su hermosa, inseparable capa, se levantó como un jóven en cierto momento y leyó parte de un opúsculo republicano que publicó años atrás en Valladolid, muy gracioso por señas. Y al Sr. Mata, médico y D. Pedro, que disertó lucidísimamente sobre la influencia de la digestion en las costumbres, probando que el beber y el comer á satisfaccion es á la felicidad lo que la primera materia á toda obra de arte. Y en fin, al Sr. Cuevas que, al promedio de la comida, sacó de su ancho bolsillo varios lindos paquetitos, atados con hilo rojo de cartas, de mondadientes de pino sangrado y sin resina, y ofreció un par de ellos á todas las mandíbulas.

La necesidad nos obliga á prescindir de otros muchos notables accidentes. No podemos ni debemos escribir un poema. Solo, pues, diremos, para concluir, que el dueño de la casa estuvo por sí solo tan apetente, tan sonriente y tan inteligente como todos los demás juntos. A los postres se irguió con pasmosa rectitud de apostura, y con el nudo de la corbata casi deshecho y los ojos húmedos del entusiasmo, propuso dos cosas: primera, un brindis á la opinion pública, á esa opinion, añadió, que era reina del mundo antes que el marqués de Miraflores lo advirtiera; á esa opinion que, tarde ó temprano, temprano si hay justicia en la tierra, nos dará el poder. Y segunda, que se redactara y enviara aquella misma noche, segun es uso y costumbre, un nuevo mensaje telegráfico al invicto duque de la Victoria. Trájose, en efecto, papel y tintero, y se escribió el siguiente telégrama á Logroño: «Excelentisimo señor: Veinte y siete mil senadores y diputados radicales, reunidos en el comedor del que suscribe, saludan de nuevo á su jefe honorario, esperando que esta vez se digne contestarles, y

Digitized by Google

rogándole olvide el nombre de progresista en atencion á que el señor Sagasta lo lleva todavía—Manuel.»—Y dicho se está, que el mensaje fué aprobado por aclamacion y con tal placer, que alguna que otra copa crugió entre los dedos que la oprimian.

Eran más de las doce, cuando la policía, que nada tenia que ver con esto, vió salir de la casa de pelea las últimas parejas, y observó la singularidad de que casi todas andaban y reian como si tal cosa. El último que salió fué el Sr. Ruiz Gomez, por haber tenido que tomar apuntes aritméticos sobre el gasto ó importe de la comida, para que su ilustre amigo y jefe lo sentara con exactitud én su presupuesto extraordinario. Respecto al venturoso Sr. Ruiz, dícese que antes de acostarse se dió una vuelta por la cocina, y suspendiendo en los lábios de sus domésticos una copla del carrasclás, les arengó con placer y hasta con ternura, diciéndoles: «Hijos mios, yo no sé si os vereis en otra, sobre todo antes de las primeras elecciones generales, pero no me negareis que estais pasando un buen rato. Pues bien; pensad en que si yo no fuera lo que soy, no le tendriais. ¿Y por qué soy yo lo que soy, vamos á ver? Pues es por haber sido siempre más liberal que Riego. Hijos mios, sed liberales, sin dejar de servirme bien. Ya veis que por muy gran cosa que sea la *Internacional*, la despensa de un liberal honrado no le va en zaga. Buenas noches. Que se me dé temprano el chocolate.» Y luego se nos afirma que el Sr. Ruiz se acostó y soñó que era la Pascua del año que viene, y que la opinion le habia declarado presidente perpétuo del Consejo.

Digitized by Google

DE LA CAPA Y DE LOS CIMBRIOS.

(5 de Enero de 1872.)

La capa muere, digimos hace pocos dias, considerando á vista de pájaro la nueva prenda de abrigo recien adoptada por un personaje político de la importancia del último fiscal del Supremo. No hay, en efecto, peor síntoma de la decadencia de una institucion, que su abandono por los que han sido sus sostenedores en la historia. Que la capa ha sido en España una especie de institucion, es evidente. Esa prenda encubridora y cómoda viene acompañando á través de los siglos á nuestras generaciones con una verdadera constancia nacional. Los godos celebraron bajo su embozo las inevitables conspiraciones de su monarquía electiva. La reconquista la vió competir con la elegancia ligera de los sastres moros. La edad moderna hizo de ella el gran auxiliar de los galanteos absolutistas. Y todavía en nuestros tiempos la cultivan desde el estudiante al torero, desde el alcalde de aldea al elegante que la lleva á la Opera sobre su frac.

Y sin embargo, esa prenda, esencialmente española, conciudadana, indígena, decae, languidece, muere. Nosotros no entraremos á discutir ahora si estará bien muerta, si nos alegramos ó nos dolemos de esa decadencia. Confesamos que, á pesar de todo, nuestra opinion sobre la capa no está aun completamente formada, y no podemos decir en conciencia, si somos verdaderos partidarios ó enemigos suyos. Algunas veces, cuando hace viento y se nos infla alrededor del cuerpo tembloroso, estamos por opinar con los que dicen que la capa, como prenda confortable, es una engañifa; y cuando consideramos los grandes servicios que la debe el hombre, desde José hasta nuestros dias, sentimos por ella verdadero enternecimiento. Pero de todos modos nuestra opinion no hace al caso, y lo cierto es que la capa muere. Lo del fiscal es un síntoma terrible.

Digitized by Google

¡Ah! sí; lo que en la juventud anuncia, cuando más, una exigencia de la lógica inconstancia; lo que cuando se tiene barba negra y corrida significa solo un pretexto para tener algo que no pagar, ó simplemente una imposicion de la tirana moda; á cierta edad avanzada, en el ocaso de la existencia, de sesenta para arriba; cuando no se tienen más que pelos blancos desde la nuez hasta el occipucio, quiere decir mucho, mucho. No se pasan, en verdad, tres duros de años llevando capa desde setiembre á mayo; no se asiste entre unas vueltas de lana y seda á la caida del antiguo régimen, á la guerra civil y á varios pronunciamientos; no acostumbra uno á su país á verlo siempre con la capa puesta, lo mismo en el paseo que en la oficina, lo mismo en casa del general Espartero que en la de Gonzalez Brabo, lo mismo en la Audiencia que en la redaccion de un diario republicano, para renunciar el mejor dia y sin un motivo profundo, á una prenda que consta como parte integrante de nuestra personalidad, y sin la cual no se nos ha retratado nunca. Cuando esto se hace es porque pasa algo grave, es porque se cumple alguna inexorable ley del órden moral.

La capa muere, pues, no hay que dudarlo. La primer mañana que el Sr. Diez ha salido de su casa sin ella, puede considerarse como su fecha mortuoria. El momento en que el respetable ex-fiscal pagó, con los restos de su última nómina firmada, en la mejor ropería de la calle de la Cruz el precio de su nuevo carrick, ese momento bien puede ser considerado como un momento histórico. Así, con esos tristes síntomas de dolorosa resolucion en sus partidarios, caen y mueren las instituciones. No ha tenido de extraño ver á un republicano de ayer dejar de serlo cuando al interés pátrio ha convenido; pero el ver al señor Diez, al de los párrafos cortos, al de la capa de siempre, en posesion de uno de esos abrigos novísimos, exóticos y efímeros que el estranjero nos ha enviado, equivale á oir la voz de la nacion entonando un solemne *requiescat* á la prenda de sus mayores. Tal al ménos nos parece.

Pues bien; si la capa pierde terreno, los cimbrios lo ganan, y lo que sucede en el sentido del uso con la prenda más ibérica, pasa en otro sentido con esa comunidad que no ha tenido partidarios en provincias hasta que algunos progresistas se los han dado. Los cimbrios se crecen de una manera prodigiosa, los cimbrios avanzan rápidamente por las sinuosidades del radicalismo. Para ellos cada dia es un triunfo,

Digitized by Google

cada paso un escabel, cada momento una ambicion satisfecha. Son la nubecilla que nace invisible en el horizonte y que se extiende rápidamente á cubrirlo; son la gota de reactivo que se apodera de todas las moléculas del vaso de agua; son la pequeñez que realiza la fiebre de la grandeza con su único procedimiento posible: la astucia; son indudablemente algo que prospera, algo que se agranda, algo que aspira á una victoria trascendental.

Ya les habiamos visto practicar, respecto al progresismo, aquello de «divide y vencerás,» que lo mismo se aplica á una piña que á un partido. Ya les habiamos visto dar la jefatura de pelea al Sr. Ruiz, para que nadie sospeche que ellos y solo ellos la tienen; ya les hemos visto meter, como quien no quiere la cosa, al Sr. Martos de vicepresidente en la Tertulia, despues de haber fundado el periódico del mismo clásico nombre; y ayer les hemos visto, ó mejor dicho, no les hemos visto en las exéquias oficiales del general Prim. No fueron á ellas sus jefes, sus hombres más autorizados, sus notabilidades, y solo alguna que otra relativa insignificancia apareció en Atocha con sus guantes negros.

Puede que sea suspicacia nuestra; pero la ausencia del cimbrismo en el gran funeral de ayer, nos parece cosa significativa. Y si no, discurramos brevemente sobre ello. ¿Por qué no fueron los jefes cimbrios á las honras del último jefe progresista? ¿Están enfermos? Nada se sabe, ni es de creer que lo estén con tal unanimidad; por otra parte, conocida es la resistencia férrea del Sr. Rivero, y la solidez biliosa del inteligente Sr. Martos, y la inmodificable normalidad salutífera del Sr. Moret. ¿Lo hicieron por visitar al Sr. Ruiz? Tampoco es creible; el Sr. Ruiz, aunque hubiera estado bueno, quizás no hubiera ido por no ver que el Sr. De Blas llevaba en su coche al jóven duque de los Castillejos. ¡Buena se hubiera armado si D. Manuel vé esto! ¿Será porque los cimbrios no son madrugadores? Todo lo contrario: nosotros creemos que los cimbrios no duermen; nadie les ha visto, al ménos en lo que va de revolucion, dejar de aplicar un ojo avizor á cuanto pasa.

Puede, en su virtud, y debe presumirse que la aparente é incomprensible falta cimbria de ayer obedece á una causa recóndita que se enlaza con el sistema de sus procedimientos. ¿Quién sabe por dónde resultará ese retraimiento? Por de pronto, nosotros estamos seguros de que más de un zorrillista, más de un radical nuevo, se retiró ayer á su

Digitized by Google

casa hondamente preocupado y diciéndose: «cuando los cimbrios, que son nuestros maestros en liberalismo y en tantas cosas, no han pagado tributo á la memoria del general, acaso hayamos estado todos en un error creyendo liberal al general Prim. De todos modos, esto es una leccion que ningun buen individualista debe desperdiciar. Decididamente, los progresistas ni hemos sido, ni somos, ni seremos nada sin esos señores que quieren regenerarnos por el cimbrismo. Sea, pues, como ellos quieran.» Y figúrense Vds. lo que tales reflexiones labrarán en el ánimo de ciertos milicianos tibios; figúrense Vds. si el cimbrismo puede sacar partido de tales soliloquios! ¡Y lo sacará, lo sacará! ¿Pues no lo ha sacado hasta de las ideas estanquistas de D. Servando?

Digitized by Google

¡NADA!

(15 de Enero.)

Anteanoche, mientras se celebraba la reunion de ex-ministros unionistas, se celebraba tambien en el café de la Iberia la más numerosa, palpitante é interesante reunion de radicales que en lo que va de mes ha visto Madrid. Notemos de paso la preferencia que el radicalismo tiene por el viejo café de la Carrera de San Gerónimo. Verdad que la Iberia viene siendo hace años un café político, una especie de sucursal parlamentaria; pero es verdad tambien que ningun partido la ha cultivado y poblado tan colectiva y ruidosamente como el radical. Lo que los moderados hacian otras veces en el *Casino*; lo que los progresistas en su *Tertulia*, y los unionistas en su *Círculo* han solido hacer modestamente, los radicales lo hacen ahora en la Iberia con un explendor, y con un apresuramiento, y con una solemnidad callejera, que pasman.

Débese esto probablemente á dos causas. Primera, á la comodidad y buena posicion relativas de la mayoría del radicalismo, tan distantes de la penuria conservadora que *El Imparcial* ha puesto muchas veces de relieve. El radicalismo podrá no ser un partido de mayores contribuyentes por territorial; pero acaso lo será por la industria; de todos modos no hay partido á quien se vea, cuando llega el caso, tomar y pagar más copas. Segunda, á la pasion que el radicalismo tiene por la publicidad, por hacerlo todo en el seno y á la faz del pueblo, de ese pueblo tan saludado y acatado por el Sr. Martos siempre que conviene; por la necesidad en que el radicalismo individualista tiene constantemente de exhibirse ante la colectividad soberana del conjunto social, y que tan hondo disgusto deparó ya á Mr. Price. De manera que un partido rico y popular no es extraño que sea un partido de café.

Digitized by Google

Pues bien; repetimos que anteanoche el de la Iberia estallaba, por decirlo así, de radicales. Aquello era un *meeting* de hecho. Aquello era un crugir y vaciar de vasos y botellas estruendosísimo; aquello era como el final de un banquete del Sr. Rivero, elevado al cubo; aquello era un consumo inverosímil; aquello era un no haber mesas para el público neutral, un ir y venir de sala á sala y de silla á silla, un murmurar y un gritar alternados, una série de discursos interrumpidos por la libacion ó por los aplausos, un espectáculo, en fin, verdaderamente admirable. Los directores del mostrador no daban abasto á cambiar tanta peseta, los mozos sonreian en la plenitud de la propina, la cocina se quedaba sin depósitos, y la opinion pública, por boca de los transeuntes que miraban á través de las puertas de cristales, se decia para sus adentros: así se salvan y se consolidan las instituciones.

Habia, naturalmente, radicales de todas las múltiples especies de la gran clase, de todas edades, aptitudes, condiciones y estructuras, desde el cimbrio de pura raza, que necesita pensar en su último destino para comprender la monarquía, hasta el zorrillista de buena fé que todavía no se ha puesto más que el guante de la mano izquierda, y eso sin abotonarlo. Pero nuestros lectores nos perdonarán que no citemos nombres propios, por muchas razones. En primer lugar, todo lo personal es pequeño y desatendible cuando se trata de estos grandes intereses de la política y de los cafés; y además, nosotros estamos arrepentidos de haber hecho alguna vez menciones y citas individuales; nosotros no debemos querer ni aun la gratitud de adversario. Sin ir más lejos, nosotros tenemos hoy un remordimiento por habernos ocupado concretamente en la personalidad del Sr. Diez, fiscal que fué del Supremo, y haber seguido paso á paso las modificaciones de su aspecto, la jubilacion de su capa, la trascendente aparicion de su carrick novísimo, su entrada, en fin, de lleno, en las formas de la civilizacion. ¿Cómo nos perdonarán nuestros correligionarios la parte que hemos tomado en hacer del Sr. Diez un personaje de actualidad?

No haremos, pues, más que una cita negativa; no diremos quiénes asistieron; no llamaremos por sus nombres y apellidos á los poseedores de aquellos elocuentes lábios ribeteados de cerveza, ó coloreados por el chocolate, cuyos arranques oratorios tenian despierta á toda la calle del Lobo; solo diremos una cosa importante, y es que el Sr. Ruiz no asistia. ¿Por qué? Misterio á primera vista. Un partido que tiene

Digitized by Google

jefes tan asistentes al Europeo, como lo fué en sus buenos tiempos el ex-director de *La Discusion*, y tan conocidamente aficionados al sorbete como D. Cristino, bien pudiera tener un jefe de pelea que no se desdeñara de tomar café ante su país. Pero, sin duda, el Sr. Ruiz lo cree incompatible con las austeridades sistemáticas que su posicion le exige, y la prueba de ello es que desde lo de la calle de San Roque no se ha vuelto á saber que D. Manuel salga de la Tertulia ó de su casa ni para echar una triste cana al aire. Y por otra parte, comprendemos la situacion de un jefe de partido en un café lleno de amigos; lo natural es pagar por todos, y los tiempos no están para correrse. ¡Sí, sí! ¡Buenos están los tiempos!

No necesitamos decir, por lo demás, cuál habia sido el móvil, la causa ocasional de aquella cita, de aquella reunion: cuál era el objeto de todas las conversaciones, de todas las peroraciones: habia crísis, el Sr. Topete se iba del ministerio, la tortilla, es decir, la situacion se volvia inesperadamente del lado internacionalista, y los jefes de la union liberal iban á dar la voz de «Rompan filas» y de «Sálvese el que pueda» en el campo ministerial. «¡Ah, qué union liberal esta, tan admirable, dicen que decia un radical de cincuenta grados, haciéndose éco del sentimiento de todos; ella nos va á dar resuelta la cuestion de la manera más fácil y patriótica! Señores; yo he aborrecido siempre, y sobre todo cuando no era monárquico, á la union liberal; pero hoy declaro que es un partido conservador digno de aprecio, un partido que sabe impacientarse y cuadrarse cuando nos conviene, y que es menester dejar constituirse y organizarse en los ocho ó diez años que nosotros vamos á gobernar. A ver, que vaya uno de Vds. á avisar á D. Servando para que se ponga el frac. Sospecho que no se le pondrá esta vez inútilmente.»

Dieron en esto las doce de la noche, oyóse el ruido de coches por la Carrera; tiemblan las vidrieras y una voz dice: ¡Ahí van! ¡ya han concluido! ábrese la puerta y un radical noticiero entra con la cara triste, con una cara tan triste como si se hubiese perdido otra votacion presidencial; contráense los dilatados semblantes, las manos sueltan los vasos, prodúcese un gran movimiento de la circunferencia al centro, es decir, al sitio ocupado por el noticiero; la atmósfera de tabaco se inocula de negro presentimiento, y se formula la fatal pregunta unánime: «¿Qué hay? ¿qué hay? ¿qué hay?...—Nada.—¿Cómo nada?...

Digitized by Google

—Nada: repeticion de lo del Senado, apoyo incondicional, crísis conjurada, desinterés absurdo, alianza ministerial á prueba de bomba, tiempo perdido por nuestra parte. Hay que esperar al dia 22: que vayan á avisar á D. Servando que no se vista. A pagar, y á dormir, señores!!!

Y fué de ver la dispersion, la disgregacion, la fuga. No hubo más que un grito, un solo grito exhalado por cien bocas burladas; el grito de ¡maldita sea la union liberal!!! y dos minutos despues los mozos recogian, con la indiferencia propia de la profesion, los restos de los servicios, y la soledad reinaba en la integridad del recinto. Radical hubo que, por huir pronto del local, como si huyera de sí mismo, se dejó sobre su mesa el último número de *La Revolucion Social*, del señor Garrido; zorrillista hubo que, por segunda ó tercera vez en su vida, tomó en la puerta un coche de alquiler. Y sobre todo, nosotros sabemos de un demócrata, de los más autorizados, que llegó á su casa hecho un basilisco. Su familia le esperaba (hay tambien familias demócratas) con la ansiedad consiguiente. Pero su familia no se atrevió á preguntarle, por temor de una respuesta demasiado enérgica; la razon de aquel mal talante. Solo la esposa pudo adivinarlo, cuando, al darla el paletó para que lo doblase, le dijo el tremendo jefe: Fulana, lo primero que has de hacer por la mañana, es buscar entre la ropa vieja mi antiguo gorro frigio, y limpiarlo y coserlo si lo há menester: que ¡vive Dios que de esta hecha me lo voy á poner para no volvérmelo á quitar aun cuando D. Nicolás y San Nicolás me lo manden!—Pero hombre, ¿qué ha pasado? se atrevió á decir por fin la tímida cónyuge, parapetándose tras de una silla.—NADA!!! contestó tirándose del cabello su adusto dueño, y acto seguido se echó en la cama boca abajo, como si tuviera el propósito deliberado de asfixiarse con la almohada.

Digitized by Google

CARTA DE UN RADICAL A SUS ELECTORES.

(25 de Enero.)

«Tertulia 24 de enero por la noche, y con una luna muy parecida á la de Valencia.»

Parientes y empleados mios: ya no soy nada, es decir, ya he vuelto á ser lo de siempre, lo que era antes de que nuestro aborrecido Sagasta me trajera á las Córtes. El ánimo más templado en la democracia se espanta al considerar estos vaivenes de la existencia. Ayer mismo, yo era todavía, por la mañana, un monárquico accidental con frac y gaban de pelo; algun que otro portero con casaca galoneada llamaba á mi puerta y me daba usía; el correo llevaba gratis mis cartas particulares y las de mis conocimientos á cuarenta y nueve provincias; todas las tardes bebia de balde agua de Lozoya con azucarillos á discrecion, y vosotros teníais derecho á ponerme en el sobre de vuestra correspondencia el título de diputado á Córtes, que ha sido por muchos meses la admiracion de mi patrona. ¿Verdad ustedes?

Y eso, en cuanto á lo externo, á la forma, á lo tangible, como dice Salmeron: que en cuanto á mi fuero interno, yo era mucho más, yo tenia la facultad de creerme una de las esperanzas de las instituciones, yo he ido algun viernes á palacio, yo he votado como un valeroso cordero y bajo la sonrisa de D. Cristino, cuanto ha sido preciso para la libertad radical, yo hubiera sentado plaza con cincuenta mil del pico en la primera ocasion, yo bendecia para mi capote la felicidad con que dejé de ser progresista histórico para tener historia y porvenir, yo os hubiera llenado de encomiendas libres de gastos; yo, en fin, creia en la Providencia, es decir, en el derecho de disolucion.

Digitized by Google

Pero, sí; ¡que si quieres! *vanitas vanitatis*, como creo que se dice en hebreo; el decreto amaneció ayer en poder del Antecristo. Yo lo ví, yo lo ví, poco antes de las dos, y al salir de la Iberia con una copa más y media peseta ménos, pasar por la Carrera en su coche nacional, y desde luego observé que llevaba guantes blancos, como Malcampo en la noche de la suspension. ¿Serian los mismos? Yo creo que sí; al ménos, me produjeron el mismo efecto, el mismo frio en el estómago. ¡Ah, mis amigos! pocas veces me los he puesto, pero será difícil que vuelva á incurrir en esa debilidad liberticida. El guante blanco es reaccionario por naturaleza, y muy caro además. La *Internacional* es una compensacion de los guantes blancos, y debe serlo; ¡felices vosotros que no teneis idea siquiera de su hechura, y cuyas manos conservan petrificado el polvo de vuestros corrales!

Pues bien; los guantes de Sagasta, más que mi voluntad, aquellos guantes que brillaban en mi oscuro cerebro como dos astros fatídicos, aquellos guantes con los cuales soñaré muchas noches, aquellos guantes que no olvidaré nunca, me llevaron con atraccion magnética á la casa grande. Llegué á su puerta, atravesé la muchedumbre de curiosos de sus cercanías, entre los cuales no era difícil conocer á los alabarderos que nos habian de victorear si triunfábamos; los detestables agentes de órden público me abrieron paso de mala gana, como si les pesara no poder echarme mano; y por fin, entré. Mis amigos me infundieron nueva esperanza. Se preparaba una verdadera culebra parlamentaria; se trataba de no dejar leer el decreto; se iba á armar la gorda; todo, por supuesto, en bien de la libertad. Aun habia patria.

¡Qué sesion, qué sesión, qué cosa tan hermosa, sobre todo en su principio! ¡Cómo os recordé en ella, amigos mios, y cuán digna de participacion hubiera sido vuestra espontaneidad en aquella zalagarda, que nunca nos agradecerá bastante la vírgen democracia! Presidia Becerra, ya sabeis, el panegirista de los granaderos lombardos, el antiguo favorito del pueblo; las tribunas, en muchas de las cuales habia mujeres (¡qué españolas estas tan valientes!), estallaban. Se leyó el acta por Rios Portilla, ya sabeis, el de las gafas, el secretario ideal, á quien habiamos dado órden de estarse á pié firme en la tribuna tres dias y tres noches; y pedimos la palabra sobre el acta unos veintitantos, con objeto de hablar lo que á la libertad conviniera. Yo, sin embargo, no pude hablar, no solo por no perder la única virginidad que

Digitized by Google

me queda, la de mi silencio, la del mutismo forzoso, que dijo Taladrid el compatible, sino porque los malditos guantes blancos de D. Práxedes, que figuraban en el banco azul, me cohibieron.

Pero en fin, los amigos hablaron. Habló el jefe, y parodió primero al general Prim, y dijo: «¡Radicales, á defenderse!» Esto es, á defender los restos de lo del Banco de París, el sagrado del filibusterismo y la monarquía del gorro frigio; y luego parodió á Olózaga, y entonó una salve, la primera acaso de su vida, por la dinastía. Esto no nos disgustó demasiado. Aquel no era el momento de compadecerse de nadie antes que de uno mismo; y despues, esperábamos un discurso de D. Manuel, propio, original, congruente. Está visto que este mísero D. Manuel no es el hombre de los grandes momentos; se achica, se achica cuando la cosa va de veras. Mucho me temo, pues, que tenga qué volverse á Tablada sin jefatura. Y luego, él nos las habia prometido félices, nos habia dirigido, nos habia aletargado en la confianza. ¿Por qué aquel miedo, por qué aquel fiasco? Sea dicho entre nosotros, á mí me parece que la influencia de Perez de Guzman, el ex-secretario de Cheste, anda en todo esto.

D. Nicolás quiso reivindicar su autoridad disuelta, y habló tambien, con más aire chino que nunca, es decir, no cesando un instante de tener los índices de ambas cerradas manos extendidos, y de dar vueltas sobre sus talones en el escaño. Pero la verdad es que D. Nicolás no sabia, por variar, lo que iba á decir, y no supo salir de su decadencia sino con un viva á la pobre sobada libertad. Por fortuna se levantó Martos, más elocuente y más indócil que nunca, y sin hacer caso del gesto iracundo de sus jefes, abrió su pico de oro y en nombre del monarquismo sencillo y juvenil que abona su limpio semblante, habló contra la disolucion, como si *El Imparcial* no la hubiera pedido ayer mismo á voz en grito. ¡Ah! D. Cristino es un hombre; tiene palabra, carácter, pensamientos y hasta gramática. Yo me voy con él á donde se vaya: os lo advierto.

Por su parte, nuestros aliados lo hicieron tambien á pedir de boca. Cada medio minuto salia de los bancos republicanos ó carlistas una interrupcion, una atrocidad que hacia temblar el techo, y que nos confortaba como era justo. El jóven Abarzuza, el amigo íntimo de Castelar, apostrofó al monarca salvando valerosamente hasta las conveniencias de una persona que viste bien. Soler, el delicioso y sombrío

Digitized by Google

aragonés, y Muro, el ignoto, invocaron las futuras barricadas. Figueras llevó tambien la triaca de su palabra al comun veneno atmosférico, y Nocedal excitó á los contribuyentes á la rebelion. ¡Dios les pague á todos este noble y desinteresado servicio! Respecto á los horribles conservadores de todos matices, con excepcion del feroz Rios Rosas, que nos traqueteó de lo lindo excitándonos á la buena muerte; de Cánovas que regaló al gobierno las simpatías de algunas clases odiosas y propietarias, y de Elduayen que probó que los impuestos se cobrarán legalmente, apenas si se les oyó la voz. Parecia que todos llevaban guantes blancos.

Planteada así la batalla, no habia para nosotros más que dos salidas: ó un contra-decreto, ó el Saladero. Cualquiera de estos dos resultados nos sonreia: él primero, como un triunfo inmenso y único en la historia; el segundo como un asilo donde, despues de todo, le mantienen á uno. Pero de pronto cunde una noticia terrible por bancos y pasillos: el decreto se ha leido ya en el Senado, como si allí no hubiera un solo radical para una tribuna; el decreto es ya un hecho, la cosa no tiene ya remedio, ya no hay Córtes, ya no somos Congreso, ya aquella reunion es el circo de Price, ya puede entrar allí Guillermina, ya no hay esperanza!... ¿Qué hacer? ¡Los guantes de Sagasta se despegaron del banco azul; Rios Portilla, más verde que nunca, dejó la tribuna, y el decreto fué leido en las silenciosas barbas de toda la democracia!...

Yo no soy filósofo, amigos mios; yo, entre un destino ganado á escopetazos y la cesantía reflexiva, optaré siempre por el primero; pero yo me permito hoy aconsejaros resignacion, cachaza, calma, mucha calma, esa calma que, como dicen en el *Molinero de Subiza, es la ciencia que enseña á triunfar*. Esperemos. Dos meses más ó ménos de monarquismo no van á ninguna parte. Estos conservadores ni quieren ni necesitan nuestro exterminio. Tengo certeza, por el contrario, de que desean vernos en las próximas Córtes en número bastante para aquello del juego alternado. Abandonados á nosotros mismos, no pasarian de diez nuestros distritos. Hay, pues, que hacer dos cosas: la primera, remachar la coalicion con federales y carlistas, en nombre del pueblo soberano; la segunda, dejarnos proteger prudentemente por la inofensividad del gobierno, en nombre de la monarquía. Luego, así que pase abril, veremos lo que conviene. ¡Animo, pues, deudos y súbditos mios, y que Dios os libre de ver unos guantes blancos en accion!

Digitized by Google

POR CUENTA PROPIA.

(5 de Febrero.)

Es indudable que todas las cosas tienen un fin, aunque la insensatez radical parezca probar lo contrario; pero no es ménos verdad que todo lo existente empieza por su principio. Hay ciertas celebridades, por ejemplo, que concluyen pronto y de mala manera; pero todas han empezado alguna vez, más ó ménos inverosímilmente. Y esta ineludible condicion de todo lo que á ser llega, que olvidó Pero Grullo en sus axiomas; esta necesidad inexorable que todo lo que ha de concluir tiene de empezar, se ha cumplido en la última reunion del Circo de caballos, y ante la mejor parte republicana del buen pueblo de Madrid, en la persona del Sr. Mathet, que empezó el viernes á ser célebre de la manera que la Providencia, en sus inexcrutables designios, tenia decretada.

Verdad que nadie se lo esperaba; verdad que nadie sospechaba que el radicalismo iba á darnos, con una funcion más, una nueva celebridad; verdad que esto no cabia en el general presentimiento. Todo el mundo presumia que si sonaba allí la hermosa voz serpentónica del Sr. Ruiz, ó el chirrido oral y filosófico del Sr. Echegaray, ó el zumbido clínico del Sr. Mata, ó la elocuencia acre del Sr. Martos, ó el trasnochado patriotismo del Sr. Escosura, nos ofrecerian todo género de admiraciones y atrocidades. Pero que el radicalismo se aprovechase de su última inconveniencia colectiva para darnos una notabilidad más que padecer, esto no se lo temia nadie. Y sin embargo, pasó, acaeció, tuvo efecto, por lo que hemos dicho; por aquello de que las cosas quieren principio, y están en su perfecto derecho al quererlo.

Lánguidamente recostado en la baranda de su palco, segun nos ha

Digitized by Google

contado un testigo presencial del jaleo, se hallaba el Sr. Mathet desde el comienzo de la reunion, saboreando física y moralmente su colocacion y su postura, en la plenitud de esa satisfaccion compleja que produce á ciertos espíritus sencillos el verse raramente en palcos, y sobre todo en palcos que no se pagan. Ni su propósito, ni su ambicion, ni su deseo, eran los de tomar parte activa en la fiesta. Liberal modesto, que ha llegado á serlo poco á poco, meditada y paulatinamente, como la sabiduría aconseja; hombre político que ha recorrido la penosa escala de cien ásperas vicisitudes; patriota que tiene la conciencia de haber servido bien á su país en todas las diversas situaciones de su vida, ya como carlista, ya como alcalde-corregidor moderado, si no nos equivocamos, el Sr. Mathet fué á Price el jueves último con los dos únicos planes privados é inofensivos de observar y de gozar.

Así es que cuando habló el primero el jefe de pelea, y anunció sencillamente que de lo que allí se iba á tratar era de salvar la libertad y la patria, vendidas en su opinion por los que no quieren que sea ministro, el Sr. Mathet no tuvo otro deseo, ni formó otro propósito, que el de escribírselo todo aquella misma noche á la prima de D. Manuel. Esta prima de D. Manuel es una señora de la noble patria de Hernan-Cortés y del chorizo, vecina de Cáceres, que celebra todos los triunfos y encumbramientos de su gran pariente sacando á la ventana su retrato, bajo dosel de frescas hojas, y haciendo quemar en su loor todos los cohetes de que dispone el mejor pirotécnico de la capital. Histórico.

Habló luego el apologista de los pelos que no arden, el cada dia más simpático y más incrédulo Sr. Echegaray, y cuando terminó aquellas audaces elucubraciones sobre el pudor, aquella admirable figura química sobre la fumigacion insuficiente, que levantó como una humareda de espliego y cloruro en todos los ánimos, el Sr. Mathet sintió correr en sus adentros como un raudal de ternura, y no hizo otra cosa que enjugarse furtivamente una lágrima espontánea, y bendecir el severo estudio de las matemáticas, que tales Pepes produce.

Llegó en seguida la vez al Sr. Mata, y al oirle sacar partido de Tántalo, Danao y Sísifo, el Sr. Mathet, poco versado en mitología, aplaudió más por instinto que por convencimiento. En ninguna historia constitucional ha visto el Sr. Mathet citados aquellos personajes. Y cuando el Sr. Sanromá echó su cuarto á espadas, y discurrió profundamente sobre los saltimbanquis políticos, y sobre los filibuste-

Digitized by Google

ros impenitentes, el Sr. Mathet comprendió cómo se llega á ser subsecretario y diputado colonial. Y cuando D. Patricio, con el sombrero en la mano, quiso contar sus aventuras conservadoras de los últimos quince años, el Sr. Mathet no fué de los que ménos invitaron al consecuente liberal á cubrirse. Y cuando el Sr. Moret, el soñador de un radicalismo que se peina, se esforzó en quitar sus negros colores al coco de la *Internacional*, el Sr. Mathet siguió enternecido. Y cuando el Sr. Martos, á falta del Sr. Rivero, que se hallaba en cama, tal vez durmiendo, buscó su éxito en aquello del traidor, un sombrero, un solo sombrero, de copa alta y en buen uso, surcó la atmósfera del Circo en curva descendente y fué á caer á los pies de D. Cristino: era el del Sr. Mathet.

Pero, repetimos que todo eso lo hizo el Sr. Mathet, segun sus cronistas y admiradores, sin la menor idea de atraerse la general atencion, con la despreocupacion y la naturalidad del sentimiento, como si él mismo no hubiese de tomar parte en aquellos ámplios, y dramáticos é impunes debates. ¿Por qué, pues, habló al fin y al cabo el Sr. Mathet, ó por qué pidió y tomó la palabra desde su palco, y se convirtió de espectador en actor repentinamente, mucho más repentinamente que se convirtiera de moderado en radical? ¿Fué el contagio, fué el magnetismo de aquellas elocuencias que *El Imparcial* no ha vuelto á llamar cortijeras, fué esa tendencia reproductora que desde la cotorra al mono, y desde el mono al hombre, y desde el hombre hasta la cebolla hace que se repitan ciertas cosas? No; no hay que acudir á la historia natural para explicar esto; basta y sobra con la necesidad filosófica del principio de todo. La celebridad del señor Mathet debia empezar, y empezó.

Resignado á hacerse notable, ó lo que es lo mismo, puesto ya en el aprieto, el Sr. Mathet se vió obligado á salir de él lo mejor posible; y entonces fué cuando soltó aquella aseveracion pavorosa sobre la incompatibilidad de la democracia con ciertos atributos esenciales, ó sea con la monarquía. Porque el Sr. Mathet comprendia que era preciso echar el resto para no hacer fiasco, ó para no pasar desapercibido entre un liberalismo donde hay hombres tan eminentes y tan maduros como el Sr. Salmeron, por ejemplo, que están hablando hace cuarenta años sin hacerse oir. Necesitábase, pues, tirar de la manta, irse al bulto, dar en el blanco, y el Sr. Mathet lo hizo: la monarquía demo-

Digitized by Google

crática quedó desnuda entre sus manos, y el radicalismo sintió en su conciencia toda la realidad republicana que le constituye.

Una sola atenuacion aparente se permitió el Sr. Mathet, en aquello de que hablaba por *cuenta propia*; pero esto mismo fué lo más hábil de su peroracion. La mayoría del público federal que le escuchaba le aplaudió á rabiar, con esa protesta y todo. ¿Estaria oportuna y artísticamente hecha? Levantarse á hablar federalmente por cuenta propia, y ser aplaudido del radicalismo en masa, equivale á decir al radicalismo: declárate. Y el radicalismo se declaró aplaudiendo, es decir, sintiendo. ¿Dónde hay mejor elocuencia que la del sentimiento? En parte ninguna. Por eso el marqués de Sardoal ha pedido á los concejales, sus nuevos compañeros, en su último discurso, que le dejen sentir, sin perjuicio de que le dejen ser alcalde. Véase el texto.

Felicitamos, pues, al Sr. Mathet; una celebridad que comienza, es y será siempre para nosotros algo sagrado. El Sr. Castelar acaba de decir bajo su firma, y con la más pitonísica de sus entonaciones: «¡Desgraciado el político que no inspira ódios!» Nosotros, ménos viriles, pero más prácticos que D. Emilio, decimos: ¡Desgraciado el radical que no se distingue en cualquier sentido, que no aprovecha la ocasion de su celebridad! Es hombre perdido, y difícilmente llegará á director, como el Sr. Prieto.

Digitized by Google

COSAS DEL MANIFIESTO.

(10 de Febrero.)

En el manifiesto radical de ayer hay muchas cosas notables; hay, por ejemplo, una frase agrícola, aquella de que estamos en un *período de labor política*; y esta osada afirmacion se consigna despues de asegurar que, con motivo de acercarse el dia de las elecciones generales, nos hallamos ni más ni ménos que en pleno período electoral. Nosotros hemos procurado averiguar quién ha sido autor de ese giro elegante, porque lo creimos á primera vista contrario á la naturaleza del estilo hiperbatónico del Sr. Echegaray, que en lo demás del documento resplandece. El Sr. Echegaray lo hubiera puesto al revés, hubiera dicho *de labor período*, como dijo el clásico *de fregar caldera*, porque el autor de los *agravios* ama la trasposicion en todo lo que á su personalidad no afecte. Pero nuestras pesquisas han sido inútiles, y solo hemos logrado, despues de mil afanes, sospechar que esa notable frase, que huele á yunta, se deberá acaso á la intervencion literaria del señor marqués de la Florida, único nombre de los firmantes que parece tener cierta conexion con la agricultura.

Hay tambien en dicho manifiesto una queja, y amarga, y profunda como el Océano. Pero esto no nos extraña tanto. Los españoles tienen el derecho fundamental de quejarse. Es una facultad nacional, que arranca de nuestra historia, y que, desde el dia en que los antiguos redactores de *La Discusion* se permitieron intervenir en nuestra felicidad, se ha convertido en un deber público y privado, de cuyo cumplimiento se necesita haber sido ministro sin saber por qué, para eximirse. Así, pues, la queja no nos sorprende, y mucho más cuando versa y se apoya sobre el decreto de disolucion. ¡Malhadado decreto ese, y cuántos sinsabores empieza á costarnos! Entre otros efectos su-

Digitized by Google

yos figura tristemente el haber venido á cambiar la direccion del convencimiento público. Creiamos hasta hoy muchos peninsulares que la gravedad de las presentes y un tanto ásperas circunstancias del país, se debia en sus nueve décimas partes á la dificultad de organizar un ministerio cimbrio que durase siempre. Pues no señor: esa gravedad procede toda del decreto de disolucion. El manifiesto lo dice. Paciencia.

Contiene tambien el susodicho documento un interesante problema, breve, pero elocuentemente formulado, en aquello del *partido de porvenir*, de crítica, de discusion y de propaganda, nacido y criado á los pechos de la revolucion de setiembre, simultáneamente con su hermano gemelo el radicalismo. Cosa que, desde el punto de vista de la lactancia, se explica perfectamente considerando que, como dice tambien el manifiesto, la revolucion de setiembre fué *hermosa*; calificativo erótico que explica una maternidad de ese calibre. Las revoluciones hermosas, como las mujeres que lo son, tienen mucho adelantado para no morir sin descendencia; ahora, si la prole es buena ó mala, eso el tiempo lo ha de decir, y los decretos de disolucion lo han de probar. ¿Cuál será, empero, el partido del porvenir en España, segun el radicalismo? ¿El republicano? No puede decir ni creer esto un partido monárquico. Hay, pues, problema, y profundo y curiosísimo, en la frase. Pero, ¿dónde no los hay? ¿Ni dónde hay más problemas que en el radicalismo? ¿Para qué ha vivido sesenta años políticos el Sr. Pasaron? ¿Para qué se hizo su último frac D. Servando? ¿Para qué se hizo realista don Nicolás? ¿Para qué sirvió la justicia á los secuestradores de Andalucía? Problemas son todos estos, y no flojos, y como estos hay muchos; sin ir más lejos, ¿no es un problema el partido futuro del Sr. Escosura?

Y hay otra infinidad de cosas admirables en la alocucion, ó lo que sea. Aquello de proclamarse el radicalismo el solo partido gobernante que existe y puede existir mientras viva la generacion que le ha fundado, es todo un sistema. Montesquieu, de seguro, no soñó en un régimen constitucional compuesto de un monarca y un partido contratados, mediante escritura, para coexistir á perpetuidad en el gobierno. Aquello de la *coalicion monstruosa* de los elementos liberales conservadores tampoco deja de tener su sal y pimienta. Porque la lógica lo dice: coaligarse los monárquicos constitucionales con los republicanos

Digitized by Google

y los absolutistas, esto está en el órden de un ministerio que se desea. Pero unirse los que profesan unos mismos principios y acatan una misma legalidad, y unirse sin otro objeto que el de dar un poco de aliento á la propiedad, al órden social y á otras fruslerías, esto es una monstruosidad digna solo de la reaccion pícara que nos corroe; y sobre todo, si esto es conservar, no puede exigirse semejante cosa á los que creen que no hay nadie que tenga algo digno de ese infinitivo.

Pues no digamos nada de aquello de *la posicion natural* que corresponde á los partidos gobernantes: parece que se está viendo al radicalismo siempre encima, como el corcho ó el aceite, á guisa de remate, cúspide ó corona inmutables, de la creacion revolucionaria. ¿Y aquel programa abreviado que se resume en *el restablecimiento de la moralidad pública*? Un tropel de sábados negros, de discursos de á bordo, de pagas incompatibles, de bosques desarbolados, de limosnas estancadas, acude á la imaginacion más estéril con ese conjuro. ¿Y aquello de la libertad *que tiene* el país? ¿No es este un rasgo de generosa franqueza, digno de imitarse? Vivir en pleno reaccionarismo, en pleno falseamiento de la ley, en plena tiranía, en corrupcion plena, y sin embargo, vivir en la libertad, y confesarlo, es hasta una abnegacion. ¿Y aquello del empréstito acogido con entusiasmo por todos los mercados de Europa? Es divino; solo le falta haber recordado á continuacion los préstamos hechos por el Sr. Moret, ó por el Sr. Ruiz Gomez, ó por ámbos, que esto todavía no se ha explicado, á 18 por 100.

En otro órden de ideas, aquello de *la evacuacion* es pavoroso. Cualquier lector irreflexivo creerá que se trata de una sangría, ó de otro procedimiento médico, ó al ménos de la gestion financiera del señor Figuerola; pero no: los radicales hablan de evacuar los comicios, y el Parlamento mismo, y la patria y la Europa, si la necesidad, ó, lo que es lo mismo, la iniquidad del gobierno les obliga. Ponemos por caso: que los extraviados electores españoles no elijan más que un par de docenas de nuevos y antiguos cimbrios, por no tener noticia de que haya más moralmente elegibles; que se disuelva un batallon de voluntarios, organizado segun el procedimiento de un municipio y un diputado que se entendieron para ello, y á cuya reorganizacion se proceda inmediatamente con arreglo á las prescripciones legales y otras zarandajas; que se traslade un juez de un distrito á otro, en que le dejen vivir, gracias á la distancia, los consejos de un centenar de caciques;

Digitized by Google

que haya un fiscal que, en nombre del Estado (¡valiente cosa es el Estado!) se permita denunciar algun escrito en que se excite á los contribuyentes españoles á no pagar los impuestos, ó en que se insulten, con vileza impúdica, las instituciones: que cualquiera de estas cosas suceda, y ya verán Vds. la evacuacion radical que se verifica. ¡Pues no faltaba más!

Por último, hay en el manifiesto otra cosa que, á decir verdad, nos ha llamado preferente y superabundantemente la atencion, y que hemos dejado para el final de este articulejo, no solo porque un deber cronológico nos lo exigia, sino porque nosotros somos de los que creen, con los niños glotones y los fumadores, que lo mejor está siempre al fin, y además, esto lo dice tambien la filosofía, y hasta la naturaleza: la muerte es nuestra libertadora, la muerte es lo último de la vida. Ahora bien, esa cosa superior que en el manifiesto encontramos es un nombre, ó mejor dicho, un apellido: el apellido del Sr. Bobillo, último de los representantes de provincias que firman el memorial. ¿Qué provincia tiene el honor de haber dado sus poderes al Sr. Bobillo (D. Felipe)? Esto no importa. Lo importante, lo raro, lo increible es que haya un radical que se llame así, que tenga un nombre tan inocenton y tan agradable. Por nuestra parte declaramos que, sin diminutivo ó con él, no creemos que haya un solo radical bobo. ¡Antes creeriamos en la inmortalidad de D. Manuel!

Digitized by Google

MÉJICO.

(19 de Febrero.)

Aunque el telégrafo nos tiene ya acostumbrados á recibir graves noticias de la mayor de las repúblicas hispano-americanas, ayer, sin embargo, ha sufrido esa gravedad triste y pavoroso aumento al noticiársenos que la última insurreccion se ha apoderado de varias importantes poblaciones mejicanas, que los revolucionarios se suman ya en más de treinta mil, y que el atribulado presidente Juarez ha pedido auxilio á los Estados-Unidos en tan terrible trance. Un periódico de anoche va más allá todavía, asegurando que el mismo Juarez ha perdido la vida en esa última lucha de su azaroso destino. Pero no encontrando nosotros en la prensa de hoy confirmado este doloroso detalle, lo ponemos con placer en duda todavía.

No nos extrañaria, empero, que saliese cierto. Si hay una víctima señalada hoy á la voraz disolucion social en que se agita el antiguo grande imperio del Nuevo Mundo, esa víctima parece ser el hombre intrépido é infausto por partes iguales que en estos últimos años lo ha dirigido. ¡Qué horrible leccion debe ofrecer á su espíritu, ó ha debido ofrecerle si ya no existe, el sangriento, horrible cuadro de su espirante patria! Él fué un dia, ó creyó ser un dia, su representacion, su encarnacion. Solo, ó con un puñado de aventureros, viviendo apenas de la caridad clandestina de sus paisanos, ó de la interesada limosna de la gran república inglesa, haciendo la vida del criminal contra quien parecen rebelarse cielo y tierra, Juarez mantuvo el fuego sagrado de la idea republicana en sus montañas y bosques, y ofreció en su persistencia un peligro constante, que más tarde, al fin, fué perdicion irremediable, al imperio de Maximiliano.

Llegó al cabo el dia de la victoria. La traicion y la alevosía fue-

Digitized by Google

ron sus auxiliares externos, por decirlo asi; pero la constancia de aquel hombre poco comun habia sido, en realidad, su mejor hueste. El heróico vástago de los Hapsburgos cayó bajo el plomo del fanático salvajismo comprado en su daño. Pudo salvarse y no quiso hacerlo; pudo abandonar en aquellas crueles playas la corona de espinas que la Europa monárquica le habia invitado á ceñir á sus sienes, y no vaciló un momento en renunciar á ello. Solo la muerte pudo arrancarla á su frente. La Europa habia tenido un gran pensamiento al ofrecérsela; el ensanche, el triunfo del principio monárquico en el seno de la anarquía sur-americana, y como compensacion del vertiginoso, creciente poder yankée; la regeneracion de una sociedad donde todos los vínculos de la vida moral parecian disueltos y rotos: esta fué la mision encomendada por Europa al inolvidable príncipe austriaco. La fatalidad le impidió cumplirla; pero él supo ser fiel al gran mandato, y al ofrecer al mundo civilizado los despojos de un mártir y de su angelical compañera, privada de razon por el dolor, el mundo entero saludó con luctuoso, pero justo entusiasmo al valeroso, al honrado, al egregio héroe cristiano!

¡Ah! lo confesamos: cuando nosotros leimos las últimas, tremendas y conmovedoras páginas de ese gran drama; despues de consagrar á la noble víctima la más pura ofrenda de nuestra admiracion; despues de añadir en nuestra conciencia aquella nueva parte al grave proceso que la opinion imparcial de dos continentes estaba ya formando á Napoleon III; despues de confiar á la Providencia la expiacion de aquel abandono indigno en que Francia y Europa dejaron á su augusto enviado, nosotros tuvimos un momento de duda; nosotros nos preguntamos: ¿Será verdad? La suerte de Itúrbide, el fin cruento de aquel aventurero, ¿fué la expresion real y constante del carácter de su raza, de su nacion? ¿Será inútil, será utópico soñar con la implantacion, con la aclimatacion de la idea monárquica en aquel Estado, nacido, desarrollado y engrandecido al calor de la gran monarquía española?

Y una voz, que nosotros creíamos entonces ser la de una verdad incontestable, parecia respondernos afirmativamente y decirnos: sí, es inútil, es utópico, es absurdo pensar en eso; sí, la idea republicana, llevada al Nuevo Mundo por la viril, por la constante raza sajona, es y será mejor mañana dueña absoluta de la maravillosa

Digitized by Google

region donde Hernan-Cortés dejó escrita una de las más grandes y admirables historias del valor humano; sí, hay que renunciar á la monarquía en América; no es la autoridad, no es la libertad, no es el órden social que la monarquía entraña y representa la forma adaptable en aquellas generaciones separadas ya de nuestra raza por principios que no pueden morir en su conciencia; sí, el sacrificio de Maximiliano no ha podido hacerse sin el asentimiento de la gran mayoría de aquel pueblo; solo la unanimidad en la exacerbacion de un convencimiento, de un culto, de un deseo, permite ciertos crímenes nacionales. Hay que reconocerlo, hay que creerlo, hay que desistir de semejantes propósitos en lo porvenir.

Y de ese convencimiento deduciamos otra consecuencia que nos parecia no ménos lógica: puesto que la República habia luchado, habia triunfado, se habia manifestado al mundo entero de aquel modo, con aquel horrible, pero patriótico carácter, la república dejaria en Méjico de ser la anarquía, de ser el bandolerismo organizado, de ser la ignorancia y la pobreza; la república triunfaria al cabo digna y definitivamente; seria un gobierno, seria una fuerza, seria una autoridad, seria un organismo, seria una sancion, una salvacion comun. Y al creer esto, creiamos en el brillante porvenir de Benito Juarez, del tipo del republicano, del patriota, del mejicano de su tiempo. Habia en él, debia haber en él para Méjico algo semejante á Washington, algo del gran patricio que merece y necesita despues del triunfo, la gratitud y la obediencia de su país.

Y en vano los periódicos y el alambre eléctrico nos trasmitian sin descanso el anuncio de nuevas perturbaciones, de nuevas rebeliones, de nuevos destellos de una guerra civil crónica y repugnante. Juarez triunfará, nos deciamos; Juarez sabrá triunfar al fin de todos esos peligros, de todos esos resábios de anarquía. Es imposible que la mayoría de sus conciudadanos, que tanto le ayudó hasta para utilizar el crímen, le abandone hoy que se trata de la salvacion general. Es imposible que la libertad no pida al fin algo de autoridad que la defienda, algo de respeto que la garantice, algo de órden normal que la salve. en un país, que, despues de todo, no puede morir, puesto que los países no mueren en un dia. Esperamos, pues; el Méjico constituido, el Méjico civilizado, la República digna de entrar en el concierto de los pueblos cultos, y de llamarse una nacionalidad, un conjunto respeta-

Digitized by Google

ble y respetado de deberes y de derechos, tiene que empezar, no puede tardar en empezar.

Hoy, sin embargo, ha llegado su triste turno de muerte y de desengaño á esa esperanza nuestra. Juarez sucumbe, la república, la idea nacional, la idea anti-imperialista, anti-europea, anti-extranjera, se agitan con él en una estéril y vergonzosa agonía. Un llamamiento horrible, de esos que las naciones no hacen nunca sin desesperar de sí mismas, no deben hacer nunca sin cubrirse él rostro, sale de los lábios del salvador de ayer, del ídolo popular de ayer, que acaso á estas horas haya barrido con su cabeza las calles de Méjico. La patria que no quiso constituirse bajo la égida de un ilustrado y sincero príncipe extranjero, que no quiso crearse una dinastía, y con ella un principio de independencia y una fuente de derecho público y privado; esa patria que no quiso una monarquía cuyo extranjerismo hubiera acabado en el hijo de Maximiliano, esa patria llama para *salvarse* á otra raza, á *otro* pueblo, á otra historia, á otra religion, á otra ambicion, que de dignarse acudir á su llamamiento, le impondrán, por lo ménos, desde luego el idioma inglés en su vida oficial. ¡Ah! no hay criterio filosófico que explique hechos semejantes sino por el mas desconsolador de los criterios; por la fatalidad: tambien hay pueblos que nacen para el desprecio del mundo; tambien hay barbáries que van directamente á la esclavitud, volviendo la cobarde espalda al progreso. Si nosotros pudiéramos apresurar el triste fin que parece amenazar á la nacion mejicana, acaso lo hariamos. Y la historia nos absolveria de esta crueldad; porque nosotros deseariamos que, si eso ha de pasar, deje de hablarse pronto en la que fué Nueva-España la lengua de Castilla.

Digitized by Google

OVACION.

(23 de Febrero.)

Decididamente la distancia es una gran cosa. En el órden físico es una necesidad absoluta de la creacion, puesto que sin ella, sin su desahogo, los astros no podrian moverse, aunque fueran en número menor que los cimbrios, y ménos atractivos que estos caballeros. En el órden artístico, la música que, al contrario del Sr. Pasaron, por ejemplo ha nacido para hacerse oir, ¿qué seria sin la distancia? En el órden moral, la distancia es un bálsamo, auxiliar poderoso del olvido. En el órden político, la distancia es un prestigio. Y bien penetrado de ello está, sin ir más lejos, el Sr. Ruiz.

Si el Sr. Ruiz tuviese el valor de estar seis meses seguidos entre nosotros, entre sus admiradores, el mejor dia pudiera acontecer que no llamase á la puerta de su casa nadie más que el aguador; nadie, ni aun el Sr. Escosura, que á tantas partes ha llamado. Por eso el señor Ruiz se nos va de cuando en cuando á Tablada, para que el uso de verle no engendre el abuso de desestimarle, para que se le eche de ménos, para poder volver, en una palabra. ¡Dichosos los que pueden volver! dicen que dice á todas horas el Sr. Rivero, mirando á los desdeñosos republicanos; y tiene razon.

Pues bien; estamos seguros de que, no diremos más de tres españoles, pero de seguro más de uno, de esos que viven en provincias, de esos que pagan y callan, de esos que se suscriben á los periódicos, de esos que creen sériamente en las promesas de los partidos respecto á la felicidad de la patria, está hace tiempo contemplando con vivo interés, á través de la distancia, y con sujecion á sus efectos políticos, una de las más curiosas figuras que en la madrileña escena se vienen agitando hace años.

Digitized by Google

Estamos seguros de que no faltará algun contemporáneo que hace tiempo tenga al marqués de Sardoal por una gran cosa, no solo porque la distancia es una especie de telescopio que todo lo abulta, no solo porque vivimos en el país de las aberraciones, sino porque esta aberracion del concepto, caso de serlo, se explica perfectamente considerando la notoria singularidad del personaje. Aquí hay gentes que parecen lo que son, hay personas que no necesitan más que dejarse ver para hacerse juzgar; el Sr. Prieto, por ejemplo, fué director de Aduanas, y no necesitó más que serlo para prometer á la opinion que no se veria en otra. Pero hay pocos, muy pocos que no son lo que parecen, y entre estos originales se encuentra el jóven marqués acaso el primero.

Aristócrata de orígen, esto es, conservador de nacimiento, ha resultado ser un demócrata de primera fuerza. Y si bien es verdad que no ha llegado á serlo sino despues de maduras reflexiones y de dolorosos movimientos, unas veces en torno de la union liberal, con quien votó la célebre noche de San José, y otras en torno del Sr. Rivero, cuyo subsecretario debió negarse tenazmente á ser, cuando no lo fué, no es ménos cierto que su democracia en el actual momento histórico está fuera de toda duda. Jóven por su fé de bautismo, alegre como unas pascuas por su biografía, amante sistemático del placer en todas sus azarosas escalas, una ancianidad moral de las más precoces ha venido empero á conquistarle distinguido asiento entre las autoridades del radicalismo, donde la seriedad es por lo ménos un deber externo, donde nadie rie desde octubre último, donde está un jefe de pelea que para tener esto más en que parecerse á Felipe II, no ha reido nunca, y deja este cuidado á los que le conocen. Orador, en fin, segun el *Diario de las Sesiones*, el jóven marqués sabe, sin embargo, que no es lo mismo sacar en cualquiera ocasion un discurso de la audacia, que una idea de un discurso.

De manera, que si el español de buena fé á quien suponemos siguiendo paso á paso desde su retiro, y falto de mejor ocupacion, la carrera política del jóven marqués, viniese de pronto á Madrid, y le buscase, y se le enseñasen, y se encontrase con el aristócrata que va á la Tertulia, con el jóven que es ya, ó que se firma al ménos, comandante general, con el político movedizo hecho un áncora radical, con el orador que nadie ha oido nunca, con el grande hombre reducido físicamente á una hermosa nariz aguileña y moralmente á un chi-

Digitized by Google

co que promete hasta cierto punto, nuestro hombre renegaria de la distancia, maldeciria el engaño del espacio, y escribiria cien cartas aconsejando á sus paisanos que no se dejasen embaucar por las gacetillas, y que vengan á Madrid á tocar por sí mismos lo que va de las apariencias á la realidad, del oropel al oro, de una nombradía á una cualquier cosa.

Hoy sobre todo es cuando el ilustre y juvenil demócrata es ménos que nunca lo que parece. ¿Qué parece el marqués de Sardoal en estos dias? Parece un alcalde. Las borlas de su baston, el coche municipal que protegió los sueños de gloria de D. Nicolás, el saludo que los polizontes le hacen en las esquinas, los asuntos de que diariamente le da cuenta el secretario del ayuntamiento, en la natural creencia de que los entiende, el tratamiento de señoría que le dedican innumerables oficios, la mayor parte, en fin, de los cuidados y accidentes que le rodean, todo le asemeja á esa entidad oficial que el art. 191 de la ley de municipios pone bajo la direccion del gobernador de la provincia. Y, sin embargo, el marqués de Sardoal es hoy ménos alcalde que nunca, á pesar de que nunca lo ha sido. El señor marqués, para ser, sin saberlo, completamente lógico con su manera de ser, está hoy dedicado más que nunca á ser hombre político. No se puede luchar con la naturaleza; si esto fuera posible, el Sr. Moret tendria carácter, el Sr. Echegaray no seria romántico y el Sr. Martos se resignaria á tener ménos talento y más barbas.

¿Parecia ayer, por ejemplo, el marqués de Sardoal un alcalde, ni en poco ni en mucho? Nosotros le vimos al espirar la tarde en el salon de conferencias, tan bien vestido como siempre, tan bulle bulle, tan simpático como siempre, con ese aire distinguido que el Sr. Diez no tiene ya tiempo de imitar, aunque se haga diez carricks nuevos. Acababa de llegar de palacio, donde habia hecho la mejor hombrada política de su vida, donde se habia anunciado como lo que parece, es decir, como lo único que puede conseguirle audiencias régias inmediatas, ó sea como alcalde, donde habia confrontado una circular podrida de verdades, con un acta redactada en virtud del derecho individual de la suposicion; donde, en fin, en vez de hablar de alguna mejora local, ó de proponer algun acto benéfico, ó de dar cuenta de los precios del mercado, habia ido á probar que el partido conservador es una quimera.

Digitized by Google

Unos, naturalmente, le reian la gracia; otros poniau en las nubes el arte pendolístico del documento. Este decia: es un admirable procedimiento para acabar con cualquiera, eso de elegir ó inventar discrecionalmente sus palabras. Aquel le abrazaba diciendo: jóven, tú serás en este país lo que quieras. Otro le llevaba de la mano, de grupo en grupo, para que relatasé el suceso. Esotro confesaba que desde los tiempos de Constantino III, aquel jefe del imperio griego que hizo cortar las narices á sus dos hermanos, no se habia visto cosa igual. Quién prorumpia: ¡viva Sardoal I! Quién se enjugaba secretamente una lágrima de ternura bendiciendo la juventud moderna. Solo el Sr. Martos, si no recordamos mal, se mantenia circunspectamente en su apartado divan, mirando la intacta ceniza de su cigarro, con el aspecto del abogado que cree en los tribunales. Pero el conjunto era una ovacion, era un triunfo, como acaso, y sin acaso, no volverá á obtenerlo en su vida *il piccolo deputato spagnuolo,* segun llamaba el pueblo italiano al señor marqués en los albores de su dinastismo. ¡Ah, qué ovacion, qué ovacion tan digna de un grande de España!

Digitized by Google

SILBA.

(26 de Febrero.)

Un silbido ha sonado en Europa. Los pacíficos industriosos vecinos de la ciudad de Amberes, se han permitido ese irrespetuoso desahogo de todos los públicos descontentos, delante de una casa. ¿Quién vivia esa casa, quién escuchaba detrás de sus cerrados balcones la grosera sinfonía? Pues era ni más ni ménos que el conde de Chambord, el desgraciado príncipe representante del derecho divino de los antiguos Borbones, que corre el mundo con su bandera blanca en el bolsillo sin encontrar, por lo visto, donde tenderla al aire pacífica é impunemente: era el Judío errante de la vieja legitimidad, á quien las culpas de sus abuelos y el espíritu andariego de las modernas generaciones han constituido en un viajero eterno. Consideremos, siquiera sea brevemente, este hecho grave desde algunos de sus más culminantes puntos de vista.

Ese silbido es, en primer lugar, la confirmacion, la patente de naturaleza de un procedimiento esencialmente moderno. Desde la más remota antigüedad, los pueblos han tenido muchas veces razon de silbar, pero no siempre lo han hecho. Nada al ménos nos dicen los libros y las ruinas del Asia, de la Grecia y de Roma, que pruebe que la silba era en lo antiguo, como es hoy, la fórmula instintiva y convenida del general desagrado. Sea porque la silba, en el fondo, tiene algo de musical, y la música es un arte cuyos verdaderos y grandes progresos se deben á nuestro siglo; sea porque las antiguas sociedades, que no conocian el aceite de bellota ni los dientes postizos, creyesen más varonil, más expresivo y más digno el grito, la imprecacion, el aullido, como ecos de una franqueza y de un efecto mucho más eficaz, que el soplo agudo y molesto de los contraidos lábios; lo cierto es que, á pesar

Digitized by Google

de ser el mundo antiguo tan pródigo en personajes risibles ó malvados, en ningun monumento se halla la prueba de que los silbaran.

Es, pues, el silbido una conquista de la nueva democracia. Y es natural. La democracia moderna, ó no es nada, ó es una idea pacífica y artística. Verdad que la revolucion francesa la fundó colgando de los faroles á los aristócratas, y que, despues, algunos de sus pretenciosos intérpretes la han seguido encomendando al éxito de las batallas; pero esto no altera el fondo del principio. Entre pegar, ó insultar explícitamente, ó hacer daño material, y significar estética, evangélicamente que se hace fiasco, nuestra civilizacion debe optar por lo segundo. Y desde ahora lo decimos á los que por casualidad leyeren en el porvenir este articulejo: ó la civilizacion es una quimera cuya plenitud no verán los siglos, ó el silbido será el rey del mundo, porque el silbido es la opinion, es el palo moral, es la victoria incruenta, es el arte aplicado á la vindicta pública.

Por fortuna, en España no somos tan agenos á este progreso como á otros. Mucho tiempo hace que á nuestros malos toreros y á nuestros peores cómicos, en vez de no escriturarlos, se les silba. El troncho y el improperio han perdido su vergonzosa dominacion en nuestras fiestas. Y respecto á nuestros hombres de Estado, apenas si desde D. Alvaro de Luna acá se ha hecho otro escarmiento que el de la silba. Hay alguna que otra sensible excepcion, como, por ejemplo, la del célebre viaje del Sr. Ruiz por la Coronilla. Pero además de que todavía no está probado que los proyectiles arrojados á su coche por el público, fuesen en realidad vegetales, y no minerales, en cuyo caso la cuestion variaria mucho, hay que comprender el justificado cansancio del pueblo en aquellos momentos. El país habia preparado y hecho una revolucion silbando; y cuando creia descansar de su fatigosa ocupacion, se encuentra de manos á boca con que tambien un personaje de la revolucion le incita á la silba. ¿No era esto abusar? ¿No se comprende, aunque se deplore, que se hiciera algo más?

Pero esto tampoco afecta al fondo de la idea. Cuando una conquista social echa raices, su fruto es seguro en el porvenir. Ya sabemos silbar los españoles, ya lo hemos hecho muchas veces con oportunidad. ¿Por qué no creer que sabremos hacerlo oportunamente en lo sucesivo? Por ventura: ¿nos va á dejar la civilizacion de su mano? ¿Es bastante el que haya monárquicos cimbrios para sostenerlo? Ni por ventura:

Digitized by Google

¿nos han de faltar en el porvenir hombres, cosas ó sucesos dignos de que les apliquemos esa fórmula universal de una severidad humanitaria que se estima, hasta cierto punto, y que representa en nuestra época una verdadera unidad de lenguaje? Por el contrario; si se tiende al estado político y social de España en el presente, si se ponen los ojos un momento, un solo momento en los héroes báquicos de ciertas demagogias ó en los estadistas de algun radicalismo, una voz secreta parece decir á la conciencia que, á pesar de lo mucho que ya lo han hecho, los españoles han de tener mucho más que silbar en lo futuro.

Volvamos, empero, al silbido de Amberes. Para nosotros es tambien un síntoma; síntoma de gravedad profunda en estos momentos; síntoma de que *la coalicion* nace con mal sino. ¿Se ha formado ya el comité mixto y central de la coalicion? Pues á él acudimos: díganos sus dignos miembros si ese silbido no es una alarma, si al oirle, separados ó juntos, no se les ha caido de la mano á uno el gorro frigio, á otro la boina, á otro la última carta de Marfori, á otro el plan de Hacienda de D. Servando. ¿Por qué silba el buen pueblo de Amberes, y sobre todo, por qué silba en estos momentos? Indudablemente, el silbado es el absolutismo, es el blanco pendon flordelisado de los Luises de Francia, de los Cárlos de España y de los Fernandos de Nápoles. Ahora bien: por poco pesimista que sea la coalicion española, y por poco supersticiosos que sean los elementos que la constituyen, es imposible que no vean una triste señal en ese hecho extranjero. En Europa, en el mundo se silba al absolutismo. ¿Qué quiere esto decir?

Los absolutistas entran por mucho en la coalicion, son una de sus partes más importantes. ¿Quién garantiza á los absolutistas que ese silbido no avance como una marejada hácia el Pirineo, y que, coalicionista y todo, no se vea al fin y al cabo objeto de una sentencia semejante en la persona, maravillosamente salvada hasta hoy de ese tratamiento, de D. Cándido? Pues no digamos nada de los republicanos. Si para los republicanos ese silbido no es un aviso, no lo entendemos. Es imposible que Castelar, el gran Castelar, no haya suspendido los apuntes que está preparando para su primer discurso en la próxima Asamblea federal, y no haya exclamado, mirando al techo: ¡nos vamos á presentar en la Península como cómplices de los silbidos de la civilizacion! Por su parte los radicales y los moderados fingirán no

Digitized by Google

hacer caso de un silbido más; pero por dentro les andará la procesion. Hay ciertas cosas á que nadie se acostumbra nunca.

En resúmen, el silbido de Amberes es, desde el punto de vista de la coalicion española, una solemne inoportunidad. Nosotros lo reconocemos á fuer de adversarios leales y desapasionados. Si el silbar es como el comer y el rascar, que lo que necesitan es .principio, esto va á ser un caos. Dar comienzo á una asociacion con un socio silbado, es comenzar sin la mejor fuerza de todas las asociaciones, sin la fuerza moral. Figúrense Vds. que la coalicion no consigue otra cosa que traer al próximo Parlamento una minoría que ni haga honor á la *Internacional,* ni á D. Cárlos VII, ni á Céspedes, ni al primer marqués de Loja; figúrense Vds. á la coalicion, silbada primero moralmente en los comicios, y expuesta luego á serlo prácticamente por la masa bárbara de los españoles que quieren gobierno constitucional, con propiedad y todo, y digan los imparciales si se puede esperar algo de este país de silbantes.

Digitized by Google

LO HAY QUE HACER.

(28 de Febrero.)

A la monarquía de la revolucion le ha sucedido con los radicales algo parecido á lo que dice el cuento que le pasó á un parroquiano de cierta barbería. Entró una mañana á que le afeitasen y vió desparramados por rincones y sillas quince ó veinte gatos que, no bien el maestro rapista empezó á enjabonar la cara del paciente y á restregar la navaja en la correa, se pusieron en fila delante del grupo, con los vidriosos ojos fijos en las manos del barbero y en trasparente actitud famélica. Sorprendido del espectáculo, el parroquiano preguntó á Fígaro cuánto le costaba la manutencion de aquel ejército felino, y el maestro le contestó con ingénua naturalidad: «no me cuesta nada, porque todos estos infelices animalejos se mantienen *de las piltrafas*.» Y antes de que el demandante tratase de averiguar cuáles eran aquellas piltrafas, le tiró el primer sangriento tajo á una mejilla. No cabia, pues, duda alguna: ¡la hambrienta gatada vivia del pellejo del público!... Naturalmente, nuestro hombre rechazó en el acto al desollador y salió de la tienda decidido á no volver mientras el tal maestro no proveyera de mejor modo á sus obligaciones domésticas.

La monarquía se ha visto como el parroquiano inocente ante el radicalismo. Fiada en el rótulo de la tienda que le anunciaba una mansion de *monárquicos*, entró en ella, esperó tranquila y lealmente la ocasion de ofrecer sus barbas al maestro, y confió en salir de aquellas al parecer respetables manos, tan limpia, honrada y presentable como tenia derecho á prometerse. Pero llegó el momento, y acudieron los gatos, esto es, las oposiciones anti-monárquicas y anti-dinásticas,

Digitized by Google

y se formaron en fila detrás del maestro, y la víctima alarmada conoció á tiempo que el radicalismo, aunque lo hiciera con la mejor buena fé del mundo, se preparaba á calmar el hambre internacionalista, el patriotismo filibustero, el liberalismo absolutista y la moralidad polaca con pedazos de sus propias carnes, esto es, con su prestigio, con su autoridad, con su honra; y antes que ser una monarquía despellejada, se ha zafado de los parricidas excitándoles á prescindir del famélico acompañamiento.

Si el cuento es ó no perfectamente aplicable, dígalo la conciencia del partido del Sr. Ruiz. Todo lo más que para rechazarlo puede aducir en su favor es que no puede haber radicalismo que entienda la monarquía de otra manera que la suya. ¿Y qué remedio? Hace mucho tiempo que es un axioma teológico aquello de que «quien inocentemente peca, inocentemente se condena.» Convengamos en que los cimbrios que rompieron la conciliacion, no lo hicieron para tener más ministros en el poder; convengamos en que la cimbrería, ya que no podia llamarse más liberal que los otros grupos revolucionarios, porque no puede haber más ni ménos liberales entre los que hicieron y aceptaron la Constitucion vigente, pretendia, sin embargo, llevar un espíritu más expansivo á ciertas cuestiones de aplicacion; convengamos, en fin, en que á los seis meses de llegado el rey habia necesidad de aumentar con uno más el número de nuestros partidos. ¿Sanciona esto ni justifica los procedimientos radicales para con la monarquía?

El ideal de los cimbrios parecia ser el llegar á un dia en que el palacio régio los tuviese por únicos visitantes; en que las clases conservadoras tuviesen herméticamente cerradas las puertas de sus casas, los banqueros sus cajas, los curas sus parroquias; en que, mientras el proletariado tomase la direccion de los talleres y suprimiese los registros de la propiedad, los jueces municipales no diesen abasto al matrimonio civil, y la oratoria de blusa atronase la Península. Una monarquía de chaqueta oyendo sonriente las pueriles sublimidades insultantes de los Castelares, ó las groserías disolventes de los Garridos; una monarquía sin otro ejército que el populacho armado, sin otro dogma religioso que el indiferentismo, sin otros elementos afines que las familias de sus improvisados tribunos, con algunos millares de alcaldes como el que la recibió en Zaragoza: hé aquí el sueño dorado del cimbrismo.

Digitized by Google

Sueño irrealizable, vano sueño, creacion loca de un monarquismo enfermizo y absurdo. No ha habido nunca, no hay, no habrá monarquía semejante; señálenla, si no, los radicales de la historia. «Pero es, se nos dirá, que entonces, ó sobra la monarquía, ó sobra el radicalismo. Si nosotros no podemos querer ni concebir otro ideal monárquico, hay una profunda y perfecta incompatibilidad entre nosotros y la monarquía. O trono, pues, ó radicalismo. ¿Y entonces para qué nos hemos formado, organizado, convertido en una agrupacion política dentro de esta legalidad?» En primer lugar, contestaremos, os habeis formado, habeis nacido por la sencilla razon de vuestra voluntad, antes de tiempo, cuando no estaban ni podian estar aun delineados los dos nuevos partidos constitucionales; sois en cierta manera un fruto abortivo, y por eso adoleceis de lo que va siempre con lo monstruoso, es decir, de una gravísima dificultad de existencia.

Respecto á la incompatibilidad del radicalismo con la monarquía, nosotros no queremos, no debemos aun reconocerla. Lo que hay es, no que renunciar á la tendencia esencial de un partido avanzado dentro del organismo monárquico, sino á las formas, á los procedimientos; lo que hay que saber es practicar la libertad sin los republicanos, y asegurar el órden público sin amnistiar carlistas, y proteger á las clases menesterosas sin patrocinar utopias deletéreas; lo que hay que aprender es á tener el valor de la conviccion, á lavarse y purificarse bien de añejas exageraciones en el Jordan de un arrepentimiento y de un patriotismo sinceros, y poder decir, y tener el derecho de decir al trono: «Yo quiero realizar la libertad á tu sombra, pero sin escarnio, sin menosprecio, sin aniquilamiento de todo lo que para su existencia es fundamental.» Lo que hay que hacer, en una palabra, es ligarse á la monarquía por el vínculo eterno de toda union fecunda: por la confianza.

¿No hace, no intenta hacer, no se decide á hacer esto el radicalismo? Pues se perderá irremisiblemente; porque mientras el radicalismo no hace eso, los elementos conservadores, más fieles á sus principios y á sus necesidades, y á sus deberes, ensanchan cada dia más la esfera de su gravitacion hácia el trono, comprenden en ella nuevos satélites, nuevas creaciones, el órden monárquico-constitucional se asienta, y la sociedad española, que no es el federalismo, que no es el carlismo, que no es el polaquismo moderado, que no es la minoría, que es la mayo-

Digitized by Google

ría de las clases y de los intereses que de ese órden necesitan, respira y confia en el porvenir, y se lo prepara digna y tranquilamente. Solo el radicalismo, solo ese revolucionario renegado, ese monárquico insensato, ese liberal suicida quedará sin plaza en el nuevo, necesario concierto social. ¡Digna, pero fatal expiacion de su insensatez!

Digitized by Google

LOS INCRÉDULOS.

(1.° de Marzo.)

Parécenos un tanto exagerada y cruel la tenacidad con que algun colega insiste diariamente en llamar «el partido negro» á la vasta asociacion política que, digámoslo así, ha criado á sus pechos el señor Ruiz. En primer lugar, el haber ofrecido á la opinion pública media docena de discusiones semanales de un color oscuro, ó el contar en su seno eminencias involuntariamente complicadas en asuntos que la nariz y el estómago rechacen, no es bastante, desde el punto de vista de la caridad, para llamar *negra* á una comunion, como si se tratara de una familia de Guinea. Y además ya es tiempo de que no vivamos en el país de los apodos; ya es tiempo de que aquí, donde se ganan ciertas cosas buenas tan fácilmente, donde, por ejemplo, se gana la presidencia de un ministerio á la vuelta de un secuestro, no haya tambien la misma facilidad para ciertas adquisiciones tristes, que afectan y mortifican. ¿Cuándo entraremos sériamente en la reforma de ciertas malas costumbres?

Conste, pues, de una vez por todas, que nosotros, generalmente hablando, somos enemigos de poner motes. ¿Nos ha oido alguien, sin ir más lejos, llamar gran hacendista á D. Servando, ni decir una sola vez que D. Manuel es un hombre de Estado? Pero, en fin, ya que el mal existe, ya que nos lo encontramos hecho, ya que tenemos, por decirlo así, que movernos en su órbita, y mientras llega el dia de que un buen gobierno, aunque sea radical, tome la iniciativa en el asunto, nosotros declaramos que en vez de llamar al radicalismo «el partido negro,» se le puede llamar con mayor justicia «el partido incrédulo.» ¡Ah! ¿Quién gana á los radicales á no creer en nada? Si hay un español, de otro matiz, que dude de todos y de todo con más tenacidad que

Digitized by Google

el radicalismo, que levante el dedo. Los radicales dudan hasta de sí propios; y buena prueba de ello es la coalicion. Si los radicales creyesen que podian venir al próximo Parlamento por su sola fuerza, esto es, por la sola virtud de sus electores, la coalicion no les daria los disgustos que ya les da, ni los que quedan.

Muchas veces hemos pensado en esa profunda falta de fé del zorrillismo, tan contraria á la naturaleza y á la historia. Contribuir á una revolucion sin perjuicio de unirse algun dia á sus enemigos; firmar una Constitucion individualista y parlamentaria, sin perjuicio de convertir á la Guardia civil en tribunal de justicia y de pedir por las calles la disolucion de unas Córtes que no gusten; hacer una monarquía, sin perjuicio de volverle la espalda cuando use de sus derechos; formar y organizar un partido sin otra creencia que la de su inamovilidad ministerial; nacer, en fin, colectivamente sin saber para qué se nace, á dónde se va, qué facultades y qué deberes se aceptan, es un fenómeno político, moral y hasta social, que *hace desfallecer el ánimo*, como ha dicho D. Vicente Rodriguez al despedirse de la vida pública ante los electores de Chinchon.

Pero ahondando con la reflexion en el asunto, nosotros sospechamos haber llegado á comprender la causa de esa incredulidad radical, profunda y constitutiva. Es muy sencilla. Lo primero que se necesita para creer sin el auxilio divino en las cosas es formarse una idea racional y justa de ellas. La idea del cielo, de la gloria, por ejemplo, ¿á cuántos graves errores no ha dado lugar, segun el vario punto de vista de los pueblos y de los hombres que han querido esplicarla? Para el mahometano, *verbi gratia*, no hay cielo posible sin mujeres bellas; para los espiritistas, imitadores de Osian, las almas corren como gamos por la atmósfera. Un amigo nuestro, gran gastrónomo, se inclina á creer que en la otra vida se debe comer muy bien, y en compañía de ángeles que digieran por uno. Preguntad al Sr. Echegaray su opinion sobre el paraiso celeste, y de seguro que os dirá que es un lugar donde no se enseña ninguna religion positiva. Solo el cristianismo, solo el catecismo nos habla de una bienaventuranza inmaterial que se amolda á todos los gustos. Por eso los radicales quisieron suprimirlo en nuestras escuelas. Estaban en su derecho.

El dia, pues, en que el zorrillismo tenga una idea, ese dia podrá creer en algo, ese dia se habrá salvado. Pero hasta entonces, ¡qué per-

Digitized by Google

plegidades, qué vacilaciones, qué sufrimientos, qué falta de fé! Ahora acaba de llegar de París el Sr. Castelar. Segun hemos oido, el señor Castelar viene prendado de la república francesa, de esa república que nombra los alcaldes, como si dijéramos, de real órden, que propone leyes contra la prensa, y que no sabemos en qué se convertirá cuando el ilustre anciano monárquico que la sostiene con su autoridad personal se vaya á su casa, ó baje al sepulcro. ¿Qué os detiene, dicen que ha dicho el Sr. Castelar á varios jefes del radicalismo? Uníos á nosotros de una vez y seremos Francia, y seremos esa república admirable, guardada por los prusianos en el Norte, y contemplada por la humanidad en éxtasis! Pero ni por esas: los radicales, por no creer en nada, no se deciden á creer en el petróleo.

Otro reclamo, otro llamamiento se ha insinuado tambien, segun nuestras noticias, con la misma falta de éxito, cerca del radicalismo. La sirena de la restauracion borbónica, por boca de uno de sus generales más persuasivos, ha modulado estos dias sus más bellos cantos en los oidos del zorrillismo. Veníos, veníos, les ha dicho: el hijo de D. Francisco no tiene prevencion alguna contra vosotros, ¡no puede tenerlas! ¡es tan jóven! ¿Qué nos exigís? ¿Que finjamos aceptar la Constitucion del 69? pues hecho: la aceptaremos; y luego, cuando llegue el caso, cuando seamos unos, ya vereis como esa Constitucion no nos impide atestar el Saladero y repoblar á Filipinas y Fernando Póo con esa tropa alcoleista que no os han dejado eternizaros en las poltronas. Veníos: nosotros somos lo seguro, si no lo inmediato; lo inmediato podrá ser el marqués de Albaida, la explosion efímera, la generalizacion transitoria de la propiedad. Pero despues de esto, nosotros, y solo nosotros: Marfori, Meneses, la policía, los Congresos de tercera, los milagros, los diez años de silencio que no pudo alcanzar el malogrado Gonzalez Brabo!—Y ni por esas: el radicalismo, por no creer en nada, no se decide á creer en las mordazas borbónicas.

De manera que la situacion moral del radicalismo arguye en el actual momento histórico una de esas desventuras que obran de dentro á fuera, que el vulgo califica de enfermedad de debajo del pelo, y los poetas apellidan dolores de un alma enferma. El radicalismo necesita creer en algo, con tanta necesidad como puede tener el señor Figuerola de inventar otra capitacion. Hasta ahora solo ha creido durante dos meses en el poder. El tiempo le fué avaro, y no le dejó

Digitized by Google

espacio para que germinara su fé nueva lo bastante á determinar su futura línea de conducta. Planta sin raiz vigorosa que la sujete, todos los vientos la inclinan; espíritu sin lastre, todas las opiniones le parecen igualmente absurdas; no cree en lo opinable, como no cree en el federalismo, ni en el polaquismo, ni en el presupuesto cuando no lo toca. ¿Hay mayor desgracia moral?...

Y, sin embargo, si un dia... Dios nos libre de él por ahora; si un dia sonase la trompeta de la calle de San Márcos, y la hermosa voz tan conocida en Tablada dijese de pronto: ¡A JURAR!!! puede que el milagro se realizase, puede que la fé en la monarquía, en la dinastía, en la revolucion, en el órden, en las clases conservadoras, en la necesidad del sosiego público, en la libertad que se estima, bajase como el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, ó de credenciales, que es igual, á rociar con dulces esperanzas ese incrédulo zorrillismo, hoy tan árido, hoy tan fosco, hoy tan desesperado; puede que entonces el radicalismo comprendiese y creyese. Porque ya lo hemos dicho: cuando se hace abstraccion de la pobre fé ciega, que servirá, segun el Evangelio, para mover montañas, pero que no sirve para rubricar decretos, no hay más remedio que tener idea justa y clara de las cosas, verlas, tocarlas, para dejar de negarlas. Un filósofo antiguo, más antiguo que el Sr. Echegaray, decia: yo pienso, luego existo. El radicalismo necesita decir: yo mando, luego creo. Es la misma fórmula, salvo el sueldo.

Digitized by Google

LA INDUSTRIA NUEVA.

(4 de Marzo.)

Si el hacer dinero ha sido siempre una aspiracion legítima del género humano, es indudable que nuestra época está sirviendo á esa aspiracion de la vasta clase de los necesitados de una manera mucho peor que otras edades lo hicieron. El antiguo camino de la riqueza era, en efecto, mucho más eficaz que el moderno. El procedimiento de resumir en ciertas clases y en ciertas posiciones la infalible posibilidad de salir de apuros llevaba inmensas ventajas, como la práctica está demostrando, al procedimiento nivelador de una democracia que se hace la ilusion de hacer ricos á todos los hombres. Y la razon es muy sencilla: el dinero de la tierra repartido entre algunos es algo; repartido entre todos es una bicoca. Por lo tanto, el bello ideal del liberalismo, aquello de «ya no hay clases,» equivale en el fondo á decir «ya todos somos pobres.»

Desde este punto de vista, nuestra civilizacion no puede ménos de inspirar lástima al filósofo de buena fé. El hombre primitivo, el ambicioso bíblico sabia, por ejemplo, que en llegando á ser patriarca ó jefe de tribu tendria en ganados y en esclavos de ambos sexos un potosí; el ciudadano chino sabia y sabe que en llegando á mandarin está hecho su negocio; el dictador griego ó romano sabia que en llegando á serlo podia contar con el Erario público como consigo mismo; el magnate de la Edad Media sabia que matando moros y tomando villas no perderia el tiempo; el aristócrata eminente del absolutismo sabia que la adulacion es una mina. Y todos esos senderos iban derechos al fin; el pobre que los comprendia no dudaba del éxito de la jornada. Verdad que esos senderos eran pocos, pero eran buenos, pero eran infalibles. La cuestion, para el que nacia sin nada, era ser algo.

Digitized by Google

En cambio hoy nos encontramos en una sociedad donde todo el mundo es todo, ó aspira á serlo. Han desaparecido las últimas facilidades de la fortuna: no existen ya los tios en Indias, ni las manos muertas, ni las colectividades propietarias; el ser personaje no cuesta más trabajo que el de ayudar á un amigo á que lo sea; los altos destinos no duran más que un ministerio; se hace Vd. monárquico, siendo republicano, y apenas es Vd. empleado dos meses; se hace Vd. republicano y tiene Vd. que hacerse demagogo ó mason, para poder vivir, aunque sea de mala manera; se hace Vd. carlista, y á lo mejor se encuentra con que no vienen recursos de Suiza; se hace Vd. radical ¿y qué? la nada entre dos platos; llega Vd., en fin, á aceptar la fórmula suprema del espíritu de los tiempos, se hace Vd. internacionalista, y ¿qué espera Vd. en último resultado? que el dia del botin universal le toquen á Vd. cuatro cuartos del vecino. Repitámoslo: la civilizacion igualitaria se equivoca: no hay porvenir para nadie en este siglo; un paso más y el rico será un mitho.

Pocas, muy pocas excepciones; pocas, muy pocas industrias son las que todavía están entre nosotros al servicio de las ambiciones inofensivas; aún el café, la tertulia moderna, explota bolsillos; aún los teatros dan algo; pero como la igualdad adelanta á paso de carga por el corazon social, y la literatura muere de tísis, no es aventurado suponer que en un porvenir no lejano ni habrá mozos, ni escritores dramáticos, es decir, traductores ó poetas bufos, que son los que quedan. Una industria, sin embargo, novísima entre las nuevas, asoma la cabeza desde hace algun tiempo entre nosotros con relativas, pero indudables condiciones de buen negocio: nos referimos á esas hojas volantes de todos los dias, que con títulos estupendos, llamativos, irresistibles, se venden por chicos y mujeres en calles y plazas.

Por curtido que uno se halle respecto á noticias gordas; por resignado que uno viva á esperarlo todo, y por buen español que uno sea para no admirarse de nada, lo cierto es que sale uno de su casa, y al oir gritar: *¡El rey se va! ¡El hambre al rey! ¡El asesinato del presidente del Consejo! ¡La caida del ministerio!* y otras semejantes cosas, instintivamente se le vienen á uno los dos cuartos á la mano al mismo tiempo que se siente uno roerle el ánimo la sospecha de si la libertad hace demasiado en permitir tales abusos. Sin ir más lejos, ayer tarde hemos caido por nuestra parte una vez más en el garlito de esa nueva

Digitized by Google

explotacion. En plena Puerta del Sol gritaban los ciegos al pasar nosotros: *¡El desafío de Sagasta y el marqués de Sardoal!* ¿Qué hacer: dudar, ó comprar? Compramos, que al fin somos parte del público, ese eterno *primo* de todos los industriales.

No hay que decir que la noticia era una paparrucha, y que el escrito, hasta por sus condiciones de redaccion, parecia redactado en la más vulgar tertulia. Nosotros rompimos en el acto nuestro ejemplar, para no ayudar al porvenir á crearnos un bajo imperio, y ni siquiera sentimos haber cedido á la curiosidad. Despues de todo, el inventor debe ser algun desgraciado. ¡Tener que echar mano de tales mendicidades para ganarse honradamente un duro! Sin embargo, la parte artística de la operacion salta á la vista. En un país donde el batirse es tan frecuente como el casarse, no deja de ser hábil, no deja de abonar cierto conocimiento de nuestras fibras sensibles, el anunciar un duelo entre dos personajes de la política palpitante.

Por lo demás, para nosotros está fuera de toda duda que el autor de la hoja es un apasionado del digno alcalde popular de Madrid. La idea de que S. S. dejase por un momento su baston para ir á otra parte cualquiera, es la idea de un sacrificio ejemplar. *¡Marqués no te noté, y héroe te admiro!* Es lo primero que se le viene á uno á las mientes ante tal perspectiva. Y luego ese baston abandonado brillaria como las armas de Roldan, y mereceria aquello de

nadie lo mueva
que no se llame radical á prueba.

Y además, la cosa anunciada así es de un radicalismo perfecto. Simultáneamente con el baston del marqués, el ministro tendria que dejar su cartera, aunque no fuese más que un momento, y aunque luego abortase el lance; ¿y sabe nadie lo que es para cierto partido la idea de ese momento? ¿quién encontraria luego semejante cartera?...

Bien merece, pues, el astuto industrial que el señor alcalde proteja hasta donde pueda su ambicion y sus nobles esfuerzos; que nobleza es buscarse la vida proclamando la bravura y la importancia agenas, en las barbas de una generacion.

Digitized by Google

EL REGATEO.

(8 de Marzo.)

Entre los séres desgraciados de actualidad, pocos lo son tanto, á nuestros ojos, como la pareja de agentes de órden público que desde tiempo inmemorial, es decir, desde que la opinion pública y algun amigo hicieron ministro al Sr. Ruiz, guarda la puerta de su casa. ¿Lo ignoraban nuestros lectores? Pues no hay más. A cualquiera hora del dia, ó de la noche, que se pase por la calle del buen santo de los maridos, hállase y vése en su mejor portal, que es el del jefe de pelea, que es un portal nacional como quien dice, un par de vigilantes, cariátides con tricornio, que unas vecês bostezan y dormitan contra el quicio de la sagrada puerta, otras se pasean con la desocupada gravedad y el indiferentismo propio de un sueldo de dos pesetas ganadas por estar de pié.

Líbrenos Dios de extrañar ó de censurar la distincion que esa doble guardia implica. Aunque es verdad que si todos los que han sido ó serán ministros en España tuviesen derecho á la centinela, el cuerpo de órden público seria inmenso, y los españoles acabarian de dividirse en dos únicos grupos: los guardados y los guardadores; aunque esto es verdad, decimos, no lo es menos que está bien hecho que eso se haga con el Sr. Ruiz, por una porcion de razones que no necesitamos enumerar, y á cuyo frente está la de que eso parece gustar mucho á S. E. ¡Hartas quejas tiene D. Manuel de lo existente para no deber á la autoridad esa distincioncilla, ese pequeño mimo! Y por nuestra parte, no vemos una sola vez á los custodios de aquella puerta, mucho más importante, en cierto sentido, que la Otomana, sin que mentalmente les digamos: «¡Velad, oh, dependientes, con ahinco entusiasta por esa mansion, única en su especie, donde se alberga la encarnacion de la felicidad patria!»

Digitized by Google

Pues bien; repetimos que, á pesar de todo, si hay criaturas desdichadas en el actual momento histórico de nuestro país, pocas lo son tanto á nuestro juicio como esos que podemos llamar los agentes de D. Manuel. Ninguna de las infelicidades contemporáneas más comprobadas y reconocidas; ni la nuestra, pobres conservadores sin partido al decir de *El Imparcial*, ni la del Sr. Moret *vis á vis* de la coalicion, ni la del mismo Sr. Diez en su provecta lucha con un carrick que le es extraño, ni la de las instituciones obligadas á esperar que entren en razon ciertas gentes; nada ni nadie parécenos que puede compararse, desde el punto de vista del sufrimiento moral, con esos agentes condenados á un fastidio eterno. Porque D. Manuel es jóven, y bien constituido, y se ha de hacer vigilar mientras viva; esto es innegable; de modo que puede decirse que esos agentes han nacido para una puerta, con la misma desesperante fatalidad que el Sr. Figuerola para salvar la Hacienda. Unase esto al hecho de que no se ha dado caso de que esas gentes hayan sido invitadas un solo dia á la cocina del príncipe político que guardan, y díganos si hay mision más oscura y estéril entre los hombres.

Y por si algo faltaba á esos mártires de la policía, la coalicion ha venido á darles el último golpe, las juntas de los apoderados de la coalicion han venido á aumentar de una manera atroz los saludos que tienen el deber de hacer á cuantas personas, sin distincion de aspectos, vayan al nacional recinto. Anoche se celebró, como es sabido, la primera, y desde las nueve hasta tres horas despues, aquellos sacrificados guardianes no pudieron gozar punto de reposo. Ya era el coche de alquiler cuya portezuela tenian que abrir; ya eran los chiquillos que tenian que apartar á viva fuerza del dintel; ya era el embozado transeunte cuya intencion tenian que sospechar y precaver; ya la chacota de ciertos comentarios de plazuela, que no debian oir; un diluvio, en fin, de obligaciones y responsabilidades á cual más molestas. ¡Ah! ¡Pobres, pobres agentes!

Sentada, pues, y probada suficientemente la tésis imparcial que hemos creido deber presentar hoy en primer término á nuestros lectores; demostrado, para consuelo de los hombres en general, y de los políticos en particular, que no hay desgracia como cubrir guardias tontas, digamos ahora algo sobre lo que respecto á la reunion misma de los apoderados ha llegado á nuestra noticia. Parece ser que, como conse-

Digitized by Google

cuencia de su larga duracion, y como era de esperar del estado de excitacion de los ánimos, y como no podia extrañarse de los precedentes ruidosos, terribles y épicos que á la coalicion han acompañado; parece ser, decimos, y nos han dicho, que en esta importantísima reunion primera de los delegados de la ira santa de las oposiciones, donde por primera vez y en el terreno práctico se hallaban frente á frente, y con un objeto comun, los procuradores de la indignacion general; parece ser, volvemos á repetir, que en esta primera junta nada se acordó, en efecto.

Y no fué, sin embargo, esta falta de acuerdo, por más que fuera prosecucion lógica de la dificultad de conformidades que la coalicion viene demostrando; no fué, sin embargo, culpa de D. Manuel el que esto pasara. D. Manuel, segun nuestros informes, hizo cuanto pudo, se superó á sí mismo, estuvo admirable. Prescindiendo de la artística llaneza con que hizo los honores de la recepcion, de las cajetillas de cigarros que ofreció, de las butacas que oyó impasible crugir, de las críticas á media voz que pareció no escuchar, y de las frases originalmente afectuosas, estimulantes y halagüeñas que dirigió á todos, don Manuel tuvo desde el primer momento una idea dominante, la idea de los distritos que el radicalismo necesita y pide, la idea de las ideas en esta ocasion, sustancia, médula, fondo y alma de la cosa. Y á esa idea lo hizo convergir todo, cortesías, elogios, interrupciones, bostezos ó vasos de agua: todo.

Así fué, que cuando el Sr. Castelar, mirando al techo y recordando sus apuntes de aquella tarde, quiso hablar un par de horas sobre la historia de las coaliciones latinas desde Diocleciano hasta nuestros dias, D. Manuel le interrumpió para una cuestion prévia, para saber cuántos radicales creia D. Emilio que deben venir al Parlamento. Y cuando el buen marqués de Barzanallana, símbolo respetable del génio económico de los Borbones, intentó probar que el jóven D. Alfonso podia muy bien llegar á ser padre cariñosísimo de diez y seis millones de contribuyentes, D. Manuel le salió al encuentro diciéndole: pero señor marqués, los radicales necesitamos venir, y venir muchos á las Córtes antes que ese jóven á la frontera. Y el señor marqués se calló, por no armar un tiberio. Y cuando el Sr. Nocedal estuvo á punto de sacar de su bolsillo y de leer un título de virey que se le acaba de enviar de Suiza, escrito en tres lenguas muertas y una medio viva,

Digitized by Google

D. Manuel exclamó: pero, Sr. Nocedal, los radicales no queremos ser vireyes, sino diputados. Y el Sr. Nocedal se guardó el infólio, compadecido de aquella terquedad.

Solo el Sr. Estéban Collantes, con un alto espíritu de franqueza, y con esa hábil ingenuidad del patricio que no se para en barras, dió por el gusto al dueño de la casa, planteando la cuestion en sus verdaderos términos y diciendo, poco más ó ménos: «Señores: aquí estamos cuatro grupos, ó cuatro ideas, ó cuatro elementos heterogéneos. De estos cuatro, tres vamos por el pronto á un mismo fin inmediato: al cataclismo; el otro no quiere ir, por ahora, más que hasta lo inmediato, la mitad del camino, hasta las urnas; porque si dá la casualidad, casualidad inverosímil, confesémoslo, de que salga bien de ellas, no le volveremos á ver el pelo. Y esto no hay que extrañarlo. Así es la naturaleza humana. Pues bueno: supuesto que este elemento no nos ofrece en rigor más que un concurso relativo, y á medias, aceptémoslo ¡qué diablos! que algo es algo, y por algo se empieza; y que el señor Ruiz diga sin rebozo cuántos diputados futuros y radicales apetece.

Entonces, el Sr. Ruiz, penetrado de secreta gratitud hácia el jefe moderado, dijo modestamente que se contentaba con los del último Congreso. Y aquí surgió la dificultad. Quién exclamó: pero entonces, ¿va á venir el radicalismo entero á la Cámara? Quién dijo: lo que es sin influencia moral, sin favorcillos oficiales de que disponer, me parece que el radicalismo no puede pensar en eso. Quién murmuró: eso es una atrocidad. Quién le contestó: eso es más nécio que otra cosa. Y entonces el Sr. Castelar, que tiene siempre soluciones de concordia para todo, y que profesa un horror teórico y práctico á las tempestades morales y físicas, saltó sobre su asiento, extendió sus trémulos brazos á la reunion, pregunto qué hora era, y propuso que la cuestion prévia y fatal del *regateo* se tratase otro dia, con más espacio y detenimiento, puesto que estas cuestiones candentes y sorprendentes siempre habian sido tratadas con calma, lo mismo en la *Agora* de Atenas, que en el Foro romano, que en los Concilios, etc., etc.

Y la reunion, que no deseaba otra cosa, convino en disolverse hasta otro dia. ¡Ay! cuando ese dia llegue, los vigilantes de D. Manuel serán los mismos y estarán lo mismo.

Digitized by Google

LA CIRCULAR CARLISTA.

(11 de Marzo.)

Adoremos los decretos de la Providencia: el duque de Madrid acaba de entrar en un nuevo período intelectual y moral; el duque de Madrid, que hasta ahora no habia hecho por la felicidad de España otra cosa que dejarse querer y aumentar convenientemente su descendencia, se ha decidido á tener ideas. ¿Cómo ha sido esto? Aun no se sabe, ni en rigor importa el cómo; presúmese que una noche, de sobremesa, acostados los niños, ajustada la cuenta, abierto el correo de Castilla, se leyó una carta del virey D. Cándido en que decia á S. M.: «Señor: es menester que considereis la actitud que más conviene al partido, y que dispongais que vayamos á las urnas.» Y el duque lo pensó, no así como quiera, sino detenidamente, y lo dispuso. El gran Chambelan de su futuro palacio quiso objetarle tímidamente algo, pero S. M. le dijo: «Anda, hombre, que cuando Nocedal lo dice, por algo lo dirá. Y no me vengas con argucias, porque te conozco, y sé que eres de los que el Apocalipsis condena porque no son ni frios ni calientes. Ahora es menester ser calientes. Calentémonos al dulce fuego pátrio, y vamos, es decir, que vayan á los comicios.»

¡Ensalcemos y glorifiquemos al Señor Dios de los ejércitos! El duque de Madrid sabe que la verdadera justicia, aquella que no se ejerce cumplidamente en España desde que el volteriano Fernando VII sucumbió á sus disgustos constitucionales, y la verdadera libertad, que es la cristiana, que es aquella que acabó para los hijos de Pelayo con el Areópago de la inquisicion, así se guardan en el fondo de las urnas electorales como por los cerros de Ubeda. Porque, despues de todo, ¿qué son esas urnas? Una manera de que todo el mundo contribuya al gobierno; y un gobierno hecho por todos no puede ser bueno, mándelo

Digitized by Google

quien lo mande. El duque de Madrid sabe tambien que todos los medios de destruccion empleados por el liberalismo, aunque con buena suerte, son la misma piel del demonio; por ejemplo, la prensa: ¿hay cosa más abominable que la prensa, que produce rebeldes como Gabino Tejado?

Pero—¡sometámonos á la voluntad divina, hortelana sublime, que saca el bien del cogollo del mal!—pero no se puede levantar un edificio sin remover todos los obstáculos que se opongan á los propósitos de una sábia mampostería, y còmo desde la caida del antiguo régimen, el Parlamento y la prensa son los que en España lo han echado todo á perder, hé aquí por qué la más rudimental teología permite al carlismo seguir utilizándose de los medios pícaros de la libertad. Por lo demás, que llegue el dia de la victoria, que el gobierno paternal de los Cárlos se reanude en la infeliz Península huérfana, y entonces se verá si el carlismo sabe tirar y despreciar y envilecer como merece el instrumento de que la necesidad le ha obligado á servirse. Digo, á no ser que D. Cándido quisiera conservarlo hasta cierto punto, y nada más que hasta cierto punto: que entonces podria permitirse escribir y hablar en latin.

¡Recordemos las páginas de la Sagrada Historia, y aprendamos en sus enseñanzas! Las batallas no se ganan por el mero hecho de disparar el fusil y de aplicar la mecha á la oreja, ó, lo que es igual, al oido del cañon; las batallas se ganan por el general que estudia el campo, que combina los ataques y que señala oportuna y convenientemente los que han de morir. Si el culpable ejército antiguo que pereció de un atracon de agua salada en el Mar Rojo *(la mer vermeille)* hubiese tenido un buen general, de seguro que. culpable y todo, no se hubiesa ahogado, porque el general no le hubiese dejado echar el pecho al elemento. Y un poco más adelante, ¿por qué se hizo el convenio de Vergara? Porque un mal general... pero no evoquemos recuerdos contraproducentes. Lo cierto es que los partidos, como los ejércitos, necesitan una direccion, un jefe, y cuando éste no puede estar con ellos, otro que lo represente; y puesto que D. Cárlos desde Suiza, y D. Cándido desde su casa, dicen: «¡A pelear!» ¿quién será el mal eclesiástico que no obedezca?

Y además, Santa Teresa de Jesús lo dijo: nosotros no somos ángeles, puesto que tenemos cuerpo, y cuerpo sujeto á las picaduras de

Digitized by Google

la tentacion. Hay en esta pobre España un órden de cosas que nos tienta, que pone en nuestras manos las armas con que podemos cortarle á cercen la satánica cabeza. Nosotros hemos sido en el último Congreso los árbitros, los dueños, los señores, la madre del cordero. Para ello bastó que los cimbrios se decidieran á ser los Judas de la revolucioncilla de setiembre. ¿Quién nos dice que en el Congreso próximo no habrá cimbrios bastantes para darnos otra vez la supremacía en los conflictos? Y entonces, ¿no habrá llegado el momento de la venganza? Sí, de la venganza, porque, con perdon del Evangelio, los manes de todos los absolutistas que han muerto en su cama ó fuera de ella desde 1837 acá, bien merecen que hagamos algo por ellos. Judit no se paró á considerar la crueldad de lo que hizo con Olofernes cuando lo hizo. Judit fué la precursora del carlismo.

Dice fray Luis de Leon en *La Perfecta casada* que ninguna enemistad es buena, y mucho ménos la de los criados. Otros dicen que no hay enemigo pequeño. Ahora bien: estos liberales que se creen los dueños de la casa han hecho una Constitucion sin nosotros; nos han olvidado al confeccionarla, han desdeñado nuestro concurso; y la criada, sin embargo, les ha salido respondona, porque con esa Constitucion, y solo con esa, nos han hecho fuertes como Samson, audaces como Josué, y destructores como Atila. Lo cual prueba una cosa que es menester no se olvide jamás por ninguno que se precie de querer mordazas para sus semejantes; y es á saber: que solo Dios ¿estamos? solo Dios es el que sabe hacer Constituciones. A primera vista, parece esto un axioma oficioso, porque el que sabe lo más sabe lo ménos, el que supo crear al hombre, bien puede saber hacer un libro. Pero no es eso; es que de una vez por todas, las Constituciones tienen que ser dictadas por el Espíritu Santo, como lo fueron las Tablas de la Ley; ó no son tales Constituciones.

Por ventura, ¿nos faltará un Moisés que sepa subir á la misteriosa cumbre, oir el trueno, circundarse de rayos y bajar luego con el mejor derecho escrito, con el único derecho que los españoles deben acatar? Quien dice un Moisés con túnica y barba, dice un virey con levita y patillas; pero es lo mismo, porque de Constitucion á Constitucion no va nada. Y entiéndase que si alguno piensa siquiera en otro órden de constituciones, aunque este alguno se llame D. Ramon Cabrera, *¡anatema sit!* Basta de tolerancias, basta de hablar de derechos ni á

Digitized by Google

los pueblos ni á los reyes, basta de pagar contribuciones, basta de estarnos así, mano sobre mano, dejando que en las escuelas se enseñe el francés, y esperando que el sufragio universal nos permita disponer de la universal ignorancia. Es preciso ser fuertes por derecho propio, y que el mango de la sarten nos sirva á la vez de lanza de combate.

¡Gloria, pues, á Dios en las alturas, y en la tierra honor á la guerra civil! A las urnas, ciudadanos absolutistas, vosotros los que llevais treinta y tantos años de cobrar y no pagar, de maldecir y de haceros los suecos. A las urnas, y que las estrellas del cielo, las arenas del mar y las letras de un periódico sean menos que vosotros en las próximas Córtes! ¡A las urnas; con el mismo entusiasmo, con la resolucion y la presteza mismas que si fuerais al entierro de un liberal! El correo de Suiza nos ha traido la verdadera señal, el guia verdadero que debe llevarnos á la Tierra de Promision; no es una columna de fuego, pero es un papel escrito por un ex-ministro de una ex-reina, como quien no dice nada. Levántate, pues, oh Ismael afortunado, y sigue á quien te manda, y cruza el desierto, y mañana será otro dia: que aquí siempre hay un mañana para un reaccionario.

Digitized by Google

UN ATEO ANTE EL MEDITERRANEO.

(15 de Marzo.)

La gloria tienen tambien, como la fortuna, su cuarto de hora, ese cuarto de hora que muchos esperamos en vano toda la vida, que otros ven llegar y desaprovechan torpe ó cobardemente, y que otros saben y logran utilizar á satisfaccion de su fama. Y no hay duda que entre esas tres clases de amantes desgraciados ó felices de la inmortalidad, la segunda es la más digna de lástima; porque al fin, el que espera inútilmente su cuarto de hora de gloria, demuestra por lo ménos un alto deseo honroso; pero el que lo vé llegar y lo desperdicia, prueba que no fué digno de esperarlo; y en este sentido, hay ejemplos radicales de gran elocuencia. ¿Qué fué la direccion de rentas para el señor Prieto? ¡El cuarto de hora, el anhelado, inverosímil cuarto de hora! El Sr. Prieto, sin embargo, lo dejó pasar sin decir esta boca es mia, sin escribir su nombre en los anales de la eterna reforma arancelaria, sin intervenir siquiera en un comiso importante, sin explicar de cualquier modo, como es uso, la baja de la recaudacion, sin hacer otra cosa que callar y cobrar. Despues de esto, ¿tiene el Sr. Prieto derecho á volver á esperar la fortuna oficial?

No le tiene, no; como no le tiene tampoco el Sr. Salmeron á volver á ser jóven, como no le tiene el Sr. Cuevas á que el país le vuelva á oir en lo de Balsain, como no le tiene el Sr. Moret á volver á explicar la Hacienda de la libertad, ni D. Servando á defender el estanco. Todos ellos han sido unos ingratos solemnes con la suerte, que ha llamado á sus puertas estérilmente. La deidad veleidosa se les aleja para siempre, y está en su derecho. El epitafio de las insignificancias ó de las calamidades políticas brilla en sus frentes con caractéres indelebles, y, lo que es más, con razon. Ellos no pueden decir, como otros mu-

Digitized by Google

chos, como D. Vicente Rodriguez, por ejemplo, que nacieron para ochavo y que nunca han podido llegar á cuartillo. Ellos han podido brillar en este país tan tolerante, tan pródigo en reputaciones, y, sin embargo, no han sabido hacerlo. Si se les volviera á ver ministros ó directores, habria que creer en lo absurdo.

La imparcialidad empero nos obliga á confesar que tambien hay en el radicalismo entidades y personalidades que saben ponerse provechosamente al noble acecho de la gloria, que saben coger con dedos hábiles y seguros ese pícaro cabello único de la ocasion calva, y que no morirán ciertamente con el remordimiento de no haber conocido y explotado su cuarto de hora como unos expertos, como unos audaces, como unos héroes. Y aunque tenemos la desgracia de ser adversarios del Sr. Echegaray, no por razones de índole personal como estuvo á punto de serlo el general Crespo, sino por motivos de índole puramente política, hoy confesamos y reconocemos que el Sr. Echegaray es uno de esos hombres afortunados, uno de esos hijos mimados de la prevision que parece que no hacen nada en la vida y que, sin embargo, cuando llega el momento saben dar el salto gigantesco y atrapar por donde mejor pueden una inmortalidad incontestable.

Testigo de ello, y prueba de ello fehaciente y suprema, ha sido el viaje del Sr. Echegaray á Valencia. El Sr. Echegaray vegetaba en Madrid desde que dejó de ser ministro, con la doble, natural tristeza del hombre parlamentario sin distrito, y del cesante sin cesantía. Su antigua profesion, su primitivo y al parecer natural elemento, las matemáticas, cuyos cálculos llenan la creacion, no bastaba ya á llenar su ánimo. La sed de gobierno es para los espíritus fuertes un ánsia, una querencia que empieza y no acaba. Sus discípulos le veian por esto distraido, preocupado, melancólico, sin problemas que le interesaran, sin explicaciones que parecieran recrearle ó inspirarle. Y era eso; era que el hombre de números se habia hecho hombre de palabras; el catedrático estadista, el realista inflexible, poeta romántico, todo imaginacion; era que la modesta cátedra que vió caer sus cabellos se habia trocado por la ancha esfera del mundo; era, en fin, que el hombre público sentia que no habia llegado aun su cuarto de hora famoso, pero que se acercaba, y que era preciso salirle al encuentro, dejando á otros el cuidado de hacer ingenieros.

Puede que haya alguien que al llegar á este punto del presente ar-

Digitized by Google

ticulejo, exclame: «¡Cómo! ¿Todavía, despues de lo que ha sido su corta, pero estrepitosa carrera política, soñaba el Sr. Echegaray en hacerse célebre? Pues qué, ¿no lo habia sido ya relativamente bastante? Un hombre que sin más trabajo que llamarse economista y dejarse elogiar por los que le acompañaban cuando viajaba en el extranjero por cuenta de los gobiernos moderados, consigue que el general Prim llegase á creer en la necesidad de hacerle ministro; un hombre que hace un discurso sobre nebulosas y pelos quemados, y consigue que le llamen orador político; un hombre que escribe siendo ministro una circular contra el catecismo, y consigue poco ménos que Voltaire consiguió escribiendo cien volúmenes; un hombre que va á Granada y prueba á la vista de Sierra Nevada la absoluta inexistencia de relaciones entre la nieve y la divinidad; un hombre que, cuando quiere, publica en *El Imparcial* artículos que para nadie pasan desapercibidos más que para la Academia de la lengua; en una palabra, un hombre que tiene ya cosas propias é inolvidables ante la opinion, ¿no se ha dado por satisfecho, y se ha permitido aspirar á más? ¿Qué país es este, qué ambiciones ó qué tonterías insaciables son estas?»

El país podrá ser lo que se quiera; pero el Sr. Echegaray ha sido así, y lo ha sido con éxito. ¿Por qué lo ha sido? Preguntádselo á su instinto. El Sr. Echegaray hacia ya poco ó nada en la córte. Su elevacion antigua, sus pasados triunfos, sus cosas de ayer no habian sido más que débiles vagidos, tímidos anuncios de su gloria. Y además, Madrid es la mansion insoportable de las notabilidades: brillar aquí, hacerse oir aquí más de una vez, es una empresa inmensa. En cambio, vaya Vd. á provincias, anúnciese como enviado de la pléyade central, como la novedad del jaleo de un dia, como quien va á romper un momento los fastidios de la intimidad provinciana, como la curiosidad, como el manjar apetecido de los súbditos de un gobernador, y el negocio es seguro, porque, por lo ménos, por lo ménos, cuenta Vd. con tener público. Dijose, pues, el Sr. Echegaray, y se dijo bien: voy á hacerme oir en Valencia; esta es la ocasion de hacerme oir, sobre todo si voy con Figuerola. Y sin esperar siquiera á ver al marqués de Sardoal con su nuevo uniforme, se fué al Circo Español de Valencia.

Desde su punto de vista, es indudable que el Sr. Echegaray hizo perfectamente. El corazon le daba que ya poco ó nada queda que es-

Digitized by Google

perar á su gloria cabe la orilla del intermitente Manzanares, y buscó la del Turia fecundo, ó, mejor dicho, la del Méditerráneo; y allí, ante el mar de la historia, en presencia de un auditorio republicano, ha hecho el más notable, el más original de sus discursos, y se ha encaramado (esta es la espresion) en el cénit de su nombradía. El procedimiento es legítimo, es loable, es digno del génio. Estudiándolo, desmenuzándolo, no puede ménos de reconocerse así. El Sr. Echegaray conocia perfectamente la manera de ser de la patria de Arolas, y preparó su oracion con profundísima habilidad, y triunfó, y se conquistó la ovacion anhelada, y consiguió lo que no sabemos que ningun monárquico haya conseguido hasta ahora: consiguió que le hicieran repetir aquello de sus conexiones con el ideal republicano; consiguió, en suma, lo que solo consiguen los grandes cantantes: que el público le pidiera ¡otra! con espontánea necesidad.

Por lo demás, su peroracion, aun desde el punto de vista crítico, es una verdadera obra de arte. Aquel período en que se explicó la utilidad y el poder de la coalicion por la teoría de las moléculas, es de primer órden. El Sr. Echegaray se apercibió de que sus oyentes daban la espalda á la playa, y les mandó volverse; y una vez vueltos les hizo ver una nave, una vela en alta mar, y les demostró que si aquella vela estuviese hoy en su primitivo estado vegetal, en su estado de cáñamo, ni el viento la empujaria, ni ella empujaria al barco. Consecuencia: que la union ó cohesion de las partes es lo que forma los cuerpos todos, y lo que les hace resistir; y que si los republicanos, los carlistas y los moderados no se unen para ayudarles, los radicales no podrán decir si son dinásticos.

Y no digamos nada de aquella parte en que el Sr. Echegaray trató del alma, á propósito de que si se ha dicho ó no se ha dicho que S. S. no tiene sentimientos religiosos. «¡Que no los tengo, vino á decir el Sr. Echegaray, que no los tengo! ¿Y por qué se dice esto? ¿Por lo que he dicho en el Congreso, ó por lo que he hecho decir en la *Gaceta*? Pues los tengo, pese á quien pese; lo que hay es que no me da la gana de demostrarlos. Pero yo admito el alma, señores; yo quiero la libertad del alma hasta bajo la losa del sepulcro, que es cuanto hay que decir; yo creo que el alma es un principio esencialmente libre, un principio radical. Y sobre todo, el que dude de que yo acepto la vieja teoría del alma, que se lo pregunte á la horrible, á la sangrienta union

Digitized by Google

liberal. Ese monstruoso partido sabe si me tiene ó no el alma quemada con sus atrocidades!»

Y no hablemos de aquello de llamar á la coalicion sociedad de seguros. Todavía se está riendo Valencia al recordarlo. Y no hablemos de aquello que hizo España cuando arrancó del suelo el trono de los Borbones y se quedó un rato sin saber qué hacer, si tirarlo al mar para que luego lo sacasen buzos radicales, ó echarlo más allá del Pirineo para escarmiento de pícaros y polacos de todos colores. Y no hablemos de aquella coincidencia entre los quince vencidos por el Cid en Zamora y los quince distritos en que el sufragio universal ha dividido la valenciana provincia. Solo un aritmético de la fuerza de D. José saca de esta casualidad tan gran partido. Así lo saquen las elecciones.

Pongamos, pues, fin á estos párrafos reconociendo que en el *meeting* del Circo Español ha habido dos afortunados: el Sr. Echegaray, á quien felicitamos desapasionadamente por su artística ovacion gloriosa, y la parte del pueblo valenciano que le ha oido. ¡Feliz el historiador futuro á quien quepa la suerte de recordar y pintar un suceso de tal importancia! Ya le estamos oyendo exclamar: «Valencia habia oido á Castelar, el rey de los poetas políticos, á Aparici, el rey de los poetas de sacristía, y Valencia debia oir al rey de los poetas matemáticos. Un dia llegó el gran ateo á sus playas, reunió al pueblo, le habló de la mar, y el pueblo y el tribuno se abrazaron en presencia de las cerúleas ondas. Aquello pudo ser una confirmacion de lo que dijo Boileau sobre el peor de los géneros; pero fué tambien un acontecimiento. El tren que luego se llevó de nuestra ciudad al orador, la privó tambien de una de las más agradables é inofensivas de sus diversiones de entonces. Así es la vida, donde todo acaba menos ciertos tipos.»

Digitized by Google

UN SANTO POLITICO.

(22 de Marzo.)

Entre la moral, no como la entienden D. Gabriel Rodriguez y otros sábios débiles para con la *Internacional*, sino como la entiende el vulgo anti-economista, y la santidad en lo que puede llamarse su literatura, parécenos que hay una pequeña contradiccion. Es un precepto de moral social el no meterse en vidas agenas, sin cuya prohibicion arderia en chismes, mucho más de lo que arde, el mundo que fundó Eva; pero es tambien una necesidad del que quiere ser santo, ó al ménos del que desea admirar los saludables ejemplos de los canonizados, el leer, el conocer sus biografías, el registrar esos conmovedores anales donde la virtud cristiana ha escrito sus más bellas páginas. ¿Quién ata, pues, estos dos cabos? Declaramos que para nosotros es operacion de gran dificultad; y por eso somos tan poco fuertes en historias de santos: el respeto á la vida privada nos lo ha impedido.

Mas por poco versados que estemos en ese delicado estudio, se nos alcanza, sin embargo, que hay caractéres generales y comunes en todos los elegidos de la Divina gracia, que hay cualidades, condiciones, dotes de espíritu, temperamentos que han brillado en todos ellos con inseparable constancia, y sin los cuales es muy difícil hallar un verdadero santo. Y que entre esas cualidades está en primer término la paciencia, la heróica y bondadosa paciencia, no puede ponerse en duda. Ella ha servido de escala universal para subir al cielo; ella y solo ella guarda el secreto de la fuerza que vence al dolor. Desde San Narciso, que se dejó comer por las moscas, hasta San Lorenzo, que se dejó tratar como una chuleta, ¡qué série de paciencias en el martirologio!

El Sr. D. Manuel Ruiz es un hombre de muchísima paciencia. Ya es tiempo de que se le reconozca esta cualidad, primero, porque algu-

Digitized by Google

na habia de tener, y segundo porque la tiene. Toda su vida política lo demuestra. Él sufrió pacienzudamente la insignificante oscuridad en que le dejaron las Córtes del bienio, que le abrieron las puertas de la cosa pública. Él aguardó con paciencia admirable á que el general Prim le dejase con su muerte la vacante de la presidencia del Consejo. Él no habla de puntos negros sino cuando conviene á su partido; él deja que otros escriban, que otros estudien, que otros se ganen la reputacion de una aptitud cualquiera; él no muestra siquiera impaciencia de saber quién disparó el trabucazo de la calle de San Roque; él sufre á Martos, y está dicho todo.

Los fisiólogos negarán en vano esa cualidad de D. Manuel, fundándose en la fria amarillez de su rostro, que indica el predominio de la bilis, y alegando que todavía no se ha probado que ningun bilioso ó nervioso sea hombre de calma, y que decir santo es lo mismo que decir linfático. En primer lugar, esto es admitir la tiranía del temperamento en la vida, que es lo mismo que negar el libre albedrío; pero aunque se admita, no es solo la bilis quien amarillea el rostro; tambien el pajizo es el color inseparable de muchas debilidades, de la envidia, por ejemplo, y de muchas emociones, como, *verbi gratia*, el miedo. Seria, pues, necesario probar suficientemente que D. Manuel es bilioso, y esto solo su médico podria decirlo. El país no lo sabe, porque si bien es verdad que el Sr. Ruiz nos tiene acostumbrados á sus arranques, hay tambien la opinion general de que es un hombre de buen humor. Los que han cenado muchas veces con él en la fonda, lo aseguran. Bien es verdad que entonces no habia rey, y el temperamento de un hombre puede variar mucho entre una interinidad revolucionaria y una monarquía que desdeña las amenazas.

Pero la paciencia del jefe de pelea, que hoy queremos demostrar cumpliendo un deber de justicia, no necesita de esas pruebas de ayer, á pesar de ser tantas y tan fehacientes. Nunca como ahora, nunca como en estos instantes, está demostrando D. Manuel una paciencia sin límites, una paciencia sin rival en la historia, una paciencia homérica. ¿Sabe nadie lo que la situacion actual de su partido está haciendo pasar al grande hombre? La coalicion ha hecho de su casa un jubileo, hasta el punto de que la primavera, que probablemente pasará sin verle ministro, no pasará sin ver renovados los goznes de su puerta. Si el Padre Eterno, ese hermoso anciano que el arte nos finje con su

Digitized by Google

luenga barba y su paciencia eterna, con la mano sobre la bola del mundo y los oidos abiertos á todas las reclamaciones de la creacion; si el Padre Eterno tiene un asiento, ese asiento debe parecerse al sillon del despacho del Sr. Ruiz, donde federales, y carlistas, y moderados, y cimbrios tienen la seguridad de verle á toda hora en estos dias. ¿Qué importa, para los efectos morales de la comparacion, que el forro de ese sillon sea de terciopelo de Utrech? En él se posa una resignacion inmensa, y esto basta.

¿Han meditado Vds. sobre lo que debe ser un discurso diario del mal humorado y provecto marqués de Barzanallana, acerca de la situacion del moderantismo en los distritos? Pues D. Manuel oye ese discurso todos los dias, sin atentar contra los suyos. ¿Han pensado ustedes lo que debe ser la amistad política del Sr. Nocedal, padre, esa amistad que no han podido sufrir ni Villoslada, ni Canga Argüelles, ni Sofraga, ni el mismo P. Sanchez? Pues D. Manuel cultiva esa amistad en este momento histórico, sin quejarse. ¿Han reflexionado Vds. lo que será oir todas las mañanas á Castelar discurriendo sobre la razon enciclopédica, en sus relaciones con las delicadezas del sufragio universal? Pues D. Manuel le escucha, y le sonrie. ¿Se han figurado ustedes por ventura lo que debe ser una consulta de Pasaron, un consejo de Portilla, una genialidad de Pellon, un rasgo de Rojo Arias, un artículo radical de Perez de Guzman? Pues D. Manuel los sufre, los oye, los digiere, y todavía está por la primera vez que haya pensado, al sufrir todo eso, en los antípodas.

Dias pasados, sin ir más lejos, y si nuestras noticias son exactas, entraron en su despacho dos de los principales personajes de su colectividad, tan principales como que uno era el Sr. Moret (D. Segismundo), y otro el Sr. Rivero (D. Nicolás). La alteracion marcada de sus rostros, la irregularidad de los nudos de sus corbatas, el no quitarse D. Nicolás el sombrero, y el no preguntar Moret por la familia, todo hizo sospechar desde luego al jefe que iban á someterle una cuestion de grande importancia. Y así era, en efecto. Se trataba de si debia ó no publicar *El Imparcial* el discurso que pronunció el marqués de Sardoal ante los comandantes de la Milicia, discurso que, sea dicho de paso, creiamos perdido para la historia, y que, de seguro, lo hubiera estado, á no tener el inteligente alcalde la prevision de llevar un taquígrafo detrás de sí, vaya donde vaya, y aunque no vaya de uniforme.

Digitized by Google

Naturalmente, el Sr. Moret opinaba por la publicacion, por la afirmativa, no solo porque esta es su costumbre, en su calidad de naturaleza benévola, sino porque las afirmaciones dinásticas y sensatas de dicha peroracion parecian, y con justicia, al jóven hacendista que ya era tiempo de que se conocieran. «Yo, D. Manuel, dicen que dijo don Segismundo, no puedo transigir con las barbaridades en general, ni con las de mi partido en particular. Recuerdo lo que dice Plutarco, á este respecto, de Tucídides. Tucídides habia hecho grandes obras públicas, y el pueblo le acusaba de dilapidador. Pues bien, dijo él al pueblo: yo pagaré esas obras, pero que se ponga en todas ellas mi nombre, que se me deje al ménos la gloria de lo que he realizado. Y el pueblo envidioso no volvió á acusarle. Pues eso digo yo, despues de tantos siglos como desde Tucídides han pasado, á los que me acusan de ser dinástico de la dinastía cuyos ministros hemos sido y deseamos ser: ¿por qué me quereis quitar la gloria de mi consecuencia? Si ese discurso, pues, no se publica, yo declaro que voy á palacio á darlo en extracto.»

Por su parte D. Nicolás se deshizo en argumentos tremebundos contra el discurso, la publicidad, el marqués y el Sr. Moret, haciendo hincapié espartano en la «inconveniencia de ciertas declaraciones.» Se puede ser, dicen que dijo S. S., dinástico, pero no siempre se puede decir lo que uno es. ¿A dónde iriamos á parar por este camino? Y luego, amigo Moret, Vd. no conoce ni á los hombres ni á los poderes. ¡Si viera Vd. cuántos ingratos hace la consecuencia! ¿Qué me ha pasado á mí con la república? Y sobre todo, ¿por qué ha de hacer Sardoal lo que yo no hice cuando fuí alcalde? Comprendo un empréstito, comprendo un bill de indemnidad; pero un discurso conservador ante el pueblo armado..... ¡vive Dios que si mi partido da en estos hábitos, se queda sin mí como yo me quedé sin presidencia!

Y la cosa, planteada así, estuvo á punto de ser grave, y lo hubiera sido si la paciencia hábil, habilísima de D. Manuel no hubiera roto el nudo convidando á almorzar á su grande amigo el patriarca demócrata, y haciendo un guiño al Sr. Moret para que se fuera á la imprenta.

Y como este suceso, y como este detalle, pudiéramos citar otros muchos que prueban hasta la evidencia, hasta la sublime evidencia, que hoy la caracteriza, la santa calma, la paciencia angélica, la bon-

Digitized by Google

dad corderil que D. Manuel está ofreciendo á Dios en esta complicada época de su vida. Si hay, pues, santos políticos, si debe haberlos, aunque el género sea nuevo y raro, el Sr. Ruiz es uno de ellos. Y que no nos vengan los incrédulos de oficio diciendo que la paciencia sirve lo mismo para ganar el cielo que para ganar carteras. ¿Dejará de ser la paciencia una virtud, vaya adonde vaya, é inspírela lo que la inspire? Pues teniendo la virtud se tiene lo principal; y el que está destinado á llamarse el beato Manuel, ¿qué importa que antes quiera llamarse ministro?

Digitized by Google

PREDESTINACION.

(27 de Marzo.)

Entre ser cristiano y hombre político, y no ser fatalista, no deja de haber sus dificultades, porque, mirándolo despacio, la política es un gran plantel de predestinados, es una gran demostracion de que cada uno nace en este mundo para su cosa. Los personajes de la escena pública no necesitan, en efecto, serlo mucho tiempo para que la opinion, con raras excepciones, les pronostique proféticamente el porvenir. Abrió por primera vez la boca en público D. Vicente Rodriguez, y el público conoció, sin equivocarse mucho, que para poco ó nada serviria, salvo el llegar á ser condidato por fuerza. Presentóse un dia en el Parlamento el gran Moncasi, y el mundo presintió que desde capitan de granaderos arriba, no habria elevacion que le asustara. Escribió su primera circular el Sr. Diez, y la magistratura dijo, y con razon: un fiscal ménos. Apareció el partido radical, radiante de secuestros y otras artes que le hacian posible y probable el poder, y Europa dijo, mirando al general Córdova: un radical más. Y es eso; es que la política es la ciencia de los horóscopos fáciles, una ciencia gitana, como si dijéramos.

En este sentido, el Sr. Echegaray ha hecho perfectamente al entrar en su vida de hombre de Estado desprovisto de toda religion positiva, sin una creencia religiosa para un remedio. ¿De qué serviria al gran matemático, por ejemplo, el viejo cristianismo de sus padres, ante la evidencia de ese fatalismo que la política, como ciencia personal, entraña? ¿Ni cómo armonizar el libre albedrío, ese dogma engendrador de la responsabilidad humana, con el destino que cada hombre político lleva escrito, ya que no en la frente, en sus acciones? ¿Puede dudar nadie de que, *verbi gratia*, el Sr. Pellon nació para compatible, el Sr. Moret para hombre agradable, el Sr. Sardoal para hacerse un

Digitized by Google

uniforme? Solo el Sr. Prieto, á pesar de haber sido director de aduanas, no sabe él mismo para qué ha nacido; pero esta es una excepcion que no desvirtúa la regla. Por lo tanto, el Sr. Echegaray obró sábiamente al presentarse ante el país con el indiferentismo teológico que le constituye. Si hay una religion que verdaderamente convenga á la política, es la turca, es la de Mahoma, es la que dice al hombre: hagas lo que hagas, serás lo que has de ser. Y en la imposibilidad de ser polígamo, el Sr. Echegaray se decidió á ser ateo. Bien hecho.

¡Ah! ¡El Destino! ¡El Destino! ¡Qué deidad tan inexorable! Los antiguos, que tanto la respetaban, no eran, no, niños de teta. El hombre que con ella pretende luchar, intenta, como dice Byron (un poeta inglés), una lucha tan insensata como la de la espiga contra la hoz. Y nosotros decimos que, políticamente hablando, eso es una gran verdad: que el «estaba escrito» de la gran escuela pesimista es la gran divisa de todas las notabilidades. El Sr. Rivero, D. Nicolás, salió de Madrid hace pocos dias, haciendo quizá mil castillos en el aire sobre la recepcion que iba á merecer á sus paisanos, llevando escondido en lo más hondo de su fuero interno «el cántaro inmortal de la lechera,» que ha dicho Campoamor. Yo iré, yo llegaré, se decia acaso, y veré, y venceré, y seré aplaudido, proclamado y elegido. Pero como estaba escrito que el Sr. Rivero solo seria esta vez silbado por la reina del Bétis, silbado fué. Pues no digamos nada del Sr. Beranger. ¿Quién habia de decir á S. S. que iba á ser candidato por el distrito del Hospicio en Madrid? ¿Quién habia de pensar esto al presenciar su eterno, misterioso silencio parlamentario? Cosas del Destino.

Tampoco es difícil pronosticar el destino del Sr. Martos. En vano su habilidad, que es de primer órden, y la de sus amigos, que no es más que mediana; en vano su modestia, las conveniencias momentáneas de su parcialidad, y otras muchas concausas análogas, tratan de ocultar lo que el Sr. Martos ha de ser en el seno del radicalismo, ó, mejor dicho, lo que es por el derecho propio de su cacúmen, de su carácter y de su aplicacion. La jefatura cimbria, esa autoridad grande y peligrosa por iguales partes, que imprime direccion á la rápida marcha de los demócratas, que los llevó desde la república á la monarquía como con la mano, y que hoy, dando frente á retaguardia, les invita á saltar sobre la monarquía para ir «donde Dios quiera,» como dice Nocedal; esa jefatura no es para nadie un misterio. El se-

Digitized by Google

ñor Martos la tiene de hecho; era su mision, su merecido, su Destino! Si hay algun radical que no lo crea, que se pare y medite: ¿cuántos años tendria que estudiar el jefe de pelea para llegar, intelectualmente hablando, á los zancajos de D. Cristino?

Respecto al destino de D. Manuel, no es ménos sencillo, ni ménos lógico, á nuestro juicio, el pronóstico. A primera vista no lo parece; pero dejémonos de primeras vistas, porque si á eso vamos, tampoco parece á primera vista el Sr. Ruiz un hombre notable, y lo es sin embargo en cierto sentido. A primera vista habrán dicho muchos que don Manuel ha nacido para matar el partido en que le metió el general Prim, ó para hacer famoso el Burgo de Osma en que rodó su cuna de caoba. Pues no es eso; todo eso, y mucho más, no es otra cosa que lo accidental de su vida, con respecto á su predestinacion. Lo sustancial, lo fundamental, lo decretado por esa Providencia que desde la florecilla hasta el radical señala á cada cosa su puesto en la tierra, es cosa muy distinta. El destino del Sr. Ruiz no está ni en sus destinos, ni en su fama, ni en sus terrones: está en su palabra. ¿Qué importa que esta sea premiosa como el orin, oscura como la falta de ideas, estéril como el egoismo? Lo cierto es que D. Manuel ha nacido para decir inconveniencias. Y ahí están todos, absolutamente todos los capítulos de su biografía política, desde el primero hasta el que escribió ayer mismo, que no nos dejarán mentir.

¡Discursos y actos del grande hombre, en lo que va de revolucion: venid hoy, siquiera sea rapidísimamente, en apoyo de esta afirmacion nuestra! Servicios personales al conde de Reus, justipreciados en una cartera; cartera desechada por la idea de una presidencia; presidencia ayudada por la filípica sobre los puntos negros; puntos negros que luego resultaron quedarse en inmensa mayoría cerca del que fué con la moralidad por la monarquía; monarquía declarada préviamente para un uso particular y abandonada hoy por el abrazo de los republicanos; republicanos que no quisieron ser ministros con el Sr. Ruiz, á pesar de las lágrimas de sus ojos; ojos que no saben como atender hoy á los distritos y á palacio: decid, decid vosotros si nos equivocamos; si, como el ministro de cierta zarzuela, abre D. Manuel una sola vez la boca para decir algo que no sea de lo más impertinente. Y aunque todos vosotros lo negárais, ¿no dice bastante la reunion de ayer en el teatro de La Risa?

Digitized by Google

Reuniéronse los electores del comité del distrito del Congreso, que, por una casualidad, son los mismos del comité del distrito de Buenavista; dieron la presidencia al Sr. Ruiz, para evitarle un disgusto, y propusieron como candidato al Sr. Martos, y el Sr. Martos habló con toda la brillantez que quiso, y el Sr. Ruiz tomó la palabra. ¿Para qué? ¿Para decir algo monárquico, ó dinástico, que atenuara un poco lo que no se ha dicho? No señor: esto hubiera sido aclararse el porvenir, pero tambien hubiera sido faltar á su idiosincrasia, ser infiel á su predestinacion. D. Manuel tomó la palabra para decir que el Sr. Martos no habia querido presentarse por otros distritos, es decir, para dar á entender que el Sr. Martos no tiene más distrito, ni más esperanza que el del Congreso. Ahora bien: ¿es esto cierto, ó no es cierto? Si lo es, ¿para qué decirlo, para qué mortificar y rebajar á nadie, D. Manuel? Si no lo es, ¿qué nombre merece la afirmacion, Sr. Ruiz? ¿Cómo quiere Vd. luego que su jefatura sea una cosa séria, y que el Sr. Martos deje de reirse ante ella en su conciencia? Pero, en fin, D. Manuel, con una inconveniencia más, no hizo sino cumplir con su naturaleza. El dia en que salga de sus lábios algo prudente, ese dia habrá cambiado su Destino. No espere España ese dia.

Digitized by Google

LOS DESFALLECIENTES.

(1.° de Abril.)

Cuando el Sr. D. Manuel Silvela hizo el sacrificio de aceptar el ministerio que la revolucion, y en su nombre, si no recordamos mal, el respetable Sr. Rios Rosas, le ofreciera, el Sr. Silvela, que, segun nuestras noticias, pudo optar entonces entre las carteras de Estado y Gracia y Justicia, lo hizo por la de Estado, por la diplomática, con una decision, con una insistencia que los hechos vinieron en breve á justificar. Creyó, sin duda, el Sr. Silvela que, á pesar de su notable práctica de jurisconsulto, la situacion general de la política en aquellos dias, la importancia que entonces entrañaban nuestras relaciones internacionales, y hasta sus condiciones intelectuales y personales, su vasta instruccion literaria, su talento elástico, su fácil palabra, su distinguida figura, le llamaban á ser digno sucesor del Sr. Lorenzana, del modesto autor del célebre memorandum revolucionario.

Y, en efecto, el Sr. D. Manuel Silvela creyó bien, estuvo en lo justo, apreció con lucida exactitud la situacion de las cosas, y, lo que es más difícil, supo apreciarse bien á sí mismo. No fué larga su permanencia al frente de la primera secretaría, pero su breve paso por ella dejó, como no podia ménos, el honroso rastro que todos nos prometiamos. Sus notables conferencias con los representantes extranjeros, sostenidas en el francés más puro; las sábias, aunque penosas reducciones que hizo en el personal, número y sueldo de nuestras embajadas, apresurándose á obedecer incondicionalmente el espíritu económico de la mayoría constituyente; el cultivo íntimo de la amistad del general Prim, que los elementos conservadores le agradecieron y le agraderán siempre; sus viajes á Vichy y París en compañía del malogrado marqués, que tan alto dejaron en la entonces córte de las Tullerías el nom-

Digitized by Google

bre de la diplomacia española; todo esto, y mucho más que sentimos no recordar en este instante, dejó tras sí en el ministerio de Estado la inteligencia del Sr. Silvela.

Si no hubo más, si el acreditado nombre de nuestro antiguo amigo no quedó escrito en los anales de alguna negociacion importante, de algun tratado, de algun procedimiento inteligente que deparase á la obra revolucionaria la amistad de algun gobierno ó de alguna potencia que no le fuese favorable; si el personal diplomático y consular de España tampoco le debió reforma ó modificacion benéfica y plausible, culpa fué de las circunstancias, que no lo dieron de sí, y que le condenaron en este sentido á una esterilidad ó á una impotencia forzosas. En cambio no hubo un solo empleado de su ministerio que no quedase prendado de sus buenas palabras, y todo el mundo sabe la violencia que costó á su habitual sencillez el tener que aceptar las grandes cruces de Cárlos III, de Sajonia y de Baviera que le fueran conferidas en atencion á sus innegables servicios. La revolucion, que el Sr. Silvela aceptó como hecho consumado, no tuvo, pues, motivo de arrepentirse por haberle elevado á uno de sus primeros sitios.

Calculen, pues, nuestros lectores, por los rápidos antecedentes que acabamos de indicar, la sincera y profunda pena que nos habrá causado el repentino alejamiento en que el Sr. Silvela se coloca de la vida pública. No está, por desgracia, la alta política española tan abundante de grandes caractéres y de grandes talentos, que pueda verse con indiferencia, ni con resignacion, el eclipse de uno de sus astros más esplendorosos. Respecto á los motivos que han decidido al Sr. Silvela á su retraimiento, á no aceptar las reiteradas y varias ofertas de los distritos electorales que sufren á estas horas la gran contrariedad de su negativa, ya en nuestro último número los analizamos séria, aunque brevemente, para oponerles desde nuestro punto de vista las razones que creemos bastantes á condenarlo; pero protestando, como volvemos á hacerlo, del profundo respeto que esa y cualesquiera otras determinaciones del fuero interno de las personas nos merecen.

Séanos lícito, empero, confesar una vez más que sentimos de todas veras ver al ex-ministro de la conciliacion rechazar en nombre de su criterio propio la conveniencia de lo que queda de la conciliacion revolucionaria, que tanto contribuyó á realizar y sostener su grande amigo y presidente el general Prim, y ofrecer el obstáculo, aunque in-

Digitized by Google

consciente, pero que al fin lo es, de su disentimiento, al desarrollo, de que tanto esperan las instituciones del nuevo partido conservador. Solo mitiga algun tanto nuestro ingénuo desconsuelo la conviccion, que la experiencia universal abona contra los hombres necesarios, de que los altos y generosos y patrióticos fines de ese partido se cumplirán y llenarán providencial y enteramente, á pesar de la ausencia del señor Silvela, y para conjurar las catástrofes que el digno ex-ministro entrevé al final de su comunicado. ¡Lástima que el Sr. Silvela no crea hoy, como creyó en visperas de las insurrecciones republicana y carlista, que debia arrimar el hombro al sagrado muro de la salvacion comun, aunque solo fuera siendo ministro, ó senador ó diputado!

Y para dar, como si dijéramos, la última mano á la espresion de nuestro pesar sincero, hemos de decir tambien que, segun nos han asegurado personas que nos merecen un alto concepto de veracidad, y á quienes creemos muy bien enteradas de lo que aseguran, en la sensible determinacion del Sr. Silvela no solo ha entrado por mucho el doloroso desengaño que la en su juicio mala manera de formarse el partido conservador le deparara, sino que ha tenido que añadir en su combatido ánimo, á esa decepcion opinable y controvertible, otras más amargas, más prácticas y más inexorables, de carácter puramente amistoso. Dícesenos, en efecto, que los principales amigos políticos y privados á cuyas importantes gestiones venia el Sr. Silvela fiando en su provincia electoral, que es la de Avila, el éxito de su eleccion, no se han mostrado enteramente dispuestos en esta ocasion á entrar en la lucha, y así se lo tenian significado al Sr. Silvela con racional y oportuna anterioridad. Los Sres. Ibarreta y Delgado figuran entre esas personas. De manera que la decision del Sr. Silvela ha tenido hasta el mérito de una triste oportunidad; porque aunque el Sr. Silvela no hubiese pensado en dejar hoy la vida parlamentaria, ya esta le habia creado en el fondo un grave conflicto. Lo sentimos, pues, doblemente.

Pero de todos modos (y con esto entramos, aunque un poco tarde, á justificar el título de este articulejo), nosotros abrigamos la esperanza... ¿qué decimos esperanza? la conviccion y la certeza de que el señor D. Manuel Silvela retraido, en discrepancia, no solo con su antiguo jefe disidente, el Sr. Rios, con cuyo beneplácito dirigió la instruccion pública y los asuntos de Estado, sino con su partido revolucionario; abrigamos, decimos, la certeza de que el Sr. Silvela, no por opinar

Digitized by Google

y creer hoy que el partido conservador de la revolucion debe deshacerse para hacerse de nuevo, se irá á su hogar, á su retiro, á seguir sus elucubraciones literarias, ó á continuar siendo honor del foro, como uno de esos desfallecientes de última hora que fingen hacer de la necesidad virtud, y cuyas contrariedades personales tienen el arte de aparecer ante la opinion con el disfraz de una decision meditada, austera y sentimental; creemos, por el contrario, que el Sr. Silvela se va de buena fé á sus tiendas, dispuesto por el patriotismo, por su amor á lo que tambien ha sido obra suya, y por su gran valor cívico, á volver á tomar parte en la batalla salvadora, si esta llega y le necesita.

Respecto á esos desilusionados convencionales, si los hay; respecto á esos profetas del despecho, cuyas lágrimas bastaria acaso á enjugar rapidísimamente la repentina realidad de un nuevo encumbramiento; respecto á esos desfallecientes que buscan plaza al alcance de todos los soles que puedan calentarlos hoy ó mañana, ¿qué hemos de decir nosotros, humildes soldados del ejército revolucionario, que hemos quemado y quemariamos cien veces voluntariamente nuestras naves en la playa á donde hemos llegado con las instituciones vigentes? Lo único que se nos ocurre decir es que vayan en buen hora; que, despues de todo, hay que agradecer á la Providencia esos alejamientos, porque de hombres leales y resueltos es saber con quienes se puede contar, y no temer que los que anochecen dándonos la mano amanezcan en las avanzadas de nuestros enemigos. Hemos dicho.

Digitized by Google

ESE ES EL MODO.

(3 de Abril.)

Sí; era él. Madrid le ha visto, los electores le han visto, los paseantes y los polizontes le han visto. Era él, con su lustroso sombrero de anchas encorvadas alas (imitacion de los de Salamanca); su gaban de entretiempo color de hoja seca; su habitual cargazon de espaldas, que le da el aire de un hombre echado para adelante, y su eterna seriedad física, que tanto ha contribuido á su elevacion. Era él; los agentes de órden público, que la nacion le ha prestado vitaliciamente, no le seguian, porque ayer era el dia de mostrar valor; pero le seguia Martos, con una fina sonrisa socarrona que parecia decir: aquí va esto; y le seguia Montero Rios, el enérgico codiguista compensador de las flojedades constitucionales, y Pavía, el general simpático que le ha perdonado en nombre de Prim; y le seguian otros varios, dispuestos á morir con él ante las urnas, si era preciso.

Era él. Los republicanos le saludaban como diciendo: ahí va el que por poco nos hace el caldo gordo. Los carlistas le miraban con todo el enternecimiento de que son susceptibles los enamorados de la guerra civil. Los moderados le dejaban la acera con la presteza de la gratitud. Los chiquillos le daban tambien escolta, pero no se le acercaban por ese recelo instintivo de la infancia hácia todo lo fuerte; y, en fin, hasta la naturaleza parecia acompañarle con gusto. Un vientecillo fresco le precedía barriendo las calles, y el sol, coqueteando con las nubes, le proyectaba un juego de luz y sombra que realzaba su silueta. Porque parece que tambien la naturaleza tiene sus predilecciones políticas. A nosotros nos han asegurado, por ejemplo, que Beranger, cuando navegaba, siempre encontró el mar como una balsa de aceite, y por eso pudo estudiar tranquilo su oratoria y su gramática.

Digitized by Google

Era él, que iba á recorrer por sí mismo los colegios electorales; él, que sabe que el ojo del amo engorda el caballo; él, que está persuadido de que para obtener la ayuda del cielo no hay como ayudarse á sí mismo; él, que prefiere un «por si acaso» á cien «quién pensara;» él, el previsor, el organizador, el avizor, el vigía infatigable, que duerme ménos que Napoleon, que oye crecer la yerba, y que tiene más conchas que todos los galápagos de la democracia universal. Nosotros le vimos, y aunque no le saludamos porque tenemos miedo, verdadero miedo á que empiece entre él y nosotros una simpatía que, de seguro, nos arrastraria á un abismo de afecto, le contemplamos, sin embargo, á nuestro sabor. ¿Y saben Vd. una cosa? Pues nos pareció otro hombre, nos pareció hasta dinástico.

Si fué ó no ilusion de nuestros sentidos, él lo sabrá. Pero indudablemente tuvo *El Imparcial* la culpa de esta alucinacion nuestra, dado que lo fuera. El extracto de su discurso de anteanoche en la Tertulia nos habia impresionado fuertemente. D. Manuel fué al club perpétuo una vez más, presidió una vez más, y una vez más trató la cuestion de las cuestiones, la cuestion de la cantidad de la obra revolucionaria que el radicalismo quiere salvar. Estábamos cansados de leer y de oir que esa cantidad seria todo lo mayor posible; pero que, en último resultado, con salvar la libertad habria bastante. Pues bien: anteanoche dijo D. Manuel de pronto, sin preparacion, *ex abundantia cordis*, que esa cantidad seria toda la obra íntegra y completa, y que los que otra cosa habian asegurado, es decir, sus propios discursos, sus periódicos y sus amigos, calumniaban á la colectividad que los une.

Y nosotros digimos al saber esto: ¿ha estado D. Manuel en Palacio? Y se nos contestó que, en efecto, habia estado el sábado á felicitar á S. M. en sus dias por espacio de dos horas. Y nosotros replicamos: pero entonces, ¿cómo se debe entender la felicitacion de otros personajes, la del duque de la Torre, por ejemplo, que solo duró algunos minutos? Y á esto se nos respondió que el duque de la Torre practica una política vieja; que eso de no hablar al rey de política sino cuando él llama á alguien directa y espresamente para ello, es del antiguo régimen; que en una monarquía democrática, toda entrevista, toda audiencia régia debe contribuir á minar el terreno al gobierno constituido, sin que el soberano mismo, en su inagotable buena fé, se aperciba.

Pues bien; D. Manuel llevaba ayer en su fisonomía, ó nosotros vi-

Digitized by Google

mos visiones, todo el recrudecimiento monárquico y dinástico de sus últimas visitas á la plaza de Oriente y á la calle de Carretas; toda, absolutamente toda la obra revolucionaria puede decirse que iba en su pecho, guardada, acariciada y venerada como un tesoro. Más vale así, y ojalá dure así hasta mucho despues de las elecciones, ojalá sea esta la entrada definitiva del jefe de pelea en el buen terreno, en el único terreno donde sus peleas y las de su hueste pueden tener un mediano matiz de digna lógica. ¡Quién sabe! La sensatez es una huéspeda caprichosa, que á lo mejor abre las más enmohecidas puertas cerebrales, aquellas que parecen serle más refractarias, y se cuela por ellas como por su casa. ¿Quién sabe si D. Manuel habrá oido por fin en algun insomnio la voz de esa visitante augusta y prudente, que le habrá enseñado y demostrado el solo verdadero medio de salvar la libertad?

«Mira, Manuel, le habrá dicho la sensatez: ó tú no sabes lo que te dices cuando das á entender que la libertad puede salvarse sin la dinastía, ó no dices lo que sabes. Reflexiona, hijo (y permíteme que te dé este nombre), reflexiona y contesta: ¿Salvaria la libertad la república, hermana inseparable de la demagogia? ¿Fiarias tú la libertad de España á los esperimentos de Garrido? ¿Salvaria la libertad el carlismo, el absolutismo, aunque viniera sin Nocedal, y con la Constitucion de Cabrera? ¿Es esto sério? ¿Salvaria, en fin, la libertad la restauracion, que te obligaria, créelo, Manuel, por lo ménos á buscarte en Gibraltar una manera de vivir sin la política? Pues si ninguna de esas soluciones salvaria la libertad, y la libertad existe hoy, con sus trabajillos y todo, pero existe con la única dinastía que ha venido por ella y para ella á España: ¿qué quieren decir vuestras majaderías respecto á salvar la libertad, con ó sin la dinastía? ¡Ah, Manuel, Manuel! ¿Quién te metió á tí á salvar libertades?....» Y puede que D. Manuel se haya hecho cargo, y que sea otro hombre en lo sucesivo. Cosas más grandes se han visto.

Respecto al procedimiento de ayer, á su revista de colegios, á su paseo triunfal por barrios y distritos, á su exhibicion premeditada y solemne, nada tenemos que decir. Aquí estábamos acostumbrados á que los hombres políticos, cuando el merecimiento ó la fortuna les encumbraban á cierta altura, hiciesen gala de cierto inútil pudor que parecia impedirles su cotidiano descenso entre el vulgo mortal y político; aquí era jurisprudencia de todos los presidentes del Consejo de

Digitized by Google

ministros, activos y cesantes, y de todos los jefes de partido, el dejar hacer á sus amigos, á la opinion, lo que podia resultar en su obsequio; aquí tenia deberes exajeradamente penosos la susceptibilidad. ¡Así andaba este país! Pero D. Manuel ha roto con la tradicion, se ha cuadrado y ha demostrado al país que aquí lo que hay que hacer es que cada uno se sirva á sí mismo. Y esta teoría, además de que no habrá un criado internacionalista que no la acepte, inaugura el reinado de la sencillez. Reconozcamos, pues, que ese es el modo, y no otro, de ser un grande hombre, y vámonos á dar una vuelta por los colegios, es decir, á ver al más grande de los españoles.

Digitized by Google

COMPARACION.

(8 de Abril.)

El jefe del partido conservador de Inglaterra acaba de merecer al buen pueblo de Manchester una de esas ovaciones que no dejan duda alguna respecto á la popularidad y á la estimacion pública del que las obtiene. La muchedumbre de una de las principales ciudades inglesas, acaso la más importante por su riqueza fabril, ha recibido, escuchado y aplaudido al honorable estadista con tal entusiasmo que hasta llegó á tirar y conducir su coche. Honor y enternecimiento de que no suelen ser pródigas las masas movedizas, y que en nuestro país no se ha repetido, que sepamos, desde los dias en que el Sr. D. Fernando VII volvió de Francia, libre de su cautiverio y arrepentido de la abdicacion de la familia en manos del gran Napoleon.

Si Manchester fuese una poblacion aristocrática, ó teocrática, ó de grandes intereses rurales, ó en algun otro sentido conservadora, estacionaria, reaccionaria, como aquí decimos, el triunfo popular de Disraeli se explicaria fácilmente á los ojos de la demagogia en general y de ciertos liberalismos españoles en particular. Es claro, nos dirian estos señores: el jefe de los conservadores ha ido á una ciudad conservadora á poner en las nubes la monarquía y la dinastía inglesas, á encomiar los beneficios teóricos y prácticos que Inglaterra viene obteniendo de la union fecunda que esa monarquía y esa dinastía simbolizan para ella entre la tradicion y la libertad; allí no habia más que grandes terratenientes, ó títulos del reino, ó clérigos, ó campesinos fanáticos: ¡cómo no habian de aplaudirle!

Pero lo grave del caso ha estado y está en que los recibidores y entusiastas del jefe conservador han sido, en su inmensa mayoría, los operarios de las fábricas de la gran ciudad, esos operarios que la civilizacion debe creer internacionalistas natos, suscritos á los periódicos

Digitized by Google

socialistas más furibundos, enemigos irreconciliables de todo poder que no sea el del número, de toda riqueza que no aspire á distribuirse, de toda elevacion donde no flote la blusa democrática y humanitaria. Y sin embargo, estos operarios han aplaudido frenéticamente al jefe tory, como si no hubiese un solo papel en que se abomine de la monarquía, de la propiedad y de la diversidad de clases. Extraña cosa, ejemplo y suceso extrañísimos que los apóstoles políticos de nuestras turbas deben explicarles, si pueden, satisfactoriamente, ó por lo ménos ocultarles por pudor del dogma revolucionario.

Cosa extraña, repetimos: haber un pueblo libre, culto, poderoso, en el seno del gran movimiento social y regenerador de nuestro siglo, y dar este pueblo oidos á un personaje conservador como él solo, que le hace la apoteosis de la monarquía que lo rige, de las desigualdades sociales que lo constituyen, y del criterio político de su parcialidad que no le ofrece por ahora ningun nuevo progreso! ¡Qué inverosímil leccion para nosotros los catorce millones de ciudadanos que nos agitamos en este hermoso rincon peninsular del occidente europeo, y que, á pesar de venir siendo monárquicos y conservadores desde el tiempo del rey que rabió, todavía, sin embargo, no transigimos, en punto á ovaciones públicas, con nada que no sea de la escuela más progresiva!

Y no digamos nada de lo que debe enseñarnos, concreta y personalmente, el Sr. Disraeli. ¡Cómo! ¿Será verdad? ¿Hay un personaje político, un jefe de un partido, un ministro cesante que venera, enaltece y se propone servir mañana, con la mejor voluntad del mundo, al rey que aceptó su dimision? ¿Hay un hombre ilustre, de gran reputacion, de gran popularidad, alejado del poder, que desea noblemente volver á *él*, y que, para lograrlo, no intenta siquiera adular servil ó hipócritamente á las masas, y se limita á infundirles respeto y amor á los poderes fundamentales de su pátria? ¡Qué escándalo, ó, por lo ménos, qué singularidad en la historia! Pero, al fin y al cabo, se trata de ingleses, que es como quien dice, de los hombres más raros, extravagantes y estrambóticos de la creacion, y tratándose de ingleses todo es creible.

Y, en último resultado, se trata de la raza sajona, ó germánica, ó teutónica, y nosotros somos latinos en dos terceras partes y árabes en la otra. ¡Y vaya Vd. á comparar! Los sajones son un pueblo frio, insensible, calmoso, egoista, hijos de un sol que no calienta, blanquea-

Digitized by Google

dos por el crepúsculo en que viven, y ablandados por la humedad que respiran. Esto explica que esa misma Inglaterra venga creyendo desde 1688 que para revoluciones con una buena basta. Esto esplica que los prusianos, despues de haberse paseado hasta París en son de primera potencia, se hayan vuelto á cultivar sus terrones y á ejercer los escasos derechos individuales que la Constitucion imperial les otorga. Y ya verán, ya verán Vds. como en muchos años no vuelve á oirse hablar de ellos. ¡Pazguatos!

En cambio, nosotros, los latinos más ó ménos moros, somos los agitadores, los iniciadores perpétuos, los jaleadores eternos, como si dijéramos, de la civilizacion. Si no fuera por nosotros, las revoluciones se moririan de viejas, las dinastías de extenuacion y las Constituciones de polilla. Nosotros representamos la actividad del espíritu humano, su multiformidad, su eterno desasosiego; los reyes, los progresos, los trastornos, los cataclismos que nuestro génio hace subir y bajar, nacer y desaparecer, son la expresion de nuestra esencial mision en la historia, que es la de renovar el oxígeno vital de los pueblos siempre que se puede, y aunque no se pueda; que es la de fumigar la atmósfera intelectual y moral de la humanidad, la de impedir que la inércia ó el estacionamiento corrompan ó disuelvan los gérmenes de la perfectibilidad individual.

Verdad que los sajones, con su egoismo y todo, hacen su camino. Verdad que suele pasar que, despues de cincuenta ó sesenta años de no meterse con nadie, una de esas frias naciones rubias resulte fuerte, poderosa, instruida, cultivada, productora y con su presupuesto nivelado; pero no es ménos cierto que todo eso lo hacen los sajones á costa del género humano, olvidándose del conjunto, sin pensar en el vecino, ni en otro continente, ni en la propaganda redentora de la luz y de la igualdad. Y en este sentido, ¿quién teme la comparacion? Pregúntese al más vulgar de esos ingleses, de esos trabajadores que han palmoteado á Disraeli si se conforma con que Inglaterra prospere cada dia más aunque el mundo entero se quede en la mayor miseria; y de seguro dirá que sí. Nosotros, los latinos modernos, los franceses de todos los paises, no queremos ni podemos querer eso; nosotros preferimos la abyeccion de todos á la dignidad de uno solo; por esto somos y hemos de ser siempre los pueblos de los partidos irreconciliables, y de los facciosos interminables.

Digitized by Google

ECCE HOMO.

(15 de Abril.)

No diremos nosotros que el honorable Sr. Ruiz sea precisamente lo que se llama un hombre astuto. La astucia, aun la no mejor empleada, implica cierta elasticidad y cierta fineza de inteligencia que hasta hoy no tenemos motivo para suponer en el cerebro, á todas luces sólido, del jefe de pelea. Mas en la política, que, por desgracia para los tiempos que corren, no está siempre en perfecta armonía con el sentido moral, suelen hacer las veces de la astucia cierta falta sistemática de sinceridad, cierta provechosa abstraccion de la formalidad, cierto oportuno olvido de la lealtad vulgar, que dan un solemne chasco al más pintado, y que, en sus efectos prácticos, se parecen mucho, pero mucho, á una sagacidad verdadera. Y considerando á D. Manuel desde este punto de vista, hay que quitarle el sombrero.

Prueba al canto. Era en el génesis de la coalicion. Corrian aquellas pavorosas jornadas en que *El Imparcial* aseguraba bajo su palabra que la situacion iba á ser miserablemente derrotada en los comicios. La fórmula estaba enunciada, aceptada y planteada. Los demócratas, co-autores de la Constitucion y co-votantes de la dinastía, habian tendido sus cariñosos brazos á los republicanos enemigos del artículo 33, á los absolutistas enemigos de todo el texto, y á los moderados que no conciben cómo haya un miembro de la casa de Saboya en el mundo. Era una tarde, debia ser una tarde, antes de la hora de comer, porque despues de comer ni D. Manuel ni muchas personas—¡oh tiranía gástrica!—suelen tener ocurrencias felices. Ya habian salido de la casa nacional de la calle de San Márcos, Castelar y Nocedal, ambos contentos, el primero porque se contenta siempre consigo mismo, y el segundo porque se ha propuesto estarlo toda su vida. No quedaban en el célebre despacho más que los dos jefes y representantes

Digitized by Google

del moderantismo, designados para el comité central de la explosion nacional: los Sres. Barzanallana, marqués, y Estéban Collantes.

D. Manuel abrió, por decirlo así, la boca y les dijo, en muy parecidas frases, y con una franqueza de cincuenta grados, lo siguiente: «Señores: el partido moderado no puede prometerse mucho de la próxima eleccion general de diputados. El sufragio universal es al moderantismo lo que el peine al calvo: una cosa completamente inservible. ¿Por qué? Muy sencillo; porque el partido moderado no tiene masas, muchedumbres activas y favorables, proselitismo valeroso y batallador dentro de esa legalidad en que vota todo el mundo, hasta los soldados. Vds. son unos cuantos ex-ministros que desean volver á servir á su patria, unos cuantos hombres de órden naturalmente contrarios á las agitaciones de otros, unos cuantos aristócratas que profesan el dogma tradicional del besamanos, y unos cuantos pensadores que no creen en el pueblo sino á condicion de que este no crea en sí mismo. Están Vds., pues, en su derecho al esperar poco de la libertad, y tienen Vds. por ende el deber de prometerse poco del sufragio no restringido. Esto es innegable.»

«Pero la Providencia, señores (yo creo en la Providencia, no precisamente por lo de la calle de San Roque, sino por otra porcion de cosas), la Providencia, que todo lo armoniza, que todo lo compensa, que da la muerte al pobre asno trabajador, el asno muerto al cuervo carnívoro, la tela á la araña, la melena al leon y la política al buscavidas, la Providencia, que los ha hecho á Vds. inferiores, bastante inferiores á todos los partidos liberales, y especialmente al mio, en eso del voto universal, los ha hecho á Vds., sin embargo, bastante aptos para traer en esta ocasion, y con esta legalidad misma, un grupo respetable de prohombres, ya que no al Congreso, al Senado. Casi todos ustedes, en efecto, tienen aptitud legal para senadores. Casi todos ustedes tienen más de cuarenta años, y han sido consejeros de Estado, ó diputados tres veces, ó generales. Mis amigos, que todavía no lo han sido en su mayoría, porque no ha habido tiempo, reconocen en ustedes esta superioridad. Yo creo, por tanto, que el interés, de acuerdo con la posibilidad, del moderantismo, es venir al Senado. Voten ustedes, en consecuencia, y apoyen á mis diputados radicales, y nosotros haremos lo imposible para traerlos como merecen á la Cámara alta. Me parece que me explico.»

Digitized by Google

Era tan lógico, tan persuasivo este punto de vista del honorable director de la coalicion; habia tal fondo de verdad práctica y de imparcialidad forzosa en él, que los respetables jefes moderados echaron la cuenta y se dijeron: puesto que al Congreso no hemos de venir, y podemos venir al Senado, vengamos. Y aceptaron. Y se despidieron de D. Manuel con todas las buenas formas de un partido que, despues de todo, ha tenido su literatura, y se fueron á sus casas y á las de sus amigos en el firme propósito de ayudar como hombres sérios á los candidatos radicales para la diputacion. Y pasan los dias, y llegan las elecciones, y allí donde ha sido preciso que un radical, constitucional y dinástico, ó poco ménos, tenga el apoyo y la decision de los moderados, bien para los efectos de alguna urna prestidigitadora, ó bien para algun escrutinio milagróso, allí los moderados—hay que reconocerlo—han echado el resto.

Mas siguen pasando los dias, y llega el momento coalicionista de convenir y redactar las candidaturas senatoriales de la alianza santa. El contrato bilateral debia cumplirse en Madrid, como en todas partes, en su parte segunda, esto es, por parte del honorable Sr. Ruiz. La palabra empeñada del grande hombre, las necesidades morales, parlamentarias, y hasta filosóficas del pacto magno, lo exigian. Y la comision moderada del comité central vuelve á casa de D. Manuel con la modesta, con la única pretension de que se incluya en la candidatura madrileña, un nombre, uno solo, del moderantismo, y no el ménos digno de respeto y de aceptacion nacional: el nombre de D. Alejandro Mon. Llaman á la puerta de la casa de la calle de San Márcos.—¿El Sr. D. Manuel?—No está.—(Sorpresa.)—¿A qué hora volverá?—No volverá en algunos dias, porque no está en Madrid.—(Indignacion.)—¿Pues dónde está?— En Tablada.—(Estupor.)—¿Y á qué ha ido?—Ya lo dice *El Imparcial*: á negocios particulares.—Y la comision baja de cuatro en cuatro los escalones, bramando de cólera y roja, créanlo Vds., roja de vergüenza.

Pero aún no está todo perdido. Los compromisarios de la coalicion van á reunirse. ¿Dónde? Donde se reune todo el que tiene en sus venas sangre coalicionista: en la Tertulia. La comision deposita el nombre de su candidato en el seno de la lealtad y de la caballerosidad de Martos y Montero Rios. Martos y Montero Rios van á la reunion, sueltan ese nombre, lo apoyan con todas sus fuerzas; pero en vano; una tem-

Digitized by Google

pestad radical estalla.—Basta de farsa, exclama uno: con los moderados, ni á la república.—¡Bonito nombre el del Sr. Mon! dice otro: ¡un hombre que fué embajador de doña Isabel!—Nombre tributario, salta un economista.—No sirve, no sirve, á votar, gritan otros muchos. Y se vota, y, en efecto, el Sr. D. Alejandro Mon se queda sin la senaduría por Madrid, como se quedó sin reina. A todo esto, D. Manuel en Tablada.

Hoy volverá, empero; y cuando llegue y le cuenten la escena, y le digan cómo se han tirado sus amigos los trastos á la cabeza, y cómo, en vez del Sr. Mon, fué propuesto el Sr. Fernandez de los Rios (¿No sirve al gobierno en alguna parte este Sr. Fernandez de los Rios?), D. Manuel no hará nada, absolutamente nada más que sonreir. Y su sonrisa será un poema. ¡Ah! nosotros, loado sea Dios, no hemos de ver esa sonrisa. Lo que nosotros hemos de ver es el resultado de la eleccion senatorial de Madrid, que bien pudiera no ser grandemente satisfactoria para la Tertulia. Pero sea lo que sea, lo que nosotros nos permitimos decir á los coligados es que aprendan á conocer al hombre de la jefatura. Grandes rubores y grandes arrepentimientos deben sufrir las tres grandes agrupaciones facciosas del actual momento histórico de España Pero no comprendemos que haya para ningun partido ni para ninguna racionalidad aislada mayor vergüenza que la de haberse dejado engañar por semejante individualidad. Nosotros, al ménos, si esto nos pasara, seria una pena que llevariamos hasta el sepulcro, y hasta más allá, con perdon sea dicho del Sr. Echegaray.

Digitized by Google

EL NATURAL.

(7 de Mayo.)

Si Dios nos llamase en uno de estos dias á su presencia, y su inagotable misericordia consintiese á nuestra alma española hacerle una súplica, pedirle un favor supremo antes de aclimatarnos á la bienaventuranza sin deseos de la eternidad; si la bondad divina nos pidiese noticias de este religioso y benemérito país, que tanto ha hecho por la verdadera fé y por el absolutismo; nosotros, despues de exponer breve y fielmente el estado de nuestra república, que acaso no será bien conocido en el cielo por razon de la distancia y porque sus ángeles custodios hace mucho tiempo que deben haberle abandonado aburridos, formulariamos todas las ánsias, todas las hondas penas y todas las urgentes necesidades de la España contemporánea en estas pocas palabras: Señor, diriamos, haga Vuestra Divina Magestad el mayor de sus prodigios modernos, y que los radicales sean un partido sensato mientras dure al ménos la guerra civil!

Pediriamos con ello, es verdad, un imposible, mucho ménos fácil que aquel buen gobierno que, segun el cuento, pidió á Dios un alma cándida en la Península, y que le valió el ser echada del empíreo poco ménos que á empellones; pero nosotros habriamos cumplido con tamaña peticion el último y mayor deber de nuestro patriotismo, porque lo cierto es que si el radicalismo adquiriese siquiera una sensatez de ocho dias, se habria verificado el mayor de los milagros en esta noble tierra que tan milagrosamente vive. ¡Y hemos estado, sin embargo, á punto de creerlo! No hace aun quince dias que, al levantarse en el Norte la bandera de la inquisicion, los radicales fingieron salir de su embriaguez coalicionista, volver por los fueros de la pobre revolucion que tan buenos destinos les ha dado, y ponerse al servicio

Digitized by Google

de su propia salvacion. ¡Qué ménos podian hacer esos impacientes cesantes!

La opinion pública, siempre propensa al bien y al optimismo, volvió á creerles buenos muchachos. Y cuando se vió, por ejemplo, á Córdova ir á ofrecer su há tanto tiempo ociosa espada al gobierno del rey; al mismo Damato ir, como quien dice, á echar un párrafo con S. M. en un lenguaje más ó ménos racional, pero con pretensiones dinásticas; al propio Sr. Ruiz levantarse en el Congreso sin temor á la sombra de Rivero, sin mirar siquiera á Martos, y declarar que la integridad de la obra revolucionaria le era y le seria tan cara como las niñas de sus burgaleses ojos; cuando se vió á un Alaminos dispuesto á esperar, á un Becerra resignado, y al mismo *Imparcial* tocar somaten entre las filas liberales, ¿quién no se creyó trasportado repentinamente á un país constituido, á un país sério, á una sociedad de hombres, y quién no se sintió dispuesto á creer en la posibilidad de que el radicalismo sirviera para algo?

Pero ¡ah! que el natural vuelve siempre al galope, como dijo Boileau. ¡Ah! que la opinion pública se equivocó lastimosamente una vez más; porque el radicalismo ha sentido la nostalgia de su insensatez muy pronto; porque el radicalismo puede vivir en paz con todo, hasta con la república petrolera, menos con la prudencia. Cuando el radicalismo se vió á solas con la prudencia que las circunstancias le hicieron llevarse á su casa, la miró de hito en hito, y al verla tan inofensiva, tan serena, tan sesuda y á la vez tan inexorable con la maldad y la tontería, se le reverdeció la idiosincrasia y le dijo: Señora, no me sirve Vd.; tiene Vd. unos andares insulsos, unos ojos fastidiosos, una mano de plomo, y habla Vd. griego; no es Vd. mi tipo. Y la plantó bonitamente en la puerta de la calle, y se entregó de nuevo á su natural, y se echó á buscar alguna nueva majadería, alguna otra inconveniencia, alguna otra perfidieja política digna de sus instintos.

Y el resultado no se ha hecho esperar. ¿No han oido Vds. hablar de crísis? ¿No han visto Vds. á D. Servando en el salon de conferencias, vistiendo el frac que le sirvió para jurar y que le sirve en todas las grandes ocasiones, dar pelos y señales del supuesto conflicto? ¿No han oido Vds. referir la palpitante intriga, ó lo que sea, de estos instantes, pintar al ministerio de cuerpo presente y asegurar que D. Manuel va á ser pronto, muy pronto, presidente del Consejo, contra las

Digitized by Google

predicciones de su horóscopo, que, segun el Zaragozano, le ha dicho muchas veces que no se verá en otra? ¿No han oido Vds., en fin, hablar de lo que ha pasado? Pues lo que ha pasado, segun la version de los más veraces, es que el radicalismo ha querido armar no sabemos qué complot de antesala; y como el que nace para la planta baja no hará nunca buen papel en los recibimientos, el radicalismo solo ha hecho un fiasco más.

No nos pidan nuestros lectores detalles circunstanciados de la marimonera: no los tenemos. Hemos oido hablar de no sabemos qué alarmas esparcidas en ciertas regiones, de no sabemos qué procedimientos análogos á los que se emplearon, por ejemplo, contra el general O'Donnell estando este en Africa, de no sabemos qué ardides del más refinado polaquismo para infundir la vacilacion ó la desconfianza en cierto esforzado ánimo. Lo que sí está fuera de toda duda es que ese ánimo supo poner la inquebrantable resistencia de su sinceridad patriótica al pérfido embate, y que los enviados de la abortada intriga cuando fueron á llevar á la calle de San Márcos la triste noticia, llevaban los ojos llenos de lágrimas, y la imaginacion puesta en el tremendo letrero que escribió el Dante sobre la puerta del infierno. *¡Lasciate ogni speranza, oh radicali!*

En resúmen: el radicalismo quiere el poder, lo ha querido, lo ha buscado una vez más á su manera. ¿Para qué? ¿Para separar la Iglesia del Estado y acabar de hacer feliz al clero carlista? ¿Para autorizar las reuniones de los internacionalistas ociosos é impedirles que se vayan á la faccion? ¿Para hacer un centenar más de capitanes entre sargentos, y de generales entre capitanes, y acabar de alborozar al bravo ejército que en estos momentos salva la libertad? ¿Para disolver las segundas Córtes de la nueva monarquía á los quince dias de abiertas y buscar en otras una mayoría de coalicion? ¿O será pura y simplemente para que vuelva á ser ministro Beranger? Esto último es lo más probable, aunque aquello es lo cierto.

Por lo demás, este fenómeno político, engendrado por la insensatez radical, tiene un carácter fisiológico en su esencia. Es lo único que disculpa á la bandería del Sr. Ruiz. No se puede ir contra la naturaleza, porque la naturaleza no admite otras leyes que las suyas, y el que las quiere contrarestar ese pierde el tiempo. Al oir las descargas carlistas, el radicalismo se sobrecogió y exclamó sin saber lo que pro-

Digitized by Google

metia: ¡yo callaré, yo me estaré quieto, yo esperaré!—Es el caso de aquel jugador que al entrar arruinado en su casa, se arrodilló contrito ante un Crucifijo y le dijo: Señor, prometo no volver á tirar criminalmente la fortuna de mis hijos; jugaré, si se quiere, una brisca, una malilla, un tresillo... y aquí hizo una pausa, meditó en lo grave de la promesa, se sintió incapaz de cumplirla, y añadió: ó un monte si me da la gana; porque, ¿en mi dinero quién manda?... ¿Quién manda en la insensatez del cimbrismo? Nadie: no ha nacido. Dejemos, pues, cumplirse las leyes de la naturaleza; no pidamos peras al olmo, ni á la cabra que no tire al monte. El radical ha nacido para hacer lo que no debe hasta la consumacion de España. Si un amigo del señor Ruiz llegase á tener un rasgo, un solo rasgo de prudencia, la dimision del jefe de pelea seria inevitable, y seria justa.

Digitized by Google

¿DONDE ESTA?

(9 de Mayo.)

«Señor, dicen que escribia hace pocos meses D. Cándido Nocedal á D. Cárlos de Borbon y Este; Señor, la experiencia larga de mi complicada vida, y el fruto de mis prolijos estudios sobre los reyes y los pueblos, me han hecho profesar un principio, que es el primero y debe ser el último de los que se me han fijado en el ánimo, y es á saber: la suprema ciencia de todo rey que aspire á merecer el nombre de bueno, de grande, de eclesiástico, es la de saber deponer á tiempo, esto es, la de no casarse sino con su esposa, la de estar pronto á privar de empleo, gracia ó funcion cualquiera hasta al niño de la bola. Señor; cuando el interés de vuestra sagrada causa lo exija, cerrad los ojos á vuestras más caras afecciones, dejad cesante al lucero del alba, deponed á quien sea preciso, deponedme á mí propio, si conviene, depoñeos á Vos mismo, si es menester; y estad seguro de que así y solo así llegareis á ocupar el palacio de Cárlos IV.»

Y este consejo profundo, filosófico, desinteresado, resúmen de la sabiduría de un hombre público que desde miliciano hasta absolutista lo ha sido y probado todo, no solo valió á D. Cándido el título y oficio de virey que con tanto despejo le hemos visto desempeñar, sino que fué erigido en páuta, norma y móvil esencial de la conducta del nieto insigne de Montemolin. Desde aquel dia, D. Cárlos quedó entregado á una série de deposiciones trascendentales. Quiso hablar á sus católicos electores el Sr. Múzquiz, y fué depuesto de su empleo de candidato. Quisieron *La Regeneracion* y *El Pensamiento* decir á Nocedal: «Esta boca es mia,» y el sambenito deponente cayó sobre la frente soñadora de Aparici y sobre Villoslada. Lo del mismo Cabrera, aquello de

Digitized by Google

reirse de sus conatos constitucionales y hacerle volver á Lóndres como Aquiles á su tienda: ¿qué fué sino una deposicion de las más graves?

Anda el tiempo, cóbranse los cuartos extranjeros y nacionales que se necesitaban para la guerra santa; el solitario del lago de Ginebra consigue burlar la provecta astucia del mismo Olózaga, y cruza la Francia y entra en Vera. El brigadier Rada le recibe, sin embargo, con profunda escama, y mientras las campanas del pueblo repican estruendosas, y se queman fuegos de artificio, y una poblacion de leales siervos llora de alegría, Rada tiene el valor de aconsejar al inexperto Cárlos que se vaya por donde ha venido, que no se deje engañar, que no cuente con una sola poblacion, con una sola compañía organizada, con un solo guardia civil de los muchos que esperaba. El leon herido da un zarpazo definitivo á su acometedor imprudente, y Rada fué depuesto ni más ni ménos que lo fué en Búrgos hace un año.

Siguen andando los dias, y llega el de Oroquieta. El duque de Madrid hacia colacion en la sala baja que *El Imparcial* inmortalizó ayer, cuando, de pronto, suenan tiros. ¡Ah! nadie que no lo haya experimentado por sí mismo sabe bien lo que es eso de sonar tiros. En D. Cárlos produjeron un efecto terrible: ¡eran los primeros que oia en su vida! El cura del lugar amartilló los seis revólvers que pendian de la estola que le servia de cinturon, y dice á su rey y dueño: «Señor, este es el momento de hacer buena la proclama de Arjona. Un buen rey tiene el deber de morir por su pueblo. Morid, señor, y morid tranquilo, que aquí quedamos nosotros.» Pero D. Cárlos rechaza el procedimiento, y pide con la misma gracia que Arderíus su caballo, y recuerda que para algo es Villadiego un nombre español, y, cuatro pies para qué os quiero, busca la direccion inversa, perfectamente inversa, de la que traian las malditas tropas liberales, y se engolfa en la montaña bendiciendo el crepúsculo que le protege...

Desde entonces, ya lo ve el mundo: D. Cárlos es un misterio, una especie de mitho, una cosa que no se sabe cómo es, ni dónde se halla; parece como que no ha nacido, como que se lo tragó la tierra, como que todo ha sido un sueño, como que el repique de Vera fué un delirio apostólico y nada más. El viento navarro va por cañadas y valles modulando: ¿dónde está ese rey que corre más que el viento? Los ecos de aquellas montañas que fueron francesas repiten en vano: ¿dónde está?

Digitized by Google

¿Dónde está? dicen las facciones que le buscaban; y al ver que nadie les responde, y que una jícara de vino por barba y un plato de salvado por cabeza no merecen la pena de creer en el derecho divino, y que Primo de Rivera avanza, avanza como el huracan, inclinan el trabuco y se presentan. Sus jefes no hacen otro tanto por evitar á sus cuerpos el olor á pólvora, pero les aconsejan que lo hagan, y ellos pasan el rio de Irun esperando indulto. ¿Dónde está? dicen los curas lanzados y por lanzar; ¿dónde está? dicen las amas lanzadas; y hasta los chiquillos de boina dicen en el hermoso idioma que solo ellos y sus padres absolutistas entienden: ¿dónde está?...

Que cesen, empero, en sus dolientes ecos las auras navarras; que vuelva la tranquilidad moral á los hogares de la rebelion; que las amas sensibles, y los sacritanes nerviosos y los absolutistas pequeñitos se calmen. D. Cárlos existe; apostamos lo que se quiera á que existe; nos lo da el corazon, el hecho mismo de su sábia huida nos lo garantiza. Verdad que las apariencias le condenan; verdad que eso de venir con el único plan de correr, con la única mision del gamo, y sin otro plan que una esperanza, y sin nada práctico y eficaz para hacer frente á las medianas dificultades de un ejército enemigo, y sin otra solucion que el escondite, es un poco demasiado fuerte. Mas en primer lugar, lo esencial es que viva; y vive, sí, de seguro vive. ¡Feliz la sacristía, ó la bodega ó el pajar que en este momento le den abrigo! Si ellos pudiesen hablar, ellos nos dirian lo que dura en oidos augustos el eco de ciertas detonaciones. Vive, sí, vive, y no como D. Rodrigo, ó D. Sebastian, que no volvieron; vive como vivió Mambrú, para volver, aunque sea á Suiza á donde vuelva.

Y además, todo el que ose condenar ó censurar esa huida, ese eclipse, esa ocultacion, ese es un mal carlista. ¡Pues qué! ¿Se ha olvidado ya el consejo, el precepto de D. Cándido? Aquí lo que hay que saber es deponer á tiempo á quien lo merezca. ¿Quién nos dice que D. Cárlos no haya creido llegada la hora de su más grande deposicion? ¿Quién nos dice que la soledad, el refugio que hoy le guardan, no le estén viendo decidido á deponerse á sí mismo? Es preciso ser justos; cada cual tiene el derecho de escoger sus profesiones, y de dejarlas cuando le cargan, y de arrepentirse. Es preciso haber estado en Oroquieta para saber cómo cambia las ideas de un hombre, aunque este hombre sea un héroe, la granada enemiga que atraviesa el techo y viene á

Digitized by Google

preparar su estallido bajo la mesa en que se merienda. Pero aunque D. Cárlos se deponga á sí propio, haciéndose justicia, ¿no tiene un hijo, no hay un Jáime para la generacion próxima? D. Cárlos está, pues, dónde y cómo debe estar: deponiendo su gloria en favor de su heredero.

Digitized by Google

EL ANGEL.

(11 de Mayo.)

Del fondo de la dimision del general Gándara surge ahora una figura simpática, primaveral, inesperada, la más dulce de las figuras oposicionistas del actual momento histórico. Tal al ménos lo asegura la persistencia de los ociosos que todavía andan comentando aquel que pudo ser grave suceso; tal al ménos lo asegura la curiosidad de los círculos políticos al pretender hacer la luz en aquella cuestion. Todos convienen en señalar esa figura, en entreverla, en hacerla aparecer á través de las ya disipadas sombras de aquel incidente, bien así como el pedazo de firmamento que enseña al cabo en su fondo la fútil nube de verano, ó como la liebre que salta donde ménos se piensa.

Inútil seria que vacilásemos por nuestra parte en escribir el nombre de esa figura política que el chichisveo de la crónica del dia exhibe en las profundidades de la que fué cuestion Gándara. Aun aquellos de nuestros lectores que no están obligados á perder su tiempo entre los noticieros habrán comprendido que cuando se habla de lo más simpático, de lo más fresco, de lo más suave de la política palpitante, de la más corredora y avizora liebre oposicionista, dispuesta siempre á saltar donde ménos se la espera, no se trata, no puede tratarse de nadie más que del Sr. Moret, D. Segismundo.

Y así es, en efecto. Parece ser que todo ha sido un sueño del señor Moret. El Sr. Moret, como todas las privilegiadas organizaciones que gozan el monopolio de una juventud eterna, tiene indisputablemente, y mejor que los mejores, el derecho de soñar. Y sin duda una de estas pasadas noches su imaginacion, preocupada melancólicamente por la noticia definitiva de su derrota electoral en la Mancha, quiso ofrecerle una compensacion en las gratas regiones de la quimera, y ofreció á su

Digitized by Google

fantasía los campos de Navarra hirviendo en carlistas triunfantes, al brigadier Primo de Rivera y sus tropas vencidas y dispersas, á la *Gaceta* de Madrid tratando en vano de disimular tan gran fracaso, á la corona preocupada con esa catástrofe y su ocultacion, al radicalismo de frac y guante blanco esperando la hora de jurar, y al ministerio de Hacienda volviendo á oir bajo sus artesonados la voz argentina de un ministro de nieve y rosa.

Y sin duda el Sr. Moret despertó al dia siguiente poseido de la ilusion magnética de aquel sueño, creyendo que habia sido una revelacion, que era y debia ser una realidad, una verdad perfecta. ¿A quién, que de un poco nervioso se precie, no le ha pasado eso alguna vez? ¿Quién no ha soñado, por ejemplo, que la democracia economista era bastante para desprestigiar la revolucion de setiembre, y quien, despues de haberlo soñado, no ha seguido creyéndolo en plena vigilia? Pues, nada: el Sr. Moret hizo su *toilette* con su habitual escrupulosidad inglesa, tomó un refrigerio, se puso el palillo en la boca (cigarro no, porque el Sr. Moret no fuma) salió á la calle, miró frente á frente al sol que copia el color de su bigote, se encontró acaso á algun pariente del general Gándara que le buscaba para antiguos asuntos particulares, y ¡zás! le encajó, esto es, le participó su sueño con el aplomo, con la conviccion, con la persuasion, con la seriedad con que se dice lo que se cree.

Y el resultado no se hizo esperar. La buena fé de los sueños de don Segismundo sorprendió, sin quererlo, la buena fé del pariente ó amigo del general Gándara, y la de éste, á su vez, fué sorprendida por la de su deudo; y, como no podia ménos de suceder en un asunto de interés nacional, bien pronto se difundió la soñada noticia por las más altas regiones, preocupando tambien ánimos augustos, extendiendo tambien, naturalmente, la preocupacion al gobierno, convirtiéndose en un importantísimo accidente político, y conquistando, en fin, el imperio moral de Madrid entero. Y solo cuando la verdad se abrió fácil paso entre tanta descomunal suposicion, y el público, inútilmente afanado, se preguntó cuál habia sido la causa de todo, la silueta clásica, mitológica del Sr. Moret, apareció en las entrañas de la cuestion, con las proporciones estéticas de un bello error inocente.

¡Ah! puesto que ya podemos ser historiadores de ese involuntario engaño de todos, que á todos, desde el jefe del Estado hasta los gace-

Digitized by Google

tilleros, creó una situacion bastante penosa y difícil; puesto que ya, loado sea Dios, todo ha pasado, en razon á que no ha pasado nada, saquemos por nuestra parte la consecuencia, la enseñanza filosófica que ese acontecimiento y su principal promovedor nos sugieren: reconozcamos y confesemos que es un gran bien para nuestro estado social y político del presente el que alternen y se distingan en la escena pública caractéres y personalidades de la condicion impresionable, soñadora, benigna, inofensiva, angélica, que amigos y adversarios del Sr. Moret le reconocen. Porque todo lo importante, todo lo trascendental, todo lo grave se convierte en sus manos, y mediante su participacion, en lo efímero, en lo baladí, en lo apacible. Hay naturalezas que son pararayos morales. La chispa destructora que ellos atraen, lejos de causar daño ó ruina, se disuelve en breve en el depósito comun de su bondad amable. La política tiene tambien sus ángeles.

¿Quién duda que el Sr. Moret tiene ese carácter? Toda su historia pública lo abona. Candidato ministerial, ó poco ménos, en las elecciones de 1863, el ministerio Miraflores le vió, sin embargo, hacer su primera aparicion olímpica en la tribuna; y, flor parlamentaria de un dia, cuando vió que aquellas Córtes reaccionarias, y el país postergado con ellas, hicieron como que no oian su discurso, se volvió á su secretaría de la sociedad de San Vicente de Paul, que desempeñó admirablemente, ó á jugar al *whist* en el palacio de su amigo de siempre y poderdante el Sr. Salamanca, donde rayaba á la mayor altura. Economista teórico, ideal de la Universidad, de la Bolsa y del Ateneo, llega á ministro de Hacienda por sus propios méritos y los del general Prim; tropieza con las grandes, insuperables dificultades prácticas del gobierno, sublimadas por su maestro Figuerola, y en la primera ocasion que se le presenta, ardiendo en bondad y en patriotismo, por la más leve alteracion del pliego de condiciónes en una contrata de tabacos sin subasta, por una insignificante indemnizacion de treinta millones al Banco de París, deja su honroso puesto como esas puras estrellas del firmamento que, al correrse, parece que buscan la más intacta parte del éter.

La benevolencia, el respeto, el amor de su generacion le siguen á todas partes, á sus asíduas presentaciones en palacio, á sus valerosas protestas en la Tertulia, á sus empeñadas luchas electorales. Su partido, incluso Rivero, le agasaja, sus amigos le adoran, sus enemigos

Digitized by Google

le toleran. Y es eso; es que hay naturalezas desposadas con el arte del bien, que lo irradian, que lo imponen, y á las cuales, si las vicisitudes de la suerte les ofrece un mal paso, un mal negocio, una ó cien pifias, uno ó cien descréditos, todavía, sin embargo, y siempre, y aun despues de descorrerse ó de rasgarse el velo de la credulidad pública en lo que á su valor moral é intrínseco se refiere, saben dorar, como vulgarmente se dice, la píldora, extender un manto brillante sobre todos los abismos, y dar al más amargo sedimento el sabor del néctar.

No faltan espíritus fuertes que creen esto un mal, que abominan de esas naturalezas calmantes, balsámicas, esclavas de la bella forma sistemática; no faltan execradores de todos los bajos imperios, que dan como causa eficiente del infierno social contemporáneo esos ángeles de la política y del temperamento. Pero esto es una aberracion de la virilidad exagerada, tan viciosa como todos los extremos. Y por nuestra parte, y como hombres prácticos que creemos ser, siempre preferiremos que cuando haya un conflicto que atravesar, una grave noticia que soñar, un nuevo fiasco radical que deplorar, sea una imaginacion como la del Sr. Moret quien en sus deliquios le dé orígen.

Digitized by Google

INCORREGIBLE.

(18 de Mayo.)

Gran palabra la del Sr. Martos, fácil como los alborotos de la Tertulia, tersa y límpida como D. Segismundo, correcta como la gramática que debieron aprender hace tiempo muchos demócratas, artística como las declaraciones dinásticas de su partido, profunda como ciertas ignorancias que se le sientan cerca en el Congreso, serena y dueña de sí misma á veces como los héroes de los sábados negros, arrebatada y calorosa otras como el Sr. Ruiz Gomez cuando se le niega la nivelacion de su presupuesto. Gran palabra. Con decir que ayer tarde la oyó con gusto el Congreso durante dos horas con motivo del acta de Ecija, y con añadir que hubo momentos en que hasta el Sr. Ruiz Zorrilla pareció entusiasmarse, se dice todo en su elogio. Y no hay que extrañarlo: es el poder eterno del génio. En los tiempos en que las fieras tenian cierta aficion á los hombres, Orfeo las desarmaba con su laud, y San Gerónimo hacia de los leones falderillos. En estos tiempos de radicalismo, Martos se hace aplaudir del jefe de pelea, venciendo todas las repugnancias anexas á su autoridad inconsistente. El fenómeno es análogo.

Por nuestra parte, vamos á resumir todas las alabanzas que el Sr. Martos nos merece como orador, diciendo que le escuchamos con la secreta pena de siempre. Porque ya lo hemos dicho alguna vez, y si no lo hemos dicho lo decimos hoy: á nosotros se nos encoge algun tanto el corazon siempre que oimos al Sr. Martos. Sí; á pesar del placer con que siempre le aplicamos el oido, y del aplauso que nuestro espíritu crítico le tributa, un buen observador podria descubrir en nuestra fisonomía algo parecido á la compuncion, á un gesto de amargado contento, á eso que en lenguaje infantil se llama *puchero*

Digitized by Google

y que no es otra cosa que la batalla moral de lo dulce y lo ágrio. ¿Y por qué esto? ¡Ah! por una razon muy sencilla: porque nosotros no podemos ménos de considerar, siempre que al Sr. Martos atendemos, lo que serian una inteligencia tan clara, una palabra tan poderosa, formal y decididamente aplicadas á causas políticas mejores de las que hasta ahora las han tenido en su defensa. En una palabra: porque nosotros deducimos del Martos radical lo que podia ser el Martos conservador, el Martos puesto al servicio de principios y de intereses que fueran mucho en su patria.

Pero ¡ay! que en este sentido no conocemos nada ni nadie más incorregible que el Sr. Martos. Es ley general de los hombres pensadores, ley general de las actividades inteligentes de la política, el venir con los años y los desengaños á la enmienda de sus primeras exageraciones. A fuerza de vagar por las ilimitadas regiones de la utopia, del error, del apasionamiento, raro es el cerebro privilegiado que no acaba felizmente por encontrar la esfera atractiva de un gran principio social sério é innegable, por no pagar tributo á la esperiencia, por no penetrarse de las verdaderas necesidades de su país, por no resignarse á la cordura, admitiendo la realidad de ciertos peligros. Por eso se dice que el radical nace y el conservador se hace. Desgraciada la edad madura que no tiene en el fondo algo conservador, en el perfecto sentido de la palabra. ¡Qué vejez la espera! La vejez política de Córdova, de Escosura, de todos los que han infringido temeraria y estérilmente aquella provechosa ley de la reflexion.

Dicen los amigos particulares del Sr. Castelar que raró es el dia en que, despues de recibir el correo, le llega la camisa al cuerpo. Dícese que el ilustre cantor político recibe con terrible frecuencia cártas y amenazas *rojas* del peor género, en que los demagogos le acusan de su espíritu propagandista y pacífico, de sus instintos y hábitos legales, de sus deseos incruentos. Y, sin embargo, el Sr. Castelar insiste en no ser comunista; el Sr. Castelar confiesa y reconoce que con la blonda diadema de sus primitivos cabellos se ha caido ya de su frente el gorro del tribuno juvenil que pedia la regeneracion humana por el esterminio; el Sr. Castelar es ya un conservador relativo; como lo es tambien Pí y Margall, el enemigo formidable del retraimiento; como lo es Figueras, que sabe más que toda la república española junta; como lo es Rivero, el terrible extirpador de los secuestradores andaluces; como

Digitized by Google

ha llegado á serlo el mismo ex-miliciano Sr. Nocedal, que en estos momentos sabe conservar bastantemente su entidad física haciéndose el perdido; como lo son todas nuestras notabilidades autorizadas; todas, menos el Sr. Martos.

¡Singular naturaleza la del primer orador y abogado del radicalismo, inverosímilmente rebelde á toda modificacion de sus instintos! ¿De qué sirvió al Sr. Martos el aparente progreso conservador en que pareció entrar de buena fé cuando aceptó la monarquía y sus consecuencias, con los demás demócratas que aceptaron el presupuesto? En vano, en vano hizo tal sacrificio. Hay en el fondo de la estructura moral é intelectual del Sr. Martos una levadura, un principio constitutivo que luchará siempre con las accidentales resoluciones de su buen deseo, ó de su escarmiento. Hay que perder la esperanza de verle entrar en la órbita de la universal experiencia, hay que concederle patente íntima é indeleble de la peor de las turbulencias, de la que lo es á pesar suyo. Por eso hizo tan inquieto, tan perturbador ministro de conciliacion. Estamos seguros de que muchas noches se despierta despavorido, oyendo en su conciencia una voz que le dice: «¡tú monárquico, tú dentro de una forma conservadora, tú con Ruiz Zorrilla y no con Garrido!»

En el discurso de ayer tarde, sin ir más lejos, el Sr. Martos se levantó á hacer un alegato en forma contra el acta de Ecija, y cuando ménos lo esperaban ni él mismo, ni el Congreso; cuando todos oiamos con verdadero recogimiento aquella palabra galana, cervantesca, llena de artísticos claros-oscuros, ya levantada y solemne, ya rebosando de perfecto aticismo; cuando el hombre de Parlamento y el hombre de ley procuraban en agradable consorcio darnos lo que se llama un buen rato, sucedió que el Martos natural metió su cuarto á espadas contra el Martos artificial de la conveniencia, de la discrecion, de la oportunidad, y se le fué, como quien dice, la burra, y soltó aquello de que el radicalismo quiere hacer compatible, y lo hará en cuanto sea poder, el ejército permanente con la abolicion de las quintas. Pálido se puso el jefe de pelea al oir esta intempestiva promesa, como diciendo: ¡qué muchacho este! Y nosotros comprendimos la palidez del Sr. Ruiz. ¡Qué ministerio le aguarda! Un ministerio sin ejército, entre republicanos y carlistas. ¡Qué ganga!

Permítanos, pues, el incorregible Sr. Martos, ya que tan sabrosos

Digitized by Google

cuentos nos refirió ayer tarde desde su escaño, que nosotros le contemos brevísimamente uno. Entró cierta vez en un café un pobre hombre, tan pobre que solo tenia doce cuartos de capital; y sabiendo por la voz pública que un chocolate cuesta dos reales, llamó al mozo y le dijo con ingenuidad patética: mire Vd.; yo tengo un hambre recalcitrante, y no tengo más que real y medio: ¿no podria Vd. darme por este precio un chocolate, aunque fuese algo peor que el de dos reales? Y el mozo, despues de meditar su respuesta unos instantes, le dijo con igual franqueza: «lo que yo puedo hacer es dar á Vd. por los doce cuartos un chocolate como todos, pero no peor; porque aquí, entre nosotros, lo que es *peor,* no le hay.» Pues eso decimos nosotros del radicalismo del Sr. Martos. A pesar de su talento y de su elocuencia, no se hallará, ni con un candil, otro peor para los efectos del Sr. Zorrilla, y de su partido monárquico y dinástico.

Digitized by Google

ERROR DE EXAMEN.

(21 de Mayo.)

Lo ménos que á todo pretendiente á un trono ocupado puede exigirse, es una dósis de valor personal bastante para salvar, ya que no otra cosa, las apariencias. Por eso la historia y la filosofía están conformes en que no hay peores pretendientes á una corona que esos que la benignidad del vulgo llama pobres hombres, en el sentido moral del adjetivo. Concíbese que el peligroso oficio de aspirantes á una lista civil respetable, sea antiguo. Mas por lo mismo que la profesion ha sido siempre espinosa, siempre ocasionada á esas contingencias, á esos disgustos, á esos lances en que se empieza por jugarse el pellejo, no se concibe que siga la difícil carrera ninguno que, obedeciendo á las leyes de un organismo poco viril, tenga horror instintivo al testarazo. El pretendiente que vacile entre la espada y la rueca, está perdido.

La vieja España monárquica no ha sido desgraciada á ese respecto. Llenos están sus anales de nombres de reyes, y de aspirantes á reyes que, á falta de mejores condiciones, han tenido la imprescindible de no conocer el miedo. Aquellos hermanos, tios y sobrinos godos que se mataban en familia, y que concluyeron por llevar al Guadalete al mismo sibarita Rodrigo, son buena prueba. Los Trastamaras de Montiel tampoco puede decirse que escondian el bulto. La casa de Castilla produjo simultáneamente, con algun Enrique tímido, heroinas como la gran Isabel. La casa de Austria española nos dió algun Cárlos y algun Juan bastante bien plantados. Los mismos Borbones, empezando por Felipe V, que se batia, y acabando por Montemolin, que sabia permanecer donde se batian, tuvieron tambien sus hombres.

Y no hay para qué hablar de otros países. No hay para qué recordar á los que fueron Cárlos II y Guillermo III de Inglaterra. Si el

Digitized by Google

primero se hubiese contentado con la proteccion diplomática de Mazarino, y no hubiese dado á los escoceses la prueba de que tenia muy bien puestos sus gregüescos, toda la resolucion de Monk en su obsequio hubiera sido inútil. Si el segundo no hubiera sabido batir el cobre papista, habria vuelto á Holanda hecho un infeliz. Y no hablemos de los príncipes del legitimismo francés, directores de la Vendée, ni del mismo D. Miguel de Portugal, que supo cuando fué preciso echar el cuerpo al agua. Y hablemos ménos de las dinastías modernas, de los Napoleones volviendo de la isla de Elba, de Murat cayendo como bueno en Nápoles, de Bernardotte mereciendo su jefatura militar en Suecia. La historia de todas esas pretensiones es asímismo la historia del valor.

Resulta, pues, que la única pregunta que debe hacerse á todo el que se empeña en colocarse bajo un sólio de otro es la de: «con franqueza; ¿es Vd. cobarde?» Y el único deber de todo solicitante es responder con ingenuidad á esa pregunta. Tanto más, cuanto que está probado hasta la saciedad que nadie elige temperamento. De este modo se evitan defendidos y defensores mil disgustos, y todos saben á qué atenerse, la opinion pública inclusive. Porque la opinion perdona que se solicite un trono, pero no perdona que lo solicite el que no lo merece, no perdona que se abuse de su atencion, que se dé que escribir á los historiadores, que se toque á degüello en el género humano, que se atasque el carro del progreso en pantanos de sangre, que se armen esos estrépitos infames de las guerras civiles, y que el causante de todo sea una naturaleza aquejada de los más indignos escalofrios.

Ahora bien: ¿hicieron los directores de la última intentona carlista esa pregunta sacramental, hicieron sufrir ese rudimental exámen al Sr. Borbon y Este? Esta es la cuestion. Todo hace creer, por desgracia, que el programa del directorio inquisitorial fué muy distinto y muy erróneo. En vez de preguntar á D. Cárlos si se sentia capaz de llevar á la pelea á los bravos navarros, á los pertinaces vascongados; si se sentia capaz de sonreir á compás de una descarga, de encontrar sabroso el mendrugo endurecido en la cartuchera, de pasar las noches sobre la madre tierra y los dias bajo el padre sol, y de soportar una misma camisa cuarenta y ocho horas, y de privarse indefinidamente de su ayuda de cámra, y, en último caso, de buscarse una sepultura en la noble sierra, cuyas generaciones viene diezmando su pretension;

Digitized by Google

en vez de eso, se contentaron, sin duda, con preguntarle si sabia ayudar á misa, y correr. A lo cual el jóven Borbon y Este responderia la verdad afirmativa; enseñando su breviario y poniendo por testigos de sus correrías á las montañas de Suiza.

El resultado de ese falso y mal entendido exámen no se ha hecho esperar. Pasó el besamanos de Vera y vino la tarde de Oroquieta, y D. Cárlos dijo: piés para qué os quiero; y esta es la hora en que el mundo entero se devana los sesos para saber dónde ha ido á parar su magestad corredora. Esto podia haber sido un profundo dolor para los examinadores; pero, seamos francos: á D. Cárlos no hay que culparle por ello. D. Cárlos no ha engañado á nadie, porque nadie le ha preguntado si tenia, en efecto, las propensiones del corzo, si más que para reinar se creia nacido para la locomocion, si le constaba que las venas de sus piernas guardaban azogue y no sangre, si un tiro era para su ánimo la señal de desaparecer y no la de acometer, si, en una palabra, se creia más Judío Errante que nada. Estamos seguros de que D. Cárlos es un jóven sincero, y caso de haber sido preguntado de ese modo, hubiera respondido con toda lealtad que sí, que él vendria á España, pero que vendria con su naturaleza, con sus necesidades de galgo, y tal como la Divina voluntad le ha hecho.

A vosotros, pues, maestros, tentadores, instigadores y seductores y examinadores del niño, cabe toda la culpa y toda la responsabilidad del fracaso. Lo primero que debiais haber sabido es qué clase de idiosincrasia, de figura moral, de personaje ibais á poner al frente de las sacrificadas turbas cuya sangre pediais en nombre de Dios. Porque, en todo caso, era preciso decirles la verdad. Si no se trataba de un hombre; si Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa, y hasta el cura de Alcaben iban á batirse por un personaje que en rigor no se viste por los piés, menester era decirlo, y atenuarlo con la franqueza, y pedir por completo el sacrificio. Pero les habeis traido un pobre jóven, casi un adolescente, que sabe latin, pero que no puede contemplar á pié firme un rasguño, y que no ha hecho ni debe hacer otra cosa en su vida que correr de aquí para allá, ni profesa otra divisa que la del movimiento continuo; y despues de haber hecho esto, y despues de haber hecho ruborizarse á España entera por el temperamento de un príncipe que tiene sangre española, ¿teneis siquiera el derecho de quejaros por el fiasco?

Digitized by Google

No, no lo creneis. Lo que hay, pues, que hacer es variar el método de exámen para el porvenir, para D. Jáime, para no chasquear á los españoles que dentro de veinte años morirán por sus curas. Y entretanto, ¡oh generales con sombrero de canal! basta de correrías: á presentaros, y á casa. No hay otro remedio.

Digitized by Google

CAIDA HERMOSA.

(1.° de Junio.)

La historia no lo creerá, pero la historia hará mal en no creerlo, porque es verdad, porque ha sido un hecho, porque nosotros lo hemos visto con estos ojos que conocen á los personajes radicales. El país lo leerá con estupefaccion á estas horas; la Europa encargará á sus telégrafos que lo difundan por su extension, y si hoy no ha amanecido nublado, si hoy no hace un dia atmosféricamente triste como nuestro espíritu, es porque la naturaleza no tiene entrañas, ni se ocupa de política. Pero ello es lo cierto que ayer... ¡ah! númenes de la melancolía social, deidades secundarias y prácticas á quienes la Providencia tiene encargados los fenómenos de la cosa pública, génios del dolor de los buenos liberales: inspiradnos, y que los lectores de El Debate nos deban hoy una relacion digna de lo que vió ayer el crepúsculo vespertino!...

Venga Vd., venga Vd. pronto, que pasa una cosa grande, nos dijeron cien voces al vernos entrar en el salon de conferencias. ¡Una cosa grande! A primera vista nada tenia de particular el hecho, porque lo raro y lo inconcebible es ya el dia en que no pasa una atrocidad. Una jornada sin escándalo, sin crísis, sin acontecimientos de marca mayor, es tan inverosímil para los españoles coetáneos de la coalicion, que hasta la misma *Epoca*, cuando eso sucede, se pone de un humor de perros y escribe un amargo suelto de última hora sobre la degeneracion de los caractéres. ¡Una cosa grande! ¿Qué seria? ¿Habria parecido D. Cárlos dispuesto á batírse? ¿Se habria desahogado el Tesoro? ¿No habria ya conservadores enemigos de la monarquía? ¿Habria sido elegido Rivero diputado? ¿Habria hablado Salmeron en idioma comprensible? ¿Habria dos españoles que se entendieran? ¿Qué seria?

Digitized by Google

Una persona respetable nos lo dijo al fin, aunque tomando sus precauciones. Registró primero nuestros bolsillos para ver si llevábamos arma ofensiva que pudiera animarnos al suicidio en la desesperacion, nos quitó el baston, hizo traer y poner á su alcance un vaso de agua en la prevision del desmayo, nos obligó á sentarnos en uno de aquellos divanes poblados de ministros pasados ó en ciernes, nos sujetó afectuosamente las manos con las suyas, y en seguida, como quien le da á otro una puñalada en la mitad del costado izquierdo, eligiendo impunemente puñal y sitio, nos hizo saber que el Sr. Ruiz habia hecho dimision de su cargo de diputado, que el fatal oficio obraba ya en poder de la presidencia de la Cámara, y que esto era el diluvio. ¿Necesitaremos asegurar que el *colapsus* de un gran sufrimiento nos invadió en el acto, y que caimos por algunos minutos en un síncope que nos trajo la vision de un trono fiel y poderosamente servido por la democracia?

Cuando en nosotros volvimos, el salon de conferencias estaba desierto, y un gran silencio pavoroso nos rodeaba. ¡Cielos! pensamos, ¿se habrá ido D. Manuel al extranjero, y habrá ido todo Madrid, como es su deber, á despedirlo? Y corrimos al salon de sesiones. Dichosamente, nuestro último temor habia sido vano. Allí estaban el Congreso y el público; allí se hablaba, y el que hablaba era el mismo, mismísimo ex-jefe de pelea. ¡Ah! sí; era él; él, más pálido que la noche del trabucazo, más conmovido que cuando fué la primera vez ministro, más ingénuo que cuando señalaba los puntos negros desde el Escorial, más triste y romántico que en sus mayores ataques de estómago; él, que decia lo que la Península entera sabrá á estas horas para mútuo terror y comun pesadumbre de las clases conservadoras que no le han apercibido, y de las clases plebeyas que no le han hecho caso; él, que anunciaba su resolucion irrevocable de irse á su casa.

¿Por qué? Todavía estamos verdaderamente en la cimbrogénia de ese misterio. Ateniéndonos á lo que él dijo, se va porque ya no espera, porque ya no cree, porque ya, en una palabra, le falta la fé. ¿Qué fé? ¿La fé en quién? La fé en sí mismo, la única fé profunda, despues de la fé liberal, que ha tenido en su vida. Se va porque una idea extraña y desgarradora ha venido á clavarle su fiero aguijon en el cerébro; se va porque anteanoche, á las altas horas, meditando sobre su situacion, oyó una voz cavernosa y fatídica, que le dijo: «D. Manuel, Vd. no nos sirve; D. Manuel, Vd. no es chicha ni limonada; Vd. se ha

Digitized by Google

quedado solo en su banco en la sesion de esta tarde; Vd. ha visto á su partido irse del salon con Martos; Vd. no ha querido creer que su jefatura no tenia otra garantía, ni otra consistencia que el ministerio; Vd. ha creido que íbamos á sufrirle indefinidamente no siendo ministro: ha hecho Vd. mal, D. Manuel.»

Limpióse el Sr. Ruiz el frio sudor de su frente con el embozo de la sábana superior, y la voz continuó: «D. Manuel, no siendo Vd. ministro, ni nosotros empleados, sea Vd. franco: ¿cómo diablos habia usted de imponérsenos? Para ser antidinásticos, tenemos á Rivero; para ser oposicion parlamentaria, tenemos á Martos, que habla como usted no ha soñado; para armar ruido en la Tertulia, tenemos á Becerra, tan hombre hoy como en sus buenos tiempos. D. Manuel: las jefaturas, sean de la clase que sean, están encomendadas hoy á la fuerza, ya sea esta fuerza la inteligencia, ya el carácter, ya la astucia, pero siempre algo que se impone, algo que sabe triunfar. D. Manuel: el tiempo de las preponderancias inexplicables, anodinas, injustificadas, deletéreas, ha pasado. Desde Guillermo de Prusia hasta Guillermina Rojas, desde el cesarismo al petróleo, hoy el mando es de quien puede. ¿Qué puede Vd., D. Manuel, si en realidad no es Vd. más que un abogado que tiene que comer y que no practica? Abur.»

Y entonces, allá en el fondo de su alcoba, vieron los ojos atónitos del ex-jefe al radicalismo que le dejaba. Era una turba de fantásticos despechados, en cuyas manos ardian las credenciales de sus antiguos destinos, en cuyos expresivos semblantes brillaba elocuente y ferozmente el horror á la oposicion legal, es decir, á la cesantía indefinida, y á cuya cabeza iba Martos, el elocuente, el astuto Martos, ese Martos nacido para que D. Manuel no crea en Dios, de cuyo bolsillo sacaba su roja y mal disimulada punta el gorro frigio...—Se abrió el techo, salió por él la terrible tropa aérea, y entonces D. Manuel se convenció de lo que dijo ayer tarde, de lo que le ha obligado á dejar su escaño encarnado, es decir, de que no es á propósito para el caso de una revolucion en general y de la jefatura de un partido en particular. Y el hombre político cedió su puesto al hombre honrado y sincero, al corazon franco, al que alguna vez habia de decir una gran verdad á su país; y D. Manuel la ha dicho diciendo: no sirvo.

¡Ah! Esta noble, esta hermosa manera de caer, de renunciar, de abdicar, de eclipsarse, no tiene precedentes ni en la historia, ni en la

Digitized by Google

literatura. Wamba y Cincinato cayeron bien, pero lo más que confesaron fué que les cargaba el gobierno. Todos los altos funcionarios constitucionales que caen voluntariamente presentan su dimision por motivos de salud, á lo sumo; el mismo brigadier Rada, alicaido en Vera, lo fué por su irrespetuosa franqueza con el soberano andante; el mismo D. Simplicio de *La Pata de Cabra,* si renuncia á Leonor es porque no le queda otro camino; pero una caida, una abdicacion, una postergacion voluntaria, fundada en el propio íntimo conocimiento; presentarse ante su país y ante la posteridad diciéndole: yo dejo el mango de todas las sartenes que pudiera manejar, yo me voy, me eclipso, me anulo, porque tengo el presentimiento de que no valgo un comino para esto de regir pueblos y consolidar monarquías; eso es lo más grande y lo más bello que se ha hecho desde la conversion monárquica del cimbrismo acá.

Pedimos, pues, que para esa gran cosa se haga una cosa mayor; pedimos que antes de pensar en los medios de salvar la revolucion, huérfana por la heróica retirada de su ilustre propietario, se responda al acto memorable del Sr. Ruiz con un acto nacional digno de coronarlo, de servirle de remate y consagracion. Que vengan comisiones de todas las provincias, que se ilumine, sin miedo al petróleo, toda la calle de San Márcos, que se traigan todas las flores de Andalucía y de Valencia, que se ponga el marqués de Sardoal su uniforme, y que, sin distincion de partidos, ni de dinastismos, ni de liberalismos, vayamos todos á cantar un himno nuevo de despedida al portal nacional por donde salió convenida la coalicion idem. Y si no, que se haga otra cosa, pero grande, pero sonada, pero triste y magnífica como es justo. Estamos seguros de que hasta el mismo Sr. Martos lo desea, y lo aprueba.

Post-scriptum. A última hora se dice que D. Manuel volverá á presentarse candidato por los distritos de Madrid vacantes; si esto sucede, como es probable, no hemos dicho nada.

Digitized by Google

ESCRIBEN DE TABLADA.

(8 de Junio.)

Nadie está libre, del sol abajo, de ciertas contrariedades. Dígalo el general Córdova, gran impugnador del indulto de Amorevieta, cuya santa indignacion ha tenido que reprimirse cuando le han recordado los indultos mucho más numerosos y graduados que como general en jefe del ejército de Cataluña concedió en otros tiempos. Bien es verdad que entonces eran los tiempos del general Córdova. A nosotros, á pesar de no ser tenientes generales, ni de soñar con un tercer entorchado, ni de haber concedido jamás otros indultos que los que el catecismo aconseja, nos ha deparado sin embargo la loca suerte en estos dias una contrariedad inverosímil, y es, á saber: que nos ha salido un amigo, ó por lo ménos, un corresponsal en Tablada.

Y decimos que esto nos contraría, no precisamente porque estemos habituados á vivir, como españoles y hombres políticos, sin amigos, ó con el escaso número de ellos que para llegar á ser ministro, ó para concurrir á que otros lo sean, se necesita. No; á nosotros nos ha contrariado grandemente el recibir la carta de Tablada de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores, por la razon sencilla de que habiamos creido poder olvidar definitivamente al Sr. Ruiz. Considérese el mucho tiempo que hacia que lo deseábamos. Obligados por los acontecimientos, á cuyo frente marchaba altivo é importante el jefe de pelea, á no pasar dia sin juzgarle, sin definirle, sin cantarle, una pregunta angustiosa y urgente se habia formulado en mil ocasiones en nuestra imaginacion: ¿Cuándo nos dejará descansar este personaje? nos decíamos. Y para conseguirlo, ofreciamos al cielo cualquier costoso sacrificio, como, por ejemplo, oir un discurso del Sr. Pasarón. Y nada: el señor Ruiz y la política española seguian siendo inseparables.

Digitized by Google

Llegan, empero, su dimision, su eclipse, su último acto inmortal, y nosotros respiramos como quien sale de debajo de una losa, como quien, de la noche á la mañana, se ve libre de las preguntas parlamentarias del Sr. Eraso. Y empezamos á dar gracias á Dios como si nos hubiese venido una ventura nacional, como si ya en España hubiese partidos que, á pesar de no ser gobierno, fuesen dinásticos, como si, desde el punto de vista moral, hubiésemos salido del período constituyente que se abrió en 1808. Insensatos. Habiamos olvidado nuestro constante sino infeliz, habiamos creido que para nosotros, amantes de la conciliacion revolucionaria, podria haber un período de tranquilidad relativa, que para nosotros, mientras haya un Ruiz excelso en el mundo, puede haber otros asuntos de qué tratar! Y hé aquí que, como castigo providencial (lo reconocemos) de nuestra loca esperanza, se le ocurre escribirnos á nuestro corresponsal de Tablada.

¿Cómo se llama, quién es este instrumento importunísimo del castigo celeste á que nuestra temeridad nos ha hecho acreedores? Poco importa el nombre. Baste decir que, aunque parezca mentira, es un tabladeño conservador, antiguo unionista de aquellos que se afiliaron al partido de O'Donnell, sin más razon que los cinco años de libertad y prosperidad y Parlamento que por primera vez, y Dios quiera que no sea por última, disfrutó la España constitucional á mediados de este siglo. Baste decir que es una especie de fósil político, de milagro de opinion, de rareza racional, un curiosísimo ejemplar liberal-conservador, que como tal se ha conservado, por voluntad propia, en aquella localidad, donde hasta los chiquillos, hasta las piedras, llevan el sello de un radicalismo purísimo.

Pues bien: este caballero nos dice que cree de su deber tenernos al tanto de lo que D. Aquiles Ruiz hace, siente y padece en aquel plácido retiro que con el Burgo de Osma ha de ser su única patria hasta que Dios le llame á mejor vida, ó por lo ménos hasta que sea reelegido diputado y nada tenga que objetar Martos en contra de su autoridad. A cuyo efecto escribe las primeras cuatro cuartillas de su carta para pintarnos la melancolía profunda que en el ya célebre lugarcillo ha difundido la honda, desgarradora desesperacion que desde su último convite en palacio domina al Wamba de la Tertulia. Ahora más que nunca, añade, quisiera yo haber sido testigo de la vida que hacian Temístocles, Escipion, Napoleon, el príncipe de la Paz y todos los

Digitized by Google

desterrados famosos en sus destierros; porque estoy seguro de que ninguno de ellos sufrió, lloró y penó lo que esta alma grande está susufriendo aquí. Con decir á Vds. que ya no usa levita ni sombrero de copa, sino la chaqeta y el hongo agrícolas, en prueba de que quiere olvidarse por completo de cuanto ha sido, lès digo lo bastante. Y el caso es que no está mal con este traje de sus antepasados. Si se quitara el poco de bigote que le queda, nadie diria que ha hecho otra cosa en su vida que cuidar de sus terrones.

Todas las tardes, prosigue el corresponsal, sale á paseo, y, desde una colina próxima á la villa, contempla la puesta del sol, imágen de su extinta grandeza. Le acompañan el médico, que ha hecho sus estudios en un año, gracias á la libertad radical de enseñanza, el organista de la iglesia, autor de unas variaciones sobre el himno de Riego, y el barbero, jefe de estos voluntarios. Y allí, viendo la agonía sublime con que el rey de los astros se mete detrás del horizonte, se le ve derramar infaliblemente una lágrima en memoria de las instituciones. «Hijas de mis entrañas, dicen que la otra tarde decia pensando en ellas; conquistas gloriosas de la revolucion que hicieron los generales unionistas; Constitucion y trono y familia régia que yo, más que otro alguno, puedo decir que he criado á mis pechos, y que me he dejado en ese Madrid abominable de los conservadores y las cigarreras: ¡quién hubiese tenido la fé suficiente para salvaros!»

Porque, añade el corresponsal, es lo que D. Manuel dice las pocas veces que habla de política, que no es más que cuando le oyen: quizá entre mis enemigos habrá alguno que califique mi conducta de una cobardía insigne, y que diga que el que trajo un rey, no le trajo para ser su ministro perpétuo, ni para obtener decretos de disolucion apenas abiertas unas Córtes, ni para dejar que *El Combate* le llame faccioso todos los dias, ni para tener con él los piques que se tienen con un amigo particular, ó con una novia, sino pura y simplemente para servir en él á su patria y á los sagrados principios que él simboliza. ¡Pero, señores, si no es eso! Si lo que hay es que á mí me falta la fé, como dije en el Congreso, y sin fé, ni se mueven montañas, ni se es ministro á pesar de las mayorías, ni se domeñan Martos, ni se domestican republicanos. Recuerden Vds. lo que se cuenta del pasajero de un buque, que iba muy pálido y con muy mal aspecto, y á quien otro pasajero caritativo ofreció una taza de thé con rom para aliviar su mareo.

Digitized by Google

No estoy mareado, caballero, le contestó, mil gracias. Lo que yo tengo es un miedo que me devora. Pues una cosa parecida digo yo: lo que yo tengo es un miedo de mí mismo, atroz, indomable, y por eso he dicho: aquí falta uno. ¿Quién me conocerá mejor que yo mismo?

Y concluye el corresponsal diciendo que apenas suena el toque de oraciones, vuelve el desterrado ilustre á la villa y á su casa, donde se reune la flor del lugar; y allí, en amistosa tertulia, brisca va y brisca viene, sin más obsequio que alguna libacion pequeña, y contando cuentos que no sean verdes, se aguarda la llegada del correo. La entrada del cartero es la señal de la dispersion; y, sin embargo, D. Manuel no toma nunca su correspondencia. Ha jurado no hacer caso directo de nada de Madrid. Lo más que sufre es que se la lean.—¡Ah! el espectáculo, el ejemplo es conmovedor; y no seremos nosotros, ciertamente, los que neguemos su grandeza á este voluntario infortunio, tan bien llevado. Pero así y todo, seamos francos: hubiéramos preferido que no nos hubiese escrito el corresponsal de Tablada.

Digitized by Google

CANTE USTED MISA.

(11 de Junio.)

Con permiso de nuestra generacion, declaramos que, en nuestro leal saber y entender, el Sr. Castelar se ha equivocado de carrera, ha desatendido su vocacion, ha desoido erróneamente la voz de su exquisita naturaleza al aceptar el papel, cada dia más difícil y más en baja, de orador, de personaje político. Declaramos que, á nuestro juicio, el Sr. Castelar nació para cura como nosotros para no ser ministros. Declaramos que el Sr. Castelar, con el mejor deseo, con el mejor interés por la humanidad, por su patria y por su nombradía, está, sin embargo, cometiendo y consumando una especie de delito de lesa humanidad y de leso patriotismo, y hasta una especie de suicidio, al erigir la tribuna parlamentaria en Sinaí de sus estupendas inspiraciones, siendo así que todavía existe una religion positiva en España, con su púlpito y todo, donde el Sr. Castelar podia ser á todas sus anchas el Moisés de los atribulados pueblos, de fé insegura y de internacionalismo creciente, que le escuchan.

No tire el lector lejos de sí este número de El Debate al oirnos decir esto. Al ménos, no lo tire sin escucharnos por completo, por más enamorado que esté del gran orador federal. Por ventura, ¿no lo estamos tambien nosotros? El cielo sabe que no escuchamos un solo discurso del ilustre Emilio sin sentirnos poseidos de una delectacion vertiginosa. El cielo sabe que anteanoche mismo, si hubiéramos sabido tocar la bandurria, hubiéramos visto venir la madrugada atronando el feliz barrio de Salamanca con la más entusiasta y la más tierna serenata que se ha dado á lumbrera alguna. Pero la pasion no debe quitar conocimiento, y nosotros, ahogando por un instante en nuestras entretelas morales la irremediable pasion contemporánea que Castelar

Digitized by Google

nos inspira, declaramos que todo lo que no ha sido de su parte dedicarse á la elocuencia sagrada, ha sido no saber lo que se pesca, ha sido una lástima.

La razon es muy sencilla: á Castelar lo que conviene, más que una elocuencia arrebatada y arrebatadora, con todas sus tristes contingencias de alborotos, de disgustos, de críticas y de compromisos personales, es una elocuencia impune, una elocuencia de la que nadie pueda pedir cuenta oficial, una elocuencia que brille y zumbe con la hermosa independencia de la catarata del Niágara, una elocuencia contra la cual no haya opiniones que se rebelen, público que se alce, historia que proteste, buen sentido que brame, una elocuencia absoluta, en la más honda acepcion del adjetivo. Y como esta elocuencia no es la del tribuno, porque se dan casos de que á los tribunos se les silbe física ó moralmente, ni la del abogado, porque los abogados, aun los más elocuentes, suelen perder pleitos; como esta elocuencia no puede ni debe ser otra que la eclesiástica, de aquí el qué nosotros lamentemos con el corazon que el Sr. Castelar no haya sido clérigo.

¿Qué perdia, en efecto, el gran Castelar, con ser hombre de Iglesia? ¿El bigote? Pero ¿qué es, Dios eterno, un bigote, por encaracolado y típico que sea, como lo es, y lo reconocemos con gusto, el del señor Castelar, ante la civilizacion? En cambio, considérese un momento, y con imparcialidad, lo que Castelar hubiera sido como orador sagrado, disponiendo á su placer del cristianismo, de todo el cristianismo, de toda la literatura comprendida entre David y Veuillot, de toda la historia comprendida entre Abel y Antonelli, de toda la poesía comprendida entre el *Cantar de los cantares* y Vidal de Llobatera; ¡considérese lo que seria esa gran figura española posesionada de todos los templos, de todas las novenas, de todas las funciones religiosas del país de San Hermenegildo, con un público seguro de mujeres modestas, vehementes y calladas, una cohorte de intactos monaguillos vestidos de blanco, un raudal de luz amarilla por aureola, y ni un solo taquígrafo por molestia.—¡Espanta la belleza de este ensueño!

Apelamos al raciocinio de los mismos detractores, más ó ménos conscientes, del gran republicano. ¿Los hay que niegan á su elocuencia la espontaneidad verdadera, que dicen que escribe en su casa los más sublimes párrafos, que los ensaya en familia, y que por eso se le vé, entre trozo y trozo, vacilar y luchar como un simple mortal ras-

Digitized by Google

trero, para engranarlos? Pues todo eso se evitaria si, en vez de discursos, fuesen sermones los que Castelar pronunciara. Un sermon puede decirse todo de memoria, de cabo á rabo, sin miedo á la interrupcion ni á la oportunidad. ¿Los hay que le acusan de ser un orador poco viril, poco sério en el fondo, incapaz de conmover las entrañas de una sociedad, incapaz de ofrecer un verdadero remedio á los males sociales, una verdadera esperanza á los patriotismos que piensan? Pues todo eso lo evitaria predicando, evangelizando, discurriendo so las bóvedas góticas de una catedral ó de una capilla, y sin otro objeto que el de hacer verter lágrimas y el de ganar público para los confesonarios.

Y sobre todo, el gran cargo que se hace á Castelar, no es el de desconocer el corazon de la parte bella del género humano, como dijo ayer, con su ruda y noble franqueza, el Sr. Topete; no es el de sacrificarlo todo al relumbron de una metáfora preconcebida y esplendorosa; no es el de ser un Demóstenes de lentejuelas, como algunos malignos suponen; es, principalmente, el de haber hecho una historia para su uso particular, el de haberse fabricado en la historia, disfrazándola y desfigurándola á su placer, una especie de esclava que le sigue á todas partes para presentarse en la postura y con los colores que su amo y señor desea. Pues bien; ¿tendria Castelar necesidad de esa historia-arlequin, de esa historia-sierva, de esa historia de goma elástica, siendo obispo, ó fraile, ó simplemente diácono? Claro es que no, porque aunque un dia se le antojase asegurar que Nabucodonosor nació en Ciempozuelos, no habria una beata que protestase con los anales de Babilonia en la mano. ¡Qué habia de haber!

Ayer mismo pensábamos nosotros todo eso oyendo el discurso-réplica del Sr. Sagasta á la peroracion enciclopédica-fenomenal-grandilocuente-homérica-pletórica y bizantina que Castelar regaló el sábado último al género humano. Sin más que apoyarse en la verdad de los libros, de los hechos y de las cosas, la habilidad prosáica y sutil del Sr. Sagasta logró deshacer, como quien deshace un precioso castillo de carton y seda, el esmaltado, coruscante, fúlgido y embriagador edificio oral que D. Emilio habia levantado ante nuestros atónitos ojos. Hablaba el cruel Sagasta, y segun él, ni Cárlos V fué un extranjero aborrecido en España, ni César inventó los candidatos oficiales, ni la *Commune* de París fué una sociedad de beneficencia, ni Jules Favre es internacionalista, ni un periódico como *El Combate* es un meren-

Digitized by Google

gue social, ni los filibusteros son precisamente héroes, ni la mitología es derecho constitucional, ni mucho ménos. De modo que las más bellas partes de la oracion cosmopolita y mastodontial de D. Emilio, caian golpe á golpe, pieza á pieza, átomo por átomo, á manos de un simple orador parlamentario que se siente con fuerzas para discutir en español. ¡Qué dolor, desde el punto de vista del arte!

¡Ah, Castelar, Castelar! Oiga Vd. á quien bien le quiere: todavía es tiempo, puesto que no tiene Vd. mujer, ni se le conoce novia: Ordénese Vd., cante Vd. misa. ¿Qué trabajo podrá costarle, ni á qué se reduce, despues de todo, el hacerlo? Aprender un poco de latin, y acostumbrarse al traje talar, no es cosa del otro jueves. Cante usted misa. El púlpito español le espera y le reclama como al nuevo Ungido de la inspiracion moderna. Con el gran talento que Vd. tiene y malgasta haciendo el patricio, con la historia que Vd. sabe y la elocuencia de cold-cream que Dios le ha dado, Vd., que acabará de matar la política con la poesía, acabaria en el púlpito por ganarse una verdadera inmortalidad, sin que, desde Orense á Figueras, ni de Suñer á Paul y Angulo, pudiera nadie disputársela por razones de temperamento. Cante Vd. misa. Mazzini ha muerto, Víctor Hugo chochea, Gambetta está caido, los republicanos ingleses no valen un comino, los del Sur de América no tienen gramática: ¿qué diantre de porvenir amistoso le guarda á Vd. la política? Cante Vd. misa, antes de que Abarzuza acabe de hacerse orador, sin gritos, ni armonías, pero con ideas. Cante Vd. misa: este y solo este es su terreno: y si no, que lo diga Pí y Margall, con toda franqueza. ¡Ah, Castelar, Castelar! Usted no ha visto la cara de Pí cuando Vd. habla; parece como que le abruma la idea de que puede existir una infancia eterna. Cante usted misa.

Digitized by Google

NOS BASTA.

(18 de Junio.)

¡Oh vocacion, oh tendencia irresistible de la invidualidad hácia su aficion congénita; oh carrera, aptitud, empleo favorito é ineludible del hombre! Nosotros creemos en tí. Nosotros creemos que así como se nace, por ejemplo, para barbero, así se nace para personaje político. Nosotros creemos que así como el mortal destinado á hacer la barba á sus semejantes elige en vano distinto oficio, porque llega un dia en que se le van los ojos y las manos detrás del jabon y la navaja de tal suerte que, sin saber cómo, amanece afeitando, así el inevitable grande actor de las luchas sociales, ya empiece por cadete, como Napoleon, ya por sastre, como Lincoln, ya por simple estudiante, como el Sr. Ruiz, tiene siempre su cuarto de hora propio, de manifestacion, de revelacion de su gran cometido; y cuando este momento llega, el mundo entero se opone inútilmente á la Providencia, y el emperador, el ciudadano insigne, ó el jefe de pelea dicen de una vez por siempre: aquí estoy.

Las escasas noticias que hemos podido adquirir respecto á la infancia de D. Manuel confirman esa creencia nuestra. Nadie hubiera dicho, al verle correr y desarrollarse por las llanuras de Castilla, mimado por los mozos de labor de su señor padre, y con todo el aspecto, el lenguaje y la sencillez espontánea de un futuro cosechero, que aquello era el gérmen de un presidente de tertulia y de ministerio. Su juventud misma lo callaba, lo disimulaba igualmente. Personas amigas y coetáneas del malogrado general Prim nos aseguran que cuando vino á ofrecérsele como abogado, propietario y amigo, en la aurora

Digitized by Google

de sus destierros, conspiraciones y persecuciones, todo lo que el general Prim se prometia hacer de su auxiliar era un idem de cualquier subsecretaría, ó, á lo más, un jefe de negociado de tercera clase. Y sin embargo, llegó la hora del ministro, y el ministro fué, y la naturaleza y la fortuna tiraron su disfraz, y la España moderna extendió su patente de personaje al émulo de Martos. La vocacion es inexorable.

Hay, sin embargo, que hacer justicia al Sr. Ruiz en un punto que le honra bastante; hay que convenir que él ha hecho por su parte cuanto ha podido para oponerse á su misma predestinacion, que él ha sido el primer equivocado de buena fé respecto á su aptitud, que él ha sido quien con mayor perseverancia ha dudado de sus condiciones para llamar favorablemente la atencion pública. Sorprendido por la primer cartera que la revolucion puso en sus manos, sus retiradas al Escorial fueron, más que desfallecimientos del moralista, anuncios de su conviccion sobre la conveniencia de vivir en el campo, de no ser cómplice de una sociedad y de una civilizacion que no creia suyas. Fué luego á Italia, y se dejó hacer el discurso que recitó en la córte, como el hombre modesto que quiere patentizar su ineptitud. Sus mismas peroraciones en el Parlamento, que parecen hechas á drede para desesperar de la palabra humana; sus iniciativas de gobierno, que parecen hijas de un cerebro necesitado de Leganés; su viaje genovista por Aragon y Cataluña, que pareció hecho exprofeso para ser silbado; su misma dolencia crónica de estómago, ¿no dicen bastante en favor del hombre ingénuo que cree no ser más que una persona honrada, con la oscuridad por merecido de ayer y de mañana?

Pues considérese desde este punto de vista la faz actual de la vida pública de D. Manuel, lo que hoy le pasa, y es imposible no reconocer la oposicion á sí mismo que, como un héroe de modestia, viene haciéndose. Se abrieron las Córtes de abril, y D. Manuel no pensó en que allí no habia más que dejar correr la bola, pronunciar media docena de grandes discursos, dejar que se cumpliese en un par de años la etapa conservadora, y recoger luego, normal y pacífica é inevitablemente el poder. Esto debió pensarlo y quererlo el jefe de partido, dinástico, liberal y hombre de Estado; pero como D. Manuel antes que nada es juez de sí mismo, lo que pensó fué que una tal campaña, larga, brillante, trabajosa, esforzada, fecunda, correspondia á Martos y no á él. Y se fué

Digitized by Google

una tarde á la Cámara popular y dijo: ahí queda eso: yo no sirvo; yo no tengo fé en mí mismo; me vuelvo á casa.

¡Cuáles, pues, no habrán sido las tribulaciones, y las violencias, y las amarguras de ese Alejandro de la modestia, de ese consecuente hombre de la naturaleza, de ese prodigio de sencillez, al ver llegar á sus amados lares los cincuenta carros de Magaz con las comisiones que en nombre de la patria en peligro iban á probarle que, decididamente, es una gran cosa, y una cosa imprescindible! Compréndese, al pensar en esto, la marcada frialdad y la reserva grande que, segun la extraña relacion del despiadado *Imparcial*, usó al principio con los comisionados; compréndese que oyera como quien oye llover el anuncio de la dimision (¡horror!) de D. Servando; compréndese que exajerase sus respuestas hasta el punto de creer que su honra estaba empeñada en que el país creyese un acto sincero su despedida del Congreso. Porque, ¿qué derecho tenian ni los comisionados, ni el país entero para creer que quien llegó á Tablada sin fé en sí mismo, la hubiese recuperado con cuatro tortas de pan moreno, cuatro copas y cuatro paseos por una dehesa? ¿Desde cuándo tiene que ver la agricultura con la fé política?

Y no solo se comprende todo eso desde el punto de vista de la desconfianza de D. Manuel en sí propio, sino que se comprende hasta el desmayo, hasta el ya famoso síncope que, segun todas las versiones, le acometió cuando los radicales forzaron su puerta y le amenazaron, como *La Tertulia* en su extraordinario, con traerle de grado ó por fuerza, á la calle de San Márcos. Algunos dicen que se desmayaria por el mal olor de la irrupcion; otros sospechan que seria efecto del cloroformo, hábilmente manejado y exhalado por el médico Sr. Rivero; otros apuntan la idea de que fué un terror producido por la necesidad de dar de comer á trescientos viajeros: tonterías de las gentes. D. Manuel perdió el sentido, y lo perdió bien, y lo perdió dignamente, porque D. Manuel conoció que no habia remedio, que la vida pública le volvia á llamar á su seno, como la mar al rio, como el pinar á Cuevas, como la versatilidad á Córdova; que sus sueños humildes, rientes, pastoriles de tantos años, volvian á disiparse; que decididamente, y de una vez por siempre, iba á ser preciso luchar, pensar, hablar, cobrar y exhibirse. ¡Qué mayor justificacion de un vahido!

¡Ah! cuando el nuevo héroe por fuerza abandonó su cándido retiro,

Digitized by Google

dió un mudo adios á sus dulces colmenas, á sus tristes lebreles, á su macho predilecto, á su granero amado, á sus salutíferos horizontes, á sus criados rollizos, á su tertulia de cocina, y se vió de nuevo en el ferro-carril, aunque sin pagar billete, y llegó á Madrid, y no vió al monarca en la estacion, como acaso creia, ni la guarnicion tendida, como acaso soñaba, ni las damas en coches y ventanas saludándole, ni siquiera á Sardoal de uniforme; y vió á Martos con su eterna sonrisa socarrona, y oyó los aplausos premeditados de un público de encargo, y comprendió la obra pesadísima que le habian echado otra vez sobre la espalda; con razon, con harta razon se preguntaria: ¿qué simple mortal ha sufrido lo que yo sufro; dónde está un caso histórico semejante? ¡que me lo enseñen, que me lo recuerden!

La historia, aun suponiendo que D. Manuel la conociera, poco podria enseñarle, en efecto, que se parezca á su situacion A principios del reinado de Cárlos V, y durante la primera guerra de las célebres germanías de Valencia, sucedió que un caudillo popular, el famoso pelaire Guillem Sorolla, queriendo, segun dice el cronista, escitar á la plebe, se escondió é hizo cundir la voz de que habia sido asesinado por los agentes del virey conde de Melito. Con cuyo motivo hubo alborotos, atropellos y muertos en la ciudad, principalmente en la calle de Caballeros, donde el virey tenia su casa. Pero entonces el obispo de Segorbe, D. Gilaberto Yofré, que administraba la diócesis, varon hábil y animoso á pesar de sus ochenta años, fué á la habitacion del pelaire, conjuró á su mujer á que le dijera dónde se hallaba, lo sacó del sitio más opuesto á una perfumería, lo montó á la grupa de su mula y lo paseó por la agitada Valencia, que quedó con ello en sosiego. Pero este caso no es propiamente análogo. Ni D. Manuel es pelaire, ni caudillo, ni el Sr. Rivero obispo, que sepamos, ni aquí hay mula de por medio.

De todos modos, lo esencial aquí, lo fundamental no es la vuelta del Sr. Ruiz á los destinos de la patria; es otra cosa que nosotros reconocemos con gran satisfaccion, y para honor íntimo é indisputable del jefe de nuestros adversarios hoy constitucionales; es que, despues de esta última resistencia, de esta última pesadumbre, de este último drama wambesco, ya no puede haber duda: D. Manuel se conoce. Los hombres y las cosas, los argumentos sincópicos de Rivero, los gritos de la familia y el porvenir de los Voluntarios le obligan á volver al gobierno, á luchar con Martos, á salvar las instituciones; pero conste

Digitized by Google

que si D. Manuel es capaz de sacrificarse hasta este punto, esto no impide, sin embargo, que él sepa en su interior, y hoy más que nunca, los puntos que calza en punto á génio. Conste que aunque el mundo ó la Tertulia le declaren un grande hombre, él sigue negándolo de buena fé; él no lo ha creido, ni lo creerá nunca. Esto nos basta.

Digitized by Google

INDICE

PRIMERA PARTE

CAMPAÑA CONTRA LA INTERINIDAD REVOLUCIONARIA.

	Páginas.
Un gran acto	7
Córtes Constituyentes	11
Los hidalgos	15
Memento	18
Un rey particular	21
¡Qué país, qué paisaje y qué paisanaje!	24
Lo positivo	29
Declarémonos	32
¿Estará escrito?...	36
Temas	42
La monarquía séria	45
Dos atletas	50
El director de orquesta	56
Juicio de un silencio	60
Escenas de familia	63
Documento	67
Melancolía	70
Solucion universal	73
En principio	76
El rey de los hulanos	80
La conferencia	84
Lo que pasa en Roma	89
El consistorio	92

Digitized by Google

Páginas.

¿Y la moral? 96
El país responde. 100
Vision.. 104
Error lamentable. 108
Golpe de teatro. 112
¡Que venga! 115
Panegírico. 119
Esperemos. 123
A la funcion.. 127
Sesion cápital. 131
A Mr. Martin *(copia verosímil de una carta probable)*. 135
Para la historia.. 139
A la señora duquesa de Aosta. 145
Despedida. 150
Circular cimbria. 155
Discurso próximo. 159
El primer susto. 163
Un mal rato. 167
En el wagon. 171
La casa de Tócame-Roque. 175
Dos tipos.. 180
Plegaria. 185
Cuestion de instinto. 189
Política lacrimosa. 192
Escena de actualidad. 196
Ícaro. 200
Esperemos. 204
El ideal. 208
Los hábiles. 212
Transformacion.. 216
Cuestion de formas.. 220
De precisa asistencia. 224
Un estudio. 228
Los derechos trabucales. 232
Entre dos mónstruos. 236
Una curiosidad. 239

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE.

CAMPAÑA CONSERVADORA-LIBERAL.

	Páginas.
Un mártir	245
El arte coalicionista	250
La flor de lis	255
A la moderna	260
Un tipo *(comunicado)*	263
Gran estilo	267
A lo Victor Hugo	271
Honor al génio	275
El Sr. Castelar y su discurso	279
Una celebridad	284
En el clavileño	288
Absolucion	292
¡No votarán!	296
Embriogénia	300
El sábado negro	305
El trovador	310
El triunfo de la estatura	314
El prior	319
Cuestion de necesidad	323
Memorial colectivo	326
Chim-Chuap	331
El tribunal de los Nueve	335
La fiscalada	340
La páscua radical	344
De la capa y de los cimbrios	350
¡Nada!	354
Carta de un radical á sus electores	358
Por cuenta propia	362

Digitized by Google

Páginas.

Cosas del manifiesto. 366
Méjico. 370
Ovacion. 374
Silba. 378
Lo que hay que hacer. 382
Los incrédulos. 386
La industria nueva. 390
El regateo. 393
La circular carlista. 397
Un ateo ante el Mediterráneo. 401
Un santo político. 406
Predestinacion. 411
Los desfallecientes. 415
Ese es el modo. 419
Comparacion. 423
Ecce-Homo. 426
El natural. 430
¡Dónde está? 434
El ángel. 438
Incorregible. 442
Error de exámen. 446
Caida hermosa. 450
Escriben de Tablada. 454
Cante Vd. misa. 488
Nos basta. 462

Digitized by Google

Digitized by Google